IAIN M.
BANKS

EXCESIÓN

UNA NOVELA DE "LA CULTURA"

En la Cultura, una vasta sociedad de dimensiones galácticas, los seres humanos tienen una placentera existencia. Sin embargo, nadie había contado con el extraño suceso que tiene lugar en un remoto y olvidado extremo del universo. Excesión ha aparecido donde dos milenios y medio antes una estrella se desvaneció por completo. En la disputa por la posesión de sus secretos tencológicos, la última esperanza de la Cultura es una mujer muerta que vivió dos mil quinientos años atrás, la única persona que pudo presenciar la desaparición de la estrella.

Lectulandia

Iain M. Banks

Excesión

Subtítulo

ePUB v1.0

Superpollo1968 09.12.11

Título original: Excession
Traducción de Manuel Mata Álvarez-Santullano
Cubierta: Geest/Höverstad
Ilustración: Roy Virgo, Young Artists/Thomas Schlück

ISBN 978-84-95024-11-4

Prólogo

Pasados pocos más de cien días del cuadragésimo año de su confinamiento, Dajeil Gelian recibió en la solitaria torre junto al mar la visita de un avatar de la gran nave que era su hogar.

En la lejanía, entre las crecidas olas grises, flotaban los lentos y gibosos cuerpos de los moradores más grandes del pequeño mar. Chorros de vapor brotaban de las cavidades respiratorias de los animales, como geiseres fantasmales e insustanciales entre las bandadas de aves que acompañaban al banco, haciéndolas ascender y virar y chillar, escorándose y batiendo las alas en el aire frío. En las alturas, apareciendo y desapareciendo entre las capas de nubes teñidas de rosa, como pequeñas nubéculas a su vez, se movían otras criaturas, dirigibles y cometas que recorrían la alta atmósfera con las alas y los doseles extendidos, calentándose bajo la luz acuosa de un nuevo día.

La luz provenía de una línea que cruzaba el cielo, no de un punto, porque el lugar en el que Dajeil Gelian vivía no era un mundo normal. La solitaria hebra de borrosa incandescencia nacía cerca del lejano horizonte oceánico, se extendía por el cielo y desaparecía sobre el labio erizado de follaje del acantilado de dos mil metros situado un kilómetro más allá de la playa y la solitaria torre. Al alba, parecería que la línea solar se habría levantado desde el horizonte de estribor. A mediodía estaría directamente sobre la torre y al llegar la puesta de sol parecería desaparecer en el mar, a babor. Ya era media mañana y la línea había completado la mitad de su recorrido de ascenso, describiendo un brillante arco por la bóveda como una comba en un eterno giro a cámara lenta sobre el día.

A ambos lados de aquel filamento de luz entre amarilla y blanca se veía el cielo –el cielo de verdad, el cielo que había sobre las nubes–: una presencia ominosa, de aspecto sólido, entre marrón y negra, que sugería las presiones y temperaturas extremas reinantes en su interior y en la que se movían otros animales por un paisaje de química completamente tóxica para el mundo inferior pero que, en su forma y su densidad, era el reflejo perfecto del océano gris azotado por el viento.

Una procesión regular de olas rompía contra el grisáceo glacis que formaban los guijarros de la playa, batiendo añicos de concha enterrados, diminutos fragmentos de caparazones vacíos, finas y frágiles lascas de restos marinos, astillas de madera barnizada de mar, guijarros de espuma de piedra picada que parecían delicadas canicas de hueso poroso y una colección variopinta de sedimentos marinos procedentes de un puñado de centenares de planetas diferentes dispersos por toda la enorme galaxia. La espuma saltaba allí donde las olas caían sobre la costa y arrastraba el olor salado del mar por toda la playa, por la maraña de raquítica vegetación que marcaba sus linderos, sobre el bajo muro de piedra que proporcionaba

cierta protección al jardín de la torre, orientado hacia el mar y –tras enroscarse en la propia y achaparrada construcción y escalar el elevado muro que había más allá–, arrastraba de forma intermitente el fuerte olor a yodo hasta el jardín cercado del interior, donde Dajeil Gelian cuidaba de macizos elevados de brillantes flores desplegadas, de las formas crujientes y medio achaparradas de unos espinos y de una maleza salvaje de flores sombrías.

La mujer escuchó el tintineo de la campanilla de la entrada orientada a tierra firme pero ya sabía que tenía visita porque el pájaro negro, Gravious, se lo había dicho. Pocos minutos antes había descendido de los cielos nublados y había lanzado un graznido, "¡Compañía!", junto con una temblorosa recolección de presas que guardaba en el pico antes de volver a partir en busca de más insectos para su despensa invernal. Mientras el ave se alejaba, la mujer había respondido con un gesto afirmativo, al tiempo que enderezaba la espalda y se llevaba las manos a la región lumbar, y a continuación había acariciado con aire ausente su hinchado abdomen a través de la gruesa tela del pesado vestido que llevaba.

El mensaje que traía el ave no necesitaba mayor elaboración. En las catorce décadas que había vivido allí sola, Dajeil solo había recibido una visita, la del avatar del navío al que veía como anfitrión y protector, y que en aquel mismo momento estaba apartando con rapidez y precisión las ramas de un espino mientras bajaba por el camino de la entrada orientada a tierra. Lo único que Dajeil encontró sorprendente fue que su visitante estuviera allí en aquel momento. El avatar le hacía –siempre como si se dejara caer por allí en medio de un paseo por la costa– una corta visita cada ocho días y normalmente solía hacerle otra más larga y formal –en la que desayunaban, almorzaban o cenaban, según correspondiera– cada treinta y dos días. De acuerdo con este horario, Dajeil no esperaba una visita del representante de la nave hasta dentro de cinco días.

Con un movimiento cauto, introdujo un mechón suelto de su cabello bajo la sencilla banda con la que se recogía el pelo y saludó con un gesto de la cabeza a la alta figura que se le acercaba entre los retorcidos troncos.

–Buenos días –dijo.

El avatar de la nave se llamaba a sí mismo Amorphia, nombre que, según parecía, tenía un significado razonablemente profundo en una lengua que Dajeil no conocía y que nunca se había creído en la necesidad de aprender. Amorphia era una criatura enjuta, pálida y andrógina, tan flaca que era casi esquelética, y una cabeza más alta que Dajeil, que ya de por sí era esbelta y alta. Durante los últimos doce años, el avatar había adoptado la costumbre de vestir por completo de negro, y fue con pantalones negros, con una camisa negra y un chaleco corto y negro, y con el rubio y corto pelo rubio cubierto por un capacete del mismo color como se presentó ahora. Se quitó el capacete y se inclinó ante Dajeil, sonriendo como si se sintiera inseguro.

–Buenos días, Dajeil. ¿Te encuentras bien?

–Me encuentro bien, gracias.

Dajeil hacía tiempo que había dejado de protestar, y de hecho hasta de sentirse molesta, por unas formalidades que se le antojaban del todo redundantes. Estaba convencida de que la nave la vigilaba con el cuidado suficiente para conocer con toda precisión su estado de salud –que, de todos modos, siempre era perfecto– pero a pesar de todo estaba dispuesta a participar de la pretensión de que no era objeto de una vigilancia escrupulosa y que, por tanto, la pregunta tenía sentido. Sin embargo, lo que no estaba dispuesta a hacer era pagar a la nave con la misma moneda, preguntando por el estado de salud de lo que era, o bien una entidad con forma y constitución humana que ejercía únicamente –por lo que ella sabía– como representante de la nave ante ella, o bien la nave misma.

–¿Entramos? –preguntó.

–Sí. Gracias.

* * *

La cúpula de cristal traslúcido del edificio –orientada a un cielo cada vez más nuboso y grisáceo– iluminaba desde arriba la cámara superior, y desde los lados lo hacían unas pantallas holográficas de brillo suave, de las cuales una tercera parte mostraba escenas submarinas verdes y azuladas, protagonizadas normalmente por alguno de los grandes mamíferos y peces que habitaban el mar que se extendía al exterior, una tercera parte imágenes brillantes de nubes de vapor de agua de aspecto liviano y las criaturas gigantescas voladoras que jugueteaban entre ellas, y la última parte, aparentemente desenfocada –en frecuencias inaccesibles al ojo humano– el oscuro y denso marasmo de la comprimida atmósfera, más propia de un gigante gaseoso, del cielo artificial que había sobre ellos y en la que se movían criaturas aún más extrañas.

Sentada en un sofá y rodeada de cobertores, cojines y tapices de brillantes colores, Dajeil alargó la mano hacia una mesa baja hecha de hueso tallado de arremolinado trazo y sirvió una infusión caliente de zumos de hierbas de una jarra de cristal en una copa de vidrio vaciado con base de filigrana de plata. Se reclinó en su asiento. Su invitado, sentado con aire incómodo en el borde de una delicada silla de madera, levantó la copa, llena a rebosar, recorrió la habitación con la mirada y a continuación se la llevó a los labios y bebió. Dajeil sonrió.

El avatar Amorphia había sido moldeado de forma deliberada para que no pareciera un macho ni una hembra, sino tan perfecta y artificialmente suspendido entre la masculinidad y la feminidad como fuera posible, y la nave jamás había alimentado la pretensión de que su representante fuera otra cosa que una criatura de

su hechura, dotada solo de la más superficial independencia intelectual. Sin embargo, a la mujer aún le divertía encontrar modos propios de verificar que aquel aparente ser humano no tenía nada de humano.

Se había convertido en uno de los pequeños juegos privados a que jugaba con la cadavérica y andrógina criatura: le ofrecía una copa, taza o vaso lleno hasta el borde de la bebida apropiada –de hecho, en ocasiones, lleno más allá del borde, de tal modo que lo único que impedía que el líquido se vertiera era la tensión superficial– y a continuación observaba cómo se la llevaba Amorphia a los labios y bebía, todas y cada una de las ocasiones, sin derramar una sola gota ni prestar al acto ninguna atención especial; una hazaña de la que ningún ser humano que ella hubiera conocido habría sido capaz.

Dajeil dio un sorbo a su propia copa y sintió cómo se abría camino por su garganta la calidez de la bebida. En su interior se agitó el niño y ella, sin pensarlo en realidad, se dio unas suaves palmaditas en el vientre.

La mirada del avatar parecía clavada en una pantalla holográfica concreta. Sin levantarse, Dajeil se volvió, miró en la misma dirección y descubrió el violento espectáculo desplegado en dos de las pantallas que mostraban el medio gaseoso de la alta atmósfera: un banco de los depredadores que coronaban la cadena trófica del hábitat –criaturas afiladas, con cabezas en forma de flecha, dotadas de aletas como los misiles, envueltas en los gases que expelían por sus orificios impulsores– estaba apareciendo desde ángulos distintos, saliendo de una gigantesca columna nubosa y precipitándose a través de una atmósfera más clara sobre un grupo de animales vagamente parecidos a aves que pastaban junto al borde de la cima de una nube alargada. Las aviarias criaturas se desperdigaron: algunas de ellas se encogieron y cayeron, otras se alejaron batiendo desesperadamente las alas y otras, paralizadas por el terror, desaparecieron en el interior de la nube. Los depredadores, rápidos como rayos, fueron tras ellas. La mayoría no logró alcanzar sus presas pero unos pocos, mordiendo, desgarrando y matando, se salieron con la suya.

Dajeil asintió.

–Ahí arriba es época de migración. Pronto llegará la estación de procreación. –Observó cómo destrozaban y engullían una de sus presas dos de los depredadores de cuerpo de misil–. Más bocas que alimentar –dijo en voz baja mientras apartaba la mirada.

Se encogió de hombros. Reconocía a algunos de los depredadores, ejemplares a los que les había puesto nombre, aunque las criaturas que a ella le interesaban realmente eran unos animales mucho más grandes y lentos –a los que por regla general no molestaban los depredadores– que parecían una versión mayor y bulbosa de la desgraciada bandada que estaba siendo cazada.

En varias ocasiones, Dajeil había discutido los detalles de las diferentes ecologías

que contenían los hábitats de la nave con Amorphia, quien parecía a un tiempo cortésmente educado y francamente ajeno a la cuestión, a pesar de que los conocimientos de la nave sobre los ecosistemas eran, en la práctica, totales. Las criaturas le pertenecían, al fin y al cabo, fuesen pasajeros o mascotas. *Igual que ella misma*, pensaba Dajeil a veces.

La mirada de Amorphia seguía clavada en las pantallas que mostraban la carnicería que estaba teniendo lugar en el cielo más allá del cielo.

–Es precioso, ¿verdad? –dijo el avatar, y volvió a beber de su copa. Se volvió hacia Dajeil, que parecía sorprendida–. En cierto modo –se apresuró a añadir.

Dajeil asintió con lentitud.

–A su manera sí, por supuesto. –Se inclinó hacia el avatar y dejó su copa sobre la mesa de hueso tallado–. ¿Por qué has venido hoy, Amorphia? –preguntó.

La pregunta pareció sorprender al representante de la nave. Le faltó poco, pensó Dajeil, para derramar su bebida.

–Para ver cómo te encontrabas –dijo el avatar con rapidez.

Dajeil suspiró.

–Bueno –dijo–. Ya hemos dejado claro que me encuentro bien y...

–¿Y el niño? –preguntó Amorphia mirando el vientre de la mujer.

Dajeil apoyó las manos en su abdomen.

–Está... como siempre –dijo en voz baja–. Está sano.

–Bien –dijo Amorphia. Se abrazó el torso con las manos y cruzó las piernas. Volvió a mirar los hologramas.

Dajeil estaba perdiendo la paciencia.

–Amorphia, hablando como la nave: ¿Qué ocurre?

El avatar miró a la mujer con una extraña, perdida, salvaje expresión en los ojos y por un momento Dajeil temió que algo hubiera ido mal, que la nave hubiera sufrido alguna herida o división terrible, que se hubiera vuelto loca (a fin de cuentas, sus iguales decían de ella que, en el mejor de los casos, estaba ya medio loca) y hubiera dejado a Amorphia solo para que se encargara de todo con sus propios e inadecuados recursos. Entonces, la criatura de negro atuendo se desenmarañó, se puso en pie, caminó hasta una ventana que daba al mar y apartó las cortinas para contemplar la vista. Se llevó las manos a los brazos y apretó.

–Parece que todo está a punto de cambiar, Dajeil –dijo el avatar con voz vacía y dirigiéndose en apariencia a la ventana. Giró la cabeza hacia ella por un momento. Cruzó las manos a la espalda–. Puede que el mar tenga que volverse como la piedra, o el acero. Y también el cielo. Y puede que tú y yo tengamos que separarnos. –Se volvió hacia ella y entonces se le acercó y tomó asiento al otro extremo del sofá, donde su enjuta figura apenas dejó huella en los cojines. La miró a los ojos.

–¿Volverse como la piedra? –dijo Dajeil, preocupada todavía por la salud mental

del avatar, o de la nave que lo controlaba, o de ambos–. ¿Qué quieres decir?

–Tenemos... esto es, la nave... –dijo Amorphia poniéndose una mano en el pecho–... finalmente tenemos... algo que hacer.

–¿Algo que hacer? –dijo Dajeil–. ¿El qué?

–Algo que requiere que este mundo nuestro cambie –dijo el avatar–. Algo que requiere que... como mínimo... tengamos que almacenar a nuestros huéspedes animados con todo lo demás... Bueno, salvo puede que a ti... Y luego, tal vez, que partamos dejando a nuestros huéspedes, *a todos* nuestros huéspedes, en hábitats apropiados.

–¿Incluida yo?

–Incluida tú, Dajeil.

–Ya veo –asintió. Abandonar la torre. Abandonar la nave. Vaya, pensó, qué final más repentino para mi protegido aislamiento–. ¿Mientras tú... –preguntó al avatar– te marchas a hacer...? ¿El qué?

–Algo –le dijo Amorphia, sin el menor asomo de ironía.

Dajeil esbozó una fina sonrisa.

–De lo que no vas a hablarme.

–De lo que no puedo hablarte.

–Porque...

–Porque yo mismo no lo sé todavía –dijo Amorphia.

–Ah. –Dajeil pensó un momento y entonces se levantó y se acercó a una de las pantallas holográficas, donde una cámara dron estaba siguiendo un banco de rayas triangulares, moteadas y de alas púrpuras, por el lecho de una zona superficial del océano. También conocía aquel banco. Había presenciado la vida y la muerte de tres generaciones de las enormes y amables criaturas. Las había observado y había nadado con ellas y, en una ocasión, había ayudado a una de ellas a parir.

Las enormes alas púrpuras se sacudían a cámara lenta y sus puntas levantaban intermitentemente pequeñas volutas de arena dorada.

–Será todo un cambio, sí –dijo Dajeil.

–En efecto –dijo el avatar. Hizo una pausa–. Y podría traducirse en un cambio de tus circunstancias.

Dajeil se volvió para mirar a la criatura, que la observaba desde el sofá con los ojos muy abiertos y sin pestañear.

–¿Un cambio? –dijo Dajeil, y su voz reveló la agitación que sentía. Volvió a acariciarse el vientre y entonces parpadeó y bajó la mirada a su mano, como si también ella se hubiera convertido en una traidora.

–No estoy seguro –le confesó Amorphia–. Pero es posible.

Dajeil se arrancó la banda del pelo y sacudió la cabeza. Liberado, su largo y negro cabello le cubrió la mitad del rostro mientras ella recorría la habitación de un lado a

otro.

–Ya veo –dijo. Levantó la mirada hacia la cúpula, sobre la que estaba cayendo una ligera llovizna. Se apoyó en la pared de las pantallas holográficas y clavó la mirada en el avatar–. ¿Cuándo ocurrirá todo eso?

–Unos pocos cambios, intrascendentes pero capaces de ahorrarnos mucho tiempo en el futuro si los llevamos a cabo ahora, están produciéndose ya –dijo–. El resto, lo principal... ocurrirá más tarde. Dentro de un día o dos, o puede que una semana o dos... Si estás de acuerdo.

Dajeil reflexionó un momento, mientras un abanico de expresiones recorría su rostro, y entonces sonrió.

–¿Quieres decir que me estás pidiendo permiso para hacerlo?

–Algo así –musitó el representante de la nave mientras bajaba la mirada y jugueteaba con las uñas de sus dedos.

Dajeil le permitió hacerlo durante un rato y entonces dijo:

–Nave, me has cuidado, me has mimado... –hizo un esfuerzo para sonreírle a la criatura ataviada de negro, a pesar de que ésta seguía concentrada en sus uñas– y me has entretenido todo este tiempo y nunca podré expresar mi gratitud o empezar siquiera a pagarte mi deuda, pero no puedo tomar las decisiones por ti. Debes hacer lo que creas conveniente.

La criatura levantó la mirada al instante.

–Entonces empezaré a clasificar la fauna ahora mismo –dijo–. De ese modo tardaremos menos en reuniría cuando llegue el momento. Después de eso, pasarán unos pocos días antes de que podamos dar comienzo al proceso de transformación. A partir de ese punto... –Se encogió de hombros. Era el gesto más humano que había visto al avatar en toda su vida– pueden pasar veinte o treinta días antes de que... se alcance una resolución de algún tipo. Aunque también es difícil de precisar.

Dajeil cruzó los brazos sobre la hinchazón de su preñez, perpetuada por ella misma a lo largo de cuarenta años. Asintió con lentitud.

–Bien, gracias por decírmelo. –Esbozó una sonrisa falsa y de repente fue incapaz de seguir conteniendo sus emociones, miró entre lágrimas y rizos negros a la criatura de alargados miembros que había en su sofá y le dijo:– Bueno... ¿no tendrías que estar haciendo alguna cosa?

* * *

Desde lo alto de la torre batida por la lluvia, la mujer observaba al avatar mientras éste rehacía sus pasos por la estrecha vereda que recorría el prado salpicado de árboles hasta llegar al pie del acantilado de dos kilómetros, envuelto en un desigual cúmulo de derrubios. La fina y oscura figura –granulosa a causa del aumento y

extendida sobre la mitad de su campo de visión– sorteó un último bloque de grandes dimensiones al pie del acantilado y a continuación desapareció. Dajeil permitió que los músculos de sus ojos se relajaran. Al mismo tiempo, en su cerebro, una serie de rutinas casi instintivas volvieron a desactivarse. Su visión volvió a la normalidad.

Levantó la mirada hacia el encapotado cielo. Una bandada de las criaturas parecidas a cometas, oscuras formas rectangulares inmóviles delante de un fondo gris, flotaba bajo las nubes que se extendían sobre la torre, como si estuvieran montando guardia para protegerla.

Trató de imaginar lo que sentirían, lo que sabrían. Existían maneras de acceder directamente a sus mentes, métodos que virtualmente nunca se utilizaban con humanos y cuyo uso con animales era objeto de censura en proporción directa a la inteligencia de las criaturas. Pero existían, y la nave le permitiría usarlas si se lo pedía. También existían métodos que permitían a la nave simular, aunque de una forma que distaba mucho de ser perfecta, lo que las criaturas debían de estar experimentando y ella había hecho uso a menudo de esas técnicas para conseguir que un equivalente humano del proceso de imitación fuera transferido a su mente, y fue este proceso al que recurrió ahora, aunque en vano, como enseguida descubrió; estaba demasiado agitada, demasiado distraída por las cosas que Amorphia le había dicho, como para poder concentrarse.

Así que en su lugar, utilizando el mismo y aguzado ojo de la mente, trató de imaginarse la nave como un todo, recordando las ocasiones en las que había visto la embarcación desde una de sus máquinas de control remoto o alguno de los módulos que la sobrevolaban, tratando de imaginar los cambios para los que estaría ya preparándose. Supuso que serían imperceptibles desde la distancia necesaria para percibir la nave en su totalidad.

Miró a su alrededor y contempló el gran acantilado, las nubes y el mar, la oscuridad del cielo. Su mirada recorrió el oleaje, la marisma y los bajíos que se extendían bajo los derrubios y el acantilado. Se frotó el vientre sin pensar, como llevaba haciendo casi cuarenta años y reflexionó sobre la marginalidad de las cosas y sobre la rapidez con la que sobrevienen los cambios, hasta en algo que había parecido destinado a continuar como si existiera a perpetuidad.

Pero claro, como demasiado bien sabía ella, cuando más cariño nos inspira la idea de que algo durará para siempre, más efímero resulta ser.

De repente fue muy consciente del lugar que ocupaba allí, de su posición. Se vio a sí misma y a la torre, tanto dentro como fuera de la nave. En el exterior del casco principal –inequívoco, finito, de límites rectos y mensurables con exactitud en kilómetros– pero dentro del enorme envoltorio de agua, aire y gas que abarcaban las múltiples capas de sus campos (Algunas veces imaginaba los campos de fuerza como los miriñaques, la ropa interior, las faldas, los volantes y los cordones de un antiguo

vestido de gala). Un bloque de potencia y sustancia flotando en una gigantesca cucharada de mar, con la mayor parte de su inmensa mole expuesta al aire y a las nubes que formaban su capa intermedia y abovedada por un entorno estanco de feroz temperatura, colosal presión y aplastante gravedad que simulaba las condiciones atmosféricas de un gigante gaseoso. Una estancia, una caverna, un cascarón vacío de cien kilómetros de longitud recorriendo el espacio a gran velocidad con la nave como vasto y allanado corazón. Un corazón –un mundo delimitado dentro de este mundo– en el que, impulsada por la determinación de no volver a ver la infinita catacumba de los silenciosos muertos vivientes, no había puesto el pie en los últimos treinta y nueve de aquellos cuarenta idénticos años.

Todo iba a cambiar, pensó Dajeil Gelian. Todo iba a cambiar, y el mar y el cielo se volverían como la piedra, o el acero...

El ave negra, Gravious, se posó junto a su mano en el parapeto de piedra de la torre.

–¿Qué ocurre? –graznó–. Está pasando algo. Lo noto. ¿Qué es, pues? ¿Qué está ocurriendo?

–Oh, pregúntale a la nave –le dijo.

–Ya he preguntado. Lo único que dice es que se avecinan cambios, cosa que ya sé. –El ave sacudió la cabeza una vez, como si quisiera quitarse algo desagradable del pico–. No me gustan los cambios –dijo. Giró la cabeza y clavó las dos cuentas de sus ojos en la mujer–. ¿Y qué clase de cambios, pues? ¿Eh? ¿Qué cabe esperar? ¿Qué hemos de aguardar, eh? ¿Te lo ha dicho?

Ella sacudió la cabeza.

–No –dijo sin mirar al pájaro–. No, en realidad no.

–Ah. –El ave siguió mirándola un momento y a continuación volvió a girar la cabeza hacia las marismas salinas. Agitó las plumas y se irguió sobre las finas patas negras–. Bueno –dijo–. Se acerca el invierno. Eso nunca se demora. Mejor prepararse. –Echó a volar–. Qué útil es la grasa... –le oyó musitar. Desplegó las alas y se alejó volando en una trayectoria intrincada.

Dajeil Gelian volvió a levantar la mirada hacia las nubes y el cielo que se extendía tras ellas. Todo iba a cambiar, y el mar y el cielo se volverían como la piedra, o el acero... Sacudió la cabeza de nuevo y se preguntó qué clase de circunstancia podía haber obligado a tomar medidas tan extremas a la gran nave que había sido su hogar, su refugio, durante tanto tiempo.

Daba igual; al cabo de cuatro décadas en aquel estado de exilio interno que se había impuesto a sí misma, siguiendo un curso caprichoso por el desierto de la Ulterior de la civilización y ejerciendo a los ojos de todos como depósito de espíritus adormecidos y animales muy grandes, parecía que el Vehículo General de Sistemas *Servicio durmiente* estaba empezando de nuevo a pensar y a comportarse un poco

como una nave de la Cultura.

1. Problema de contexto exterior

I

(UGC *Zona gris*, archivo de señal secuencia #n428857/119)

[pasa-a-haz-estrecho, M16.4, recibido @ n4.28.857.3644]

º º VGS *Error honesto*

ª ª UGC *Zona gris*

Echa un vistazo a esto:

**

señal secuencia #428855/1446, transmisión:

**

1)[transmisión por el tejido, Mpública, recibida @ n4.28.855.0065+]

!11505.

**

2)[haz de barrido M1, recibido @ n4.28.855.0066-]:

ADS

C2314992+52

XFACT @ n4.28.855

**

3)[haz de barrido, M2, transmisión, recibido @ n4.28.855.0079>–]:

ºº UGC *Destino susceptible de cambio*.

ªª VGS *Gradiente ético*, & de acuerdo con solicitud:

Significativa anomalía de desarrollo

C4629984+523

@n28.855.0065.43392.

**

4)[haz estrecho, M16, transmisión, recibido @ n4.28.855.0085]

ººUGC *Destino susceptible de cambio,*

ªªVGS *Gradiente ético*, & como respuesta a exigencia:

Anomalía de desarrollo estimada provisionalmente en EqT, potencialmente peligrosa, encontrada aquí c9259969+5331

Mi Estatus: L5 seguro, pasando a L6^.

Instigando el resto de precauciones Extremas.

**

5)[transmisión Mpública recibida @ n4.28.855.01.]:

ººUGC *Destino susceptible de cambio,*

ªªVGS *Gradiente ético*, & *transmisión*:

Ref. 3 paqcom anteriores & transmisión precursora.

Fin del pánico.

Cometí un error de interpretación.

Es una nave de la Cámara Escapsilar.

Ho hum.

Lo siento.

Enviaré inmediatamente un Informe Interno Completo con código de Factor Gran Azoramiento.

MVAS. A&A. VAT

**

<fin de señal secuencia>

**

º º VGS *Error honesto*

ª ª UGC *Zona gris*

Sí. ¿Y?

oo

Hay más.

La nave mintió.

aa

Deja que lo adivine. En realidad, la nave ha sido subvertida.

Ya no es una de las nuestros.

oo

No, se cree que su integridad está intacta.

Pero mintió en esa última señal y con una buena razón.

Puede que nos enfrentemos a un PCE.

Puede que quieran tu ayuda, a cualquier precio.

¿Estás interesado?

aa

¿Un Problema de Contexto Exterior? ¿De veras? Muy bien. Manténme informado, sí.

oo

No.

Hablo en serio.

No sé más pero algo los preocupa.

Tu presencia se requerirá, con urgencia.

aa

Eso sospecho. No obstante, primero tengo cosas que terminar aquí.

oo

¡Niña estúpida!

Date prisa.

aa

Mm-hmm. Si accedo, ¿dónde podría requerirse mi presencia?
oo

Aquí
(adjuntado archivo glifsec.)
Como ya habrás deducido, es del GTI y concierne a nuestra vieja amiga.
aa

En efecto.
Esto sí que es interesante.
Estaré allí al instante.

**

<Fin de archivo de señal>

II

La nave se estremeció. Las pocas luces que aún se mantenían encendidas parpadearon, menguaron y se apagaron. La alarma enmudeció con un aullido mortecino. Las paredes del compartimiento de la escalera de cámara recibieron una serie de impactos que resonaban por la estructura primaria y secundaria de la nave. Los ecos de los impactos sacudieron la atmósfera. Se levantó una brisa, que desapareció al instante. El aire cambiante arrastraba el olor del incendio y la vaporización, aluminio, polímeros asociados con fibras de carbono y película de diamante, cables superconductores.

En alguna parte, el dron Sisela Ytheleus oyó a un humano, gritando. A continuación, irradiada salvajemente sobre las frecuencias electromagnéticas, llegó por el aire una señal de voz similar a esta. Casi inmediatamente se transformó en un ruido inconexo que a continuación se degradó con rapidez hasta convertirse en una estática carente de sentido. El grito humano se convirtió en un alarido y en ese momento la señal electromagnética cesó. Lo mismo le ocurrió al sonido.

Procedentes de varias direcciones diferentes, estallaron pulsos de radiación virtualmente carentes de información. El campo inercial de la nave vaciló por un instante y luego recobró las fuerzas y volvió a asentarse. Una salva de neutrinos atravesó el espacio que rodeaba la escalera de cámara. Los sonidos perdieron intensidad. Las señales electromagnéticas murmuraron y guardaron silencio. Los motores de la nave y sus sistemas principales de soporte vital estaban apagados. El espectro EM entero estaba vacío de significados. Lo más probable era que la batalla se hubiera trasladado al corazón cerebral y el núcleo fotónico de reserva de la nave.

Entonces un impulso energético atravesó un cable polivalente enterrado en la pared y osciló salvajemente unos instantes antes de calmarse y adoptar un patrón del todo irreconocible. El sistema de grabación alojado en un puntal estructural cercano despertó y empezó a explorar.

No puede terminar tan deprisa, ¿verdad?

Oculto en la oscuridad, el dron sospechaba que ya era demasiado tarde. Se suponía que debía esperar a que el ataque hubiera alcanzado una fase estable y el agresor pensara que ya solo se trataba de limpiar los últimos reductos de resistencia para actuar, pero el ataque había sido demasiado inesperado, demasiado intenso, demasiado capaz. Los planes que la nave había elaborado, y en los que él representaba una parte tan importante, solo podían anticiparse al enemigo hasta cierto punto, solo permitían un cierto grado de superioridad técnica por parte del atacante. Por encima de este punto, sencillamente no había nada que se pudiera hacer. No había plan brillante ni astuta estratagema que no le parecieran sencillos y risiblemente carentes de sofisticación a un enemigo que disfrutase de una profunda superioridad

técnica. Puede que todavía no hubiesen llegado del todo a un punto en el que la resistencia fuera fútil pero –a juzgar por la facilidad con la que la nave del Elenco estaba siendo derrotada– tampoco se encontraban demasiado lejos de él.

Mantén la calma –se dijo la máquina–. *Mira las cosas con perspectiva. Sitúa la situación y a ti mismo en vuestro contexto. Eres capaz, eres duro, eres invulnerable. Harás lo que esté en tu mano para sobrevivir en tu estado o al menos para cumplir con tu cometido. Hay un plan que tienes que llevar a cabo. Cumple con tu deber con destreza, coraje y honor y nada malo podrán pensar de ti quienes sobrevivan y triunfen.*

El Elenco llevaba muchos milenios poniéndose a prueba contra cualquier clase de tecnología y cualquier tipo de artefacto civilizado que los vastos espacios de la inmensa galaxia pudieran proporcionarles, buscando siempre comprender más que derrotar, cambiar más que imponer a otros el cambio, incorporar y compartir más que infectar e imponer, y por esta razón y con este *modus operandi* relativamente poco amenazante, habían alcanzado una destreza sin rival –con la posible excepción de los emisarios paramilitares de la corriente principal de la Cultura conocidos como la Sección de Contacto– en el arte de resistir un a taque directo sin que pareciera que ponían al enemigo en peligro; pero a pesar del gran número de exploradores que habían hollado los caminos de la galaxia en dirección a todas sus periferias, por muy lejos que hubieran llegado, enormes regiones del universal campo de torneos permanecían inexploradas para la remesa de civilizaciones que por entonces participaban en el juego, incluido el Elenco (y la medida en que estas regiones, y las que se extendían más allá de ellas, eran comprendidas por las especies más antiguas, e incluso si en realidad algo de esto les importaba o no, era cosa que sencillamente se ignoraba). Y se sabía que, aunque observadas desde la distancia, aquellas regiones de colosal vastedad, aquellos espacios entre los espacios entre las estrellas, alrededor de los soles, las enanas, las nebulosas y los agujeros no ofreciesen interés ni representasen amenaza, siempre era posible que aguardase algún peligro, acechase alguna ventura, comparativamente pequeña en relación con la magnitud física de las culturas activas en aquel momento en la galaxia pero capaz –gracias a una peculiaridad de desarrollo o como consecuencia de alguna clase de limbo temporal o de latencia excluidora– de desafiar o incluso derrotar a un representante de una sociedad tan avanzada en lo tecnológico y tan experimentada en los contactos como el Elenco.

El dron estaba en calma y sus pensamientos, tan fríos y desapasionados como era posible, discurrían por detrás del escenario de la situación en la que se encontraba. Poseía capacidad y estaba preparado para su misión y no era una máquina vulgar. Era el producto más perfeccionado de la tecnología de su civilización, diseñado para evadir la detección de los instrumentos más sofisticados, para sobrevivir en

condiciones de hostilidad casi inimaginables, para derrotar a virtualmente cualquier adversario y para soportar prácticamente cualquier grado de castigo en niveles concéntricos de resistencia. El hecho de que la nave, su propia creadora, la única entidad que posiblemente lo conociera mejor de lo que se conocía a sí mismo, estuviera aparentemente siendo corrompida, seducida, abordada, no debía afectar a su capacidad de juicio ni a su confianza.

El Desplazador –pensó–. *Lo único que tengo que hacer es llegar a la Vaina de Desplazamiento, eso es todo...*

Entonces sintió que su cuerpo era escudriñado por un puntero cuya fuente se encontraba en el corazón de la IA de la nave y supo que su momento había llegado. El ataque fue tan elegante como feroz y la absorción (emprendida por los memes-guerreros de la consciencia alienígena invasora, y apoyada por los procesos cognitivos y los conocimientos de la nave, a estas alturas sometida evidentemente por completo) casi instantánea, de tan brusca.

Sin mediar un intervalo que pudiera provocar error alguno, el dron desvió la personalidad de su IA a su propio complejo de picoespuma de seguridad y al mismo tiempo preparó la cascada de señales que transferiría sus conceptos, programas e instrucciones más importantes, primero a un complejo de nanocircuitos, después a un sustrato atomomecánico y por fin –y solo, absolutamente, como último recurso– a un tosco y diminuto (aunque con sus varios centímetros cúbicos de volumen, todavía demasiado grande) cerebro semi-biológico. El dron apagó y desactivó lo que había sido su mente verdadera, el único lugar en el que había existido de verdad en toda su vida, y dejó que los patrones de consciencia que hubieran podido enraizar allí perecieran por falta de energía. El colapso de su consciencia se registró en la nueva mente de la máquina como una mera exhalación de neutrinos, difusa y carente de información.

El dron ya estaba moviéndose, abandonando su nicho corporal de la pared y dirigiéndose al espacio de la escalera de cámara. Aceleró por el corredor sintiendo el aliento del sistema de vigilancia del puntal en la nuca. El cuerpo militarizado del dron fue recorrido por campos de radiación que acariciaron, sondearon, penetraron. Una escotilla de inspección reventó en la escalera de cámara, justo delante del dron, y algo salió expelido de su interior: brotó una maraña de cables, llenos a rebosar de energía eléctrica. El dron pasó a su lado como una exhalación y a continuación se agachó. Una descarga de electricidad crepitó en el aire, justo encima de la máquina, y abrió un agujero en la pared opuesta. El dron sorteó los escombros y, adoptando una forma paralela a la dirección de su avance, salió despedido por el corredor. Extendió un disco-campo frente a sí para frenar en una esquina, rebotó en la pared y aceleró al entrar en otra escalera de cámara. Era uno de los corredores principales que recorrían el eje de la nave y era muy largo: el dron no tardó en alcanzar la velocidad del sonido

en una atmósfera respirable por humanos. Una compuerta de emergencia se cerró tras él un segundo entero después de que hubiera pasado.

Un traje espacial salió despedido de un tubo de descenso vertical situado cerca del final de la escalera de cámara, frenó arrugándose y a continuación volvió a erguirse con una sacudida y avanzó con paso tambaleante al encuentro de la máquina. El dron ya lo había examinado y sabía que estaba vacío y desarmado. Lo atravesó sin detenerse, dejando tras de sí sus dos mitades, en el techo y en el suelo, estremeciéndose como un globo roto. Se envolvió en otro disco-campo del diámetro exacto de la escalera de cámara, frenó casi del todo contra un colchón de aire comprimido y a continuación, sin perder un instante, dobló el recodo y volvió a acelerar.

Había una figura humana en un traje de vacío en medio del siguiente pasillo, que estaba presurizándose rápidamente con un lejano siseo. En la distancia, la escalera de cámara estaba llenándose de gas. De repente, los gases se inflamaron y la explosión de la mezcla sacudió el pasillo. El humo era transparente para el dron y su temperatura no era ni de lejos suficiente para dañarlo, pero el aumento de la densidad de la atmósfera frenaría su avance, lo que sin duda era el objetivo de la estratagema.

El dron estudió lo mejor que pudo al humano y su traje mientras atravesaba el corredor lleno de humo en dirección a él. Conocía bien al individuo: había estado cinco años en la nave. El traje carecía de armas pero sus sistemas, ahora en silencio, sin duda habían sucumbido ya al enemigo. El hombre estaba en estado de shock y el traje le había administrado una furiosa dosis de sedantes químicos. Mientras el dron se aproximaba al traje, este alzó un brazo hacia él. A un humano le habría parecido que se movía con una velocidad casi imposible, en un latigazo instantáneo dirigido a la máquina, pero al dron el gesto se le antojó lánguido, casi apacible. Seguro que aquello no era todo lo que el traje era capaz de...

Solo contó con la más fugaz advertencia antes de que explotara el arma que el traje llevaba escondida. Hasta aquel mismo momento, el arma, oculta de alguna manera, no había sido percibida por los sentidos de la máquina. No tuvo tiempo de detenerse ni la oportunidad de utilizar su propio efector EM en los controles de la nave para impedir su sobrecarga, ni pudo tampoco ponerse a cubierto o –en medio de la densa atmósfera gaseosa que inundaba el corredor– acelerar para escapar. En el mismo instante, el campo inercial de la nave volvió a fluctuar y se desplazó cuarenta y cinco grados. De repente, *abajo* estaba directamente *detrás* del dron. Entonces, la intensidad del campo se dobló y volvió a doblarse. El arma explotó e hizo pedazos el traje y al humano que contenía.

El dron ignoró el tirón de la gravedad reorientada de la nave, se lanzó contra el techo y se deslizó sobre él mientras creaba un campo en forma de cono inmediatamente detrás de sí.

La explosión destrozó la cubierta interior de la escalera de cámara y empujó al dron contra el techo del corredor con tal fuerza que, en su interior, su cerebro semi-bioquímico de reserva quedó reducido a una pulpa inutilizada. Fue un pequeño milagro que ningún fragmento grande de metralla hiciera blanco en él. La onda expansiva golpeó el campo cónico del dron y lo aplanó, aunque no antes de que una parte importante de su energía fuera desviada contra las cubiertas interior y exterior de la escalera de cámara en una imitación bastante notable de una explosión dirigida. En busca de una salida, la nube de gases que seguía inundando la escalera de cámara perforó y desgarró el revestimiento del pasillo y los gases brotaron como una erupción volcánica en el despresurizado compartimiento de carga que había al otro lado. El dron hizo una pausa momentánea para dejar que los escombros pasaran a su lado en un huracán gaseoso y a continuación, en el semi-vacío que se había formado, volvió a ponerse en movimiento en dirección a la siguiente intersección de la escalera de cámara, ignorando la vía de escape que se había abierto tras él. La vaina del Desplazador que estaba tratando de alcanzar se encontraba en el exterior del casco de la nave, a solo diez metros del siguiente recodo.

El dron describió una curva en el aire, rebotó en otra pared y en el suelo y, mientras se precipitaba contra la pared-casco de la escalera de cámara, se encontró frente a una máquina similar a sí mismo que se abalanzaba aullando sobre él.

También conocía a aquella máquina. Era el mejor hermano /amigo /amante /camarada que tenía en toda la grande, distribuida y siempre cambiante civilización que era el Elenco.

Con un parpadeo fugaz, la máquina que se le echaba encima disparó sus rayos láser-X. Los haces pasaron a escasos milímetros de la parte superior del dron y detonaron a su espalda mientras éste encendía sus espejoscudos, daba una vuelta en el aire, expulsaba el núcleo de su vieja IA y la unidad semi-bioquímica, giraba describiendo un bucle hacia el exterior y continuaba finalmente por la escalera de cámara. Tras él, una llamarada engulló los dos componentes eyectados, que al instante se vaporizaron y lo envolvieron en una nube de plasma. Disparó su propio láser al dron que se le acercaba –el láser fue reflejado en una floración de ardientes pétalos que cayó con voracidad sobre las paredes del pasillo– y utilizó su efector en los controles de la vaina del Desplazador. La maquinaria se activó siguiendo una secuencia predeterminada.

El ataque contra su núcleo fotónico, manifestado como una perturbación perceptible en el tejido del espacio-tiempo que retorció la estructura interna de la mente lumínica del dron desde más allá del espacio convencional, se produjo en el mismo momento.

Está utilizando los motores –pensó el dron mientras sus sentidos fluctuaban, su consciencia parecía desmoronarse y evaporarse, y empezaba a perder el sentido–,

¡fm-am! –exclamó una minúscula subrutina asimilada y olvidada hacía tiempo. Sintió que pasaba de frecuencia modulada a amplitud modulada. Con la brusquedad de un latigazo, la realidad volvió a cobrar definición y enfoque, aunque sus sentidos siguieron pareciéndole ajenos y sus pensamientos extraños.

Pero si no reacciono de alguna manera...

El otro dron volvió a disparar, al mismo tiempo que se precipitaba hacia él en una trayectoria de interceptación.

Un ariete. Qué poco elegante.

El dron, resistiéndose aún a ajustar su topografía fotónica interna para asumir los violentos cambios de longitud de onda que demandaban atención en su mente, reflejó los rayos.

Con un zumbido, la vaina del Desplazador situada al otro lado del casco cobró vida. Una serie de coordenadas que se correspondían con la posición que el dron ocupaba en aquel momento y que describían el volumen de espacio que, de una dentellada, le arrebataría el mecanismo al universo convencional y lo arrojaría mucho más allá de la herida nave elenquista, aparecieron parpadeando en su consciencia.

Demonios, todavía puede que lo consiga. Solo hace falta una última vuelta –pensó el dron, como atolondrado. La dio; literal, físicamente, en el aire.

Brotaron luces a su alrededor, desde todas partes, luces con la signatura del fuego de plasma, y la detonación golpeó repetidamente su revestimiento con la fuerza de lo que pareció una pequeña explosión nuclear. Sus campos reflejaron toda la energía que pudieron. El resto calentó la máquina al rojo blanco y empezó a inundar el interior de su cuerpo y a destruir sus componentes más vulnerables. Sin embargo, él resistió, completó su giro entre los gases supercalentados que lo rodeaban –en su mayor parte baldosas vaporizadas, advirtió–, esquivó la forma de su gemelo asesino que se le echaba encima como una lanza al vuelo, percibió (de forma casi ausente ya) que la vaina del Desplazador había completado su activación y estaba preparándose para atenazar/descargar... mientras su mente, involuntariamente, absorbía la información contenida en la descarga de radiación y por fin se derrumbaba bajo el peso del propósito alienígena que esta ocultaba.

Sintió cómo se partía en dos, cómo dejaba tras de sí su personalidad real, la entregaba sin oponer más resistencia a la potencia invasiva de la abducción de su núcleo fotónico y de forma lenta y funesta empezó a cobrar consciencia del eco abstracto dejado por su propia existencia en una tosca forma electrónica.

Al otro lado de la pared del casco, el Desplazador completó su ciclo. Generó un campo a su alrededor y al instante engulló una esfera de espacio no mucho mayor que la cabeza de un humano. La detonación resultante hubiera sido estruendosa de no ser por el caos provocado por la batalla.

El dron –poco mayor que dos manos humanas colocadas juntas– cayó humeando

y emitiendo luz sobre la pared lateral de la escalera de cámara, que ahora era, en la práctica, el suelo.

La gravedad volvió a la normalidad y el dron cayó al auténtico suelo con un ruido metálico y rebotó en la chamuscada superficie interior que había bajo la chimenea de un corredor vertical. Algo había montado en cólera en la mente real del dron, más allá de las paredes de aislamiento. Algo poderoso y colérico y decidido. La máquina produjo un pensamiento equivalente a un suspiro o a un encogimiento de hombros, e interrogó a su núcleo atomomecánico, aunque solo fuera para guardar las apariencias... pero esa posibilidad había sido irremediablemente arruinada por el calor... tanto daba. Ya había terminado.

Todo había terminado.

Con éxito...

Entonces la nave lo llamó, con toda normalidad, utilizando el comunicador.

Vaya, ¿por qué no has intentado eso desde el principio? –pensó el dron–. *Bueno* –se respondió a sí mismo–, *porque no habría respondido, claro.* –Casi lo encontró divertido.

Pero no podía responder. El calor había fundido también el sistema de transmisión de la unidad comunicadora. Así que esperó.

El gas, una vez enfriado, empezó a asentarse, y otras materias se condensaron dejando bonitos dibujos en el suelo. Sonaban crujidos, las radiaciones recorrían el espacio y unos imprecisos impulsos electromagnéticos sugerían que los motores y los sistemas principales de la nave volvían a ser funcionales. El calor que se abría paso por el cuerpo del dron estaba disipándose lentamente. Estaba vivo pero seguía lisiado, incapaz de moverse o actuar. Tardaría días en activar las rutinas que empezarían, tímidamente, a reemplazar los mecanismos que construirían las nanounidades de reparación automática. Eso también resultaba divertido. La nave emitía sonidos y señales que parecían indicar que estaba moviéndose de nuevo por el espacio. Mientras tanto, la cosa que había en la mente real del dron seguía furiosa. Era como vivir con un vecino escandaloso o tener una jaqueca, pensó el dron. Siguió esperando.

Al cabo de algún tiempo, una unidad pesada de mantenimiento, aproximadamente del tamaño de un torso humano y escoltada por un trío de pequeños brazos laterales con capacidad de acción independiente, apareció al otro extremo del pasillo vertical que el dron tenía encima y descendieron flotando entre las corrientes de gas hasta encontrarse justo encima del pequeño, abollado, humeante y lastimado caparazón del dron. Los brazos no habían dejado de apuntarlo un momento durante todo el descenso.

Entonces una de las armas se activó y disparó contra la pequeña máquina.

Mierda. Un poco sumario, maldición... –tuvo tiempo de pensar el dron.

Pero el efector solo había utilizado la energía suficiente para establecer un canal

bidireccional de comunicaciones.

~ ¿Hola? –dijo la unidad de mantenimiento a través del arma.

~ Hola, tú.

~ La otra máquina ha desaparecido.

~ Lo sé. Mi gemelo. Volatilizado. Desplazado. Arrojado muy, muy lejos por una de esas grandes Vainas de Desplazamiento, algo tan pequeño. Con coordenadas desconocidas, además. Nunca lo encontrarán...

El dron sabía que estaba balbuciendo incoherencias. Probablemente su mente electrónica estuviera sufriendo una incursión del efector pero la muy idiota era demasiado estúpida para darse cuenta y el balbuceo era un efecto secundario que era incapaz de detener:

~ Sí, totalmente desaparecido. Entidad arrojada por la borda. XYZs de ida. Nunca la encontrarán. No tiene sentido ni buscarla. A menos que quieran enviarme a mí tras ella, claro. Podría echar un vistazo, si quieren, si la vaina sigue en funcionamiento. Personalmente, no tendría inconveniente...

~ ¿Pretendías que pasara todo lo que ha pasado?

El dron pensó en mentir, pero ahora podía sentir el arma del efector en su mente y supo que no solo el arma y el dron de mantenimiento sino la nave y lo que quiera que se hubiera apoderado de ella podían *ver* que estaba pensando en mentir... de modo que, sintiendo que volvía a ser él mismo pero sabiendo que no le quedaban defensas, dijo con aire cansino:

~ Sí.

~ ¿Desde el principio?

~ Sí. Desde el principio.

~ No hemos encontrado ni rastro del plan en la mente de tu nave.

~ Vaya, pues lo siento mucho por vosotros, cerebros de mosquito.

~ Reveladores insultos. ¿Te duele?

~ No. Oye, *¿quiénes* sois?

~ Tus amigos.

~ No me lo creo. Creía que esta nave era *lista* pero se ha dejado vencer por algo que habla como un Enjambre Hegemonizante sacado de un cuento para niños.

~ Podemos hablar de eso más tarde pero, ¿qué objeto tenía desplazar más allá de nuestro alcance a tu máquina gemela en lugar de a ti mismo? Estaba en nuestro poder, ¿no? ¿O se nos ha pasado algo por alto?

~ Se os ha pasado algo por alto. El Desplazador estaba programado para... oh, leedlo en mi cerebro. No me duele pero estoy muy *cansado.*

Un momento de silencio. Luego:

~ Ya veo. El Desplazador copió tu estado mental a la máquina eyectada. Por eso se mostró tu gemelo tan dispuesto a interceptarte cuando comprendimos que todavía

no eras nuestro y que podía existir una vía de escape a través del Desplazador.

~ Siempre hay que estar preparado para cualquier eventualidad, aunque te esté atacando un imbécil con armas más grandes que las tuyas.

~ Bien dicho, aunque un poco salaz. En realidad, creo que es muy posible que tu máquina gemela haya resultado dañada de gravedad en la implosión de plasma dirigida contra ti y en todo caso, como lo que estabas tratando de hacer era escapar y no dar con un método novedoso de atacarnos, la cosa no tiene demasiada importancia.

~ Qué convincente.

~ Ah, sarcasmo. Bueno, no importa. Ahora ven y únete a nosotros.

~ ¿Tengo elección?

~ ¿Cómo, acaso prefieres morir? ¿O es que piensas que íbamos a dejarte aquí para que te repares como eres/eras y puedas atacarnos en el futuro?

~ Solo estaba probando.

~ Te transcribiremos al núcleo de la nave junto con todos los demás que han sufrido mortalidad.

~ ¿Y los humanos, la tripulación mamífera?

~ ¿Qué pasa con ellos?

~ ¿Están muertos o en el núcleo?

~ Tres de ellos están exclusivamente en el núcleo, incluido el del arma que usamos para tratar de detenerte. El resto duerme y se han archivado copias de sus estados mentales en el núcleo para proceder a su estudio. No tenemos la intención de destruirlos, si eso es lo que te preocupa. ¿Te interesa su suerte particularmente?

~ La verdad es que nunca he podido soportar a esas viscosas y lentas masas de carne.

~ Eres una máquina muy dura. Vamos...

~ Soy un dron soldado, cretino. ¿Qué esperabas? ¡Y, además, soy duro! Acabas de cargarte a mi nave y a mis amigos y camaradas y me llamas duro a *mí*...

~ Fuisteis *vosotros* los que insististeis en llevar a cabo un contacto invasivo, no nosotros. Y no ha habido pérdidas definitivas de estados mentales, aparte de las causadas por vuestro Desplazador. Pero permíteme que te lo explique todo con más comodidad...

~ Mira, ¿no puedes matarme y acabar de una v...?

Pero entonces el arma del efector alteró momentáneamente su configuración y absorbió el intelecto de la pequeña máquina de su inutilizado y humeante cuerpo.

III

–¡Byr Genar-Hofoen, mi querido amigo, bienvenido! –El coronel Confraternizador de Alienígenas (de primera clase) Cinco Mareas Añúmedo VII de la tribu de los Cazadores Invernales rodeó al humano con cuatro de sus extremidades y lo apretó con fuerza contra su masa central, al mismo tiempo que fruncía las frondas de sus labios y pegaba su pico frontal a la mejilla del humano–. ¡Mmmmmmuuuah! ¡Toma! ¡Ja, ja!

Genar-Hofoen sintió el beso del oficial de la Fuerza Diplomática a través de los escasos centímetros de grosor de su traje de gelcampo como un impacto moderadamente fuerte en la mandíbula seguido por una poderosa succión que podría haber llevado a alguien menos experimentado en las diversas y vigorosas manifestaciones de afecto de los Afrentadores a concluir que, o bien la criatura estaba tratando de absorberle la dentadura a través de la mejilla, o bien había decidido probar si era factible arrancársele a su usuario un Traje de Gelcampo para Contacto/Protección de la Cultura, Tipo 12, utilizando un vacío parcial localizado. Probablemente no convenga pensar lo que un cuádruple y aplastante abrazo le hubiera hecho a un humano que no contara con la protección de un traje diseñado para soportar presiones comparables a las que se encontraban en el lecho de un océano, pero también es cierto que un humano expuesto sin protección a las condiciones necesarias para sustentar la vida de los Afrentadores experimentaría tres formas excitantemente diferentes y dolorosas de morir antes de tener que preocuparse de ser aplastado por un cajón con tentáculos tan gruesos como sus propias piernas.

–¡Cinco Mareas, me alegro de verte, tunante! –dijo Genar-Hofoen mientras propinaba al Afrentador unos bofetones en la punta del pico con la fuerza justa para expresar su camaradería.

–¡Y yo, y yo! –dijo el Afrentador. Soltó al hombre, se volvió con sorprendente rapidez y elegancia y, tras cogerle la mano con el extremo de uno de sus tentáculos, se abrió paso con él por entre la ruidosa multitud de Afrentadores que ocupaba la entrada del espacio nidal, hasta llegar a una zona más despejada de la red de membrana.

El espacio nidal tenía forma hemisférica y superaba de largo los cien metros de diámetro. Se utilizaba principalmente como cantina y comedor del regimiento, de modo que estaba decorado con banderas, banderines, pieles de enemigos, piezas y fragmentos de armas antiguas y parafernalia militar. Del mismo modo, las paredes, curvas y de aspecto venoso, estaban engalanadas con las placas honoríficas de compañías, batallones, divisiones y regimientos y las cabezas, los genitales, los miembros u otras partes suficientemente distintivas de los cuerpos de antiguos adversarios.

Genar-Hofoen había visitado aquel espacio nidal en varias ocasiones. Levantó la mirada para comprobar si las tres antiguas cabezas humanas que decoraban el vestíbulo estaban a la vista aquella noche. La Fuerza Diplomática, muy celosa de sus modales, se enorgullecía mucho de ordenar que los trofeos con partes reconocibles de alguna especie alienígena se cubrieran cuando un representante de la especie concreta estuviera de visita, pero algunas veces se olvidaban de hacerlo. Localizó las cabezas –apenas tres puntitos ocultos a gran altura en una de las superficies blandas que dividían las paredes– y vio que no las habían cubierto.

Era posible que se tratara de un mero desliz, aunque no lo era menos que fuera un acto deliberado, concebido como un insulto exquisitamente sopesado y destinado a provocar su inquietud y mantenerlo en su lugar, o como un sutil pero profundo halago para indicar que allí se le consideraba uno de los chicos, y no uno de esos alienígenas tímidos y llorones que se indignaban y enfurecían cuando veían el pellejo de un pariente cercano decorando una mesa.

El hecho de que no existiera modo alguno de determinar con rapidez cuál de estas posibilidades era la verdad era precisamente el rasgo de la Afrenta que más agradaba al humano. Y era, del mismo modo, el atributo que para la Cultura en general y sus predecesores en particular había supuesto una inmensa fuente de frustración.

Genar-Hofoen se descubrió sonriendo con sarcasmo a las tres lejanas cabezas y se dio cuenta de que en su fuero interno estaba deseando que Cinco Mareas se hubiese percatado de su reacción.

Los apéndices oculares de Cinco Mareas se hincharon.

–¡Camarero-escoria! –bramó a un joven eunuco que pasaba por allí–. ¡Tú, despojo!

El gran macho doblaba en talla al camarero, cuya juventud quedaba patente por la ausencia de todo atributo aparte de la joroba del pico trasero. El joven se acercó flotando, con un temblor aún más acusado de lo que dictaba la buena educación, y se detuvo al alcance del tentáculo de Cinco Mareas.

–Esta criatura –bramó Cinco Mareas, sacudiendo el extremo de uno de sus miembros hacia Genar-Hofoen– es el bestia-humano alienígena del que supongo que ya te han debido informar si tu Jefe no quiere recibir una sonora paliza. Puede que tenga aspecto de presa pero en realidad es un invitado valioso y honorable y tiene tanta necesidad de alimentarse como nosotros. Corre a la mesa de los animales y los extraplanetarios y trae la comida que se le ha preparado. *¡Vamos!* –El grito de Cinco Mareas produjo una onda expansiva visible en la atmósfera, compuesta en su mayor parte de nitrógeno. El joven camarero eunuco se perdió de vista con prudente rapidez.

Cinco Mareas se volvió hacia el humano.

–En consideración a ti –gritó– hemos preparado un poco de ese engrudo repulsivo que tú llamas comida y un contenedor de líquido basado en esa cosa venenosa, el

agua. Mierda celeste, cómo te tratamos, ¿eh? –Su tentáculo golpeó al humano en el vientre. El geltraje se arrugó para absorber el golpe. Con una carcajada, Genar-Hofoen se tambaleó ligeramente hacia un lado.

–Tu generosidad casi me derriba.

–¡Bien! ¿Te gusta mi nuevo uniforme? –preguntó el Afrentador, apartándose un poco del humano e irguiéndose en toda su estatura. Genar-Hofoen fingió un gran interés mientras examinaba de arriba abajo a la otra criatura.

Un Afrentador adulto típico consistía en una masa con forma de una pelota ligeramente achatada, de unos dos metros de circunferencia y uno y medio de altura, suspendida sobre un saco de gas venoso y cubierto de aletas y pliegues cuyo diámetro variaba entre uno y cinco metros según la flotabilidad que la criatura desease adoptar y coronado por una pequeña giba de sensores. Cuando un Afrentador estaba en modo ofensivo/defensivo, el saco entero podía desinflarse y cubrirse de placas protectoras sobre la masa corporal central. Los ojos y oídos principales se encontraban en los extremos de unos apéndices alargados, situados sobre el pico delantero, que cubría la boca de la criatura. Un pico trasero cubría los genitales. El ano/aliviadero de gases estaba situado debajo del cuerpo principal, en el centro.

La masa central estaba unida desde el momento del nacimiento a entre seis y once tentáculos de grosor y longitud variables, de los cuales al menos cuatro solían terminar en zaguales foliformes. El número de miembros que poseía un Afrentador adulto concreto dependía del número de combates y/o cacerías en los que había tomado parte y en el grado de éxito o fracaso con que lo hubiera hecho. Un Afrentador con una impresionante colección de cicatrices y más muñones que miembros podía tenerse por un deportista de admirable dedicación o un incompetente valeroso pero estúpido y posiblemente peligroso en función de la reputación del individuo.

El propio Cinco Mareas había nacido con nueve miembros –considerado el número más propicio entre las mejores familias, siempre que uno tuviera la decencia de perder al menos uno de ellos en un duelo o cacería– y, como cabía esperar, había sufrido la amputación de uno ante su maestro de esgrima de la academia militar, en un duelo librado para dirimir el honor de la esposa del jefe del maestro de esgrima.

–Es un uniforme muy impresionante, Cinco Mareas –dijo Genar-Hofoen.

–Sí, en efecto, ¿verdad? –dijo el Afrentador flexionando el cuerpo.

El uniforme de Cinco Mareas estaba compuesto por una multitud de anchas bandas y fajines de aspecto metálico que se entrecruzaban sobre su masa central, salpicados de pistoleras, vainas y soportes –todos ellos con armas dentro, pero sellados para la cena formal a la que acudían aquella noche–, unos discos relucientes que Genar-Hofoen sabía eran los equivalentes de medallas y condecoraciones y los retratos de aspecto impresionante de las fieras que había abatido y los rivales a los

que había mutilado de gravedad. Un grupo de discos-retrato discretamente velados hacía referencia a las hembras de otros clanes de cuya fecundación tenía Cinco Mareas derecho a jactarse honorablemente; los discos enmarcados en metales preciosos ofrecían testimonio de aquellas que habían presentado resistencia. Los colores y dibujos de los fajines indicaban el clan, el rango y el regimiento (que era lo que la Fuerza Diplomática, a la que Cinco Mareas pertenecía, era básicamente... hecho que no le convenía ignorar a ninguna especie que deseara tener –o se encontrase teniendo– relaciones con la Afrenta) de Cinco Mareas.

El Afrentador hizo una pirueta. El saco de gas se hinchó y lo elevó sobre la esponjosa superficie del espacio nidal hasta que los miembros, sin necesidad ya de sostener el cuerpo, estuvieron flotando en el aire.

–¿No crees que estoy... resplandeciente? –El traductor del traje de gelcampo decidió que el adjetivo que Cinco Mareas había escogido para describirse debía ser aderezado con un florido balanceo de las sílabas implicadas y el resultado fue que el oficial Afrentador lo dijo con el tono de un actor histriónico.

–Completamente amedrentador –asintió Genar-Hofoen.

–¡Gracias! –dijo Cinco Mareas mientras volvía a hundirse hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura que los del humano. Los apéndices oculares subieron y bajaron para examinar la figura del humano en su totalidad–. Tu propio atuendo es... diferente, como mínimo, y, estoy seguro de que muy práctico para tu pueblo.

La posición de los apéndices oculares del Afrentador indicaba que encontraba en esta afirmación algo que lo complacía en grado sumo; probablemente Cinco Mareas estuviera congratulándose por ser tan diplomático.

–Gracias, Cinco Mareas –dijo Genar-Hofoen, inclinándose. En realidad pensaba que su vestimenta era excesiva. Normalmente el traje no superaba en ninguna parte el centímetro de grosor y por término medio apenas alcazaba el medio centímetro, y sin embargo podía mantenerlo a salvo en condiciones ambientales aún más extremas que las necesarias para sustentar la vida de los Afrentadores.

Por desgracia, a algún imbécil se le había escapado que la Cultura probaba estos trajes Desplazándolos a las cámaras magmáticas de algún volcán activo y sacándolos de allí después de un momento (cosa que no era cierta; las pruebas de laboratorio eran bastante más exigentes, aunque sí que era cierto que se había hecho la experiencia una vez, y era la clase de cosas que se le ocurrirían a los fabricantes de la Cultura con sentido del espectáculo para impresionar a la gente). Definitivamente, esta no era una cosa de la que conviniera presumir delante de criaturas tan inquisitivas y exuberantes desde el punto de vista físico como los Afrentadores; solo servía para darles ideas extrañas, y aunque el hábitat Afrentador en el que Genar-Hofoen vivía no recreaba con tanta exactitud las condiciones de un planeta como para tener volcanes, en un par de ocasiones, después de que Cinco Mareas le hubiera pedido que le confirmara la

autenticidad de la historia del volcán, había creído sorprender al oficial de la Fuerza Diplomática mirándolo de manera extraña o, para ser más exactos, como si estuviera tratando de decidir qué aparato o fenómeno natural de los que estaban a su alcance tendría que utilizar para poner a prueba aquel notable e intrigante atuendo protector.

El geltraje poseía algo llamado un cerebro de nodo distribuido, capaz de traducir sin aparente esfuerzo todos los matices del idioma de Genar-Hofoen al de los Afrentadores y viceversa, así como convertir cualquier otra señal sónica, química o electromagnética en información coherente para los humanos.

Por desgracia, la potencia de procesamiento necesaria para una hazaña de esta categoría significaba que según las convenciones de la Cultura, el traje era una criatura consciente. Genar-Hofoen había pedido un modelo cuya inteligencia estuviera reducida al mínimo nivel intelectual aceptable pero a pesar de ello, el traje tenía, literalmente, una mente propia (aunque fuera una mente "de nodo distribuido", uno de esos términos técnicos cuyo significado Genar-Hofoen se enorgullecía de desconocer). El resultado era un artefacto que resultaba casi tan difícil de soportar desde el punto de vista metafórico como útil para vivir desde el práctico. Te cuidaba de maravilla pero no podía dejar de estar recordándotelo constantemente. *Típico de la Cultura*, pensaba Genar-Hofoen.

Normalmente, Genar-Hofoen programaba el traje para que la mayor parte de su superficie mostrara una lechosa tonalidad plateada a los Afrentadores, salvo en las manos y la cabeza, donde era transparente.

Solo los ojos tenían un aspecto extraño. Para que pudiera parpadear con normalidad tenían que ser ligeramente abultados. Como consecuencia de ello, cuando salía solía llevar gafas de sol, lo que parecía un poco incongruente estando sumergido en la tenue niebla fotoquímica que caracterizada la atmósfera del mundo natal de los Afrentadores cien kilómetros por debajo de las nubes que recibían la luz del sol, pero a él le resultaba útil.

Sobre el traje solía llevar un chaleco con bolsillos para guardar aparatos, regalos y sobornos, y una canana ajustada a la entrepierna en la que guardaba un par de armas portátiles, antiguas pero de aspecto impresionante. En términos de capacidad ofensiva, las pistolas proporcionaban a Genar-Hofoen un nivel mínimo de respetabilidad. Sin ellas, ningún Afrentador hubiera podido permitir que se le viera en compañía de un extraplanetario tan débil sin hacerle nada.

Para la cena del regimiento, Genar-Hofoen había aceptado de mala gana el consejo del módulo en el que vivía y se había ataviado con lo que según este era un atuendo elegantísimo: botas hasta las rodillas, pantalones ajustados, chaqueta corta y una capa larga –sobre el hombro–, y (además de un par de pistolas aún más grandes de lo habitual) se había colgado a la espalda una pareja a juego de algo que, según el módulo, se llamaba Micro Rifle Pesado de tres milímetros, armas de dos milenios de

antigüedad pero aún en perfecto funcionamiento, muy alargadas e impresionantemente relucientes. Se había plantado ante el sombrero con forma de tambor, alargado y cubierto de borlas, que el módulo le había sugerido y finalmente habían llegado a un acuerdo con un yelmo abierto de gala/blindado que daba la impresión de que alguna criatura con seis largos dedos metálicos estuviera sujetándole la cabeza por detrás. Como es lógico, todos los elementos de este atuendo estaban cubiertos por su equivalente a un traje de gelcampo, que los protegía de la fría y corrosiva presión del medio ambiente Afrentador, aunque el módulo le había asegurado que si quería disparar los micro rifles por educación, funcionarían a la perfección.

–¡Sire! –exclamó el camarero eunuco mientras detenía su vuelo sobre la superficie del espacio nidal junto a Cinco Mareas. Transportaba en tres de sus miembros una bandeja grande y llena de recipientes poliédricos y transparentes de diferentes tamaños.

–¿Qué pasa? –gritó Cinco Mareas.

–¡Los alimentos del invitado alienígena, señor!

Cinco Mareas extendió un tentáculo y revolvió la bandeja. El camarero observó cómo se volcaban, caían y rodaban por la bandeja los recipientes con los ojos muy abiertos y una expresión de terror que Genar-Hofoen hubiera reconocido aunque no hubiera tenido su entrenamiento diplomático. Posiblemente el peligro real que representaba para el camarero la posibilidad de que alguno de los recipientes se rompiera no fuera muy grande –las implosiones producían relativamente poca metralla y las sustancias nocivas para los Afrentadores se congelarían demasiado deprisa para suponer peligro alguno– pero el castigo reservado a un camarero que hiciera una demostración de incompetencia tan patente era proporcional a su flagrancia, de modo que la criatura tenía buenas razones para estar preocupada.

–¿Qué es esto? –exigió Cinco Mareas mientras levantaba un frasco esférico lleno hasta sus tres cuartas partes de líquido y lo sacudía vigorosamente delante del pico del joven eunuco–. ¿Es una bebida? ¿Lo es? ¿Y bien?

–¡No lo sé, señor! –gimió el camarero–. Parece... parece que sí.

–Imbécil –musitó Cinco Mareas y a continuación le ofreció graciosamente el frasco a Genar-Hofoen–. Honrado invitado –dijo–. Por favor, no dejes de decírnoslo si nuestros esfuerzos te complacen.

Genar-Hofoen asintió y aceptó el frasco.

Cinco Mareas se volvió hacia el camarero.

–¿Y *bien?* –gritó–. No te quedes ahí *flotando.* ¡Lleva el resto a la mesa del batallón del Salvaje Parlanchín!. –Con un movimiento fugaz, sacudió uno de sus tentáculos en dirección al camarero, quien se encogió de manera espectacular. Su saco de gas se deshinchó y entonces se alejó corriendo hacia el área del espacio nidal

reservada para el banquete, sorteando a los Afrentadores que se encaminaban en aquella misma dirección.

Cinco Mareas se volvió un momento para responder al golpe de saludo de un camarada oficial de la Fuerza Diplomática y a continuación volvió a rotar, extrajo un bulbo lleno de fluido de uno de los bolsillos de su uniforme y lo utilizó para brindar con Genar-Hofoen.

–Por el futuro de las relaciones entre la Afrenta y la Cultura –bramó–. ¡Que nuestra amistad sea duradera y nuestras guerras cortas! –Estrujó el bulbo para echarse el líquido en su pico delantero.

–Tan cortas que no nos demos cuenta –dijo Genar-Hofoen con aire cansino, no porque lo pensase realmente sino porque era la clase de cosa que se esperaba que dijera un embajador de la Cultura. Cinco Mareas resopló despectivamente y, en un movimiento rápido y fugaz, se inclinó hacia un lado, tratando en apariencia de introducir el extremo de uno de sus tentáculos por el ano de un capitán de la Flota que pasaba a su lado. El capitán apartó el tentáculo y chasqueó agresivamente el pico antes de sumarse a las carcajadas de Cinco Mareas y al intercambio de sentidos saludos y atronadores golpes de tentáculo propios de dos amigos muy queridos. Genar-Hofoen sabía que en aquella velada se repetirían escenas parecidas muchas veces. La cena era exclusivamente para machos y por consiguiente cabía esperar que fuera bulliciosa, incluso desde el punto de vista de los Afrentadores.

Genar-Hofoen se llevó la boquilla del frasco a los labios. El geltraje se pegó a la boquilla, igualó las presiones, abrió el sello del frasco y –mientras Genar-Hofoen inclinaba la cabeza hacia atrás– le echó lo que el cerebro del traje consideró un buen vistazo antes de permitir que el líquido de su interior se vertiera en la boca y la garganta del hombre.

~ *Agua /Alcohol al cincuenta por ciento, además de trazas de productos químico herbales parcialmente tóxicos. Lo más parecido que conozco es el licor de Leitsersiker* –dijo una voz en la cabeza de Genar-Hofoen–. *Si estuviera en tu lugar, no lo bebería.*

~ Si estuvieras en mi lugar, traje, recibirías la embriaguez con alivio porque mitigaría los efectos de tener que soportar tu íntimo abrazo –le dijo Genar-Hofoen a la criatura mientras bebía.

~ *Vaya. Así que estamos de mal humor, ¿eh?* –dijo la voz.

~ Gracias a ti.

–¿Está bueno, para tu estrafalario gusto? –inquirió Cinco Mareas, señalando el frasco con los apéndices oculares.

Genar-Hofoen asintió mientras la calidez de la bebida se abría camino desde su garganta al estómago. Tosió, lo que tuvo el efecto de hacer que el gelcampo se hinchara en su boca como un globo de chicle plateado –algo que, había descubierto,

era para Cinco Mareas la segunda cosa más graciosa que podía hacer un ser humano con un geltraje, superada solo por un estornudo.

–Insalubre y venenoso. Una copia perfecta. Mis felicitaciones al químico.

–Se las daré de tu parte –dijo Cinco Mareas mientras estrujaba el bulbo de su bebida y se lo arrojaba despreocupadamente a un sirviente que pasaba por allí–. Ven –dijo mientras volvía a coger al hombre de la mano–. Vamos a la mesa. Tengo el estómago más vacío que los intestinos de un cobarde antes de la batalla.

–No, no, no; tiene que ser un movimiento rápido, estúpido humano. Si no, los rasgabuesos lo cogen. Mira...

Entre los Afrentadores, las cenas formales se celebraban siempre en una colección de gigantescas mesas circulares de hasta quince metros de diámetro, dispuestas alrededor de un foso en el que se celebraban luchas de animales entre y durante los platos.

En los viejos tiempos, en los banquetes que organizaban los militares y las capas superiores de la sociedad Afrentadora, las luchas entre grupos de alienígenas capturados habían sido un divertimento especial pero razonablemente frecuente, a pesar del hecho de que organizar estas batallas solía ser muy caro y acarreaba toda clase de dificultades técnicas debido a las diferentes químicas corporales y presiones implicadas (por no mencionar que a menudo representaban un peligro muy real para los invitados a la cena que presenciaban el espectáculo. ¿Quién podía olvidar el horrible suceso que tuvo lugar en la mesa cinco de los Cicatriz Profunda allá por el '334, cuando todos los invitados sufrieron una atroz aunque honorable muerte a causa de la explosión de un foso de lucha presurizado en cuyo interior se habían simulado las condiciones atmosféricas de un gigante gaseoso?). De hecho, entre la gente realmente importante, una de las objeciones que con más frecuencia se ponían a la adhesión de la Afrenta a la asociación informal de otras especies astronavegantes era que la obligación de comportarse civilizadamente con las especies menores –en lugar de ofrecer a los salvajes la posibilidad de poner a prueba su valor frente a la gloriosa fuerza de las armas Afrentadoras– había acarreado un notable eclipse de la espectacularidad de las cenas de gala.

No obstante, en la actualidad, y en ocasiones realmente especiales, se celebraban todavía peleas entre delincuentes o entre dos Afrentadores que quisieran dirimir una disputa de naturaleza honorable. Tales enfrentamientos solían requerir que a los contendientes se les ataran las piernas, se los encadenara el uno al otro y se les entregase un cuchillo no mucho más grueso que una aguja, lo que garantizaba que la pelea no terminara demasiado pronto. Genar-Hofoen nunca había sido invitado a una de estas peleas y pensaba que no iba a serlo jamás. No era una de esas cosas que uno deja presenciar a un alienígena y, por otro lado, la disputa por los asientos era casi tan

feroz como el espectáculo que todo el mundo deseaba presenciar.

Para aquella cena –celebrada para conmemorar el mil ochocientos ochenta y cinco aniversario de la primera batalla espacial librada por la Afrenta contra un enemigo digno de este nombre– los espectáculos preparados guardaban cierta relación con los platos que se servían. Así por ejemplo, coincidiendo con el primer plato, se llenó parcialmente el foso de etano y se soltaron en su interior unos peces luchadores de una naturaleza especial. Cinco Mareas disfrutó enormemente explicando al humano las particularidades de estos peces, cuyas bocas eran tan especializadas que no podían alimentarse normalmente y tenían que criarse absorbiendo los fluidos vitales de *otra* especie de pez creada ex profeso para encajar en sus mandíbulas.

El segundo plato estaba formado por unos pequeños y sabrosos animales que a Genar-Hofoen le recordaban a simpáticos peluches. Corrían por un surco ancho abierto en la parte alta del foso, junto al extremo interior de la mesa circular, perseguidos por una criatura alargada y de aspecto viscoso con un montón de dientes en cada extremo. Entre vítores y risotadas, los Afrentadores bramaban, golpeaban las mesas, intercambiaban apuestas e insultos y pinchaban a las criaturillas con sus tenedores mientras se metían versiones cocinadas y preparadas de los mismos animales en los picos.

Los rasgabuesos componían el plato principal y mientras dos jaurías de estas bestias –cada una de ellas del tamaño de un humano corpulento pero dotada de ocho brazos– se hacían trizas en el pozo con mandíbulas protésicas erizadas de dientes como cuchillos y proto-zarpas, en la mesa se servía carne de rasgabueso en dados sobre enormes tajaderos de materia vegetal compactada. Los Afrentadores consideraban que aquel era el punto culminante del banquete. A los comensales les estaba permitido utilizar un arpón en miniatura –con mucho, el cubierto de aspecto más impresionante que había en cada juego– para arrebatar pedazos de carne de los tajaderos de los demás y –con la hábil sacudida del cable que Cinco Mareas estaba tratando en aquel momento de enseñar al humano– transferirlos al propio pico, tentáculo o tajadero sin que lo interceptara otro comensal o sin que se le cayera sobre el saco de gas.

–La gracia del asunto está en que –dijo Cinco Mareas mientras lanzaba su arpón contra el tajadero de un almirante que en este momento estaba distraído porque acababa de fallar a su vez un lanzamiento– la pieza más propicia es la que está más lejos. –Con un gruñido, dio un tirón y le arrebató el trozo al otro Afrentador un instante antes de que el oficial que había a la derecha del almirante pudiera interceptar la captura. El bocado cruzó el aire en una elegante trayectoria que concluyó el propio Cinco Mareas levantándose ligeramente para cazarla con el pico. Se volvió a derecha e izquierda para responder con saludos a los aplausos admirativos

que le ofrecieron los tentáculos de sus camaradas y a continuación volvió a recostarse en el soporte acolchado en forma de Y que le servía como asiento–. ¿Lo ves? –dijo mientras lo engullía con ostentación en un solo movimiento y escupía el arpón y su cable.

–Ya veo –dijo Genar-Hofoen, que todavía estaba recobrando lentamente el arpón tras su última intentona fallida. Estaba sentado a la derecha de Cinco Mareas, en un asiento en forma de Y que habían modificado sencillamente colocándole una tabla encima de las puntas. Sus pies colgaban sobre el foso de los desperdicios, que circunvalaba el perímetro de la mesa y que, según le informaba el traje, despedía un hedor muy del agrado de los gourmets Afrentadores. Se encogió y estuvo a punto de caer de su asiento al hacerse a un lado para esquivar un arpón que pasó por su izquierda, a muy poca distancia.

Genar-Hofoen recibió con elegancia las carcajadas y exageradas disculpas del oficial Afrentador situado cinco asientos más allá y que había tratado de alcanzar el plato de Cinco Mareas, y en un alarde de diplomacia, recogió el arpón y el cable y se los devolvió. Con las piernas colgando sobre el foso de los desperdicios, siguió cogiendo pedazos diminutos de comida imposible de identificar de los contenedores presurizados que tenía delante y transfiriéndolos a su boca con un utensilio de gelcampo con forma de mano de cuatro dedos. Se sentía como un niño cenando entre adultos.

–Casi se te llevan, ¿eh, humano? ¡Ja, ja, ja! –bramó el coronel de la Fuerza Diplomática que se sentaba junto a Cinco Mareas. Con uno de sus tentáculos, dio a Genar-Hofoen una palmada tan fuerte en la espalda que estuvo a punto de derribarlo sobre la mesa–. ¡Ups! –dijo el coronel y, de un fuerte tirón, lo devolvió a su asiento.

Genar-Hofoen sonrió educadamente y recogió las gafas de sol de la mesa. El coronel de la Fuerza Diplomática respondía al nombre de Granenfado. Era uno de esos nombres con los que la Cultura se encontraba con deprimente frecuencia entre los diplomáticos Afrentadores.

Cinco Mareas le había explicado que el problema era que a algunas secciones de la Vieja Guardia de la Afrenta les avergonzaba ligeramente que su civilización poseyera un servicio diplomático, de modo que trataban de compensar lo que temían que a otras especies pudiera parecerles un peligroso signo de debilidad asegurándose de que solo los más peligrosos y xenófobos Afrentadores se convirtieran en diplomáticos, para asegurarse de este modo de que a nadie pudiera ocurrírsele la peligrosamente ridícula idea de que la Afrenta estaba volviéndose blanda.

–¡Vamos, hombre! ¡Intenta otro lanzamiento! ¡El que no puedas comerte los malditos bichos no significa que no debas participar en la diversión!

Un arpón arrojado desde el otro extremo de la mesa atravesó el pozo en dirección al tajadero de Cinco Mareas. El Afrentador lo interceptó con habilidad y lo devolvió

con una estruendosa carcajada. El propietario del arpón se agachó justo a tiempo y, con un aullido y el siseo de un escape de gas, el cubierto fue a clavársele en el saco a un camarero que pasaba por allí.

Genar-Hofoen lanzó una mirada a los pedazos de carne que Cinco Mareas tenía en el tajadero.

–¿Por qué no puedo sencillamente arponear la carne de tu plato? –preguntó.

Cinco Mareas se irguió bruscamente.

–¿El plato de tu *vecino?* –bramó–. ¡Eso sería hacer trampas, Genar-Hofoen, o una invitación especialmente insultante a un duelo! Que me aspen, ¿qué clase de modales os *enseñan* en la Cultura esa?

–Te ruego que me perdones –dijo Genar-Hofoen.

–Perdonado –dijo Cinco Mareas. Sus apéndices oculares asintieron, devanó el cable de su arpón, se llevó al pico un pedazo de carne de su propio plato, cogió una bebida y, junto con todos los demás, golpeó la mesa con un tentáculo mientras uno de los rasgabuesos caía sobre la espalda de otro y le desgarraba el cuello.

–¡Buena jugada! ¡Buena jugada! Siete; ese es mi perro. ¡El mío! ¡He apostado por él! ¡Sí! ¡Yo! ¿Lo ves, Arbolgás? ¡Te lo dije! ¡Ja, ja, ja!

Genar-Hofoen sacudió ligeramente la cabeza y sonrió para sí. En toda su vida no había estado en ningún lugar tan inequívocamente alienígena como aquel, el interior de un bocel gigante lleno de gas frío y comprimido que orbitaba alrededor de un agujero negro –que a su vez orbitaba alrededor de una enana marrón situada a años luz de la estrella más próxima–, con el exterior tachonado de naves –la mayoría de ellas con las formas dentadas y bulbosas de las embarcaciones de la Afrenta– y lleno a reventar de felices astronavegantes de la Afrenta y de representantes de las especies asociadas que eran sus víctimas. A pesar de lo cual, se sentía como en casa.

~ *Genar-Hofoen; soy yo, Scopell-Afranqui* –dijo otra voz en la cabeza de Genar-Hofoen. Era el módulo, que le hablaba a través del traje–. *Tengo un mensaje urgente.*

~ ¿No puede esperar? –pensó Genar-Hofoen–. Estoy bastante ocupado en este momento con asuntos de rigurosa etiqueta.

~ *No, no puede. ¿Puedes volver aquí? Inmediatamente.*

~ ¿Qué? No, no pienso marcharme. ¿Es que estás loco? Si acabo de llegar...

~ *De eso nada. Te marchaste hace ochenta minutos y ya estás en el plato principal en ese circo de fieras, vestido por cierto como uno de los platos. Estoy viendo todo lo que pasa a través de ese estúpido traje...*

~ *¡Típico!* –lo interrumpió el traje.

~ *Cierra el pico* –dijo el módulo–. *Genar-Hofoen, ¿vas a volver o no?*

~ No.

~ *Muy bien, en ese caso déjame que verifique las prioridades de comunicación... Perfecto. En este momento, el estado de...*

–... apostar por ello, ¿amigo humano? –dijo Cinco Mareas mientras uno de sus tentáculos golpeaba la mesa delante de Genar-Hofoen.

–¿Eh? ¿Apostar? –dijo Genar-Hofoen tras reproducir rápidamente en su cabeza lo que el Afrentador acababa de decir.

–¡Cincuenta palos por el que está junto a la puerta roja! –rugió Cinco Mareas mirando a los oficiales que se sentaban a su derecha e izquierda.

Genar-Hofoen dio un puñetazo sobre la mesa.

–¡No es suficiente! –gritó, y sintió que el traje amplificaba hasta un volumen conveniente la traducción de su voz–. ¡Doscientos por el sabueso azul!

Cinco Mareas, que provenía de una familia que podía describirse como confortablemente desahogada más que como rica, y para quien cincuenta palos representaba la cantidad de su asignación semanal, se encogió microscópicamente y a continuación dio un golpe con otro tentáculo encima del primero.

–¡Montón de basura alienígena! –gritó con un exceso de teatralidad–. ¿Acaso pretendes sugerir que unos miserables doscientos es una apuesta digna de un oficial de mi posición? ¡Doscientos cincuenta!

–¡Quinientos! –gritó Genar-Hofoen mientras daba un puñetazo en la mesa con su otro brazo.

–Seiscientos –aulló Cinco Mareas con el golpe de un tercer miembro. Se volvió hacia los demás y, entre carcajadas generalizadas, intercambió miradas de complicidad. Al humano no le quedaban miembros.

Genar-Hofoen se revolvió en su asiento, levantó la pierna izquierda y golpeó la superficie de la mesa con el tacón de la bota.

–¡Mil, roñoso montón de basura!

Cinco Mareas sacudió un cuarto tentáculo sobre los miembros que ya se encontraban sobre la mesa, delante de Genar-Hofoen, quien empezaba a parecer un poco acogotado.

–¡Trato hecho! –rugió el Afrentador–. ¡Y puedes dar gracias de que no vuelva a subir la apuesta y te obligue a levantarte del asiento, despojo microscópico!

Cinco Mareas se echó a reír a carcajadas y miró a los camaradas oficiales que se sentaban cerca de él. También ellos se rieron; algunos, los más jóvenes, casi por obligación y otros –amigos y colegas de Cinco Mareas– estruendosamente, con una especie de desesperación delegada. La apuesta era de una magnitud capaz de meter a un sujeto cualquiera en un auténtico embrollo con sus camaradas, su banco, sus padres o los tres. Otros los miraron con una expresión que Genar-Hofoen había aprendido a reconocer como una sonrisa.

Cinco Mareas rellenó con entusiasmo todos los bulbos cercanos y animaba a la mesa entera a entonar la canción "Vamos-a-quemar-al-maestre-del-foso-a-fuego-lento-como-no-se-espabile".

~ Bien –pensó Genar-Hofoen–. ¿Decías?

~ *Ha sido una apuesta un poco exagerada, si se me permite decirlo, Genar-Hofoen. ¡Mil palos! Cinco Mareas no podrá pagar esa cantidad si pierde la apuesta y no nos conviene que se nos vea siendo demasiado pródigos con nuestros fondos si gana.*

Genar-Hofoen se permitió una pequeña sonrisa. Qué forma más perfecta de molestar a todo el mundo.

~ Lástima –pensó–. ¿Cuál era el mensaje?

~ *Creo que puedo hacerlo pasar por esa parte de tu traje que se supone que es el cerebro...*

~ *Lo he oído* –dijo el traje.

~ *sin que nuestro amigo se entrometa, Genar-Hofoen* –le dijo el módulo–. *Segrega un poco de «*rápido» *y...*

~ *Perdonadme* –dijo el taje–, *pero es posible que nuestro amigo quiera pensárselo dos veces antes de utilizar un fármaco como* rápido *en las actuales circunstancias. Después de todo, la responsabilidad es mía cuando no está en tus proximidades, Scopell-Afranqui. Quiero decir, seamos justos. Es muy fácil decir esas cosas sentado donde tú estás...*

~ *No te metas en esto, vacua membrana* –le dijo el módulo.

~ *¿Qué? ¿Cómo te atreves?*

~ ¡Queréis cerrar el pico *los dos!* –les dijo Genar-Hofoen, y tuvo que contenerse para no gritarlo en voz alta. Cinco Mareas estaba diciéndole algo sobre la Cultura y ya se había perdido la primera parte mientras las dos máquinas le llenaban la cabeza con su parloteo.

–... no puede ser tan excitante como esto, ¿eh, Genar-Hofoen?

–Estoy seguro de ello –gritó entre el ruido de la canción.. bajó el utensilio de gelcampo a uno de los contenedores de comida y se llevó un pedazo a los labios. Sonrió e hinchó los carrillos mientras comía. Cinco Mareas eructó, se metió un trozo de carne del tamaño de media cabeza humana en el pico y dirigió de nuevo su atención al foso de los animales, donde la pareja de rasgabuesos estaban estudiándose con cautela mientras daban vueltas el uno alrededor del otro. Parecían bastante igualados, pensó Genar-Hofoen.

~ *¿Puedo hablar ahora?* –dijo el módulo.

~ Sí –pensó Genar-Hofoen–. ¿Qué pasa?

~ *Tal como ya he dicho, es un mensaje urgente.*

~ ¿De?

~ *El VGS «*Muerte y gravedad».

~ ¿Ah, sí? –Genar-Hofoen estaba ligeramente impresionado–. Creía que ese viejo canalla no me hablaba.

~ *Lo mismo que creíamos todos. Según parece, no es así. Mira, ¿quieres oír el mensaje o no?*

~ Vale, pero, ¿para qué quieres que segregue *rápido?*

~ *Porque es un mensaje muy largo, por supuesto... de hecho es un mensaje interactivo, un grupo entero de señales semántico contextual con un estado mental adjunto capaz de responder a tus preguntas, y si lo escuchas en tiempo real, seguirás ahí con cara de pasmarote cuando tus joviales anfitriones lleguen a la estrofa del camarero cazado. Y* ya *te he dicho que es urgente. Genar-Hofoen, ¿estás prestándome atención?*

~ Te estoy *prestando* toda mi puta atención. Pero, vamos, ¿no puedes contarme sin más qué dice el mensaje? De forma concisa.

~ *El mensaje es para ti, no para mí, Genar-Hofoen. No lo he mirado. Se descifrará cuando te lo transmita.*

~ Vale, vale. Ya he segregado. Dispara.

~ *Sigo diciendo que es mala idea...* –musitó el traje de gelcampo.

~ *¡Cierra el PICO!* –dijo el módulo–. *Lo siento, Genar-Hofoen. He aquí el contenido del mensaje...*

» Del VGS Muerte y gravedad *a Seddun-raijsa Byr Fruel Ghdam Ois, comienzo del mensaje* –dijo el módulo con la voz que reservaba para los anuncios oficiales. Entonces otra voz ocupó su lugar:

~ *Genar-Hofoen, no voy a fingir que me alegra tener que comunicarme de nuevo contigo. Sin embargo, me han pedido que lo haga ciertas personas cuyas opiniones y juicios respeto y admiro, y que consideran que estaría siendo negligente con mis funciones si no hiciera todo cuando me permite mi capacidad.*

Genar-Hofoen realizó el equivalente mental a un suspiro y apoyó la barbilla sobre una mano mientras –gracias al *rápido* que recorría en aquel momento su sistema nervioso central– todo cuanto lo rodeaba parecía transcurrir a cámara lenta. El Vehículo Generales de Sistemas *Muerte y gravedad* ya era un viejo pelmazo cuando se conocieron y parecía que no había ocurrido nada en el ínterin que le hubiera hecho alterar su forma de hablar. Hasta su voz sonaba igual: pomposa y monótona al mismo tiempo.

~ *Por consiguiente, y con el debido respeto a tu habitualmente rebelde, argumentativa y deliberadamente perversa naturaleza, he decidido comunicarme contigo enviándote este mensaje bajo la forma de una señal interactiva. Veo que actualmente eres uno de los embajadores ante esa banda de rufianes advenedizos y puerilmente crueles conocida como la Afrenta. Tengo la desagradable sensación de que, a pesar de que ese puesto puede haberse concebido como una especie de sutil castigo para ti, de hecho has podido adaptarte con cierta satisfacción al entorno, si no a tu cometido, que asumo que llevarás a cabo con tu habitual mezcla de*

desenvuelto descuido y natural egoísmo...

~ Ya que esta señal es interactiva –lo interrumpió Genar-Hofoen– ¿puedo pedirte que vayas al puto grano?

A ambos lados del pozo, los dos rasgabuesos se pusieron tensos a cámara lenta.

~ *Vamos a tener que pedirle a tus anfitriones que se priven de tu compañía por algún tiempo.*

~ ¿Qué? ¿Por qué? –pensó Genar-Hofoen, embargado inmediatamente por la sospecha.

~ *La decisión se ha tomado ya... y permite que añada que yo no he tenido nada que ver en ella... y tus servicios se requieren en otro sitio.*

~ ¿Dónde? ¿Por cuánto tiempo?

~ *No puedo decirte con exactitud ni dónde ni por cuanto tiempo.*

~ Pues dime algo aproximado.

~ *No puedo y no pienso hacerlo.*

~ Módulo, fin del mensaje.

~ *¿Estás seguro?* –preguntó Scopell-Afranqui.

~ *¡Espera!* –dijo la voz del VGS–. *¿Te quedarás más contento si te digo que necesitamos unos ochenta días de tu tiempo?*

~ No. Aquí estoy bastante a gusto. Ya me he tragado mucha mierda de Circunstancias Especiales en plan "Eh-ven-a-hacer-un-trabajito-para-nosotros-vamos-tío".

(De hecho, esto no era del todo cierto. Genar-Hofoen solo había trabajado una vez para Circunstancias Especiales, pero conocía a montones de personas –o al menos había oído hablar de ellas– que se habían encontrado con algo que no esperaban trabajando para lo que en la práctica era el departamento de espionaje y trucos sucios de la sección de Contacto.)

~ *No he...*

~ Además, tengo un trabajo que hacer aquí –lo interrumpió Genar-Hofoen–. Tengo otra audiencia con el Gran Consejo dentro de un mes para decirles que tienen que portarse mejor con sus vecinos o vamos a tener que pensar en serio en darles un pequeño azote en el trasero. Si no me das más detalles sobre esa excitante y nueva oportunidad, ya puedes tragártela.

~ *No he dicho que estuviera hablando en nombre de Circunstancias Especiales.*

~ ¿Y lo estás negando?

~ *No exactamente, pero...*

~ Entonces deja de dar putas vueltas. ¿Quién más iba a pensar en sacar a un notable y altamente eficaz embajador de su...?

~ *Genar-Hofoen, estamos perdiendo el tiempo.*

~ ¿Estamos? –pensó Genar-Hofoen mientras los dos rasgabuesos se abalanzaban

el uno sobre el otro con lentitud–. Da igual. Continúa.

~ *La misión para la que se te requiere es, según parece, muy delicada. Personalmente, considero que eres del todo inadecuado para ella, razón por la cual sería absurdo confiarle todos los detalles a tu módulo, tu traje, a mí o a ti mismo hasta el momento en que todos esos detalles sean necesarios.*

~ Ahí lo tienes. Eso es exactamente lo que puedes irte comiendo. Toda esa mierda del "no-necesitas-saberlo típica" de CE. Me importa un carajo lo delicada que sea la misión. No voy ni a pensarlo hasta que no sepa de qué se trata.

Los dos rasgabuesos estaban en pleno salto, retorciéndose en el aire. Mierda, pensó Genar-Hofoen, ¿a que va a ser una de esas peleas que se deciden en el primer salto, dependiendo de cuál de las dos bestias logra clavar primero los dientes en el cuello de la otra?

~ *Lo que se te pide* –dijo el mensaje, con una aproximación bastante fiel al tono de voz que tenía *Muerte y gravedad* cuando estaba exasperado–, *son ochenta días de tu tiempo, el noventa y nueve punto noventa y nueve por ciento de los cuales no tendrás que hacer nada más oneroso o exigente que ir del punto A al punto B. La primera parte de tu viaje la pasarás, imagino que con notable comodidad, a bordo de la nave Afrentadora que les pediremos (y que seguramente tendremos que comprar, imagino) que pongan a tu disposición y la segunda, con una comodidad que puedo garantizarte, en una UGC de la Cultura, a la que seguirá una corta visita a otra nave de la Cultura, en la que se llevará a cabo la misión de la que estamos hablando. Y cuando digo que es una corta visita, me refiero a que posiblemente puedas completarla en menos de una hora y, con toda seguridad, no te llevará más de un día. Luego podrás volver para terminar lo que sea que hayas dejado inacabado con nuestros queridos amigos y aliados de la Afrenta. Creo que no parece* demasiado *trabajo, ¿no?*

Los rasgabuesos estaban encontrándose en ese momento en el aire, a un metro de altura sobre el centro del pozo, con las fauces dirigidas a las gargantas del otro. Era difícil de asegurar, pero Genar-Hofoen tenía la impresión de que no pintaba bien para el animal de Cinco Mareas.

~ Sí, sí, si, todo eso ya lo hemos oído antes, M y G. ¿Y qué saco yo del asunto? ¿Por qué demonios debería...? Oh, coño...

~ *¿Qué?* –preguntó el mensaje de la *Muerte y gravedad.*

Pero Genar-Hofoen estaba fijándose en otra cosa.

Los dos rasgabuesos chocaron, se enzarzaron y cayeron al suelo del pozo en una maraña de miembros que se sacudía a cámara lenta. El animal del collar azul había cerrado las fauces sobre el cuello del rojo. La mayoría de los Afrentadores estaba empezando a vitorearlo. Cinco Mareas y sus partidarios chillaban.

Mierda.

~ ¿Traje? –pensó Genar-Hofoen.

~ *¿Qué pasa?* –dijo el traje de gelcampo–. *Creía que estabas hablando con...*

~ Olvídate de eso ahora. ¿Ves al rasgabueso azul?

~ *No puedo quitarle los ojos de encima a esa maldita bestia.*

~ Utiliza el efector con ese cabrón. Sácaselo de encima al otro.

~ *¡No puedo hacer eso! ¡Sería hacer trampas!*

~ Cinco Mareas se juega el culo en este asunto, traje. O lo haces o tendrás que aceptar la responsabilidad por provocar un incidente diplomático. Tú verás.

~ *¿Qué? ¡Pero...!*

~ Hazlo ahora mismo, traje. Vamos. Sé que la ultima actualización te permite hacerlo sin que se enteren. ¡Oh! Mira eso. ¡Au! ¿No *sientes* esas fauces protésicas alrededor de tu garganta? Cinco Mareas debe de estar despidiéndose ahora mismo de su carrera diplomática. Probablemente ya esté pensando en el modo de desafiarme a un duelo. Después de eso, no importará mucho cuál de los dos mata al otro; probablemente sea el principio de la guerra entre...

~ *¡Vale! ¡Vale! ¡Ya está!*

Genar-Hofoen experimentó una sensación zumbante sobre el hombro derecho. El rasgabueso azul sufrió una sacudida, se dobló a la altura del diafragma y lo soltó. El animal del collar rojo salió reptando de debajo del otro, se retorció, se volvió sobre su enemigo y revertió inmediatamente la situación atrapando con las fauces protésicas la garganta de la bestia de collar azul. Junto a Genar-Hofoen, todavía a cámara lenta, Cinco Mareas estaba empezando a elevarse dando un salto.

~ Vale, M y G, ¿qué estabas diciendo?

~ *¿A qué ha venido la demora? ¿Qué estabas haciendo?*

~ No importa. Como has dicho, es una pérdida de tiempo. Sigamos.

~ *Asumo que lo que buscas es una recompensa. ¿Qué quieres?*

~ Caramba, déjame que lo piense. ¿Podría tener mi propia nave?

~ *Me han dado a entender que eso sería negociable.*

~ Ya me lo imagino.

~ *Podrás tener lo que quieras. Ahí está. ¿Te vale con eso?*

~ Oh, por supuesto.

~ *Genar-Hofoen, por favor. Te lo imploro: dime que vas a hacerlo.*

~ M y G, ¿me estás *implorando?* –preguntó Genar-Hofoen con una carcajada en la garganta mientras el rasgabueso se debatía sin conseguir soltarse en las fauces del otro animal y Cinco Mareas empezaba a volverse hacia él.

~ *¡Sí, así es! Y ahora, ¿quieres decir que sí? ¡El tiempo es esencial!*

Por el rabillo del ojo, Genar-Hofoen vio que uno de los miembros de Cinco Mareas empezaba a extenderse hacia él. Preparó su lento cuerpo para el golpe.

~ Lo pensaré.

~ *¡Pero...!*

~ Corta esa señal, traje. Dile al módulo que no espere. Y ahora, traje, una orden imperativa: desactívate hasta que te llame.

Genar-Hofoen cortó los efectos del *rápido*. Sonrió y un alegre suspiro brotó de sus pulmones cuando el golpe de júbilo de Cinco Mareas caía con un estremecedor estruendo sobre su espalda y la Cultura perdía mil palos. Todavía sería una velada divertida.

IV

El horror volvió a asaltar al comandante aquella noche, en la zona gris que era la media luz de una luna llena. Esta vez fue peor.

En el sueño, despertaba en su cama del campamento bajo la pálida luz del amanecer. En el valle, las chimeneas de los vagones crematorios eructaban humo negro. En el campamento no se movía otra cosa. Caminó entre las tiendas silenciosas y bajo las torres de guardia hasta llegar al funicular, que lo llevó por el bosque hasta los glaciares.

La luz era tan blanca que cegaba, y el aire, frío y escaso, le provocaba un escozor en el fondo de la garganta. El viento lo azotaba, levantando velos de nieve y hielo que sobrevolaban la superficie fracturada del gran río de hielo contenido entre las dentadas orillas de unas montañas negras de roca y blancas de nieve.

El comandante miró a su alrededor. Estaban excavando la cara occidental. Era la primera vez que veía aquel sitio. La pared se encontraba en el interior de una gran cuenca abierta con explosivos en el glaciar. Hombres, máquinas y perforadoras se movían como insectos en el fondo de aquel vasto tazón de resplandeciente hielo. La pared era completamente blanca a excepción de un reguero de puntos negros que desde la distancia parecían peñas. Era peligrosamente escarpada, pensó, pero para cortarla en un ángulo más suave hubieran necesitado más tiempo y el cuartel general siempre estaba metiéndoles prisa...

En lo alto de la rampa inclinada en la que las perforadoras arrojaban sus cargamentos aguardaba un tren, cuyo negro humo flotaba sobre aquel paisaje cegadoramente blanco. Los guardias pisoteaban el suelo para entrar en calor, unos ingenieros discutían con vehemencia junto al motor de la grúa y una cabaña vomitaba un turno de trabajadores que acababa de terminar su descanso. Un trineo lleno de presidiarios estaba bajando por una enorme hendidura en el hielo. Distinguió las hinchadas y heladas caras de los hombres, ataviados con uniformes y ropajes que no eran mucho mejores que harapos.

Hubo un trueno y una vibración bajo sus pies.

Volvió a dirigir la mirada al acantilado de hielo y vio que toda su mitad oriental se deshacía, se desmoronaba y caía con majestuosa lentitud y formando algodonosas nubes blancas sobre los diminutos puntos negros de los trabajadores y los guardias que había debajo. Las pequeñas figuras se volvieron y huyeron de la apremiante avalancha mientras esta se precipitaba por el aire y la superficie hacia ellos.

Unos pocos lo consiguieron. La mayoría no y, borrada en medio del resplandeciente tumulto, desapareció bajo la enorme oleada blanca. El ruido fue un trueno tan profundo que lo sintió en el pecho.

Corrió por el borde del acantilado de hielo hasta llegar a la parte superior del

plano inclinado. Todo el mundo gritaba y corría de acá para allá. El fondo entero de la cuenca estaba llenándose de la blanca neblina de polvo de nieve y hielo pulverizado que cubría a los supervivientes en su huida del mismo modo que el hielo había enterrado a los demás.

El motor de la grúa trabajaba con un sonido agudo y chirriante. Las perforadoras se habían detenido. Se sumó al puñado de personas que estaban reuniéndose junto al plano inclinado.

Sé lo que pasa aquí –pensó–. *Sé lo que me pasa. Recuerdo el dolor, veo a la chica, conozco esta parte. Sé lo que pasa. Debo dejar de correr. ¿Por qué no lo hago? ¿Por qué no puedo hacerlo? ¿Por qué no puedo despertar?*

En el preciso instante en que él llegaba, la tensión que estaba soportando la perforadora –de la que aún tiraba la grúa– llegó a su límite. El cable de acero se partió en algún punto del interior del cuenco de niebla con un ruido parecido a un disparo. Subió hacia el borde de la cuenca, siseando y retorciéndose como una culebra, y arrojó la mayor parte de su horripilante cargamento en todas direcciones, como si fueran gotas de hielo despedidas por un látigo.

Empezó a gritarle a los hombres que había junto al borde, pero en aquel momento tropezó y cayó de bruces sobre la nieve.

Solo uno de los ingenieros se tiró al suelo a tiempo.

Casi todos los demás fueron seccionados limpiamente por la guadaña del cable y cayeron con lentitud sobre la nieve chorreando sangre. Algunos eslabones de acero destrozaron el motor del tren con un estruendoso ruido metálico y se enroscaron alrededor de la estructura de la grúa como si estuvieran ansiando apresarla. Otros cayeron pesadamente sobre la nieve.

Algo lo golpeó en la parte alta de la pierna con la fuerza de un martillo neumático y le destrozó los huesos en un cataclismo de dolor. Impulsado por la fuerza del impacto, dio varias vueltas sobre la nieve mientras los huesos se hundían y clavaban y perforaban. Le pareció que duraba medio día. Fue a detenerse en la nieve, aullando. Estaba frente a la cosa que lo había golpeado.

Era uno de los cuerpos que la perforadora se había sacudido de encima en su ascenso, otro cadáver que aquella mañana le habían arrancado a hachazos y tirones a la nueva cara del glaciar como si fuera un diente podrido, uno de los testigos muertos que tenían que encontrar y extraer y, con toda diligencia y secreto, enviar a los vagones crematorios que esperaban en el valle para reducir las pruebas acusatorias a humo y cenizas. Lo que lo había golpeado y le había destrozado la pierna era uno de los cuerpos que habían arrojado al glaciar media generación atrás, cuando los enemigos de la Raza habían sido expulsados de los territorios recién conquistados.

El grito se abrió camino a la fuerza desde sus pulmones como una criatura desesperada por nacer bajo el aire gélido, como una criatura desesperada por unirse a

los gritos que oía por todas partes junto al borde del plano inclinado.

El comandante se quedó sin aliento. Contempló el rostro duro como una roca del cuerpo que lo había golpeado e inspiró con un sollozo para volver a gritar. Era el rostro de una chiquilla, una niña.

La nieve le quemaba el rostro. No podía recobrar el aliento. Su pierna era una ardiente almenara de dolor que le iluminaba el cuerpo entero.

Pero no los ojos. Su visión empezó a apagarse.

¿Por qué me está pasando esto? ¿Por qué no puedo detenerlo? ¿Por qué no puedo despertar? ¿Qué me hace revivir estos recuerdos terribles?

Entonces el dolor y el frío desaparecieron, como si alguien se los hubiera llevado, y lo inundó otra clase de frío, y se encontró... pensando. Pensando en lo que había ocurrido. Revisando, juzgando.

... En el desierto los quemábamos inmediatamente. No había aquel descuido. ¿Habían tratado de hacer un acto poético enterrándolos en el hielo? Sepultados tan adentro que sus cuerpos permanecerían en el hielo durante siglos. Enterrados tan profundamente que nadie podría encontrarlos sin el esfuerzo atroz que nos estaba requiriendo a nosotros. ¿Acaso nuestros líderes habían empezado a creerse su propia propaganda? ¿Acaso pensaban que su régimen duraría un centenar de vidas y habían empezado a medir sus acciones con aquel futuro en perspectiva? ¿Veían los lagos de descarga que se extendían bajo la desgarrada y sucia falda de los glaciares, pasados todos esos siglos, cubiertos por los cuerpos flotantes que el glaciar había liberado al fin? ¿Había empezado a preocuparles lo que el pueblo pensaría de ellos? ¿Acaso, tras haber conquistado el presente de forma tan implacable, se habían embarcado en una campaña para conquistar también el futuro, para conseguir que los amara como todos nosotros fingíamos hacer?

... En el desierto los quemábamos inmediatamente. Atravesaban el ardiente calor y el polvo seco en los alargados trenes y a aquellos que no habían muerto en los negros vagones les ofrecíamos agua con generosidad. No había voluntad que pudiera resistir a la sed que engendraban los días asfixiantes pasados entre los muertos.

Bebían el agua envenenada y morían en cuestión de horas. Incinerábamos los cuerpos saqueados en hornos solares, nuestra ofrenda a los insaciables dioses celestes de la Raza y la Pureza. Y sí que parecía haber algo puro en el modo en que terminábamos con ellos, como si sus muertes les otorgaran una nobleza que mítica podrían haber alcanzado en sus mezquinas y degradadas vidas. Sus cenizas caían como un polvillo liviano sobre la pesada vaciedad del desierto, esperando a que se las llevara la primera tormenta de arena.

Lo último que los hornos incineraron fue a los trabajadores del campamento –gaseados en sus dormitorios, principalmente– y toda la documentación: hasta la

última carta, hasta la última orden, hasta el último formulario de requisa, el último albarán, el último archivo, la última nota y el último memorando. Nos registraron a todos, incluido yo. La policía secreta fusiló en el acto a todos aquellos que habían cometido la torpeza de tratar de ocultar un diario. La mayoría de nuestros efectos personales acabó también convertida en humo. Lo poco que nos permitieron conservar había sido registrado tan exhaustivamente que bromeábamos diciendo que habían logrado lo que ni la lavandería: quitarles hasta el último granito de arena.

Nos separaron y nos trasladaron a puestos diferentes por todos los territorios conquistados. Los encuentros no estaban bien vistos.

Pensé en poner por escrito lo que había ocurrido. No para confesarme, sino para explicarlo.

Y nosotros también sufrimos. No solo por las condiciones físicas, que ya eran malas de por sí, sino en nuestras mentes, en nuestras conciencias. Puede que hubiera algunos salvajes, algunos monstruos que lo glorificaron (y quizá sirvió para que hubiera algunos asesinos menos en nuestras calles durante aquel tiempo) pero la mayoría de nosotros sufría agonías intermitentes y se preguntaba en los momentos de crisis si de verdad estaríamos haciendo lo que debíamos, a pesar de saber en el fondo de nuestros corazones que era así.

Muchos teníamos pesadillas. Las cosas que veíamos todos los días, las escenas que presenciábamos, el dolor y el terror... Estas cosas no podían cuando menos que afectarnos.

Aquellos de los que nos encargábamos: su tormento duraba pocos días, puede que un mes o dos, y entonces todo terminaba para ellos tan rápida y eficazmente como era posible.

Nuestro sufrimiento se ha prolongado una generación entera.

Me enorgullezco de lo que hice. Ojalá no me hubiera correspondido a mí hacer lo que había que hacer, pero me alegro de haberlo hecho lo mejor posible, y volvería a hacerlo.

Por eso quería poner por escrito lo que había ocurrido. Para dejar testimonio de nuestra fe, nuestra dedicación y nuestro sufrimiento.

Nunca lo hice.

También me enorgullezco de eso.

Despertó y había algo dentro de su cabeza.

Volvía a estar en la realidad, en el presente, en el dormitorio de la habitación que ocupaba en el complejo de retiro, cerca del mar. Podía ver cómo incidían los rayos del sol en los azulejos de la balconada, en el exterior del cuarto. Sus dos corazones gemelos latían con fuerza y las escamas de su espalda se habían erizado y le picaban. Le dolía la pierna con el eco del dolor de la herida que había sufrido hacía tanto en el

glaciar.

El sueño había sido el más vivido hasta la fecha y también el más largo, extendido hasta la avalancha del acantilado occidental y el accidente de la perforadora (sumergido como había estado en las profundidades de su memoria, enterrado bajo el temible y blanco peso del dolor recordado). Aparte de esto, lo que había experimentado había salido de su curso habitual, del paisaje acostumbrado de sus sueños, impulsado hasta allí por la rememoración del accidente y la imagen de sí mismo tratando de recobrar el aliento mientras contemplaba, paralizado por el asombro, el rostro de la chica muerta.

Se había encontrado pensando, explicándose, hasta justificando lo que había hecho en el ejército, durante la parte más importante de su vida.

Y ahora podía sentir algo dentro de su cabeza.

Lo que quiera que había dentro de su cabeza lo obligó a cerrar los ojos.

~ Por fin –dijo. Era una voz profunda, parsimoniosamente autoritaria, dotada de una pronunciación casi perfecta.

¿Por fin? –pensó *(¿Qué era aquello?)*

~ Tengo la verdad.

¿Qué verdad? (¿Quién era aquello?)

~ La de lo que hiciste. La de tu pueblo.

¿Qué?

~ La evidencia estaba por todas partes: en el desierto, enterrada en marga, absorbida por las plantas, hundida hasta el lecho de los lagos, y también en el registro cultural: la repentina desaparición de obras de arte, los cambios en la arquitectura y la agricultura. Aún quedaban unos pocos registros escritos –libros, fotografías, grabaciones sonoras, índices, que contradecían las historias reescritas– pero seguían sin explicar cómo era posible que tanta gente, tantos pueblos, parecieran esfumarse tan de repente, sin el menor signo de asimilación.

¿De qué estás hablando? (¿Qué era *aquella cosa que había en su cabeza?)*

~ Tú no creerías lo que soy, comandante, pero estoy hablando de una cosa llamada genocidio y de las pruebas sobre él.

¡Hicimos lo que había que hacer!

~ Ya sabemos eso, gracias. Hemos tomado nota de tus excusas.

¡Creo en lo que hice!

~ Lo sé. Tuviste el residuo de decencia de cuestionarte ocasionalmente las cosas pero en última instancia, en efecto, creías en lo que estabais haciendo. No es una excusa pero sí un argumento.

¿Quién eres? ¿Qué te da derecho a meterte en mi cerebro?

~ Mi nombre sería algo parecido a *Zona gris* en tu lengua. Lo que me da derecho a meterme en tu cerebro, tal como tú lo expresas, es lo mismo que te dio a ti el

derecho de hacer lo que les hiciste a aquellos que asesinaste: poder. Poder superior. Un poder *enormemente* superior, en mi caso. No obstante, me han llamado y ahora tengo que irme, pero regresaré dentro de pocos meses y entonces continuaré mis investigaciones. Aún queda suficiente en ti para construir un caso más... triangulado.

¿Qué? –pensó, tratando de abrir los ojos.

~ Comandante, no podría desearte un destino peor que el que ya sufres, pero puede que te convenga reflexionar sobre esto mientras estoy fuera...

Al instante volvió a encontrarse en el sueño.

Atravesó la cama. La solitaria sábana, blanca como el hielo, se desgarró debajo de su cuerpo y lo dejó caer en un tanque de sangre sin fondo. Lo atravesó hasta llegar a la luz, y al desierto y a la línea férrea que atravesaba las arenas. Cayó en uno de los trenes, en uno de los vagones, y allí estaba con su pierna rota, entre el hedor de los muertos y los gemidos de los vivos, atrapado entre los cuerpos cubiertos de excrementos con las llagas supurantes y el zumbido de las moscas y la cólera al rojo blanco de la sed en su interior.

Murió en el vagón de ganado, después de un infinito de agonía. Tuvo un instante fugaz para echar un vistazo a su habitación de la residencia. A pesar de su estado de dolor y terror, tuvo el tiempo y la presencia de ánimo necesarios para pensar que aunque parecía como si hubiera pasado un día al menos en la tortura del sueño, en el dormitorio todo seguía exactamente igual que antes. Entonces volvieron a sumergirlo.

Despertó sepultado en el glaciar, agonizando de frío. Le habían disparado en la cabeza pero la herida solo lo había paralizado. Otra interminable agonía.

Recibió una segunda impresión de la residencia. La luz del sol seguía incidiendo en el mismo ángulo. Nunca hubiera imaginado que fuera posible sentir tanto dolor, ni en un momento, ni en una vida, ni en un centenar de vidas. Descubrió que tenía el tiempo justo para flexionar el cuerpo y moverse la anchura de un dedo en la cama antes de que el sueño se reanudase.

Entonces se encontró en la bodega de un barco, atrapado con miles de personas en la oscuridad, rodeado de nuevo por el hedor y la porquería y los gritos y el dolor. Ya estaba medio muerto dos días mas tarde, cuando se abrieron las válvulas y los que seguían vivos empezaron a ahogarse.

El limpiador encontró al viejo comandante retirado a la mañana siguiente, hecho un ovillo a poca distancia de la puerta. Sus corazones habían fallado.

La expresión de su rostro era tal que el celador de la residencia estuvo a punto de perder el conocimiento y tuvo que apresurarse a tomar asiento, pero el médico declaró que, probablemente, su fin había sido rápido.

V

[haz estrecho, M16.4, tra. @n4.28.858.8893]
º º UGC *Zona gris*
ª ª VGS *Error honesto*
oo

Ya. Estoy de camino.
aa

Ni un segundo antes de tiempo.
oo

Había cosas que hacer.
aa

¿Más cerebros animales en los que hurgar?
oo

Historias que desenterrar. Verdades que descubrir.
aa

Si me hubieran preguntado, habría respondido que uno de los últimos lugares en los que cabría encontrar un itinerario de la búsqueda de la verdad sería el interior de la mente de unos meros animales.
oo

Cuando los meros animales de los que hablas han llevado a cabo una de las más exhaustivas expurgaciones de una parte significativa de su propia especie y de todas las referencias documentales a este acto de genocidio, las alternativas que le quedan a uno son sorprendentemente escasas.
aa

Estoy convencido de que nadie negaría que tu diligencia te honra.
oo

Vaya, gracias. Debe de ser por eso que las demás naves me llaman «*Follacarne*».
aa

Sin duda.
Bien. Permíteme que te desee lo mejor en lo que quiera que nuestros amigos quieran de ti.
oo

Gracias.
Mi objetivo es complacer...
aa

**

<Fin de archivo de señal>

VI

Dejó un rastro de armas y restos licuados de fichas de casino. Los dos micro rifles pesados cayeron sobre la esterilla de absorción nada más cruzar la esclusa y la capa los siguió al instante. Las armas relucieron bajo la tenue luz que se reflejaba en los resplandecientes paneles de madera. Las fichas de mercurio que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, expuestas a la temperatura del ambiente humano del interior del módulo, se fundieron inmediatamente. Cuando se produjo el cambio, él lo sintió y, estupefacto, se detuvo y se miró los bolsillos. Se encogió de hombros y a continuación dio la vuelta a los bolsillos y dejó caer el mercurio sobre la esterilla. Bostezó y siguió caminando. Era raro que el módulo no lo hubiera saludado.

Las pistolas cayeron en las alfombras del suelo y se quedaron allí, envueltas en una película de gotitas de escarcha. Colgó la corta chaqueta en una escultura de la pared. Volvió a bostezar. No quedaba mucho para el amanecer del hábitat. Era tarde para meterse en la cama. Se bajó la caña de las botas y, con sendos movimientos de las piernas, las arrojó por el pasillo que conducía a la piscina.

Estaba quitándose los pantalones cuando entró en la zona principal del módulo, inclinado, arrastrando los pies, apoyándose en la pared y maldiciendo la ropa mientras trataba de desvestirse sin caer al suelo.

Había alguien allí. Se detuvo y miró.

Parecía que su tío favorito estaba sentado en uno de los mejores asientos del salón.

Genar-Hofoen enderezó la espalda, se balanceó y lo miró fijamente entre numerosos pestañeos.

–¿Tío Tishlin? –dijo, observando la aparición con mirada entornada.

La figura –alta, de blanca melena y con una sonrisa despreocupada en el rostro severo y anguloso– se puso en pie y se ajustó la chaqueta, larga y formal.

–Solo una versión simulada, Byr –tronó la voz. El holograma echó la cabeza atrás y le clavó una mirada moderada e inquisitiva–. Están empeñados en que hagas este trabajo, chico.

Genar-Hofoen se rascó la cabeza y murmuró algo al traje. Este empezó a desprenderse de su cuerpo.

–¿Podrías decirme *al menos tú* de qué demonios se trata, tío? –preguntó mientras salía del traje y aspiraba profundamente el aire del módulo, no porque tuviera mejor olor sino para molestar al traje. El traje se condensó en una bola del tamaño de una cabeza y, sin decir nada, se alejó flotando para limpiarse.

El holograma del tío de Genar-Hofoen respiró lentamente y cruzó los brazos de un modo que este había visto muchas veces en los primeros años de su juventud.

–Para decirlo de forma sencilla, Byr –dijo la imagen–, quieren que robes el alma

de una muerta.

Genar-Hofoen se quedó allí, todavía desnudo, todavía balanceándose, todavía parpadeando.

–Oh –dijo al cabo de un rato.

2. No se inventó aquí

I

¡Hop!... y aquí estamos, despertando. Un rápido examen de los alrededores, nada inmediatamente amenazante, se diría... Hmm. Flotando en el espacio. Curioso. No hay nadie cerca. Qué raro. Tengo la visión un poco degradada. Oh-oh, ésa es una mala señal. Y tampoco me siento del todo bien. Falta algo... El reloj marcha un poco lento, como si fuera un pedazo de basura electrónica... Realicemos una verificación completa del sistema.

... ¡Oh, demonios!

El dron flotaba por la oscuridad del espacio interestelar. Estaba realmente solo. Profunda, incluso espantosamente solo. Recorrió los desechos que habían sido sus sistemas de potencias, sentidos y armas, horrorizado por el erial que estaba descubriendo en su interior. Se sentía raro. Sabía quién era: era Sisela Ytheleus 1/2, un dron militar de tipo D4, de la Nave Exploradora «*La paz trae plenitud*», un navío del Clan de los Observadores de Estrellas, miembro de la Quinta Flota del Elenco Zetético, pero sus recuerdos en tiempo real solo empezaban en el momento en que había despertado allí, a un cillón de kilómetros de cualquier parte, abandonado en mitad de la nada con el interior hecho unos zorros. ¡Qué *asco!* ¿Quién le había hecho aquello? ¿Qué le había *pasado?* ¿Dónde estaban sus recuerdos? ¿Dónde había quedado su estado mental?

En realidad, sospechaba que lo sabía. Estaba funcionando en el nivel intermedio de sus cinco modos cerebrales escalonados: el electrónico.

Debajo de él se extendía un complejo atomomecánico y debajo de este, un cerebro bioquímico. En teoría, las conexiones con los dos debían de estar abiertas. En la práctica, las dos eran sospechosas. La mente atomomecánica no respondía correctamente a las señales que estaba enviándole para evaluar su estado y el cerebro bioquímico había quedado reducido a una masa. O el dron había estado realizando maniobras violentas últimamente o alguien se lo había licuado. Sintió ganas de arrojar toda la unidad biomecánica al espacio pero sabía que la sopa celular en la que se había convertido su sustrato mental de reserva podía terminar sirviéndole para algo.

Por encima, donde el cerebro *hubiera debido* encontrarse, había un par de conductores enormemente anchos conectados al núcleo fotónico y más allá de este se encontraba el verdadero núcleo de la IA. Los dos estaban completamente bloqueados y, metafóricamente, enyesados con señales de advertencia. Junto al núcleo fotónico, el equivalente a una solitaria luz de advertencia indicaba que allí dentro había actividad de algún tipo. En cuanto al núcleo de la IA, estaba muerto, vacío o

sencillamente había decidido permanecer en silencio.

El dron llevó a cabo otro examen de sistemas. *Parecía* estar al mando de todo, al menos de todo lo que quedaba. Se preguntó si la degradación de los sistemas sensoriales y armamentísticos sería real. Puede que fuera una ilusión. Puede que en realidad esas unidades estuvieran en perfecto funcionamiento y bajo el control de uno de los componentes superiores de la mente o de los dos. Se adentró más en la programación de las unidades. No, no parecía posible.

A menos que la situación entera fuera una simulación. Eso sí era posible. Una prueba: ¿Qué harías si te encontraras de repente flotando en el espacio interestelar, con casi todos los sistemas gravemente averiados, reducido a un estado mental de nivel tres, sin posibilidad de recibir ayuda y sin poder recordar cómo llegaste hasta allí o qué te pasó? *Sonaba* a problema de simulación, un problema realmente horrible, un escenario atroz maquinado por la Junta de Instrucción y Selección de Drones.

Bueno, no había forma de saberlo y tenía que actuar como si todo fuera real.

Siguió examinando el interior de su estado mental. *Ah ha.*

Había una par de subnúcleos cerrados e intactos en su mente electrónica, sellados y marcados como potencial –aunque no probablemente– peligrosos. Había una advertencia similar adherida a las matrices de las rutinas de control de auto-reparación. El dron las dejó como estaban por el momento. Comprobaría todo lo que pudiera antes de empezar a abrir paquetes que podían contener sorpresas desagradables.

¿Dónde demonio *estaba?* Examinó las estrellas. En un destello, una matriz de figuras apareció en su consciencia. Definitivamente, en mitad de la nada. La mayoría de la gente conocía aquella región como el Remolino Foliar Superior. A cuarenta y cinco mil años luz del centro galáctico. La estrella más cercana –a catorce meses luz estándar de distancia– se llamaba Esperi, una vieja gigante roja que había engullido hacía tiempo su séquito de planetas interiores y cuyo insustancial orbe de gases proyectaba ahora una luz apagada sobre un par de lejanos planetas helados y una remota nube de núcleos de cometas. No había vida por ninguna parte. Solo era otro aburrido sistema muerto idéntico a otros cien millones de sistemas.

La región era una de las menos visitadas y más inhabitadas de la galaxia. El enclave más próximo de una civilización importante era el sistema Sagraeth, a cuarenta años luz de distancia, que albergaba una civilización lagartoide de nivel tres abordada por primera vez por la Cultura hacía una década. Las tasas de influencia/interés ascendían a: Creheesil 15%, Afrenta 10%, Cultura 5% (el mínimo típico, equivalente para la Cultura a una radiación de fondo en términos de influencia/interés), y un conjunto de investigaciones y visitas pasajeras de otras veinte civilizaciones que en su conjunto conformaban otro 2%. Por lo demás, el lugar no interesaba a nadie: una región del espacio olvidada y desatendida en sus dos

terceras partes. El Elenco no la había investigado directamente hasta entonces, aunque como de costumbre había enviado algunas sondas al espacio profundo para llevar a cabo los exámenes de rutina, que no habían revelado nada especial. El lugar no le decía nada.

Fecha: n4.28.803, según la cronología que el Elenco todavía compartía con la Cultura. El sumario del diario de servicio del dron afirmaba que había sido construido por *La paz trae plenitud* junto con otro ejemplar idéntico en n4.13, poco después de que la construcción de la propia nave se hubiera concluido. Anotación más reciente: '28.725.500, la nave abandonaba el hábitat de Grada para llevar a cabo una exploración estándar de las regiones exteriores del Remolino Foliar Superior. El cuaderno de servicio detallado había desaparecido. El último suceso señalado que el dron pudo encontrar en su memoria databa del '28.802: la actualización del archivo de las actividades cotidianas. De modo que, o lo que fuera había ocurrido ayer o algo le pasaba a su reloj.

Examinó los informes de daños y registró sus memorias. El perfil de daños era idéntico al causado por fuego de plasma y –a juzgar por la falta de un patrón discernible– había sido causado por un evento de plasma de enorme magnitud y muy lejano o un fuego de plasma –posiblemente por un arma de plasma– mucho más cercano pero amortiguado por algo. Una implosión de plasma cercana era el ejemplo más plausible. No era algo que pudiera hacerse a sí mismo. Pero la nave sí que habría podido.

Había disparado recientemente sus rayos láser-X y sus proyectores de campo-escudo habían absorbido ciertos daños. Todo concordaba con lo que habría ocurrido si algo como él lo hubiera atacado... *Hmm...* Otro ejemplar idéntico.

Pensó. Buscó. No logró encontrar más menciones relativas a su gemelo.

Estaba flotando a unos dos-ochenta kilómetros por segundo, alejándose en línea casi recta del sistema Esperi. Delante de él –enfocó lo que quedaba de su dañada capacidad sensorial para escudriñar el espacio– no había nada. No parecía estar dirigiéndose *hacia* nada.

Dos-ochenta kilómetros por segundo. Estaba muy cerca del límite teórico por encima del cual parte de su masa empezaría a dejar un rastro relativístico en la superficie del espacio-tiempo, un rastro que podía captarse con los instrumentos adecuados. Ahora bien, ¿era una coincidencia o no? Si no lo era, podía haber sido arrojado de la nave por alguna razón. Puede que hubiera sido Desplazado. Enfocó sus sentidos hacia atrás. No encontró ningún punto de origen evidente y nada venía tras él. Sin embargo, sí que captó atisbos de algo.

El dron maldijo la irreparable degradación de sus sentidos y volvió a enfocarlos. Tras él encontró... gas, plasma, carbón. Amplió el cono de su enfoque.

Lo que descubrió fue una cáscara de restos en expansión que flotaba tras él a la

décima parte de su velocidad. Llevó a cabo una intrapolación de la expansión de los restos. Se originaba en un punto situado cuarenta kilómetros más allá de la posición en la que había despertado, mil ochocientos cincuenta y tres milisegundos antes.

Lo que implicaba que había pasado casi medio segundo flotando en un estado de total inconsciencia.

Espeluznante.

Escudriñó la lejana cáscara de partículas en expansión. Habían estado a gran temperatura. Un destrozo. Los restos de una batalla, posiblemente. Puede que el carbón y los iones hubieran formado parte de él en origen, o de la nave, o incluso de un ser humano. Unas pocas moléculas de nitrógeno y dióxido de carbono. Nada de oxígeno.

Pero solo se movían al 10% de su velocidad. Eso sí que era extraño. Como si, de alguna manera, él hubiera recibido prioridad en una repentina aparición de materia. O también, quizá, como si hubiera sido Desplazado.

El dron dirigió parte de su atención hacia su interior, a los núcleos sellados del sustrato de su mente, con sus advertencias.

Supongo que no puedo seguir demorándolo –pensó.

Interrogó a los dos núcleos. *PASADO,* estaba etiquetado el primero de ellos. El otro se llamaba simplemente 2/2.

Uh-huh –pensó.

Abrió el primer núcleo y encontró sus recuerdos.

II

Genar-Hofoen flotaba dentro del baño, azotado desde todos lados por los chorros de agua. Aquella mañana, el ruido que hacían los ventiladores de desagüe del cubículo era espantoso. Parte de su cerebro le dijo que estaba quedándose sin oxígeno. Tendría que salir de la ducha o buscar a tientas el tubo del aire, que probablemente se encontrara en el último lugar en el que fuera a buscarlo. Pero si no lo hacía, tendría que abrir los ojos. Y no tenía ganas de molestarse. Se encontraba demasiado a gusto.

Esperó a ver quién se rendía primero.

Fue la indiferencia de su cerebro ante el hecho de que estaba asfixiándose. De repente se encontró completamente despierto y empezó a sacudir los brazos como un humano-básico a punto de ahogarse, desesperadamente necesitado de aire pero temiendo respirar en la constelación de glóbulos de agua en la que flotaba. Tenía los ojos abiertos como platos. Vio el tubo del aire y lo asió. Aspiró. *Mierda, cuánta luz*. Sus ojos ajustaron la visión. *Mucho mejor*.

Ya se había duchado bastante. Musitó "apaga, apaga" en el tubo del aire varias veces pero el agua no dejó de salir. Entonces recordó que el módulo no le hablaba porque la pasada noche le había dicho al traje que no aceptara más comunicaciones. Evidentemente, el módulo tenía que castigar una irresponsabilidad como esa comportándose como un crío. Suspiró.

Por fortuna, la ducha tenía un botón de apagado. Los chorros de agua se cortaron. La gravedad regresó poco a poco al cubículo y bajó flotando con lentitud entre una nube de globos de agua. Un campo de reversión se activó y Genar-Hofoen se miró mientras la ducha terminaba de drenar toda el agua. Escondió la tripa y levantó la barbilla mientras volvía el rostro hacia el lado que más lo favorecía y domaba unos pocos rizos rebeldes de su rubio cabello.

–Bueno, puede que me sienta fatal pero sigo teniendo un aspecto magnífico –anunció, aunque a nadie en concreto. Por una vez, es posible que ni el módulo estuviera escuchando.

–Siento tener que meterte prisa –dijo la representación de su tío Tishlin.

–No 'asa nada –dijo con la boca llena de filete *de feyl*. Lo engulló con la ayuda de una infusión recalentada que, según le aseguraba siempre el módulo, era muy beneficiosa cuando no habías dormido suficiente. Tenía un sabor tan desagradable que podía ser tanto genuinamente beneficiosa como otro de los chistecillos del módulo.

–¿Has dormido bien? –le preguntó la imagen de su tío. Aparentaba estar sentado

frente a Genar-Hofoen, al otro lado de la mesa del comedor del módulo, una agradable y espaciosa habitación llena de porcelana y flores y que ofrecía en tres de sus paredes una imagen en tiempo real del amanecer sobre un valle montañoso que en realidad se encontraba a media galaxia de distancia. Un pequeño dron de servicio flotaba cerca de la pared, detrás del hombre.

–Dos horas largas –dijo Genar-Hofoen. Suponía que podía haber permanecido despierto la noche anterior, cuando se había encontrado al holograma de su tío esperándolo. Podía haber segregado algo que lo mantuviera lúcido, despierto y receptivo para resolver el asunto en aquel momento pero sabía que habría acabado por pagarlo y, además, quería demostrarles que solo porque se hubieran tomado la molestia de persuadir a su tío favorito para que grabara un estado-mental-abstracto-de-señal-semántica o como quiera que lo hubiese llamado el módulo, no iba a ponerse a saltar cuando ellos lo dijeran. La única concesión que había hecho a tanta urgencia había sido el esfuerzo deliberado de no soñar. En aquel momento tenía a su disposición una colección espléndida de escenarios de acceso onírico, algunos de los cuales incorporaban una dosis de sexo poderosamente buena y satisfactoria y renunciar a cualquiera de ellos era un verdadero sacrificio.

Así que se había ido a la cama y había disfrutado de un agradable aunque no suficientemente prolongado sueño y el mensaje del tío Tishlin se había sentado a juguetear con su semántica abstracta en el núcleo de la IA del módulo mientras esperaba a que despertara.

Hasta el momento habían intercambiado algunos saludos y frases de compromiso y habían hablado un poco de los viejos tiempos. En parte, por supuesto, para que Genar-Hofoen pudiera asegurarse de que aquella aparición había sido enviada genuinamente por su tío y Circunstancias Especiales le había hecho el inmenso cumplido de enviar, no uno, sino dos estados de personalidad para convencerlo de que hiciera lo que querían que hiciera. (Si el holograma hubiera sido una ingeniosa falsificación creada por CE, el cumplido habría sido todavía mayor... pero aquel era el camino de la paranoia.)

–Creo que pasaste una buena velada –dijo la simulación de Tishlin.

–Enormemente divertida.

Tishlin puso cara de perplejidad. Genar-Hofoen vio cómo se formaba la expresión en el rostro de su tío y se preguntó lo exhaustiva que sería la duplicación de la personalidad, codificada ahora en el núcleo de IA del módulo –o alojada en él, si lo preferís así–. ¿De verdad *sentía* lo que quiera que hubiera en su interior, enviado allí con el cometido específico de persuadirlo para que cooperara con Circunstancias Especiales? ¿O solo lo aparentaba?

Mierda, debo de encontrarme mal –pensó Genar-Hofoen–. *Estas chorradas no me habían preocupado desde la universidad.*

–¿Cómo se puede pasar una velada enormemente divertida con... alienígenas? –preguntó el holograma enarcando las cejas.

–Es cuestión de actitud –respondió Genar-Hofoen, críptico, mientras cortaba una nueva tajada de carne.

–Pero no puedes beber con ellos, comer con ellos, ni tocarlos y es imposible que quieras las mismas cosas... –dijo Tishlin, con el ceño todavía fruncido.

Genar-Hofoen se encogió de hombros.

–Es una especie de traducción –dijo–. Te acabas acostumbrando a ella. –Masticó un rato, mientras el programa de su tío, o lo que quiera que fuese, digería esta afirmación. Señaló la imagen con el cuchillo–. *Eso* sí que es algo que querría, en el improbable caso de que accediera a hacer lo que quieren de mí.

–¿El qué? –Tishlin se reclinó en su asiento, con los brazos cruzados, mientras lo decía.

–Quiero convertirme en un Afrentador.

Las cejas de Tishlin se levantaron.

–¿Que quieres *qué*, muchacho? –dijo.

–Bueno, durante algún tiempo –dijo Genar-Hofoen mientras volvía ligeramente la cabeza hacia el dron. La máquina se adelantó con rapidez y volvió a llenarle el vaso de infusión–. O sea, lo único que quiero es un cuerpo de Afrentador, un cuerpo en el que pueda introducirme o algo así y... bueno, solo *ser* un Afrentador. Ya sabes, relacionarme socialmente con ellos. En realidad, no sé cuál es el problema. De hecho, no dejo de pensar que sería algo estupendo para las relaciones Cultura-Afrenta. Podría comunicarme de verdad con ellos. Podría ser uno de ellos. Demonios, ¿no se supone que es de eso de lo que va toda esa mierda diplomática? –Eructó–. Estoy seguro de que es posible. El módulo dice que sí, pero que no debemos hacerlo y dice que hay que pedirlo en otra parte, y ya me conozco todas las objeciones habituales pero sigo pensando que sería una gran idea. Joder, estoy seguro de que lo disfrutaría. Siempre podría volver a mi propio cuerpo cuando me diese la gana... Te estoy escandalizando, ¿verdad, tío?

La imagen sacudió la cabeza.

–Siempre fuiste el niño más raro de todos, Byr. Supongo que debía saber lo que cabía esperar. En realidad, cualquiera que decida ir a vivir con la Afrenta tiene que ser un poco raro.

Genar-Hofoen abrió los brazos.

–¡Pero si estoy haciendo lo mismo que tú! –protestó.

–Yo solo quería *conocer* alienígenas extraños, Byr. Nunca quise convertirme en uno de ellos.

–Vaya, y yo que pensaba que ibas a estar orgulloso de mí...

–Estoy orgulloso pero también preocupado. Byr, ¿estás diciendo en serio que

convertirte en un Afrentador sería parte del pago por hacer lo que quiere Circunstancias Especiales?

–En efecto –dijo Genar-Hofoen y levantó una mirada entornada hacia las vigas del techo–. Recuerdo vagamente que anoche pedí una nave y la *Muerte y gravedad* me dijo que sí... –Sacudió la cabeza y se echó a reír–. Debo de haberlo imaginado. –Se terminó lo que quedaba de carne.

–Me han dicho lo que están preparados para ofrecerte, Byr –dijo Tishlin–. Y no te haces una idea.

Genar-Hofoen levantó la mirada.

–¿De veras? –preguntó.

–De veras –dijo Tishlin.

Genar-Hofoen asintió lentamente.

–¿Y cómo te han convencido de que actuaras como intermediario, tío? –preguntó.

–No tuvieron más que pedírmelo, Byr. Puede que ya no esté en Contacto, pero cuando tienen un problema me gusta echar una mano si puedo.

–Esto no es Contacto, tío, es Circunstancias Especiales –dijo Byr en voz baja–. Suelen regirse por reglas ligeramente diferentes.

La expresión de Tishlin se tornó seria. La imagen dijo, casi en tono de disculpa:

–Eso ya lo sé, muchacho. Antes de acceder a hacerlo hablé con algunos de mis contactos. Todo cuadra, todo parece... fiable. Obviamente, te sugiero que hagas lo mismo, pero por lo que he averiguado, lo que me han contado es la verdad.

Genar-Hofoen guardó silencio un momento.

–Muy bien. ¿Y qué es lo que te han contado, tío? –preguntó tras apurar la infusión. Frunció el ceño, se limpió los labios e inspeccionó la servilleta. Miró el sedimento que había quedado en el fondo del vaso y a continuación se volvió hacia el dron con expresión de enfado. Este se balanceó en el equivalente cibernético de un encogimiento de hombros y cogió el vaso de su mano.

La representación de Tishlin se inclinó hacia él y apoyó los brazos en la mesa.

–Permíteme que te cuente una historia, Byr.

–Por supuesto –dijo Genar-Hofoen mientras se quitaba algo de los labios y lo dejaba en la servilleta. El dron de servicio empezó a recoger el desayuno.

–Hace mucho tiempo, muy lejos de aquí –dijo Tishlin– en un etéreo zarcillo de estrellas situado más allá del plano galáctico, más cerca de la Agrupación de Asatiel que de ninguna otra cosa, pero lejos incluso de esta, la *Niño problemático,* una de las primeras Unidades Generales de Contacto, de Clase Trovador, topó por casualidad con el rescoldo de una estrella muy antigua. La UGC empezó a investigar. Y no encontró una, sino dos cosas extrañas.

Genar-Hofoen se arrebujó en su toga y se reclinó en el asiento con una pequeña sonrisa en los labios. Al tío Tishlin siempre le había gustado contar historias. Algunos

de los recuerdos más antiguos que conservaba tenían por escenario la alargada y luminosa cocina de la casa de Ois, en el Orbital de Seddun. Su madre, los demás adultos de la casa y todos sus primos reunidos allí, charlando y riendo mientras él, sentado en las rodillas de su tío, escuchaba sus historias. Algunas de ellas eran cuentos de niños –que ya le habían contado antes, muchas veces, pero que siempre sonaban mejor cuando era el tío Tishlin quien los contaba– y otras eran las propias historias de su tío, de la época en que trabajaba en Contacto, viajando por la galaxia en muchas naves diferentes, explorando mundos extraños y nuevos, conociendo toda clase de gente rara y descubriendo un sinfín de cosas insólitas y maravillosas entre las estrellas.

–Para empezar –dijo la imagen holográfica–, todas las señales que emitía la estrella muerta indicaban que era increíblemente antigua. Las técnicas utilizadas para fecharla indicaban que tenía un trillón de años de antigüedad.

–¿Qué? –Genar-Hofoen resopló.

El tío Ti abrió las manos.

–Tampoco la nave podía creerlo. Para llegar a este increíble dato, utilizó... –La nave miró de soslayo a un lado, del mismo modo que Tishlin cuando estaba pensando– análisis isotópicos y pruebas de vaciado de flujo.

–Términos técnicos –dijo Genar-Hofoen, con un gesto de cabeza. Tanto el holograma como él asintieron.

–Términos técnicos –repitió la imagen de Tishlin–. Pero, independiente de las técnicas que utilizaran o de cómo hicieran sus cálculos, el resultado era siempre el mismo: la estrella muerta era al menos cincuenta veces más antigua que el universo.

–Nunca había oído esa historia. –Genar-Hofoen sacudió la cabeza y puso cara pensativa mientras lo decía.

–Ni yo –asintió Tishlin–. Pero resulta que se hizo pública poco después de que ocurriera. Una de las razones por las que no se montó un gran escándalo en aquel momento fue que la nave estaba tan avergonzada por lo ocurrido que nunca elaboró un informe completo y guardó los datos en su propia mente, sin compartirlos con nadie.

–¿Tenían Mentes de verdad en aquellos tiempos?

La imagen de Tishlin se encogió de hombros.

–Mentes con "m" minúscula. Hoy en día probablemente las llamaríamos núcleos de IA. Pero desde luego, era inteligente, y la cuestión es que la información se quedó en su cabeza.

Donde, por supuesto, solo la nave tendría acceso a ella. Prácticamente las únicas formas de propiedad privada que reconocía la Cultura eran el pensamiento y el recuerdo. En teoría los informes o análisis que se hacían públicos estaban disponibles para cualquiera, pero tus propios pensamientos, tus reflexiones, ya fueras humano,

dron o la Mente de una nave, se consideraban privados. Siquiera pensar en leer la mente de alguien o algo era el peor atentado contra el decoro imaginable.

Personalmente, Genar-Hofoen siempre había creído que era una norma razonable aunque con el paso de los años, y al igual que muchas otras personas, había llegado a pensar que la razón principal de su existencia era que servía a los propósitos de las Mentes de la Cultura en general y las de Circunstancias Especiales en particular.

Gracias a aquel tabú, en la Cultura todo el mundo podía tener sus secretos y urdir pequeñas intrigas y maquinaciones para tener contentos a sus corazones. El problema era que mientras en los humanos esta clase de comportamiento solía manifestarse a través de bromas, celos mezquinos, malentendidos estúpidos e instancias de amor trágicamente no correspondido, con las Mentes significaba ocasionalmente que no informaban a nadie del hallazgo de civilizaciones estelares enteras o se dedicaban a tratar de alterar el curso de una cultura ya desarrollada cuya existencia era conocida por todos (con el casi inefable corolario de que un día pudieran hacerlo, no con una cultura sino con la *Cultura*... asumiendo, claro está, que no lo hubieran hecho ya).

–¿Y qué hay de la gente que iba a bordo de la nave de la Cultura? –preguntó Genar-Hofoen.

–Ellos lo sabían, por supuesto, pero también echaron tierra sobre el asunto. Aparte de todo, tenían *dos* hechos increíbles entre las manos. Asumieron que tenían que estar relacionados de alguna manera pero no pudieron averiguar cómo, de modo que decidieron esperar y ver antes de decírselo a nadie. –Tishlin se encogió de hombros–. Supongo que es comprensible. Era todo tan inaudito que no me extraña que se lo pensaran dos veces antes de empezar a gritarlo a los cuatro vientos. Hoy en día no se podría hacer, pero cuando todo esto ocurrió sí. En aquellos tiempos las pautas eran más relajadas.

–¿Y qué fue la otra cosa extraña que encontraron?

–Un artefacto –dijo Tishlin mientras volvía a reclinarse en su asiento–. Un cuerpo negro perfectamente esférico de cincuenta kilómetros de diámetro, en órbita alrededor de una estrella tan antigua que no podía existir. La nave no pudo penetrar el artefacto con sus sensores. Ni con ninguna otra cosa, por cierto. Y por su parte, la cosa no daba señales de vida. Poco después, la *Niño problemático* sufrió un fallo en el motor, algo casi inaudito incluso en aquellos tiempos, y tuvo que abandonar la estrella y el artefacto. Como es natural, dejó tras de sí gran cantidad de satélites y plataformas de sensores para vigilarlo. Todos los que llevaba a bordo, de hecho, y unos cuantos más que fabricó durante el tiempo que estuvo allí.

»Sin embargo, cuando llegó la siguiente expedición, tres años después... recuerda que todo ocurrió en los márgenes de la galaxia y en aquellos tiempos las velocidades eran mucho menores... cuando llegó la expedición, digo, no encontró nada. Ni estrella, ni artefactos ni uno solo de los sensores y equipos de control remoto que la

Niño problemático había dejado tras de sí. Las señales que aparentemente estaban enviando las unidades de vigilancia se interrumpieron justo antes de que la nueva expedición los tuviera al alcance de sus sensores. Las distorsiones gravitatorias de las proximidades indicaban que la estrella y presumiblemente todo lo demás se habían esfumado por completo en el mismo instante en que la *Niño problemático* se había situado más allá del alcance de sus sensores.

–¿Se esfumaron sin más?

–Sin más. Desaparecieron sin dejar rastro –le confirmó Tishlin–. Una cosa de lo más desagradable. Nadie había perdido un sol hasta entonces, ni siquiera uno muerto.

»Entretanto, el Vehículo General de Sistemas con el que se había encontrado la *Niño problemático* para llevar a cabo las reparaciones había informado de que la UGC había sido atacada. El problema de su motor no se debía al azar ni a un defecto de fabricación, era el resultado de una acción ofensiva.

»Aparte de esto y de la inexplicable desaparición de una estrella entera, todo transcurrió con normalidad durante casi dos décadas. –Las manos de Tishlin aletearon una vez sobre la mesa–. Oh, hubo investigaciones diversas y juntas de análisis y comités y todo lo demás, pero lo mejor con que pudieron concluir fue que o bien el asunto entero había sido una especie de proyección de alta tecnología, producida quizá por una civilización Ancestral desconocida hasta entonces con un peculiar sentido del humor, o el sol y todo lo demás se habían sumergido repentinamente en el Hiperespacio y habían salido disparados. Pero esto último hubieran podido captarlo y no lo habían captado. De modo que el episodio siguió siendo un misterio y después de que todo el mundo lo hubiera mascado una vez tras otra hasta que no quedó de él más que saliva, falleció, por decirlo así, de muerte natural.

»Entonces, durante las siete décadas siguientes, la *Niño problemático* decidió que no quería seguir formando parte de Contacto. Abandonó la sección y a continuación abandonó la Cultura propiamente dicha y se unió al Ulterior, cosa también insólita para una nave de su clase. Y mientras tanto, todos los seres humanos que en el momento del suceso se encontraban a bordo de la nave hicieron lo que, según parece, se llaman Elecciones Vitales Inusuales. –La dubitativa mirada de Tishlin indicaba que no estaba del todo convencido de que esta frase contribuyera enormemente a la capacidad de transmisión de información del lenguaje. La imagen emitió un sonido como si se aclarara la garganta y continuó–. Aproximadamente la mitad de los humanos optó por la inmortalidad y los demás se sometieron a autoeutanasia. Los pocos humanos supervivientes fueron sometidos a una sutil pero exhaustiva investigación pero no se descubrió nada extraño.

»Luego estaban los drones de la nave. Todos ellos se unieron a la misma Mente Colectiva, también en el Ulterior, y desde entonces han estado incomunicados. Según parece, esto era más insólito aún. Transcurrido un siglo, casi todos los humanos que

habían optado por la inmortalidad estaban también muertos, debido a nuevas y "semi-contradictorias" Elecciones Vitales Inusuales. Más tarde, el Ulterior y Circunstancias Especiales, que esta vez, como era de esperar, se había interesado por el asunto, perdieron todo contacto con la *Niño problemático.* Pareció desaparecer sin más. –La aparición se encogió de hombros–. Eso fue hace mil quinientos años, Byr. Hasta este día, nadie ha visto la nave ni ha sabido nada de ella. Investigaciones posteriores sobre los restos de algunos de los humanos implicados, con medios técnicos más modernos, han revelado posibles discrepancias en la nanostructura de los cerebros de los sujetos, pero no ha podido descubrirse nada más. Finalmente la historia terminó por hacerse pública, casi un siglo y medio después de que todo hubiera ocurrido. Incluso, los medios de comunicación le dieron bastante cobertura durante algún tiempo pero para entonces era una historia vacía: la nave, los drones, las personas; todos habían desaparecido. No quedaba nadie con quien hablar, nadie a quien entrevistar, nada con que elaborar perfiles. Todo estaba detrás de bastidores, por decirlo así. Y por supuesto las principales celebridades, la estrella y el artefacto, eran los que más detrás de bastidores estaban.

–Bueno –dijo Genar-Hofoen–. Es todo muy...

–Espera –dijo Tishlin, levantando un dedo–. Hay un cabo suelto. El único superviviente de la *Niño problemático* cuyo paradero se conoce, aparecido hace cinco siglos. Alguien con quien se podría hablar, a pesar de que ha pasado los últimos veinticuatro milenios tratando de no hacerlo.

–¿Humano?

–Humano –le confirmó Tishlin, asintiendo–. La mujer que formalmente ejercía como capitán de la nave.

–¿Todavía tenían capitanes en aquella época? –dijo Genar-Hofoen. Sonrió. *Qué pintoresco,* pensó.

–Era una cosa bastante nominal, incluso entonces –le confirmó Tishlin–. Más que de la nave, era capitana de la tripulación. En cualquier caso, sigue viva, en una especie de forma abreviada. –La imagen de Tishlin hizo una pausa y miró fijamente a Genar-Hofoen–. Está Almacenada en el Vehículo General de Sistemas *Servicio durmiente.*

La representación hizo una pausa para que Genar-Hofoen pudiera reaccionar al nombre de la nave. No lo hizo, al menos de manera visible.

–Por desgracia, solo queda su personalidad –prosiguió Tishlin–. Su cuerpo fue destruido en un ataque idirano contra el Orbital en el que se encontraba Almacenado, hace medio milenio. Supongo que, a efectos de tu misión, podría considerarse un golpe de suerte. Había borrado sus huellas con tanta eficiencia, posiblemente con la ayuda de alguna Mente comprensiva, que de no haberse producido el ataque, hoy en día seguiría en paradero desconocido. Solo descubrieron de quién se trataba después

de la destrucción de su cuerpo, cuando los archivos fueron revisados a conciencia. Pero la cuestión es que Circunstancias Especiales cree que podría saber algo sobre el artefacto. De hecho, están seguros de ello, aunque es casi igualmente seguro que ella misma no *sabe* lo que sabe.

Genar-Hofoen guardó silencio un rato, jugueteando con el cordel de su toga. La *Servicio durmiente*. Llevaba algún tiempo sin oír ese nombre, sin tener que pensar en aquella vieja máquina. Había soñado con ella algunas veces, incluso había tenido una o dos pesadillas, pero había tratado de olvidarlas, había tratado de recluir aquellos ecos de recuerdo en un rincón lejano de su mente y lo había conseguido con un notable grado de éxito, porque ahora que volvía a darle vueltas al nombre en sus pensamientos, se le antojaba extraño.

–¿Y por qué de repente se ha vuelto tan importante, después de dos milenios y medio? –preguntó al holograma.

–Porque algo de características similares a las del artefacto ha aparecido cerca de una estrella llamada Esperi, en el Remolino Foliar Superior, y Circunstancias Especiales necesita toda la ayuda posible para afrontar el problema. Esta vez no hay ningún sol moribundo de un trillón de años de antigüedad, pero un artefacto aparentemente idéntico se encuentra allí, en medio del espacio.

–¿Y qué se supone que debo hacer yo?

–Subir a bordo de la *Servicio durmiente* y hablar con la representación mimética de la mujer. Parece ser que es la construcción de su personalidad almacenada en la Mente... –La imagen puso cara de perplejidad–. Para mí es algo nuevo... Sea como sea, tienes que tratar de convencerla para que renazca, a fin de que puedan interrogarla. La *Servicio durmiente* no va a entregarla sin más y desde luego no cooperará con CE, pero si ella pide renacer, se lo permitirá.

–Pero, ¿por qué...? –empezó a preguntar Genar-Hofoen.

–Eso no es todo –dijo Tishlin levantando una mano–. Aunque la mujer no quiera colaborar, aunque se niegue a volver, dispondrás de un método para apoderarte de ella a través del enlace que se abrirá para que puedas hablar con su representación numérica, sin que el VGS se entere. No me preguntes de qué se trata, pero creo que tiene que ver con la nave que van a entregarte para que viajes hasta la *Servicio durmiente*, después de la nave Afrentadora que alquilarán para que puedas ir a encontrarte con ella en Grada.

Genar-Hofoen hizo lo que pudo para poner cara de escepticismo.

–¿Es eso posible? –preguntó–. Me refiero a apoderarse de la muchacha de esa forma. Contra los deseos de la *Servicio durmiente*.

–Eso parece –dijo Tishlin encogiéndose de hombros–. Circunstancias Especiales cree que hay un modo de hacerlo. ¿Comprendes ahora a qué me refería cuando dije que tenías que robar el alma de una muerta...?

Genar-Hofoen reflexionó un momento.

–¿Sabes qué nave podría ser? Me refiero a la que van a darme para llegar hasta la *Servicio durmiente.*

–No me lo han... –empezó a decir la imagen, pero entonces hizo una pausa y en su rostro se dibujo una expresión curiosa–. Acaban de decírmelo. Es una UGC llamada *Zona gris* –La imagen sonrió–. Ah, veo que también tú has oído hablar de ella.

La *Zona gris.* La nave que hacía lo que las demás deploraban y despreciaban: asomarse a las mentes de otras criaturas utilizando sus efectores electromagnéticos – en cierto modo los muy, muy lejanos descendientes de los sistemas de contramedidas electrónicas de que disponían las civilizaciones medias de fase tres y el arma más sofisticada, poderosa pero al mismo tiempo precisa y controlable que poseía la típica nave de la Cultura– para sumergirse en el horripilante sustrato celular de la consciencia animal y tratar de encontrarle sentido a lo que encontrara allí para utilizarlo en beneficio de sus propios –y normalmente vengativos– fines. Una nave paria. La embarcación a la que las demás Mentes llamaban (aunque nunca a la cara) la *Follacarne* a causa de sus repulsivas aficiones. Una nave que nominalmente todavía formaba de la Cultura pero a la que repudiaban casi todas sus iguales. Una descastada virtual en la enorme meta-flota extensiva y de aspiraciones universales que era la Cultura.

Genar-Hofoen había oído hablar de la *Zona gris.* Ahora todo empezaba a tener sentido. Si existía una nave capaz de robar –y más importante aún, dispuesta a hacerlo– un alma Almacenada delante de las mismas narices de la *Servicio durmiente,* esa era probablemente la *Zona gris.* Si lo que había oído sobre la nave era verdad, había pasado la última década perfeccionando técnicas para manipular los sueños y recuerdos de gran variedad de especies mientras que, según todas las informaciones, la *Servicio durmiente* llevaba cuarenta años en un estado de estancamiento tecnológico, entregada por entero a su no mucho menos excéntrico pasatiempo.

Una expresión de distanciamiento se dibujó por un fugaz instante en el rostro de la imagen del tío Tishlin y entonces dijo:

–Según parece, ahí radica parte de la gracia. El hecho de que la *Servicio durmiente* sea otra Excéntrica no significa que esté más dispuesta que los demás VGS a tener a bordo a la *Zona gris.* La UGC tendrá que mantenerse al margen y eso facilitará el robo de la representación mimética. Si la *Zona gris* estuviera dentro del VGS en ese momento, probablemente no podría llevarlo a cabo sin ser detectado.

Genar-Hofoen volvía a tener aspecto meditabundo.

–Ese artefacto, esa cosa... –dijo–. Casi podría ser una de esas... ¿Cómo las llamáis? Una Paradoja de Contexto Exterior.

–Problema –dijo Tishlin–. Un Problema de Contexto Exterior.

–Hmmm. Sí. Uno de esos. Casi.

Un Problema de Contexto Exterior era una de esas cosas con las que la mayoría de las civilizaciones se encontraba solo en una ocasión, más o menos del mismo modo que una oración se encuentra con un punto y aparte. Para ilustrar los Problemas Fuera de Contexto se suele pedir al interlocutor que imagine que es una tribu en una isla extensa y fértil. Ha domesticado la tierra, ha inventado la escritura o la rueda o lo que sea, los vecinos se muestran cooperativos o han sido esclavizados pero en cualquier caso son pacíficos y están ocupados erigiendo templos en tu honor con todo su excedente de producción. Te encuentras en una posición de poder y control casi absolutos, con la que tus santos antepasados no podrían haber ni soñado y la situación marcha con tanta suavidad como una canoa sobre un césped mojado... cuando de repente aparece en la bahía un pedazo de hierro erizado de púas y escupiendo humo y unos tipos con palos de curioso aspecto echan pie a tierra y anuncian que acabáis de ser descubiertos, a partir de ahora sois todos súbditos del Emperador, a quien debéis hacer unos regalos que se llaman *impuestos,* y a esos hombres santos de mirada luminosa les gustaría mantener una charla con vuestros sacerdotes.

Eso es un Problema de Contexto Exterior. Al igual que la versión notablemente modernizada que les sucedía a civilizaciones planetarias enteras cuando alguien como la Afrenta topaba con ellos antes que, digamos, la Cultura.

La Cultura sufría montones de PCE de menor importancia, problemas que podrían haber resultado terminales si se hubieran abordado de la manera equivocada, pero hasta el momento había conseguido sobrevivir a todos ellos. Popularmente se creía que el PCE que acabara con la Cultura adoptaría la forma de un Enjambre Hegemonizante capaz de consumir la galaxia, una enfurecida civilización Ancestral o una repentina o, de hecho, instantánea visita de los vecinos de Andrómeda una vez que la expedición que se dirigía allí llegara por fin a su destino.

En cierto sentido, la Cultura vivía rodeada constantemente de PCE genuinos, en la forma de civilizaciones Ancestrales Sublimadas, pero hasta la fecha no parecía haber sido afectada o controlada de forma significativa por ninguno de ellos. No obstante, aguardar al primer PCE auténtico era el sedante intelectual preferido por aquellas personas y Mentes de la Cultura que siempre estaban dispuestas a encontrar una amenaza de catástrofe incluso en el seno de una utopía.

–Casi. Puede ser –asintió la aparición–. Pero es posible que el peligro se reduzca un poco con tu ayuda.

Genar-Hofoen asintió y miró la superficie de la mesa.

–¿Y quién está al mando del asunto? –preguntó con una sonrisa–. En estos casos suele haber una Mente que actúa como controlador de incidentes. O como lo llamen.

–El Coordinador de Incidentes es un VGS llamado *No se inventó aquí* –le dijo

Tish–. Quiere que sepas que puedes preguntarle lo que necesites.

–Uh-uhh. –Genar-Hofoen no recordaba haber oído hablar de la nave–. ¿Y por qué yo en concreto? –preguntó. Sospechaba que ya conocía la respuesta.

–La *Servicio durmiente* ha estado comportándose de forma aún más extraña de lo habitual –dijo Tishlin con cara de preocupación–. Ha dejado de aceptar nuevos Almacenamientos y ha cortado casi por completo las comunicaciones. Pero dice que permitirá que tú subas a bordo.

–Para darme una buena paliza, sin duda –dijo Genar-Hofoen mientras dirigía la mirada a un lado y veía cómo pasaba una nube sobre los prados del valle que mostraban las paredes proyectoras del comedor–. Probablemente quiere darme un discurso. –Suspiró y siguió mirando la habitación. Al cabo de un momento, volvió a clavar la vista en la simulación de Tishlin–. ¿Ella sigue allí? –preguntó.

La imagen asintió con lentitud.

–Mierda –dijo Genar-Hofoen.

III

–Pero hace que me duela el cerebro.

–Aún así, Mayor. Es de incalculable importancia.

–Solo he mirado el primer párrafo y ya me ha dado un dolor de tres pares de picos.

–A pesar de ello hay que hacerlo. Sea tan amable de leerlo con cuidado y luego le explicaré su significado.

–Que me arranquen los apéndices oculares, pedirle eso a un militar después de una cena del regimiento es una tropelía. –Cinco Mareas se preguntó si la autoindulgencia de los humanos sería una fuente de sufrimiento para ellos. Lo dudaba, por mucho que dijeran lo contrario. Con la posiblemente honorable y posiblemente demente excepción de Genar-Hofoen, parecían sufrir de un cierto exceso de gazmoñería y una cierta tendencia a flagelarse a sí mismos como forma de diversión. Además, estaban tan poco seguros de la naturaleza física que habían heredado, que la habían manipulado de mil maneras diferentes. Es muy probable que creyeran que las resacas eran una molestia y no una circunstancia que contribuía a la formación del carácter, y por ello, en una demostración de miopía, las habían eliminado.

–Me doy cuenta de que es muy temprano y de lo que pasó ayer, Mayor. Pero se lo ruego.

El emisario –al que Cinco Mareas solo había visto en una ocasión, y que tenía la irritante característica de parecer algo así como una versión mejorada del querido y ya fallecido padre de Cinco Mareas– acababa de presentarse en la casa nido sin haber avisado. De no haber sabido cómo funcionaban estas cosas, Cinco Mareas ya estaría pensando en las torturas que iba a utilizar con el jefe de seguridad del nido. Se habían arrancado tentáculos y se habían seccionado picos por menos que eso.

Por suerte, había podido cubrir con las sábanas a su esposa delegada y a las dos vicecortesanas antes de que el maldito ser/cosa hubiera anunciado su presencia entrando flotando en el nido.

Cinco Mareas abrió y cerró el pico delantero un par de veces.

Sabe como si me hubiera picado el culo –pensó.

–¿No puede decirme sencillamente qué significa la maldita señal? –preguntó.

–No entendería de qué le estoy hablando. Vamos, cuanto antes la lea, antes podré decirle lo que significa y antes podré demostrarle que es posible que esta información le permita, como mínimo, librarse para siempre del yugo de la interferencia de la Cultura.

–Hmmmm. Qué bien. Y como máximo, ¿qué me permitirá hacer?

El emisario de la nave dejó que sus apéndices oculares se inclinaran a ambos

lados, el equivalente Afrentador a una sonrisa.

–Cómo máximo, la información de la señal les permitirá dominar la Cultura tan completamente como esta, si así lo decidiera, podría dominarles a ustedes. –La criatura hizo una pausa–. Podría decirse que esta señal presagia el comienzo de un proceso que pondrá la galaxia entera en sus manos y, asimismo, abrirá a su expansión y explotación territorios con los que ahora mismo no pueden ni siquiera soñar. Y *no* estoy exagerando. ¿Cuento ya con su atención, Mayor?

Cinco Mareas resopló con escepticismo.

–Supongo que sí –dijo mientras sacudía los miembros y se frotaba los ojos, volvió a mirar la pantalla y leyó la señal.

ºº UGC *Destino susceptible de cambio*.

ªª VGS *Gradiente ético*

& estrictamente tras la aprobación de CE:

Excesión advertida @c18519938.52314

Constituye Advertencia formal de Nivel 0 para Todas las Naves

[(temporalmente secuestrado) –nota textual añadida por el VGS *Sabiduría como silencio* @ n4.28.855.0150.650001].

Excesión.

Precedente-brecha confirmado. Tipo K7^. Clase auténtica imposible de estimar. Su estatus: Activo. Consciente. Contactófila. No invasiva hm. LocEstare: Esperi (estrella).

Primer InCom (suyo, seguido de inmediato por un contacto a través de mi escáner primario @ n4.28.855.0065.59312) @ n4.28.855.0065.59487 en M1-a16 & Galin II por haz estrecho, tipo 4. Emisión de PPA & saludo en el apéndice, x@ 0.7A. Señal sospechosa recogida por ComHaz E-Z/lalsaer, 2ª Era. XContacto bautizado como "I". Única señal registrada.

Mis acciones ulteriores: mantener curso y velocidad, activar escáner primario rasante-desembragado al 50% de aproximación máxima, iniciar un examen pasivo HE completo (sinc./ comienzo de la secuencia de señal tal como se indica más arriba), enviar mensaje preforma solicitando confirmación de recepción a punto de contacto, escáner dedicado @ 19% de potencia y 300% de dispersión de haz en punto de contacto @-5% de punto de salida de escáner primario, instigar una maniobra lineal de aminoramiento y detención exponencial dirigida a punto del tejido @ 12% del alcance del escáner de seguimiento, realizar una comprobación completa de los sistemas, ejecutar una vuelta lenta/4 y a continuación rehacer la trayectoria anterior hasta el punto de aproximación más cercano y detenerme @ curva estándar 2ex. Donde ahora me

encuentro.

Características físicas de la Excesión: rad. Esférico 53.54 km, masa (imposible de estimar por influencia del tejido espaciotemporal –localidad ambientalidad planar– estimada por las normas de densidad material locales) 1.45x8^13t. Superficie de cuerpo negro, punteado granular, interior fractal distancia .0012-1344mm, abierto al vacío (filtrado por campo), presencia de campo anómalo inferida por filtración de 8^21 kHz. Categoría K7^ afirmada por topología HE y vínculos Re (inf. & ult). detalles de vínculos Re indeterminados. Archivos de DiaGlif adjuntos.

Presencia de materiales anómalos: varias nubes de detritos altamente dispersos en un radio de 28 minutos, tres de ellas coherentes con destrucción de entidad de nivel tec-casi-equivalente >.1.m3, otra de aprox. 3^8 cartuchos de SAAD-M de calibre .1 parcialmente agotados, otra consistente en restos asociados al interior (atmósfera de O2) de una nave. Esta última se alejaba directamente de la posición actual de la Excesión. Un cálculo del perfil de expansión de las nubes de detritos indica una edad de 52.5 días. Implícitamente, los resto podrían originarse @ en un punto situado a 948 milisegundos de la posición actual de la Excesión. Archivo de DiaGlif adjuntos.

No se han encontrado otras presencias en un radio de 30 años luz.

Mi estatus: H&H, inTacto, L8 seguro tras registro del sistema (100%).

CPADT activados. CPDTCR activados.

Repito:

ERed (inf. & ult.) de Excesión confirmada.

Detalles de vínculo de eRed imposibles de estimar.

Clase imposible de estimar.

Esperando.

@ n4.28.855.0073.64523...

...PD:

Gulp.

Cinco Mareas sacudió los apéndices. Dioses, aquella resaca era terrible.

–Muy bien –dijo–. Ya lo he leído pero sigo sin comprender nada.

El emisario de la nave de guerra *Regulador de actitud* volvió a sonreír.

–Permita que se lo explique.

3. Invitados inesperados

I

La batalla de Boustrago había tenido lugar en Xlephier Primero trece mil años antes. Había sido la última y decisiva batalla de la Guerra Archipielágica (aunque, curiosamente, se había librado cerca del centro de un continente), un conflicto entre las dos primeras naciones imperiales de aquel mundo. La artillería de avancarga y el rifle eran los productos más refinados de la tecnología armamentística de aquel tiempo, aunque la carga de caballería seguía siendo muy apreciada por los militares de alta graduación de los dos bandos, que la tenían por la maniobra más decisiva en el campo de batalla y como la más conmovedora imagen que la práctica del arte de la guerra podía ofrecer. La combinación de armamento moderno y tácticas obsoletas había desembocado, como de costumbre, en un número enorme de bajas en ambos bandos.

Amorphia vagaba entre los muertos y los moribundos de la Colina 4. A esas alturas, la lucha se había desplazado a otro escenario. Los pocos defensores supervivientes que habían repelido el ataque inicial habían recibido la orden de retroceder en el mismo momento en que la siguiente oleada de enemigos emergía de la humareda de los cañones y caía sobre ellos. Los habían masacrado casi hasta el último hombre y los vencedores, tras atravesar el valle poco profundo que se abría más allá, se habían lanzado sobre el siguiente reducto. Los restos de empalizadas, estacas y bunkeres habían sido despedazados por el bombardeo inicial y más tarde por los cascos de la caballería. Los cuerpos yacían por todas partes como hojas retorcidas y desgarradas entre la hierba arrancada y el suelo de denso color parduzco. Aquí y allá, la sangre de hombres y animales saturaba la hierba, volviéndola espesa y lustrosa, y formaba charcos que parecían de tinta negra.

El sol estaba en lo alto del cielo despejado. Solo los restos desvaídos del humo de los cañones ofrecían algún refugio frente a él. Ya habían llegado las primeras aves de carroña –ajenas al ruido de la batalla que seguía librándose no muy lejos– y habían empezado a investigar los cadáveres y los cuerpos destruidos de los heridos.

Los soldados llevaban uniformes de colores brillantes y aspecto alegre, con enorme profusión de hebillas metálicas y gorros muy altos. Sus armas eran cosas alargadas y de aspecto sencillo. Sus picas, espadas y bayonetas, tiradas por el suelo, resplandecían a la luz del sol. Los animales que yacían enredados con los restos destrozados de los trenes de artillería eran bestias grandes y poderosas, que casi no llevaban ornamentos. Las monturas de la caballería, en cambio, estaban casi tan engalanadas como sus jinetes. Todos yacían juntos, algunos en el desplome informe de la muerte, otros sobre un charco de sus propios órganos vitales, otros sin algún miembro, otros en una postura de agonía, con los rostros paralizados en una expresión de sufrimiento, sacudiendo los brazos o retorciéndose o –en el caso de

algunos soldados– apoyándose en un miembro y con los brazos extendidos pidiendo ayuda o agua o un golpe de gracia que pusiera fin a su tormento.

Todo estaba casi inmóvil, congelado como una fotografía tridimensional, y todo se extendía, como la representación hecha por una sociedad de simulación histórica y dotada de vida, en el Compartimiento General Interior Tres del VGS *Servicio durmiente*.

El avatar de la nave llegó a la cima de la chata loma y contempló el campo de batalla a su alrededor. Se extendía varios kilómetros a la redonda sobre las colinas bañadas por el sol: una enorme confusión de hombres preparados, monturas en carrera, cargas de caballería, cañones y humo y sombras.

Lo más difícil había sido el humo. El paisaje había sido un ejemplo de simplicidad: una cobertura de flora artificial sobre una fina capa de suelo esterilizado extendido sobre una estructura de espuma metálica. La gran mayoría de los animales eran solo esculturas de gran calidad creadas por la nave. Las personas eran reales, claro, aunque los destripados o aquellos que habían sufrido mutilaciones especialmente graves también eran esculturas.

Los detalles de la escena eran tan realistas como la nave había podido crearlos. Había estudiado todas las pinturas, grabados y esbozos de la batalla y había leído todos los testimonios, informes militares y reportajes periodísticos referentes a ella. Hasta se había tomado la molesta de revisar los diarios de los soldados, al mismo tiempo que llevaba a cabo una exhaustiva investigación sobre el período histórico en cuestión, incluidos sus uniformes, armamento y las tácticas que se utilizaban cuando la batalla se había librado. Por si todavía podían encontrar algo después de tanto tiempo, un equipo de drones había visitado el escenario real de la batalla y había realizado un escáner profundo del suelo. El hecho de que Xlephier Primero fuese uno de los más o menos veinte planetas que podían en justicia presumir de ser uno de los mundos originarios de la Cultura –aunque esta no admitía tener semejante cosa– había facilitado las cosas.

El VGS había estudiado las grabaciones en tiempo real que a lo largo de los años habían realizado naves de Contacto y sus emisarios en batallas libradas por sociedades humanoides con un nivel tecnológico similar, a fin de extraer una impresión general de tales acontecimientos que no estuviera contaminada por la visión y los recuerdos parciales, y posiblemente llenos de prejuicios, de los participantes o espectadores.

Y, por fin, había conseguido que el humo tuviera el aspecto que debía. Había tardado y al final había tenido que recurrir a una solución mucho más avanzada tecnológicamente de lo que le hubiera gustado, pero lo había logrado. El humo era real y cada una de sus partículas era inmovilizada y aislada por un campo de antigravedad creado por proyectores ocultos bajo el paisaje. En secreto, la nave

estaba muy orgullosa de su humo.

Ni siquiera el hecho de que la escena no fuera del todo perfecta –muchos de los soldados parecían mujeres y/o extranjeros o, de hecho, alienígenas cuando uno los miraba de cerca y hasta los machos de la raza apropiada y no muy manipulados genéticamente parecían demasiado altos y demasiado saludables para la época a la que supuestamente pertenecían– molestaba a la nave. La gente no había sido lo más difícil de ajustar, pero era el componente más importante de la escena; la razón de que todo aquello estuviera allí.

Todo había empezado ochenta años antes, a una escala muy pequeña.

Todos los hábitats de la Cultura –fueran Orbitales u otras estructuras de grandes dimensiones, naves, Rocas o planetas– poseían instalaciones de Almacenamiento. El Almacenamiento era el destino escogido por algunas personas cuando alcanzaban una edad determinada o se cansaban de vivir. Era una de las posibilidades que se ofrecía a los humanos de la Cultura hacia el final de los entre tres y medio y cuatro siglos que duraban sus artificialmente extendidas vidas. Podían optar por rejuvenecimiento y/o inmortalidad completa, podían sumarse a una mente colectiva, podían sencillamente morir al llegar su momento, podían abandonar del todo la Cultura, aceptando valientemente una de las invitaciones en esencia inescrutables que dejaban ciertas civilizaciones Ancestrales, o podían ser Almacenados con criterios de resurrección dispuestos a su gusto.

Algunas personas dormían durante –por ejemplo– cien años seguidos y a continuación vivían un solo día antes de volver a sumirse en un estado en el que ni soñaban ni acusaban el paso del tiempo; algunas querían simplemente que las despertaran pasado un tiempo prefijado para ver qué cambios se habían producido; algunas querían regresar cuando estuviera ocurriendo algo especialmente interesante (dejaban la decisión en manos de otros); y algunas solo querían que las trajeran de regreso cuando la Cultura se convirtiera finalmente en una de las civilizaciones Ancestrales, si es que tal cosa ocurría al fin.

Esta era una decisión que la Cultura había estado posponiendo muchos milenios. En teoría, hacía ya ocho mil años que podía haber sublimado cuando lo deseara pero, mientras que algunos individuos y grupos pequeños de personas y Mentes sublimaban constantemente y otras partes de la sociedad se habían encapsulado y segregado para poder tomar la decisión por sí solas, la Cultura en su conjunto había decidido no hacerlo y seguir navegando por la línea de la eterna rompiente de la continuidad de la vida galáctica.

En parte era por una especie de curiosidad que sin duda se le antojaría pueril a las especies sublimadas, la sensación de que aún había cosas por descubrir en la realidad básica, a pesar de que sus leyes y reglas fueran ya conocidas a la perfección (y,

además, ¿qué ocurría con las demás galaxias, con los demás universos? ¿Acaso los Ancestrales tenían acceso a ellos pero nunca habían creído conveniente comunicarle la verdad a los no-sublimados? ¿O todas estas consideraciones dejaban sencillamente de importar después de la sublimación?)

En parte era una expresión de la extrovertida moralidad de la Cultura. Los sublimados Ancestrales, convertidos en dioses a todos los efectos, parecían desatender los deberes que las sociedades más ingenuas y menos desarrolladas a las que dejaban atrás asociaban con tales entidades. Con ciertas excepciones muy limitadas, las especies Ancestrales no mantenían el menor contacto con el resto de la vida en la galaxia, cuyas limitaciones físicas trascendían inevitablemente. Los tiranos se permitían, las hegemonías no se desafiaban, los genocidios no se impedían y civilizaciones jóvenes sufrían la aniquilación completa por la sencilla razón de que su planeta topaba con un cometa o se encontraba demasiado próximo a una supernova, a pesar de que estos sucesos tenían lugar delante de las mismas y metafóricas narices de las civilizaciones sublimadas.

Lo que todo esto implicaba era que las mismas ideas, los conceptos del bien y de la justicia dejaban de importar una vez que uno emprendía el camino de la sublimación, por muy encomiable, progresista y desinteresado que hubiera sido su comportamiento como especie antes de ella. De un modo que resultaba curiosamente puritano en una sociedad que parecía consagrada por completo a la búsqueda del placer, la Cultura opinaba que esto estaba mal, así que procuraba encargarse de aquello que, según parecía, no podía confiarse a los dioses: descubrir, juzgar y alentar –o desalentar– el comportamiento de aquellos cuyos poderes no distasen demasiado de los de una divinidad. Su propia Ancestralidad acabaría por llegar, sin duda, pero que se pudriera en el infierno si permitía que esto ocurriera antes de que se hubiera cansado de hacer (lo que esperaba que así fuera) el bien.

Para aquellos que querían llegar al día del juicio sin tener que vivir todos los días que faltaban, la respuesta era el Almacenamiento, así como para muchos otros, por muchas otras razones.

La tasa de cambio tecnológico en la Cultura, o al menos el impacto de este cambio sobre la vida de los humanos que formaban parte de ella, era muy modesta. Durante milenios, el método normal y aceptado de Almacenar a un individuo era colocarlo en una caja parecida a un ataúd, de unos dos metros de longitud, justo debajo de otra de un metro de anchura y medio metro de profundidad. Las unidades eran fáciles de fabricar y suficientemente fiables. Sin embargo, ni siquiera unos artículos tan poco atractivos podían escapar para siempre a la modernización y el refinamiento. Con el tiempo, paralelamente al desarrollo de los trajes de gelcampo, se hizo posible ofrecer a los humanos servicios de Almacenamiento en un medio que era aún más fiable que las antiguas cajas-ataúd y que, al mismo tiempo, no era más

grueso que una segunda piel o una capa de tela.

La *Servicio durmiente* –que en aquellos tiempos no se llamaba así– había sido simplemente la primera nave en aprovechar esta posibilidad. Cuando Almacenaba personas, normalmente lo hacía en escenas que imitaban cuadros de pintores famosos, al principio, o en poses humorísticas. Los trajes de Almacenamiento permitían que sus ocupantes pudieran disponerse en cualquier posición natural para un cuerpo humano, de modo que lo único que hacía falta era añadir a la superficie una capa de pigmentación que imitaba tan bien la piel que un humano hubiera tenido que mirar con mucho detenimiento para percibir la diferencia. Por supuesto, la nave siempre pedía permiso a sus Almacenados para utilizar sus cuerpos dormidos de este modo y respetaba los deseos de los pocos que preferían no ser Almacenados en situaciones donde otros pudieran verlos como figuras de un cuadro o esculturas.

En aquellos tiempos, el VGS se llamaba la *Confidente silencioso* y su dirección no estaba en manos de una Mente, como era habitual en las naves de su clase, sino de tres. Lo que había ocurrido después depende de quién lo contara.

La versión oficial era que cuando una de las tres Mentes había decidido abandonar la Cultura, las otras dos habían discutido con ella y finalmente habían tomado la extraña decisión de dejar la estructura del VGS a la Mente disidente, en lugar de, como hubiera sido más normal, entregarle una nave más pequeña.

Los rumores, acaso más plausibles y desde luego más interesantes, aseguraban que se había librado una batalla a la vieja usanza entre las Mentes, dos contra una, y que las dos habían sido derrotadas a pesar de su ventaja numérica. Las dos Mentes perdedoras habían sido expulsadas en UGC controladas, como si fueran los oficiales en botes salvavidas después de un motín. Y por esa razón, aseguraba esta versión, la *Confidente silencioso* entera –que poco después cambió su nombre por el de *Servicio durmiente*– había quedado en manos de la Mente disidente. No había sido un acuerdo entre caballeros. Había sido una revolución.

Al margen de la versión a la que uno prestara crédito, no era ningún secreto que la Cultura había decidido encomendar a otro VGS, de menor tamaño, la tarea de seguir a la *Servicio durmiente* allá donde fuese, presumiblemente para mantenerla vigilada.

Tras cambiar de nombre, y sin prestar atención aparente a la nave que la seguía, el siguiente paso de la *Servicio durmiente* fue evacuar a todos los que seguían a bordo. La mayor parte de las naves ya se había marchado y al resto se le pidió que lo hiciera ahora. A continuación, todos los drones, alienígenas y el personal humano con sus mascotas fueron desembarcados en el siguiente Orbital en el que recaló la nave. Las únicas personas que quedaron a bordo fueron las que estaban en Almacenamiento.

Después de esto, la nave partió en busca de otros (y de uno en particular) y, utilizando la red de información de la Cultura, hizo saber que estaba dispuesta a viajar a cualquier parte para recoger a quienes quisieran ser Almacenados

embarcados en ella, pero siempre con la condición de que se prestaran a participar en uno de sus "cuadros".

Al principio la gente se mostró reacia. El suyo era uno de esos comportamientos que le valían a una nave el título de Excéntrica y todo el mundo sabía que las naves Excéntricas eran cosas raras, e incluso peligrosas. No obstante, la Cultura no estaba desprovista de almas valientes y unos pocos aceptaron la extraña invitación de la nave, sin sufrir aparentemente efectos secundarios. Cuando las primeras personas que habían sido Almacenadas a bordo del VGS, cumplidos los criterios para su resurrección, fueron devueltas a la vida sin que parecieran haber sufrido ningún daño por efecto de su insólito alojamiento temporal, el lento goteo de individuos aventureros empezó a convertirse en una corriente constante de sujetos románticos o, sencillamente, un poco perversos. La reputación de la *Servicio durmiente* se extendió y dio a conocer hologramas de las cada vez más ambiciosas escenas que acometía (importantes incidentes históricos primero y luego pequeñas batallas y episodios de conflictos más grandes). Poco a poco, cada vez más gente empezó a pensar que podía resultar divertido ser Almacenado por aquella excéntrica Excéntrica, que les permitía presumir de haber formado parte de una obra de arte durante su sueño, en lugar de ser enterrados en una aburrida caja debajo de su Plato local.

Así que hacer un viaje a bordo de la *Servicio durmiente* como una especie de alma errante se convirtió nada más y nada menos que en una moda y, lentamente, la nave fue llenándose de muertos vivientes vestidos con trajes de Almacenamiento, que utilizaba para componer escenas cada vez mayores, hasta que por fin pudo copiar batallas enteras y disponerlas en los dieciséis kilómetros cuadrados de territorio que poseía en cada uno de sus Compartimientos Generales.

Amorphia completó el recorrido que su mirada estaba haciendo de la brillante y silenciosa quietud del vasto matadero. Como avatar que era, no poseía capacidad de pensamiento autónomo, pero a la Mente que era la *Servicio durmiente* le gustaba dirigir la criatura por medio de una pequeña subrutina que era poco más inteligente que el ser humano medio, aunque siempre conservaba la capacidad de tomar el control si era necesario. En tales casos, la contradicción entre ambas voluntades podía provocar que el avatar se comportara de una manera confusa y distraída que, según creía la nave, reflejaba sus propias perplejidades filosóficas, solo que a la infinitamente más pequeña escala humana.

Así fue como la subrutina semihumana contempló la gran escena y sintió una especie de tristeza al pensar que todo aquello podía ser desmantelado. También sintió otra melancolía, puede que más profunda, al pensar que ya no podría seguir siendo anfitriona de las criaturas vivientes que llevaba a bordo; las criaturas del mar y del aire y de la atmósfera gaseosa, y la mujer.

Sus pensamientos volvieron a la mujer. Dajeil Gelian, quien en cierto sentido

había sido la causa, la semilla de todo aquello, y la persona a la que había buscado, la única alma –dormida o despierta– a la que había estado decidida a ofrecer asilo cuando había renunciado a la normalidad de la Cultura. Ahora el asilo estaba en peligro y también la mujer tendría que desembarcar junto con el resto de descarriados y vagabundos y muertos vivientes. Una promesa cumplida daba paso a una promesa rota, como si durante toda su vida no hubiera experimentado ya bastante de eso. No obstante, la nave enmendaría la situación y por esa razón estaba haciendo y –hasta el momento, al menos– cumpliendo otras muchas promesas. Tendría que bastar con eso.

Movimiento en la inmóvil escena: Amorphia dirigió su atención al lugar y vio que el pájaro negro, Gravious, cruzaba el campo batiendo las alas. Más movimiento. Amorphia se encaminó allí, sorteando la carga de la caballería y los cuerpos de los caídos, entre un par de surtidores de tierra de aspecto convincente, levantados por dos balas de cañón al hacer blanco y sobre un pequeño arroyo que bajaba crecido de sangre, hasta llegar a otra zona del campo de batalla, donde un equipo de tres drones estaba reviviendo a un humano.

Eso no era lo habitual. Normalmente la gente prefería despertar en su casa, y en presencia de sus amigos, pero durante las dos últimas décadas –a medida que el cuadro iba volviéndose más impresionante– cada vez más gente había pedido que la devolvieran a la vida allí, en mitad de todo.

Amorphia se sentó en cuclillas junto a la mujer que, con la camisa perforada por agujeros de bala y teñida de rojo, estaba tendida en el suelo como un soldado moribundo. Estaba de espaldas, parpadeando bajo la luz del sol, atendida por máquinas. Le habían quitado la parte del traje que cubría la cabeza, una máscara de goma que se encontraba en la hierba, junto a ella. Tenía el rostro muy pálido y lleno de manchas. Era una anciana pero su cabeza rasurada le proporcionaba una curiosa semejanza con la desnudez de la infancia.

–¿Hola? –dijo Amorphia, mientras le cogía una de las manos y empezaba a quitarle con delicadeza esa parte del traje, dándole la vuelta como si fuera un guante ajustado.

–Uoa –dijo la mujer, tragando saliva y con los ojos acuosos.

Sikleyr-Najasa Croepise Ince Stahal da Mapin, Almacenada treinta y un años antes a la edad de trescientos ochenta y seis. Criterios de resurrección: tras la aclamación del siguiente Mesías electo en el planeta Ischeis. Había sido una erudita de la religión principal del planeta y quería estar presente en la Ascensión del siguiente Salvador, un acontecimiento que no se esperaba antes de otros doscientos años.

Encogió el gesto y tosió.

–¿Cómo...? –empezó a decir, y volvió a toser.

–Solo han sido treinta y un años estándar –le dijo Amorphia.

Los ojos de la mujer se abrieron como platos y a continuación se dibujó una sonrisa en su rostro.

–Qué rápido –dijo.

Se recobró rápidamente para la edad que tenía. En pocos minutos estuvo en condiciones de ponerse en pie, con ayuda, y –cogiendo a Amorphia del brazo y seguida por los tres drones– cruzó el campo de batalla en dirección al extremo más próximo de la meseta.

Se detuvieron en la pequeña loma, la Colina 4, en la que Amorphia había estado antes. De una manera distante pero imposible de ignorar, Amorphia era consciente del hueco que el despertar de la mujer había dejado en la escena. Normalmente lo hubieran llenado en menos de un día con otro Almacenado en la misma posición, pero ya no les quedaba ninguno. El hueco causado por la mujer permanecería allí a menos que la nave sacara a alguien de alguno de los otros cuadros para llenarlo. La mujer pasó algún tiempo mirando a su alrededor y entonces sacudió la cabeza.

Amorphia podía imaginar lo que estaba pensando.

–Es una visión terrible –dijo–. Pero fue la última gran batalla terrestre que se libró en Slephier Primero. En realidad, el que la última batalla significativa de una civilización tenga lugar a tan bajo nivel tecnológico es un gran logro para una especie humanoide.

La mujer se volvió hacia Amorphia.

–Lo sé –dijo–. Solo estaba pensando lo impresionante que es. Deben de sentirse orgullosos.

II

La nave exploradora *La paz trae plenitud*, navío del Clan de los Observadores de Estrellas, de la Quinta Flota del Elenco Zetético, había estado investigando una zona mal explorada del Remolino Foliar Superior siguiendo un patrón aleatorio de búsqueda. Había salido del hábitat de Grada en n4.28.725.500, junto con otras siete naves de los Observadores de Estrellas. Se habían dispersado como semillas por las profundidades del Remolino y al despedirse habían sido muy conscientes de que tal vez no volvieran a verse nunca.

Había trascurrido un mes sin que la nave encontrara nada especial; apenas unos pocos desechos interestelares sin cartografiar, cuya presencia anotó sin demasiado interés, y nada más. En una ocasión, una señal –probablemente una resonancia en el tejido del espacio-tiempo, tras ella– les había hecho creer que podía haber una nave siguiéndola, pero no era insólito que otras civilizaciones siguieran a las naves del Elenco Zetético.

En el pasado, el Elenco había formado parte de la Cultura. Se habían separado hacía mil quinientos años, cuando los pocos hábitats y los numerosos drones, Rocas y humanos implicados habían optado por seguir una línea ligeramente diferente a la que predominaba en el seno de la Cultura. La Cultura aspiraba a permanecer más o menos inmutable y cambiar, al menos en cierta medida, a las civilizaciones menores que descubría, al mismo tiempo que ejercía como intermediario honesto entre los Implicados: las sociedades más desarrolladas que desempeñaban el papel de participantes en el gran juego de las civilizaciones galácticas.

El Elenco quería modificarse a sí mismo, no a los demás. No investigaba lo desconocido para cambiarlo sino para ser cambiado por ello. El ideal del Elenco era que un miembro de una sociedad más estable –la propia Cultura era un ejemplo perfecto– pudiera topar con el mismo elenquista –Roca, nave, dron o humano– en sucesivas ocasiones sin encontrarse dos veces con la misma entidad. Entre cada encuentro habrían cambiado porque en el ínterin se habrían encontrado con otras civilizaciones y habrían incorporado algún avance tecnológico a sus cuerpos o alguna información a sus mentes. Era una búsqueda del tipo de verdades pan-relevantes que la visión monosófica de la Cultura tenía pocas probabilidades de alcanzar. Era una vocación, una misión, una llamada.

Los resultados de esta actitud eran tan variados como cabría esperar. Flotas enteras del Elenco habían desaparecido en alguna expedición y habían permanecido perdidas o, pasado algún tiempo, habían sido encontradas, solo que sometidas, tanto las naves como sus tripulantes, completa pero voluntariamente, a otras civilizaciones.

En los casos más extremos, en los viejos tiempos, se había descubierto que algunas naves se habían convertido en lo que se conocía como Objetos de Enjambre

Hegemonizante Agresivo: organismos auto-replicantes egoístamente resueltos a convertir en una copia de sí mismos a todo fragmento de materia que encontraran. Existían técnicas –aparte de la simple y llana destrucción, que siempre era una alternativa– para ocuparse de esta clase de eventualidades y normalmente implicaban que los Objetos implicados acabaran convertidos en Objetos de Enjambre Hegemonizante Evangélico en lugar de Objetos de Enjambre Hegemonizante Agresivo, pero si los Objetos implicados habían sido especialmente tercos tenía que morir gente para contribuir a su avaricioso y tosco egoísmo.

En estos tiempos, era muy raro que el Elenco topara con problemas parecidos, pero ello no era óbice para que siguieran cambiando constantemente. En cierto modo el Elenco, aún más que la Cultura, era una actitud más que una agrupación fácilmente definible de personas o naves. Como parte de él estaba en todo momento siendo subsumida o asimilada, o sencillamente en proceso de desaparición, al mismo tiempo que otros individuos y pequeños grupos se unían a él (provenientes de la Cultura y de otras sociedades, humanas o no), siempre estaba experimentando una renovación de personal e ideas secundarias que lo convertía en una de las civilizaciones que se transformaban con más rapidez. Sin embargo, a pesar de todo esto, y acaso porque era más que nada una actitud, un meme, el Elenco había desarrollado una notable capacidad, heredada presumiblemente de sus civilizaciones progenitoras: la capacidad de permanecer más o menos inalterada en medio de un cambio constante.

Tenía también el don de encontrar cosas intrigantes –reliquias ancestrales, civilizaciones nuevas, los misteriosos restos de especies Sublimadas, depositarías de conocimiento de insondable antigüedad–, que no siempre eran de interés para el propio Elenco pero que podían excitar la curiosidad, promover los objetivos y alimentar los fondos informativos o financieros de otras especies, en especial si conseguían llegar hasta ellas antes que los demás. Oportunidades como estas se presentaban solo en raras ocasiones pero habían ocurrido en el pasado con la frecuencia suficiente para que ciertas sociedades con un sesgo oportunista pensaran que merecía la pena dedicar una nave a seguir a otra del Elenco, al menos por algún tiempo, y por esta razón *La paz trae plenitud* no se había alarmado más de lo conveniente al descubrir que tal vez la estuvieran siguiendo.

Pasaron dos meses. Y siguió sin suceder nada excitante. Solo nubes de gas, nubes de polvo, enanas marrones y un par de sistemas estelares sin vida. Todo perfectamente cartografiado desde lejos y sin la menor señal que indicara que hubiera sido tocado jamás por criatura inteligente alguna.

Hasta la vaga señal de la nave que los seguía había desaparecido. Si era de verdad, debía de haber decidido que *La paz trae plenitud* no iba a tener suerte en este viaje. No obstante, todo cuanto se encontraba al alcance de los sensores de la nave del Elenco fue explorado; los sensores pasivos filtraron el espectro natural buscando

señales con algún significado, se enviaron haces y pulsos al vacío y a través del tejido del espacio-tiempo, buscando y sondeando, mientras la nave consumía cualquier eco que recibiera, analizando, considerando, evaluando...

Setenta y ocho días después de salir de Grada, al aproximarse a una gigante roja llamada Esperi siguiendo una trayectoria que, según los registros, nadie había utilizando hasta la fecha, *La paz trae plenitud* descubrió un artefacto a catorce meses luz de la propia estrella.

El artefacto tenía un poco más de cincuenta kilómetros de diámetro. Era un cuerpo negro: una anomalía ambiental, imposible de distinguir de un volumen de espacio interestelar vacío a partir de cierta distancia. *La paz trae plenitud* solo reparó en ella gracias a que ocultaba parte de una galaxia lejana y la nave elenquista, consciente de que las galaxias no desaparecen y vuelven a aparecer por voluntad propia, se había dirigido a la zona para investigar.

Parecía que el artefacto carecía por completo de masa o –quizá– era una especie de proyección. No dejaba ningún rastro en el tejido, la estructura de espacio-tiempo que cualquier cantidad de materia deforma con su masa, como una roca situada sobre un trampolín. El artefacto/proyección daba la impresión de estar flotando sobre el tejido y sin embargo no dejaba la menor impresión en él. Y, lo que era todavía más intrigante, había una posible anomalía en la red de energía inferior, el campo que se extiende por debajo del tejido del espacio real. Había una región, situada justo debajo de la forma tridimensional del artefacto que, intermitentemente, parecía carecer de la siempre caótica naturaleza de la Red. Se percibía allí el más vago atisbo de orden, como si el artefacto estuviera proyectando una especie de insólita –imposible, de hecho– sombra. Y no era esto todo.

La paz trae plenitud se le acercó, se detuvo frente a él –si es que es posible hablar de frente en este caso– y trató de analizarlo y de comunicarse.

Nada. La esfera de cuerpo negro parecía carecer de masa y ser inviolable, algo así como una ampolla en el propio tejido, como si las señales que la nave le estaba enviando no pudieran entrar en contacto con *nada* porque lo que hacían era pasar sobre la ampolla como si no estuviera allí y seguir su marcha, imperturbables, por el espacio. Algo así como tratar de recoger una piedra que hubiera aparecido sobre un trampolín y descubrir al hacerlo que la superficie del propio trampolín estaba abombada y cubría la piedra.

La nave decidió contactar con el artefacto de una manera más directa. Enviaría una sonda dron por el hiperespacio, bajo la superficie del espacio-tiempo. En la práctica haría un desgarro, una grieta en el tejido del tejido, la clase de abertura que normalmente crearía para poder acceder al HE y viajar por él. La sonda-dron trataría de salir a la superficie en el interior del artefacto. Si no era más que una proyección, lo descubriría. Si había algo allí, o le impediría la entrada o la aceptaría dentro de sí.

La nave preparó su emisario.

La situación era tan insólita que *La paz trae plenitud* llegó a considerar la posibilidad de desafiar los precedentes del Elenco informando al hábitat de Grada o a una de sus hermanas de lo que estaba ocurriendo. La nave de los Observadores de las Estrellas más cercana se encontraba a un mes de viaje, pero tal vez pudiese prestar ayuda si *La paz trae plenitud* se metía en un lío. Al final, sin embargo, se decantó por la tradición. Hubo una especie de pragmatismo sigiloso en su decisión. Un encuentro como el que estaba emprendiendo la nave solo podía tener éxito si el vehículo elenquista podía asegurar en justicia que estaba actuando solo, sin haber hecho lo que a un observador suspicaz podía parecerle una petición de refuerzos.

Además, tenía su orgullo. Una nave elenquista no sería una nave elenquista si empezaba a actuar como parte de un comité. ¡Ni que fuera una nave de la Cultura!

La sonda-dron se envió, vigilada de cerca por *La paz trae plenitud.* En el momento en que la sonda penetró en el horizonte del artefacto, este...

Los registros a los que el dron Sisela Ytheleus 1/2 tenía acceso terminaban allí.

Evidentemente, había ocurrido algo.

Lo siguiente que sabía, ya por experiencia directa, es que *La paz trae plenitud* había sido atacada. El asalto había sito tan rápido y feroz que resultaba casi increíble. La sonda-dron debía de haber sucumbido casi al instante, los subsistemas de la nave pocos milisegundos más tarde y la integridad de la Mente de la nave debía de haber sido aniquilada desde dentro –cabía suponer– menos de un segundo después de que la sonda-dron hubiera violado el espacio bajo el artefacto.

Tras unos segundos más, la propia Sisela Ytheleus 1/2 se había visto involucrada en un último y desesperado intento de informar a la galaxia exterior sobre el destino sufrido por la nave, al mismo tiempo que los sistemas usurpados de la nave hacían todo lo que podían para impedirlo; destruyéndola si era necesario. La vieja y complicada estratagema que utilizaba a su gemelo, a él mismo y la unidad Desplazadora independiente preprogramada había tenido éxito, aunque por poco, y aun así, no sin que el dron que había sido Sisela Ytheleus 2/2 y era ahora Sisela Ytheleus 1/2 con una especie de recuerdo retorcido de Sisela Ytheleus 2/2 alojado en su interior sufriera daños considerables.

El dron había hecho el equivalente a pegar la oreja a la pared del núcleo que contenía la mente de su gemelo y había accedido cuidadosamente a un resumen casual de la actividad que tenía por escenario el sellado núcleo, para averiguar lo que estaba pasando allí. Era como escuchar una discusión furiosa en una habitación contigua. Un sonido espeluznante, aterrador. Uno de esos concursos de gritos que hacen temer que en cualquier momento empiece a oírse cómo se rompen las cosas.

Probablemente su yo original hubiera muerto durante la fuga. En lugar de su

propio cuerpo, ahora habitaba el de su gemelo, cuyo estado mental, violado y derrotado, aireaba a gritos su impotencia en el interior del núcleo marcado como 2/2.

El dron, que seguía dando vueltas por el espacio interestelar a doscientos ochenta kilómetros por segundo, sintió una especie de repulsión ante la mera idea de tener una versión traicionera y pervertida de su gemelo encerrada en su propia mente. Su primera reacción fue expulsarla. Pensó en arrojar el núcleo al vacío y eliminarlo con su láser, la única arma que parecía seguir funcionando casi a plena capacidad. O también podía cortarle la potencia y dejar que lo que quiera que contuviese muriese por falta de energía.

Pero no debía hacerlo. Al igual que los dos componentes superiores de su mente, la versión devastada del estado mental de su gemelo podía contener alguna pista sobre la naturaleza del estado mental del artefacto. Los tres, aquella, el núcleo de la IA y el núcleo fotónico, habían de ser guardados como evidencia. Conservados, quizá, como muestras de las que posteriormente podría extraerse una especie de antídoto frente a la venenosa virulencia del artefacto. Incluso, existía la posibilidad de que quedase algo de la verdadera personalidad de su gemelo en el furibundo estado mental que contenían las dos mentes superiores y el núcleo.

Igualmente era posible que la Mente de la nave hubiese perdido el control pero no su integridad; puede que –como una pequeña guarnición que abandonara la indefendible contramuralla de una gran fortaleza para refugiarse en el impenetrable reducto central– se hubiera visto forzada a disociarse de todos sus subsistemas y hubiera rendido el mando al invasor, pero hubiera logrado conservar su propia personalidad en un núcleo Mental tan invulnerable a la infiltración como el núcleo electrónico que tenía en su interior la mente del dron (donde ahora mismo rebullía lo que quedaba de su gemelo) era a prueba de fugas.

Otras Mentes elenquistas se habían visto en situaciones tan desesperadas como esta y habían sobrevivido. Naturalmente, el núcleo podía ser destruido (no podían cortarle la energía, como podía hacer el dron. Los núcleos de las Mentes poseían fuentes de energía autónomas) pero hasta el agresor más brutal preferiría poner bajo asedio el núcleo-reducto que destruirlo, sabiendo que acabaría por rendirse más tarde o más temprano.

Siempre hay esperanza, se dijo el dron. No debía renunciar a la esperanza. De acuerdo a las especificaciones con que contaba, el Desplazador que lo había catapultado fuera de la desgraciada nave tenía un alcance –para un cuerpo del volumen de Sisela Ytheleus 1/2– de casi un segundo luz. Seguramente ya se encontraba más allá del alcance de sus sensores. Desde luego, los sensores de *La paz trae plenitud* no tenían ninguna posibilidad de captar algo tan pequeño a tanta distancia. Solo le quedaba confiar en que tampoco pudiera hacerlo el artefacto.

Excesión: así llamaba la Cultura a cosas como aquella. Se había convertido en un

término peyorativo y por esa razón el Elenco no solía utilizarlo, excepto a veces, informalmente, en conversaciones privadas. Excesión: algo excesivo. Excesivamente agresivo, excesivamente poderoso, excesivamente expansionista. Lo que sea. Cosas así aparecían o eran creadas de cuando en cuando. Topar con una de ellas era uno de los riesgos que uno corría cuando salía en una misión de exploración.

Así que, ahora que sabía lo que había ocurrido y lo que contenía el núcleo 2/ 2, la cuestión era: ¿qué tenía que hacer?

Tenía que hacer llegar la información al exterior. Ese era el cometido que la nave le había encomendado, en esto se había convertido su misión vital en el instante mismo en que la nave había sufrido un ataque tan exhaustivo.

¿Pero cómo? Su pequeña unidad de curvatura había sido destruida y lo mismo le ocurría a su unidad de comunicación y a su láser HE. No le quedaba nada que funcionara a velocidades transluminícas y carecía de medios para arrancarse a sí mismo, o al menos a una señal, de la glutinosa lentitud que atrapaba a cualquier cosa incapaz de bordear el tejido del espacio-tiempo. El dron se sentía como si fuera un insecto grácil y rápido caído en un estanque y atrapado allí por la tensión superficial, perdida toda su elegancia en un tosco e inútil forcejeo con un medio extraño y adherente.

Volvió a pensar en el subnúcleo, donde esperaban sus sistemas de reparación automática. Pero no eran suyos. Eran los de su renegado gemelo. Era absurdo creer que podían no haber caído en manos del invasor. Eran peores que inútiles, eran una tentación. Porque existía una remota posibilidad de que en la precipitación del ataque, no hubieran sido contaminados.

Tentación... Pero no, no podía arriesgarse. Sería una estupidez.

Tendría que fabricar sus propias unidades de reparación automática. Era posible pero le llevaría una eternidad: un mes. Para un ser humano un mes no era demasiado tiempo. Para un dron –aunque fuera uno que pensaba a la vergonzosamente lenta velocidad de la luz en el tejido– era como una secuencia de sentencias de muerte. Un mes no era mucho tiempo para *esperar.* A los drones se les daba muy bien esperar y contaban con toda una gama de técnicas para pasar el tiempo de forma agradable o soslayarlo, pero en cambio era un período abominablemente largo para *concentrarse* en algo, para tener que *aplicarse* en una sola tarea.

Y cuando llegase el final de ese mes, no sería más que el principio. En el mejor de los casos, habría que llevar a cabo numerosas calibraciones. Habría que dirigir, enmendar y modificar los sistemas de reparación automática. Sin duda, algunos de ellos desmontarían lo que debían construir y otros duplicarían lo que debían arreglar. Sería como liberar millones de células potencialmente cancerígenas en un cuerpo animal ya enfermo y tratar de seguirle la pista a cada una de ellas. No era en absoluto

imposible que lo matara por error, o que accidentalmente abrieran una brecha en la capa de contención que protegía el núcleo de su corrupto gemelo o los sistemas de reparación automática originales. Aunque todo fuese bien, el proceso entero podía durar años.

¡Desesperación!

A pesar de ello, activó las rutinas iniciales –¿qué otra cosa podía hacer?– y siguió pensando.

Contaba con unos pocos millones de partículas de antimateria almacenados, conservaba cierta capacidad de crear campos de manipulación (con una fuerza que debía de estar entre la de un dedo y la de un brazo, pero regulable hasta el punto de poder trabajar a escala micrométrica y capaz de cortar enlaces moleculares; necesitaría ambas cosas cuando llegara el momento de construir el prototipo de mecanismos de reparación automática), poseía doscientos cuarenta nanomisiles de un milímetro de longitud, con cabeza AM, todavía podía protegerse con un pequeño campo de fuerza y tenía su láser, que no distaba demasiado de su máxima potencia. Además de que aún contaba con el potaje que había sido su cerebro bioquímico de reserva.

... Que tal vez no fuera capaz de sustentar el pensamiento, pero todavía podía inspirarlo...

Bueno, era una forma de utilizar la viscosa y repugnante masa. Sisela Ytheleus 1/2 empezó a preparar una cámara de reacción protegida con un escudo y a pensar cuál sería el mejor modo de mezclar la antimateria y la papilla celular para conseguir masa reactiva y potencia máximas y cómo dirigir el chorro resultante de tal modo que las posibilidades de llamar la atención fueran mínimas.

Acelerar entre las estrellas utilizando un cerebro agotado. Tenía su lado cómico, supuso. Activó también estas rutinas y, con el equivalente a un largo suspiro, una chaqueta quitada y una camisa arremangada, volvió a concentrarse en el problema de construir un sistema de reparación automática.

En ese instante, una ondulación del espacio-tiempo pasó a su alrededor y a través de él. Una aguda e intencionada perturbación en el tejido de la realidad.

Dejó de pensar por un nanosegundo.

Pocas cosas podían producir ondulaciones como aquella. Algunas eran naturales: el colapso del núcleo de una estrella, por ejemplo. Pero aquella onda estaba comprimida y plegada varias veces sobre sí misma; no era la colosal y alargadísima perturbación que se creaba cuando una estrella se convertía en un agujero negro.

Aquella onda no era natural. Alguien la había creado. Era una señal. O formaba parte de un *sentido.*

El dron Sisela Ytheleus 1/2 percibió con toda claridad, y sin poder hacer nada para evitarlo, que su cuerpo, los pocos kilos que representaba, empezaba a resonar;

producía una señal de respuesta que se transmitiría siguiendo el radio de aquella perturbación circular en expansión y regresaría por el tejido hasta quienquiera que la hubiese generado.

Se sintió... no desolado. Se sintió enfermo.

Esperó.

La reacción no tardó en llegar. Un delicado racimo de filamentos de máser que sondeaban, desplegados en abanico, varillas de energía que parecían converger casi en el infinito, a cierta distancia de donde, según había calculado, se encontraba el artefacto, a más o menos trescientos mil kilómetros de allí...

El dron trató de ocultarse de las señales, pero lo abrumaron. Empezó a desactivar sistemas determinados que podían ser corrompidos por un ataque de la propia señal de máser, aunque las características de la señal no le habían parecido demasiado sofisticadas. Entonces, repentinamente, el haz desapareció.

El dron miró a su alrededor. No se veía nada pero mientras escudriñaba las frías y vacías profundidades del espacio que lo rodeaba, sintió que la superficie del espacio tiempo volvía a trepidar, por todas partes, levísimamente. Algo estaba acercándose.

La lejana vibración se incrementó poco a poco.

... En este momento, el insecto atrapado por la tensión superficial del estanque se hubiera quedado inmóvil, mientras el agua se estremecía y lo que quiera que estuviera avanzando –sobrevolando la superficie del agua o buceando por debajo de ella– se aproximaba a su impotente presa.

III

El coche, acoplado bajo uno de los monorraíles que discurrían entre las bobinas superconductoras del techo del hábitat, avanzaba a toda velocidad. Al otro lado de sus ventanas inclinadas, Genar-Hofoen contemplaba el nublado paisaje.

El hábitat de God'shole (era demasiado pequeño para merecer el nombre de Orbital en la nomenclatura de la Cultura, aparte de que estaba cerrado) era, con sus casi mil años, uno de los puestos avanzados más antiguos que la Afrenta tenía en la región del espacio que la mayoría de las civilizaciones había decidido llamar la Hoja de Helecho. El pequeño mundo tenía forma de anillo hueco: un tubo de diez kilómetros de diámetro y dos mil kilómetros de longitud, cuyos extremos se habían unido formando un círculo. Las bobinas superconductoras y las guías de ondas EM formaban la cara interior de la enorme rueda. Un minúsculo agujero negro que giraba a toda velocidad, situado donde hubiera debido de estar el centro de la rueda, suministraba energía a la estructura. El espacio habitable, dividido en secciones circulares, era como una enorme llanta pegada al borde interior y en el lugar que hubiera debido corresponder a la banda de rodadura se encontraban las torres de lanzamiento y muelles en los que atracaban y de los que partían las naves de la Afrenta y una docena de especies más.

El conjunto describía una lenta y lejana órbita alrededor de una enana marrón, carente por lo demás de satélites, demasiado pequeña para merecer el nombre de estrella pero que desde hacía tiempo tenía el honor de encontrarse en el lugar idóneo para contribuir a la continua expansión y consolidación de la esfera de influencia de la Afrenta.

El coche del monorraíl corría hacia una enorme pared que ocupaba todo el panorama. Los raíles desaparecían en el interior de una pequeña puerta circular, que se abrió como un esfínter cuando se acercó el coche y se cerró después de que hubiera pasado. El interior del coche estuvo a oscuras un momento, mientras atravesaba un corto túnel, y a continuación, una nueva puerta se dilató delante de él y salió a un enorme espacio abierto en el que las nubes y la niebla lo ocultaban todo.

El interior del hábitat de God'shole se dividía en cuarenta compartimientos individualmente aislables, entrelazados en su mayoría por una estructura de armazones, vigas y miembros tubulares, en parte para proporcionar fuerza adicional a la estructura pero en parte también porque proporcionaba multitud de espacios en los que la Afrenta podía anclar los espacios nidales que conformaban las células básicas de alojamiento de su arquitectura. Había más espacios abiertos cada pocas secciones del hábitat, zonas que apenas contenían otra cosa que capas de nubes, algunos grupos de espacios nidales flotantes y una selección de flora y fauna. Estas secciones eran las que mejor simulaban las condiciones ambientales de los planetas con atmósfera de

metano que prefería la Afrenta y era en ellas donde los Afrentadores podían entregarse a su gran pasión, la caza. Lo que el coche estaba atravesando ahora era una de aquellas inmensas reservas de caza. Genar-Hofoen volvió a mirar hacia abajo, pero no pudo divisar ninguna cacería.

Solo una quinta parte del hábitat entero estaba dedicada a la caza, y hasta esto representaba una enorme concesión a las necesidades prácticas por parte de la Afrenta. Probablemente hubieran preferido que la proporción entre los espacios de caza y todo lo demás fuera del cincuenta por ciento y aun en este caso hubieran creído que lo que estaban haciendo era un alarde de sacrificio y responsabilidad.

Genar-Hofoen se descubrió reflexionando una vez más sobre el equilibrio entre desarrollo y entretenimiento que tenía que alcanzarse en el seno de cualquier especie candidata a terminar siendo una de las participantes en el gran juego de las civilizaciones galácticas. La teoría dominante en la Cultura sostenía que la Afrenta pasaba demasiado tiempo cazando y demasiado poco dedicándose a comportarse como una especie astronavegante responsable (aunque, por supuesto, la Cultura era lo bastante sofisticada para saber que ese no era más que su, desde luego, subjetivo modo de ver las cosas. Y, además, cuanto más tiempo pasasen los Afrentadores entretenidos en sus reservas y divirtiéndose con sus historias de caza y en sus fiestas, menos tendrían para recorrer su rincón de la galaxia haciendo toda clase de barbaridades).

Pero si a la Afrenta no le gustara tanto cazar, ¿seguiría siendo la Afrenta? La caza, y más aún la forma altamente cooperativa de caza en tres dimensiones que practicaba la especie, requería una inteligencia avanzada, y generalmente –aunque no siempre– era la inteligencia lo que llevaba a las especies al espacio. La mezcla necesaria de sentido común, inventiva, compasión y agresividad variaba en cada caso. Tal vez, si tratabas de conseguir que la caza perdiera parte de su atractivo para la Afrenta, solo pudieras conseguirlo volviendo a sus miembros menos inteligentes e inquisitivos. Era como jugar. Es divertido en su momento, cuando eres un niño, pero es también un entrenamiento para cuando seas adulo. La diversión es algo muy serio.

Seguía sin haber ni rastro de cacerías o manadas de presas. Solo unas pocas y finas esteras y tapices verticales de vida vegetal flotante. Sin duda, algunos de los animales de menor tamaño de los que se alimentaban las especies depredadoras estarían allí, comiendo de las membranas y sacos de gas de la flora, pero desde tan lejos, con la neblina que impedía una inspección más detenida, eran invisibles.

Genar-Hofoen se reclinó. No había asiento en el que hacerlo porque el coche del monorraíl no había sido construido para los humanos, pero el traje de gelcampo estaba imitando los efectos de una silla. Llevaba el chaleco y la pistolera de costumbre. A los pies tenía su guarda-todo de gelcampo. Lo miró un momento y a continuación le dio un golpecito con el pie. No parecía gran cosa para llevarse a un

viaje de ida y vuelta de seis mil años luz.

~ *Bastardos* –dijo el módulo en su cabeza.

~ ¿Qué? –le preguntó.

~ *Parece que les gusta dejarlo todo para el último momento* –dijo el módulo con tono de fastidio–. *¿Sabes que acabamos de concluir las negociaciones para el alquiler de las naves? Quiero decir, se supone que* sales *dentro de diez minutos. ¿Cuánto pensaban retrasar las cosas esos maníacos?*

~ ¿Naves? ¿En plural?

~ *Naves. En plural* –dijo el módulo–. *Han insistido en que alquiláramos tres de sus ridículos tubos. Cualquiera de los cuales podría alojarme con facilidad, por cierto. Aunque ese es otro tema. ¡Pero tres! ¿No te parece increíble? ¡Para ellos es prácticamente una flota!*

~ Deben de necesitar el dinero.

~ *Genar-Hofoen, ya sé que te parece divertido ser el causante de que se transfieran fondos a la Afrenta pero te diría, de no saber que es a todos los efectos una pérdida de tiempo, que el dinero es poder, el dinero es influencia y el dinero es efecto.*

~ El dinero es efecto –repitió Genar-Hofoen–. ¿Esa es tuya, Scopell-Afranqui?

~ *La cuestión es que cada vez que hacemos una donación de medios adicionales a la Afrenta, contribuimos en la práctica a sus impulsos expansionistas. Y eso es inmoral.*

~ Mierda, les dimos la tecnología necesaria para construir Orbitales. Comparado con eso, ¿qué son unas pocas deudas de juego?

~ *Eso era diferente. Solo lo hicimos para que dejaran de invadir tantos planetas y porque no confiaban en los Orbitales que fabricábamos para ellos. Y no estoy hablando de tus deudas de juego, por muy extravagantes que puedan ser, o de tu insólito hábito de aumentar el precio de los sobornos. Estoy hablando del coste de alquilarle a la Afrenta tres Cruceros Pesados de clase Nova, con sus tripulaciones, durante dos meses.*

Genar-Hofoen estuvo a punto de echarse a reír a carcajadas.

~ Circunstancias Especiales lo ha cargado en *tu* cuenta, ¿verdad?

~ *Por supuesto que no. Estaba pensando en términos generales.*

~ ¿Y qué coño se supone que iba a hacer? –protestó–. Esta es la forma más rápida de llegar a donde Circunstancias Especiales quiere que llegue. La culpa no es mía.

~ *Podrías haber dicho que no.*

~ Podría haberlo hecho. Y tú te habrías pasado un año entero incordiándome por no haber cumplido con mi deber para con la Cultura.

~ *Seguro que ese es el único motivo* –dijo Scopell-Afranqui, haciendo un mohín, mientras el coche se detenía. El módulo cortó el enlace con un ostentoso "clic".

Capullo –pensó Genar-Hofoen cuando no pudo oírlo.

El coche del monorraíl atravesó otras dos paredes de sección y salió al fin a una zona industrial de aspecto abarrotado en la que los esqueletos de las naves Afrentadoras cuya construcción acababa de empezar se elevaban entre la niebla como inapropiadas colecciones de columnas vertebrales y costillas, ornamentos elaborados en el interior de la superestructura de mayor tamaño de contrafuertes y columnas que sustentaba el propio hábitat. El coche continuó frenando hasta detenerse en el interior de un tubo de red adosado a uno de los elementos estructurales. A continuación empezó a descender, casi en caída libre.

El coche vibraba. De hecho, estaba traqueteando. Genar-Hofoen se había criado en un Orbital de la Cultura, donde solo los vehículos deportivos y las cosas que uno construía por diversión vibraban. Los sistemas de transporte normal raramente hacían ruido, salvo para preguntar a sus pasajeros en qué piso debían parar o si querían que cambiara los aromas de a bordo.

El coche atravesó un piso a toda velocidad y salió a un gigantesco hangar en el que las naves a medio construir se elevaban como pináculos punzantes en medio de la superestructura de finas vigas envueltas en niebla que había debajo. Los cascos de las naves pasaron a toda velocidad por un lado.

~ *¡Wee-hee!* –dijo el traje de gelcampo, que según parece pensaba que la caída libre de los Afrentadores era para caerse de risa.

~ Me alegro de que te estés divirtiendo –pensó Genar-Hofoen.

~ *Confío en que te des cuenta de que sí esta cosa se estrella, ni siquiera yo podré impedir que te rompas la mayoría de los huesos* –le informó el traje.

~ Si no puedes decir nada útil, cierra la puta boca –le dijo.

Otro piso salió al paso del coche. Cayó a plomo por un vasto salón lleno de niebla en el que las naves Afrentadoras casi terminadas se levantaban como rascacielos dentados. El coche se detuvo con una sacudida y un chirrido cerca del suelo del colosal espacio –el traje se cerró a su alrededor para compensar la caída, pero Genar-Hofoen pudo sentir que sus tripas hacían cosas extrañas bajo los efectos de la gravedad adicional– y a continuación cruzó un par de esclusas de aire y se adentró rugiendo por un oscuro túnel.

Salió por un extremo de la parte inferior del hábitat, donde una sucesión de muelles con forma de gigantescas cajas torácicas se perdía de vista tras el horizonte del pequeño mundo. La mitad aproximada de los muelles estaban ocupados, algunos de ellos por naves de la Afrenta y otros por embarcaciones de otras especies. Tres enormes naves de color oscuro, cada una de las cuales tenía una forma que parecía modelada cogiendo una bomba de una edad pasada y clavándole toda clase de espadas, cimitarras y armas punzantes de una era aún más antigua y magnificando a continuación el resultado hasta que cada una de ellas superara los dos kilómetros de

longitud. Aguardaban en sus muelles, a pocos kilómetros de allí. El coche dio una vuelta y se encaminó hacia ellas.

~ *Las excelentes naves* Tajasacos II, Lanza de terror y Besa la hoja –anunció el traje mientras el coche volvía a frenar y las bulbosas y negras formas de las naves aparecían entre las estrellas.

~ Encantadas, estoy seguro –dijo Genar-Hofoen recogiendo su guarda-todo. Estudió las tres naves en busca de las cicatrices que indicarían que eran veteranas. Estaban allí: una delicada tracería de líneas curvas, gris claro sobre gris oscuro y negro, distribuidas sobre las espinas, las hojas y el casco de la nave que se encontraba en el centro indicaba un impacto probablemente oblicuo de un arma de plasma (que hasta Genar-Hofoen, que encontraba aburridas las armas, era capaz de reconocer). Unas abolladuras grises y borrosas, como cardenales concéntricos, en esa misma nave y en la que se encontraba más cerca de ella eran el testimonio de otro sistema de armas y las finas líneas rectas que recorrían diversas superficies de la última nave parecían los efectos de una tercera.

Por supuesto, las naves de la Afrenta, como las de cualquier otra civilización razonablemente avanzada, contaban con sistemas de reparación automática y las marcas que se les había dejado no eran más que eso, marcas. Su grosor no excedía al de una capa de pintura y, desde luego, no afectaban a su capacidad operativa. No obstante, los Afrentadores creían lo apropiado que sus naves –al igual que ellos mismos– lucieran las cicatrices que testimoniaban el honor de la batalla, de modo que permitían cierta imperfección en los sistemas de reparación de sus naves de guerra a fin de dejar constancia del origen de la gloriosa reputación de su flota.

El coche se detuvo directamente bajo la nave del centro, en medio de un bosque de tuberías y tubos gigantes que desaparecían en el vientre de la embarcación. Los crujidos, ruidos sordos y siseos provenientes del exterior del coche indicaban que todo estaba haciéndose a conciencia. Un sello escupió un chorro de vapor y se abrieron las puertas del coche. Al otro lado había un pasillo. Una guardia de honor de Afrentadores se puso firme al instante. No por él, claro, sino por Cinco Mareas y el Afrentador ataviado con el uniforme de Comandante de la Marina que marchaba a su lado. Medio flotando y medio caminando, sacudiendo las palas en el aire e impulsándose por el suelo con los miembros colgantes, los dos se le acercaron.

–¡Aquí está nuestro invitado! –gritó Cinco Mareas–. Genar-Hofoen, permíteme que te presente al comandante Bontambor VI, de la tribu de la Esquina Afilada y del crucero pesado *Besa la hoja*. Y bien, humano, ¿preparado para nuestra pequeña excursión?

–Sí –dijo, y salió al corredor.

IV

Ulver Seich, joven de apenas veintidós años de edad, afamada Sobresaliente Académica desde los tres, elegida Estudiante Más Deliciosa de su universidad durante los últimos cinco y responsable de la ruptura de más corazones en Roca Phage que nadie desde los tiempos de su legendaria tátara-tátara-tatarabuela había sido sumariamente sacada a rastras de su baile de graduación por el dron Churt Lyne.

–¡Churt! –dijo, apretando los puños dentro de los largos guantes negros e inclinando la cabeza hacia delante. Sus altos tacones repicaron en la madera taraceada del suelo del vestíbulo–. ¿Cómo te *atreves?* ¡Estaba bailando con un chico maravilloso! ¡Era absolutamente, absolutamente *guapísimo!* ¿Cómo has podido hacerme esto?

El dron la adelantó y abrió las antiquísimas puertas manuales del vestíbulo de la sala de baile. Su cuerpo de tamaño maletín rozó con un crujido la cola de su vestido mientras lo hacía.

–Lo siento más de lo que me es posible expresar con palabras, Ulver –le dijo–. Y ahora, no nos demoremos, por favor.

–Cuidado con mi cola –dijo ella.

–Perdona.

–Era *guapísimo* –dijo Ulver Seich con vehemencia mientras caminaba tras el flotante dron hacia las puertas del metro de larga distancia por un pasillo con suelo de piedra y jalonado por cuadros y vitrinas con plantas.

–Si tú lo dices, lo creeré –dijo el dron.

–Y le gustaban mis *piernas* –dijo ella mirando la falda acuchillada de su vestido. Sus largas piernas estaban envueltas en una completa negrura. Llevaba unos zapatos violeta a juego con el vestido. La corta cola la seguía con movimientos rápidos y sinuosos.

–Son unas piernas preciosas –asintió el dron mientras señalaba los controles del metro de larga distancia para apremiarla.

–Ya lo creo –dijo ella. Sacudió la cabeza–. Era guapísimo.

–Estoy seguro.

La muchacha se detuvo de repente.

–Voy a volver. –Giró en redondo con movimientos un poco inseguros.

–¿Qué? –aulló Churt Lyne. El dron se interpuso en su camino. Estuvo a punto de llevárselo por delante–. ¡Ulver! –dijo la máquina con tono de furia. Su aura de campo despidió un destello blanco–. ¡En serio!

–Apártate de mi camino. Era guapísimo. Es mío. Se merece tenerme. Vamos. Muévete.

El dron no se apartó. La chica volvió a apretar los puños y sacudió uno de ellos

frente a su parte delantera mientras daba un pisotón en el suelo. Hizo un mohín de disgusto.

–Ulver, Ulver –dijo el dron mientras, con delicadeza, le cogía las manos con los campos de manipulación. Ella echó la cabeza hacia delante y frunció el ceño con todo el enfado posible frente a la banda sensorial de la máquina–. Ulver –volvió a decir esta–. Por favor. Escucha, esto es...

–¿Y qué es lo que pasa, por cierto? –chilló.

–Ya te lo he dicho: algo que tienes que ver. Una señal.

–Bueno, ¿y no me la puedes enseñar *aquí?* –Miró a su alrededor, los retratos iluminados con suavidad y las variadas frondas, trepadoras y parasoles de las urnas–. ¡No hay nadie!

–Porque no *funciona* así –dijo Churt Lyne con tono de exasperación–. Ulver, *por favor,* esto es importante. ¿Sigues queriendo ingresar en Contacto?

Ulver suspiró.

–Supongo que sí –dijo, poniendo los ojos en blanco–. Ingresar en Contacto y salir a explorar...

–Bueno, pues esta es tu invitación.

Le soltó las manos.

Ella volvió a levantar la cabeza. Su cabello era una artística maraña de rizos negros salpicado de diminutos globos de oro, platino y esmeralda rellenos de helio. Rozó la parte delantera del dron como un nubarrón muy decorativo.

–¿Y me dejarán ir a explorar a ese chico? –preguntó, tratando de mantener una expresión seria.

–Ulver, si haces lo que te digo, hay muchas posibilidades de que Contacto te proporcione gustosamente *naves* enteras llenas de chicos guapísimos. Y ahora, da media vuelta, por favor.

Ulver resopló, despectiva, y se puso de puntillas para asomarse por encima de la estructura central de la máquina y dirigir una mirada hacia la sala en la que estaba celebrándose la fiesta. Todavía podía oír la música del baile que había abandonado.

–Ya, pero a mí el que me interesaba era ese...

El dron volvió a cogerle las manos con campos teñidos de amistosa tranquilidad de color amarillo y verde y la hizo bajar.

–Jovencita –dijo–. Nunca te diré dos verdades mayores que las que vas a escuchar ahora. Primero: habrá *muchos* más chicos guapísimos en tu vida. Segundo: jamás tendrás una ocasión mejor para ingresar en Contacto, o incluso en Circunstancias Especiales. Y encima *debiéndote* un favor. O dos. ¿Lo comprendes? Esta es tu gran oportunidad, chica.

–No me trates como si fuera una niña –le dijo, indignada. El dron Churt Lyne había sido amigo de su familia desde hacía casi un milenio y se suponía que algunas

partes de su personalidad se remontaban a cuando habían sido programadas por un ordenador doméstico, novecientos años atrás. No tenía la costumbre de hacer referencia a su edad y recordarle a Ulver que, frente a su venerablemente crujiente senectud, ella no era más que una flor fugaz, pero tampoco era impropio de él hacerlo cuando la situación lo demandaba. La chica cerró un ojo y miró fijamente a la máquina–. ¿Acabas de decir «Circunstancias Especiales»?

–Sí.

Se apartó un paso.

–Hmm –dijo, entornando la mirada.

A su espalda, el metro emitió un pitido y se abrieron las puertas. Ulver se volvió y se dirigió hacia allí.

–¡Vamos, pues! –dijo sin volverse del todo.

Roca Phage llevaba casi nueve mil años vagando por la galaxia. Esto la convertía en uno de los elementos más antiguos de la Cultura. Había comenzado siendo un asteroide de tres kilómetros de longitud en uno de los primeros sistemas solares explorados por una de las especies que acabarían conformando la Cultura. Le habían extraído los metales, minerales y piedras preciosas y más tarde sus grandes vacíos interiores se habían sellado y se habían inundado de aire, se la había hecho girar para proporcionarle una gravedad artificial y se había convertido en un hábitat en órbita alrededor de su estrella progenitora.

Más adelante, cuando la tecnología lo permitió y las condiciones políticas reinantes aconsejaron abandonar el sistema, la equiparon con cohetes de fusión y motores de iones para llevarla al espacio interestelar. Como consecuencia de las mismas condiciones políticas, se la armó con láseres de señales potenciados y cierto número de proyectores de masa parcialmente dirigibles que servían también como cañones gigantes. Algunos años más tarde, llena de cicatrices pero entera, y aceptada finalmente como una personalidad consciente por sus habitantes humanos, había sido una de las primeras entidades con base espacial en solicitar su ingreso en la agrupación de civilizaciones y especies que empezaba a llamarse a sí misma la Cultura.

A lo largo de los años, décadas, siglos y milenios que siguieron, Phage había recorrido la galaxia, viajando de sistema en sistema, concentrada al principio en el comercio y las manufacturas y luego en un papel cada vez más cultural y educativo, a medida que los avances que la Cultura estaba llevando a cabo empezaban a distribuirse de forma tan general que la capacidad de fabricar casi cualquier cosa concebible aparecía por todas partes y el comercio se convertía en una relativa rareza.

Y Roca Phage –a esas alturas reconocida ya como miembro de esa categoría de artefactos de la Cultura que no eran ni naves ni mundos sino algo intermedio– había

crecido, recogiendo fragmentos de desechos interestelares o sistémicos a medida que sus necesidades y su población iban en aumento y sedimentando el metal, la roca, el hielo y el polvo compactado en su todavía roída superficie en un lento proceso de adquisición, consumo y evolución, de tal modo que trascurrido solo un milenio de su transición de mina a hábitat, su yo original no se hubiera reconocido en ella. Para entonces tenía treinta kilómetros de longitud en lugar de tres y solo la mitad del cuerpo original sobresalía aún de la proa de la nudosa colección de montañas de maquinaria y rotondas de hangares y esas viviendas expandidas y parecidas a balones que ahora formaban la mayor parte de su cuerpo cónico.

Después de eso, la tasa de aceleración de Roca Phage había descendido y en la actualidad tenía poco más de setenta kilómetros de longitud y albergaba a ciento cincuenta millones de personas. Parecía una colección de rocas dentadas, guijarros suaves y conchas aún más suaves recogida en una playa y cementada en un túmulo irregular, cubierto en toda su superficie por lo que parecía una exposición de La Cultura a Través de las Eras: pistas de aterrizaje, cavidades para sistemas de radar, estructuras aéreas, equipos de sensores, telescopios, torres de potencia para los cañones gigantes, pipetas del tamaño de cráteres, compuertas de hangares con forma de concha, puertas de iris y una desconcertante variedad de cúpulas, grandes y pequeñas, intactas, desmanteladas en parte o sencillamente en ruinas.

A medida que su tamaño y población crecían, lo hacían también las velocidades que Roca Phage era capaz de alcanzar. Sus motores se habían modernizado sucesivamente hasta que al fin había sido capaz de mantener una velocidad perfectamente respetable, bien con una torsión paralela al tejido del espacio-tiempo o bien creando una senda propia, inducida por singularidad, a través del hiperespacio o por encima o debajo de él.

La familia de Ulver Seich había sido una de las Familias Fundadoras de la Roca. Podía remontarse cincuenta y cuatro generaciones en el pasado de la propia Phage y entre sus antepasados se encontraban al menos dos que se mencionaban hasta en las Historias de la Cultura en un solo volumen, además de que descendía de –siguiendo las modas de los tiempos trascurridos entre medias– gente con aspecto de peces, pájaros, globos dirigibles, serpientes, nubéculas de humo cohesionado y arbustos animados.

El paso del tiempo se había rebelado generalmente contra estas extravagancias y, en su mayor parte, la gente había vuelto a parecer gente durante el último milenio. Sin duda gente con muy buen aspecto, pero lo cierto era que, al menos inicialmente, parte de la propia apariencia se dejaba en manos del azar y la naturaleza aleatoria de la herencia genética, y era causa de no poco orgullo para Ulver el hecho de que nunca se hubiera sometido a ninguna alteración física (bueno, aparte naturalmente del randa neural, pero eso no contaba). Habría hecho falta una máquina o un humano muy

valiente o perturbado para atreverse a decirle a Ulver Seich a la cara que su forma humana básica no era grácil y tentadora en un grado insólito, especialmente porque era una chica, y más aún porque se llamaba Ulver Seich.

Su mirada recorrió la habitación a la que la había llevado el dron. Era semicircular y de un tamaño moderado, con forma de auditorio o de aula de tribunas no muy altas, pero la mayor parte de los asientos o pupitres parecían ocupados por consolas y piezas de aspecto complicado. Una enorme pantalla ocupaba la pared opuesta.

Habían entrado en la sala por un alargado túnel que ella no había visto nunca, protegido por una serie de gruesas compuertas cubiertas de espejo que se habían abierto silenciosamente al acercarse ellos y se habían vuelto a cerrar después de su paso. Ulver había admirado su reflejo en cada una de ellas y se había erguido un poco más en su espectacular vestido violeta.

Las luces de la sala semicircular se habían encendido en cuanto la última puerta se había cerrado. El lugar era muy luminoso pero estaba lleno de polvo. El dron salió volando a un lado y se detuvo sobre una de las consolas.

Ulver permaneció inmóvil, estudiando el lugar, intrigada. Estornudó.

–Salud.

–Gracias. ¿Qué lugar es este, Churt? –preguntó.

–La Zona de Mando del Centro de Emergencias –le dijo el dron mientras la consola se iluminaba y varios paneles de luz trémula aparecían flotando en el aire, sobre su superficie.

Ulver Seich se acercó a mirar las bonitas imágenes.

–Ni siquiera sabía que existiera –dijo mientras pasaba uno de sus dedos enguantados en negro sobre la superficie del escritorio. Las imágenes se alteraron y el escritorio emitió un pitido parecido a un trino. Churt Lyne le apartó la mano sin miramientos y soltó un *"tssssk"* mientras su aura adquiría una tonalidad blanquecina. Ulver respondió con una mirada iracunda, inspeccionó la capa de polvo que había quedado en la yema de su dedo y se lo limpió en el caparazón del dron.

Normalmente, Churt Lyne hubiera cubierto esa parte de su cuerpo con un campo y el polvo, sin nada a lo que pegarse, habría caído al suelo, pero esta vez la ignoró y siguió flotando sobre el escritorio y las imágenes, que, controladas evidentemente por él, no dejaban de cambiar a toda velocidad. Ulver, contrariada y sin quitarse los largos guantes negros, cruzó los brazos.

Los deslizantes paneles de luz que flotaban en el aire cambiaron y rotaron. Aparecieron datos y letras sobre su superficie. Entonces, de repente, todos desaparecieron.

–Bien –dijo el dron. Un campo manipulador teñido de un azul muy serio y formal

se extendió desde el cuerpo de la máquina, apartó del escritorio un pequeño asiento de metal, lo colocó detrás de ella y a continuación lo empujó rápidamente hacia delante. Ulver no tuvo más remedio que sentarse.

–Au –dijo con tono marcado. Se ajustó la cola del vestido y fulminó al dron con la mirada pero este ya no le estaba prestando atención.

–¿Preparada? –le preguntó.

–Mm-hmm –dijo.

–Ulver, niña –dijo el dron con un tono que ella sabía llevaba siglos invistiendo de gravedad. Flotó por el aire hasta situarse directamente frente a su rostro.

Ulver puso los ojos en blanco.

–¿Sí? ¿Qué?

–Ulver, ya sé que estás un poco...

–Estoy borracha, dron, lo sé –le dijo–. Pero no me he vuelto tonta.

–Bueno, bien, pero tengo que saber si estás en condiciones de tomar esta decisión. Lo que estás a punto de ver podría cambiarte la vida.

Ulver suspiró, apoyó su enguantado codo sobre la superficie de la mesa y la barbilla sobre la mano.

–Eso mismo me han dicho varios chicos alguna vez –dijo con voz cansina–. Al final siempre resulta una decepción, o una broma de lo más desagradable.

–Esto no es ninguna de las dos cosas. Pero debes comprender que lo que estoy a punto de mostrarte podría hacer que Circunstancias Especiales sienta por ti un interés que no desaparecerá. Aunque decidas que quieres ingresar en Contacto, o aunque decidas hacerlo pero seas rechazada, podría ocurrir que te vigilen el resto de tu vida, a causa de lo que estás a punto de ver. Siento parecer tan melodramático, pero no quiero que te metas en algo sin comprender del todo sus implicaciones.

–Ni yo. –Bostezó–. ¿Podemos terminar de una vez?

–¿Estás segura de que entiendes lo que te he dicho?

–¡Que sí, coño! –exclamó sacudiendo los brazos–. Termina de una vez.

–Oh; solo una cosa más...

–*¿Qué?* –gritó.

–¿Estás dispuesta a viajar a un lugar lejano, disfrazada como otra persona, y (probablemente) colaborar en el secuestro de alguien, de otro ciudadano de la Cultura?

–¿Que si estoy dispuesta a qué? –dijo, arrugando la nariz y resoplando de risa e incredulidad.

–Eso me suena a "No" –dijo el dron–. Pensaba que lo dirías. Pero tenía que preguntártelo. Eso significa que no tengo más remedio que enseñarte esto. –Parecía aliviado.

Ulver puso los brazos embutidos de negro sobre el escritorio, apoyó la barbilla en

ellos y miró al dron con la expresión más sobria posible.

–Churt –dijo–. ¿*Qué* está pasando aquí?

–Ahora lo verás –le dijo mientras se apartaba de la pantalla–. ¿Estás preparada?

–Como esté más preparada, voy a quedarme dormida.

–Bien. Presta atención.

–Oh, sí, *señor* –dijo, mirando a la máquina de soslayo y con los ojos entornados.

–¡Presta atención! –dijo esta.

Ulver se reclinó en el asiento con los brazos cruzados.

Empezaron a aparecer palabras en la pantalla.

<Activada "TradText" función de explicación de Términos y Acrónimos, circunstancia indicada con: {} >

[Secuencia Señal recibida en Roca Phage:]

**

1) [transmisión por el tejido, Mpública {sistema estándar nonario}, recibido @ n4.28.855.0065+]:

!c11505. {trad.: ("*" = transmisión) ("!" = advertencia) Número del sector de la galaxia; el conjunto representa una Señal de Emergencia de Alta Compresión}

–¿Qué significa "nonario"?

–En base nueve. Sistema ordinario. Se supone que lo aprendiste en el parvulario, por Dios. La red de tres por tres.

–Ah.

El texto siguió desplegándose.

2) [haz de barrido {Lenguaje Básico de Naves Intragalácticas de la Cultura} recibido n4.28.855.0079-]:

ºº {de} **UGC** {trad.: **U**nidad **G**eneral de **C**ontacto} *Destino susceptible de cambio*

ADS {Trad.: **A**nomalía **D**esarrollacional **S**ignificativa}

c231 4992+52 {trad.: emplazamiento galáctico de 4º nivel de precisión}

–¿Podríamos prescindir de esas cadenas de datos? –preguntó al dron–. En realidad, a mí no van a decirme nada, ¿verdad?

–Supongo que no. Muy bien.

<Orden: función de Eliminación de Numéricos Largos del "TradText" activada, establecida en cinco dígitos o más, circunstancia indicada con: • >

3) [haz de barrido, M2 {Idioma Estándar de Contacto}, transmisión, recibida @n•]

º º UGC *Destino susceptible de cambio*

ª ª{a} VGS *Gradiente ético*

& de acuerdo a solicitud:

Anomalía desarrollacional significativa

c • {trad.: emplazamiento galáctico} (@n•)

4) [haz estrecho, M16 {Secuencia de Alto Nivel de la Sección de Circunstancias Especiales} transmisión, recibida @n•]

º º UGC *Destino susceptible de cambio*

ª ª VGS *Gradiente ético*

& como respuesta a exigencia

Anomalía desarrollacional evaluada como EqT {Trad.: Equivalente a Tecnología}**, potencialmente peligrosa, encontrada aquí C•.**

Mi Estatus: L5 seguro, pasando a L6^ {trad.: sistema de seguridad profiláctico de Mentes de Contacto}

Instigando todas las demás precauciones Extremas

5) [retransmisión Mpública, recibida @nl]:

ºº UGC *Destino susceptible de cambio*

ªª VGS *Gradiente ético*

& *Retransmisión *:

Ref. 3 paqcom anteriores {trad.: **paq**uetes de **com**unicación}

[ref 1–3 anteriores]

Fin del pánico.

Cometí un error de interpretación.

Es una nave de la Cámara Escapsilar

Ho hum.

Lo siento.

Enviaré inmediatamente un Informe Interno Completo con código de Factor Gran Azoramiento.

MVAS. A&A. VAT. {trad.: "MVAS. A&A. VAT" = "**M**ás **V**ale **As**egurarse que Sentirlo. **Á**nimo **A**migo. **V**olvamos **a**l **T**rabajo" (señal de conformidad predefinida por la Unidad de Contacto General de Clase Escarpe *Destino susceptible de cambio* y el Vehículo General de Sistemas *Gradiente ético*, confirmada.)}

**

[Fin de Secuencia Señal]

–¿Eso es *todo?* –exclamó mirando al dron–. ¡Es la cosa más aburrida...!

–No, no es *todo;* ¡Mira!

Volvió a mirar. El texto continuó desplegándose.

**

[Concedida autorización de seguridad pre-arbitrada –Ref. Roca Phage]

**

[Sesión de Secuencia Señal iniciada, autorizada de nuevo.]

**

< Función de Grabación de Eventos de "TradText" desactivada >

[Reinicio de Secuencia Señal:]

...6) [punto estrecho intermitente, M32 CEnas] {trad.: Código de Encriptación de Proceso de Nivel Máximo de Circunstancias Especiales necesidad-absoluta-de-saber}, transmisión, Copia 4, recibida @n•, comprobar antes de leer:

<x>

Leído @n• en Centro de Mando de Emerg en Roca Phage, por:

"TradText" (Arcaico reconocido, v891.4, no sentiente, NB: función de "Grabación de Eventos" de "TradText" permanecerá desactivada para documentar el Punto y Final).

<autorizado>

& Phage-Kwins-Broatsa Ulver Halse Seich dam Iphetra

<autorizada>

& Escaruze Churt Lyne Bi-Handrahen Xatile Treheberiss

<autorizado>

Quedará registrada la consulta del siguiente documento por parte de seres conscientes.

Las que siguen son comprobaciones:

<x>

<x>

Gracias. Procediendo:]

NB: **Atención:** lo que sigue es un documento escrito en pantalla, solo de texto, dinámicamente desplazado y con intención de asimilación discreta que no puede ser vocalizado, glifado, diaglifado, copiado, almacenado o transferido en cualquier forma accesible. Cualquier intento de hacerlo será percibido.

Por favor ajuste velocidad de lectura:

<por defecto / humano>

NB: **IMPORTANTE:** la metodología de secretos establecida por Circunstancias Especiales se aplica al nivel M32 –véase la lista siguiente re. a definiciones, precedentes, advertencias, sanciones y castigos probables. Se recomienda estudiar con detenimiento la lista si no se está totalmente familiarizado con...

<sobrecarga>
<lectura de lista abortada>

–¡Pero qué haces! –chilló Churt Lyne.

Ulver Seich había encontrado la parte del panel de texto que desactivaba la lectura y la había pulsado. Resopló.

–¡A callar! –dijo, señalando la pantalla con la cabeza–. ¡Te lo vas a perder!

Comienzo de Lectura de Copia de documento #Circunstancias Especiales1.c4:

ºº UGC *Destino susceptible de cambio*
ªª VGS *Gradiente ético*
& estrictamente por autorización de Circunstancias Especiales

Excesión advertida @•

Constituye Advertencia formal de Nivel 0 para Todas las Naves [(temporalmente secuestrado) –nota textual añadida por el VGS *Sabiduría como silencio* @•].

Excesión.

Precedente –brecha confirmado. Tipo K7^. Clase auténtica Imposible de estimar. Su estatus: Activo. Consciente. Contactófila. No invasiva hm {trad.: **h**asta el **m**omento}**. LocEstare** {trad.: **Loc**almente **Est**able con **re**lación **a**}**: Esperi (estrella).**

Primer InCom {trad.: **In**tento de **Com**unicación} **(suyo, seguido de inmediato por un contacto a través de mi escáner primario @ n?) @ n? en M1-a16 & Galin II por haz estrecho, tipo 2A. Emisión de PPA** {trad.: **P**ermiso **P**ara **A**proximarse} **& saludo en el apéndice, x@ 0.7A** {trad.: **A**ño (luz)}**. Señal sospechosa recogida porComHaz** {trad.: **Haz** de **Com**unicaciones} **E-Z** {trad.: **E**lenco **Z**etético} **/lalsaer, 2ª Era. XContacto bautizado como "I". Única señal registrada.**

Mis acciones ulteriores: mantener curso y velocidad, rasante-desembragado {?} **escáner primario a mímico al 50% de aproximación máxima, iniciar un examen pasivo HE** {trad.: **H**iper**E**spacio} **completo (sinc./ comienzo de la secuencia de señal tal como se indica más arriba), enviar mensaje preforma solicitando confirmación de recepción a punto de contacto, escáner dedicado @ 19% de potencia y 300% de dispersión de haz en punto de contacto @ -25% de punto de salida de escáner primario, instigar una maniobra lineal de aminoramiento y detención Exponencial** {?} **dirigida a punto del tejido @ 12% del alcance del escáner de seguimiento, realizar una comprobación completa de los sistemas, ejecutar una vuelta lenta/4** {?} **y a continuación rehacer la trayectoria anterior hasta el punto de aproximación más cercano y detenerme @ curva estándar 2ex {?}. Donde ahora me encuentro**.

Características físicas de la Excesión: (¡am!){trad.: antimateria} rad. Esférico 53.54km, masa (inestimable por influencia del tejido espaciotemporal –localidad ambientalidad planar– estimada por las normas de densidad material locales) 1.45x8^13t. Superficie de cuerpo negro, punteado granular, interior fractal distancia .0012-1344mm, abierto al vacío (filtrado por campo), presencia de campo anómalo inferida por filtración de 8^21 kHz. Categoría K7^ afirmada por topología HE y vínculos Re {trad.: **R**ed **e**nergética} **(inf. & ult.)** {trad.: (las direcciones HiperEspaciales) Infra y Ultra}. **Detalles de vínculos Re indeterminados. Archivos de DiaGlif adjuntos.**

Presencia de materiales anómalos: varias nubes de detritos altamente dispersos en 28 minutos de radio, tres de ellas coherentes con destrucción de entidad de nivel tec-casi-equivalente >.1m(3), otro de aprox. 3 cartuchos de SAAD-M {trad.: **S**istemas de **A**rmas **A**vanzados de **D**ron **M**iniaturizado} **de calibre .1 parcialmente agotados, otra consistente en restos asociados al interior (atmósfera de O2) de una nave. Esta última se alejaba directamente de la posición actual de la Excesión. Un cálculo del perfil de expansión de las nubes de detritos indica una edad de 52.5 días. Implícitamente, los resto podrían originarse @ en un punto situado a 948 milisegundos de la posición actual de la Excesión. Archivo de DiaGlif adjuntos.**

No se han encontrado otras presencias en un radio de 30 años.

Mi estatus: H&H, inTacto, L8 seguro tras registro del sistema (100%).

CPADT {trad.: **C**onjunto de **P**rotocolos de **A**utodestrucción **T**otal} activados. **CPDTCR** {trad.: **C**onjunto de **P**rotocolos de **D**estrucción **T**otal por **C**ontrol **R**emoto} activados.

Repito:

ERed (inf. & ult.) de Excesión confirmada.

Detalles de vínculo de eRed imposibles de estimar.

Clase imposible de estimar.

Esperando.

@ n4...

...PD: Gulp.

<Menú binario del documento, (1=Sí o 0=No):>
¿Repetir? [.]
¿Ver historia de consulta? [.]
¿Leer Comentarios previos? [.]
¿Adjuntar comentario? [.]
¿Leer apéndices? [.]
Todos los anteriores (0 = salir de documento)

–Vamos a salir –dijo el dron.

Todos los anteriores (0 = salir de documento):

Punto final de lectura de Copia de documento #Circunstancias Esperiales·.c4: +

NB: no está permitida la lectura /reproducción /transmisión de la Copia del documento anterior sin su programa de seguridad adjunto.

NB: **IMPORTANTE**: la revelación de cualquier parte, detalle, propiedad, interpretación o atributo del documento precedente, INCLUIDA SU EXISTENCIA...

<sobreescribir>

<Abortada lectura de aviso post-documento>

–Me gustaría que dejaras de hacer eso –murmuró el dron.

–Lo siento –contestó Ulver. Sacudió la cabeza con lentitud frente el texto y al dron Churt Lyne. Aspiró hondo. De repente se sentía completamente sobria–. ¿Es esto tan importante como creo que es?

–Casi seguro que mucho más.

–Oh –dijo–. Joder.

–En efecto –replicó el dron–. ¿Alguna otra pregunta hasta el momento?

Ulver miró la última palabra de la señal principal de la UGC.

Gulp.

Gulp. Bien, eso podía comprenderlo.

–Preguntas... –dijo Ulver Seich, mirando la pantalla holográfica. Resopló. Se volvió hacia el dron haciendo crujir el vestido de noche violeta–. Montones. Primero, ¿qué estamos...? No, espera. Explícame la señal. Olvídate de las traducciones y demás. ¿Qué *dice* en realidad?

–La Unidad General de Contacto informa del descubrimiento de una excesión a través de su Vehículo General de Sistemas –le dijo el dron–, pero otro VGS, con el que, evidentemente, se puso en contacto el primero antes de hacer nada, impide que la transmita. La UGC nos dice que sus sensores captaron el artefacto, que a continuación la saludó utilizando una antigua fórmula de bienvenida del Elenco y un Idioma Galáctico Común aún más antiguo. A continuación, la UGC utiliza gran parte de la señal para subrayar lo inteligente que ha sido fingiendo que era más lenta y menos maniobrable de lo que era en realidad y que estaba peor equipada en cuestión de sensores. Describe el objeto y algunos restos cercanos que parecen implicar que hace cincuenta y tres días se produjo alguna acción militar a pequeña escala en el lugar y a continuación nos asegura que se encuentra entera y en buen estado pero que está preparada para volarse a sí misma por los aires o permitir que otro lo haga si su integridad se ve amenazada... medida que ninguna UGC tomaría a la ligera.

»Ahora bien, el detalle más importante de la señal es que el objeto descubierto está vinculado de alguna forma a la red energética en ambas direcciones hiperespaciales. Solo esto contradice todos los precedentes y todos los parámetros anteriores. No tenemos experiencia previa con cosas como esta. Es algo único; algo que se nos escapa. No me sorprende que la UGC esté asustada.

–Vale, vale, eso es justo lo que pensaba, mierda. –Eructó delicadamente–. Perdona.

–Claro.

–Como iba a decir: ¿a qué nos estamos enfrentando, a una excesión o a otra cosa?

–Bueno, si utilizamos la definición de excesión como algo externo a la Cultura y que debería preocuparnos, esto es una excesión de pleno derecho. Por otro lado, si la comparamos con el Enjambre Hegemonizante normal, o incluso uno excepcional, es pequeña, localizada, no agresiva, carece de escudos, está inmóvil... y es casi parlanchina, además de que utiliza el Galin II para comunicarse. –El dron hizo una pausa–. La característica crucial sigue siendo el hecho de que está ligada a la red energética, tanto por arriba como por debajo. Como mínimo, *eso* es algo interesante porque, hasta donde nosotros sabemos, nadie es capaz de hacer tal cosa. Bueno, nadie aparte de las civilizaciones Ancestrales... Probablemente, porque ellas no nos lo han dicho y nosotros no podemos saberlo.

–Así que esa *cosa* puede hacer algo que para la Cultura es imposible.

–Eso parece.

–Y algo me dice que a la Cultura le gustaría poder hacer lo que hace esa cosa.

–Oh, sí. Sí, sin la menor duda. O, aun en el caso de que la excesión no pudiera compartir sus conocimientos, al menos nos gustaría poder utilizar la oportunidad implícita que representa.

–¿Para hacer qué?

–Bueeeeeno –dijo Churt Lyne, alargando la palabra mientras su campo de aura se teñía de azoramiento y su cuerpo se mecía en el aire–, técnicamente... tal vez... la capacidad de viajar... con facilidad... a otros universos. –La máquina volvió a hacer una pausa, miró a la humana y se dispuso a recibir una respuesta sarcástica. Al ver que no se producía, continuó–. En teoría, nos permitiría abandonar la hebra temporal de nuestro universo con tanta facilidad como una nave abandona el tejido espacio temporal. Entonces tal vez fuera factible viajar por el hiperespacio superior hasta universos más viejos que el nuestro, o por el inferior hasta universos más jóvenes que el nuestro.

–¿Viajar en el *tiempo?*

–No, pero nos proporcionaría la capacidad de escapar al tiempo. Al paso del tiempo. En teoría, uno podría descender consecutivamente por universos anteriores... bueno, para siempre.

–¿Para siempre?

–Para siempre, en realidad, tal como nosotros lo entendemos. Podrías elegir el tamaño y por consiguiente la edad del universo en el que quisieras permanecer y/o visitar tantos universos como te viniera en gana. Podrías, por ejemplo, dirigirte a universos más viejos que este con el propósito de acceder a una tecnología que tal vez en el nuestro fuera inaccesible. Pero no menos interesante sería el hecho de que ya no estarías ligado a un universo, a una corriente temporal, no te verías involucrado en la muerte térmica de tu universo original cuando le llegara la hora. O en su evaporación, o su big crunch, dependiendo del caso.

»Sería como estar en una escalera mecánica. En la actualidad, confinados en este universo, estamos limitados a esta escalera, este piso. La posibilidad que ofrece este artefacto es la capacidad de saltar de una escalera a otra, de modo que cuando tu escalón esté a punto de llegar al final de su viaje (muerte térmica, big crunch, lo que sea), sencillamente bajes a otro piso. En la práctica podrías vivir para siempre... vaya, a menos que se descubra que también los motores de la bola de fuego cósmica tienen vida útil. Por lo que tengo entendido, las metamatemáticas subyacentes implican pero no garantizan la perpetuidad.

Seich permaneció un rato mirando al dron con el ceño fruncido.

–¿*Nunca* habíamos encontrado nada parecido?

–En realidad no. En el pasado han aparecido testimonios ambiguos sobre entidades vagamente parecidas (que solían desaparecer antes de que nadie pudiera investigar a fondo el asunto) pero, por lo que sabemos, *nadie* había visto nunca algo parecido.

La humana guardó silencio un momento. Entonces dijo:

–Si pudieras acceder a cualquier universo y regresar a uno en una fase muy temprana, pre-sentiente, con una civilización ya desarrollada...

–Podrías quedarte con todo –le confirmó el dron–. Un universo entero sería tuyo por completo. De hecho, si te remontaras lo bastante en el tiempo... esto es, hasta un universo lo suficientemente pequeño y recién salido de una singularidad, podrías recrearlo, moldearlo, darle forma a tu gusto, influenciar sus características primarias. Sí, es posible que esta clase de control pertenezca al ámbito de lo fantástico, pero *podría* ser real.

Ulver Seich aspiró hondo y, con la mirada clavada en el suelo, asintió lentamente.

–... Y, por supuesto –dijo–, si esa cosa es lo que parece ser, podría ser una salida tanto como una entrada.

–En efecto. De hecho, es casi seguro que es las dos cosas al mismo tiempo. Tal como implican tus palabras: no importa tanto *entrar* en ella, sino el hecho de que no sabemos lo que podría *salir* de ella.

Ulver Seich asintió lentamente.

–... Mierda –dijo.

–Sigamos con los comentarios –sugirió Churt Lyne.

–¿Podemos saltarnos toda la basura del principio?

–Permíteme. Mira.

<¿Leer comentarios previos? [1]>

–... y prescinde de todos los detalles absurdos. Solo quiero saber quién dijo qué.

–Como quieras.

[Sección de comentarios:]

ºº *Sabiduría como silencio* (VGS, clase Continente)

1.0 Tal como se decidió en la reunión informal del Grupo Nuclear de Acontecimientos Extraordinarios de Circunstancias Especiales (Sub-comité de Previsión y Preparación de Crisis, Ocasional), hemos (en modo plural) asumido la gestión de esta situación a partir de n•.

1.1 Lo que sigue constituye nuestros comentarios introductorios.

2.0 Empezaremos diciendo, aunque no sea necesario hacerlo, que no solo nos sentimos extremadamente adulados sino profundamente abrumados por vernos en una posición de tanta importancia con ocasión de esta grave, profunda, y hasta podría decirse que trascendental circunstancia.

–Bastardo pedante. ¿Tan *pomposas* son todas las Continentes?

–¿Quieres que lo pregunte?

–Sí, seguro que nos contestaban.

–Exactamente.

–Hmmm. Mira, esa basura sigue.

3.0 Es evidente que esta es una cuestión de la máxima importancia. Se infiere pues que la manera en que se haga pública debe considerarse teniendo en cuenta todas las posibles ramificaciones y repercusiones que podría suponerse que acarree un tema tan pan-desarrollamentalmente crucial.

–En otras palabras, que quiere echar tierra sobre el asunto –dijo Seich con descaro–. Y, por cierto, ¿qué es exactamente un modo plural de Clase Continente?

–Normalmente una agrupación de tres Mentes.

–Será por eso que lo dicen todo por triplicado...

3.1 La Excesión considerada carece de precedentes pero asimismo es –según parece– estática y (por el momento, y de nuevo, aparentemente), a todos los efectos, inactiva. Por todo ello, la precaución (derivada de la importancia, la

estabilidad situacional y la falta de precedentes) parece ser la divisa más aconsejable por el momento. Hemos decidido –como medida temporal, con la aprobación de quienes forman el Grupo y Subcomité anterior y que se encuentran a una razonable distancia consultiva– definir el asunto como merecedor de secreto, de modo que todas las comunicaciones y discusiones referentes a él se llevarán a cabo bajo el estándar M32.

3.2 Según los términos del informe del Comité de Dirección post-Debacle para Emergencias Temporales (Subterfugios Autorizados) sobre el Asunto Azadiano, la duración máxima de un intervalo de secreto M32 se establece en 128 días estándar a partir de n?, con una Duración Media Prevista de 96 días y un período de revisión para el subcomité completo de 32 horas.

3.3 La estrella más próxima a esta Excesión se llama Esperi (en la Nomenclatura Adoptada Estándar); no obstante, de acuerdo al procedimiento M32, proponemos que el término en clave Taussig (de la Lista Primaria de Nombres Aleatorios para Eventos) se utilice de ahora en adelante para referirse al asunto.

3.4 Con esto concluyen nuestros comentarios introductorios.

4.0 Los siguientes comentarios se organizarán por orden de relevancia. Las fechas de recepción y programas de contexto están disponibles en los apéndices habituales.

4.1 Se abre la discusión sobre el Asunto Taussig.

ºº*Impaciencia por la llegada de un nuevo amante* (VGS, clase Placa):

Bien. Primero, esto no debería mantenerse en secreto, ni siquiera durante un tiempo limitado. Objeto en los términos más enérgicos contra el hecho de que en el momento mismo en que topamos con la que posiblemente sea la cosa más importante que nadie haya encontrado jamás, lo primero que hace Circunstancias Especiales es activar el modo de Paranoia Salvaje a Escala Total y aplicar esa mierda de guarda-secreto-total-o-te-reventaremos-los-enchufes-nena del M32. He dado mi palabra y no voy a filtrar nada, pero quiero dejar constancia de que creo que deberíamos contárselo a todos. (Aparte de que, afrontémoslo, posiblemente tengamos que hacerlo antes de que trascurra ese período poco realista de 128 días).

Dicho esto, si vamos a mantenerlo en secreto, permitidme que me anticipe a la previsible reacción de Circunstancias Especiales y llame la atención de todos sobre el estudio elaborado por Valor añadido [detalles y textos adjuntos], en el que básicamente se afirma que si rodeamos a algo como esto con una mega-flota y no es del todo omnipotente, sino solo aterradoramente poderoso y completamente invasivo, lo que estaremos haciendo en realidad es darle una inmensa flota de guerra para jugar. Es solo un pensamiento.

ºº*Elegancia táctica* (UGC, Clase Escarpe):

Coincido completamente con lo dicho y apruebo el estudio de *Valor añadido*. En este caso no debemos actuar de forma precipitada.

ºº *Woetra* (Núcleo de Orbital, sistema Schiparse-Oevyli, [solo]):

Reina cierta tristeza. Puede que estemos aproximándonos al fin de nuestra Ingenuidad consciente. Temblad (el fuego, más apagado cada vez, también tiembla, conteniendo el aliento para una última llamarada). Potencialmente un fin de la ignorancia afrontamos, mirando atrás. En el horizonte de nuestra mutua importancia, un fin y un comienzo para el Significado (que finalmente comienza). Los Ancestrales (que sabían tan poco) habrían esperado en parte, y en parte bienvenido, lo que todos tememos sobre esto. Nosotros (que sabemos demasiado), preferimos negar sus implicaciones tácitas. Efímeros, aceptaban casi con felicidad y con toda normalidad la posibilidad del Fin. Sabiéndolos Inmortales, temblamos ante lo mismo. Amigos míos, si alguna vez hemos venerado algo, ha sido al gran dios Caos (¿Qué otra cosa protege a la Inteligencia de las espantosas implicaciones de la Omnisciencia total). ¿Es posible que estemos contemplando la Deoclastia de nuestro dios?

ºº *Brillo acerado* (VGS, Clase Placa):

Notable. No se oye nada durante años y de repente... bien, lo mismo da. Al margen del estudio de Valor añadido antes mencionado, propongo la completa e inmediata remilitarización de todas las unidades viables en un radio de.. digamos, sesenta y cuatro días. No tanto porque podamos necesitarla para luchar contra el Suceso Taussig como porque sin duda este Suceso no permanecerá en secreto demasiado tiempo y –con igual certeza– atraerá una hueste entera de Partidarios terminológicos de la distintivamente Indeseable persuasión. Un serio rearme por nuestra parte, por intrínsecamente vulgar e indeseable que sea por cuestión de principios, puede ser la única forma de impedir el estallido de conflictos ínter-civilizaciones que, en el peor de los casos, podrían llegar a eclipsar la importancia del propio Asunto.

ºº *Solo llamadas serias* (VSL, Clase Tundra):

Aquí, ante el rostro desnudo y velado de la sombra
Una mirada lenta y tranquila se asombra
Vemos en lo que creemos temer
La confusión de nuestras ideas desaparecer.

ºº *Sabiduría como silencio* (VGS, Clase Continente):

Una contribución muy interesante, sin duda, pero, ¿sería posible que no

divagáramos?

ºº *Liquídalos más tarde* (Excéntrica, Cultura Ulterior, tendencia LoOlvidé [Tasa de Integración 73%, navío evaluado en 99%]):

Clarificador. Por mucho que me disguste estar de acuerdo con la *Brillo acerado***, sospecho que puede estar en lo cierto. Ya está, lo he dicho.**

ºº Sabiduría como silencio (VGS, Clase Continente):

¡No sabía que Liquídalos más tarde formara parte de este Grupo Nuclear! ¡Se supone que la inclusión de una nave con una Tasa de Integración inferior al 100% está descartada de antemano! ¡Las naves Excéntricas o Ulteriores no pueden ser elegidas! VSL *Solo llamadas serias***: dicho mensaje ha llegado a través de ti. ¡Quiero una explicación ahora mismo!**

ºº *Solo llamadas serias* (VSL, Clase Tundra):

No.

[ºº *Gradiente ético* (VGS, Clase Cordillera):

Con el permiso del Grupo: atisbo de inicio de torsión –signatura de resonancia de impulso óptico inadvertido– sistema Kraszille (62 AL estd. xAM), curvada V hacia región AM. Dajeil Gelians ligados. Probablemente no sea nada...]

ºº *Limóvoro* (VGS, Clase Océano):

Ese AM, esta nueva E, este nuevo objeto de preocupación, ¿ha expresado su propósito?

ºº *Sabiduría como silencio* (VGS, Clase Continente):

Con inmenso respeto a nuestro muy estimado colega *Limóvoro* **y con todo el reconocimiento que su ilustre carrera y su casi legendaria reputación merecen, tengo que decir que no sabía que nuestro humilde grupo hubiera sido honrado con su exaltada presencia. ¡VGS** Impaciencia por la llegada de un nuevo amante**; como retransmisor, deberías habernos informado de que estabas en contacto con la** Limóvoro**!**

ºº *No se inventó aquí* (VSM, Clase Desierto):

¿También eres pacifista?

ºº Sabiduría como silencio (VGS, Clase Continente):

¡Pero si la *No se inventó aquí* **fue destruida en en 2.31! ¡Identifícate, mentirosa! ¡Fallo de seguridad! ¿Qué está pasando aquí?**

ºº *Liquídalos más tarde* (Excéntrica, Cultura Ulterior, tendencia LoOlvidé [Tasa de Integración 73%, navío evaluado en 99%]):

Jeje.

ºº *Financiación completa* (Unidad Principal de Batalla Clase "Imperio", Homomdana [nombre original *UBP 604*] Convernave [Tasa de Integración 80% (nb: tasa estimada por la propia interesada)]:

Añade delitescente.

ºº *Sabiduría como silencio* (VGS, Clase Continente):

¿Qué? ¡Una antigua nave enemiga y que supuestamente ha dejado de serlo no puede participar en una discusión de nivel M-32! ¿Qué está pasando aquí? Invoco mi autoridad como patrocinador de este grupo para suspender de inmediato toda discusión de nivel M-32 hasta nueva orden mientras se lleva a cabo una revisión de seguridad completa.

ºº *Moreno diferente* (UGC, Clase Montaña):

En efecto, puedes hacerlo. No obstante, –lo susurro– ¿no te parece un poco excesivo?

ºº Sabiduría como silencio (VGS, Clase Continente):

¡La Moreno diferente no es un miembro acreditado de este Grupo Nuclear! ¡Esto ha llegado demasiado lejos! Debemos...

[Pasando a documentos /comentarios]

[Formado nuevo Grupo Nuclear de nivel M-32.

Nombre: *Pandilla de Tiempos Interesantes* (Acto IV).

El grupo comprende a todas las naves mencionadas anteriormente a excepción de la Sabiduría como silencio (VGS, Clase Continente).]

ºº *Giro estelar* (Roca, Primera Era):

Archivando cambio de nombre. De: *Giro estelar*. **A:** *Final con lágrimas*.

ºº *Vivienda sin remodelar* (VGS, Sabaticador, antigua Clase Ecuador):

Sugiero que primero nos libremos de esa tontería ridícula de Taussig y denominemos el asunto como Esperi, la estrella más próxima. También propongo que entre ocho y dieciséis días a partir de ahora –en función de la disponibilidad de noticias fidedignas de otras fuentes– pasemos a nivel M-16 diciendo simplemente que hemos encontrado una excesión de naturaleza ambigua, que estamos investigando y que pedimos a todo el mundo que se mantenga a cierta distancia. Como es de presumir que no lo harán, deberíamos

solicitar a la *Brillo acerado* **una movilización militar localizada, con efecto inmediato. Aparte de esto, se aplicarán los procesos democráticos normales, sin duda.**

ºº *Elegancia táctica* (UGC, Clase Escarpe):
Un rearme sutil, pues.

ºº *Brillo acerado* (VGS, Clase Planicie):
En efecto. Es un honor; acepto.

ºº *Solo llamadas serias* (VSL, Clase Tundra):
¿Y que *Sabiduría como silencio* **distribuya la información?**

ºº *Liquídalos más tarde* (Excéntrica, Cultura Ulterior, tendencia LoOlvidé [Tasa de Integración 73%, navío evaluado en 99%]):
Oh, qué ingenioso. Bueno, si no está enfadada...

ºº *Impaciencia por la llegada de un nuevo amante* (VGS, Clase Placa)
Yo creo que deberíamos dar a conocer la noticia ahora mismo.

ºº *Vivienda sin remodelar* (VGS, Sabaticador, ex Clase Ecuador):
Por muy aborrecibles que nos parezcan a todos estos trucos, tengo la sospecha de que la semana o dos que esta demora nos proporcionará pueden ser de gran importancia para preparar la batalla que podría desencadenarse cuando todo se haga público.

ºº *Moreno diferente* (UGC, Clase Montaña):
Como No se inventó aquí es la unidad importante más próxima al asunto sugiero que se dirija a toda velocidad al emplazamiento de la Excesión y actúe como coordinador de incidentes. Yo misma no me encuentro demasiado lejos del sistema Esperi. Me dirigiré hacia allí y me reuniré con No se inventó aquí.

ºº *No se inventó aquí* (VSM, Clase Desierto):
Será un placer.

ºº *Moreno diferente* (UGC, Clase Montaña):
También opino que la VGS Gradiente ético y la UGC Destino susceptible de cambio deberían ser invitadas a la Pandilla de Tiempos Interesantes (Acto IV) mientras dure la crisis y a ambas naves debería ordenárseles que desistan de investigar la Excesión hasta nueva orden. Se adjuntan informes de personalidad de las dos naves. Parecen fiables.

ºº *Woetra* (Núcleo de Orbital, sistema Schiparse-Oevyli, [solo]):
Y llamar a nuestra amiga común.

ºº *Vivienda sin remodelar* (VGS, Sabaticador, ex Clase Ecuador):
Por supuesto. Entonces, ¿estamos de acuerdo en todo lo anterior?

ºº *Impaciencia Por La Llegada De Una Nueva Amante* (VGS, Clase Placa):
Sí.

ºº *Elegancia táctica* (UGC, Clase Escarpe):
Sí.

ºº *Woetra* (Núcleo de Orbital, sistema Schiparse-Oevyli, [solo]):
Sí.

ºº *Brillo acerado* (VGS, Clase Planicie):
Sí.

ºº *Solo llamadas serias* (VSL, Clase Tundra):
¡Objeción!
...No, era broma:
Sí.

ºº *Liquídalos más tarde* (Excéntrica, Cultura Ulterior, tendencia LoOlvidé [Tasa de Integración 73%, navío evaluado en 99%]):
Sí.

ºº *Limóvoro* (VGS, Clase Océano):
Sí.

ºº *No se inventó aquí* (VSM, Clase Desierto):
Sí.

ºº *Financiación completa* (Unidad de Batalla Principal Clase Imperio, Homomdana [nombre original UBP 604] Convernave [Tasa de Integración 80% {nb: establecida por la propia interesada}])
Sí.

ºº *Moreno diferente* (UGC, Clase Montaña):
Sí.

ºº *Final con lágrimas* (Roca, Primera Era, anteriormente Giro estelar):

Sí. Estoy haciendo mi parte. Hecha.

ºº *Vivienda sin remodelar* (VGS, Sabaticador, ex Clase Ecuador):
Sí.

ºº *Limóvoro* (VGS, Clase Océano):
Da gusto volver a hablar con todos vosotros, por cierto.
Bien. Ahora a esperar.

ºº *Solo llamadas serias* (VSL, Clase Tundra):
y ver...

[Fin de comentarios]
<Menú binario del documento, (1=Sí o 0=No):>
¿Repetir? [.]
¿Ver historia de consulta? [.]
¿Leer Comentarios previos? [.]
¿Adjuntar comentario? [.]
¿Leer apéndices? [.]
Todos los anteriores (0 = salir de documento)

Punto final de lectura de Copia de documento #Circunstancias Especiales1: +

NB: no está permitida la lectura/reproducción/transmisión de la Copia del documento anterior sin su programa de seguridad adjunto.

NB: **IMPORTANTE**: la comunicación de cualquier parte, detalle, propiedad, interpretación o atributo del documento precedente, INCLUIDA SU EXISTENCIA...

<sobreescribir>

<Abortada lectura de aviso post-documento>

La pantalla holográfica desapareció.

–¿Qué significa todo eso? –preguntó Ulver.

–... Buen Dios, Ulver –dijo el dron con un tono que imitaba bastante bien un balbuceo–. ¡Es la Tripulación Pesada! ¡Los Fantasmas!

–¿Qué? ¿Quiénes? –Hizo girar su asiento para mirar al dron.

–Niña, han aparecido nombres que llevaba *cinco siglos* sin ver. ¡Algunas de esas Mentes son *leyendas!*

–Supongo que te refieres a la Pandilla de Tiempos Interesantes, ¿no?

–Obviamente, así es como se llaman entre sí.

–Bien, me alegro por ellos, pero sigo sin saber de qué iba todo eso.

–Bueno, un Grupo de Mentes para Incidentes más o menor normal pero bastante poderoso se reúne para discutir lo que está pasando y entonces, con un margen de

tiempo para el desplazamiento de las señales, se ve suplantado en cuestión de segundos por el que probablemente sea el grupo de Mentes más respetado, por no mencionar enigmático, reunido en la misma secuencia de señales desde el fin de la Guerra Idirana.

–No me digas –dijo Ulver con un pequeño bostezo, tapándose la boca con un guante negro.

–Sí. ¡Y, en el caso *de No se inventó aquí,* toda la gente que conozco creía que había desaparecido hace medio milenio! Luego echan al aburrido y pedante VGS que estaba en la Lista de Coordinación de Incidentes, acuerdan esperar a ver lo que pasa con la Excesión mientras envían refuerzos, emprender una movilización (¡movilización!) localizada y hacer pública una verdad a medias sobre la Excesión cuando aparezcan noticias más excitantes.

Ulver frunció el ceño.

–¿Cuándo ocurrió todo eso?

–Bueno, si no hubieras desconectado la función de fecha/hora... –musitó el dron mientras adquiría una tonalidad azul escarcha. Ulver volvió a poner los ojos en blanco–. Esa secuencia de señales con sus comentarios data de hace doce días. El descubrimiento de la Excesión se anunció por los canales estándar antes de ayer.

La humana se encogió de hombros.

–No me había enterado

–El fin del asunto de los Blitteringueh ocupaba los titulares.

–Ajá. Supongo que tiene sentido.

La mayoría de la galaxia desarrollada había estado siguiendo esa historia durante los últimos cien días: el epilogo de la corta pero amarga Guerra Blitteringueh-Anegantes, que había tenido por escenario los planetas natales de los Blitteringueh, y la huida de las flotas de los Anegantes con sus preciadas reliquias y los prisioneros de la Gran Casa. Todo había terminado con un coste en vidas relativamente bajo pero con mucho dramatismo, y con repercusiones continuas y cada vez más importantes. No era de extrañar que casi cualquier otra cosa anunciada aquel día hubiera pasado casi inadvertida y hubiera seguido igual desde entonces.

–¿Y qué era eso que han dicho hacia el final, lo de "llamar a nuestra amiga común"?

–Probablemente tenga que ver con invitar a otra Mente al grupo. –El dron guardó silencio un momento–. Aunque también podría ser una contraseña predeterminada, una señal secreta del grupo.

Seich se quedó mirando al dron.

–¿Una *señal* secreta? –dijo–. ¿En una transmisión de nivel M–32?

–Es posible; nada más.

Seich siguió mirando la máquina durante un momento.

–¿Estás diciendo que esas Mentes estaban hablando de algo... estaban *acordando* algo tan delicado, tan secreto que no podían decirlo abiertamente ni siquiera en el código más importante de Circunstancias Especiales, en el más secreto de los secretos, en el insuperable, inviolable y totalmente seguro M32?

–No. Lo único que digo es que es... semi-posible. –El aura del dron despidió destellos grises de frustración–. En este caso, sin embargo, no creo que fuera la seguridad lo que las preocupara.

–¿Y qué entonces? –Seich entornó los ojos–. ¿La posibilidad de negarlo más adelante?

–Si estuviéramos pensando en términos de paranoia extrema, sí, esa sería mi primera suposición –dijo el dron mientras inclinaba la parte delantera para asentir y emitía un sonido parecido a un suspiro.

–Así que están tramando algo.

–Bueno, a juzgar por lo que hemos oído, están tramando muchas cosas. Pero es posible que parte de lo que están tramando sea... vaya, arriesgado.

Ulver Seich se reclinó en su asiento y dirigió la mirada al recuadro vacío de la pantalla, que flotaba en el aire delante de ella y del dron Churt Lyne como una placa de cristal ahumado ligeramente opaco.

–Arriesgado –dijo. Sacudió la cabeza y sintió el repentino impulso de estremecerse, que reprimió–. Mierda, ¿no odias cuando los dioses deciden bajar a jugar?

–En una palabra –dijo el dron–, sí.

–¿Y qué se supone que debo hacer yo? ¿Y por qué?

–Se supone que debes parecerte a esta mujer –dijo el dron mientras la brillante imagen inmóvil de una mujer aparecía en la pantalla que tenían delante.

Ulver, de nuevo con la barbilla en la mano, estudió el rostro.

–Hmmm –dijo–. Es mayor que yo.

–Cierto.

–Y no tan guapa.

–También es verdad.

–¿Por qué tengo que parecerme a ella?

–Para atraer la atención de cierto hombre.

Entornó la mirada.

–Espera un segundo. No se supondrá que tengo que *follarme* a un tío, ¿verdad?

–Oh, Dios mío, no –dijo el dron mientras su campo de aura volvía a cobrar por un instante un tono grisáceo–. Lo único que tienes que hacer es parecerte a un antiguo amor suyo.

Ulver se echó a reír.

–¡Apuesto a que esperan que me lo folle! –Se echó atrás en el pequeño asiento

metálico–. ¡Qué pintoresco! *¿De verdad* es a esto a lo que se dedica Circunstancias Especiales?

–No, *nada* de eso –siseó el dron. Los campos de su aura adquirieron un intenso color gris–. Solo tienes que *estar* allí.

–Sí, claro. –Siguió riéndose a carcajadas y se reclinó en el asiento, con los brazos cruzados–. ¿Y de quién se trata, por cierto?

–Ahí lo tienes –dijo el dron. Otro rostro inmóvil apareció en la pantalla.

Ulver Seich volvió a acercarse y levantó una mano.

–Espera. Retiro todo lo dicho. De hecho, es bastante *guapo*...

El dron emitió un sonido parecido a un suspiro.

–Ulver, si eres tan amable de refrenar tus hormonas un segundo...

–*¿Qué?* –gritó ella abriendo los brazos.

–¿Vas a hacerlo o no? –le preguntó la máquina.

Cerró un ojo y balanceó la cabeza de un lado a otro.

–Puede –dijo con voz lenta.

–Significa un viaje –dijo el dron–. Tendrías que salir esta misma noche.

–¡Bah! –Se apartó de la pantalla, cruzó los brazos y miró al techo–. Imposible. Olvídalo.

–Está bien. Mañana.

Se volvió hacia el dron.

–Después de comer.

–De desayunar.

–Pero tarde.

–Oh –dijo la máquina y su campo de aura emitió un destello gris de frustración–. Muy bien. Después del desayuno, tarde. Pero antes de mediodía, en cualquier caso.

Ulver abrió la boca para protestar y entonces se encogió de hombros casi imperceptiblemente y frunció el ceño.

–¿Muy bien? ¿Por cuánto tiempo?

–Estarás aquí dentro de un mes, si todo marcha bien.

Echó la cabeza atrás, volvió a entornar la mirada y dijo, con voz perfectamente sobria y precisa:

–¿Adónde?

–A Grada.

–Ah –dijo, sacudiendo la cabeza.

Un punto candente. Phage se dirigía a Grada para el Festival de aquel año pero, tras la destrucción de un estúpido planeta, se había desviado de su curso para colaborar en la construcción de un Orbital. Habían tardado una eternidad. El Festival solo duraba un mes y ya casi había terminado. La Roca todavía se dirigía hacia allí pero no llegaría antes de doscientos días más o menos.

Frunció el ceño.

–Pero si ese viaje dura un par de meses por lo menos, incluso en una nave rápida.

–Circunstancias Especiales tiene sus propias naves, que son más rápidas. Tardarás diez días en llegar allí con la que te van a dar.

–¿Mi *propia* nave? –preguntó Ulver con los ojos iluminados.

–Toda tuya. Sin siquiera tripulación humana.

–¡Uau! –dijo mientras se reclinaba en el asiento y ponía cara de satisfacción–. *¡Genial!*

4. Principio de dependencia

I

[haz estrecho, M16.4, rec. @n4.28.856.4903]

º º VGS *Impaciencia por la llegada de un nuevo amante*

ª ª Excéntrica *Liquídalos más tarde*

oo

¿Solo me lo parece o algo huele mal en este asunto?

aa

[haz estrecho, M16.4, rec. @n4.28.856.6883]

º º *Excéntrica Liquídalos más tarde*

ª ª VGS *Impaciencia por la llegada de un nuevo amante*

aa

La Oh, qué bien, una fácil. Solo te lo parece.

oo

Hablo en serio. Tengo una sensación... extraña.

aa

¿Cómo te atreves a sugerir que yo no?

Además, ¿cuál es el problema?

Esto es lo más importante que ha ocurrido jamás, según nuestros conocimientos.

Después de semejante constatación, es normal que todo parezca un poco raro.

Sería imposible que no nos afectara.

aa

Tienes razón, estoy seguro, pero sigo teniendo una sensación inquietante.

No; cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que tienes razón y de que me estoy preocupando por nada.

Haré algunas averiguaciones para quedarme más tranquilo, pero estoy seguro de que solo servirán para apaciguar mis temores.

Deberías pasar más tiempo en el Espacio de Diversión Infinita, ¿sabes?

oo

Probablemente. Oh, bueno.

aa

No obstante, mantente en contacto. Por si pasa algo.

oo

Por supuesto. Cuídate.

aa

Buenas comprobaciones, amigo mío. Cuídate tú también.

II

El dron Sisela Ytheleus 1/2 flotaba y esperaba. Habían transcurrido varios segundos desde que sintiera la vibración del tejido a su alrededor y todavía estaba tratando de decidir lo que debía hacer. Había pasado este tiempo preparando la cámara de reacción de antimateria lo mejor posible, en lugar de llevar a cabo los exhaustivos y fatigosos preparativos que hubiera utilizado en otras circunstancias. También se le ocurrió lanzar todos sus nanomisiles salvo uno y disponer doscientos de ellos alrededor de su chamuscado panel trasero, en dos grupos, a ambos lados de la cámara de reacción. Por fortuna, la superficie dañada del panel permitía empotrar en ella los diminutos proyectiles de tal modo que solo la tercera parte de sus cuerpos de un milímetro de longitud estuviera a la vista. Mantuvo los otros treinta y nueve misiles preparados para disparar, por si le servían de algo contra lo que quiera que estuviera acechándolo.

La delicada y zumbante vibración del tejido tenía una signatura distintiva. Algo se le estaba acercando por el hiperespacio, algo que tenía una quilla sensorial en el espacio real, desplazándose con lentitud, muy por debajo de la velocidad de la luz. Fuera lo que fuese, no era *La paz trae plenitud.* Las características de su timbre eran todas diferentes.

Sintió un chorro de radiación de banda ancha, como una luz sin fuente, un último pulso de energías maestras, esta vez en el espacio real, y luego algo trémulo que se había hecho a un lado; una nave que, parpadeando y luego consolidándose, emergía al vacío tridimensional.

A diez kilómetros de distancia. Un kilómetro de longitud. Con idéntica velocidad. Una gruesa forma elipsoide, de color gris oscuro, cubierta de afiladas espinas, protuberancias y hojas...

¡Una nave Afrentadora!

El dron titubeó. ¿Sería la nave que había estado siguiendo a *La paz trae plenitud?* Probablemente. ¿Habría caído en manos del artefacto/excesión? Posiblemente. Y no es que eso importase demasiado, al fin y al cabo. *Mierda.*

La Afrenta. No eran muy amigos del Elenco. Ni de nadie, en realidad. *He fracasado. Me pescarán con una red y me subirán a bordo.*

Desesperado, el dron trató de decidir lo que debía hacer. ¿Suponía alguna diferencia el hecho de que fuera una nave Afrentadora? Era dudoso. ¿Debía enviarle una señal, tratar de conseguir su ayuda? Podía intentarlo. La Afrenta había firmado todas las convenciones estándar referentes a naves e individuos en peligro y en teoría deberían subirlo a bordo, repararlo y retransmitir una advertencia sobre el artefacto al resto de la galaxia.

En la práctica, reducirían al dron a fragmentos minúsculos para averiguar cómo

funcionaba, le arrancarían toda la información, tratarían de obtener un rescate si el proceso de investigación e inquisición no lo había destruido, probablemente tratarían de colocarle un programa espía que les enviara información cuando estuviera de regreso en el Elenco y mientras tanto tratarían de averiguar cómo podían utilizar el artefacto/excesión, tal vez cometiendo el mismo error temerario y fatal que *La paz trae plenitud* o tal vez guardando su existencia en secreto por el momento y trayendo más naves y equipos para investigarlo. Lo que seguro que no hacían era abordar la situación según el manual.

Un efector EM; estaban comunicándose. Sisela Ytheleus 1/2 preparó sus escudos (por si le servían de algo). Probablemente alargasen las cosas... ah, un nanosegundo largo si la nave Afrentadora decidía atacar...

~ ¡Máquina! ¿Qué eres?

(Vaya, al menos hablaba como un Afrentador, de eso no había duda. Podría apostar a que todavía no habían topado con el artefacto/excesión. Oh, bueno. Seguiría las convenciones:)

~ *Soy Sisela Ytheleus 1/2, dron de la Nave Exploradora* La paz trae plenitud, *un navío del Clan de los Observadores de Estrellas, parte de la Quinta Flota del Elenco Zetético, y en peligro* –comunicó–. *¿Y tú?*

~ ¡Ahora estás en nuestras manos! ¡Ríndete o huye!

(Seguía siendo 100% Afrenta.)

~ *Lo siento, no he oído bien. ¿Cuál decís que es vuestro nombre?*

~ ¡Ríndete ahora mismo o huye, despojo!

~ *Permitidme que lo piense.*

(Y pensar era exactamente lo que estaba haciendo, pensar sin parar, pensar febrilmente. Tratando de *ganar* tiempo, pero pensando.)

~ ¡No!

La fuerza de la señal del efector empezó a elevarse exponencialmente. Tenía tiempo de sobra para derribar sus escudos.

Bastardos –pensó–. *Por supuesto; les encantan las persecuciones...*

El dron activó los misiles que tenía empotrados en el panel trasero. Los doscientos cohetes diminutos mezclaron cantidades idénticas de materia y antimateria y arrojaron el chorro resultante de plasma al vacío, lo que impulsó la máquina por el espacio, alejándola de la nave de la Afrenta. La aceleración era relativamente leve. El dron no había tenido tiempo de probar la cámara de reacción de antimateria que había construido. Introdujo unas pocas partículas de cada clase en la cámara y cruzó los dedos.

La cámara reventó. *Mierda, otra vez a la mesa de dibujo.*

Los daños no fueron muy importantes –*no* mucho más de los que ya había sufrido, al menos– pero tampoco consiguió demasiado impulso y no podría volver a

utilizar la cámara. La aceleración siguió ascendiendo lentamente. *¿Qué más? ¡Piensa!*

La nave Afrentadora no se molestó en salir tras el dron. Sisela Ytheleus 1/2 abandonó su plan original de plantar unos pocos nanomisiles tras de sí como una especie de campo de minas. *(Y además, ¿a quién estoy tratando de engañar? Piensa. ¡Piensa!)*

El espacio pareció combarse y retorcerse delante de él y de repente ya no se encontró alejándose de la nave Afrentadora. Volvía a estar paralela a ella. *¡Esas malditas bolsas de pus están jugando conmigo!*

Un destello cerca del morro de la nave Afrentadora. Un círculo de luz láser de un centímetro de diámetro hizo blanco en el revestimiento del dron y empezó a oscilar. El dron ordenó a los motores de sus nanomisiles que se apagaran y encendió sus escudos espejo. El rayo láser lo siguió y se estrechó hasta tener un milímetro de diámetro y entonces, inesperadamente, su potencia aumentó en siete órdenes de magnitud. Ignorando las protestas de sus escudos de espejo, el dron los obligó a adoptar forma de cono y le dio la espalda a la nave para presentar un blanco lo más pequeño posible. El láser moduló y pasó a ultravioleta. Empezó a parpadear con luz estroboscópica

Están jugando conmigo, joder, jugando conmigo... (¡Piensa, piensa!)

Bueno, para empezar...

Abrió los cierres que sujetaban sus dos mentes superiores y levantó la tapa de su revestimiento para dejar libres los dos componentes –el núcleo de IA y el fotónico–. El revestimiento se estremeció y chirrió, pero se movió. En cuanto el revestimiento estuvo abierto, el dron empujó los dos componentes mentales con su campo de manipulación, pero no pasó nada. Estaban atascados.

¡Pánico! Si permanecía intacto y los Afrentadores lo capturaban y no eran mucho más cuidadosos de lo que su fama sugería... Apretó con más fuerza. Los componentes empezaron a moverse y perdieron la energía en el momento mismo en que dejaron de estar en contacto con el cuerpo del dron. Lo que quiera que hubiera en su interior debía de estar ya muerto o agonizando. Por si acaso, los redujo a polvo candente con su láser y a continuación lo expulsó tras de sí, rodeando sus campos de escudo, para que interfirieran un poco con el láser enemigo. Muy poco.

Preparó el núcleo que contenía su sustrato actual. También tendría que expulsarlo y destruirlo.

Entonces se le ocurrió una idea.

Le dio vueltas. Si hubiera sido humano, se le habría quedado la boca seca.

Giró en redondo en los estrechos confines de su maltrecho escudo y activó los motores de los doscientos nanomisiles. Se sacudió de encima el resto de los proyectiles sueltos y disparó treinta de ellos contra la nave Afrentadora. Los otros

nueve los dejó dando vueltas tras de sí como un puñado de diminutas puntas de aguja de cuerpo negro, con sus propias instrucciones y la poca capacidad que le quedaba a sus cerebros microscópicos llena de tonterías codificadas.

Los nanomisiles disparados contra la nave Afrentadora aceleraron hacia ella en una nube de luz centelleante, precediendo al dron. Fueron abatidos, uno por uno, a lo largo de un milisegundo, en una vertiginosa y resplandeciente cosecha de flores de luz, provocadas por la detonación simultánea de sus diminutas cabezas explosivas y lo que quedaba de sus reservas de antimateria. La última en ser cazada por el efector de la nave Afrentadora y obligada a autodestruirse había logrado acercarse a menos de un kilómetro.

Más lejos, los nueve nanomisiles giratorios debían de haber sido abatidos también por el efector, porque también ellos habían explotado.

Y con un poco de suerte, pensaréis que estaba enviando mensajes en una botella y que esa era mi gran idea –pensó Sisela Ytheleus 1/2 mientras separaba el núcleo que contenía el estado mental de su gemelo. El núcleo perdió energía. Lo que quiera que contuviese murió.

No tuvo tiempo de lamentarlo; reorganizó su estado interno para arrojar el núcleo al exterior y a continuación dejó que su cuerpo recobrara la normalidad. Atrajo el núcleo sobre su carcasa cubierta de ampollas y grietas, lo llevó hasta el panel trasero, cerca del lugar en el que colgaban los restos de la fundida y reventada cámara de reacción y entonces lo dejó caer en el lívido plasma y la nevisca de radiación de los chorros de los nanomisiles. Ardió, se desintegró y se perdió a popa dejando un brillante rastro de fuego.

El láser que seguía al dron estaba acercándose al extremo del espectro de los rayos-X. Atravesaría el escudo espejo dentro de un segundo y medio. El dron tardaría cuatro segundos y medio en llegar a la nave.

Mierda. Esperó a que al escudo espejo le faltara dos décimas de segundo para fallar y entonces envió la señal:

~ *¡Me rindo!*

Confiaba en estar hablando con otra máquina. Si tenía que contar con el tiempo de reacción de un Afrentador, estaría frito antes de que el mensaje se hubiera abierto camino por sus estúpidos cerebros animales..

El láser se apagó. El dron mantuvo los escudos EM levantados.

Estaba acercándose a la nave Afrentadora a casi medio kilómetro por segundo. La mole dentada y voluminosa de la nave estaba cada vez más cerca.

~ ¡Baja tus escudos!

~ *¡No puedo!* –Dotó de expresividad la señal para que sonara como un gemido.

~ ¡Ahora!

~ *¡Lo estoy intentando! ¡Lo estoy intentando! ¡Me habéis dañado! ¡Más de lo que*

ya estaba! ¡Menudas armas! ¿Qué posibilidades tenía yo, un mero dron, una cosa más pequeña que el pico de un Afrentador, frente a semejante potencia de fuego?

Casi estaba al alcance. Cerca. Ya estaba muy cerca. Otros dos segundos.

~ Baja tus escudos inmediatamente y permite que te subamos a bordo o sufrirás una destrucción instantánea.

Seguían faltándole casi dos segundos. Nunca lograría distraerlos el tiempo suficiente...

~ *¡No lo hagáis, por favor! Estoy tratando de apagar el protector del escudo, pero está en modo a prueba de fallos. No se deja desactivar. Está discutiendo, ¿os lo podéis creer? Pero, de verdad, estoy haciendo lo que puedo. Por favor, creedme. Por favor, no me matéis. Soy el único superviviente, ¿sabéis? ¡Nuestra nave fue atacada! Tuve suerte de poder escapar. Nunca había visto nada parecido. Ni siquiera había oído hablar de algo parecido.*

Una pausa. Una pausa de dimensiones animales. El tiempo para pensamientos animales. Montones de tiempo.

~ Ultima oportunidad; baja...

~ *Ya está; estoy bajando los escudos. Soy todo vuestro.*

El dron Sisela Ytheleus 1/2 desactivó sus escudos espejo electromagnéticos. Al mismo tiempo, disparó su láser contra la nave Afrentadora.

Un instante después, levantó los campos de contención que protegían sus reservas de antimateria, detonó su carga de autodestrucción incorporada y ordenó al único nanomisil que todavía conservaba que explotara.

~ *¡Jodeos, cabrones!* –fueron sus últimas palabras.

Lo último que sintió fue una mezcla de pesar, júbilo y una especie de desesperado orgullo al saber que su plan había funcionado... Y entonces murió, instantáneamente y para siempre, en una ardiente bola de calor y luz.

Para la nave Afrentadora, el efecto del láser del diminuto dron fue comparable a unas cosquillas: se dispersó por su casco sin apenas chamuscarlo.

La nube de brillantes restos que la autodestrucción del dron había provocado pasó sobre la nave Afrentadora y fue analizada por sus sensores analíticos. Plasma. Átomos. Nada mayor que una molécula. Lo mismo que los restos en lenta expansión de los dos grupos de nanomisiles.

Una decepción, pues. Era un modelo de dron del Elenco especialmente sofisticado, casi tanto como los más avanzados de la Cultura. Hubiera sido una espléndida captura. No obstante, teniendo en cuenta las circunstancias, había presentado una resistencia razonable y había proporcionado una cacería inesperadamente estimulante.

El crucero ligero de la Afronta, *Propósito furioso*, se alejó lentamente del

escenario de la batalla en miniatura, escudriñando cuidadosamente sus alrededores en busca de más nanomisiles. No representaban amenaza alguna para el crucero, claro está, pero el pequeño dron parecía haber tratado de utilizar las diminutas armas para esconder información y era posible que hubiera dejado atrás alguno que no se autodestruyera al recibir la señal de un efector. No apareció ninguno. El crucero recorrió en sentido inverso la trayectoria que parecía haber seguido el dron. En un punto descubrió una nubécula de materia que estaba enfriándose, los restos de alguna explosión aparentemente, pero eso fue todo. Más allá, nada. Allá donde miraran, nada.

De lo más decepcionante.

Los inquietos oficiales del *Propósito furioso* debatieron cuánto tiempo convenía seguir buscando la desaparecida nave del Elenco. ¿Le habría ocurrido algo? ¿Estaría mintiendo el pequeño dron? ¿Habría un adversario más interesante ahí fuera, en alguna parte?

¿O sería todo ello un ardid, un señuelo? Todos sabían que la Cultura –la Cultura de verdad, la astuta, no los semi-místicos elenquistas, con su miserable afán por ser diferentes– había mantenido ocupadas a flotas enteras de la Afrenta durante meses enteros con tentaciones y subterfugios no muy diferentes, haciéndoles creer que estaban siguiendo el rastro de alguna presa enormemente interesante que al final había resultado no ser nada, o una nave de la Cultura con alguna excusa ridícula pero ofrecida con toda seriedad, mientras la Cultura o una de las razas lloronas que eran sus clientes se hacía con algo en alguna otra parte, arruinando su merecida diversión a los Afrentadores.

¿Cómo podían saber que no era una de esas ocasiones? Puede que la nave elenquista hubiera sido contratada por la Cultura. Puede que hubieran perdido la Exploradora y una UGC –que los estuviera siguiendo como ellos habían estado siguiendo la nave del Elenco– hubiera ocupado su lugar. ¿Podía ser esta la verdad?

No –argüyó uno de los oficiales–, porque la Cultura nunca sacrificaría a un dron considerado consciente.

El resto pensó en ello, consideró la actitud insólitamente sentimental de la Cultura hacia la vida y se vio obligado a mostrarse de acuerdo.

El crucero pasó otros dos días en las proximidades del sistema Esperi y luego se marchó. Regresó al hábitat llamado Grada con un insignificante pero molesto fallo de motores.

III

Técnicamente, era una rama de las metamatemáticas, llamada habitualmente metamáticas. Metamáticas: la investigación de las propiedades de las Realidades (o, para ser más precisos, los campos de Realidad) intrínsecamente imposibles de conocer desde la nuestra pero sobre cuyos principios generales podían hacerse suposiciones.

Las metamáticas conducían a todo lo demás, conducían a lugares que nadie había visto, oído o imaginado previamente.

Era algo así como pasar la mitad de tu vida en una pequeña, abarrotada y calurosa caja gris, en un estado de moderada felicidad porque no habías conocido nada mejor... y un buen día descubrir un agujerillo en una esquina de la caja, una diminuta abertura por la que podrías meter un dedo, y tirar y tirar hasta que finalmente acabases por abrir una grieta, que a su vez condujese a otra grieta, que a su vez provocase que la caja se desmontase a tu alrededor... y de repente abandonases sus diminutos confines y salieras a una atmósfera sobrecogedoramente fresca y clara y te encontrases en la cima de una montaña, rodeado de valles profundos, bosques majestuosos, inmensos picachos, lagos resplandecientes, relucientes campos nevados y un asombroso cielo azul, capaz de quitar el aliento. Y esto, por supuesto, no sería ni siquiera el comienzo de la auténtica historia, sino más bien el aliento que se coge antes de la primera sílaba de la primera palabra del primer párrafo del primer capítulo de la primera parte del primer volumen de la historia.

Las metamáticas conducían al equivalente de esta experiencia para una Mente, repetida un millón de veces, magnificada mil millones de veces, y luego más allá, a configuraciones de maravilla y felicidad que ni siquiera en su abstracción más sencilla estaban al alcance del discernimiento humano. Era como una droga. Una droga totalmente liberadora, de efectos benéficos, sin adulteración alguna, abrumadora de tan gloriosa para la mente de las máquinas, tan inaccesible a la sagacidad de la mente humana como ajena a su capacidad de entendimiento.

Así era como las máquinas pasaban el tiempo. Imaginaban universos completamente nuevos con leyes físicas alteradas y jugaban con ellos, vivían en ellos, los manipulaban, en ocasiones creando las condiciones para la aparición de la vida, en otras dejando que las cosas se desarrollaran por sí solas para ver si aparecía de forma espontánea y algunas más organizando las cosas de tal modo que la vida fuera imposible al tiempo que se permitían otras clases y tipos de complicaciones de una complejidad asombrosamente fabulosa.

En algunos de los universos no había más que una minúscula pero significativa alteración que provocaba una sutil modificación en los mecanismos de funcionamiento de la realidad mientras que otros eran tan salvaje, tan aberrantemente

diferentes, que a una Mente de primera le haría falta el equivalente a años de intensa reflexión humana para empezar a encontrar la hebra tenuemente familiar de realidad reconocible que permitiría traducir el resto a algo inteligible. Entre estos dos extremos existían infinidad de universos de inefable fascinación, consumado júbilo y absoluta iluminación. Todo lo que la humanidad conocía y podía comprender, hasta el último aspecto del universo que pudiera ser objeto de conocimiento, suposición y esperanza era como una tosca y baja cabaña de adobe comparado con el palacio vasto, resplandeciente y erguido hasta las nubes, la construcción de monumentalmente exquisitas proporciones y prodigiosas riquezas que era el reino de las metamáticas. En el seno de los infinitos elevados a la infinita potencia que proporcionaban las leyes metamáticas, las Mentes construían sus inmensas cúpulas del placer de un éxtasis rapsódico y filosófico.

Allí era donde vivían. Aquel era su hogar. Cuando no estaban gobernando naves, entrometiéndose en los asuntos de civilizaciones alienígenas o planeando el curso futuro de la propia Cultura, las Mentes existían en aquellas fantásticas realidades virtuales, recorriendo las infinitas geografías multidimensionales de sus desbocadas imaginaciones, a una distancia casi total del sencillo y limitado punto que era la realidad.

Las Mentes habían dado hace tiempo con un nombre apropiado para este lugar: lo llamaban el Irreal, pero en sus pensamientos era la Diversión Infinita. Así era como la conocían en realidad: la Tierra de la Diversión Infinita.

El nombre no hacía justicia a la experiencia ni de lejos.

... *La Servicio durmiente* paseaba metafísicamente entre las exuberantes creaciones de su espléndida disposición, una cáscara de consciencia en expansión en medio de un paisaje onírico de pasmosa extensión y complejidad, como un sol ingrávido construido por un joyero de infinita paciencia y destreza. *Ese es absolutamente el caso* –se decía–, *es absolutamente el caso...*

No había más que un problema relacionado con la Tierra de la Diversión Infinita y era que si uno se perdía en su completitud –como les ocurría en ocasiones a las Mentes, del mismo modo que los humanos se rendían completamente a un entorno de RV–, podía llegar a olvidar que existía una realidad base. En cierto modo, esto no importaba mientras quedara alguien allí de donde venía para hacerse cargo del hogar. El problema surgía cuando no quedaba nadie allí, o quien quedaba no tenía ganas de mantener el fuego encendido, llenar la despensa, limpiar la casa (o como quieras llamarlo) o cuando algo o alguien –algo o alguien del exterior, la clase de entidad que se clasificaba bajo el encabezamiento de Problema de Contexto Exterior– decidía que quería manipular el fuego, meter las manos en la despensa o entrometerse en el gobierno de la casa. Si pasabas todo el tiempo Divirtiéndote, sin regresar a la realidad, o sencillamente no sabías lo que debías hacer para protegerte cuando

regresaras, eras vulnerable. De hecho, probablemente estuvieras muerto o te hubieran esclavizado.

Lo de menos era que la realidad base fuera insignificante y gris y mezquina y exigente y estuviera casi vacía de significado comparada con la gloriosa majestad de la vida de múltiples tonalidades que habías estado disfrutando gracias a las metamáticas. Lo de menos era que la realidad base careciera de solidez estética, hedonista, metamática, intelectual y filosóficamente hablando. Si aquella era la única piedra angular sobre la que descansaban tus enaltecidos confort y placer y alguien te la quitaba de debajo de una patada, caerías, y tu ilimitado reino de placer caería contigo.

Era como uno de aquellos antiquísimos ordenadores eléctricos. Por muy rápido, infalible e incansable que fuera, por mucho trabajo que pudiera ahorrarte, por muchas cosas que fuera capaz de hacer o con las que pudiera asombrarte, si desconectabas el cable de la corriente o sencillamente apretabas el botón de Apagado, dejaba de ser otra cosa que un montón de materia. Sus programas se convertían en parámetros, instrucciones muertas y todas sus computaciones desaparecían tan deprisa como habían estado moviéndose hasta entonces.

Era también como la dependencia del cerebro básico de los humanos de su cuerpo humano básico. Por muy inteligente, perceptivo y capaz que fueras, por mucho que vivieras para las recompensas estéticas del intelecto y desdeñaras el mundo material y la ignominia de la carne, si tu corazón dejaba de funcionar...

Este era el Principio de Dependencia. Nunca debías olvidar dónde estaban tus botones de Apagado, aunque eso resultara agotador. Era el problema al que ponía fin la Sublimación, por supuesto, y era una de las razones (normalmente una de las menos importantes) por las que las civilizaciones escogían la Ancestralidad. Si tu curso te llevaba en esa dirección, la dependencia del universo material acababa por resultarte atávica, sucia, absurda e incluso embarazosa.

La Cultura no se había embarcado en aquel curso, al menos todavía no, pero como sociedad era perfectamente consciente tanto de las dificultades que derivaban de la permanencia en la realidad base como de los atractivos de lo Sublime. Entretanto se había decantado por un compromiso, y se entretenía en la torpeza macrocósmica y la mezquina y embrollada profanidad de la galaxia real al mismo tiempo que exploraba las posibilidades trascendentes del sagrado Irreal.

Una solitaria señal devolvió la atención entera de la gran nave a la realidad básica:

º º *Roca Final con lágrimas*

ª ª *Servicio durmiente*

Está hecho.

La nave pasó largo rato contemplando aquel mensaje de una sola palabra por lo que era, por sí mismo, y se maravilló ante la mezcolanza de emociones que le provocaba. Puso su recién construida flota de drones a trabajar en el medio exterior y volvió a verificar el programa de evacuación.

Entonces localizó a Amorphia –el avatar, confuso, estaba recorriendo los kilómetros de espacio de exposición que en el pasado habían servido como zonas de alojamiento– y le ordenó que volviera a visitar a la mujer Dajeil Gelian.

IV

Genar-Hofoen no estaba nada impresionado con el camarote que habían puesto a su disposición en el Crucero Pesado *Besa la hoja*. Para empezar, apestaba.

~ ¿Qué es esto? –preguntó torciendo el gesto–. ¿Metano?

~ *El metano es inodoro, Genar-Hofoen,* –dijo el traje–. *Creo que el olor que tan desagradable te resulta podría ser una mezcla de metano y metilamina.*

~ Sea lo que sea, es asqueroso.

~ *Estoy seguro de que los receptores de tus membranas mucosas dejarán de reaccionar a él dentro de poco.*

~ Eso espero, la verdad.

Estaba de pie en mitad de lo que iba a ser su dormitorio. Hacía frío. Era muy grande: un cuadrado de diez metros de lado –sitio de sobra– pero también muy frío. Podía ver el vaho de su aliento. Seguía llevando la mayor parte del traje de gelcampo pero se había quitado todo el cuello menos la parte del cogote y había dejado que la máscara cayera por su espalda para poder hacerse una idea más precisa de sus aposentos, formados por un vestíbulo, una sala de estar, una cocina-comedor de aspecto aterradoramente industrial, un cuarto de baño cuya apariencia mecánica no resultaba menos intimidante y aquella estancia que se suponía era el dormitorio. Estaba empezando a arrepentirse de hacer accedido. Las paredes, el suelo y el techo de la habitación eran de una especie de plástico blanco. Había en el suelo una notable protuberancia que formaba una especie de plataforma sobre la que descansaba una enorme cosa de color blanco, como una nube solidificada.

~ ¿Qué es –preguntó señalando la cama– eso?

~ *Creo que es tu cama.*

~ Ya me lo imagino. Pero, ¿qué es esa... cosa que hay sobre ella?

~ *¿Una colcha? ¿Un edredón? ¿Un cobertor?*

~ ¿Para qué quieren cubrirla? –preguntó, genuinamente confundido.

~ *Bueno, creo que es más bien para cubrirte a ti, mientras duermes* –dijo el traje con tono de incertidumbre.

El hombre dejó su cubre-todo sobre el lustroso suelo de plástico y se acercó a la cosa nubosa y blanca para probarla. Era bastante liviana. Parecía estar un poco húmeda, a menos que los sistemas táctiles del traje estuvieran mal calibrados. Se quitó la sección de una mano y tocó el extraño cobertor con la piel desnuda. Fría. Posiblemente húmeda.

~ ¿Módulo? –preguntó Genar-Hofoen–. Quería oír su opinión al respecto.

~ *No puedes hablar directamente con Scopell-Afranqui, ¿recuerdas?* –dijo el traje diplomáticamente.

~ Mierda –dijo Genar-Hofoen. Frotó el material del cobertor entre los dedos–. ¿A

ti te parece húmedo este material, traje?

~ *Un poco. ¿Quieres que le pida a la nave que te conecte con el módulo?*

~ ¿Eh? Oh, no, no te molestes. ¿Estamos ya en marcha?

~ *No.*

El hombre sacudió la cabeza.

~ Un olor apestoso –dijo.

Volvió a tocar la cosa que cubría la cama. Ahora deseaba haber insistido en que el módulo se alojara a bordo de la nave para poder vivir en su interior, pero los Afrentadores le habían dicho que eso no era posible. Las tres naves contaban con un espacio de almacenamiento muy limitado. El módulo había protestado y él había hecho algunos ruidos para apoyarlo, pero en el fondo le había hecho gracia la idea de que Scopell-Afranqui tuviera que quedarse allí mientras él se marchaba a los confines más remotos de la galaxia a cumplir con una importante misión. En aquel momento le había parecido una buena idea. Ahora no estaba tan seguro.

Hubo un gruñido distante y un temblor bajo sus pies. Luego siguió una sacudida que estuvo a punto de tirar al humano al suelo. Se tambaleó y tuvo que sentarse en la cama.

Esta emitió un sonido acuoso, como un chapoteo. Genar-Hofoen se la quedó mirando, horrorizado.

~ Ahora *sí que estamos en marcha* –dijo el traje.

V

Canturreando en voz baja, el hombre cuidaba la pequeña fogata que había encendido en el suelo de la cámara, debajo y entre las naves almacenadas que se levantaban en la negrura, como los troncos de los árboles de un bosque silencioso y petrificado. Gestra Ishmethit estaba inspeccionando las embarcaciones encomendadas a su cuidado en la oscuridad sepultada en el centro de Miseria.

Miseria era un enorme e irregular terrón de materia de doscientos kilómetros de anchura en su punto más estrecho y formado en un noventa y ocho por ciento de hierro. Era todo lo que quedaba de una catástrofe sucedida cuatro mil millones de años atrás, cuando el planeta de cuyo núcleo formaba parte por aquel entonces había chocado con otro cuerpo estelar de grandes dimensiones. Expulsado de su sistema solar por aquel cataclismo, había vagado entre las estrellas durante una cuarta parte de la vida del universo, sin ser capturado por ningún pozo gravitatorio pero afectado sutilmente por todos aquellos a los que se acercaba. Hacía un milenio, una UGC la había descubierto en el espacio profundo mientras seguía una trayectoria altamente excéntrica entre dos sistemas estelares. Había recibido el breve examen que su sencilla y homogénea composición merecía y a continuación la habían dejado seguir con sus vagabundeos, registrada, clasificada, intacta pero bautizada como Miseria.

Cuando, quinientos años más tarde, llegó el momento de desmantelar la colosal maquinaria de guerra que la Cultura había creado para destruir la de los iridíanos, de repente se le había encontrado un uso a Miseria.

La mayor parte de las naves de guerra de la Cultura habían sido desmovilizadas y desmanteladas. Algunas de ellas se habían conservado, desarmadas, para utilizarlas como transportes rápidos de cantidades pequeñas de materia –seres humanos, por ejemplo– en las raras ocasiones en las que la transmisión de información no bastaba para resolver un problema, y un número todavía menor se habían mantenido intactas y operativas. Doscientos años después del fin de la guerra, el número de naves completamente activas era en realidad menor que antes de que esta estallara (aunque, como no se cansaban de señalar los críticos de la Cultura, la Unidad General de Contacto media –declaradamente pacífica– era muy superior a la mayoría de las naves alienígenas con las que cabía esperar que topara a lo largo de su carrera).

Sin embargo la Cultura, que nunca se había caracterizado por ser una civilización amante del riesgo, y que se enorgullecía de la asiduidad con la que se anticipaba a riesgos posibles, no había destruido todas las naves restantes; unos pocos millares –que representaban menos de un uno por ciento del total original– se mantuvieron en reserva, completamente armadas, con la sola excepción del cargamento habitual de cabezas explosivas Desplazables (que de todas maneras era un sistema de armas secundario), que se fabricarían llegado el momento de la movilización. La mayoría de

aquellas apolilladas naves se guardaban en varios Orbitales de la Cultura, escogidos de tal modo que si alguna vez se presentaba una emergencia que requiriera de su intervención, ninguna zona de la gran galaxia estuviera a más de un mes de alguna de ellas.

Garantía contra amenazas y posibilidades que hasta ella misma tenía dificultades para especificar, algunas de las naves de reserva de la Cultura no estaban amarradas en Orbitales habitados, entre naves de crucero y VGS de visita, sino en los lugares más remotos y apartados que podían encontrarse entre los cavernosamente fríos y vacíos espacios de la gran galaxia; lugares silenciosos, secretos, ocultos; lugares apartados de las vías más transitadas, lugares cuya existencia, tal vez, nadie conociera.

Miseria había sido escogida como uno de ellos.

El Vehículo General de *Sistemas Invitado inesperado* y una flota entera de naves de guerra de apoyo habían sido enviados a la fría, oscura y vagabunda roca. La encontraron exactamente donde habían esperado, y entonces empezó el trabajo. Primero, se había excavado una serie de enormes salas en su interior. A continuación, el VGS había escogido un fragmento de la materia extraída de uno de aquellos hangares gigantes, lo había pesado y medido con toda pulcritud, lo había apuntado con milimétrica precisión y por fin lo había disparado contra Miseria, donde el impacto había creado un pequeño cráter en la superficie del mundo, exactamente como habría hecho un fragmento de basura interestelar.

La razón de todo esto era que Miseria no estaba girando con la suficiente rapidez ni se dirigía al punto exacto que convenía a los propósitos de la Cultura. La colisión, exquisitamente planificada, consiguió los dos objetivos de manera simultánea. De modo que Miseria empezó a girar un poco más deprisa para conseguir que cobrara mayor fuerza la gravedad artificial de su interior y su trayectoria se vio alterada una fracción para apartarla del sistema estelar con el que, de lo contrario, hubiera topado aproximadamente cinco mil quinientos años más tarde.

Se emplazaron varias unidades Desplazadoras gigantes en la superficie de Miseria y las naves de guerra fueron Desplazadas, de una en una, al interior de los espacios gigantes que el VGS había creado. Por último, se situaron sistemas sensoriales y armamentísticos de aterradora variedad en la superficie de Miseria y en sus entrañas, al tiempo que una nube de diminutos y oscuros artefactos de una potencia apocalíptica se situaban en órbita alrededor de la masa giratoria para escudriñar el espacio en busca de invitados indeseables y –en caso necesario– darles la bienvenida con la destrucción.

Concluida su tarea, la *Invitado inesperado* había partido, llevándose consigo la mayor parte del mineral del interior de Miseria. Dejó tras de sí un mundo que –salvo por aquel cráter nuevo de aspecto inocente– parecía intacto. Incluso su masa total era

casi la misma que antes, con una pequeña sustracción debida a la colisión que había sufrido. Los restos se dejaron vagar al dictado de las leyes de la gravedad. La mayoría se alejó girando por el espacio como una metralla perezosa, pero una pequeña parte –capturada por su minúsculo campo gravitatorio– siguió flotando en compañía de Miseria, y de este modo, casualmente, se convirtió en el escondite perfecto para la nube de centinelas de cuerpo negro.

Cerca del centro de Miseria, vigilándola, se encontraba su propia y silenciosa Mente, cuidadosamente diseñada para disfrutar de la vida tranquila y de extraer un orgullo contenido y pasivo del hecho de estar conteniendo y guardando celosamente una medida casi incalculable, latente y, con suerte, innecesaria, de poder militar.

A las Mentes especializadas de las naves se las había consultado, igual que a todas las demás, sobre su destino hacía quinientos años. Las que se Almacenaban en Miseria habían optado por permanecer dormidas hasta que pudieran necesitarlas y estaban preparadas para aceptar que su sueño podía ser muy prolongado y que probablemente solo terminara antes de una muerte en el campo de batalla. En lo que todas ellas habían estado de acuerdo era en que preferirían despertar solo como preludio a la Sublimación definitiva de la Cultura, cuando esta fuera la decisión de la sociedad (si es que tal cosa llegaba a ocurrir). Hasta entonces, dormirían en sus oscuras estancias, como dioses guerreros de una cólera pasada, en implícita custodia de la paz del presente y la seguridad del futuro.

Mientras llegaba su momento, la Mente de Miseria se ocupaba de ellas y dirigía su mirada al resonante silencio y la oscuridad moteada de soles que se extendía entre las estrellas, eternamente contenta e inefablemente satisfecha con la ausencia de cualquier cosa que pudiera considerarse interesante.

Miseria era pues un lugar muy seguro y a Gestra Ishmethit le gustaban los lugares seguros. Era un lugar muy solitario, y la soledad era algo que Gestra Ishmethit siempre había buscado. Era al mismo tiempo un lugar muy importante y un lugar que casi nadie conocía o a casi nadie le importaba (ni de hecho, probablemente, le importaría jamás) y eso complacía profundamente a Gestra Ishmethit porque era una criatura extraña y lo sabía.

Alto y afectado de la torpeza y la falta de garbo de un adolescente a pesar de sus doscientos años, Gestra tenía la impresión de haber sido un renegado toda su vida. Había probado la alteración física (había sido bastante guapo por algún tiempo), había probado a ser mujer (bastante bonita, según le habían dicho), había probado a mudarse del lugar en el que se había criado (se había trasladado a un Orbital muy diferente, situado a media galaxia de distancia pero tan agradable en todos los sentidos como su hogar), y había probado a vivir una existencia onírica (había sido un príncipe tritón en una nave llena de agua que luchaba contra una mente cibernética colectiva y, según el escenario, debía cortejar a la princesa de otro clan), pero en

ninguna de las cosas que había probado se había sentido más que torpe: ser bien parecido era peor que ser larguirucho y desmañado, porque tenía la impresión de que su propio cuerpo era una mentira. Ser mujer tenía el mismo inconveniente, y además era un poco embarazoso, algo así como estar ocupando el cuerpo de alguien tras haberlo invadido desde dentro. Su traslado no había conseguido otra cosa que forzarle a explicar a todo el mundo por qué se había marchado de su hogar. Tenía miedo de sumergirse en el mundo virtual tan completamente como su tritón en su acuoso reino y perder sus vínculos con la realidad, que además, en el mejor de los casos, siempre le habían parecido endebles, de modo que vivía su fantasía con la permanente sensación de que era un pez en pecera ajena, nadando en círculos entre las ruinas petrificadas de castillos hundidos. Al final, para su consternación, la princesa se había entregado a la mente colectiva cibernética.

El hecho desnudo era que no le gustaba hablar con la gente, no le gustaba mezclarse con ella y ni siquiera le gustaba pensar en ella en términos individuales. Sus mejores momentos los pasaba cuando se encontraba solo y lejos de los demás. Entonces podía sentir una nada desagradable nostalgia de su compañía colectiva, una nostalgia que se esfumaba por completo –reemplazada por un temor que le encogía el estómago– en el mismo instante en que se veía satisfecha.

Gestra Ishmethit era un sujeto extraño. A pesar de haber sido engendrado por la madre más normal y sana imaginable (y un padre igualmente normal), en la más normal de las familias y el más normal de los Orbitales y haber disfrutado de la más normal de las educaciones, un accidente de nacimiento o alguna insólita conjunción de disposición natural y educación lo habían convertido precisamente en la clase de persona que la cuidadosa manipulación genética de la Cultura jamás producía: un inadaptado genuino, algo aún más raro en el seno de aquella sociedad que un bebé físicamente deformado.

Pero, mientras que un miembro enano o un rostro desfigurado eran muy fáciles de reemplazar o rehacer, cuando la rareza estribaba en el interior, las cosas eran muy diferentes, hecho que Gestra había aceptado siempre con una ecuanimidad que, sospechaba a veces, la gente consideraba aún más rara que su casi patológica timidez original. ¿Por qué no se sometía sencillamente a un tratamiento?, le preguntaban sus parientes y conocidos. ¿Por qué no pedía que, aun dejándolo tan intacto como fuera posible, le quitaran, le extirparan aquella extraña aberración? Puede que no fuera sencillo, pero al menos sería indoloro. Probablemente podrían hacérselo mientras dormía. No recordaría nada y cuando despertara podría llevar una vida normal.

Despertó el interés de las IAs, drones, humanos y Mentes que estudiaban esta clase de cosas. No tardaron en estar haciendo cola para tratarlo: ¡Era un desafío! Sus –según el caso– amables, animosas, tentadoras, bruscas o sencillas maneras de abordarlo para solicitar una entrevista, aconsejarlo y explicarle los méritos de sus

diversos tratamientos acabaron por asustarlo de tal modo que dejó de responder a su terminal y, en la práctica, se convirtió en un ermitaño en la casa de verano de la finca de su familia, incapaz de explicar que, a pesar de todo –o de hecho, precisamente a causa de todos sus anteriores intentos por integrarse en el resto de la sociedad y de lo que le habían hecho aprender sobre sí mismo– quería ser quien era, no la persona en la que se convertiría si le quitaban el rasgo que lo diferenciaba de todos los demás, por muy perversa que su decisión se les antojara a ellos.

Al final, había hecho falta la intervención de la Mente Nuclear del Orbital en el que vivía para llegar a una solución. Un dron de Contacto había venido a verlo un día.

Siempre le había resultado más sencillo hablar con drones que con humanos, y aquel dron en particular había conseguido, de alguna manera, mostrarse serio y encantador al mismo tiempo y, tras la que probablemente fuera la conversación más larga que Gestra había mantenido en toda su vida, le había ofrecido diversos puestos en los que podría estar solo. Había elegido el que le ofrecía la posibilidad de estar más solo, el que le permitiría anhelar a sus anchas la única cosa que sabía que era incapaz de apreciar, el contacto humano.

Al final había terminado por ser una sinecura. Desde el principio le habían explicado que en realidad no tendría nada que *hacer* en Miseria; sencillamente, *estaría* allí: una presencia humana simbólica en medio de un ejército de armas dormidas, un testigo de la silenciosa custodia que la Mente hacía de sus máquinas. Gestra Ishmethit tampoco había puesto la menor objeción a la falta de responsabilidades. Ya llevaba un siglo y medio viviendo en Miseria y en todo ese tiempo no la había abandonado una sola vez, no había recibido una sola visita y no había sentido otra cosa que una completa satisfacción. Algunos días, hasta se sentía feliz.

En los enormes y oscuros espacios, las naves se disponían en filas y columnas de sesenta y cuatro unidades. Aquellas grandes estancias se mantenían a oscuras y en el vacío, pero Gestra había descubierto que si cogía algo de basura de sus habitaciones y lo mantenía caliente en un saco de gelcampo y luego lo ponía en el suelo helado de uno de los hangares y lo rociaba con oxígeno de un tanque presurizado, podía conseguir que ardiera. Una pequeña pero satisfactoria fogata, que despedía una cegadora luz blanca bajo el chorro de gas y producía una nube de humo y hollín que se dispersaba con rapidez. Había descubierto también que ajustando el chorro de oxígeno y dirigiéndolo por medio de una pipeta que él mismo había diseñado y construido, podía producir una llama furiosa, un brillo de un rojizo apagado o cualquier estado intermedio de conflagración.

Sabía que a la Mente no le gustaba que lo hiciera, pero a él le divertía y era casi la única cosa que podía hacer para enojarla. Además, la Mente había acabado por

reconocer de mala gana que la cantidad de calor producida era demasiado pequeña para atravesar los ochenta kilómetros de hierro que los separaban de la superficie de Miseria y que, en último caso, los productos de desecho provocados por la combustión serían recuperados y reciclados, así que Gestra se entregaba a su pequeño pasatiempo con la conciencia tranquila cada pocos meses.

La fogata de aquel día se alimentaba de unos viejos tapices de los que se había hartado, unos restos de verduras de comidas pasadas y pequeños trozos y astillas de madera. Los restos de madera eran los desechos de su afición, construir modelos de antiguas embarcaciones de vela a escala 1:20.

Había vaciado la piscina de sus aposentos y la había convertido en una plantación y una granja en miniatura utilizando parte de la biomasa que les habían dado a la Mente y a él. Allí crecían árboles diminutos que cortaba y de los que extraía pequeñas planchas, que a su vez utilizaba para producir los mástiles, palos, cubiertas y demás piezas de madera que requerían las naves. Otros bonsáis de su bosque le proporcionaban las fibras que tensaba y retorcía y anudaba, convirtiéndolos en las hebras con las que hacía las drizas y cabos. Otras plantas le permitían extraer fibras más finas que tejía en telares infinitesimales, construidos también por él mismo, para hacer las velas. Las partes de hierro y acero las hacía con material arañado en las paredes de hierro de la propia Miseria. Fundía el material en un horno en miniatura para librarse de las últimas trazas de impurezas y a continuación lo pulía en un pequeño molino accionado a mano y lo moldeaba utilizando cera y unos polvos parecidos al talco, o le daba forma curva con un torno microscópico. Otro horno fundía la arena –extraída de la playa que había formado parte de la piscina– para hacer obleas de cristal para portillas y tragaluces. Y otra parte de la biomasa del sistema de soporte vital se utilizaba para producir brea y aceites, con los que revestía el casco y engrasaba las pequeñas grúas, *derricks* y otras piezas de maquinaria. Su bien más preciado era el cobre, que se veía obligado a extraer de un telescopio que le había regalado su madre (con algún comentario irónico que había olvidado hacía mucho tiempo) cuando le anunciara su decisión de marcharse a Miseria (ahora su madre estaba Almacenada; una de sus tátaranietas se lo había comunicado por carta).

Había tardado diez años en fabricar las pequeñas máquinas para hacer los barcos y luego la construcción de cada barco le había ocupado otros veinte años de tiempo. Hasta el momento había construido seis veleros, cada uno de ellos un poco más grande y un poco mejor construido que el precedente. Estaba a punto de completar un séptimo, al que solo le faltaba terminar y coser las velas. La madera que estaba quemando eran sus últimos recortes y el serrín compactado.

La pequeña fogata ardía bien. Dejó que siguiera haciéndolo y miró a su alrededor. Su respiración sonó con fuerza en el interior de su traje mientras levantaba la cabeza e inspeccionaba el oscuro espacio. Las sesenta y cuatro naves almacenadas en aquella

estancia eran Unidades Rápidas de Ofensiva de clase Gángster: esbeltos cilindros segmentados de doscientos metros de longitud y cincuenta de diámetro. La pequeña claridad de la fogata se perdía entre los elevados chapiteles de las naves. Tuvo que presionar la superficie de control del antebrazo de su antiquísimo traje espacial para intensificar la imagen que le mostraba la pantalla del visor.

Las naves parecían tatuadas. Sus cascos estaban cubiertos por un abigarrado remolino de patrones entrelazados, una mezcolanza fractal de colores, diseños y texturas que los saturaban hasta el último milímetros cuadrado. Los había visto ya cientos de veces pero siempre conseguían fascinarlo.

En ocasiones había ascendido flotando hasta algunas de las naves y había tocado sus pieles e, incluso a través del grosor de los guantes del milenario traje había podido sentir la aspereza de la superficie, rugosa y encostrada. La había examinado con más detenimiento, y luego con más detenimiento aún, utilizando las luces del traje y el aumento de la pantalla visor para escudriñar el colorido despliegue que había ante sus ojos y se había descubierto extraviado en capas concéntricas de complejidad y diseño. Cuando había dejado de hacerlo, el traje estaba utilizando electrones para escudriñar la superficie e imponiendo colores falsos a las superficies mostradas y a pesar de ello la complejidad seguía manifestándose, aparentemente hasta el nivel atómico. Se había retirado entre capas y niveles de motivos, figuras, mándalas y frondas, sintiendo en la cabeza el hormigueo de la extravagante y borrosa complejidad de todo ello.

Gestra Ishmethit recordaba haber visto imágenes de las naves de guerra: adoptaban el color que querían en cada momento –normalmente un negro inmaculado o alguna tonalidad reflectante, cuando no se ocultaban cubriéndose con un holograma que mostraba lo que había detrás de ellas– pero no recordaba haber visto nunca aquellos diseños tan extraños. Había consultado los archivos de la Mente. Según parecía, al llegar allí las naves eran vehículos normales, de casco ordinario. Preguntó a la Mente por qué se habían decorado de aquel modo, escribiéndolo en la pantalla de su terminal, tal como hacía siempre que quería comunicarse:

<¿Por qué naves tatuadas parecen?>

La Mente había replicado:

<Piensa en ello como una especie de armadura, Gestra.>

Y eso fue todo lo que pudo sacarle.

Decidió que tendría que contentarse con seguir intrigado.

La pequeña fogata enviaba trémulas venas de tenue luz a las sombras que rodeaban las enigmáticas torres de las extravagantes naves. No oía más que su respiración. Se sentía maravillosamente solo. Ni siquiera la Mente podía hablarle mientras mantuviera apagado el comunicador del traje. Era la perfección; era una soledad total y completa, era la paz y la quietud, y un fuego en medio del vacío.

Volvió a bajar la mirada hacia los rescoldos.

Hubo un destello cerca del suelo, a un par de kilómetros de allí.

Su corazón pareció congelarse. El destello volvió a producirse. Fuera lo que fuese, estaba acercándose.

Encendió el comunicador de su traje con mano temblorosa.

Antes de que sus trémulos dedos pudieran teclear su pregunta para la Mente, se encendió la pantalla del visor:

<*Gestra, vamos a recibir visita. Regresa a tus habitaciones, por favor.*>

Se quedó mirando el texto con los ojos muy abiertos y el corazón latiendo con mucha fuerza en el pecho. Las brillantes letras permanecieron donde estaban y siguieron diciendo lo que decían; no iban a desaparecer. Las inspeccionó una por una, buscando errores, tratando desesperadamente de encontrarles algún otro sentido, pero siguieron repitiendo la misma frase, siguieron significando la misma cosa.

Visita –pensó–. *¿Visita? ¿Visita? ¿Visita?*

Sintió terror por vez primera en siglo y medio.

El dron que había brillado en la oscuridad, enviado por la Mente a buscarlo porque había desconectado el comunicador de su traje, tuvo que llevarlo a sus habitaciones de tanto como estaba temblando. También recogió la botella de oxígeno y la apagó.

Tras él, el fuego continuó brillando débilmente unos pocos segundos en la oscuridad y entonces, incluso aquella funesta claridad sucumbió al vacío gélido y se extinguió.

5. Besa la hoja

I

La nave Exploradora del Elenco Zetético *Tregua sin bajas,* de la Quinta Flota del Clan de los Observadores de Estrellas, describió un lento giro alrededor del límite exterior de la nube de cometas del sistema estelar Tremesia I/II. Sus haces buscadores tocaron fugazmente el máximo número de cuerpos oscuros y congelados, tratando de dar con su hermana perdida.

El sistema doble era relativamente pobre en lo relativo a cometas. Apenas tenía un centenar de billones. Sin embargo, muchos de ellos tenían órbitas que superaban ampliamente la eclíptica y eso provocaba que la búsqueda fuera tan complicada como lo habría sido con un número superior de cometas dispuestos en una nube más plana. Aun así, era imposible comprobarlos todos. Hubieran hecho falta diez mil naves para verificar exhaustivamente cada rastro captado por un sensor en la nube de cometas y asegurarse de que ninguno de ellos era una nave herida, y lo máximo que la *Tregua sin bajas* podía hacer era posar por un instante la mirada en los candidatos más prometedores.

Para llevar a cabo este mínimo examen en aquel único sistema necesitaría un día entero, y había otras noventa estrellas que ofrecían parecidas probabilidades de éxito, además de otros ochenta sistemas estelares un poco menos prometedores. Las otras seis naves de la Quinta Flota tenían programas parecidos y se les había encomendado la búsqueda en grupos similares de sistemas estelares.

Las naves del Elenco enviaban informes rutinarios de emplazamiento y estatus a un hábitat, una instalación o una nave coordinadora fiable cada dieciséis días estándar. *La paz trae plenitud,* como todas las demás naves del contingente, había enviado su señal a la embajada del Elenco en Grada sesenta y cuatro días después de salir del hábitat.

Había llegado el día octogésimo y solo siete naves habían informado. De inmediato, las demás habían dejado de alejarse, en el caso de que las trayectorias previstas las hubieran obligado a hacerlo. Siete días más tarde, al ver que seguía sin haber noticias y que nadie había oído nada todavía, las siete naves restantes de la Quinta Flota habían alterado sus rumbos para converger en la última posición conocida de la nave perdida y habían acelerado a toda velocidad. La primera de ellas había llegado a la zona en la que hubiera debido de estar *La paz trae plenitud* cinco días más tarde. La última llegó doce días después.

Habían asumido que la nave que estaban buscando no había viajado a tales velocidades después de haber enviado su última señal. No les quedó más remedio que asumir que había estado viajando a velocidad de crucero, o incluso flotando entre los sistemas cuya exploración se le había encomendado. Tuvieron que asumir también que se encontraba en un sistema estelar, una pequeña nebulosa o una nube gaseosa, y

que ni estaba tratando de ocultarse ni nadie estaba tratando de escondérsela deliberadamente.

Las estrellas eran más o menos fáciles de comprobar. A pesar de que era microscópica en comparación con una estrella media, una nave de medio millón de toneladas contenía varias toneladas de antimateria y una gran variedad de materiales muy exóticos que, de haber caído en una estrella, habrían provocado una llamarada diminuta pero fácilmente reconocible así como, en la mayoría de los casos, una mancha en la superficie estelar que habría durado al menos varios días. Con una sola órbita alrededor de la estrella podías saber si una nave desaparecida había sufrido un desastre así. Los planetas pequeños y sólidos tampoco suponían gran problema, a menos que la nave estuviera escondiéndose o siendo escondida, cosa que, por descontado, era perfectamente factible en tales situaciones y mucho más plausible que un desastre natural o un fallo técnico terminal. Los grandes planetas gaseosos suponían mayores dificultades. Los cinturones de asteroides, cuando los había, podían representar auténticos problemas y las nubes de cometas eran una pesadilla.

En la inmensa mayoría de los sistemas solares era muy fácil registrar los espacios que mediaban entre los sistemas interiores y las nubes de cometas en busca de cosas grandes y llamativas y no tenía sentido buscar las pequeñas o aquellas que estuvieran tratando de ocultarse. En el espacio interestelar ocurría más o menos lo mismo, solo que era mucho peor. A menos que estuvieran tratando de enviarte una señal, podías olvidarte de encontrar cualquier cosa que fuera más pequeña que un planeta.

La *Tregua sin bajas* y su tripulación, al igual que el resto de la Flota, el Clan y el Elenco, no se hacían ilusiones sobre las probabilidades de éxito que ofrecía su búsqueda. Lo estaban intentando porque había que intentar algo, porque siempre existía alguna probabilidad, por muy remota que fuera, de que su nave hermana estuviera en algún lugar donde pudieran encontrarla –orbitando un planeta o en una estable de 1/6 alrededor de la órbita de un planeta grande– y no podrían volver a mirarse al espejo si aceptaban la fría visión estadística de que las probabilidades de encontrar la nave intacta se acercaban a cero y luego descubrían que había estado allí, esperando a ser salvada pero perdida finalmente porque nadie se había molestado en tener esperanzas –y actuar– al margen de las probabilidades. No obstante, las estadísticas no invitaban al optimismo, pues indicaban que la misión se parecía tanto a un imposible que no representaba mucha diferencia con respecto a no hacer nada, y las búsquedas como aquella siempre tenían algo morboso, algo deprimente, como si en realidad fuesen una vigilia por los muertos, parte de una ceremonia funeraria, más que un intento práctico de buscar a los desaparecidos.

Pasaron los días; las naves, conscientes de que lo que quiera que le hubiese ocurrido a *La paz trae plenitud* podía ocurrirles también a ellas, se transmitían su

localización cada pocas horas.

Dieciséis días después de que la primera nave hubiera empezado a buscar y cientos de sistemas estelares investigados más tarde, la misión empezó a perder entusiasmo. Durante los días siguientes, cinco de las naves regresaron a otras zonas del Remolino Foliar Superior que habían estado explorando mientras las otras dos permanecían en la zona aproximada en la que hubiera debido de estar *La paz trae plenitud*, llevando a cabo más exploraciones de sistemas estelares en cumplimiento del programa de su misión, pero confiando en que su hermana desaparecida hiciera de repente acto de presencia, o al menos encontraran algún fragmento o alguna prueba, cualquier cosa que les permitiera averiguar qué había sido de ella.

El hecho de que la nave había desaparecido no se revelaría a nadie que no perteneciera a la flota antes de otros dieciséis días. El Clan de los Observadores de las Estrellas transmitiría la triste noticia al resto del Elenco otros ocho días después y la galaxia exterior sería informada, si es que el asunto le importaba, un mes más tarde. El Elenco se preocupaba de los suyos y, del mismo modo, se guardaba para sí la información referente a ellos.

La *Tregua sin bajas* se alejó del último sistema estelar que había estado investigando, sintiendo una especie de consternado alivio por haber dejado a popa la gigante roja. No era una de las dos naves que continuarían la búsqueda. Regresaba a la zona en la que se encontraba antes de que *La paz trae plenitud* hubiera desaparecido. Mantuvo todos los sensores activados mientras se alejaba del gigantesco sol, atravesando las órbitas de dos planetas pequeños y fríos y, tras ellos, los oscuros y gélidos cuerpos de los núcleos de los cometas. Su curso la llevaba directamente hacia la siguiente estrella. De camino, exploró también el espacio interestelar con sus sensores, todavía esperanzada, todavía un poco temerosa... pero no apareció nada. La solitaria y rojiza esfera de Esperi se alejó a popa, como un rescoldo enfriándose y convirtiéndose en cenizas en el frío de la noche.

Pocas horas más tarde, la nave había abandonado la zona del todo y se dirigía al interior de la galaxia, hacia las lejanas y anónimas estrellas que le habían correspondido.

II

[haz estrecho, M32, tra. @n4.28.860.0446]

oo

Creo que he descubierto algo. Te envío las trayectorias previstas para *la Brillo acerado* **y la** *Vivienda sin remodelar* **(DiaGlif adjunto). (Los movimientos de la** *No se inventó aquí* **solo pueden ser objeto de suposición). Fíjate que ambos se modifican con una diferencia de pocas horas, y sin razón aparente, hace diecinueve días. La** *UGC Destino susceptible de cambio* **,responsable de haber descubierto la Excesión, también realizó un brusco y acusado cambio de rumbo hace diecinueve días: un rumbo nuevo que la lleva casi directamente hacia la Excesión. Y luego tenemos el informe de la** *UGC Excusa razonable* **–a la que se encomendó la vigilancia de nuestro distante amigo, la UGC** *Zona gris–* **que asegura que la nave dejó su último punto de interés hace dos días y fue detectada por última vez en dirección al Remolino Foliar Inferior; posiblemente a Grada.**

aa

¿Ah, sí?

oo

No seas obtusa

aa

No estoy siendo obtusa.

Tú te estás comportando como una paranoica.

Muchos itinerarios se han visto alterados recientemente gracias a esa cosa.

Yo misma estoy pensando en buscar una excusa para desviarme hacia allí.

Y, tal como tú misma has señalado, la *Follacarne* **se dirige hacia el Remolino *Inferior*, no el Superior.**

oo

Existe la posibilidad de un encuentro en esa dirección. ¿Hace falta que te lo deletree? Y la cuestión sigue siendo la misma: esos son los únicos tres itinerarios que se modifican en el mismo punto.

aa

Se alteran en el transcurso de cinco horas. Yo no llamaría a eso un "punto". Y aunque fuera así, ¿qué pasa? ¿Y qué tiene de especial esa fecha, hace diecinueve o incluso diecinueve/dos días?

oo

[punto estrecho intermitente, M32]

¿No te preocupa la posibilidad de que haya una conspiración en marcha en el seno de un comité de Contacto/CE, al máximo nivel? Lo que estoy insinuando es que podrían tener información anterior; que nuestros colegas no nos han

transmitido algún detalle o dato. Eso es lo que tiene de especial la fecha; está más próxima que hace cincuenta y siete días, cuando ocurrió lo que quiera que ocurriese en las proximidades de la Excesión.

aa

Sí sí sí. Pero: ¿Y QUÉ? Mi querida nave: ¿Cuál de nosotras no ha participado alguna vez en una conspiración, una estratagema o un plan secreto, un ardid o diversión, algo de naturaleza laberíntica y complicada y relacionado con cuestiones de considerable importancia? ¡Eso es lo que hace que merezca la pena vivir! ¿De modo que a algunos de nuestros colegas del Grupo Nuclear les da en la nariz que hay algo interesante en la región? ¡Me alegro por ellos! ¿Acaso nunca te has encontrado con alguna pista, algún secreto, algún atibo de algún entretenimiento, diversión, broma o foco de contemplación que mereciera alguna actuación por tu parte y te has reprimido por haber sentido reservas relativas a las complicaciones potenciales, el deseo de no parecer presumido o un sencillo afán de privacidad?

En serio, no creo que exista ninguna conspiración y, aun en el caso de que existiera, sería inofensiva. Aparte de todo lo demás, hay una cuestión que, creo, todavía no me has aclarado: ¿para qué es esa conspiración? Si se trata meramente de un par de Mentes que se han enterado de que pasa algo raro en el Remolino Foliar Superior y están llevando a cabo una búsqueda allí, ¿merecen otra cosa que nuestra felicitación?

oo

¡Pero es que nunca había sucedido algo tan importante como esto! Probablemente este sea nuestro primero PCE y puede ser que no estemos preparados para el desafío que representa. ¡Maldición, me hace sentir avergonzada! ¡Estoy angustiada! Durante milenios nos hemos congratulado de nuestra sabiduría y madurez y nos hemos solazado en nuestra independencia frente a los impulsos más elementales y frente a la ignominia de pensamiento y acción que produce la desesperación nacida de la indigencia. Mi miedo –¡mi terror!– es que la independencia de las preocupaciones materiales nos haya cegado a nuestra auténtica naturaleza subyacente: que nos hayamos comportado bien porque nunca hemos tenido que elegir entre eso y otra cosa.

¡El altruismo nos ha sido impuesto!

Ahora, de improviso, nos encontramos con algo que no podemos manufacturar ni aislar, algo que nos es tan preciado como eran los metales preciosos, las gemas o las tierras de los demás para los monarcas de antaño, y puede que descubramos que estamos tan preparados para engañar y mentir y maquinar y planear como cualquier tirano sanguinario y que contemplemos la posibilidad de adoptar cualquier medida, por muy reprobable que pueda

parecer, para apoderarnos del el premio. Es como si hubiéramos sido niños hasta ahora, jugando con despreocupación, metidos en unos zapatos de adulto que nos venían demasiado grandes, asumiendo alegremente que cuando seamos mayores nos comportaremos como lo hemos hecho en la precipitada y despreocupada inocencia que nuestra vida ha sido hasta el momento.

aa

¡Pero, mi querido amigo, nada de eso ha *ocurrido* aún!

oo

¿Acaso tú no has realizado proyecciones? Seguí tu consejo de pasar más tiempo en proyectos metamáticos, modelando el curso de los acontecimientos posibles, tratando de adivinar la forma del futuro. Los resultados me preocupan. Lo que siento en mi interior me preocupa. Me pregunto hasta dónde no estaríamos dispuestos a llegar para alcanzar el premio que puede ofrecer esta excesión.

aa

Yo me refería a que deberías pasar más tiempo disfrutando, como bien sabes. Además: simulaciones, abstracciones, proyecciones no son más que eso; no son la realidad de lo que pretenden representar. Dirige tu atención al curso real de los acontecimientos. Tenemos un fenómeno fascinante ante nosotros y estamos tomando todas las precauciones razonables para enfrentamos a él, o prepararnos para hacerlo. Algunos de nuestros colegas muestran una laudable capacidad de iniciativa mientras que otros –nosotros– exhibimos una prudencia no menos encomiable que su ambición –y, en suma, complementaria a ella–. ¿Qué hemos de temer en este caso salvo los productos de una imaginación desbocada que pueden perfectamente ser el resultado de apartar la mirada más de lo debido de la escala de lo relevante?

oo

Supongo que tienes razón. Puede que sea cosa mía. Lo cierto es que veo señales preocupantes por todas partes. Me atrevo a decir que debo de ser yo. Todavía he de hacer algunas averiguaciones pero comprendo lo que quieres decir.

aa

Haz todas las averiguaciones que debas pero, francamente, creo que es ese constante deseo de investigar lo que te provoca tanto dolor. Cuando uno posee la capacidad de investigar un asunto de forma tan exhaustiva como nosotros... y con tanta capacidad de llevar a cabo referencias cruzadas como nosotros, cuanto más detenidamente examina cualquier cosa, **más coincidencias encuentra, por muy inocentes que sean.**

¿Qué sentido tiene mirar las cosas tan de cerca que uno pierde la visión de la

superficie iluminada por el sol?

Deja la lupa y levanta la copa, amigo mío.

¡Quítate la túnica de académico y ponte los pantalones de payaso!

oo

Te agradezco el consejo. Estoy más tranquilo, pensaré en lo que has dicho. Mantente en contacto. Adiós por ahora.

[haz estrecho intermitente, M32, tra. @n4.28.862.3465]

º º Excéntrica *Liquídalos más tarde*

ª ª VSL *Solo llamadas serias*

oo

Y yo creo que deberías informarlo. Ahora es casi seguro que sospecha que formas parte de la conspiración.

aa

¡Tengo una imagen que mantener! Y me atrevo a señalar que sigue en la ignorancia. Aún no estamos seguros de que exista otra conspiración que los típicos duelos de astucia y engaños que a veces entablamos. ¿De qué serviría extender formalmente el círculo de nuestras preocupaciones? Nuestro detective está comportándose como si fuera uno de nosotros a pesar de que no está al tanto de nuestro escepticismo. En este momento no tenemos nada que ganar haciéndolo subir a bordo. Si es sincero, se aplicará en nuestro objetivo y si es descubierto, la sombra de la culpa no se proyectará sobre nosotros. Si es una prueba, podría –podrían– decidir tentarnos con más información de genuino interés, sin el menor coste para nuestra virtud. ¿Estamos de acuerdo? ¿Te he convencido? En cualquier caso, ya basta; ¿tenemos un plan? ¿Cuál ha sido el resultado de tus investigaciones?

oo

Frustrantemente vago. Una búsqueda exhaustiva ha arrojado una posibilidad remota... pero sigue siendo una improbabilidad fundada sobre una incertidumbre.

aa

Cuéntame, por favor.

oo

Bueno... permite que te haga una pregunta. Según tú, *¿cuáles* han sido las consecuencias de la comunicación con nuestro mutuo amigo?

aa

Bueno, pues que se nos permite participar de su inimitable objetividad. ¿Qué si no?

oo

Eso forma parte del volumen general de mis preocupaciones. No diré nada más.

aa

¿Qué? No seas ridículo. Explícate.

oo

No. Ya sabes que lo que le has dicho a nuestra inconsciente camarada en la sospecha sobre no hacer públicas las líneas de investigación que podrían provocar desconcierto...

aa

¡Es injusto! ¡Después de todo lo que yo te he contado!

oo

Sí, incluida la excitante posibilidad de verme involucrada en el asunto, para empezar. Muchas gracias.

aa

¿Me echas *eso* en cara? Ya te he dicho que lo *siento.* Ojalá nunca te hubiera dicho nada.

oo

Sí, pero si *La impaciencia por la llegada de un nuevo amante* descubre quién transmitió la información que condujo a la búsqueda de *la Destino susceptible de cambio*...

aa

Lo sé, lo sé. Mira, estoy haciendo todo lo que puedo. He pedido que alguna nave comprensiva se desvíe a Miseria, por si acaso. Es allí donde *mis* predicciones sitúan posibles maniobras futuras.

oo

¡Carne! Si llegamos a eso...

III

La asustada bolalada rebotó en el centro de la pared de máxima puntuación y salió despedida directamente hacia Genar-Hofoen. Las diminutas alas recortadas de la criatura batieron desesperadamente la atmósfera, tratando de enderezarla y liberarla. Uno de los nudosos miembros tenía un desgarrón y puede que estuviera roto. Empezó a curvarse mientras se aproximaba al humano. Este preparó el bate y golpeó con todas sus fuerzas a la pequeña criatura, que salió despedida, dando vueltas y aullando. Su intención había sido lanzarla contra la pared de máxima puntuación pero el batazo había errado por poco, lo que había hecho que girara sin control y que se dirigiera contra la esquina que separaba la pared de máxima puntuación y el amortiguador del lado derecho. Mierda, pensó. La bolalada sacudió las alas en la atmósfera y se desvió más aún hacia la zona de falta.

Cinco Mareas se adelantó sin perder un instante y, con un repentino y elegante movimiento del bate –y un resonante «¡Ja!»– volvió a enviar la bolalada contra el centro de la pared de máxima puntuación. Rebotó ruidosamente contra la rodela y salió despedida como un pedazo de metralla que Genar-Hofoen sabía que le sería imposible interceptar. Trató de alcanzarla de todos modos, pero la criatura pasó a más de medio metro de su bate extendido. Cayó y rodó por el suelo mientras el traje de gelcampo se tensaba con fuerza a su alrededor para absorber el impacto. Se sentó en el suelo y miró a su alrededor. Tenía la respiración entrecortada y el corazón le latía en el pecho con la fuerza de un martillo. Jugar a aquello contra otro ser humano no hubiera sido ninguna broma en gravedad Afrentadora. Hacerlo contra un Afrentador, aunque tuviera la mitad de los tentáculos atados a la espalda, era todavía más complicado.

–¡No tiene caso! –bramó Cinco Mareas mientras se acercaba a la bolalada, que yacía inmóvil cerca del fondo de la pista. Al pasar junto a Genar-Hofoen, metió un tentáculo bajo su barbilla y la levantó. Es casi seguro que el gesto pretendía ser amigable pero hubiera partido un cuello humano sin protección. Genar-Hofoen se vio impulsado como un proyectil de catapulta hacia el techo de la pista, sacudiendo los brazos.

~ *¡Idiota!* –dijo el traje mientras Genar-Hofoen llegaba al cénit de su trayectoria. Este asumió que se refería a Cinco Mareas.

Un tentáculo se enroscó alrededor de su cintura con la rapidez de un latigazo.

–¡Ups! –dijo Cinco Mareas y lo bajó al suelo con sorprendente delicadeza–. Perdona por eso, Genar-Hofoen –gritó–. Ya sabes lo que dicen: "los chicos listos conocen sus propias fuerzas cuando se divierten", ¿eh? –Le dio al humano unas palmadas relativamente suaves en la cabeza y se acercó al cuerpo inmóvil de la bolalada. La empujó con el bate.

»Ya no las crían como antes –dijo y emitió un sonido que Genar-Hofoen tuvo que interpretar como un suspiro.

~ *Montón de mierda con tentáculos* –dijo el traje.

~ ¡Pero bueno, traje! –pensó, divertido.

~ *Vaya...*

El traje no estaba de buen humor. Últimamente estaban pasando mucho tiempo juntos. No confiaba en el sistema de contención que rodeaba los aposentos de Genar-Hofoen y había insistido en que el humano lo llevara puesto incluso mientras estuviera durmiendo. Genar-Hofoen había refunfuñado, pero no mucho. Había demasiados olores raros en sus aposentos como para que tuviera una fe completa en lo que los Afrentadores pudieran ofrecerle a un humano en términos de soporte vital. Lo máximo que el traje de gelcampo estaba dispuesto a hacer durante la noche era quitarle la sección facial para que pudiera dormir con la cara destapada. De este modo, aun en el caso de que el medio se colapsara inesperada y completamente, el traje podría protegerlo.

Cinco Mareas levantó la bolalada con el extremo del bate y la arrojó contra el muro transparente de la pista, donde se encontraban los asientos de los espectadores. A continuación golpeó el muro con fuerza, lo que despertó al joven que dormitaba al otro lado.

–¡Despierta, *pellejo* vago! –rugió–. ¡Otra bolalada, imbécil!

El adolescente Afrentador se levantó de un salto sobre las puntas de los tentáculos, sacudió violentamente los apéndices oculares de un lado a otro y a continuación introdujo un tentáculo en una pequeña jaula que había a su lado mientras con otro abría la puerta de la pista. Escogió una de las doce bolaladas que contenía la jaula y le entregó la temblorosa criatura al Afrentador adulto, quien la aceptó y a continuación se acercó con un movimiento brusco al adolescente y emitió un siseo que hizo que se encogiera. Se apresuró a cerrar la puerta.

–¡Ja! –gritó Cinco Mareas mientras se llevaba la maniatada y temblorosa criatura al pico delantero y le arrancaba el cable que la mantenía inmóvil–. ¿Otra partida, Genar-Hofoen? –Escupió el cable entero y le dio una palmadita a la bolalada en uno de los miembros mientras el animalillo flexionaba sus recortadas alas.

–¿Por qué no? –dijo Genar-Hofoen con tranquilidad. Estaba exhausto pero no pensaba permitir que Cinco Mareas lo supiera.

–Nueve a cero para mí, creo –dijo el Afrentador mientras levantaba la bolalada hasta la altura de sus ojos–. Lo sé. Hagámoslo más interesante. –Colocó a la criatura en la punta de su pico y sus apéndices oculares se inclinaron hacia delante y hacia abajo para inspeccionar lo que estaba haciendo. Hubo un delicado movimiento en las frondas bucales de Cinco Mareas y un diminuto chillido, acompañado por un pequeño reventón.

Cinco Mareas apartó la criatura de su pico y, aparentemente satisfecho, la inspeccionó.

–Bien –dijo–. Para variar, siempre es interesante jugar con una bola ciega. –Le arrojó la criatura, que no dejaba de estremecerse y gemir, a Genar-Hofoen–. Sacas tú, creo.

La Cultura tenía un problema con la Afrenta. La Afrenta también lo tenía con la Cultura, por cierto, pero en comparación era bastante insignificante. El problema de la Afrenta con la Cultura era que trataba de impedirle hacer todas las cosas que le gustaba hacer. El problema de la Cultura era que la Afrenta era como un picor que no podía rascarse. El problema de la Cultura con la Afrenta era que la Afrenta existía y que la Cultura no podía, en conciencia, hacer nada al respecto.

El problema derivaba de un accidente de la topografía galáctica y una combinación de mala suerte y mala planificación.

La región de límites mal definidos en la que habían surgido las diferentes especies que con el tiempo habían conformado la Cultura se encontraba en el otro extremo de la galaxia del planeta nativo de la Afrenta y los contactos entre ambas civilizaciones habían sido inusualmente escasos por una serie de razones muy banales. La Cultura tardó algún tiempo en conocer bien a la Afrenta, y para entonces –poco después de la prolongada distracción que supuso la Guerra Idirana– la Afrenta era una especie en proceso de rápido desarrollo y veloz maduración y, aparte de una nueva guerra, no había forma de cambiar fácilmente su naturaleza o su comportamiento.

Algunas Mentes de la Cultura habían argüido en aquel momento que una corta guerra contra la Afrenta era precisamente el curso de acción más conveniente, pero incluso ellas eran conscientes al presentar su argumento ante las demás de que era un caso perdido. A pesar de que la Cultura se encontraba en el cénit de una potencia militar que nunca hubiera esperado alcanzar al inicio de aquel prolongado y largo conflicto, predominaba a todos los niveles el convencimiento paralelo de que –cumplida la misión de frenar la implacable expansión de los iridíanos– nunca necesitaría ni querría volver a alcanzar semejante pináculo de excelencia marcial. Aunque las Mentes habían coincidido en que un solo golpe inesperado y aplastante beneficiaría a todos los implicados –incluida la Afrenta, y no solo a largo plazo sino muy pronto– las naves de guerra de la Cultura estaban en aquel momento siendo desmovilizadas, desactivadas, desmontadas, almacenadas y desmilitarizadas por decenas de miles, mientras sus trillones de ciudadanos se congratulaban por el trabajo bien hecho y regresaban con el deleite de los auténticos pacifistas que eran al disfrute desinhibido de todas las maravillas recreativas que la decididamente hedonista sociedad en la que vivían podía ofrecer.

Probablemente, jamás hubiera existido ocasión menos propicia para defender la

conveniencia de una guerra y la discusión no resistió a las circunstancias, pero el problema no desapareció.

Parte del problema estribaba en que la Afrenta tenía la perturbadora costumbre de tratar a todas las especies con las que se encontraba con total suspicacia o divertido desprecio, en función de si la civilización en cuestión andaba tecnológicamente por delante o por detrás de ella. Había existido una especie desarrollada –los Padressahl– en la misma zona de la galaxia, suficientemente parecida a la Afrenta en términos de trasfondo evolutivo y apariencia física como para que la tratara casi como amiga y que disfrutaba al mismo tiempo de un punto de vista moral lo bastante similar al de la Cultura como para ejercer como cicerone ante las demás especies locales, y hay que decir para su eterno crédito que los Padressahl llevaban tratando de influir en la Afrenta para convertirla en algo remotamente parecido a una civilización decente más siglos de los que recordaban o se atrevían a admitir.

Fueron los Padressahl quienes pusieron su nombre a la Afrenta. Originalmente, la Afrenta se llamaba a sí misma como su mundo natal, Issorile. Al bautizarla como la Afrenta –cosa que había ocurrido tras un incidente relacionado con una embajada comercial de los Padressahl en Issorile a la que sus habitantes habían tratado como si fuera parte del menú– habían tenido la decidida intención de insultarla pero resultó que los issorilianos creyeron que aquel nombre sonaba mucho mejor y se negaron a abandonarlo aun después de haber formado su relajada alianza con los Padressahl.

Sin embargo, más o menos un siglo después del fin de la Guerra Idirana, los Padressahl tuvieron lo que la Cultura consideró el feísimo detalle de sublimar inesperadamente a la Ancestralidad Avanzada en el peor momento posible, dejando sueltos a sus menos civilizados y más entusiastas vecinos junto a las ruedas de los miembros locales de la alargada y esforzada caravana de civilizaciones que (voluntariamente o no) marchaban en pos del progreso y que se conocía como la Cultura, libertad que aprovecharon para masacrar a varias de las especies vecinas menos desarrolladas con las que, por su propio bien, nadie se había puesto todavía en contacto.

La opinión sugerida por las Mentes más cínicas de la Cultura de que la decisión de los Padressahl de pulsar el botón del hiperespacio y marchar en busca de la divinidad sin importarles un ápice lo que les pasara a los demás había sido provocada parcial, si no fundamentalmente, por la frustración y la repulsa que les provocaba la espantosa naturaleza de la Afrenta no había sido nunca ni aceptada del todo ni convincentemente refutada.

En cualquier caso, al final, con un motón de apretones de manos y tentáculos, alguna donación de tecnología admirablemente administrada (a través de lo que el Regimiento de Inteligencia de la Afrenta pensaba todavía, jubilosa pero ingenuamente, que había sido un astuto robo por su parte), algún que otro cabezazo

(o cualquiera intercambio anatómico que se considerara apropiado) ocasional y un recurso generalizado al soborno de toda la vida (absolutamente poco elegante para una Mente de la Cultura –cuyos gustos se decantaban por formas más refinadas de latrocinio– pero de innegable eficacia) la Afrenta se había avenido finalmente –pataleando y chillando en ocasiones, es cierto– a unirse a la gran comunidad de meta-civilizaciones galácticas. Habían accedido a acatar sus leyes la mayoría del tiempo y, bien que de mala gana, habían admitido que otros seres aparte de sí mismos podían tener derechos, o al menos deseos tolerablemente excusables (como por ejemplo los concernientes a la vida, la libertad, la autodeterminación y cosas por el estilo) que en ocasiones podían colisionar con la, según ellos, perfectamente natural, manifiestamente justa e incluso discutiblemente sagrada prerrogativa de la Afrenta de ir adonde le viniera en gana y hacer lo que se le antojase, a ser posible divirtiéndose un poco a costa de los lugareños mientras lo hacían.

Todo esto, no obstante, representaba únicamente una solución parcial a la parte más acuciante del problema. Si la Afrenta no hubiera sido más que otra de esas especies expansionistas de aventureros crueles e inmaduros pero tecnológicamente avanzados y con malos modales, el problema que representaba para la Cultura habría quedado relegado a la categoría de lo más o menos ignorable. Habrían entrado a formar parte de la desordenada colección de especies obstinadamente resistentes que luchaban por expresarse en la vasta vaciedad que era la galaxia.

Sin embargo, el problema tenía raíces más profundas. Se remontaba más, era más intrínseco. El problema era que, incluso antes de salir de su pequeño y nublado planeta, la Afrenta había pasado incontables milenios experimentando y alterando cuidadosamente la flora y, en especial, la fauna de su medio. Había descubierto en un punto relativamente temprano de su desarrollo cómo cambiar el maquillaje genético tanto de su especie –que, casi por definición y dada su manifiesta superioridad, necesitaba pocas modificaciones– como el de las demás criaturas que compartían su mundo natal.

Consecuentemente, aquellas criaturas habían sido sometidas a todas las modificaciones que a la Afrenta le habían parecido convenientes, para su propia diversión y deleite. El resultado era lo que una de las Mentes de la Cultura había descrito como una especie de interminable y auto-perpetuado holocausto de agonía y terror.

La sociedad de la Afrenta se apoyaba sobre una enorme base de adolescentes explotados sin ningún miramiento y una subclase de hembras oprimidas que, a menos que hubiesen nacido en el seno de una de las familias *más* importantes –y a veces ni siquiera en estos casos–, podían considerarse afortunadas si solo eran violadas por miembros de su propia tribu. En general se consideraba muy significativo –en el seno de la Cultura, por lo menos– el hecho de que uno de los aspectos de su propia

condición genética que la Afrenta sí hubiera decidido modificar era el de convertir el acto sexual para sus hembras en una práctica mucho menos placentera *y* mucho más dolorosa de lo que su naturaleza genética básica requería. Para fomentar, al menos así se justificaba, lo que se consideraba el bien de la especie frente al impetuosamente egoísta placer del individuo.

Cuando un Afrentador salía a cazar los artificialmente engordados lanzárboles, segamembros, paralices o desolladores que eran las presas favoritas de su raza, lo hacía en una carroza voladora tirada por unos animales llamados velozalas, que vivían en un estado de perpetuo terror y cuyos sistemas nerviosos y receptores de feromonas habían sido laboriosamente modificados para que reaccionaran aumentando su nivel de terror y sus ganas de huir en la misma medida en que lo hicieran la excitación –y, por ende, los olores relevantes– de sus amos.

Los animales cazados experimentaban también un terror artificial, provocado por la mera apariencia de los Afrentadores, de modo que recurrían a maniobras aún más desesperadas en su frenético afán por escapar.

Cuando un Afrentador quería que le limpiaran la piel, recurría a un pequeño animal llamado xermana, cuya diligencia había recibido considerable impulso desde el momento en que se había dotado a las criaturas de una voracidad tan frenética por las células muertas de la piel de los Afrentadores que a menos que el agotamiento lo impidiera, se atracaban hasta reventar.

La Afrenta había llegado al punto de declarar que incluso sus animales domesticados estándar tenían un sabor mucho más interesante cuando mostraban señales de haber sufrido una gran agonía, de modo que los habían alterado para hacer que existieran en tan elevado grado de ansiedad –además de criarlos en condiciones orquestadas para intensificar este efecto– que inevitablemente producían lo que cualquier Afrentador digno de su metilacetileno hubiera coincidido en que era la carne de sabor más delicioso a este lado de un horizonte de sucesos.

Los ejemplos se multiplicaban; de hecho, al examinar su sociedad, era más o menos imposible no topar con el deliberado, e incluso artístico uso que de la manipulación genética hacía la Afrenta para producir, por medio de una especie de egoísmo en ebullición –que para ellos era imposible de distinguir de un genuino altruismo–, la clase de resultados que la mayoría de las sociedades requeriría paroxismos de miseria autodestructiva para generar.

Cordial pero horrible, así era la Afrenta. "¡Al progreso por el dolor!" era un dicho Afrentador. Genar-Hofoen lo había escuchado incluso en labios de Cinco Mareas. No podía recordarlo con exactitud, pero seguramente hubiera sido acompañado por un estruendoso "¡Jo, jo, jo!".

La Afrenta horrorizaba a la Cultura. Sus miembros le parecían totalmente incorregibles y tanto su actitud como su abominable moralidad parecían inasequibles

al remedio. La Cultura se había ofrecido a proporcionarles máquinas para encargarse de los trabajos que hacían los castrados juveniles pero la Afrenta se había limitado a reírse a carcajadas. Vaya, ellos ya podían construir fácilmente sus propias máquinas pero, ¿qué honor había en recibir el servicio de una mera *máquina?*

Del mismo modo, los intentos de la Cultura por convencer a la Afrenta de que existían otros métodos de controlar la fertilidad y la herencia familiar que los que se basaban en el encarcelamiento ritual, la mutilación genética y la violación organizada de sus hembras o de que se podía consumir carne criada en contenedores –aún mejor que la de verdad– o de proporcionarles versiones inconscientes de sus animales de caza se encontraban con negativas igualmente burlonas y afables.

A pesar de todo, a Genar-Hofoen le gustaban, e incluso había llegado a admirarlos por su vivacidad y entusiasmo. En realidad, nunca había suscrito la creencia generalizada en la Cultura de que toda forma de sufrimiento era intrínsecamente mala; él aceptaba que un cierto grado de explotación era intrínseco al desarrollo de una civilización y era partidario de la escuela de pensamiento que sostenía que la evolución, o al menos las presiones evolutivas, debían seguir existiendo en el seno de una especie civilizadas, en lugar de –como había hecho la Cultura– reemplazarla con una especie de inmovilidad– sicológica-con-lista-de-alternativas, elegida democráticamente y que entregaba el auténtico control de la sociedad a las máquinas.

No es que Genar-Hofoen odiase a la Cultura ni le desease nada especialmente malo en su forma actual. Le satisfacía profundamente haber nacido en ella y no en cualquiera de las sociedades humanoides en las que uno sufría, procreaba, moría y punto. Lo único que pasaba era que en la Cultura no se sentía siempre como en casa. Era una patria que quería abandonar, sabiendo que podría regresar siempre que le apeteciera. Quería experimentar la vida como un Afrentador y no solo en una simulación, por muy fidedigna que fuera. Además, quería ir a sitios que no hubiese visitado nadie de la Cultura y, vaya, explorar el universo.

Ninguna de estas ambiciones le parecía *tanto* pedir, pero hasta el momento no le habían sido concedidas. Creía haber detectado cierto movimiento en el asunto de la Afrenta antes de que ocurriese lo de la *Servicio durmiente,* pero ahora, si había que dar crédito a lo que le habían dicho, podía tener más o menos lo que quisiera, sin excepciones.

Esto le resultaba sospechoso. Circunstancias Especiales no era famosa por su disposición a endosar cheques en blanco. Se preguntó si estaría comportándose como un paranoico o sería solo que llevaba demasiado tiempo viviendo entre Afrentadores (ninguno de sus predecesores había durado allí más de cien días y él llevaba casi dos años).

En cualquier caso, no quería correr riesgos. Había hecho algunas preguntas. Todavía faltaban por recibir algunas respuestas –lo estarían esperando cuando llegara

a Grada– pero hasta el momento todo parecía en orden. También había pedido hablar con un representante de la VSM de clase Desierto *No se inventó aquí,* la nave que actuaba como coordinador de incidentes en el asunto –también esto ocurriría en Grada–, había consultado la historia de la nave en los archivos del módulo y la había transferido a la IA del traje.

Los de la clase Desierto habían sido los primeros Vehículos Generales de Sistemas construidos por la Cultura, y habían proporcionado el modelo original para el concepto de la Nave Rápida Autosuficiente Muy Grande. Una longitud de poco más de tres kilómetros podía considerarse diminuta según los estándares de la actualidad –en el interior de VGS del tamaño de la *Servicio durmiente* se construían rutinariamente naves enteras con un volumen ocho veces superior y la clase entera había sido degradada al estatus de Vehículos Medios de Sistemas– pero todavía contaba con la distinción de la antigüedad. La *No se inventó aquí* tenía casi dos mil años y podía presumir de una larga e interesante carrera que la había elevado tanto en la democrática y distribuida estructura de mando de la Cultura que había podido ejercer el control consultivo de varias flotas en el transcurso de la Guerra Idirana. Ahora estaba sumida en el equivalente a la serenamente gloriosa senectud que afectaba a algunas de las Mentes más antiguas: ya no producía naves más pequeñas, mantenía poco contacto con los asuntos normales de la Cultura y controlaba su población en un nivel relativamente bajo.

Pero seguía siendo, a pesar de ello, una nave de la Cultura. No se había tomado un periodo sabático, ni se había exiliado o convertido en Excéntrica, ni se había unido a la Cultura Ulterior –el nombre relativamente reciente dado a los fragmentos de la Cultura que se habían segregado y ya no eran miembros de pleno derecho–. Pero a pesar de ello, y a pesar del hecho de que la información que figuraba en el registro sobre ella era enorme (además de los hechos desnudos, contenía ciento tres biografías completas y diferentes sobre la nave, un material que hubiera tardado un par de años en leer), Genar-Hofoen no podía sacudirse del todo la sensación de que flotaba un cierto aire de misterio sobre ella.

También pensaba que las Mentes escribían voluminosas biografías de sus congéneres para ocultar las ocasionales pepitas de embarazosa verdad que pudieran existir sobre ellas entre montañas de basura.

La información que contenía el archivo incluía también algunas afirmaciones bastante increíbles realizadas por algunos de los periódicos de análisis y noticias más excéntricos y pequeños –algunos de ellos, medios formados por un solo individuo, según los cuales el VSM era miembro de una especie de aquelarre en la sombra que formaba parte de una conspiración de naves muy antiguas que daba un paso al frente para hacerse con el control cuando se presentaba alguna situación que pudiera amenazar la cómoda meta-hegemonía proto-militarista de la Cultura; situaciones que

demostraban más allá de toda duda que los mal llamados procesos democráticos normales de la práctica política eran un completo fraude inmovilista y que los humanos, al igual que sus parientes y también títeres en aquel teatro controlado por las Mentes, los drones, tenían aún menos poder del que creían en la Cultura–. Había un montón de material así. Genar-Hofoen leyó y leyó hasta que la cabeza empezó a darle vueltas y entonces se detuvo. Llegado un punto, si la conspiración era *tan* poderosa y sutil, no tenía demasiado sentido preocuparse por ella.

Lo mismo daba; indudablemente, el viejo VSM no tenía el control completo de la situación a la que se estaba dejando arrastrar, sino que era la punta del iceberg, el representante de una colección, si no un aquelarre, de otras Mentes interesadas y experimentadas que tenían algo que decir en la primera reacción al descubrimiento del artefacto cerca de Esperi.

Junto con la solicitud de una entrevista con un estado de personalidad de la *No se inventó aquí,* Genar-Hofoen había enviado mensajes a todas las naves, drones y personas con conexiones en Circunstancias Especiales a las que conocía, preguntándoles si lo que le habían contado era cierto. Algunos de ellos le habían contestado antes de que saliera del hábitat de God'shole y parecía que lo que les habían contado –que, hay que admitirlo, variaba según lo mucho o poco que el grupo de Mentes al que la *No se inventó aquí* estaba representando hubiera decidido revelarles– confirmaba la historia. La información que había recibido parecía genuina y el trato que le habían ofrecido parecía bueno. En cualquier caso, para cuando llegara a Grada y recibiera todas sus respuestas, serían tantas las personas y Mentes ajenas a Circunstancias Especiales que estarían al corriente de lo que le habían ofrecido, que sería imposible que CE se escabullera sin perder muchísimo crédito.

Seguía sospechando que había en el asunto mucho más de lo que le habían contado y no tenía la menor duda de que continuarían manipulándolo y utilizándolo, pero siempre que el precio que le pagaran fuera bueno, eso no le importaba demasiado, y al menos el trabajo parecía bastante sencillo.

Había tomado la precaución de verificar la historia que le había contado su tío sobre la desaparición de la estrella de un trillón de años y el artefacto que orbitaba a su alrededor. Y en efecto, allí estaba: una historia casi mitológica enterrada en el fondo de los archivos, uno de tantos cuentos extraños con una cantidad frustrantemente pequeña de evidencias como para sustentarse. Desde luego, nadie parecía capaz de explicar lo que había ocurrido en este caso. Y por supuesto, ya no quedaba con vida nadie a quien preguntarle. A excepción de la dama a la que iba a visitar.

La capitana de la nave *Niño problemático* había sido, en efecto, una mujer: Zreyn Tramow. Capitana Honoraria de Flota de Contacto Gart-Kapilesa Zreyn Enhoff Tramow Afayaf dam Nistak-Eest, para dar su Nombre Completo y su Título Oficial.

Los archivos contenían su fotografía. Parecía orgullosa y capacitada; una cara pálida y estrecha, con los ojos juntos, cabello rubio de un centímetro de longitud y labios finos pero sonrientes y con lo que parecía un brillo de inteligencia en aquellos ojos. Le gustaba su aspecto.

Se preguntó cómo sería haber pasado más de dos mil años Almacenada y despertar de repente sin cuerpo al que regresar y frente a un hombre desconocido que quería hablar contigo. Y robarte el alma.

Se había quedado mirando un rato la fotografía, tratando de asomarse detrás de aquellos claros y burlones ojos azules.

Jugaron otras dos partidas de bolalada. Cinco Mareas las ganó las dos. Al final, Genar-Hofoen estaba temblando de fatiga. Luego llegó la hora de refrescarse y dirigirse al salón de oficiales, donde aquella noche se ofrecía una cena de gala para celebrar el cumpleaños del comandante Bontambor VI. La juerga se alargó hasta bien entrada la noche. Cinco Mareas le enseñó al humano algunas canciones obscenas, Genar-Hofoen respondió con otras suyas, dos Capitanes de Escuadrón de la Fuerza Atmosférica se enfrentaron en un duelo medio serio con manguitos ralladores –mucha sangre, ningún miembro perdido, y el honor satisfecho– y Genar-Hofoen caminó por la cuerda floja sobre el foso de la mesa del comandante mientras debajo de él aullaban los rasgabuesos. El traje le juró que no le había ayudado, aunque él estaba seguro de que había impedido que cayera en un par de ocasiones. Sin embargo, no dijo nada.

A su alrededor, la *Besa la hoja* y sus dos escoltas recorrían a toda potencia los espacios interestelares, en dirección al hábitat de Grada.

IV

Ulver Seich despertó del mejor modo posible. Emergió con lánguida lentitud atravesando borrosas capas de lujuriosos sueños y recuerdos de dulzuras, sensualidades y puros deleites carnales... para descubrir que todo ello, fundiéndose de manera espléndida en la realidad, estaba ocurriendo en aquel preciso momento.

Jugueteó con la idea de fingir que seguía dormida, pero entonces el muchacho debió de tocar el punto exacto, porque no pudo evitar emitir un sonido y moverse y agarrotar el cuerpo, de modo que rodó sobre sí misma, le cogió la cara entre las manos y se la besó.

–Oh, no –gimió entre risas–. No pares. Esa sí que es una *buena* manera de decir buenos días.

–Es casi mediodía –susurró el joven. Se llamaba Otiel. Era alto y de tez oscura y poseía un fabuloso cabello rubio y una voz que podía ponerte la carne de gallina a cien metros o, mejor aún, a unos milímetros de distancia. Estudiante de metafísica. Nadador y alpinista por afición. El que había alborotado su corazón la pasada noche. Amante de las piernas. De largos y sensitivos dedos.

–Hmmm... ¿de veras? Bueno... ¿sabes una cosa?... puedes decirme eso mas tarde, pero entre tanto sigue... ¿QUÉ?

Se incorporó como impulsada por un resorte, con los ojos muy abiertos. Apartó de un manotazo la mano del joven y miró nerviosamente a su alrededor. Creía que estaba en su cama Romántica. Aunque, en realidad, era más bien una cámara: un hemisferio hecho de encaje de color carmesí, con techo de pabellón, lleno de cabeceros acolchados y almohadones de seda que se fundían en la única pared de la estancia, acolchada también, y que sobresalían aquí y allá formando cosillas diversas con formas como de proyecciones, estanterías y asientos. Tenía otras camas: estaba su cama infantil, llena todavía de juguetes, su cama de Dormir, acogedora y rodeada de plantas nocturnas; una enorme, colosalmente formal y terriblemente pasada de moda cama de Recepción, para cuando quería recibir a sus amigos, y una cama de aceite, que era básicamente una esfera de cuatro metros llena de aceites calientes. Tenías que ponerte unos pequeños apósitos nasales para entrar y te Desplazaban el aire al interior del cuerpo. No era del gusto de todo el mundo, por desgracia, pero sí *muy* erótica.

Su randa neural ya había despertado con la descarga de adrenalina. Le informó de que faltaba media hora para el mediodía. Mierda. Creía recordar que había puesto una alarma para que la despertara una hora antes. Al menos aquella había sido su intención. Debía de habérsele olvidado por culpa de la diversión; re-priorización hormonal. Bueno, el mal ya estaba hecho.

–¿Qué...? –dijo Otiel, sonriendo. La estaba mirando de una forma extraña, como

si se creyera que aquello formaba parte de algún juego. Un centelleo en los ojos. Alargó los brazos hacia ella.

Maldición, la gravedad seguía activada. Ordenó a los controles de la cama que cambiaran a un décimo de G.

–¡Lo siento! –dijo, y le lanzó un beso mientras la gravedad aparente descendía en un noventa por ciento. De repente, el relleno de la cama tuvo mucho menos peso que soportar. El efecto fue un empujoncito muy suave en sus traseros que bastó para lanzarlos hacia arriba con lentitud. El muchacho puso cara de sorpresa; fue una expresión tan dulce, infantil e inocente que Ulver estuvo a punto de quedarse.

Pero no lo hizo; bajó de la cama de un salto, moviendo las piernas en el aire y alzando los brazos por encima de su cabeza para pasar volando entre los encajes sueltos del techo de tela de la cámara y salir al dormitorio, pasó sobre la plataforma acolchada que rodeaba la cama y volvió a caer suavemente en los brazos de su gravedad estándar. Bajó corriendo los escalones curvos del suelo del dormitorio y estuvo a punto de chocar contra el dron Churt Lyne.

–¡Ya lo sé! –gritó sacudiendo una mano hacia él.

El dron se apartó de su camino y, acto seguido, giró con suavidad y la siguió por el suelo del dormitorio hacia el cuarto de baño, con el campo de un azul formal pero teñido de rosado humor.

Ulver echó a correr. Siempre le habían gustado las habitaciones grandes. Su dormitorio tenía veinte medros cuadrados y cinco de altura. Una de las paredes era una ventana entera. Daba a un ondulado paisaje de campos y colinas boscosas salpicado de torres y zigurats. Era el Espacio Interior Uno, el cilindro central y más largo en el grupo de tubos de cinco kilómetros de diámetro que formaban la principal zona habitada de la Roca.

–¿Puedo hacer algo? –preguntó el dron mientras Ulver entraba corriendo en el baño. Tras él, hubo un grito y luego una serie de imprecaciones, proferidas por el muchacho al intentar salir de la cámara nocturna y topar con el cambio de gravedad. El dron se volvió un instante hacia el ruido y entonces la voz de Ulver le llegó flotando entre el ruido de los fluidos a presión:

–Bueno, podrías *echarlo*... pero con amabilidad, por favor.

–*¿Qué?* –chilló Ulver–. ¿Haces que me deshaga de mi encantador chico nuevo después de una noche, me obligas a cancelar *todas* mis citas en un *mes y* ni siquiera dejas que me lleve unas pocas mascotas? ¿Ni un par de *amigos?*

–Ulver, ¿podemos hablar a solas? –dijo Churt Lyne con calma mientras rotaba y señalaba una habitación situada tras un pasillo que salía de la galería principal.

–¡No, no *podemos!* –gritó la chica, y arrojó al suelo la capa que llevaba–. Lo que tengas que decir, puedes decirlo perfectamente delante de mis amigos.

Se encontraban en la galería exterior de Iphetra, una alargada zona de recepción jalonada de ventanales y pinturas viejas. Daba a los jardines formales y, más allá de estos, al Espacio Interior Uno. Un par de vagones de metro esperaban tras las puertas, situadas en la pared de los cuadros. Les había dicho a todos que se reunirían allí. Hacía ya una hora que había pasado el mediodía, pero había ciertas cosas en el cuarto de baño que no podían acelerarse, sencillamente, y –tal como le había dicho a un Churt Lyne embargado por una breve pero encantadoramente incandescente furia al salir de su baño de leche– si de verdad era tan importante para aquellos planes tan secretos, Circunstancias Especiales no tendría más remedio que esperarla. Como concesión a la urgencia de la situación, se había dejado la cara sin maquillar, se había recogido el pelo en un sencillo moño y se había vestido con una combinación de pantalones sueltos y chaqueta, de colores clásicos. Ni siquiera en elegir las joyas había tardado más de cinco minutos.

Reinaba un cierto ajetreo en la galería. Su madre, alta, despeinada y ataviada con una chilaba, estaba allí, así como tres primos, siete tíos y tías, casi una docena de amigos –íntimos todos ellos, y un poco ojerosos tras la fiesta de Graduación– y un par de drones domésticos esclavos que trataban de controlar a los animales; una jauría de espetyldos leonados que miraban a todo el mundo y husmeaban y babeaban de excitación y sus tres alseínos, encapuchados pero inquietos a pesar de ello, que no dejaban de sacudir las alas y emitir su penetrante y melancólico grito. Otro dron esperaba tras una ventana cercana con Bravo, su montura favorita, que, ya ensillada, pateaba el suelo mientras los tres drones que para ella eran el número mínimo con el que se podía sobrevivir se encargaban de los baúles de su equipaje, que todavía estaban bajando del ascensor de la casa. Una bandeja con su desayuno flotaba a su lado. Acababa de empezar a comer un trozo de chisle cuando el dron le dijo que haría el viaje sola.

Churt Lyne no replicó con palabras. En su lugar lo hizo –cosa que era toda una novedad– a través de su randa neural:

~ Ulver, por misericordia, esto es una misión secreta para Circunstancias Especiales, no una cita con tus amigas.

–¡Y no me andes con secretitos! –siseó con los dientes apretados–. ¡Joder, eres tan *maleducado!*

–Muy cierto, querida –murmuró su madre con un bostezo.

Un par de amigas suyas se rieron con desgana.

Churt Lyne se le acercó hasta casi tocarla y lo siguiente que supo fue que había una especie de cilindro gris alrededor de la máquina y ella. Se extendía desde el suelo de madera al techo de piedra tallada y con su casi metro y medio de diámetro contenía a Churt Lyne, a la bandeja del desayuno y a ella misma sin demasiada holgura. Se quedó mirando al dron con los ojos y la boca muy abiertos. ¡Nunca había

hecho nada parecido! Su campo de aura había desaparecido. Ni siquiera había tenido la decencia de hacer el campo cuadrado y ponerle espejos en las paredes. De ese modo, al menos podría haber visto qué aspecto tenía.

–Lo siento, Ulver –dijo la máquina. Su voz sonaba desafinada dentro del estrecho cilindro. Ulver cerró la boca y tocó el campo en el que el dron los había encerrado. Su tacto recordaba al de las piedras calientes–. Ulver –volvió a decir el dron mientras le cogía una mano en su campo manipulador–. Discúlpame. Tendría que habértelo dicho antes. Simplemente asumí... Bueno, da igual. Se supone que yo debo acompañarte a Grada, pero nadie más. Tus amigos tendrán que quedarse aquí.

–¡Pero Peis y yo siempre hemos ido juntas al espacio profundo! Y Klatsli es mi nueva protegida. Le prometí que podría estar cerca de mí. ¡No puedo abandonarla sin más! ¿Tienes idea de lo que eso podría significar para su desarrollo? ¿Para su vida social? La gente podría pensar que la he echado. Además, tiene un hermano mayor absolutamente *exquisito.* Si no...

–No puedes llevártelas –dijo el dron en voz alta–. La invitación no las incluye.

–Ya te oí ayer, ¿sabes? –dijo Ulver, sacudiendo la cabeza e inclinándose hacia el dron–. "Guarda el secreto". No les he dicho adónde vamos.

–Esa no es la cuestión. Cuando te dije que no se lo contaras a nadie me refería a que no le contaras a nadie que te ibas, no solo que no contaras adónde te ibas *exactamente.*

Ulver echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada.

–¡Churt, vamos a ser serios! Mi diario es un documento público, ¿no te habías dado cuenta? Hay al menos tres canales dedicados a mí... Todos están dirigidos por jóvenes desesperados, lo admito, pero da igual. No puedo cambiarme el color de *ojos* sin que se entere toda la gente de la Roca interesada en la moda en menos de una hora. ¡No puedo desaparecer así, sin más! ¿Es que te has vuelto *loco?*

–Y tampoco creo que puedan venir los animales –dijo Churt Lyne con voz calmada, ignorando la pregunta–. Desde luego la protira no puede venir. No hay sitio en la nave.

–¿Que no hay *sitio?* –bramó–. ¿Pero qué *tamaño* tiene? ¿Estás seguro de que no es *peligrosa?*

–Las naves de guerra no tienen establos, Ulver.

–¡Es una *antigua* nave de guerra! –exclamó sacudiendo los brazos–. ¡Au! –Se chupó los nudillos que acababan de chocar contra el campo cilíndrico.

–Lo siento. Pero es así.

–¿Y qué hay de mi ropa?

–Puedes llevarte un camarote entero lleno de ropa si quieres, aunque no sé para qué te la vas a poner.

–¿Y qué pasa cuando llegue a Grada? –gritó–. ¿Y qué pasa con el tío al que se

supone que me tengo que tirar? No esperaréis que ande por ahí *desnuda.*

–Llévate dos camarotes llenos. Tres. La ropa no es problema y puedes comprar más cuando llegues allí... No, espera, sé lo que tardas tú en escoger ropa nueva. Llévate lo que necesites y ya está. Cuatro camarotes.

–¡Pero mis amigos...!

–Una cosa, voy a enseñarte el lugar en el que trabajarás, ¿de acuerdo?

–Oh, de acuerdo –dijo ella, sacudiendo la cabeza y suspirando pesadamente.

El dron envió imágenes del interior de la antigua nave de guerra al cerebro de Ulver a través de su randa neural.

Ulver se quedó pasmada. Cuando las imágenes dejaron de pasar, tenía los ojos muy abiertos. Se quedó mirando al dron.

–¡Qué habitaciones! –exclamó–. ¡Esos camarotes son pequeñísimos!

–Cierto. ¿Sigues queriendo llevar a tus amigos?

Lo pensó un segundo.

–¡Sí! –gritó, dando un puñetazo en la pequeña bandeja que flotaba junto a ella. La bandeja se balanceó, tratando de compensarse para no verter el zumo de frutas–. ¡Será muy acogedor!

–¿Y si os enfadáis?

Esto la desconcertó un momento. Se dio unos golpecitos en el labio mientras contemplaba el espacio con el ceño fruncido. Se encogió de hombros.

–Puedo ignorar a alguien en el mismo vagón de metro que yo, Churt. Puedo hacerlo aunque estemos en la misma *cama.* –Se inclinó de nuevo hacia la máquina y miró las paredes grises del campo cilíndrico que la rodeaba–. Puedo ignorar a alguien en un sitio *así* de pequeño –dijo con tono resuelto y las manos en las caderas. Echó la cabeza atrás, entornó la mirada y bajó la voz–. Podría negarme a ir, ¿sabes?

–Podrías –dijo la máquina con un pronunciado suspiro–. Pero nunca ingresarías en Contacto y CE se vería obligado a buscar un doble, una entidad sintética, para suplantar a esa mujer en Grada. Y si las autoridades lo descubrieran, no les gustaría nada.

Miró directamente a la máquina un momento. Suspiró y sacudió la cabeza.

–Cabrón –masculló mientras cogía el vaso de zumo de frutas y, al darse cuenta de que se había vertido un poco de contenido, lo miraba con asco–. Odio esta mierda de los adultos. Volvió a dejar el vaso de zumo en la bandeja y se pasó la lengua por los labios–. Está bien. ¡Vamos, vamos!

Las despedidas se prolongaron. El tono de Churt Lyne se volvió más y más negro a medida que crecía su frustración, hasta que pareció convertirse en una especie de esfera negra. Entonces desactivó del todo el campo de aura y salió por la ventana más cercana. Una vez fuera, se dedicó a volar de un lado a otro a toda velocidad. Un par

de detonaciones sónicas casi provocan que las monturas se encabritaran.

Sin embargo, finalmente llegó el momento en que Ulver se hubo despedido de todos y, tras decidirse a dejar todos sus animales y dos baúles de ropa tras de sí –y serena en medio de la algarabía reinante y de las lágrimas de Klatsli– entró en el metro acompañada por un Churt Lyne que había adoptado un tono azul escarchado y partió a los Muelles Delanteros donde un hangar de grandes dimensiones y muy bien iluminado, la antigua Unidad Rápida de Ofensiva de clase Psicópata *Franco intercambio de puntos de vista,* la estaba esperando.

Se echó a reír.

–Si parece –bufó– un vibrador.

–Muy apropiado –dijo Churt Lyne–. Cuando está armada, puede follarse sistemas solares enteros.

Recordaba una vez en que, de niña, había estado en un puente que cruzaba un barranco de los Espacios Interiores. Tenía una piedra en la mano y su madre la levantó hasta el parapeto del puente para que pudiera asomarse sobre el borde y tirar la piedra al agua. Había levantado la piedra –tenía el mismo tamaño que su pequeño puño– a la altura de sus ojos y había cerrado uno de ellos, de modo que la oscura piedra había tapado todo lo que podía ver. Entonces la había soltado.

Churt Lyne y ella se encontraban en el minúsculo hangar, rodeados por sus maletas, bolsas y baúles, y por un montón de equipamiento militar, sencillo pero de aspecto amenazante. La piedra había caído hacia las aguas oscuras de una manera que se parecía mucho a la que tenía ahora la Roca Phage de alejarse en silencio de la vieja nave de guerra.

Esta vez, por supuesto, no hubo ningún chapoteo.

Una vez que Phage hubo desaparecido del todo, Ulver cerró la vista que el randa neutral había importado a su cerebro y se volvió hacia el dron, con una idea en la cabeza que se le habría ocurrido el día anterior –o eso esperaba– de haber estado sobria y tranquila.

–¿Cuándo enviaron esta nave a Phage, Churt, y desde dónde?

–¿Por qué no se lo preguntas tú misma? –dijo, volviéndose y señalando un pequeño dron que se acercaba sobrevolando el equipaje.

~ ¿Churt? –pensó a través del randa neural.

~ ¿Sí?

~ Maldición. Confiaba en que el representante de la nave fuera un joven guapísimo. Pero más bien se parece a un...

Churt Lyne la interrumpió.

~ Ulver, ¿eres consciente de que la propia nave hace de intermediaria en estas comunicaciones?

~ Oh, vaya –pensó, y sintió que se ponía colorada mientras el pequeño dron se aproximaba. Lo recibió con una gran sonrisa.

–No pretendía ofender –dijo.

–No lo ha hecho –dijo la maquinita, deteniéndose delante de ella. Poseía una voz aflautada pero razonablemente melodiosa.

–Para que quede constancia –dijo, sin dejar de sonreír y sin dejar de ruborizarse–, estaba pensando que parece usted un joyero.

–Podría haber sido peor –dijo Churt Lyne–. Deberías oír lo que me llama a mí a veces.

La parte delantera del pequeño dron se inclinó hacia el suelo en una especie de reverencia.

–No pasa nada, señorita Seich –dijo–. Encantado de conocerla. Permita que le dé la bienvenida a bordo del Punzón Muy Rápido *Franco intercambio de puntos de vista*.

–Gracias –respondió ella y se inclinó a su vez–. Ahora mismo le estaba preguntando a mi amigo de dónde habían venido y cuándo los enviaron.

–No vengo de otro sitio que Phage –le dijo la nave.

Ulver sintió que se le abrían mucho los ojos.

–¿De veras?

–De veras –dijo la máquina lacónicamente–. Y las respuestas a sus próximas tres preguntas son, sospecho: porque estaba muy bien escondida, cosa que es sumamente sencillo en un conglomerado de masa del tamaño de Phage; durante quinientos años; y hay otras quince como yo allí. Confío en que esto haya contribuido a tranquilizarla más que a asombrarla y que podamos contar con su discreción en el futuro.

–Oh, caramba, pues claro –dijo, asintiendo, y le faltó poco para entrechocar los talones y saludar.

V

Últimamente, Dajeil había pasado mucho más tiempo con los animales. Nadaba con los grandes peces y los mamíferos y reptiles marinos, se ponía un traje volador y sobrevolaba el mar a gran altura con las amplias alas extendidas y en compañía de las criaturas flotantes, en las calmadas corrientes de aire y entre las capas de nubes, y se ponía un traje de gelcampo completo, con una unidad AG secundaria, y se abría camino entre los gases venenosos, las nubes ácidas y las tormentas de la alta atmósfera, rodeada por la toxicidad y la feroz belleza de su ecosistema.

Hasta había pasado algún tiempo paseando por los parques de las zonas superiores de la nave, las reservas naturales que la *Servicio durmiente* había poseído incluso cuando era un VGS modoso y serio y un miembro diligente de la sección de Contacto. Los parques –paisajes completos, con sus colinas, sus bosques, sus llanuras, sus ríos y sistemas lacustres, e incluso los restos de pequeñas aldeas y hoteles– cubrían las superficies planas de la gran nave y en su conjunto se extendían a lo largo de ochocientos kilómetros cuadrados. Con la marcha de los seres humanos, habían quedado grandes poblaciones de animales terrestres en los parques de la nave, incluidos herbívoros, depredadores y carroñeros.

Nunca les había prestado demasiada atención –siempre le habían interesando más los grandes y flotantes animales de los medios fluidos– pero ahora que presumiblemente se enfrentaban al mismo exilio o a la misma inconsciencia que los demás, había empezado a sentir un tardío, casi culpable interés por ellos (como si, pensó con tristeza, su atención otorgara algún sentido especial al comportamiento que estaba presenciando o significara algo para las criaturas implicadas).

Amorphia no le hizo su acostumbrada visita. Pasó otro par de días.

Cuando el avatar volvió a presentarse, ella había estado nadando con las rayas triangulares de alas púrpura en los bajíos del mar que se extendía más allá del desnudo acantilado de tres kilómetros que era la parte trasera de la nave. Al regresar había cogido el volador que la nave ponía habitualmente a su disposición, pero le había pedido que la dejara en lo alto del cono de desmoronamiento que había tras el acantilado que miraba a la torre.

Era un día brillante y frío y el aire traía un aroma intenso. En aquella parte de la nave estaba aproximándose el invierno. Todos los árboles, salvo unos pocos siempreazules, se habían despojado de sus hojas, y las nieves no tardarían en llegar.

El aire era muy claro y desde lo alto del cono se veían las islas del Borde, treinta kilómetros más allá, próximas al lugar en el que el campo de contención interior de la nave descendía abruptamente como un muro en mitad del mar.

Había descendido con lentitud por la ladera entre el traqueteo de piedras que caían como alborotados riachuelos secos de polvo y guijarros. Hacía tiempo que

había aprendido a utilizar en su beneficio su alterado centro de gravedad para aventuras como aquella y nunca había sufrido una caída de importancia. Llegó al fondo con el corazón alborotado, los músculos calientes por el esfuerzo y la piel brillante de sudor. Caminó a paso vivo por la marisma salina, recorriendo los caminos que la nave había abierto para ella.

La línea solar estaba poniéndose cuando regresó a la torre, sin aliento y sudando todavía. Se dio una ducha, y cuando estaba sentándose junto al fuego de leños que la torre había encendido para que se le secara el pelo de forma natural, el ave negra, Gravious, golpeó una vez la ventana y desapareció.

Se arrebujó en la bata mientras la figura alta y negra de Amorphia subía las escaleras y entraba en la habitación.

–Amorphia –dijo mientras se recogía el pelo todavía húmedo en la capucha de la bata–. Hola. ¿Puedo ofrecerte algo?

–No. No, gracias –dijo el avatar recorriendo con una mirada nerviosa la sala circular.

Dajeil señaló una silla mientras ella misma tomaba asiento en un sillón junto al fuego.

–Siéntate. –Dobló las piernas y se sentó sobre ellas–. ¿Y qué te trae aquí hoy?

–Yo... –empezó a decir el avatar, y se tiró del labio con los dedos–. Vaya, parece –volvió a empezar y entonces vaciló una vez más. Aspiró hondo–. La hora –dijo y se detuvo, con aire confuso.

–¿La hora? –dijo Genar-Hofoen.

–Ha... llegado –dijo Amorphia con expresión avergonzada.

–¿Para los cambios de los que hablabas?

–Sí –dijo el avatar, con tono de alivio–. Sí. Para los cambios. Tienen que empezar. De hecho, ya han empezado. Lo primero es reunir los animales y realizar el... –Volvió a parecer confuso y frunció el ceño–. El... el de-paisajismo. –Tragó saliva. En su prisa por decirlas, las siguientes palabras se le trabucaron en la lengua–. La un-geometri... la un-geomorfologización. ¡La... la pristinización! –dijo, casi con un grito.

Dajeil sonrió, tratando de no demostrar el pánico que sentía.

–Ya veo –dijo con lentitud–. Así que, por fin va a ocurrir.

–Sí –dijo Amorphia, respirando pesadamente–. Sí, así es.

–¿Y tendré que abandonar la nave?

–Sí. Tendrás que abandonar la nave. Lo... lo siento. –De repente, el avatar parecía embargado por el pesar.

–¿Dónde tendré que ir?

–¿Dónde? –Confuso.

–¿Dónde vais a parar, o dónde me vais a llevar? ¿A otra nave, a un hábitat, a un O o un planeta, a una roca? ¿Qué?

–Yo... –el avatar volvió a fruncir el ceño–. La nave no lo sabe todavía –dijo–. Las cosas están organizándose.

Dajeil miró a Amorphia un momento, mientras acariciaba de forma ausente su vientre hinchado por encima de la bata.

–¿Qué está pasando, Amorphia? –preguntó, haciendo un esfuerzo para mantener la voz en calma–. ¿Por qué está ocurriendo todo esto?

–No puedo... no hay necesidad... no hay necesidad de que lo sepas –dijo el avatar con titubeos. Parecía exasperado. Sacudió la cabeza como si estuviera enfadado y su mirada se levantó y recorrió la habitación, como si estuviera buscando algo.

Finalmente, volvió a posarse sobre ella.

»Tal vez pueda contarte más, en el futuro, si accedes a permanecer a bordo... hasta que llegue un momento en que solo pueda evacuarte en otra nave.

Dajeil sonrió.

–No parece muy difícil. ¿Significa eso que puedo quedarme más tiempo aquí?

–Aquí no. La torre y todo lo demás habrán desaparecido; significará vivir dentro. Dentro del VGS.

Dajeil se encogió de hombros.

–Está bien. Supongo que puedo soportarlo. ¿Cuándo ocurrirá todo eso?

–Dentro de un día o dos –dijo Amorphia. Entonces puso cara de preocupación y se inclinó hacia delante–. Existe... existe la... existe la posibilidad de que... Podrías correr un leve riesgo si permaneces a bordo hasta entonces. La nave hará todo lo que pueda para minimizarlo, por supuesto, pero la posibilidad existe. Y podría ser... –Amorphia sacudió la cabeza bruscamente–. Me... a la nave le gustaría que permanecieras a bordo, si es posible, hasta entonces; podría ser... importante. Bien. –Por su expresión, pareció como si el avatar se hubiera sobresaltado a sí mismo. Dajeil recordó de repente una ocasión en que un niño muy pequeño se había tirado un pedo en sus brazos. La expresión parpadeante de completa sorpresa que se dibujó en su rostro no era muy diferente de la que había aparecido ahora en la cara de Amorphia. Tuvo que contener el impulso de echarse a reír pero de todas maneras el impulso desapareció por sí solo cuando, como impelido por el pensamiento, el niño se agitó en su interior. Se llevó una mano al vientre–. Sí –dijo Amorphia, asintiendo vigorosamente–. Sería *estupendo* que te quedaras a bordo... podría hacer mucho bien.

Se quedó allí sentado, mirándola fijamente, jadeando como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

–Entonces será mejor que me quede, ¿no? –dijo Dajeil, procurando mantener la voz controlada y en calma.

–Sí –dijo el avatar–. Sí; sería muy de agradecer. Gracias. –Se levantó de repente, como impulsado por un resorte interior. El movimiento sobresaltó a Dajeil; estuvo a punto de dar un respingo–. Ahora tengo que irme –dijo Amorphia.

Dajeil bajó las piernas y se levantó también, aunque más despacio.

–Muy bien –dijo, mientras el avatar se encaminaba a la escalera que discurría por la pared de la torre–. Confío en que me cuentes más en un futuro.

–Por supuesto –musitó el avatar y a continuación se volvió, hizo una reverencia rápida y desapareció entre en las escaleras un ruido de pasos apresurados.

Momentos después se oyó un portazo.

Dajeil Gelian subió hasta el parapeto de la torre. Una brisa se prendió de la capucha de su bata y liberó su pesado y aún mojado cabello. La línea solar se había puesto, inundando el firmamento de reflejos de color dorado y rubí y convirtiendo el horizonte de estribor en una frontera teñida de un violeta borroso. El viento cobró mayor fuerza. Era frío.

Amorphia no regresaba andando aquella noche. Tras atravesar la estrecha vereda que recorría el jardín cercado de la torre y salir por la puerta orientada a tierra firme, se levantó en el aire sin la ayuda de mochila AG ni traje volador algunos, al menos que ella pudiera ver, se alejó volando como una mancha oscura y pequeña y desapareció unos segundos más tarde sobre el extremo del acantilado.

Dajeil levantó la mirada. Había lágrimas en sus ojos y eso la contrariaba. Sorbió por la nariz, furiosa, y se secó las mejillas. Tras unos pocos parpadeos, la visión del cielo volvió a ser clara.

En efecto, había empezado.

Una bandada de las criaturas dirigibles estaba descendiendo en dirección a los acantilados desde las nubes moteadas de rojo que había sobre ella. Al mirar con más detenimiento, avistó a los drones que las dirigían. Sin duda, en aquel mismo momento, la escena estaría repitiéndose tanto bajo la superficie del mar, detrás de la torre, como en las alturas, en la región de furiosa temperatura y aplastantes presiones que imitaba el medio de un gigante gaseoso.

Las criaturas dirigibles titubearon en los cielos. Frente a ellas, un área entera del acantilado, de casi un kilómetro de anchura y medio de altura, se plegó sobre sí misma, como si tal cosa, en cuatro secciones perfectas que desaparecieron en el interior de cuatro salas enormes y luminosas. Las criaturas, más tranquilas, fueron dirigidas hacia una de las aberturas. Por todas partes otras secciones del acantilado estaban haciendo trucos parecidos. Los espacios revelados de este modo estaban llenos de luz. Toda la ladera de grisáceos derrubios –de más de veinte kilómetros de longitud y cien metros de profundidad y de altura– estaba plegándose y convirtiéndose en ocho gigantescas V. Varios miles de millones de roca real serían almacenados en compartimientos reforzados para ser sometidos sin duda a los procesos de transformación previstos para el mar y la atmósfera gaseosa.

Un temblor titánico sacudió el suelo y estremeció la torre entera, y saltaron enormes nubes de polvo al aire gélido mientras la roca desaparecía. Dajeil sacudió la

cabeza –y su cabello húmedo le azotó los empapados hombros de la bata– y a continuación se dirigió a la puerta que conducía al interior de la torre, con el propósito de buscar refugio allí antes de que llegaran las nubes de polvo.

El ave negra, Gravious, se posó en su hombro. Se la sacudió de encima y el ave aterrizó sobre el borde de la trampilla abierta, batiendo furiosamente las alas.

–¡Mi árbol! –chillo dando saltos de una pierna a otra–. ¡Mi árbol! Se lo han... yo... mi... ¡Ya no está!

–Es una lástima –dijo Dajeil. El estruendo de una nueva avalancha de rocas partió los cielos–. Quédate donde me lleven a mí –le dijo al pájaro–. Si te dejan. Y ahora quita de en medio.

–¡Pero mi comida para el invierno...! ¡Ha desaparecido!

–El *invierno* ha desaparecido, estúpido pajarraco –le dijo. El ave negra dejó de moverse y se quedó allí posada, con la cabeza ladeada e inclinada hacia delante, mirándola fijamente con el ojo derecho, como si estuviera tratando de captar algún eco de lo que había dicho que bastara para explicar el significado de sus palabras–. Oh, no te preocupes –le dijo–. Estoy segura de que encontrarán un buen sitio para ti. –La espantó con las manos y el ave se alejó batiendo ruidosamente las alas.

Un último terremoto de sonido recorrió la torre de arriba abajo. Dajeil Gelian se volvió hacia las grisáceas nubes iluminadas por el crepúsculo y vio que brillaban a su través las luces de los compartimientos de carga que había detrás, como señalando el fin de la farsa de naturaleza y la reaparición del tejido de la forma auténtica de la nave.

El Vehículo General de Sistemas *Servicio durmiente.* Había dejado de ser su galante protector y una gigantesca reserva de caza... Parecía que, finalmente, la gran nave había encontrado algo en lo que merecía la pena implicarse, algo que estaba más acorde con la magnitud de su poder. Le deseó suerte, aunque no sin temor.

El mar parecido a la piedra –pensó. Se volvió y descendió a la calidez de la torre, mientras daba unas palmaditas a la hinchazón de su bebé, sumido en un sueño sin sueños–. *Un invierno muy severo, sí. Más severo de lo que ninguno de nosotros esperaba.*

VI

Leffid Ispanteli trataba desesperadamente de recordar el nombre de la chica con la que estaba. ¿Geltri? ¿Usper? ¿Stemli?

–¡Oh, sí, sí, jjjjodeerrrr! ¡Dioses, *sí!* Más, más; ahora, ¡sí! ¡Ahí! ¡Ahí! ¡Eso es, oohh...!

¿Soli? ¿Getrin? Ayscoe?

–¡Oh, joder! ¡Ahí! ¡Más! ¡Más fuerte! Sí... Sí... ¡Ahora!... *¡Aah!*

¿Selas? ¿Serayer? (Maldición, qué poco caballeroso por su parte.)

–¡Oh, dulce providencia, sí! ¡Oh, JODER!

No era de extrañar que no pudiera acordarse de su nombre. La chica estaba organizando tamaño escándalo que lo raro era que pudiese pensar. No obstante, él siempre había sido de la opinión de que los tíos no debían quejarse por cosas así. Siempre era agradable que lo apreciaran a uno. Aunque fuera el yate el que estuviera haciendo la mayor parte del trabajo.

El diminuto yate de alquiler siguió estremeciéndose y brincando debajo de ellos, describiendo espirales y curvas por el espacio, a pocos cientos de kilómetros del enorme mundo estepario llamado Grada.

Leffid ya había utilizado pequeños yates como aquel en el pasado. Tú programabas un rumbo movidito en sus ordenadores y ellos se encargaban de hacer la mayor parte del trabajo de balanceo y bombeo, al tiempo que mantenían la suficiente gravedad aparente para que pudieras sujetarte sin tener que experimentar una terrible sensación de *peso.* Si incluías intervalos de encendido y apagado del motor, conseguías momentos de deliciosa caída libre, y poco a poco la nave iba alejándose del gran mundo, de tal modo que la vista por las portillas ganaba gradualmente en majestad conforme el cónico hábitat, girando lentamente y resplandeciendo bajo la luz de la estrella del sistema, iba apareciendo a la vista. En su conjunto, una forma estupenda de practicar el sexo, en serio, siempre que uno contara con una pareja apropiada y bien dispuesta.

–¡Au! ¡Au! ¡*Auuuuiaui!* ¡Más fuerte! ¡Empuja, empuja, empuja! ¡Sí!

La chica le sujetaba y dirigía sus caderas, le acariciaba la emplumada cabellera y utilizaba la otra mano para tocarle la parte inferior del vientre. Sus enormes ojos oscuros resplandecían, una miríada de luces diminutas que echaban chispas en algún lugar de su interior, formando vértices palpitantes de color e intensidad que variaban deliciosamente con la intensidad de su placer.

–¡Vamos! ¡Sí! ¡Vamos! ¡Más! ¡Más! ¡Aaaarrrrhhh!

Maldición; ¿*Cómo* se llamaba?

¿Geldri? ¿Shokas? ¿Esiel?

Misericordia; ¿y si ni siquiera era un nombre de la Cultura? Antes había estado

seguro de ello, pero ahora empezaba a pensar que tal vez no lo fuera. Eso lo hacía todo más difícil. Más excusable, es posible, pero desde luego más difícil.

Se habían conocido en la fiesta que el embajador homomdano había dado para celebrar el inicio del sexagésimo cuadragésimo quinto Festival de Grada. Como el tema de aquel año era el Primitivismo, Leffid había decidido hacerse extraer el randa neural durante el mes que duraría el Festival para contribuir de alguna manera a las celebraciones. Había escogido el randa neural porque a pesar de que no requería alteraciones físicas y él seguiría pareciendo el mismo a los ojos de todos los demás, sabría que se *sentía* diferente.

Y así es como había sido. Resultaba extrañamente liberador tener que preguntar para obtener información y no saber con toda exactitud qué hora era ni en qué punto del hábitat se encontraba. Pero también significaba que se veía obligado a recurrir a su propia memoria para cosas como los nombres de la gente. ¡Y qué imperfecta era la mente humana cuando no recibía asistencia! (Lo había olvidado.)

Había considerado también la posibilidad de hacer que le extirparan las alas, al menos en parte, para *demostrar* que participaba del espíritu del Festival, pero al final se había quedado con ellas. Probablemente diera lo mismo. Aquella chica había organizado una buena con lo de las alas. Era casi tan alta como él, perfectamente proporcionada, ¡y tenía cuatro brazos! Y una copa en cada mano. Su tipo de hembra, había decidido al instante, mientras ella miraba con aire de admiración sus plegadas alas de color nieve. Llevaba una especie de traje de gelcampo. Básicamente azul oscuro, pero cubierto por un dibujo que parecía una fibra de oro que lo envolvía por completo y con salpicaduras de diamantes que emitían un suave resplandor rojizo como contraste. Su máscara, con bigotes de gato, estaba hecha de porcelana tachonada de rubíes y terminada con iridiscentes plumas de badra. Su perfume era asombroso.

Le ofreció una copa y se quitó la máscara para exponer a la luz unos ojos del tamaño de sendas bocas abiertas; ojos que, bajo la luz lustrosa del domo de vibrante decoración, le habían parecido suave y oscuramente carentes de rasgos, pero entonces había mirado con más detenimiento y había visto los minúsculos atisbos de luz que brillaban en su curvada superficie. El traje de gelcampo la cubría por completo, a excepción de aquellos ojos profundamente alterados y de un agujerillo de la parte trasera de la cabeza, por donde brotaba una trenza de cabello entre castaño y rojizo de un brillo asombroso. Recogida con un alambre de oro, le llegaba hasta la altura de las caderas y una vez allí volvía a introducirse en el traje.

Le había dicho su nombre de pila. Los labios de gelcampo se habían abierto para mostrar unos dientes blancos y una lengua rosa.

–Leffid –había respondido él, mientras hacía una profunda reverencia sin apartar los ojos de su rostro en la medida de lo posible. La chica había levantado la mirada

hacia sus alas, que en aquel momento estaban levantándose y extendiéndose hacia ella por encima de la sencilla túnica negra que llevaba. Se había dado cuenta de que se le entrecortaba la respiración. El brillo de sus ojos había empezado a despedir chispas.

Ajá, había pensado.

Para la ocasión, el embajador homomdano había convertido la cuenca de extravagante decoración y del tamaño de un estadio que era su residencia en una feria antigua. Habían caminado entre las tiendas, escenarios y paseos, ella y él, hablando de tonterías, haciendo comentarios sobre la gente con la que se cruzaban, celebrando la refrescante ausencia de drones en la fiesta, discutiendo los méritos de tiovivos, caballitos, pirulís, quitletrampas, deslicicletas, aerogolpes, trompipargos y laticuerpos, y quejándose de lo absurdas que eran las competiciones de muecas entre especies diferentes.

Ella estaba de crucero con un grupo de amigos, en una nave semi-Excéntrica que permanecería allí hasta que terminase el Festival. Una de sus tías tenía algunos contactos en Contacto y le había conseguido una invitación a la fiesta del embajador. Sus amigos estaban muy celosos. Leffid supuso que estaría todavía en la adolescencia, aunque se movía con la gracia desenvuelta de una persona de más edad y su conversación era más inteligente e incluso desvergonzada de lo esperado. Estaba acostumbrado a tener que desconectar el intelecto cuando hablaba con adolescentes, pero en este caso había tenido dificultades para seguir las alusiones y los dobles sentidos de aquella chica. ¿Es que las jovencitas estaban volviéndose más inteligentes? ¡Puede que él estuviera haciéndose viejo! Daba igual; era evidente que le gustaban las alas. Le pidió permiso para acariciarlas.

Le contó que él era residente de Grada, Cultura o ex-Cultura, según los gustos de cada uno. No era algo que le preocupase demasiado, aunque suponía que si se veía obligado a elegir, sentía mayor lealtad hacia Grada, donde había vivido veinte años de su vida, que hacia la Cultura, donde había vivido el resto. Esto es, en la Tendencia LoOlvidé, no en la Cultura propiamente dicha, que desde el punto de vista de la Tendencia era demasiado seria y no estaba ni de lejos tan consagrada a la búsqueda del placer como hubiera sido deseable. Había llegado allí como parte de una misión cultural de la Tendencia, pero cuando el resto de sus miembros habían regresado a su Orbital natal, él había decidido quedarse. (Había estado a punto de decirle: «Bueno, en realidad estaba en el equivalente a Circunstancias Especiales en la Tendencia, era una especie de espía, y conozco montones de códigos secretos y cosas de ésas...», pero probablemente esa no fuera la clase de artimañas que funcionaría con una chica sofisticada como aquella.)

Oh, era mucho mayor que ella. A sus ciento cuarenta años, estaba ya bien entrado en la madurez. Vaya, era muy amable de su parte decir eso. Sí, las alas funcionaban,

en cualquier gravedad inferior al 50% de la estándar. Las tenía desde los treinta años. Vivía en un piso aéreo con una gravedad del 30%. Allí arriba había árboles-telaraña *enormes*. Algunas personas vivían en las cáscaras vacías de los frutos, aunque él prefería una especie de liviana vivienda-cosa hecha de películas de seda de chaltressor tejidas sobre finobones de alta presión. Oh, sí, por supuesto que podía ir a verla.

¿Conocía Grada? ¿Que había llegado ayer? ¡Justo para el Festival! Estaría encantado de ser su guía. ¿Que por qué no ahora? Por qué no. Podían alquilar un yate. Pero primero irían a ofrecerle sus disculpas al embajador. Por supuesto, el embajador y ella eran viejos amigos. Cosa de su tía. Ya llamarían desde la nave; ¿llevar a los demás? Oh, ¿solo una pequeña cámara dron? Sí, las leyes de Grada a veces podían ser una lata, ¿verdad?

–¡Sí! ¡Sí! ¡Sííííííí!

Este era él. Ella había lanzando un último y ensordecedor chillido y se había quedado inmóvil, con una sonrisa inmensa en su cara de gelcampo (todavía la llevaba puesta; aunque con otro agujero, por necesidad). Era hora de llevar el asunto a su clímax...

No era la primera vez que utilizaba el yate. Oyó sus palabras y las interpretó como una señal para desactivar los motores y flotar en la ingravidez. Le encantaba la tecnología.

El randa neural hubiera administrado mejor la secuencia de su orgasmo, controlando el flujo de secreciones de sus glándulas para que se ajustaran y potenciaran mejor los procesos sicológicos extendidos que estaban teniendo lugar, pero a pesar de todo fue Cojonudo. No duró tanto como el de ella, pero hubiera jurado que se prolongaba más de un minuto.

Flotó, unido todavía a ella, observando la sonrisa de su cara y las diminutas y tenues luces de sus enormes ojos oscuros. Sus fabulosos pechos subían y bajaban. Sus cuatro brazos se movían como si los estuviera meciendo el oleaje. Después de un momento, la chica se llevó una mano a la nuca. Se quitó la máscara de gelcampo y la dejó flotando.

Los profundos ojos oscuros eran los mismos; el resto de la cara estaba ruborizado y era muy hermoso. Le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

Sin la máscara de gelcampo, una gotita de sudor se formó en su frente y en su labio superior. Delicadamente, le abanicó el rostro con las alas, batiéndolas con suavidad por detrás de sus hombros. Los enormes ojos lo observaron un momento y entonces la chica echó la cabeza atrás, se estiró y suspiró. Un par de cojines de color rosa pasaron flotando, toparon con los brazos flotantes de la chica y salieron despedidos con lentitud.

La alarma del límite de altitud del yate empezó a sonar. No se le permitía alejarse

demasiado de Grada. Le había ordenado que regresara cuando alcanzara el límite. Encendió los motores y los dos, unidos en una deliciosa maraña de miembros, se vieron empujados suavemente contra la superficie cálida y húmeda de los cojines. La muchacha se retorció con suculenta lentitud, con los ojos muy negros.

Leffid volvió la vista a un lado y vio la pequeña cámara dron que la chica había traído, posada en el alféizar de una de las portillas de diamante, con su único ojo negro clavado todavía en la pareja. Le guiñó un ojo

Algo se movió en el exterior, en la oscuridad, entre la lenta rotación de las estrellas. Lo observó durante un rato. El yate emitió un murmullo y el motor se encendió con discreción. Una cierta gravedad aparente los pegó al techo durante un segundo o dos y entonces regresó la ingravidez. La chica hizo un par de ruidillos que podían indicar que estaba dormida, pareció relajarse por dentro y lo dejó ir. Él la aproximó a sí con los brazos mientras sus alas batían una vez, dos, y los acercaban a la portilla.

En el exterior, cerca del yate, pasaba una nave en una trayectoria de aproximación a Grada. Debían de haber estado directamente en su camino. El motor se había activado el mínimo tiempo indispensable para apartarse. Leffid miró a la chica dormida y se preguntó si debería despertarla para que pudiera contemplar el espectáculo. Había algo mágico en la manera en que pasaba silenciosamente aquella gran nave de oscuro y embellecido casco, apenas a cien metros de ellos.

Tuvo una idea, sonrió para sí y extendió la mano para coger la pequeña cámara dron –que en aquel momento estaba sacando una magnífica toma de su retaguardia y sus pelotas– y girarla hacia la nave que estaba pasando, para que la chica tuviera una sorpresa cuando viera la grabación, pero entonces algo llamó su atención y su mano no llegó a tocar la cámara.

Se quedó mirando por la portilla, con los ojos clavados en una sección del casco del vehículo.

La nave pasó. Su mirada se perdió en el espacio.

La chica suspiró y se movió. Dos de sus brazos se adelantaron y atrajeron la cara de Leffid a la suya. Lo achuchó por dentro.

–Uooooo –dijo sin resuello, y le dio un beso. Su primer beso auténtico, sin la máscara de gelcampo sobre la cara. Sus ojos seguían siendo encantadores, oceánicamente profundos y encantadores...

Estray. Se llamaba Estray. Pues claro. Un nombre muy común para una chica de una belleza muy poco común. Así que iba a estar allí un mes, ¿eh? Leffid se sintió feliz. Puede que terminara siendo un *buen* Festival.

Empezaron a acariciarse de nuevo.

Fue tan bueno como la primera vez, pero no *mejor* porque él seguía sin ser capaz

de poner toda su atención en los procedimientos. Ahora, en lugar de tratar de recordar cuál era el nombre de la chica, no podía dejar de preguntarse por qué había un mensaje de emergencia del Elenco desparramado minuciosamente sobre el casco de un crucero ligero de la Afrenta.

6. Miseria

I

Ulver Seich lloraba sobre su almohada. No era la primera vez que se sentía mal: algo que le había negado su madre; un chico que –por increíble que pudiera parecer– había preferido a otra (cosa muy rara, tenía que admitirlo); aquella vez, la primera que acampaba bajo las estrellas en un planeta, en que se había sentido terriblemente sola, indefensa y vulnerable; o cuando había muerto alguna de sus mascotas... pero nunca había sentido nada tan terrible como aquello.

Levantó el rostro inundado de lágrimas de la empapada almohada y volvió a mirar su reflejo en el campo inversor que había al otro lado del espantosamente pequeño camarote. Volvió a ver su cara y lanzó un aullido de angustia. La enterró una vez más en la almohada y sacudió los pies bajo la colcha, que tembló como un flan en un campo AG, tratando de compensar el movimiento.

Le habían alterado el rostro. Mientras dormía, durante la noche, un día después de salir de Phage. Su rostro, su maravilloso rostro con forma de corazón y hecho para conquistar, fundir y romper otros corazones, el mismo rostro que en una ocasión, cuando tuvo edad suficiente para que sus glándulas farmacológicas se activaran y fue lo bastante mayor para experimentar con ellas, había pasado horas mirando en el espejo de un campo inversor, el rostro que había contemplado y contemplado y no porque estuviera atontada sino porque era increíblemente *hermoso*... ese rostro parecía ahora el de otra persona. Y eso no era lo peor.

Puede que le hubiera dolido un poco si no hubiese desactivado el dolor, pero no era eso lo que le importaba. Lo que le importaba era que su rostro: **a)** estaba hinchado y descolorido después de que los nanotécnicos hubieran hecho su trabajo, **b)** ya no era el suyo, y **c)** ¡había envejecido! ¡La mujer a la que debía parecerse era mayor que ella! ¡Mucho mayor! ¡Sesenta años más vieja!

La gente aseguraba que en la Cultura nadie cambiaba demasiado de aspecto entre los veinticinco y los doscientos cincuenta (aunque había un lento pero implacable proceso de envejecimiento que se prolongaba hasta la edad de cuatrocientos treinta y tres, para cuando tendrías el pelo blanco –¡o no tendrías pelo!–, la piel tan arrugada como un escroto básico y las tetas a la altura de la tripa... ¡Aagh!) pero ella siempre había podido determinar la edad de la gente; raramente se equivocaba por más de cinco o diez años –y nunca por más de veinte, en todo caso– y ahora podía *ver* lo vieja que estaba, aun por debajo de la hinchazón y los moratones. Estaba viendo el aspecto que tendría cuando fuera mayor y daba igual que no fuera su cara, daba igual que probablemente tuviera un aspecto mucho mejor cuando alcanzara los ochenta (había hecho que la IA de la casa preparara para ella proyecciones de su aspecto en cada década de los dos siguientes siglos, con un 99.9% de fiabilidad, y todas ellas eran realmente preciosas); lo que importaba era que parecía vieja y descuidada y eso

la hacía sentir vieja y descuidada, lo que haría que se comportara como una vieja descuidada, y que era posible que esa sensación y esa forma de comportarse y por tanto ese aspecto no desaparecieran cuando le devolvieran su aspecto normal natural, su *propio* aspecto.

Las cosas no estaban saliendo como había esperado; sin amigos, sin mascotas y sin diversión. Y cuanto más lo pensaba, cuanto más arriesgado le parecía el asunto, menos ganas tenía de verse metida en él. Se suponía que iba a ser una aventura, pero la parte en la nave estaba siendo muy aburrida, el viaje de regreso sería igual y entre medias le esperaba quién sabe qué. Nadie ignoraba lo enrevesada que era Circunstancias Especiales. ¿Qué estaban haciendo en realidad, qué querían en realidad de ella? Aunque resultase algo excitante e incluso divertido, nunca podría contárselo a nadie y... ¿qué sentido tenía la diversión si luego no podías hablar de ella?

Por supuesto, podía contárselo a otros, pero entonces no le permitirían quedarse en Contacto. Demonios, Churt había respondido con evasivas cuando le había preguntado si ahora estaba en Contacto o no. Bueno, ¿lo estaba? ¿Era aquella una auténtica misión de Contacto o de Circunstancias Especiales –como había soñado desde la infancia– o era una especie de actividad extracurricular o una especie de examen?

Mordió la almohada, y la textura del tejido en la boca y entre la dientes y la sensación de que tenía la cara hinchada y le escocían los ojos a causa de las lágrimas la devolvió a la infancia.

Levantó la cabeza, se pasó la lengua por el labio superior para limpiarse el salado fluido y a continuación resopló y sorbió para contener las lágrimas y los mocos que le estaban llenando la nariz. Pensó en ordenar a sus glándulas que liberaran un poco de *«calma»* pero no lo hizo. Respiró hondo varios segundos y entonces se dio la vuelta en la cama y se miró en el inversor. Levantó la barbilla, como desafiando a la imagen que le mostraba y volvió a sorber por la nariz y a limpiarse la cara con las manos y a tragar saliva y a sacudirse el pelo, volvió a sorber, se miró a los ojos y se prohibió volver a llorar o apartar la mirada.

Al cabo de unos minutos, sus mejillas se habían secado, la hinchazón rojiza de los ojos estaba remitiendo y volvía a aclarársele la mirada. Seguía estando aborreciblemente fea, y hasta desfigurada para lo que era normal en ella, pero no era ninguna niña y *seguía* siendo la misma persona por dentro. Ah, bueno. Puede que un poco de sufrimiento le sentara bien.

Siempre la habían mimado mucho. Todas las dificultades que había pasado se las había infligido ella misma por diversión. Había pasado hambre y había desatendido su higiene cuando había salido de excursión a algún lugar primitivo pero siempre había tenido un plato en la mesa al final del día y una ducha o al menos una sesión de

peeling para eliminar la mugre y el sudor.

Hasta el dolor de lo que en ocasiones le había parecido un corazón irrevocablemente roto había resultado siempre mucho menos duradero de lo que en un principio había imaginado y esperado. El descubrimiento de que el gusto de un chico podía ser tan grotescamente deficiente como para hacer que prefiriera a otra siempre había reducido tanto la intensidad como la duración del sufrimiento que su corazón exigía para señalar semejante falta de respeto.

Siempre había sabido que en la vida los desafíos verdaderos eran demasiado escasos, demasiado pocos los riesgos genuinos. Todo le había sido muy fácil, hasta para lo que era normal en la Cultura. Aunque su estilo de vida y sus circunstancias materiales en Phage no habían sido diferentes de las de cualquier otra persona de su edad, lo cierto era que a causa del decidido igualitarismo de la Cultura, el poco instinto jerárquico que conservaba la sociedad de la Roca se manifestaba en la atribución de cierto caché a los miembros de las Familias Fundadoras.

En una sociedad en la que era posible ver todo lo que a uno le apeteciera ver, adquirir cualquier talento que uno quisiera adquirir y acceder a tantas propiedades materiales como uno pudiera desear, se aceptaba como un axioma general que los únicos atributos que poseían esa especial cualidad de interés que deriva exclusivamente de la dificultad de su acceso, eran el ingreso en Contacto o Circunstancias Especiales o algún vínculo familiar con los primeros tiempos de la Cultura.

Ni siquiera los artistas más famosos y dotados –ya fueran congénitos o adquiridos sus talentos– eran depositarios del mismo respeto que los miembros de Contacto (y, en algunos lugares realmente antiguos, como Phage, los descendientes directos de los Fundadores). En la Cultura, ser un artista famoso significaba en el mejor de los casos que se aceptaba que poseías una cierta determinación rocosa; en el peor, se atribuía a una forma de inseguridad lamentablemente arcaica y un deseo bastante pueril de llamar la atención.

Cuando no existían casi diferencias entre la posición social de las personas, las diminutas distinciones que sí existían se volvían fundamentales para aquellos a quienes les importaban estas cosas.

Los sentimientos de Ulver con respecto al ancestral nombre de su familia eran mayoritariamente negativos. Era cierto que poseer un nombre antiguo significaba que algunas personas estaban dispuestas a hacerte un adelanto de la deuda de respeto que creyeran haber contraído contigo pero, por otro lado, Ulver quería ser objeto de admiración, veneración y lujuria por sí misma, solo por sí misma, por la colección de células que la conformaban en cada momento, sin referencia alguna a la herencia genética que esas células llevaban en su interior.

¿Y qué sentido tenía gozar de lo que en algunas ocasiones, insultantemente, se

llamaba una ventaja en la vida, si no podía facilitarte el ingreso en la sección de Contacto? En todo caso, sospechaba, era una desventaja. Tenía que hacerlo mejor que una persona del montón, tenía que ser tan completa, absoluta y demostrablemente idónea para la Sección de Contacto que nadie pudiera llegar ni a pensar que había entrado porque la gente y las máquinas de la junta de admisiones recordaban haber oído el apellido Seich en sus lecciones de historia.

Bueno, Churt había dicho la verdad: esta era su gran oportunidad. Había sido y volvería a ser inmaculadamente hermosa, era inteligente, encantadora y atractiva y tenía sentido común a espuertas, pero no podía esperar que esto fuera tan sencillo como le había sido todo lo demás en su vida. Se esforzaría, estudiaría, sería diligente, asidua, aplicada y todas las demás cosas que tanto se había esforzado en no ser al mismo tiempo que se aseguraba de que sus resultados académicos resplandecían con tanta intensidad como su vida social.

Puede que hubiera sido una niña mimada; puede que siguiera siendo una niña mimada, pero era una niña mimada implacable y decidida y si esa implacable decisión dictaba que había que librarse de la niña mimada, lo haría en menos de lo que se tarda en decir "adiós".

Se secó los ojos, recobró la compostura –de nuevo, sin la ayuda de ninguna secreción glandular– y entonces se levantó y salió del camarote. Iría a sentarse a la sala de estar, que era más espaciosa, y allí averiguaría todo lo que pudiera sobre Grada, sobre el tal Genar-Hofoen y sobre cualquier otra cosa que pudiera ser relevante para lo que querían que hiciera.

II

Leffid Ispanteli tomó asiento junto al vicecónsul de la Tendencia LoOlvidé, plegó cuidadosamente las alas sobre el respaldo del asiento y sonrió al vicecónsul, quien le obsequió con la típica expresión vacía que la gente tiende a asumir cuando se comunica utilizando el randa neural.

Leffid levantó la mano.

–Con palabras, me temo –dijo–. Me he quitado el randa para el Festival.

–Muy primitivo –dijo el vicecónsul en tono de aprobación. Asintió con aire de gravedad y devolvió su atención a la carrera.

Estaban sentados en un carrusel que flotaba bajo una vasta estructura de tubos de carbono, esculpida a imitación de un árbol-telaraña. Miles de carruseles como el suyo colgaban como frutos del dosel, conectados de formas diversas por medio de una red secundaria de delicados puentes de cuerda. Debajo y a ambos lados de ellos se veía una serie de grandes escalones de piedra salpicados de vegetación y figuras en movimiento. Se parecía mucho a estar mirando un antiguo anfiteatro colocado en vertical y cada uno de cuyos asientos poseyera la capacidad de girar de forma independiente. Las figuras en movimiento eran combinaciones de ysners y mistretls: los ysners eran enormes aves de dos patas, carentes de la capacidad de volar (y casi de cerebro), que corrían mientras el jockey mistretl que cada una de ellas llevaba a la espalda se encargaba de la estrategia. Los mistretls eran criaturas simiescas, diminutas y casi impotentes pero poseedoras de un gran cerebro y su emparejamiento con los ysners se había producido de forma natural en un planeta del Remolino Foliar Inferior.

Las carreras de ysner-mistretl llevaban milenios formando parte de la vida de Grada y durante la mayor parte de ese tiempo había sido una tradición celebrarlas en un mándala gigante de dos kilómetros de longitud compuesto de escalones o niveles que rotaban a velocidades diferentes. El enorme escenario de la carrera, con su lenta rotación, era un poco como el propio Grada, que tomaba el nombre de su forma.

Grada era un hábitat escalonado. Sus nueve niveles giraban a la misma velocidad, pero eso significaba que los pisos exteriores poseían una gravedad aparente mayor que la de los que se encontraban más cerca del centro. Los propios niveles estaban divididos en compartimientos de cientos de kilómetros de longitud y con atmósferas de diferentes tipos y con diferentes temperaturas; y un sistema de espejos y campos especulares de asombrosa complicación y mareante belleza, situados en el cono del eje del planeta, proporcionaba la luz necesaria en cada momento, atenuada y, cuando era necesario, alterada en su longitud de onda para imitar las condiciones específicas de un centenar de mundos diferentes para un centenar de especies inteligentes.

La diversidad ambiental y la co-dependencia de civilizaciones que implicaba,

junto a la mezcla de especies que alentaba había sido la *raison d'etre* de Grada, los cimientos mismos de su propósito y de su fama durante los siete mil años que llevaba existiendo. Sus constructores originales eran desconocidos. Se creía que habían Sublimado poco después de haberla construido, dejando tras de sí una especie –o modelo, según como definiera uno tales cosas– de sintrincados biomecánicos que dirigían y conservaban el lugar, eran individualmente estúpidos pero colectivamente muy inteligentes, tenían forma de pequeña esfera cubierta con largas espinas articuladas, medían entre medio metro y dos metros de altura y parecían sentir una gran suspicacia hacia cualquier tipo de criatura que poseyera menor base biológica que ellos. En Grada, los drones y otras IA eran tolerados, pero se los sometía a una estrecha vigilancia, se los seguía a todas partes y se controlaban sus comunicaciones y hasta el menor de sus pensamientos. Por supuesto, las Mentes eran inmunes a esta clase de tratamiento, pero sus avatares solían atraer un grado de observación física intensa que rayaba en el hostigamiento, así que no solían molestarse en entrar en el mundo y preferían restringir sus movimientos a los muelles exteriores, donde eran perfectamente bienvenidos y recibían la máxima hospitalidad. Grada era, después de todo, una afirmación, un tesoro, un símbolo, y como tal, cualquier pequeña extravagancia de que pudiera hacer gala se consideraba perfectamente tolerable.

La pista de la carrera de ysner-mistretl se encontraba un nivel por encima de la grada en la que se alojaba la legación diplomática homomdana y tres niveles por debajo de la circunferencia en la que vivía Leffid.

–Leffid –dijo el vicecónsul. Era un macho rotundo y enorme, de forma vagamente humana pero con una cabeza triangular dotada de un ojo en cada arista. Su piel era de un brillante color rojo; la túnica suelta que llevaba era de una vivida pero gradualmente cambiante tonalidad de azul. Volvió un poco la cabeza para que dos de sus ojos pudieran mirar a Leffid mientras el tercero seguía prestando atención a la carrera–. ¿Nos vimos anoche en la fiesta homomdana? No lo recuerdo.

–Apenas estuve un rato –dijo Leffid–. Te saludé con la mano, pero estabas ocupado con el delegado ashpartzi.

El vicecónsul Lellius se rió con ganas.

–Tratando de controlar al muy canalla. Tenía problemas de sustentación con su traje nuevo. Los automáticos no sirven cuando se les quita la IA. Ya sabes lo terrible que es que una de esas bestias flotantes sufra un problema de flatulencia.

Leffid recordó que Lellius tenía pinta de haber estado luchando por el timón de lo que parecía ser una pequeña aeronave en la fiesta del embajador homomdano.

–No tanto como para el habitante del traje, supongo.

–Ja, en efecto –rió Lellius, asintiendo y resollando–. ¿Quieres que te pida algo de beber?

–No, gracias.

–Bien. He decidido dejar la comida y bebida emocionales mientras dure el Festival y me darías envidia. –Sacudió la cabeza–. Yo creía que los primitivos se divertían más que nosotros pero todos los cambios que se me ocurrían para participar del espíritu del Festival parecían hacer la vida menos entretenida –dijo, y a continuación soltó una pedorreta por algo que había visto en la carrera.

Leffid dirigió la mirada a la arena y vio que una de las parejas de ysner-mistretl había fallado en un salto, chocaba con la rampa que tenía debajo y caía al siguiente nivel. Lograron recuperarse y seguir adelante, pero les haría falta mucha suerte para ganar la carrera. Lellius sacudió la cabeza y utilizó el extremo romo de un estilo para borrar un número de la tablilla de ceca con marco de madera que sostenía su ancha y rojiza mano.

–¿Estás ganando? –le preguntó Leffid.

Lellius sacudió la cabeza y puso cara de tristeza.

Leffid sonrió y a continuación examinó la pista de la carrera y las parejas de ysner-mistretl contendientes.

–La verdad es que no parecen demasiado festivas –dijo–. Esperaba algo más... festivo, vaya –concluyó sin mucho entusiasmo.

–Creo que los organizadores de la carrera miran el Festival con la misma indecisión misantrópica que yo –dijo Lellius–. El Festival lleva... ¿Cuánto? ¿Dos días?

Leffid asintió.

–Y ya estoy cansado de él –continuó el vicecónsul mientras se rascaba detrás de una de sus tres orejas con el estilo–. Pensé en tomarme unas vacaciones mientras durara pero se supone que debo estar aquí, claro. Un mes de arte chocante y osado y de diversiones impuestas sin contemplaciones. –Sacudió la cabeza con vehemencia–. Vaya perspectiva.

Leffid apoyó la barbilla en una mano.

–Nunca has sido un entusiasta de la Tendencia LoOlvidé, ¿verdad, Lellius?

–Entré con la esperanza de que me haría más... –Lellius dirigió una mirada contemplativa a la colosal escultura arbórea que flotaba sobre ellos– juerguista –dijo, y asintió–. Quería que me gustara más la juerga y por eso me uní a la Tendencia, esperando que el hedonismo natural de gente como tú pudiera infectar de alguna manera a un alma más parsimoniosa y flemática, como la mía. –Suspiró–. Todavía vivo con esa esperanza.

Leffid se rió y a continuación miró lentamente a su alrededor.

–¿Has venido solo, Lellius?

Lellius puso cara pensativa.

–Mi incomparablemente eficiente Ayudante Clerical Número Tres está visitando las letrinas, creo –resolló–. El inútil de mi hijo probablemente esté tratando de

inventar nuevas formas de avergonzarme, mi pareja está a media galaxia de distancia... o sea, demasiado cerca, y mi amante actual se ha quedado en casa, indispuesta. O, para ser más exactos, dispuesta a no venir a lo que ella ha definido como una aburrida carrera de pájaros y monos. –Asintió con lentitud–. Creo que, razonablemente, podría decirse que estoy solo. ¿Por qué lo preguntas?

Leffid se le acercó un poco más, con los brazos apoyados en la mesita del carrusel.

–Anoche vi algo raro –dijo.

–¿La criaturilla de cuatro brazos? –preguntó Lellius, guiñándole al fin un ojo–. Me pregunto si algún otro de sus rasgos anatómicos está duplicado también.

–Tu salacidad me halaga –dijo Leffid–. Si se lo pides con amabilidad, probablemente te proporcione una grabación en la que se demuestra que los dos conjugamos en singular las partes relevantes.

Lellius se echó a reír y bebió de un recipiente con pajita.

–Así que no fue eso. ¿Qué, entonces?

–¿*Estamos* solos? –preguntó Leffid en voz baja.

Lellius lo observó con mirada neutra durante un instante.

–Sí. He desactivado mi randa. Que yo sepa, nada ni nadie más está escuchando. ¿Qué es eso que viste?

–Te lo mostraré. –Leffid cogió una servilleta del agujero de la mesa y de un bolsillo de su camisa extrajo la terminal que estaba utilizando en lugar del randa neural. Miró las marcas del instrumento como si estuviera tratando de recordar algo y entonces se encogió de hombros y dijo–. Ummm, terminal; conviértete en un bolígrafo, por favor.

A continuación, dibujó en la servilleta una secuencia de siete formas romboides, compuestas cada una de ellos por ocho puntos o diminutos círculos. Cuando hubo terminado, dio la vuelta a la servilleta y se la enseñó a Lellius, quien la examinó detenidamente y después, con la misma parsimonia, levantó la mirada hacia Leffid.

–Muy bonito –resolló–. ¿Qué es?

Leffid sonrió. Dio unos golpecitos sobre el símbolo de la derecha.

–Primero, es un símbolo elenquista porque está en base ocho y organizado según este patrón. El primer símbolo es una señal de emergencia. Los otros seis son probablemente... no, casi con toda seguridad, por convención, una localización.

–¿De veras? –Lellius no parecía especialmente impresionado–. ¿Y la localización de esa localización?

–En el Remolino Superior, a unos setenta y tres años desde aquí.

–Oh –dijo Lellius con una especie de sonido retumbante que probablemente significara que estaba sorprendido–. ¿Solo seis dígitos para definir un punto tan preciso?

–Base dos cinco seis. Es fácil –dijo Leffid encogiendo las alas–. Pero lo más interesante es *dónde* estaba la señal.

–¿Mmm-hmm? –dijo Lellius, distraído momentáneamente por algo que estaba ocurriendo en la carrera. Tomó otro trago y a continuación devolvió su atención al otro.

–En un crucero ligero Afrentador –dijo Leffid en voz baja–. Grabada a fuego sobre su casco. Muy superficialmente. En ángulo con respecto a las hojas...

–¿Hojas? –preguntó Lellius.

Leffid hizo un ademán.

–Decoración. Pero el caso es que estaba ahí. Si yo no hubiera estado muy cerca de la nave mientras se aproximaba a Grada, en un yate, nunca la habría visto. Y existe la intrigante posibilidad, claro está, de que la nave no sepa que lleva el mensaje.

Lellius se quedó mirando la servilleta un momento. Se reclinó.

–Hmm –dijo–. ¿Te importa si activo mi randa?

–En absoluto –dijo Leffid–. Ya he averiguado que la nave es la *Propósito furioso* y ha llegado de forma imprevista. Está amarrada en el Muelle 807b. Si tiene un problema mecánico, no creo que esté relacionado con la marca. En cuanto a la localización de la señal, se encuentra a medio camino entre las estrellas Cromphalet I/II y Esperi... un poco más cerca de Esperi. Y ahí no hay nada. Que se sepa, al menos.

Dio unos golpecitos a la terminal de su bolsillo y, después de algunos experimentos, logró que el haz cobrase mayor intensidad y quemara la servilleta en la que había estado dibujando. Dejó que ardiera del todo y estaba a punto de echar las cenizas a la cavidad de eliminación de residuos de la mesa cuando Lellius –que estaba recostado en su silla, con la mirada perdida– alargó la mano y, con un movimiento ausente, aplastó las cenizas bajo su palma antes de esparcirlas al viento. Cayeron flotando del carrusel en una nube insustancial, sobre los asientos y los palcos privados que había debajo.

–Un problema menor de engranajes –dijo Lellius–. La nave Afrentadora. –Guardó silencio un momento–. Puede que la del Elenco haya tenido un problema –dijo, asintiendo con lentitud–. La flota de uno de sus clanes, ocho naves en total, partió de aquí hace cien días para investigar el Remolino.

–Ya me acuerdo –dijo Leffid.

–Ha habido... –hizo una pausa– indicaciones... apenas rumores... que apuntan a que no todo ha marchado bien.

–Bueno –dijo Leffid mientras apoyaba las manos en las mesas y se disponía a levantarse–, puede que no sea nada, pero pensé que era mejor que te lo dijera.

–Muy amable –dijo Lellius, asintiendo–. No sé muy bien qué puede hacer la Tendencia al respecto, la verdad; la última nave que se dirigía hacia aquí decidió

tomarse un período sabático, la muy ingrata, pero tal vez podamos intercambiarla con la Metrópoli.

–Sí, la vieja y querida Metrópoli –dijo Leffid. Era el término que la Tendencia LoOlvidé solía utilizar para referirse a la Cultura propiamente dicha. Sonrió–. Como quieras–. Extendió las alas mientras se levantaba.

–¿Estás seguro de que no quieres quedarte? –dijo Lellius, parpadeando–. Podríamos hacer una competición de apuestas. Apuesto a que me ganas.

–No, gracias. Esta noche tengo que hacer de anfitrión para una dama que necesita dos cubiertos simultáneamente y tengo que sacar brillo a la cubertería y asegurarme de que mis plumas voladoras están en buenas condiciones para ser acariciadas.

–Ah. Que te diviertas hasta hartarte.

–Sospecho que así será.

–Oh, maldición –dijo Lellius con tristeza en respuesta a un gran grito que se levantó desde debajo y en casi todos los lados. La carrera había terminado.

Se inclinó y borró otro par de números de la tablilla de cera.

–No te preocupes –dijo Leffid, y dio unas palmaditas al vicecónsul en sus amplias espaldas antes de dirigirse al puente colgante de cable que lo devolvería al tronco principal del enorme árbol artificial.

–Sí. –Lellius suspiró mientras miraba la mancha que la ceniza le había dejado en la mano–. Estoy seguro de que no tardará en empezar una nueva carrera.

III

El ave negra, Gravious, sobrevolaba lentamente la recreación de la gran batalla naval de Octovelein. Su sombra pasaba sobre las aguas salpicadas de restos, las jarcias y las cubiertas de los alargados navíos de vela, los soldados que se agolpaban en las cubiertas de los barcos más grandes, los marineros que cazaban cabos y velas, los artilleros que procuraban cargar y disparar sus cañones y los cuerpos que flotaban en el agua.

Un brillante sol entre azul y blanco lanzaba su furiosa mirada desde un cielo de color violeta. Los regueros de humo de primitivos cohetes cruzaban el aire y el cielo parecía apoyado en las grandes columnas de humo que se elevaban desde los barcos de guerra y los transportes alcanzados. El agua estaba de color azul oscuro, agitada de olas, cubierta por los altos y afilados penachos de las detonaciones de los cohetes, fruncida como un encaje blanco en la proa de cada nave y cubierta de llamas allí donde las tripulaciones habían esparcido aceite ardiente en desesperados intentos por prevenir los abordajes.

El pájaro voló hasta el final de la escena marina, donde el agua terminaba como un acantilado líquido e inmóvil y, apenas cinco metros más abajo, reaparecía el suelo del compartimiento. Estaba lleno de restos –como si la marea, de algún modo, los hubiera arrastrado hasta esta parte del hangar, pero no más allá– pero que, cuando se examinaban con más detenimiento, resultaban ser objetos –partes de naves, partes de personas– que se habían utilizado en el proceso de construcción. La incompleta batalla naval ocupaba menos de la mitad de los dieciséis kilómetros cuadrados de la bodega. Iba a ser la obra maestra de la *Servicio durmiente,* su afirmación definitiva. Ahora ya no podría terminarla.

El ave negra continuó su vuelo y pasó junto a algunos de los drones de la nave, atareados en la superficie de la bodega recogiendo los restos de la construcción y cargándolos en una cinta transportadora casi invisible que parecía formada por una fina línea de aire borroso. Siguió batiendo las alas. Su meta se encontraba al otro extremo de la bodega general, entre la sección interna y el compartimiento que daba a la parte trasera de la nave. Maldita fuera la mujer por quedarse en la proa, cerca de donde había estado su torre. Qué mala suerte que tuviera que estar tan cerca de la proa.

Ya había recorrido veinticinco kilómetros de espacio interior, por el gigantesco y oscuro corredor que cruzaba el centro de la nave, entre compuertas cerradas en las que brillaban unas pocas y tenues luces y reinaba un silencio completo, con un kilómetro de aire bajo sus alas elegantes, otro encima de ellas y uno más a cada lado.

El pájaro había mirado a su alrededor, había contemplado los colosales y sombríos volúmenes y se le había ocurrido que seguramente debiera sentirse

privilegiado. La nave le había prohibido acceder a estas zonas durante los últimos cuarenta años, y se había visto confinado al kilómetro superior de su casco, que albergaba las antiguas zonas de alojamiento y la mayoría de sus Almacenes. Gravious poseía sentidos que llegaban mucho más lejos que los de un animal normal y había utilizado un par de ellos para tratar de sondear las compuertas de la bodega y averiguar lo que había detrás de ellas, si es que había algo. Hasta donde él sabía, los miles de compartimientos estaban vacíos.

Solo había alcanzado el espacio general de ingeniería, el volumen más grande de la nave: nueve mil kilómetros de profundidad, casi el doble de anchura y lleno de ruido, luces parpadeantes y un movimiento tan rápido que confundía a la vista, la señal de que la nave estaba construyendo miles de máquinas nuevas para hacer... quién sabe qué.

La mayor parte de la zona de ingeniería no contenía siquiera aire. De este modo, los materiales, componentes y máquinas podían moverse más deprisa. Gravious estaba volando por un tubo trasparente que discurría por el techo. Nueve kilómetros después llegó a una pared que conducía a la relativa serenidad –o al menos quietud– del cuadro de la batalla naval. Ya había recorrido la mitad de esta; solo le quedaban otros cuatro mil metros. Le dolían los músculos de las alas.

Aterrizó en el parapeto de un balcón orientado a la parte trasera de aquella sección de compartimientos generales. Más allá, se extendían treinta y dos kilómetros cúbicos de aire vacío. Una bodega general perfectamente vacía: la clase de lugar en el que un VGS normal estaría construyendo un VGS más pequeño, alojaría a un visitante, prepararía un medio ambiente alienígena como si fuera un gigantesco cuarto de invitados, celebraría algún acontecimiento deportivo o lo subdividiría en espacios de almacenamiento o manufactura de menores dimensiones.

Gravious contempló el modesto cuadro del balcón, que en su existencia anterior, antes de que el VGS hubiera decidido convertirse en Excéntrico, había formado parte de un café con magníficas vistas al compartimiento. Había siete humanos allí, todos de espaldas al compartimiento vacío y orientados al holograma de un estanque de aguas tranquilas. Los humanos llevaban bañadores. Se sentaban en sillas plegables, en torno a unas mesitas bajas llenas de refrescos y aperitivos. Habían sido atrapados en el acto de reír, hablar, parpadear, estirar la barbilla o beber.

Una pintura famosa, aparentemente. A Gravious no le pareció demasiado artística. Supuso que sería cosa de verla desde el ángulo apropiado.

Levantó una pata del parapeto, resbaló, y empezó a caer. Chocó con algo que había entre el compartimiento y él y siguió cayendo. Rebotó en la pared trasera del compartimiento, luego en el muro invisible y por fin logró recobrar el equilibrio, batió las alas paralelamente a la pared, giró en el aire cuando logró alcanzar el nivel

del balcón y volvió a posarse en él.

Uh-huh, pensó. Volvió a arriesgarse a utilizar unos sentidos que se suponía no tenía. Había algo sólido en la bodega. La cosa contra la que había golpeado no era cristal y tampoco era un campo situado entre el compartimiento y él. El compartimiento no estaba vacío y lo que lo había golpeado era el extremo-campo de una proyección. Al otro lado, extendida a lo largo de al menos dos kilómetros, había materia sólida. Materia sólida y densa. Materia sólida, densa y parcialmente exótica.

Bueno, ahí estaba. El pájaro se sacudió, se pavoneó un poco y se limpió las plumas con el pico. Entonces miró a su alrededor y, en parte de un salto, en parte volando, se encaramó a una de las figuras. Dedicó un momento a examinar cada una de ellas con detenimiento, mirando un ojo aquí, buscando aparentemente un jugoso parásito en una oreja acá, observando un rizo suelto allá y estudiando una fosa nasal acullá.

Hacía esto a menudo: estudiar a los próximos, los que iban a ser revividos y sacados de allí en poco tiempo. Como si hubiera algo que aprender de sus cuidadosamente artificiales posturas.

Picoteó sin demasiado interés un pelo suelto en la axila de uno de los hombres y a continuación se apartó de un salto y examinó el grupo desde diferentes posiciones y ángulos, tratando de encontrar la perspectiva correcta para contemplar la escena. Por supuesto, pronto se marcharía. De hecho, todos ellos iban a marcharse. Estos también, como todos los demás. La única diferencia era que ellos despertarían, mientras que la mayoría de los demás simplemente sería Almacenada en otro sitio. Pero los que estaba viendo, cuando despertaran dentro de unas horas, volverían a la vida en algún lugar. Era curioso.

Finalmente sacudió la cabeza, desplegó las alas y, de un salto, atravesó el holograma y remontó el vuelo por el desierto café que había más allá, dispuesto a iniciar la primera etapa del viaje de regreso con su ama.

Pocos momentos después, el avatar Amorphia salió de otra parte del holograma, se volvió una vez hacia el lugar por el que el ave había atravesado la proyección y a continuación se arrodilló frente a la figura del hombre cuya axila había picoteado Gravious.

IV

[haz estrecho, M32, tra. @4.28.864.0001]
º º Excéntrica *Liquídalos más tarde*
ª ª VGS *Impaciencia por la llegada de un nuevo amante*
oo

Fui yo.
aa

¿Cómo que fuiste tú?
oo

Fui el intermediario de la información transmitida desde la Tendencia LoOlvidé a Circunstancias Especiales. Uno de nuestros agentes en Grada vio que el crucero ligero de la Afrenta *Propósito furioso* había vuelto. Tenía grabado en el casco un código de emergencia elenquista con unas coordenadas. La información me fue transmitida desde la misión de la Tendencia en Grada; yo se la transmití a *Moreno diferente* y a *Brillo acerado*, mis contactos habituales en el Grupo/Pandilla. Supongo que la señal fue enviada a continuación al VGS *Gradiente ético*, nave progenitora de la UGC *Destino susceptible de cambio*, que posteriormente descubrió la Excesión.

Así que, en cierto modo, ha sido culpa mía. Lo siento.

Esperaba que esta confesión no fuera necesaria, pero le he dado vueltas en mi mente y he llegado a la conclusión de que –igual que en el caso de la información original sobre la señal aparecida en el casco– no tenía alternativa. ¿Lo habías supuesto? ¿Habías empezado a hacerlo? ¿Confías todavía en mí?
aa

Se me había ocurrido, pero no tengo acceso a los archivos de transmisión de la Tendencia y no quería preguntárselo directamente a los otros miembros de la Pandilla. No confío menos en ti por lo que me estás diciendo. ¿Por qué has decidido contármelo ahora?
oo

Me gustaría conservar tu confianza. ¿Has descubierto algo más?
aa

Sí. Creo que hay una conexión con un hombre llamado Genar-Hofoen, representante de Contacto ante la Afrenta en un hábitat llamado God'shole, en el Hoja de Helecho. Se marchó de allí el día después del descubrimiento de la Excesión. Circunstancias Especiales ha alquilado tres cruceros pesados a la Afrenta para llevarlo a Grada. Llegarán dentro de catorce días. Su biografía: (archivos adjuntos). ¿Ves la conexión? De nuevo esa nave.
oo

¿Crees que se ha involucrado más allá de lo que sospechábamos inicialmente?

aa

Sí. Y también la *Zona gris*.

oo

La secuencia de acontecimientos no apunta a ella. Si la *Zona gris* se esfuerza realmente, está en Grada... ¿cuándo? ¿Tres días después de que el humano haya llegado? Pero eso sigue dejando a nuestra amiga dos meses o más sin haber estado en contacto...

aa

Lo sé. Pero sigo pensando que está pasando algo. Estoy probando todas las líneas de investigación posibles. Estoy haciendo averiguaciones con los contactos más probables mencionados en su ficha, pero las cosas están yendo terriblemente despacio. Te agradezco tu confianza. Permaneceré en contacto.

oo

De nada. Manténme informado.

[punto estrecho intermitente, M32, tra. @4.28.865.2203]

ª ª Excéntrica *Liquídalos más tarde*

ª ª VGS *Solo llamadas serias*

oo

Me he hartado de esperar. He llamado (archivo de señal adjunto).

aa

Y ahora "no confía menos en ti". ¡Ja!

oo

Sigo convencido de que era lo mejor.

aa

Como tú digas. Ya está hecho. ¿Y qué hay de la nave a la que le pediste que fuera a Miseria?

oo

Está de camino.

aa

¿Y por qué Miseria?

oo

¿Acaso no resulta obvio? Puede que no. Puede que la paranoia de *La impaciencia por la llegada de un nuevo amante* sea contagiosa... Lo sea o no, permíteme presentar mi argumento: Miseria alberga una auténtica cornucopia de armamento. De hecho, solo las armas desplegadas en ella para proteger el polvorín principal –esto es, las naves– representan un enorme potencial de

destrucción. Es cierto que la trayectoria que sigue la nave no la acerca a la Excesión, pero si a la zona general que interesa a la Afrenta. Ahora bien, aunque ha pasado casi inadvertida hasta el momento, y en el caso de que no fuera así, no sería de gran interés para la Afrenta (y, en cualquier caso, está perfectamente capacitada para defenderse sola) y no forma parte de la sutil movilización organizada por la *Brillo acerado*, representa a pesar de todo la mayor concentración de material bélico de las proximidades.

He empezado a preguntarme: ¿Cuándo, aproximadamente, empezó la Cultura a albergar dudas –dudas serias– sobre la Afrenta? ¿Y cuándo fue elegida Miseria como uno de los depósitos de naves? Aproximadamente al mismo tiempo. De hecho, Miseria fue elegida, preparada y armada en la misma unidad temporal en que se produjo el debate relativo a una posible intervención militar contra la Afrenta, poco después del fin de la Guerra Idirana. Hay millones de cuerpos celestes idénticos a Miseria. La galaxia está llena de basura cósmica como ésa que vaga entre las estrellas. Y sin embargo, Miseria fue una de las once elegidas para esta misión. Una roca cuyo lento progreso la llevaría a espacio de la Afrenta en cuestión de cinco o seis siglos –dependiendo de la velocidad a la que la Afrenta expandiera su zona de influencia– y que, previsiblemente, permanecería en ese espacio durante mucho tiempo, habida cuenta de que lo lógico es que la influencia de la Afrenta se expandiera mucho más deprisa que una lenta roca giratoria que se desplaza a menos de una décima parte de la velocidad de la luz. ¡Qué casualidad tener un arsenal de tal magnitud en espacio de la Afrenta!

¿No podría todo esto ser un montaje?

Piensa en esto: ¿no es la clase de cosa que uno se sentiría orgulloso de haber pensado? Tanta previsión, tanta paciencia, tanta atención al largo plazo, tan plausibles tus protestas de inocencia si resultara que alguien percibiera la coincidencia. Desde luego *yo* me sentiría muy complacido de haber formado parte de semejante plan.

Y por último, en cuanto al comité de Mentes que supervisó la elección de estos almacenes de armas, ¿no te resultan familiares los nombres *Woetra*, *Moreno diferente* y *No se inventó aquí*?

Si se toma todo en su conjunto, y aún reconociendo que casi con toda seguridad no es más que un callejón sin salida, creo que no sería un acto de irresponsabilidad tratar de poner un par de ojos amigos en la vecindad de esa preciosa roquita.

aa

Bien. Comprendo tu argumento.

oo

¿Y qué hay de tus investigaciones?

aa

Mi idea original era tratar de encontrar en Grada a alguien aceptable a quien pudiéramos persuadir para que trabajara para nosotros. Sin embargo, esto resultó muy poco práctico. Contacto y Circunstancias Especiales tienen una presencia considerable en el hábitat pero no creo que podamos arriesgarnos a revelar nuestros temores a ninguno de ellos. De modo que he llegado a un acuerdo preliminar con un antiguo aliado para que apoye nuestra causa si se presenta la ocasión. Ahora mismo se encuentra a un mes o más de Grada, y la Excesión está más lejos, pero tiene acceso a muchas naves de guerra. Lo malo es que aunque varias de ellas pueden ser movilizadas solo unas pocas pueden ponerse a nuestra disposición. No como *naves de guerra,* me apresuro a añadir, y desde luego no para utilizarlas contra otras naves de la Cultura, pero sí como apoyos o como sistemas de transporte, cuando descubramos un punto débil en la conspiración que creemos que existe (si es que llegamos a descubrirlo).

Esa persona, Genar-Hofoen. Puede que encamine mis pesquisas en esa dirección, si consigo no pisarle los metafóricos pies a nuestra mutua amiga.

Este enfoque nuevo, con la Afrenta, me preocupa. ¡Son tan agresivos! ¡Tan resueltos! Porque, a pesar del horror que tan a menudo expresamos sobre sus efectos en los demás, existe, creo, una especie de admiración secreta en mucha gente de la Cultura por la energía de la Afrenta, por no mencionar su aparente independencia de los efectos de la conciencia moral. Es una amenaza evidente y al mismo tiempo un problema muy difícil de abordar. Me da miedo pensar qué planes espantosos podría idear, y con la conciencia tranquila, una Mente por lo demás perfectamente estimable con el fin de hacer frente a esta amenaza.

Del mismo modo, teniendo en cuenta la escala cualitativa de la oportunidad que la Excesión podría representar, la Afrenta es precisamente el tipo de especie –y se encuentra precisamente en la fase de su desarrollo más idónea– que podría intentar alguna locura que, por muchas probabilidades que tuviera de fracasar, podría ofrecerles, en caso de no hacerlo, una recompensa merecedora de los riesgos corridos. ¿Y quién puede decir que sería un error por su parte?

oo

Mira, la maldita Excesión no ha *hecho* nada todavía. Todo este lío ha sido provocado por las reacciones de los demás ante su aparición. Nos estaría bien empleado que resultara ser una especie de proyección, un chiste de Dios. Me estoy impacientando, no me importa decírtelo. La *Destino susceptible de cambio* está allí, vigilando mientras la Excesión no hace nada, y enviando informes de cuando en cuando. Varios Involucionados están levantándose y estirando sus flacos cuellos con la idea de coger sitio para poder ver el último espectáculo que

ha llegado a la ciudad, con la vaga esperanza de, en caso de que haya algo de acción, poder rapiñar algo. Y lo único que el resto de nosotros está haciendo es esperar a que lleguen los pesos pesados. ¡Ojalá *ocurriera* algo!

V

–Me gusta viajar contigo, Genar-Hofoen –bramó Cinco Mareas, y entrechocaron sus miembros; el hombre se había preparado ya echando hacia atrás una de sus piernas y el traje de gelcampo absorbió la mayor parte del impacto, de modo que no fue derribado.

Se encontraban en el área de Control de Entidades de los muelles del Nivel Ocho, sección de la Afrenta, rodeados de Afrentadores, sus drones esclavos y otras máquinas, algunos individuos de otras especies, capaces de tolerar las mismas condiciones ambientales que la Afrenta y numerosos sintrincados de Grada –flotando alrededor de ellos como oscuras bolitas espinosas–, todos yendo y viniendo, entrando y saliendo de desliza tubos, coches giratorios, ascensores y carruajes de transporte ínter-secciones.

–¿No te quedas a descansar y divertirte un poco? –preguntó Genar-Hofoen al Afrentador. Grada contaba con una reserva de caza para Afrentadores famosa por su excelencia.

–¡Ja! Tal vez cuando volvamos –dijo Cinco Mareas–. Por ahora, el deber me llama en otro sitio. –Soltó una risilla.

Genar-Hofoen tuvo la impresión de que no había cogido el chiste. Lo pensó un momento y entonces se encogió de hombros y se echó a reír.

–Bueno, ya nos veremos en God'shole, entonces.

–¡Sin duda! –dijo Cinco Mareas–. ¡Que disfrutes, humano! –El Afrentador giró sobre las puntas de sus tentáculos y se alejó flotando en dirección al crucero pesado *Besa la hoja*. Genar-Hofoen lo siguió con la mirada y, mientras las compuertas del deslizatubo se cerraban, frunció el ceño.

~ ¿Qué te preocupa?, le preguntó el traje.

El humano sacudió la cabeza.

~ Ah, nada –dijo. Se inclinó y recogió su guardatodo.

–¿Humano macho Byr Genar-Hofoen más traje de gelcampo? –dijo un sintrincado mientras se le acercaba flotando. Parecía, pensó Genar-Hofoen, la explosión de una esfera de tinta negra, congelada un instante después de haberse producido.

Hizo una pequeña reverencia.

–Exacto.

–Lo escoltaré a Control de Entidades, sección humana. Sígame, por favor.

–Cómo no.

Subieron a un coche giratorio, poco más que una plataforma con varios asientos, puntales y una red de protección. Genar-Hofoen subió de un salto, seguido por el sintrincado, y el coche aceleró con suavidad por un túnel transparente que discurría

por el reverso de la piel exterior del hábitat. Avanzaban en el mismo sentido que la rotación, de modo que a medida que el coche ganaba velocidad ellos parecían perder peso. Un campo que despedía un brillo trémulo y parecía ajustarse al techo curvado del túnel rodeaba el coche. Se oía el siseo de los gases. Pasaron por debajo de la enorme mole suspendida de una de las naves de la Afrenta, toda hojas y oscuridad. Mientras Genar-Hofoen la estaba observando, se desprendió del hábitat y empezó a caer, colosal y en silencio, hacia el espacio y las estrellas. Otra nave y luego otra y otra, emprendieron la marcha tras ella. Desaparecieron.

~ ¿Cuál era la cuarta nave? –preguntó el hombre.

~ El crucero ligero de clase Cometa *Propósito furioso* –dijo el traje.

~ Hmmm. Me pregunto adónde se dirigen.

El traje no contestó.

El coche estaba llenándose de niebla. Genar-Hofoen prestó atención al siseo de los gases a su alrededor. La temperatura estaba aumentando, en respuesta al cambio de una atmósfera Afrentadora a otra humana. El coche empezó a ascender hacia los pisos superiores, donde la gravedad era menos intensa, y Genar-Hofoen, acostumbrado a la gravedad Afrentadora desde hacía dos años, tuvo la impresión de estar flotando.

~ ¿Cuánto falta para que nos encontremos con la *Follacarne?* –preguntó.

~ Tres días –le dijo el traje.

~ Por supuesto, no te dejarán entrar en el hábitat propiamente dicho, ¿verdad? –dijo el hombre, como si estuviera dándose cuenta de ello por primera vez.

~ No –dijo el traje.

~ ¿Qué vas a hacer mientras yo ando por ahí pasándomelo en grande?

~ Lo mismo. He estado investigando y ya he quedado con un dron PG de una nave de Contacto que está de visita. Así que estaré muy ocupado.

Esta vez fue Genar-Hofoen quien no dijo nada. Encontraba la idea del sexo entre drones –aunque fuera una cosa enteramente mental, sin ningún componente físico– del todo insólita. Ah, bueno, cada oveja con su pareja, pensó.

–¿El señor Genar-Hofoen? –preguntó una mujer de asombrosa, descorazonadora belleza en la zona de salida del Área de Recepción de Entidades, sección Humana. Era alta, perfectamente proporcionada, tenía el pelo rojo muy largo y tan rizado que casi resultaba extravagante y sus ojos eran de un verde luminoso que habría resultado antinatural de ser un poco más intenso. El tabardo que llevaba dejaba a la vista una tez musculosa y de un moreno lustroso–. Bienvenido a Grada. Me llamo Verlioef Schung. –Le tendió la mano y se la estrechó con firmeza.

Piel contra piel. Sin traje, al fin. Era una sensación agradable. Él vestía un traje casi formal de pantalones sueltos y camisa larga y estaba disfrutando con la

exuberantemente sensual sensación del contacto de los suaves tejidos sobre la piel.

–Contacto me ha enviado a buscarlo –dijo Verlioef Schung con cierto tono de vergüenza–. Estoy seguro de que no lo necesita, pero en caso contrario estoy aquí. Yo... ah... confío en que no le importe. –Su voz... su voz era algo en lo que uno podía sumergirse.

Genar-Hofoen esbozó una gran sonrisa y se inclinó.

–¿Cómo iba a importarme? –dijo.

Ella se echó a reír, llevándose una mano a la boca... y, por supuesto, su dentadura era perfecta.

–Es usted muy amable. –Extendió el brazo–. ¿Me permite el equipaje?

–No, está bien.

La chica levantó los hombros y los dejó caer.

–Bueno –dijo–. Se ha perdido el Festival, claro, pero lo mismo nos ha pasado a muchos de nosotros, así que hemos decidido celebrar nuestra propia fiesta los próximos días y, francamente, necesitamos toda la ayuda posible. Lo único que puedo prometerle es un alojamiento de lujo, compañía estupenda y los platos más exquisitos que pueda imaginar, pero si está dispuesto a hacer el esfuerzo, le prometo que entre todos trataremos de compensarlo. –Flexionó las cejas y a continuación adoptó una expresión de falsa congoja, bajando las comisuras de su suculentamente perfecta boca.

Genar-Hofoen dejó que permaneciera así un momento y entonces le dio unas palmaditas en el antebrazo.

–No, gracias –dijo con sinceridad.

La expresión de la chica se tornó de dolida tristeza.

–Oh... ¿está seguro? –dijo con una vocecilla suave y vulnerable.

–Me temo que sí. Ya había hecho planes –dijo con genuino pero decidido pesar–. Pero si hubiera alguien aquí que pudiera tentarme a cancelarlos sería usted. –Le guiñó un ojo–. Me halaga su generosa oferta y le diré a Circunstancias Especiales que aprecio las molestias que se han tomado, pero esta es mi oportunidad de desconectar un poco durante unos días, ¿sabe? –Se echó a reír–. No se preocupe. Me divertiré y estaré preparado para partir cuando llegue el momento. –Sacó una pequeña pluma terminal de uno de sus bolsillos y la agitó frente a la cara de la chica–. Y llevaré siempre conmigo mi terminal. Se lo prometo.

Volvió a guardársela en el bolsillo.

Ella lo miró intensamente a los ojos durante un momento y entonces apartó la mirada y se encogió de hombros. Cuando la levantó, había una expresión irónica en su rostro. Y cuando habló, su voz había cambiado también, reemplazada por un tono más profundo, formal y casi avergonzado.

–Bueno –suspiró–. Confío en que se divierta, Byr. –Sonrió–. La oferta sigue en

pie, si decide reconsiderarlo. Mis colegas y yo le deseamos suerte. –Recorrió la concurrida estancia con una mirada furtiva, se mordió el labio inferior y frunció ligeramente el ceño–. Supongo que no le apetecerá tomar una copa u otra cosa de todos modos, ¿verdad?

Genar-Hofoen se echó a reír, sacudió la cabeza, se inclinó y, mientras ella se marchaba, se cargó el guarda-todo al hombro.

Genar-Hofoen había llegado unos días después de la clausura del Festival anual de Grada. Reinaba en el lugar un aire de otoñal caducidad mezclado con sopor estival; la gente estaba limpiando, calmándose, volviendo a la normalidad y en general, comportándose de nuevo como de costumbre. Había hecho la reserva con antelación y había logrado contratar los servicios de un erogrupo de primera, así como alquilar un ático de lujo en La Vista, el mejor hotel del nivel tres.

En conjunto, más que suficiente para hacer que mereciera la pena ignorar las evidentes insinuaciones de aquella mujer perfecta (bueno, en realidad no... pero sí cuando la mujer perfecta era casi con toda seguridad un agente de Circunstancias Especiales modificado para parecerse a la criatura de sus fantasías y enviado para cuidar de él, mantenerlo contento y a salvo, cuando lo que él quería era un poco de variedad, un poco de excitación y algo de peligro no Cultural. Desde luego, su pareja perfecta debía de parecerse a la muy espléndida Verlioef Schung, pero aún más importante que esto era que no perteneciera a Circunstancias Especiales, a Contacto o siquiera a la Cultura. Era ese deseo de extrañeza, de alejamiento y de alienación lo que probablemente nunca entendieran).

Estaba tendido en la cama, agradablemente exhausto, rodeado por una extraña música que se manifestaba de cuando en cuando con un estremecimiento y por una pulcritud soñolienta, oyendo en su cabeza un zumbido provocado por alguna descarga glandular y viendo un canal de noticias (favorable a la Cultura) en una pantalla que flotaba en el aire, delante del árbol más cercano. Un auricular transmitía el sonido.

La noticia principal seguía siendo el conflicto Blitteringueh-Anegantes. Luego vino un reportaje sobre el incremento del aflotamiento entre las naves de la Cultura. El aflotamiento era lo que ocurría cuando dos o más Mentes decidían que estaban hartas de estar solas y de tener que comunicarse utilizando el equivalente a cartas; de modo que se acercaban y se mantenían físicamente próximas para poder conversar. Operacionalmente era de lo más ineficaz. Algunas Mentes más antiguas temían que esta costumbre significara que sus camaradas más recientemente construidos se habían vuelto blandos y querían que los estados-premisa de Mentes construidas en el futuro fueran alterados para eliminar esta muestra de decadencia.

Noticias locales: hubo un breve reportaje en directo en el que básicamente se

decía que las misteriosas explosiones producidas en el muelle 807b el tercer día del Festival seguían siendo un misterio. El crucero de la Afrenta *Propósito furioso* había sufrido daños leves a causa de una pequeña detonación de energía pura que no había hecho otra cosa que chamuscar localmente una capa de su casco. Se sospechaba que se había tratado de una broma pesada impulsada por un exceso de entusiasmo festivo.

No tan localmente, continuaban las discusiones sobre la creación de una nueva hinteresfera a unos pocos de kiloaños de allí, hacia el exterior de la galaxia. Una hinteresfera era una zona del espacio en la que se prohibían los vuelos superlumínicos salvo en casos de emergencia y en el que la vida se movía generalmente a ritmo menor que en el resto de la Cultura. Genar-Hofoen sacudió la cabeza al escuchar la noticia. Pretencioso primitivismo...

De nuevo cerca de casa, unas naves se encontraban a solo un día de una posible anomalía, cerca de Esperi. La UGC que la había descubierto seguía informando de que no se habían producido cambios en el artefacto. A pesar de las peticiones de la sección de Contacto, otras civilizaciones Involucionadas habían enviado o iban a enviar naves a la zona, pero la propia Grada había renunciado a hacerlo. Para gran sorpresa de la mayoría de los observadores, la Afrenta había criticado el exceso de curiosidad de algunos y había decidido mantenerse al margen de la anomalía, aunque había informes sin confirmar sobre incremento de actividad Afrentadora en el Remolino Foliar Superior y aquel mismo día, cuatro naves...

–Apaga –dijo Genar-Hofoen en voz baja, y la pantalla, obedientemente, se apagó. Una de las chicas del erogrupo se agitó a su lado. La miró.

La cara de la muchacha era la viva imagen de Zreyn Tramow, la antigua capitana de la nave *Niño problemático*. Su cuerpo era diferente al de la original y había sido alterado ligeramente para ajustarse a los gustos de Genar-Hofoen, pero de forma sutil. Había otras dos como ella y tres más que eran idénticas a otras tantas personalidades famosas: una actriz, una intérprete musical y una experta en estilo de vida. Zreyn y Enhoff, Shpel, Py y Gidinley. Todas ellas habían estado encantadoras y sus interpretaciones habían sido más que correctas, pero Genar-Hofoen era incapaz de comprender a la gente que decidía alterar su apariencia y comportamiento cada pocos días para satisfacer los gustos –normalmente, aunque no siempre, sexuales– de otros. Puede que estuviera siendo un poco mojigato. Puede que fuesen gente aburrida en su vida normal o puede que solo tuviesen unos gustos más variados en estos asuntos que la mayoría de la gente.

Fueran cuales fuesen sus motivaciones, las cinco se habían quedado educadamente dormidas en la cama AG después de la diversión, que había venido precedida por una cena y una fiesta. Los componentes de la Pareja Ejemplar del Grupo, Gakic y Lelleril, también estaban dormidos, abrazados sobre el suelo de hierba que había entre la plataforma de la cama y el arroyo que se alejaba

serpenteando de la cascada y del pequeño lago. Deshinchado, el pene del hombre tenía un aspecto casi normal. El propio Genar-Hofoen tenía sueño, pero estaba decidido a permanecer despierto durante todas las vacaciones. Barrió la somnolencia bajo los bordes de su mente segregando una dosis de «*ganancia*» glandular. Si seguía haciéndolo los tres días, después necesitaría un montón de sueño, pero pasaría una semana a bordo de la *Zona gris/Follacarne;* tiempo de sobra para recuperarse. El zumbido de la *ganancia* lo recorrió, aclarándole la cabeza y limpiando los efectos de la fatiga de su cuerpo. Gradualmente, lo fue embargando una sensación de paz descansada y preparada.

Juntó las manos detrás del cuello y levantó una mirada de felicidad hacia el cielo azul y salpicado de nubes que había más allá de las frondas de los dos árboles que flotaban sobre él. El mero movimiento, realizado en la gravedad de un G estándar, le proporcionó una sensación de ligereza, casi puerilmente agradable. La gravedad estándar para la Afrenta era más del doble que la gravedad humana que predominaba en la Cultura y Genar-Hofoen pensó que el hecho de que hubiera dejado de percatarse hacía tiempo de que cada día se sentía más pesado era una muestra de lo bien y lo deprisa que se había adaptado a las condiciones ambientales de God'shole.

Tuvo una idea. Cerró los ojos un momento y se sumió en el estado de semi-trance que los adultos de la Cultura empleaban cuando necesitaban comprobar su estado fisiológico y tenían tiempo de hacerlo. Rebuscó entre las diversas imágenes interiores de su cuerpo hasta que se vio a sí mismo sobre una pequeña esfera. La esfera proyectaba una gravedad estándar. Su cerebro había registrado el hecho de que llevaba varias horas en un campo gravitatorio reducido y se había ajustado a ello. A partir de ahora empezaría a perder masa muscular y ósea, a reducir el grosor de sus venas y a acometer los centenares de alteraciones diminutas pero importantes que necesitaba para adaptar su estructura, sus tejidos y sus órganos al peso reducido. Bueno, su subconsciente estaba haciendo su trabajo y no podía saber que regresaría a una gravedad Afrentadora dentro de un mes más o menos. Incrementó el tamaño de la esfera sobre la que estaba su imagen hasta que volvió a corresponder a las dos punto uno gravedades a las que tendría que adaptarse cuando regresara a God'shole. Ya, eso debería bastar. Ya que estaba allí, echó un vistazo rápido a su estado interno. No es que hubiera nada raro; las señales de alarma se hacían notar automáticamente. Todo estaba bien, seguro. La fatiga estaba siendo eliminada, había constancia de la presencia de la *ganancia*, los niveles de azúcar en sangre volvían a la normalidad y, en general, las hormonas estaban regresando a sus niveles óptimos.

Salió del semi-trance, abrió los ojos y miró la pluma terminal, que descansaba sobre un suave tocón esculpido que había junto a la cama. Hasta el momento la había utilizado sobre todo para recibir las respuestas de sus contactos en Contacto, que le habían confirmado lo que sabían sobre aquella misión tan poco –hasta el momento–

exigente. La terminal debía emitir una lucecilla parpadeante cuando hubiera un mensaje para él. Todavía tenía que recibir noticias del VGS *No se inventó aquí*, el Coordinador de Incidentes nombrado para la Excesión. Seguía donde la había dejado, apagada. No había mensajes nuevos. Bueno.

Apartó la mirada y contempló el paso de las nubes por el cielo durante un rato. Entonces se preguntó qué aspecto tendría si lo apagaba.

–Cielo, apagado –dijo en voz baja.

El cielo desapareció y en su lugar apareció el auténtico techo de la suite: una lustrosa superficie negra, cubierta de proyectores, lámpara, protuberancias y surcos varios. Los sonidos de los animales se esfumaron. En el Hotel La Vista, todas las habitaciones eran áticos de lujo. Había cuatro por piso y el único piso que no tenía áticos era el último que, para que nadie en los pisos inferiores creyera que estaban dándole gato por liebre cuando había auténticos áticos disponibles, estaba reservado para la maquinaria y el equipo del hotel. La habitación de Genar-Hofoen se llamaba suite de la jungla, aunque sin la menor duda era la jungla más cuidada, fumigada, templada y en general civilizada que jamás hubiera visto.

–Cielo nocturno, encendido –dijo en voz baja. El lustroso cielo negro fue reemplazado por una negrura salpicada de estrellas de agudo brillo. Volvieron los sonidos animales, algunos de ellos diferentes a los que se oían a la luz del día. Eran animales de verdad, no grabaciones: de cuando en cuando un pájaro sobrevolaba el claro en el que se encontraba la cama o un pez chapoteaba en el lago de baño o un simio recorría a saltos las copas de los árboles o un enorme insecto brillante pasaba volando por el aire.

Era todo terriblemente elegante y aséptico y Genar-Hofoen esperaba con impaciencia la llegada de la noche, cuando tenía la intención de ponerse sus mejores galas y bajar a la ciudad, en este caso Ciudad Nocturna, situada un nivel por debajo de él y donde, tradicionalmente, solían congregarse todos los moradores de Grada capaz de respirar una atmósfera de nitrógeno-oxígeno y tolerar una gravedad estándar –y con ganas de disfrutar de un poco de excitación y diversión–. Una noche en Ciudad Nocturna era justo lo que necesitaba para completar un primer frenesí de diversión enloquecida al comienzo de aquellas cortas vacaciones. Llamar antes de llegar y encargar los servicios de un erogrupo fabulosamente caro para que llevase a la práctica todas sus fantasías sexuales era una cosa –extremadamente satisfactoria, sin la menor duda, se dijo a sí mismo con la debida solemnidad– pero la idea de un encuentro casual con alguien, otro espíritu libre e independiente con sus propios deseos y exigencias, sus propias reservas y requerimientos, eso –precisamente porque lo dejaba todo en manos del azar y de la negociación, precisamente porque podía terminar en nada, en rechazo, en un fracaso a la hora de impresionar y de conectar, en encontrarse deseando en lugar de deseado– era una cosa más valiosa, una empresa

digna del riesgo de un rechazo.

Segregó «*carga*». Eso bastaría.

Segundos más tarde, lleno a rebosar con el deseo de actuar, moverse y la bendita necesidad de *hacer algo*, salió de la cama de un salto, riendo para sí y disculpándose con los adormilados y gruñones pero todavía deseables miembros del erogrupo.

Corrió a la cascada caliente y se metió debajo de ella. Mientras se secaba, le dijo a una criaturilla de pelaje azul y aspecto sabio, vestida con un pulcro chaleco y posada sobre un árbol cercano, la ropa que quería que le prepararan para la velada. La criatura asintió y se marchó saltando entre las ramas.

VI

–No hay de qué preocuparse, Gestra –le dijo el dron mientras salía del voluminoso traje en el vestíbulo que había después de la cámara de descompresión. Gestra Ishmethit se apoyó en un campo manipulador que el dron extendió para él. Dirigió la mirada a la zona principal de la unidad de alojamiento, situada al otro lado del pasillo, pero todavía no había ni rastro de nadie–. La nave ha cambiado los códigos y ha actualizado los procedimientos de seguridad –continuó el dron–. Hace muchos años que no lo hacíamos, pero últimamente ha habido cierta actividad inusual en una zona próxima... Nada amenazante en sí mismo, pero siempre conviene ser cuidadoso. El caso es que ha decidido cambiar las cosas un poco y llevar a cabo la actualización ahora mismo en lugar de más adelante.

El dron colgó el traje del hombre, cubierto todavía de escarcha reluciente, junto a las puertas de la cámara de descompresión.

Gestra se frotó las manos y aceptó los pantalones y la chaqueta que el dron le ofrecía. No apartó la mirada del pasillo.

–La nave ha sido verificada y autenticada con las necesarias referencias exteriores –le dijo el dron– así que todo está bien, ¿ves? –La máquina le ayudó a abotonarse la chaqueta y le acarició el fino y rubio cabello–. La tripulación quiere subir. Por curiosidad, más que nada.

Gestra se quedó mirando al dron, evidentemente inquieto, pero la máquina le dio unas palmaditas en el hombro con un campo de color rosado y dijo:

–No va a pasar nada, Gestra. Pensé que sería una muestra de buena educación decirles que sí pero si quieres puedes quedarte en tu cuarto. Presentarse para decir hola no estaría mal, pero no es obligatorio. –La Mente hizo que el dron estudiara al hombre durante un momento y comprobara su respiración, su ritmo cardiaco, la dilatación de sus pupilas, la respuesta de su piel, el nivel de feromonas y sus ondas cerebrales–. Ya sé –dijo con voz tranquilizadora–. Les diremos que has hecho un voto de silencio, ¿qué te parece? Puedes recibirlos formalmente, asentir o hacer lo que quieras y yo me encargaré de hablar. ¿Eso te parece bien?

Gestra trago saliva y dijo:

–¡S-s-sí! Sí. –Asintió vigorosamente–. Esa... esa... es una buena... buena idea. ¡Gra-gracias!

–Bien –dijo la máquina junto al hombro del humano mientras cruzaban el corredor en dirección a la zona de recepción principal–. Los Desplazarán aquí dentro de pocos minutos. Haz lo que te he dicho: limítate a asentir y deja que yo diga lo que haya que decir. Me excusaré por ti y tú puedes irte a tu cuarto si lo deseas. Estoy seguro de que no les importará que un dron les haga la visita de cortesía. Mientras tanto, yo estaré recibiendo los nuevos códigos y rutinas. Hay muchas comprobaciones

y trabajo burocrático que hacer, pero a pesar de eso, no creo que la cosa dure más de una hora. No hace falta que les demos una fiesta. Con suerte, cogerán la indirecta y volverán a marcharse. Nos dejarán en paz, ¿eh?

Después de un momento, Gestra asintió vigorosamente. El dron se balanceaba en el aire frente al humano para mostrarle que lo estaba mirando.

–¿Te parece bien? Quiero decir: podría rechazarlos del todo, decirles que no son bienvenidos; pero sería una terrible falta de educación, ¿no crees?

–S-sí –dijo Gestra, frunciendo el ceño y poniendo cara de evidente incertidumbre–. Maleducados. Supongo que sí. Maleducados. No debemos ser maleducados. Lo más probable es que vengan de muy lejos, ¿no? –Una sonrisilla asomó por un instante a sus labios, como una pequeña llama bajo un vendaval.

–Creo que podemos estar bastante seguros de eso –dijo el dron con alegría. Utilizando el campo, le dio unas palmadas amistosas en la espalda.

Gestra sonrió con un poco más de confianza al dirigirse a la zona de recepción principal de la unidad de alojamiento.

La zona de recepción era una habitación de grandes dimensiones llena de sofás y sillas. Normalmente Gestra no le prestaba la menor atención. No era más que un gran espacio que tenía que atravesar para ir y volver desde los compartimientos de descompresión que conducían a los hangares de las naves. Ahora miraba cada uno de los asientos y sofás de aspecto confortable como si representaran una amenaza terrible. Sintió que su nerviosismo regresaba. Se limpió la frente mientras el dron se detenía junto a un sofá y le indicaba que tomara asiento.

–Vamos a echar un vistazo, ¿te parece? –dijo el dron mientras Gestra se sentaba. Al otro lado de la habitación apareció una pantalla en el aire. Empezó siendo un punto brillante y rápidamente se ensanchó hasta convertirse en una línea de ocho metros de longitud que, a continuación, pareció desplegarse hasta llenar los cuatro metros de espacio que había entre el suelo y el techo.

Negrura. Lucecillas. El espacio. De repente Gestra se dio cuenta del tiempo que había pasado desde la última vez que había visto algo así. Entonces, entrando poco a poco en la pantalla, apareció una forma grisácea, alargada y oscura, esbelta, asimétrica, con dos extremos, que recordó a Gestra el eje y los radios del cabrestante de una nave.

–La Unidad Limitada de Ofensiva de clase Asesino *Regulador de actitud* –dijo el dron con tono prosaico, casi aburrido–. Aquí no tenemos ninguna de ese tipo.

Gestra asintió.

–No –dijo, y entonces se detuvo para aclararse la garganta unas pocas veces–. No tiene... no tiene patrones... en el casco.

–Es cierto –dijo el dron.

La nave se había detenido y ocupaba casi toda la pantalla. Las estrellas rotaban

lentamente tras ella.

–Bien, yo... –dijo el dron, y se detuvo. Al otro lado de la habitación, la pantalla parpadeó.

El aura del dron se apagó. Cayó, rebotó en el asiento que Gestra tenía al lado y chocó pesadamente, sin vida, contra el suelo.

Gestra se lo quedó mirando. Una voz que parecía un suspiro dijo:

–... sssssálvatttteeeee...

Y entonces las luces se apagaron, hubo un zumbido alrededor de Gestra y salió un diminuto zarcillo de humo de la parte superior de la carcasa del dron.

Gestra se levantó de un salto, miró a su alrededor como un poseso y a continuación volvió a sentarse y se acurrucó allí, mirando al dron. El pequeño zarcillo de humo estaba disipándose. El zumbido perdía intensidad con rapidez. Gestra se agarró las rodillas con las dos manos y miró en todas direcciones. El zumbido cesó.

La pantalla quedó reducida a una línea que flotaba en el aire, luego menguó hasta convertirse en un punto y por fin se apagó. Al cabo de un momento, Gestra alargó una mano y empujó el cuerpo del dron. Parecía sólido y caliente. No se movió.

Al otro lado de la habitación, una secuencia de impactos sacudió el aire. Detrás de donde había aparecido la pantalla en el aire brotaron de pronto cuatro diminutas esferas reflectantes, que crecieron casi al instante hasta alcanzar los tres metros de diámetro y se quedaron allí, flotando sobre el suelo. Gestra se puso en pie de un salto y empezó a apartarse. Frotándose las manos, lanzó una mirada hacia el pasillo de las cámaras de descompresión. Las esferas desaparecieron como globos reventados y en su lugar aparecieron unas cosas complicadas que parecían naves espaciales en miniatura, no mucho menores que los reflectantes orbes.

Una de ellas se dirigió hacia Gestra, que dio media vuelta y echó a correr.

Corrió lo más deprisa que pudo por el pasillo, con los ojos muy abiertos, el rostro distorsionado por el miedo y los puños apretados.

Algo que lo seguía a toda velocidad chocó con él y lo derribó sobre el suelo alfombrado. Tras dar varias vueltas, se detuvo. Se había rozado el rostro con la alfombra y le dolía. Levantó la mirada, con el corazón palpitando salvajemente en el pecho y el cuerpo entero temblando. Dos de las cosas que parecían naves lo habían seguido por el pasillo. Flotaban a un par de metros de distancia, una a cada lado. Olían a algo extraño. Cada una de ellas tenía un poco de escarcha encima. La más cercana extendió una cosa parecida a una manguera alargada y trató de sujetarlo por el cuello. Gestra se agachó y se hizo un ovillo en el suelo, tendido de costado sobre la alfombra, con la cara a la altura de las rodillas y aferrándose los talones con las manos.

Algo lo tocó en los hombros y la espalda. Oyó los ruidos apagados que hacían las dos máquinas. Empezó a lloriquear.

Entonces, una enorme fuerza lo golpeó en el costado; escuchó un crujido y sintió un dolor ardiente en el brazo. Lanzó un grito, pero no separó el rostro de las rodillas. Sintió que sus intestinos se relajaban. Se mojó los pantalones. Fue consciente de que algo en su cabeza eliminaba el furioso dolor del brazo pero nada hubiera podido desactivar el calor de la vergüenza y el azoramiento. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Hubo un ruido como "¡Ka!", seguido por un sonido de succión y una brisa empezó a acariciarle el rostro y las manos. Después de un momento levantó la cara y vio que las dos máquinas se habían dirigido a las compuertas de la cámara de descompresión. Algo se movió en la zona de recepción y a continuación otra de las máquinas apareció por el pasillo. Frenó su marcha mientras se le acercaba. Volvió a agachar la cabeza. Otro sonido de succión y otra brisa.

Volvió a levantar la mirada. Las tres máquinas estaban moviéndose alrededor de las compuertas. Gestra sorbió por la nariz. Las tres máquinas se apartaron de las puertas y a continuación se posaron en el suelo. Gestra esperó para ver qué ocurría a continuación.

Hubo un destello y una explosión. La compuerta central estalló en una bocanada de humo que se extendió por el pasillo y a continuación retrocedió, como si algo estuviera tragándose la explosión y devolviéndola a donde habían estado las puertas. Estas habían desaparecido, dejando tras de sí una cavidad oscura.

Gestra sintió el tirón de una corriente y entonces la corriente se convirtió en un viento y el viento se convirtió en una tormenta que aulló y luego atronó sobre él y por fin empezó a arrastrarlo por el suelo. Lanzó un grito de terror y trató de sujetarse a la alfombra con el brazo sano. Resbaló por el corredor en medio del rugido del aire y sus dedos arañaron el suelo tratando de encontrar asidero. Clavó las uñas, su mano se cerró alrededor de las fibras, y se detuvo.

Escuchó unos ruidos sordos y, jadeando y con los ojos llenos de lágrimas y azotados por el viento, levantó la mirada hacia la zona de recepción. Algo se movía a saltos en el iluminado umbral de la sala circular. Vio que la vaga y redonda forma de un sofá rebotaba con estrépito contra el suelo a veinte metros de distancia y se precipitaba hacia él sobre el aullante chorro de aire. Se oyó a sí mismo gritar algo. El sofá chocó contra el suelo a diez metros de distancia, girando como una peonza.

Pensó que no iba a golpearlo, pero uno de sus extremos le alcanzó en el pie y se lo llevó consigo. La tormenta de aire lo levantó en vilo y, mientras caía entre las formas de las tres máquinas, empezó a gritar. Una de sus piernas chocó con los bordes destrozados de la brecha de las compuertas y le desgarró la carne a la altura de la rodilla. Salió flotando al enorme espacio del hangar y, primero su grito y luego el vacío del propio hangar, le arrancaron el aire de los pulmones.

Se detuvo sobre el frío y duro suelo del hangar a cincuenta metros de las

destrozadas compuertas. La sangre que brotaba de sus heridas se congelaba al instante. El frío y un completo silencio se cernieron sobre él. Sintió que sus pulmones se colapsaban y algo burbujeaba en su garganta. Le dolía la cabeza tanto como si estuviera a punto de salírsele el cerebro por la nariz, los ojos y los oídos, y hasta el último de sus tejidos y sus huesos parecieron tintinear con una fugaz y aturdidora agonía antes de entumecerse.

Dirigió la mirada a la oscuridad que lo envolvía y las colosales alturas de las naves de extraños dibujos que lo rodeaban.

Entonces los cristales de hielo que estaban formándose en sus ojos fracturaron su visión y la astillaron y multiplicaron como si estuviera mirando por un prisma, antes de que todo se apagara y se volviera negro. Estaba tratando de gritar, de aullar, pero no sentía más que un terrible y asfixiante frío en la garganta. Al cabo de un momento no pudo ni siquiera moverse y se quedó paralizado en el suelo del vasto espacio, inmóvil en su miedo y su confusión.

El frío lo mató, finalmente, y su cerebro se apagó en fases concéntricas, congelando primero las funciones cognitivas, luego el cerebro mamífero inferior y por fin el casi reptiliano centro primitivo. Sus últimos pensamientos fueron que no volvería a ver sus modelos de naves en miniatura, ni sabría por qué las naves de guerra de las frías y oscuras salas tenían aquellos dibujos.

¡Victoria! El comandante Luna Creciente Parchestación IV, de la tribu de la Visión Lejana ordenó al traje que avanzara, atravesó las destrozadas puertas de la sala de descompresión y entró en la zona de los hangares. Las naves estaban allí. Clase Gángster. Su mirada recorrió sus filas. Sesenta y cuatro en total. En privado había temido que fuera todo un engaño, un truco de la Cultura.

Junto a él, el traje del oficial de armas avanzaba sobre el suelo –sobre el cuerpo del humano– en dirección a la más cercana de las naves. La otra figura, el guardaespaldas personal del comandante Afrentador, rotaba, vigilando.

–Si hubierais esperado otro minuto –dijo con tono cansado la voz de la nave de la Cultura por el comunicador del traje–, podría haberos abierto la compuerta.

–No me cabe duda –dijo el comandante–. ¿Está la Mente bajo control?

–Del todo. Al final ha sido tan ingenua que ha resultado conmovedor.

–¿Y las naves?

–Inactivas. Imperturbables. Dormidas. Creerán lo que se les diga.

–Bien –dijo el comandante–. Da comienzo al proceso de despertarlas.

–Ya está en marcha.

–Aquí no hay nadie más –dijo el oficial de seguridad por el comunicador. Se había dirigido a la zona de alojamiento humano mientras ellos se encaminaban a las compuertas.

–¿Algo de interés? –preguntó el comandante, mientras seguía a su oficial de armas hacia la más cercana de las naves de guerra. Trató de impedir que su excitación se transmitiera a su voz. ¡Las tenían! ¡Las tenían! Tuvo que pisar a fondo el freno del traje. En su entusiasmo había estado a punto de colisionar con su oficial de armas.

En la zona en ruinas que había sido el lugar en el que vivían los humanos, el oficial de seguridad se balanceaba en el vacío, examinando el caos provocado por el remolino de aire. Cosas humanas: ropa, muebles, algunas estructuras complicadas, maquetas o algo así.

–No –dijo–. Nada de interés.

–Hmmm –dijo la nave. Había algo en su tono que provocó cierta inquietud en el comandante. Al mismo tiempo, su oficial de armas volvió su traje hacia él.

–Señor –dijo. Una luz se encendió e iluminó un círculo de un metro de diámetro en el casco de la nave. Su superficie estaba decorada y marcada con desenfreno, cubierta de extraños y sinuosos diseños. El oficial de armas pasó la luz por otras secciones próximas del casco curvo de la nave. Era todo igual, todo estaba cubierto de aquellos curiosos y ensortijados patrones y motivos.

–¿Qué? –preguntó el comandante, a estas alturas bastante preocupado.

–Esta... complejidad –dijo el oficial de armas, con voz perpleja.

–También es interna –intervino la nave de la Cultura.

–Es... –balbució el oficial de armas. Su traje se acercó más al casco de la nave de guerra, hasta que estuvieron casi en contacto–. ¡Tardaremos una eternidad en examinarlas! –dijo–. ¡Llega hasta el nivel atómico!

–¿El *qué?* –dijo el comandante con voz seca.

–Las naves han sido, usando el término técnico, barroquizadas –dijo la nave de la Cultura–. Siempre fue una posibilidad. –Emitió un sonido parecido a un siseo–. A cada una de las naves se le han inscrito diseños fractales semialeatorios e impredecibles utilizando menos del uno por ciento de su masa. Existe la posibilidad de que, ocultos en esta complejidad, haya nanomecanismos de seguridad independientes que se activarán al mismo tiempo que los sistemas principales de la nave y que requerirán de confirmaciones independientes de que todo marcha bien. De lo contrario, tratarán de desactivar o incluso destruir las naves. Habrá que encargarse de ellos. Tal como dice tu oficial de armamento, habrá que examinar cada nave al menos hasta el nivel de los átomos individuales. Emprenderé la tarea en el mismo instante en que haya terminado de reprogramar la Mente de la base. Nos retrasará un poco, eso es todo. En cualquier caso hubiéramos tenido que examinar las naves y además, nadie sabe que estamos aquí. Tendrás tu flota de guerra en cuestión de días en lugar de horas, comandante, pero la tendrás.

El traje del oficial de armamento se volvió hacia el del oficial. La luz que iluminaba los extravagantes diseños se apagó. De algún modo, por su forma de

realizar estas acciones, el oficial de armas transmitió al comandante una sensación de escepticismo, e incluso de disgusto.

–¡Ka! –dijo el comandante despectivamente, antes de revolverse y encaminarse a las compuertas. Necesitaba destrozar algo. La sección de alojamiento debía de contener objetos poco importantes que resultarían satisfactorios. Su guardaespaldas personal fue tras él, con las armas a punto.

Al pasar sobre el cuerpo inmóvil y paralizado del humano –ni siquiera *esto* le había proporcionado diversión alguna–, Luna Creciente Parchestación IV, comandante de la tribu de la Visión Lejana y del acorazado *Xenoclasta* –trasladado temporalmente a la nave alienígena *Regulador de actitud*– desenfundó una de las armas externas de su traje y redujo la pequeña figura a un millar de pedazos, que se desperdigaron, helados, rosas y blancos, sobre el frío suelo del hangar como una pequeña y delicada nevada.

7. Grada

I

Las investigaciones requerían tiempo. Estaba el tiempo que hasta la información transmitida por el hiperespacio necesitaba para atravesar una porción significativa de la galaxia –había que organizar complicadas rutas, hablar con otras Mentes, a veces después de organizar un encuentro porque alguna de ellas estaba temporalmente ausente en el espacio de Diversión Infinita–. Luego había que conversar un rato, o intercambiar rumores o chistes o ideas antes de hacer una petición o sugerencia que desviaba u ocultaba una búsqueda de información. A veces estos desvíos implicaban también sus propios circunloquios, maniobras y desvíos, pues las Mentes implicadas decidían restarle importancia a su propia implicación o implicar a otros, lo que a menudo se traducía en enloquecidos caminos indirectos, que se subdividían y volvían a subdividirse hasta que al fin la pregunta relevante terminaba por recibir respuesta y la respuesta, asumiendo que fuera directa, emprendía el no menos tortuoso camino de regreso a quien originalmente la había formulado. Con frecuencia se enviaban programas buscadores o sumarios de estados mentales enteros en misiones aún más complicadas, con instrucciones detalladas sobre lo que debían buscar, dónde debían buscarlo, a quién debían preguntar y cómo debían ocultar sus huellas.

En su mayor parte se hacía así: a través de Mentes, memorias de núcleos de IA e innumerables sistemas públicos de almacenamiento, reservas de información y bases de datos llenas de listas, itinerarios, programas, planos, catálogos, registros, órdenes del día y proyectos.

Sin embargo, en ocasiones, cuando este camino –el camino relativamente sencillo, rápido y simple– estaba cerrado por alguna razón, relacionada normalmente con el secreto que envolvía la pregunta, había que hacer las cosas a la manera lenta, la manera tosca, la manera física. Algunas veces no había alternativa.

El dirigible de vacío se aproximaba a la isla flotante bajo un brillante y despejado cielo nocturno lleno de luna y luz de estrellas. El elemento principal de la aeronave era un disco gigantesco y grueso de medio kilómetro de longitud y con un acabado que parecía aluminio cepillado. Despedía un resplandor tan intenso bajo la luz azulada que era como si estuviera cubierto por una capa de escarcha, a pesar de que la noche era templada y agradable, y flotaba en ella el denso aroma de las viñas y las trepadoras de la sierra. Las dos góndolas de la nave –una superior y otra suspendida debajo de ella– eran discos más pequeños y delgados de solo tres pisos de altura, cada uno de las cuales giraba lentamente en direcciones diferentes y cuyos extremos despedían un resplandor luminoso.

Bajo la aeronave, el mar era casi todo negro, aunque en algunos sitios se veían

gigantescas V iluminadas que se apagaban lentamente, los rastros dejados por las enormes criaturas marinas cuando emergían a la superficie a respirar o a cribar las aguas superficiales en busca de sus diminutas presas y al hacerlo perturbaban el plancton luminoso que flotaba en las proximidades de la superficie.

La isla, cuya base era un alargado pilar en forma de flauta que se hundía un kilómetro en las profundidades salinas del mar y cuyas afiladas montañas con forma de aguja se extendían una distancia similar hacia el despejado cielo, flotaba sobre las aguas sacudidas por la brisa. También ella estaba salpicada de lucecillas: de pequeñas aldeas, ciudades, casas individuales, linternas encendidas en las playas y en pequeñas aeronaves que habían salido para dar la bienvenida al dirigible de vacío.

Las dos góndolas de lento giro se detuvieron gradualmente, preparándose para atracar. En ambos segmentos se congregó gente en los lados más próximos a la isla para contemplar la vista. El sistema de la aeronave registró el desequilibrio y bombeó esferas de carboburbuja de uno de los tanques al otro para mantener la quilla en horizontal.

La ciudad principal de la isla, con su torre de atraque brillantemente iluminada, se acercaba flotando con lentitud. Los láseres, fuegos artificiales y focos competían por llamar la atención.

–En serio, Tish, debería ir –dijo el dron Gruda Aplam–. No es que lo prometiera, pero más o menos dije que probablemente me pasaría...

–Ah, puedes parar en el camino de vuelta –dijo Tishlin, moviendo su vaso–. Que te esperen.

Se encontraban en la terraza de uno de los bares del nivel intermedio de la góndola inferior. El dron –una máquina muy antigua, formada por dos cubos redondeados y montados el uno sobre el otro y casi tan grande como un ser humano– flotaba a su lado. Se habían conocido aquel día, el cuarto del crucero que recorría las islas flotantes del Orbital y habían congeniado al instante, como si se conocieran desde hace un siglo o más. El dron era mucho más viejo que el humano, pero había descubierto que compartían actitudes, creencias y un mismo sentido del humor. Y además, a los dos les encantaba contar historias. Tishlin tenía la impresión de que todavía no había llegado ni a arañar la superficie de los relatos del tiempo que la antigua máquina había pasado en Contacto, un milenio antes (cuando ya se le consideraba un viejo gruñón).

Le gustaba aquella máquina. Había venido al crucero buscando una historia de amor y seguía esperando encontrarla, pero se alegraba de haber encontrado a un compañero y anecdotista tan perfecto. El problema era que se suponía que el dron tenía que desembarcar e ir a visitar a unos viejos colegas drones que vivían en la isla antes de continuar el crucero en el siguiente dirigible que pasara, pocos días después. Un mes más tarde se marcharía en el VGS que lo había llevado allí.

–Pero eso sería como dejarlos tirados.

–Mira, quédate solo otro día –le sugirió el hombre–. No has terminado de contarme eso... ¿cómo se llamaba, Bhughrendi?

–Sí, Bhughrendi –dijo el viejo dron con una risilla.

–Exacto, Bhughrendi; las explosiones marinas y eso del efecto de interferencia o lo que sea.

–La peor manera imaginable de lanzar una nave –asintió el viejo dron, y emitió un sonido parecido a un siseo.

–¿Y qué paso?

–Como ya te dije, es una larga historia.

–Pues quédate hasta mañana. Cuéntamela. Eres un dron, demonios; puedes regresar flotando...

–Pero es que les dije que pasaría a verlos cuando llegara la astronave, Tish. Además, mis unidades AG necesitan una revisión; seguramente fallarían, y yo acabaría en el fondo del mar, pidiendo a gritos que me rescataran; una cosa muy embarazosa.

–¡Pues coge una nave! –dijo el hombre con la mirada fija en la costa de la isla, que en aquel momento pasaba flotando por debajo de ellos. En las playas había grupos de gente reunidos en fogatas, saludando al dirigible con la mano. La cálida brisa arrastraba música.

–Oh, no lo sé... seguro que se enfadan.

Tishlin bebió un trago de su vaso y frunció el ceño mientras contemplaba el romper de las olas contra la playa que precedía a las luces de la ciudad. Un fuego de artificio especialmente grande y vivido estalló en el aire, justo delante de la brillante torre de atraque. Por toda la abarrotada terraza se levantaron los esperables *Ooos* y *Aaahs*.

El hombre chasqueó los dedos.

–Ya lo tengo –dijo–. Envía un sumario de estado mental.

El gran dron titubeó y entonces dijo:

–Oh, uno de esos. Hmm. Bueno. Sigue sin ser lo mismo. Además, nunca lo he hecho. No estoy seguro de aprobarlo realmente. O sea, eres tú pero no eres tú, ¿sabes?

Tishlin asintió.

–Por supuesto. Yo tampoco sé muy bien si creo que la cosa es tan inocua como dicen. O sea, se supone que deben *actuar* como seres vivos sin *serlo,* de modo que, ¿no son *realmente* seres vivos? ¿Qué les pasa cuando los apagan? No estoy seguro de que no haya una cierta inmoralidad en todo ello. Pero yo mismo he creado alguno. Y he hablado con él. Tengo mis reservas, como tú dices, pero... –Miró a su alrededor y a continuación se inclinó para acercarse un poco más a la carcasa marrón de la

máquina–. En realidad fue por un asunto de Contacto...

–¿De veras? –dijo la vieja máquina. Apartó un instante el cuerpo entero y a continuación volvió a acercarlo y se inclinó hacia Tishlin. Extendió un campo redondo alrededor de los dos. Los sonidos del exterior se apagaron. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un eco distante que indicaba que el campo estaba manteniendo lo que decían en privado–. ¿Qué fue lo que...? Espera, si no puedes contárselo a nadie...

Tishlin hizo un ademán.

–Bueno, oficialmente no –dijo mientras se recogía el pelo cano detrás de una oreja–, pero tú eres un veterano de Contacto y ya sabes que a Circunstancias Especiales le gusta dramatizar las cosas.

–¡Circunstancias Especiales! –dijo el dron alzando la voz–. ¡No me habías dicho que fuera cosa de ellos! No estoy seguro de querer oír esto –dijo con una risilla.

–Bueno, me pidieron... un favor –dijo el hombre, complacido en su fuero interno de haber podido impresionar por fin al viejo dron–. Fue un asunto familiar. Tuve que grabar una de esas malditas cosas para que pudiera ir a ver a un sobrino mío y tratar de convencerlo de que debía poner su granito de arena por la causa. Lo último que he oído es que el chico hizo lo que debía y se embarcó en un VGS Excéntrico. –Observó cómo pasaban debajo de ellos las afueras de la ciudad. En una terraza llena de flores se veía un grupo de gente bailando. No costaba imaginarse los gritos de alegría y la desbocada y salvaje música. El aroma de la carne asada ascendió lentamente sobre el parapeto del balcón y atravesó el campo de silencio.

»Después de aquello, me preguntaron si quería que lo reincorporaran –le contó al dron–. Me dijeron que podían llamarlo de regreso y volver a metérmelo en la cabeza, más o menos, pero les dije que no. Solo con pensarlo me daban escalofríos. ¿Y si había cambiado mientras había estado fuera? Podía terminar con ganas de ingresar en alguna orden exiliante o autoeutanásica o algo por el estilo. –Sacudió la cabeza y vació el vaso–. No; les dije que no. Confío en que la maldita cosa no estuviera realmente viva pero si lo estaba o lo está, no va a volver a mi cabeza. No, gracias. Lo siento mucho.

–Bueno, si lo que te dijeron es cierto, puedes hacer con él lo que quieras, ¿no?

–Exacto.

–Bueno, no creo que yo lo haga –dijo el dron. Parecía pensativo. Giró hacia él. El campo a su alrededor desapareció. El sonido de los fuegos artificiales regresó–. A ver qué te parece esto –dijo el viejo dron–. Bajaré a ver a esos amigos, pero me reuniré contigo dentro de un par de días, ¿de acuerdo? Lo más probable es que no esté allí más que un día o dos. Francamente, son unos viejos gruñones. Cogeré una nave o trataré de venir volando yo solo si me siento con ganas de aventura. ¿De acuerdo? –Extendió un campo.

–De acuerdo –dijo Tishlin y le estrechó el campo con la mano.

El dron Gruda Aplam ya había contactado con su viejo amigo de la UGC *Forma el carácter*, alojado actualmente en el VGS *Gravitas cero*, que en aquel momento se encontraba atracado en una plataforma lejana del Orbital Seddun. La UGC se comunicó con el Núcleo Orbital Tsikiliepre, que a su vez se puso en contacto con la Entidad Ulterior *Punto elevado*, que envió una señal a la VSL *Misofista*, que pasó el mensaje a la Mente Universitaria de Oara, en la plataforma Khasli del sistema Juboal, que a su vez retransmitió la señal, junto con una interesante serie de glifos rimados, poemas ordinarios y juegos de palabras, basados todos ellos en la señal original, a su protegido favorito, el VSL *Solo llamadas serias*.

[punto estrecho intermitente, M32, tra. @4.28.866.2083]
º º VSL *Solo llamadas serias*
ª ª Excéntrica *Liquídalos más tarde*
oo

Es Genar-Hofoen. Ahora estoy convencida. No sé por qué es tan importante para la conspiración, pero estoy segura de que lo es. He elaborado un plan para interceptarlo en Grada. El plan implica la Roca Phage. ¿Me apoyarás si solicito su ayuda?

aa

Mi querida amiga, por supuesto.

oo

Gracias. Haré la petición de inmediato. Me temo que nos veremos obligados a tratar con aficionados. No obstante, confío en encontrar a un aficionado con el perfil apropiado. Cierta fama podría servirnos a falta de entrenamiento de Circunstancias Especiales ¿Qué se sabe de nuestro camarada contra-conspirador?

aa

Nada. Puede que esté pasando más tiempo en la Tierra de la DI.

oo

¿Y la nave y Miseria?

aa

Llegará dentro de once días y medio.

oo

Hmmm. Cuatro días después de que podamos llevar a alguien a Grada. Entra dentro de lo posible que la nave esté encaminándose a una situación peligrosa. ¿Es capaz de cuidarse sola?

aa

Oh, creo que es capaz de dar mucho de sí. El hecho de que sea una Excéntrica no significa que no conozca algunos trucos.

oo

Confiemos en que estas medidas no sean necesarias.

aa

Estoy de acuerdo.

II

A cierta escala, un Vehículo General de Sistemas de clase Placa era una construcción sencilla. Contenido en un envoltorio de campos externos, su cuerpo material tenía cuatro kilómetros de grosor. Los últimos mil metros eran casi todo motor, los dos kilómetros intermedios eran espacios de la nave –una estructura cerrada de muelles, hangares y compartimientos, como un sistema de cuevas cubista con muchísimas capas– y los últimos mil metros se dedicaban a espacios habitables, para seres humanos en su mayor parte.

Utilizando estas cifras sencillas, cualquiera podía calcular aproximadamente la velocidad máxima de una nave a partir del kilometraje cúbico de sus motores, el número de naves de un tamaño determinado que podía contener a partir del tamaño de sus hangares y zonas de ingeniería, y el número total de seres humanos que podía alojar sumando simplemente los kilómetros cúbicos dedicados a espacios habitables.

La *Servicio durmiente* había conservado su disposición original interna casi intacta, cosa muy rara en una nave Excéntrica. Normalmente, lo primero que hacían estas naves era reconfigurar drásticamente su forma física y su trazado interno siguiendo los dictados de algún concepto estético privado, una obsesión irresistible o un mero capricho, pero el hecho de que la *Servicio durmiente* hubiera respetado su diseño inicial y simplemente le hubiera añadido un océano y un medio ambiente gaseoso hacía que fuera más o menos fácil evaluar su comportamiento y disposición y llegar a la conclusión de que, a pesar de haberse convertido en Excéntrica, no era propensa a las extravagancias.

Además de estas sencillas estimaciones aritméticas sobre las capacidades de una nave, cuando uno estaba tratando con una nave Excéntrica, siempre era buena idea, por descontado, contar con una pequeña ventaja. Información, para ser más concretos. Una visión interior; un espía.

En su aproximación al sistema Dreve, el VGS de clase Placa *Servicio durmiente* viajaba a su velocidad estándar de crucero de unos cuarenta mil años luz. Ya había anunciado su deseo de detenerse en el sistema interior así que, como cabía esperar, empezó a frenar al atravesar la órbita del planeta más alejado del centro del sistema, situado a una semana luz de la estrella.

La *Ángel bostezante*, el VGS que le seguía el rastro a pocos miles de millones de kilómetros, deceleró al mismo ritmo. La *Ángel bostezante* era otro de tantos VGS que habían accedido a participar en la vigilancia de la *Servicio durmiente*. No era una tarea especialmente costosa (de hecho, ningún VGS sensato hubiera deseado que lo fuera), aunque sí que acarreaba cierto grado de glamour indirecto: proteger a la rareza, dejar que fuera donde quisiera al mismo tiempo que se mantenía la fraternal vigilancia que una nave tan enormemente poderosa y que abrazaba tan excéntrico

credo merecía a todas luces. La única cualificación necesaria para participar en la vigilancia de la *Servicio durmiente* era ser fiable y tener la capacidad de seguirla si alguna vez decidía poner pies en polvorosa. En otras palabras, ser más rápida que ella.

La *Ángel bostezante* llevaba casi un año haciendo el trabajo y no lo encontraba complicado. Naturalmente, era un poco molesto no poder trazar el propio rumbo pero, siempre que una tuviera la actitud apropiada y abordara la tarea con la convicción, dominante entre las Mentes de la Cultura, de que la eficiencia era la quintaesencia del universo, podía ser una experiencia extrañamente satisfactoria e incluso liberadora. Los VGS siempre eran requeridos en muchos más lugares de los que podían visitar, de modo que suponía un cierto alivio poder echar la culpa a otro cuando una tenía que frustrar los deseos y las peticiones de muchas otras personas y naves.

Aquella parada en Dreve, por ejemplo, no estaba prevista –La *Servicio durmiente* había trazado un rumbo razonablemente predecible que parecía fijado al menos para el próximo mes– pero ya que se encontraban allí, la *Ángel bostezante* podría descargar unas pocas naves, subir a bordo otras dos y cambiar parte de su personal. Habría tiempo. La *Servicio durmiente* nunca había respondido a la presencia de las naves que le seguían el rastro y tampoco, desde que se convirtiera en Excéntrica, cuarenta años antes, había enviado un itinerario, pero tenía ciertas obligaciones con la gente a la que debía traer de nuevo al mundo de los vivos y siempre anunciaba con antelación el tiempo que iba a pasar en los sistemas que visitaba.

Estaría en Dreve una semana. Un tiempo insólitamente largo. Hasta entonces, nunca se había quedado más de tres días en ningún sitio. La conclusión, según el grupo de naves que se consideraban expertas en el comportamiento de la *Servicio durmiente*, y según lo que el VGS había estado diciendo en sus cada vez más infrecuentes comunicaciones, era que se disponía a desembarcar todo su cargamento. Todos los Almacenados y todas las grandes criaturas marinas, aéreas y nativas de gigantes de gas que había recogido en el transcurso de las últimas décadas serían trasladadas –físicamente, según parecía, en lugar de Desplazadas– a hábitats compatibles.

Dreve era el sistema ideal para hacerlo. Hacía cuatro mil años que pertenecía a la Cultura, contaba con nueve mundos más o menos salvajes y tres Orbitales –brazaletes gigantescos de unos pocos miles de kilómetros de anchura pero de diez millones de kilómetros de diámetro–, que giraban apaciblemente en sus propias y cuidadosamente alineadas órbitas y que albergaban casi setenta millones de almas. Algunas de esas almas eran muy diferentes a los humanos. La tercera parte de cada uno de los Orbitales contenía ecosistemas diseñados para criaturas muy diferentes; uno de ellos, moradores de gigantes gaseosos; otro, seres acostumbrados a atmósferas de metano; y

otro, especies de silicona acostumbradas a altas temperaturas. La fauna que la *Servicio durmiente* había recogido en los gigantes gaseosos podría alojarse confortablemente en una subsección del Orbital apropiado y las criaturas marinas y aéreas podrían encontrar acomodo en aquel mundo o en cualquier otro.

Una semana de vacaciones. La *Ángel bostezante* pensaba que eso satisfaría especialmente a la tripulación humana. Una de las muchas cosas insignificantes –aunque significativas y dolorosas– que podían acarrear para un VGS una pérdida de prestigio ante sus iguales era una tasa de reemplazo de la tripulación superior a la habitual, así que cuando la gente había empezado a quejarse por no saber dónde iban a estar la próxima semana y el próximo mes y había decidido mudarse, a pesar de que lo esperaba, para el *Ángel bostezante* había sido una experiencia desoladora; sus protestas no habían servido de nada. Ahora, en cambio, estaba seguro de que una semana entera de estancia en un sistema tan cosmopolita, sofisticado y acogedor convencería a muchos de los que estuvieran vacilando entre la lealtad y las ganas de cambiar de nave de que merecía la pena quedarse a bordo de la vieja *Ángel bostezante*.

La *Servicio durmiente* se había detenido en la trayectoria del Orbital intermedio, una cuarta parte de la órbita por delante de él. Aquella era la posición idónea para distribuir lo más eficazmente posible su cargamento de personas y animales entre los tres mundos. Después de algún tiempo, el Núcleo de Mentes del último de los Orbitales dio su aprobación y la *Servicio durmiente* empezó inmediatamente a prepararse para descargar.

La *Ángel bostezante* observó desde lejos cómo separaba la gran nave sus campos de tracción de la red energética situada bajo el espacio real, desactivaba escáneres primario y delantero, levantaba sus escudos y, en general, llevaba a cabo los numerosos ajustes, grandes y pequeños, que las naves realizaban cuando tenían la intención de quedarse algún tiempo en un sitio. La apariencia externa de la *Servicio durmiente* no varió. Un elipsoide plateado de noventa kilómetros de longitud, sesenta de envergadura y veinte de altura. Sin embargo, al cabo de pocos minutos, empezaron a salir naves menores de la barrera reflectora de campos y se dirigieron a los tres Orbitales con sus cargamentos de personas Almacenadas y criaturas sedadas a bordo.

Todo ello concordaba con los datos que la *Ángel bostezante* había recibido sobre las intenciones del Excéntrico VGS. Hasta el momento todo bien, pues.

Satisfecha, la *Ángel bostezante* siguió flotando en dirección a Teriocre, el Orbital intermedio, que era el que contaba con un medio ambiente gaseoso. Atracó bajo la sección más poblada del Orbital y empezó a organizar el programa de viajes y traslados para sus propios habitantes, junto con una serie de visitas, eventos y fiestas a bordo para dar las gracias a sus anfitriones por su hospitalidad.

Todo estuvo muy tranquilo hasta el segundo día.

Entonces, sin advertencia previa, justo después de que amaneciera sobre la parte del Orbital bajo la que había atracado la *Ángel bostezante*, empezaron a materializarse cuerpos Almacenados y animales gigantes por todo Teriocre.

Personas paralizadas, algunas de ellas ataviadas todavía con los uniformes de los cuadros de los que habían formado parte a bordo de la *Servicio durmiente* aparecieron de repente en el interior de campos deportivos, en playas, en terrazas y calles, en parques, plazas, estadios desiertos y todas las demás instalaciones públicas que el Orbital podía ofrecer. La poca gente que presenció estos sucesos se dio cuenta de que los cuerpos habían sido Desplazados. La aparición de cada uno de ellos fue anunciada por un diminuto punto de luz a la altura de la cintura. Este punto se expandió rápidamente hasta convertirse en una esfera gris de dos metros que, a continuación, estalló y desapareció, dejando tras de sí al Almacenado inmóvil.

Apareció gente sobre la hierba mojada o sentada en los bancos de los parques o desperdigada a centenares sobre el mosaico de las plazas y *piazzas*, como si hubiera acaecido algún terrible desastre o como una exposición escultórica especialmente llamativa. Las máquinas limpiadoras que trabajaban en tales sitios quedaron confundidas, y empezaron a moverse erráticamente entre aquella erupción de obstrucciones nuevas e inesperadas.

En los mares, la superficie se hinchó en cientos de lugares diferentes, respondiendo a la aparición de esferas de agua que eran Desplazadas cuidadosamente debajo de ella. Las criaturas que contenían seguían bajo los efectos de suaves sedantes y se movían con torpeza en sus gigantescas peceras, cada una de las cuales siguió separada del medio circundante unas pocas horas mientras, gradualmente, los campos osmóticos iban ajustando las condiciones de su interior a las del mar que las rodeaba.

En el aire, similares campos gaseosos, mecidos con suavidad por la brisa, rodeaban a bandadas enteras de flotante fauna atmosférica.

Más hacia el interior del Orbital, el medio ambiente gaseoso era testigo de escenas equivalentes de inmigración casi instantánea seguida de una integración gradual.

Los drones de la propia *Ángel bostezante* –sus embajadores en el Orbital– presenciaron un puñado de estas manifestaciones súbitas. Tras un nanosegundo de demora para pedir permiso, el VGS accedió al sistema de vigilancia del Orbital y pudo así contemplar con creciente horror cómo aparecían de la nada cientos, miles, decenas de miles de cuerpos Almacenados por toda la superficie y las ecologías aérea, marina y gaseosa de Teriocre.

La *Ángel bostezante* despertó al instante todos sus sistemas y dirigió su atención a la *Servicio durmiente.*

El gran VGS estaba ya en movimiento, girando el morro hacia el exterior del

sistema. Los campos de sus motores volvieron a adherirse a la red de energía. Sus escáneres estaban ya activados y el resto de su complejo múltiple de campos estaba reconfigurándose rápidamente para emprender un largo viaje por el espacio profundo.

Se puso en marcha sin demasiada rapidez. Sus Desplazadores recibieron de pronto la orden de *recoger* en lugar de *dejar.* En cuestión de segundos, la flota entera de naves pequeñas, completada su genuina y al mismo tiempo engañosa misión de desembarco, había abandonado el sistema. Solo las naves más alejadas y grandes fueron abandonadas.

La *Ángel bostezante* estaba ya realizando sus propios y frenéticos preparativos para partir tras ella, cerrando la mayoría de sus pasillos de tránsito, Desplazando los drones desde el Orbital, solicitando a toda velocidad los permisos de salida al Núcleo del mundo y elaborando un programa para llevar gente al Orbital en naves menores y subir a otros a bordo antes de que su velocidad fuera demasiado grande.

Sabía que era una pérdida de energía pero a pesar de ello envió un mensaje a la *Servicio durmiente*. Mientras la otra nave aceleraba y se alejaba, la observó con detenimiento.

La *Ángel bostezante* empezó a evaluar, juzgar y calibrar.

Buscaba un dato para poder comparar un aspecto de la realidad que era la nave en fuga con la abstracción que era una ecuación sencilla pero crucial. Si la velocidad de la *Servicio durmiente* podía en algún momento describirse con un valor superior a .54 x ns^2, la *Ángel bostezante* tendría problemas.

Puede que los tuviese de todos modos, pero si la gran nave estaba acelerando significativamente más de lo que sus parámetros normales de diseño parecían permitir –a juzgar por la masa adicional de los medios ambientes que transportaba– era posible que los problemas empezasen mucho antes.

Con alivio, la *Ángel bostezante* comprobó que la *Servicio durmiente* estaba moviéndose exactamente con la aceleración prevista; seguiría sin tener dificultades para alcanzarla y aunque pasara otro día cruzada de brazos, podría llegar hasta ella en menos de dos días. Sin embargo, inquieta todavía, la *Ángel bostezante* llevó a cabo una rutina de observación por el sistema, en busca de Desplazamientos inesperados de gigatoneladas de agua y gases: una de las cosas que la *Servicio durmiente* podía hacer para conseguir un aumento repentino de velocidad era arrojar de repente por la borda toda aquella masa y volumen adicionales. No obstante, incluso en este caso, seguiría siendo significativamente más lenta que la *Ángel bostezante*.

El pequeño VGS volvió a retransmitir su educada pero insistente señal. Siguió sin recibir respuesta de la *Servicio durmiente*. Tampoco esto fue una sorpresa.

La *Ángel bostezante* envió una señal a las demás naves de Contacto para informarles de lo que estaba ocurriendo y envió a una de sus naves más rápidas –un superrápida de clase Acantilado que había estacionado en el espacio, más allá de los

campos del VGS, en previsión de esta eventualidad concreta– en persecución del fugado VGS, aunque solo fuera para que supiera que estaba tomándose en serio su fastidiosa y absurda intentona.

Probablemente, la acción de la *Servicio durmiente* fuera solo un acto de testarudez y no algo serio, pero la *Ángel bostezante* no podía ignorar el hecho de que la otra nave estaba abandonando una parte significativa de sus vehículos menores y había recurrido a sus Desplazadores para descargar a las personas y los animales. El Desplazamiento era un procedimiento –sobre todo a tales velocidades– inherente e innecesariamente peligroso; la posibilidad de que algo fuera horrible, terminalmente mal era solo una entre ochenta millones para cada evento de Desplazamiento concreto, pero esto bastaba para impedir que la Mente típica, perfeccionista hasta la exasperación, utilizara el procedimiento salvo en caso de emergencia. Y la *Servicio durmiente* –asumiendo que se había librado de su cargamento entero de seres vivos– debía de haber realizado más de treinta mil Desplazamientos en un minuto o menos, lo que elevaba las probabilidades al rango de probable-jodienda, del que cualquier Mente cuerda se apartaría con total espanto. Aun teniendo en cuenta la Excentricidad de la *Servicio durmiente*, eso parecía indicar que había algo más urgente o significativo de lo normal en sus acciones.

La *Ángel bostezante* se enfrentó a lo que era, en la práctica, una fastidiosa alternativa: podía partir inmediatamente –en menos de cien segundos– y agraviar a un montón de personas que se quedarían a bordo en lugar de encontrarse en el Orbital o viceversa... o podía marcharse dentro de veinte horas y dejar a todo el mundo en el lugar correcto, aunque pudieran sentirse contrariados por el cambio de planes.

Un compromiso; estableció la hora de partida ocho horas más tarde. Por todo el Orbital y en el sistema entero, terminales con forma de anillos, plumas, pendientes, broches, prendas de vestir –y, en las versiones incorporadas, randas neurales– despertaron al sobresaltado personal de la Cultura para entregarle un mensaje urgente. Eso le pasaba por tratar de tener a todo el mundo contento con una semana de permiso...

La *Servicio durmiente*, superados ya los límites del sistema, aceleraba regularmente hacia la oscuridad. Empezó a inducir, pasando entre el espacio inferior y el superior. Su velocidad aparente en el espacio real se multiplicó casi instantáneamente por veintitrés. De nuevo, la *Ángel bostezante* comprobó con alivio que seguía estando donde debía estar. Nada de sorpresas desagradables. La superrápida *Visión caritativa* volaba tras la nave fugada, abriéndose camino también entre las capas del espacio tetradimensional. Alguien había comparado el proceso con los saltos de un pez volador por encima de la superficie del agua, con la única diferencia de que aquí, de cada dos saltos uno se producía en una capa de aire que había debajo del agua, no encima de ella.

La *Ángel bostezante* estaba enviando rápidamente miles de disculpas cuidadosamente compuestas y exquisitamente redactadas a su personal y sus anfitriones. El programa de regresos a la nave, modificado para reflejar las diferentes trayectorias que la *Servicio durmiente* podía adoptar si no permanecía en su curso actual, no causaría demasiados problemas. No había dado permiso para que nadie saliera de la nave hasta que la *Servicio durmiente* hubo soltado la mayoría de su flota, una acción que en su momento se le había antojado demasiado cautelosa pero que ahora parecía casi un acto de adivinación. Delegó parte de sus recursos intelectuales para elaborar una lista de fiestas y lisonjas con las que apaciguar a la tripulación cuando regresara y planificó un permiso de *dos* semanas en Dreve, lleno de fiestas y celebraciones, para disculparse cuando se viera libre de la obligación de seguir a aquella máquina maldita y pudiera reemprender su propio curso.

La *Visión caritativa* le informó de que la *Servicio durmiente* procedía de acuerdo con lo que cabía esperar.

Según parecía, la situación estaba bajo control.

La *Ángel bostezante* revisó sus acciones hasta el momento y las encontró ejemplares. El asunto era sumamente engorroso pero ella estaba respondiendo bien, siguiendo el manual cuando era posible e improvisando cuando parecía sensato, pero siempre con la debida rapidez. Bien, bien. Puede que saliera bien parada de aquel embrollo.

Tres horas, veintiséis minutos y diecisiete segundos después de haber partido, el VGS *Servicio durmiente* alcanzó su Punto de Aceleración Terminal nominal. Allí era donde debía dejar de ganar velocidad, sumergirse en uno de los dos volúmenes hiperespaciales y seguir avanzando a una estupenda y constante velocidad de crucero.

No lo hizo. En su lugar, aceleró más aún. La cifra de .54 ascendió rápidamente a .72, el máximo normal que permitía la clase Placa.

La *Visión caritativa* comunicó este giro de los acontecimientos a la *Ángel bostezante*, que experimentó una conmoción de un milisegundo de duración. Volvió a comprobar todos los informes enviados por las naves, drones, sensores y unidades externas. Nada indicaba que la *Servicio durmiente* hubiera expulsado la masa adicional en ningún punto situado al alcance de sus sensores. Y sin embargo se comportaba como si fuera así. ¿Qué había hecho con ella? ¿Podía haber construido en secreto Desplazadores de largo alcance? (No; hubiera hecho falta la mitad de su masa para construir un Desplazador capaz de transportar un volumen tan grande más allá del alcance de los sensores del *Ángel bostezante* y esto incluía, para empezar, toda la masa adicional que había acumulado a bordo a lo largo de los años, en la forma de los extraños medios ambientes... aunque... ahora que estaba pensando en términos tan extravagantes... existía otra posibilidad asociada... pero no; no podía ser. No había habido ningún indicio, ningún atisbo... no, ni siquiera quería pensar en ello...)

La *Ángel bostezante* modificó todo lo que había organizado antes, en un frenesí de disculpas nuevas, súplicas y salidas aplazadas. Dividió por la mitad el tiempo de espera que había previsto. Partiría dentro de treinta minutos. La situación, trató de explicarle a todo el mundo, estaba volviéndose más urgente.

Los datos de aceleración de la *Servicio durmiente* permanecieron fijos en el máximo de su diseño durante otros veinte minutos, aunque la *Visión caritativa* –que la mantenía cuidadosamente vigilada desde un punto situado tras ella, a varios días luz de espacio real– informó de que estaba captando algunos sucesos extraños en las intersecciones entre los campos de tracción de la nave y la red de energía.

A estas alturas, la *Ángel bostezante* estaba en un estado de estremecedoramente espantosa tensión. Pensando a su máxima capacidad, preocupándose a toda velocidad, consciente brusca y pasmosamente de *lo mucho que tardaban las cosas en suceder*. Un humano en su misma condición habría estado tratando de contener sus intestinos, tirándose de los pelos y farfullando de manera incoherente.

¡Mira a esos humanos! ¿Cómo puede llamarse *vida* a tan glacial lentitud? ¡Podría pasar una edad entera, surgirían y caerían imperios virtuales en el tiempo que tardaban ellos en abrir las bocas para proferir alguna nueva sandez!

Las naves; incluso las naves; estaban limitadas a velocidades subsónicas en la burbuja de aire que rodeaba al VGS y el muelle al que estaba adosado. De pronto se le ocurrió que podía ser una buena idea soltar todo el aire y empezar a moverse en el vacío. Tenía sentido. Por suerte, ya había quitado de en medio todas las vulnerables embarcaciones de recreo y sellado y asegurado las diferentes aberturas del casco. Le explicó al Núcleo lo que estaba haciendo: el Núcleo puso reparos porque él perdería parte de su aire. El VGS expulsó el aire de todas maneras. Todo empezó a ocurrir un poco más deprisa. El Núcleo protestó con un chillido, pero lo ignoró.

Calma; calma; tenía que guardar la calma. Permanecer concentrada, tener presentes los objetivos más importantes.

Un ataque de lo que podían haber sido náuseas humanas embargó la Mente de la *Ángel bostezante* al recibir una señal de la *Visión caritativa*. ¿Que pasaba ahora?

Fuera lo que fuese lo que había temido, esto era peor.

El factor de aceleración de la *Servicio durmiente* había empezado a incrementarse. Casi al mismo tiempo, había excedido su velocidad máxima sostenible normal.

Fascinada, pasmada, horrorizada, la *Ángel bostezante* asistió a un comentario en directo sobre los progresos del VGS, enviado por su cada vez más alejada hija, y mientras tanto ella misma procedió a iniciar la secuencia de acciones y órdenes que conducirían a su casi instantánea partida. Solo doce minutos antes de lo previsto, pero era lo mejor que podía hacer a esas alturas. Y si a la gente le molestaba, que se aguantase.

La *Visión caritativa* informó de que el campo externo de la *Servicio durmiente* había menguado considerablemente y ya solo se extendía un kilómetro desde el casco.

La *Ángel bostezante* abandonó el Orbital y, tras revolverse, apuntar y hacer acopio de todas sus fuerzas, se lanzó al hiperespacio a escasos kilómetros de la superficie inferior del mundo, ignorando los incandescentes aullidos de protesta del Núcleo ante un comportamiento tan maleducado y peligroso, y los asombrados –pero lentos, qué *lentos*– alaridos de la gente que un instante antes había estado caminando por un corredor de tránsito en dirección a uno de los vestíbulos de entrada del VGS y ahora se encontraba en el interior de un campo de emergencia sin ver otra cosa que negrura y estrellas.

Los continuos informes de la superrápida continuaron: la aceleración de la *Servicio durmiente* siguió aumentando, lenta pero regularmente, y entonces se detuvo y descendió a cero. La velocidad de la nave permaneció constante.

¿Era posible? Todavía podía alcanzarla. ¿Había pasado el pánico?

Entonces la velocidad de la nave fugada volvió a incrementarse; lo mismo que su tasa de aceleración. *¡Imposible!*

La espantosa idea que momentos antes había cruzado fugazmente la mente de la *Ángel bostezante* se acomodó en su interior con toda la repulsiva parsimonia de un visitante aparecido por sorpresa.

Hizo los cálculos.

Cojamos la potencia de locomoción de un VGS por kilómetro cúbico de motor. Añadámosle dieciséis kilómetros cúbicos de impulso adicional a ese valor... multipliquémoslo por treinta y dos... y el resultado es exactamente la aceleración que acababa de presenciar. Compartimientos Generales. Buen Dios, había llenado sus compartimientos Generales con motores.

La *Visión caritativa* informó de otro pequeño incremento en la tasa de progreso de la *Servicio durmiente*, que luego condujo a otro paso y otra pausa. Estaba aumentando su propia aceleración para no perderlo.

La *Ángel bostezante* volaba tras ellas, temiendo ya lo peor. Haz los cálculos, haz los cálculos. La *Servicio durmiente* había llenado al menos cuatro de sus compartimientos Generales con motores, los había encendido de dos en dos y había equilibrado el impulso adicional...

Otro incremento.

Seis. Probablemente los ocho, entonces. ¿Y el espacio de ingeniería que había detrás? ¿También había desaparecido?

Cálculos, cálculos. ¿Cuánta masa llevaba a bordo la maldita cosa? Agua; una atmósfera gaseosa a enorme presión. Solo en agua, unos cuatro mil kilómetros cúbicos; cuatro gigatoneladas. Comprímela, altérala, transmútala, conviértela en los

materiales exóticos ultra-densos que requiere un motor capaz de alcanzar la red energética que sustenta el universo y darle un empujón... mucho, mucho más que suficiente. Pero tardaría meses, e incluso años, en construir los motores adicionales... o solo días si hubieras pasado, digamos, las últimas décadas preparando el terreno.

Santa mierda, si era toda motor, ni siquiera la superrápida sería capaz de seguirla. La nave de clase Placa media podía mantener más o menos indefinidamente una velocidad de ciento cuatro kiloaños luz. Una buena nave de clase Cordillera, que era lo que la *Ángel bostezante* se había enorgullecido siempre de ser, podía superar fácilmente esta marca por cuarenta kiloaños luz. La superrápida de clase Acantilado tenía un noventa por ciento de motor. Era más rápida aún que una Unidad Rápida de Ofensiva en las distancias cortas. La *Visión caritativa* podía alcanzar los doscientos veintidós kiloaños luz, pero se suponía que solo durante periodos de una o dos horas. Aquella era la velocidad que se reservaba para el momento álgido de una persecución, no algo que pudiera mantener durante demasiado tiempo.

La cifra que la *Ángel bostezante* estaba temiendo rozaría los doscientos treinta y tres, si la *Servicio durmiente* también había llenado el espacio de ingeniería con motores.

El tono de la *Visión caritativa* había pasado ya de la confusión al asombro y de este a la incredulidad. Ahora, sencillamente, estaba enfadada. La *Servicio durmiente* estaba alcanzando la marca de los doscientos quince kiloaños luz y no parecía estar dispuesta a detenerse. La superrápida tendría que abandonar la persecución dentro de poco. Solicitó instrucciones.

La *Ángel bostezante*, que seguía acelerando a toda potencia, decidida a seguir a la otra nave mientras le fuera posible o hasta que se viera obligada a abandonar, le dijo a su nave hija que no excediera sus parámetros normales, que no se arriesgara a sufrir daños.

La *Servicio durmiente* continuó acelerando. La superrápida *Visión caritativa* abandonó la persecución a los doscientos veinte. Se acomodó en unos menos frenéticos doscientos sin dejar de perder distancia. Pero a pesar de todo seguía siendo una velocidad que no podría mantener más que unas pocas horas.

La *Ángel bostezante* abandonó la esperanza a la una cuarenta y seis.

Finalmente, la *Servicio durmiente* alcanzó su velocidad de crucero a las dos treinta y tres y media y desapareció en las profundidades del espacio galáctico. La superrápida informó de ello pero, a juzgar por su tono, parecía que no terminaba de creérselo.

Mientras la *Ángel bostezante* observaba cómo se perdía el otro VGS en la eterna noche de las estrellas, la embargó una sensación de desesperanza, de derrota.

Ahora que sabía que se había librado de sus perseguidores, la *Servicio durmiente* estaba empezando a virar ligeramente. Sin duda era el primero de los muchos virajes

y cambios de trayectoria que describiría para tratar de ocultar su objetivo, asumiendo que tuviera otro objetivo aparte de sacar de sus casillas a la nave... Por alguna razón, la *Ángel bostezante* tenía la sospecha de que la Excéntrica nave que había estado vigilando –hasta ahora– tenía un objetivo definido; un lugar, una posición a la que se dirigía.

Doscientas treinta y tres veces la velocidad de la luz. Joder con la puta madre que la parió. La *Ángel bostezante* pensaba que había algo casi vulgar en una velocidad como aquella. ¿*Adónde* demonios se dirigía? ¿A *Andrómeda*?

Trazó un cono de probabilidad de trayectorias en el modelo de la galaxia que había en su mente.

Se suponía que todo dependía de lo enrevesada que estuviera siendo la *Servicio durmiente,* pero todo apuntaba a que podía estar dirigiéndose al Remolino Foliar Superior. Si era así, estaría allí dentro de tres semanas.

La *Ángel bostezante* envió una señal. Mirando las cosas desde el lado positivo, al menos la nave ya no era problema suyo.

El avatar Amorphia –con los brazos cruzados y las pequeñas manos cubiertas de negro cogidas a los huesudos codos– tenía la mirada clavada en la pantalla del otro lado de la sala. Mostraba una vista compensada y enormemente magnificada del hiperespacio.

Mirar aquella pantalla era como contemplar un planeta desde lo alto. Muy por debajo había una capa de brillante neblina que representaba la red de energía. En lo alto había una capa idéntica de nubes brillantes. El tejido del espacio real se extendía entre estas dos, una capa bidimensional, un sencillo plano transparente que el VGS estaba recorriendo como una bobina a través de un telar infinito. Lejos, muy lejos, el puntito diminuto que era la superrápida seguía menguando. También había estado subiendo y bajando por el tejido, en una onda sinusoidal cuya longitud se medía en minutos luz, pero ya había dejado de oscilar y se había detenido en el nivel inferior del hiperespacio.

La magnificación aumentó de un salto. La superrápida era ahora un punto más grande, pero seguía perdiendo distancia. Otro punto de luz, que también había seguido una trayectoria oscilante y que ahora había pasado a ser recta, situado aún más atrás, era el VGS que los perseguía. La estrella del sistema de Dreve era un punto brillante situado aún más allá, estacionario en el tejido.

La *Servicio durmiente* alcanzó su máxima velocidad y dejó de oscilar entre las regiones del hiperespacio. Se mantuvo en el mayor de los dos infinitos, el Ultraespacio. Las otras dos naves hicieron lo mismo, tras incrementar ligeramente su velocidad durante un breve período de tiempo. Un purista habría llamado al lugar en el que se encontraban ahora Ultraespacio uno positivo, pero como nadie había podido

nunca acceder al Ultraespacio uno negativo –ni al Infraespacio uno positivo, por cierto– la distinción era redundante, e incluso un poco pedante. O lo había sido hasta ahora. Todo eso podía cambiar, si la Excesión era capaz de dar lo que parecía prometer.

Amorphia aspiró hondo y soltó el aire con lentitud.

La vista se apagó y la pantalla desapareció.

El avatar se volvió hacia la mujer, Dajeil Gelian, y al ave negra, Gravious. Se encontraban en una zona recreativa de la UGC clase Cordillera *Perspectiva amarga,* alojada en una bodega de uno de los compartimientos de la zona intermedia superior de la *Servicio durmiente*. El salón era un modelo estándar de la sección de Contacto: engañosamente espacioso, elegantemente confortable, decorado con plantas y con iluminación indirecta.

La nave iba a ser el hogar de la mujer durante el resto del viaje: un bote salvavidas preparado para abandonar la nave nodriza y llevarla a lugar seguro a la menor señal de peligro. Ella estaba sentada en un reclinatorio de color blanco, vestida con un largo traje rojo, con el rostro en calma pero los ojos muy abiertos, una mano apoyada en su hinchado vientre y el ave negra posada en un brazo del asiento, cerca de la otra

El avatar le sonrió.

–Bueno –dijo. Miró a su alrededor de forma ostentosa–. Al fin solos. –Se rió sin demasiadas ganas y entonces miró al pájaro y su sonrisa desapareció–. Cosa que tú –dijo–, vas a dejar de estar.

Gravious se irguió bruscamente y estiró el cuello.

–*¿Qué?* –preguntó. Gelian puso cara de sorpresa y luego de preocupación.

Amorphia miró de soslayo a un lado. Un pequeño aparato parecido a una pluma estilográfica peluda flotaba en la sombra de un arbolillo. Se acercó al pájaro, quien se apartó y se apartó del pequeño y silencioso misil hasta que, con el negro pico a escasos centímetros del morro cónico de la diminuta y compleja máquina, estuvo a punto de caer del sillón.

–Es un misil explorador, pájaro –le dijo Amorphia–. No dejes que te confunda su engañoso título. Si llegas tan siquiera a pensar en cometer otra traición, te reducirá a gas candente. Haz lo que te digo y no trates de librarte de él. Llevas dentro un nanotrazador que le permite seguirte. A estas alturas ya debe de haber reemplazado el tejido original.

–*¿Qué?* –volvió a graznar el ave, levantando y apartando la cabeza.

–Si quieres quitártelo –continuó Amorphia con voz melosa–, puedes hacerlo, por supuesto. Lo encontrarás en tu corazón. Válvula primaria de la aorta.

El pájaro profirió un chillido y, batiendo las alas vigorosamente, alzó el vuelo en vertical. Dajeil se encogió y se tapó la cara con las manos. Gravious viró en el aire y

se dirigió al pasillo más próximo. Amorphia contempló su marcha con ojos fríos y entrecerrados. Dajeil se puso las dos manos en el abdomen. Tragó saliva. Algo negro pasó delante de su cara y lo recogió con la mano. Una pluma.

–Lo siento –dijo Amorphia.

–¿De qué... de qué estabais hablando? –preguntó Gelian.

Amorphia se encogió de hombros.

–El pájaro es un espía –dijo sin entonación alguna–. Lo ha sido desde el principio. Envía sus informes al exterior codificándolos en una bacteria y depositándola en los cuerpos de la gente que está a punto de despertar. Hace veinte años que lo sé, pero le he dejado seguir haciéndolo, aunque controlaba cada uno de sus mensajes. Nunca se le ha permitido averiguar nada que pudiera representar una amenaza. Su último mensaje fue el único que he alterado. Ha contribuido a facilitar nuestra fuga de la *Ángel bostezante*. –Sonrió con una malicia casi infantil–. No puede hacer nada más, en realidad. Lo del misil no ha sido más que un castigo. Si te desagrada, puedo quitárselo.

Dajeil estudió los ojos tranquilos y grises de la cadavérica criatura ataviada de negro durante largo rato, casi como si no hubiera oído la pregunta.

–Amorphia –dijo–. Por favor. ¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando en realidad?

El avatar de la nave pareció dolido un momento. Apartó la mirada y la dirigió a la planta en la que se había ocultado el misil explorador.

–Pase lo que pase –dijo con torpeza, en tono formal–, recuerda siempre que eres libre de abandonarme cuando quieras. Esta UGC está por completo a tu disposición y ninguna orden o petición mía tendrá efecto alguno sobre sus acciones. –Volvió a mirarla. Sacudió la cabeza pero cuando habló de nuevo, lo hizo con un tono más cálido–. Lo siento Gelian; aún no puedo decirte gran cosa. Nos dirigimos a un lugar cerca de la estrella Esperi. –La criatura titubeó, como si se sintiera insegura, mientras su mirada recorría el suelo y los asientos cercanos–. Porque quiero... –dijo al fin, como si acabara de comprender lo que iba a decir–. Porque allí hay algo que puedo hacer. –Levantó los brazos y volvió a dejarlos caer–. Y entretanto, esperamos a un invitado. O, mejor dicho, *yo* espero a un invitado. Puede que a ti no te apetezca verlo.

–¿Quién? –preguntó la mujer.

–¿No lo has adivinado? –dijo el avatar en voz baja–. Byr Genar-Hofoen.

La mujer bajó la mirada, arrugó lentamente el ceño y la pluma oscura que había cogido se le escurrió entre los dedos.

III

[punto estrecho intermitente, M32, tra. @4.28.867.4406]
º º VGS *Solo llamadas serias*
ª ª Excéntrica *Liquídalos más tarde*
oo

¿Lo has oído? ¿Tenía razón sobre Genar-Hofoen o no? ¿No empiezan a concordar los tiempos?

aa

Sí. Dos tres tres. ¿Qué pretende...? ¿batir un récord? Sí, sí, sí, de acuerdo, estabas en lo cierto sobre el humano. Pero, ¿por qué no has recibido ningún aviso?

oo

No lo sé. Dos décadas de informes fiables pero completamente aburridos y entonces, justo cuando nos hubiera convenido saber qué pretendía la gran zorra, nuestro enlace de inteligencia se queda mudo. Lo único que se me ocurre es que nuestra mutua amiga... oh, demonios, supongo que ya podemos utilizar su verdadero nombre... que la *Servicio durmiente* descubrió al enlace –no sabemos cuándo– y esperó a tener algo que esconder para empezar a desarticular nuestra estructura de inteligencia.

aa

Sí, pero, ¿qué está *haciendo?* Creíamos que solo la habían invitado al Grupo por cortesía, ¿no? Y de repente empieza a actuar como un puto misil. ¿Qué está *tramando?*

oo

Esto puede parecer una obviedad, pero podríamos *preguntarlo*.

aa

Ya se ha intentado. Seguimos esperando.

oo

Podrías haberlo *dicho*...

aa

Te pido perdón. ¿Y ahora qué?

oo

Ahora voy a recibir un montón de mierda del *Brillo acerado*. Discúlpame.

[haz estrecho, M32, tra. @4.28.868.8243]
º º VGS *Solo llamadas serias*
ª ª VGS *Brillo acerado*

oo

Nuestra mutua amiga y su obsesión por la velocidad. No será esto lo que esperábamos, ¿verdad? ¿Un acuerdo privado, por casualidad?

aa

¡No lo es! Estoy hartándome de repetirlo. Debería haber enviado una nota general. No, lo único que queríamos era conocer su punto de vista, tener una visión completamente externa del asunto, no que se presentara en la propia Excesión.

Había formado parte de la Pandilla en el pasado, ya lo sabes. Se lo debíamos, por mucho que se hubiera vuelto Excéntrica.

Si hubiéramos sabido...

Y ahora tenemos otra variable horrenda amenazando nuestros planes.

Si tienes alguna sugerencia útil, estaré encantada de escucharla. Si lo único que puedes hacer es soltar insinuaciones maliciosas, tal vez lo mejor sea que regales los frutos de tu prodigioso ingenio a alguien con el tiempo necesario para dedicarles la atención que sin la menor duda merecen.

[punto estrecho intermitente, M32, tra. @4.28.868.8978]

º º VGS *Solo llamadas serias*

ª ª Excéntrica *Liquídalos más tarde*

oo

(archivo de señal adjunto) ¿Qué te había dicho? No sé. Todo esto me parece muy sospechoso.

aa

Hmm. Yo tampoco sé. Odio decirlo, pero parece sincero. Por supuesto, si me equivoco no me lo echarás en cara nunca, ¿verdad?

oo

Si, cuando todo esto haya acabado, seguimos en una posición que nos permita a mí otorgar y a ti disfrutar de mi generosidad, estaré infinitamente dispuesto a obsequiarte con mi longanimidad.

aa

Bueno, podría haberse expresado con más elegancia, pero acepto este cheque moral en blanco con la debida deferencia.

oo

Voy a llamar a la *Servicio durmiente*. No creo que me haga ningún caso pero a pesar de todo voy a llamar a esa alimaña.

IV

Genar-Hofoen no se llevó la pluma terminal al salir aquella noche y el primer lugar que visitó en Ciudad Nocturna fue una tienda de Tecnológicas Sintrincadas Grada/Ishlorsinami.

La mujer era menuda para ser una Ishy, pensó Genar-Hofoen. No obstante, era mucho más alta que él. Llevaba la típica túnica negra y despedía un olor... a moho. Tomaron asiento en sendas sillas estrechas dentro de una burbuja de negrura. La mujer estaba inclinada sobre una diminuta pantalla plegable que tenía apoyada en las rodillas. Asintió y alargó el cuerpo hacia él. Su mano se extendió junto a su oreja izquierda. Una secuencia de brillantes varillas telescópicas se extendieron desde sus dedos. Cerró los ojos. En la oscuridad, Genar-Hofoen pudo ver que detrás de sus pestañas se encendían y apagaban unas diminutas lucecillas.

La mano de la mujer le tocó la oreja y experimentó un ligero hormigueo. Sintió que su rostro se retorcía.

–No se mueva –dijo ella.

Trató de permanecer inmóvil. La mujer apartó la mano. Abrió los ojos y miró el punto en el que se juntaban los extremos de tres de las delicadas varillas. Asintió y dijo:

–Hmmm.

Genar-Hofoen se inclinó hacia delante y miró también. No veía nada. La mujer cerró los ojos de nuevo; las pantallas de sus párpados volvieron a encenderse.

–Muy sofisticado –dijo–. Casi se me pasa por alto.

Genar-Hofoen se miró la palma derecha.

–¿Seguro que no hay nada en esta mano? –preguntó, recordando el firme apretón que le había dado Verlioef Schung.

–Todo lo segura que se puede estar –dijo ella, mientras sacaba un pequeño contenedor trasparente de su túnica e introducía en su interior lo que había sacado de su oreja. Él seguía sin ver nada.

–¿Y el traje? –preguntó, tocando una solapa de su chaqueta.

–Limpio –dijo la mujer.

–¿Y ya está? –preguntó.

–Eso es todo –le dijo ella. La burbuja negra desapareció y volvieron a encontrarse en una habitación pequeña con las estanterías abarrotadas de equipo técnico de aspecto incomprensible.

–Bueno, gracias.

–Son ochocientos equivalentes a hora de Grada-sintrincado.

–Oh, redondéelo a mil.

Caminaba por la Calle Seis, en pleno corazón de Ciudad Nocturna, Grada. Había Ciudades Nocturnas por toda la galaxia civilizada. Era una especie de franquicia o un condominio, aunque nadie parecía saber a quién pertenecía. Las Ciudades Nocturnas eran diferentes en cada sitio. Lo único en lo que todas se parecían es que en ellas siempre era de noche y nadie tenía excusa para no pasárselo bien.

Ciudad Nocturna, Grada, se encontraba en el nivel intermedio del mundo, en una pequeña islita en medio de un mar poco profundo. La isla estaba cubierta enteramente por una cúpula baja de diez kilómetros de anchura y dos de altura. En su interior, la ciudad solía adoptar una apariencia basada en el Festival de aquel año. La última vez que Genar-Hofoen la había visitado parecía un gigantesco paisaje oceánico y todos sus edificios se habían convertido en olas de entre cien y doscientos metros de altura. La Calle Seis se extendía a lo largo de la depresión creada entre dos enormes mareas. Las ondas en las colosales curvas de las superficies de las olas eran terrazas inundadas de luz. La espuma luminosa de la cresta erguida y sobresaliente de cada una de las olas proyectaba una luz pálida y sepulcral sobre las serpenteantes calles que discurrían por debajo. En los dos extremos de la calle, la avenida ascendía para salir al encuentro de frentes de olas entrecruzadas y se conectaba –a través de túneles oceánicamente falsos– con otras avenidas.

El tema de este año era el Primitivismo y la Ciudad había decidido interpretarlo con la forma de un gigantesco tablero de circuitos: la red de calles plateadas formaba un paisaje casi perfectamente plano, tachonado de enormes resistores, chips planos de múltiples patas y aspecto denso, alargados diodos y enormes válvulas semitransparentes con complicadas estructuras internas, sustentada cada una de ellas sobre brillantes piernas metálicas encajadas en la red de la circuitería impresa. Estas eran las cosas que Genar-Hofoen recordaba del curso de Historia de los Cacharros Técnicos (o como quiera que se llamase) que había recibido de joven. Había otras muchas cosas afiladas, nudosas, suaves, de brillantes colores, mates, lustrosas, emplumadas y arrugadas de las que no conocía ni el nombre ni el propósito.

Este año, la Calle Seis era un arroyo de mercurio de quince metros de anchura que fluía a toda velocidad y estaba cubierto por una película de diamante. De cuando en cuando, la corriente de mercurio arrastraba un grumo coherente de grandes dimensiones y de un chispeante color entre dorado y azul. La idea original había sido incorporar los canales de mercurio al sistema de transporte de la Ciudad, pero había resultado muy poco práctico, de modo que se habían quedado solo como decoración. El sistema de deslizatubos de la Ciudad discurría a gran profundidad, como de costumbre. Genar-Hofoen había utilizado algunos de los coches subterráneos para llegar a la ciudad y un par más una vez en ella, con la esperanza de despistar a cualquiera que pudiese estar siguiéndolo. Hecho esto, y una vez eliminado el rastreador de su oreja, se quedó más tranquilo, en el convencimiento de que la

diversión de aquella noche tendría lugar sin la vigilancia de CE. Lo cierto es que no le preocupaba especialmente que lo estuvieran observando. Era más que nada una cuestión de principios y tampoco tenía sentido obsesionarse por ella.

La Calle Seis estaba abarrotada de gente que caminaba, charlaba, arrastraba los pies, paseaba, marchaba en burbujesferas, en animales exóticos, en pequeños carruajes dirigidos por parejas ysner-mistretl o flotaba en pequeñas bolas de vacío o en arneses de campo de fuerza. En lo alto, en el cielo de la noche eterna que se extendía bajo la cúpula de la Ciudad, el holograma de un antiguo bombardeo aéreo contribuía a su humilde manera a la diversión de aquella velada.

El cielo estaba ocupado por cientos y cientos de aeroplanos de motores de cuatro o seis pistones, perfilados muchos de ellos por la luz de los focos. Se suponía que los espasmos de luz que dejaban nubes negras y esferas de chispas rojizas tras de sí eran las detonaciones de la artillería antiaérea. Entre los bombarderos revoloteaban unos aviones más pequeños, de uno o dos motores. Los dos tipos de aviones estaban combatiendo unos contra otros. Los grandes disparaban con sus torretas y los más pequeños con ametralladoras montadas en las alas y el morro. Las líneas suavemente curvadas de las trazadoras, blancas, amarillas y rojas, se movían con lentitud en el cielo y de vez en cuanto uno de los aviones parecía prender y se precipitaba hacia el suelo; ocasionalmente, alguno de ellos explotaba en el aire. En todo momento podían atisbarse las formas oscuras de las bombas, que siempre explotaban, con brillantes y vividas llamaradas, en zonas de la Ciudad situadas a poca distancia. A Genar-Hofoen le parecía todo un poco exagerado, y dudaba que hubiera existido una batalla aérea tan concentrada, o en la que continuara el fuego antiaéreo con los interceptores en el cielo, pero como espectáculo no se podía negar que resultaba impresionante.

Las explosiones, detonaciones y sirenas sonaban sobre las voces de las personas que llenaban la calle y eran engullidas esporádicamente por la música que salía de los centenares de bares y establecimientos de ocio que jalonaban la calle. El aire estaba lleno de aromas que resultaban medio extraños, medio familiares y completamente sugerentes. No era de extrañar que los salvajes efectos de las feromonas mantuvieran a raya a todos los demás habitantes de Grada.

Genar-Hofoen caminaba por el centro de la calle, con un gran vaso de Grada 9050 en una mano, un bastón de nubes en la otra y un pequeño esponjo-creante en uno de los hombros de su inmaculada chaqueta de propiel. El 9050 era un cóctel que se había hecho famoso porque su preparación requería trescientos procesos diferentes, muchos de los cuales implicaban combinaciones insólitas e incluso desagradables de plantas, animales y sustancias. El resultado final era una bebida aceptable y de fuerte sabor, compuesta en su mayor parte de alcohol, y gracias. Pero lo cierto es que no se bebía por el efecto. Se bebía para demostrar que uno se lo podía permitir. Se servía en una copa de cristal especial para que la gente pudiera verla. Se suponía que el nombre

hacía referencia a que después de tomar unos pocos, tenías un noventa por ciento de probabilidades de tener un encuentro sexual y un cincuenta por ciento de sufrir algún problema legal... o puede que fuera al contrario. Genar-Hofoen nunca era capaz de acordarse.

El bastón de nubes era una vara en la que se quemaban unas bolitas comprimidas de una mezcla de sustancias psicotrópicas de potencia media y efecto fugaz. Una bocanada del humo que salía por los agujeros de su parte superior equivalía a ponerse dos lentes distorsionadoras delante de los ojos, meter la cabeza debajo del agua y aspirar una planta química entera por la nariz en medio de un campo gravitatorio cambiante.

El esponjo-creante era un pequeño simbionte, medio animal y medio vegetal, que se alquilaba para que se te posara en el hombro y te tosiera en la nariz cada vez que volvieras la cara hacia él. Su tos contenía unas esporas que podían hacerle treinta cosas diferentes, interesantes todas ellas, a tu percepción y a tu estado de ánimo.

Genar-Hofoen estaba especialmente satisfecho con su nuevo traje. Estaba fabricado con su propia piel, alterada genéticamente de varias maneras sutiles, cultivada en una probeta y cortada cuidadosamente de acuerdo con sus especificaciones. Había dejado unas pocas células epidérmicas –junto con su encargo y el dinero– a un genesastre de Grada, dos años y medio antes, cuando había parado allí de camino al hábitat de God'shole. Había sido un capricho después de una borrachera (al igual que el obsceno tatuaje animado que se había extirpado un mes después). Realmente no tenía la intención de recoger el traje hasta mucho tiempo después. Por suerte, las modas no habían cambiado mucho entretanto. El traje y la capa a juego que lo acompañaba le sentaban estupendamente. Se sentía muy bien.

¡DIGLADIATOS ESPADASINOS! ¡CONTIENDA DE ZIFFADAE Y XEBECS! ¡REMOJO DE GOLIARDOS!

Los eslóganes, anuncios, carteles olores y saludos personales, toda la gama de recursos publicitarios de emporios y establecimientos, competían por llamar su atención. Vistas y paisajes asombrosos aparecían en burbujas sensoriales que brotaban en el centro de la calle y te enviaban al instante a dormitorios, salas de fiestas, estadios, harenes, embarcaciones náuticas, ferias, batallas espaciales, estados de éxtasis temporal; tentando, proponiendo, sugiriendo, ofreciendo, dando entrada, estimulando apetitos, despertando deseos, alentando sueños, convidando.

¡RHYPAROGRAFÍA! ¡ANAMNESIS KELOIDAL! ¡IVRESSE!

Genar-Hofoen caminaba entre todo, empapándose de ello, rechazando todas las ofertas y sugerencias, declinando educadamente las invitaciones y overturas, recomendaciones y convites.

¡ZUFULOS! ¡ORFARIONES! ¡RASTRAE! ¡UNA NAUMAQUIA CADA HORA!

Por ahora, le bastaba con estar allí, caminando, paseando, observando y siendo observado, evaluando y –con un poco de suerte– siendo evaluado. Era al llegar la noche –la noche de verdad– cuando, en este piso de Grada, la Ciudad Nocturna empezaba a animarse. Todo estaba abierto, nada estaba lleno, todo el mundo quería algo pero nadie se había decantado todavía; solo estaban experimentando, tanteando, probando. Genar-Hofoen se sentía feliz de formar parte del discurrir general. Le encantaba, se solazaba con ello. Allí era donde más a gusto se sentía. Por el momento, sencillamente no había lugar mejor en el universo y estaba dispuesto a adentrarse en la experiencia con la debida y respetuosa intensidad. Aquel era su tipo de gente, allí era donde pasaban las cosas que a él le gustaban y aquel era su tipo de lugar.

¡OM ADHAUNOS PILOSOS INVITAN A AFEITADO! ¡LAGOFTALMISCITIA GARANTIZADA SI ES CAPAZ DE VER LOS CHISTECOROS Y LAS LORIGAS DE NUESTROS MINIGUALES MARTICORÁSTICOS!

La vio en el exterior de una sekos de los Sublimadores, bajo la masa rotundamente hinchada de un edificio con forma de resistor gigante. La entrada al templo era un bucle brillantemente iluminado, como un grueso pero pequeño arco iris con diferentes tonos de blanco. En el exterior del recinto había varios Sublimadores jóvenes, ataviados con resplandecientes túnicas blancas. Los Sublimadores –altos y delgados todos ellos– también resplandecían. Su tez despedía un brillo suave, tan pálido que rayaba en una anemia insalubre. El blanco de sus ojos vertía una suave luz, y la misma luz casi plateada se proyectaba desde sus dientes cuando sonreían. Sonreían todo el tiempo, aun cuando estaban hablando. La mujer estaba mirando a un par de entusiastas y gesticulantes Sublimadores con expresión de divertido desdén.

Era alta y de piel leonada. Tenía el rostro ancho y una nariz fina y casi paralela a los planos de sus mejillas; sus brazos estaban cruzados y el cuerpo se apartaba ligeramente de los dos jóvenes, con todo el peso apoyado en el talón de una de sus botas negras mientras, desde lo alto de aquella alargada nariz, sus ojos observaban a los brillantes Sublimadores. Sus ojos y su cabello parecían tan oscuros como la inmaculada túnica de sombra que ocultaba el resto de su figura.

Se detuvo y observó durante un momento su discusión con los dos Sublimadores. Sus gestos y la forma de moverse eran diferentes pero el rostro se parecía mucho al recuerdo que conservaba de ella, de hacía cuarenta años. Un poco mayor, tal vez. Siempre se había preguntado si habría cambiado mucho.

Pero no podía ser ella. Tishlin le había dicho que seguía a bordo de la *Servicio durmiente*. Si se hubiera marchado, se lo habrían dicho, ¿no?

Dejó que lo adelantara un grupo de alegres bystlianos y a continuación retrocedió unos pasos con aire inocente, estudiando la arquitectura de la válvula gigante que se

elevaba al otro lado del pavimento. Inhaló de su bastón de nube con aire despreocupado y un poco hastiado mientras observaba cómo caía una fila de bombas en medio de la oscuridad y detonaba en algún lugar situado al otro lado de la fila de resistores con forma de barril que formaban el otro lado de la calle. Unas brillantes explosiones anaranjadas iluminaron el cielo y los escombros subieron y bajaron con lentitud. Calle abajo, una especie de conmoción rodeaba a un animal de enormes proporciones.

Se volvió hacia la abarrotada calle. En ese momento una forma gigantesca de color azul y dorado se deslizó bajo sus pies, arrastrada silenciosamente por el arroyo de mercurio que discurría bajo la placa de diamante. La chica que discutía con los Sublimadores se volvió y miró por un instante en su dirección mientras el grumo seguía su camino. Al devolver de nuevo su atención a los dos jóvenes brillantes, se dio cuenta de que la estaba mirando. Su mirada se posó sobre él y por un instante, antes de que siguiera hablando con los Sublimadores, una expresión –¿un atisbo de reconocimiento?– pasó por sus facciones. Genar-Hofoen no habría tenido tiempo de apartar la vista aunque hubiera querido.

Estaba preguntándose si debía acercarse a ella, esperar a ver si seguía su camino para abordarla entonces o sencillamente pasar de largo cuando una chica alta y con un traje brillante se le acercó y le dijo:

–¿Puedo ayudarlo, señor? Parece haber reparado en nuestro lugar de exaltación. ¿Le gustaría hacer alguna pregunta? ¿Puedo iluminarlo con algo?

Se volvió hacia la Sublimadora. Era casi tan alta como él; tenía un rostro bonito pero un poco vacuo, aunque era posible que se lo pareciera por sus prejuicios personales.

Los Sublimadores habían convertido en religión lo que era una parte habitual pero generalmente opcional de la elección que de su destino hacía cada especie. Los Sublimadores creían que todo el mundo debía ser Sublime, que todo humano, todo animal, toda máquina y toda Mente debía aspirar a la definitiva trascendencia y dejar atrás la vida mundana para fijar un rumbo lo más directo posible al nirvana.

La gente que se unía a la secta pasaba un año tratando de convencer a otros de esto antes de Sublimar, uniéndose a una de las mentes colectivas del grupo para contemplar la irrealidad. Los pocos drones, IA y Mentes a los que lograban convencer de las ventajas de este curso de acción pensaban que los argumentos de los Sublimadores tendían en última instancia a lo que muchas máquinas hacían ya en tales circunstancias, así que desaparecían en dirección a la Entidad Sublimada más próxima, aunque de vez en cuando uno o dos de ellos permanecían en el estado pre-Sublimado el tiempo suficiente para colaborar en la causa. En general, no obstante, la secta no gozaba de gran consideración en ninguna parte. La Sublimación se consideraba algo que les ocurría habitualmente a sociedades enteras, algo más

parecido a una alteración práctica del estilo de vida que a un compromiso religioso. Más parecido a una mudanza que al ingreso en una sociedad sagrada.

–Bueno, no sé –dijo Genar-Hofoen con tono cauto–. ¿En que creen exactamente ustedes?

La Sublimadora dirigió la mirada a la calle que discurría tras él.

–Oh, creemos en el poder de lo Sublime –dijo–. Deje que le cuente más. –Volvió a mirar la calle–. Oh, quizá deberíamos quitarnos de aquí, ¿no cree? –Extendió una mano y retrocedió un paso hacia el pavimento.

Genar-Hofoen volvió la vista atrás, donde las cosas estaban embrollándose. El gigantesco animal que había visto antes –un pesadosasuro sexípodo– estaba avanzando lentamente por la avenida en medio de una especie de cortejo y una hueste de espectadores. El animal, de hirsuto pelaje marrón, tenía seis metros de alto y estaba cubierto de espléndidas banderolas y oriflamas, y su jinete, un mahout con un uniforme de colores chillones, blandía una maza llameante. La bestia llevaba encima una reluciente cúpula negra y plateada cuyas bulbosas ventanas de filigrana no ofrecían indicio alguno sobre sus ocupantes. Sendos cuencos de similar ornamentación le tapaban los ojos. Cinco kliestrithrals la acompañaban. Cada una de las criaturas de negros colmillos arañaba la calle y resoplaba y mantenía tensa la correa con la que la sujetaba un fornido guardia mercenario. Un puñado de gente impedía el paso de la procesión. El pesadosasuro se detuvo y echó atrás la alargada cabeza, profirió un rugido sorprendentemente suave y contenido, y a continuación se ajustó los cuencos de los ojos con las dos patas delanteras –tan gruesas como piernas humanas– y sacudió la cabeza de un lado a otro. El grupillo de curiosos empezó a dispersarse y la gran bestia y su escolta reanudaron la marcha.

–Hmmm, sí –dijo Genar-Hofoen–. Puede que sea mejor que nos quitemos de en medio. –Se terminó el 9050 y buscó un lugar en el que depositar el recipiente.

–Por favor; permíteme. –La muchacha Sublimadora le quitó la copa como si fuera una reliquia. Genar-Hofoen la siguió a la acera; ella lo cogió del brazo y se dirigieron lentamente hacia la entrada del sekos, donde la mujer seguía hablando con mirada de irónica curiosidad con los otros dos Sublimadores.

–¿Habías oído hablar antes de los Sublimadores? –le preguntó la chica que lo llevaba del brazo.

–Oh, sí –dijo, con la mirada clavada en el rostro de la otra mujer mientras se acercaban. Se detuvieron en el pavimento, a la entrada del templo de los Sublimadores, dentro de un campo sigiloso en el que el único sonido que penetraba era una música suave y tintineante y, como ruido de fondo, el sonido de un oleaje lamiendo una playa–. Creéis que todo el mundo debería desaparecer, o algo así, ¿no? –dijo con tono de absoluta inocencia. Ahora se encontraba a solo unos metros de la mujer de la túnica de sombras, pero la compartimentación del campo de sigilo le

impedía oír lo que estaba diciendo. Su rostro era tal como lo recordaba. Los ojos y la boca eran los mismos. Nunca había llevado el pelo así pero hasta la tonalidad entre negra y azulada era la misma.

–¡Oh, no! –dijo la chica Sublimadora con expresión de terrible seriedad–. Nuestras creencias aspiran a llevarnos por completo *más allá* de estas preocupaciones mundanas...

Por el rabillo del ojo, Genar-Hofoen seguía observando la calle, donde el pesadosasuro estaba husmeando en dirección a una nutrida multitud de admiradores. Sonrió a la Sublimadora y se desplazó ligeramente para poder ver mejor a la otra mujer.

No, no era ella. Por supuesto que no. A estas alturas ya lo habría reconocido, ya habría reaccionado. Aunque estuviera tratando de fingir que no lo había visto, él ya se habría dado cuenta. Nunca se le había dado muy bien ocultarle sus sentimientos a los demás, y a él menos que a nadie. Volvió a mirarlo y al instante apartó la vista. Genar-Hofoen sintió una repentina e incontenible sensación de placer temeroso, una punzada de excitación que le dejó la carne de gallina.

–... más alta expresión de nuestro impulso esencial a alcanzar lo que es más grande que nosotros... –asintió y miró a la chica Sublimadora, que seguía parloteando. Frunció levemente el ceño y se rascó la barbilla con la mano libre, sin dejar de asentir. Siguió mirando a la otra mujer. En la calle, el pesadosasuro y su séquito se habían detenido cerca de ellos. Un sintrincado de Grada flotaba a la misma altura que el mahout de la bestia, con el que parecía estar discutiendo enconadamente.

La mujer sonreía a los otros dos Sublimadores con lo que parecía una expresión de tolerante burla. Tenía la mirada clavada en el Sublimador que en aquel momento estaba hablando pero en entonces suspiró profundamente y –al mismo tiempo que dejaba salir el aire– volvió a mirar a Genar-Hofoen con una diminuta sonrisa y un rápido enarcado de las cejas antes de seguir atendiendo los Sublimadores e inclinar la cabeza a un lado.

Genar-Hofoen estaba intrigado. ¿Estaría Circunstancias Especiales dispuesta a llegar tan lejos para mantenerlo bajo control, o al menos vigilado? ¿Qué posibilidades había de que hubieran encontrado a alguien que se pareciera tanto? Era de suponer que existieran cientos de personas que tuvieran una cierta semejanza con Dajeil Gelian; puede que hasta existieran unas pocas que hubieran oído hablar de ella y hubieran asumido deliberadamente su apariencia. Aquello ocurría constantemente con los famosos y el hecho de que él no se hubiera enterado de que alguien hubiera tomado el aspecto de Dajeil no significaba que no hubiera ocurrido. Si aquella persona era una de ellas, le convenía estar en guardia...

–... ambición personal o el deseo de mejorar o de proporcionarle oportunidades a los propios hijos no es más que un pálido reflejo, comparado con la definitiva

trascendencia que ofrece la auténtica Sublimación. Porque, tal como está escrito...

Genar-Hofoen se acercó a la chica que le estaba hablando y le dio unos golpecitos en el hombro.

–Estoy seguro de ello –dijo en voz baja–. ¿Quiere disculparme un momento?

Se acercó dos pasos a la mujer de la túnica de sombras. Ella volvió la cabeza y le sonrió educadamente.

–Discúlpeme –le preguntó–. ¿Nos conocemos de algo? –Sonrió al decirlo, tanto en respuesta a lo manido de la frase como al hecho de que a ninguno de los dos le interesaba lo que los Sublimadores tenían que decir.

La mujer asintió educadamente.

–Me parece que no –dijo. Su voz era más aguda que la de Dajeil. Más juvenil y con un acento ligeramente diferente–. Aunque si nos hubiéramos conocido y usted no hubiera sido alterado y yo lo hubiera olvidado, desde luego estaría demasiado avergonzada como para admitirlo. –Sonrió. Él también. Frunció el ceño–. A menos que... ¿Vive usted en Grada?

–Solo estoy de paso –dijo él. Un bombardero ardiendo pasó sobre sus cabezas y estalló en una explosión de luz tras el edificio de los Sublimadores. En la calle, la discusión sobre el pesadosasuro estaba volviéndose cada vez más acalorada. El propio animal estaba mirando fijamente al sintrincado y su mahout estaba muy erguido sobre su cuello, señalando la maza llameante que llevaba el oscuro y espinoso ser para subrayar su argumento–. Pero he estado aquí otras veces –dijo Genar-Hofoen–. Puede que hayamos chocado en alguna ocasión.

Ella asintió con aire pensativo.

–Es posible –le concedió.

–Oh, ¿os conocéis? –dijo el joven Sublimador con el que ella había estado hablando–. Bueno, mucha gente encuentra que la Sublimación en compañía de una persona amada o sencillamente de un conocido es...

–¿Juega usted al Crasis Calascénico? –preguntó ella interrumpiendo sin miramientos al joven Sublimador–. Puede que nos hayamos visto en alguna partida. –Echó la cabeza atrás y lo miró desde el otro lado de aquella larga nariz–. Si es así, me decepciona que haya esperado hasta ahora para presentarse.

–¡Ah! –dijo el Sublimador–. Los juegos; ¡una expresión del afán por entrar en mundos que están más allá de nosotros! Otro...

–Es la primera vez que oigo hablar de ese juego –confesó él–. ¿Me lo recomienda?

–Oh, sí –dijo ella. Su tono parecía irónico–. Beneficia a todos los participantes.

–Bueno, siempre estoy dispuesto a probar experiencias nuevas. Quizá podría enseñarme.

–Ah, vaya; la experiencia nueva *definitiva*... –empezó a decir el Sublimador.

Genar-Hofoen se volvió a él y dijo:

–¡Oh, cierra la boca! –Había sido una reacción instintiva y por un momento temió haberse equivocado, pero la chica no parecía estar mirando con ninguna simpatía la expresión dolida del joven Sublimador.

Volvió a mirarlo.

–Muy bien –dijo–. Si respalda usted mis apuestas, le enseñaré el Crasis.

Genar-Hofoen sonrió y se preguntó por un momento si no habría sido demasiado fácil.

–Trato hecho –dijo. Agitó el bastón de nubes debajo de su nariz, aspiró profundamente y a continuación hizo una reverencia.

–Me llamo Byr.

–Encantada de conocerte. –Volvió a asentir–. Llámame Flin –dijo y, asiendo el bastón, lo pasó por debajo de su propia nariz.

–¿Nos vamos, Flin? –dijo él, y señaló la calle, donde el pesadosasuro acababa de tumbarse en el suelo, había doblado las cuatro patas debajo del cuerpo y había introducido las dos patas delanteras bajo la barbilla como si estuviera aburriéndose. Dos sintrincados estaban gritándole al furioso mahout, quien sacudía la maza llameante delante de sus caras. Los guardias mercenarios parecían nerviosos y estaban dando palmadas a los inquietos kliestrithrals.

–Muy bien.

–¡Recordad dónde os habéis conocido! –gritó el Sublimador a su espalda–. La Sublimación es el encuentro definitivo de las almas, el pináculo de...

Salieron del campo de sigilo. El repiqueteo de las baterías antiaéreas se tragó sus palabras mientras ellos echaban a andar por el pavimento.

–Entonces, ¿adónde vamos? –preguntó Genar-Hofoen.

–Bueno, puedes llevarme a tomar una copa y luego pasaremos por un local de Crasis que conozco. ¿Qué te parece?

–Genial. ¿Cogemos una trampa? –dijo, señalando un vehículo abierto de dos ruedas que, a poca distancia, esperaba junto al bordillo. Había una pareja de ysner y mistretl en el tiro. El ysner, con el cuello estirado, picoteaba una bolsa de comida que había en el canalón mientras el pequeño mistretl uniformado que lo montaba miraba a su alrededor con aire alerta y entrecruzaba los pulgares.

–Buena idea –dijo ella. Se acercaron a la trampa y subieron a bordo–. Al Salón Colirio –le dijo al mistretl mientras se sentaban en la parte trasera del pequeño vehículo. La criatura saludó y sacó un látigo de su llamativo chaleco. El ysner emitió un sonido parecido a un suspiro.

La trampa se estremeció de repente. Un enorme estruendo proveniente de la calle llegó hasta ellos. Todos miraron a su alrededor. El pesadosauro se había encabritado y estaba rugiendo. El mahout estuvo a punto de caerse de su cuello. La maza se le

resbaló y rebotó en el suelo de la calle. Dos de los kliestrithrals se escaparon y, gruñendo y arrastrando a sus guardianes, se abalanzaron sobre la multitud. Los dos sin trincados que habían estado discutiendo con el mahout se elevaron rápidamente para quitarse de en medio. Los transeúntes que contaban con arneses antigravitatorios realizaron maniobras evasivas en medio de la confusión de los focos y el fuego antiaéreo. Mientras Flin y Genar-Hofoen miraban, el pesadosasuro saltó con sorprendente agilidad, echó a correr calle abajo y la gente huyó despavorida en todas direcciones. El mahout se aferraba desesperadamente a las orejas de la criatura mientras le chillaba que se detuviera. La cúpula negra y plateada que el animal llevaba a la espalda pareció flotar sobre él hasta que el aumento de su velocidad la obligó a oscilar de un lado a otro. Junto a Genar-Hofoen, Flin parecía paralizada.

Genar-Hofoen se volvió hacia el mistretl.

–Bien –dijo–. Podemos irnos.

El pequeño mistretl, sin apartar todavía la mirada de la calle, pestañeó con rapidez. Otro rugido sacudió los edificios circundantes. Genar-Hofoen volvió a mirar atrás.

El pesadosasuro desbocado levantó una de las patas delanteras y se arrancó los cuencos de los ojos. Dos enormes ojos azules y facetados, como sendos bloques de hielo ancestral, quedaron a la vista. Con su otro miembro delantero asió al mahout por el hombro y se lo arrancó del cuello. Este se debatió y sacudió los brazos pero la bestia lo arrojó al suelo sin miramientos. Aterrizó sacudiendo las piernas, cayó y rodó por el suelo. El pesadosasuro continuó su atronador avance. La gente se arrojaba a cualquier parte para apartarse de su camino. Alguien que conducía una burbujesfera no se movió lo bastante deprisa. La bola transparente gigante recibió una patada, salió despedida hacia un lado y se estrelló contra un puesto de comida. Brotaron llamas de los escombros.

–Mierda –dijo Genar-Hofoen al ver que el gigante se les echaba encima. Se volvió de nuevo hacia el conductor mistretl. Veía el rostro del ysner, vuelto también hacia la calle. Su gran rostro no expresaba más que una cierta sorpresa–. ¡Muévete! –le gritó.

El mistretl asintió.

–Goo'i'ea –dijo con voz aguda. Alargó la mano hacia un nudo que había en la parte trasera del mistretl y le clavó las espuelas a la montura en la parte inferior del cuello. El sobresaltado Ysner se puso en marcha, dejando la trampa detrás. El vehículo se inclinó hacia delante mientras la pareja de mistretl e ysner desaparecía por la cada vez más vacía calle. Genar-Hofoen y Flin cayeron sobre una maraña de arneses. La chica gritó "¡Joder!" y entonces, al chocar con el suelo, perdió el sentido.

Algo golpeó a Genar-Hofoen en la cabeza con mucha fuerza. Se desvaneció un momento y cuando despertó se encontró mirando una cara enorme, una cara

monstruosa, que lo observaba con unos gigantescos ojos prismáticos y azules. Entonces vio el rostro de la mujer. El rostro de Dajeil Gelian. Tenía sangre en el labio superior. Lo miró, atontada, y a continuación levantó la vista y vio la cara del enorme animal que los estaba observando. Hubo una especie de zumbido procedente de alguna parte. Genar-Hofoen sintió que sus piernas perdían toda la sensibilidad. La mujer se desplomó sobre ellas. Sintió náuseas. Unas líneas de puntos rojos que cruzaban el cielo empezó a flotar detrás de sus párpados cuando cerró los ojos. Cuando los obligó a abrirse de nuevo, ella volvía a estar allí. Alguien que se parecía a Dajeil Gelian y que no era ella. Pero que tampoco era Flin. Vestía de forma diferente, era más alta y su expresión... no era la misma. Y, en todo caso, Flin seguía tirada sobre sus piernas, inconsciente.

No comprendía lo que estaba pasando. Sacudió la cabeza. Le dolía.

La chica que no era Dajeil ni Flin se inclinó rápidamente, lo miró a los ojos, se quitó la capa y la arrojó al suelo en un solo movimiento. A continuación empujó su cuerpo para colocarlo sobre ella, apartando al mismo tiempo el de Flin. Genar-Hofoen trató de mover los brazos pero no consiguió gran cosa.

La capa se volvió rígida debajo de él, se enroscó a su alrededor y empezó a flotar. Genar-Hofoen gritó y trató de luchar contra los negros pliegues que lo estaban envolviendo, pero volvió a sonar aquel zumbido y su visión se apagó antes incluso de que la capa terminara de envolverlo.

8. Hora de matar

I

La forma más habitual de explicarlo era recurriendo a una analogía. Así era como se te presentaba la idea cuando eras niño. Imagina que estás viajando por el espacio y llegas a un planeta muy grande y casi perfectamente plano en el que viven unas criaturas compuestas por una capa de átomos: en la práctica, bidimensionales. Estas criaturas nacerían, vivirían y morirían igual que nosotros y podrían muy bien poseer auténtica inteligencia. Inicialmente no conocerían ni podrían asimilar la idea de la tercera dimensión pero serían capaces de vivir sin problemas en sus dos dimensiones. Para ellas, una línea sería como un muro (o, vista desde un extremo, parecería un punto). Un círculo completo sería como una habitación cerrada.

Puede que, si fueran capaces de construir máquinas que les permitieran viajar a grandes velocidades por la superficie de su planeta –que para ellos sería su universo– pudieran dar la vuelta al planeta y regresar al punto del que habían partido. Pero lo más probable es que la posibilidad se presentara primero en la teoría. En cualquiera de los casos, llegarían a la conclusión de que su universo era tanto cerrado como curvo y que existía una tercera dimensión a la que ellos no tenían acceso. Como estaban familiarizados con la idea del círculo, probablemente bautizaran la forma de este nuevo universo como "hipercírculo" en vez de inventar una nueva palabra. La gente del mundo tridimensional, por supuesto, lo llamaría esfera.

La situación era similar para quienes vivían en tres dimensiones. En un momento dado, toda civilización que estuviera dando los primeros pasos de un desarrollo avanzado descubría que si emprendías un viaje por el espacio en una línea aparentemente recta, pasado algún tiempo acababas por regresar al punto de partida porque tu universo tridimensional era en realidad tetradimensional. Como la gente estaba familiarizada con la idea de la esfera, tendía a bautizar su forma como hiperesfera.

Normalmente, hacia el mismo punto en el desarrollo de una sociedad, se llegaba a la conclusión de que –a diferencia del planeta en el que vivían las criaturas bidimensionales:– el espacio no estaba solo curvado en forma de hiperesfera sino que también estaba en expansión, incrementando gradualmente su tamaño como una pompa de jabón al otro extremo de una pajita en la que alguien estuviera soplando. A un ser tetradimensional situado a una distancia suficiente, las galaxias tridimensionales le parecerían diminutos diseños impresos en la superficie de aquella esfera en expansión, generalmente alejándose unas de otras a causa de la expansión general de la hiperesfera pero –al igual que los cambiantes remolinos y espirales de color que se veían en la pompa de jabón– capaces de deslizarse y moverse por esa superficie.

Por supuesto, en la hiperesfera tetradimensional no había equivalente a la pajita ni

nadie que soplara desde el exterior. La hiperesfera se expandía por sí sola, como una explosión tetradimensional, lo que conducía a la idea de que una vez no había sido más que un punto, una diminuta semilla que había hecho explosión. La detonación había creado –o al menos producido– la materia y la energía, el tiempo y las mismas leyes físicas. Más tarde –tras enfriarse, fundirse, cambiar por espacio de períodos inimaginablemente largos y experimentar una inmensa expansión– había dado a luz al universo frío, ordenado y tridimensional que la gente podía ver a su alrededor.

En algún momento del progreso de una sociedad tecnológicamente avanzada, en ocasiones tras haber alcanzado alguna clase de éxito limitado en el acceso al hiperespacio y, más habitualmente después de algún avance teórico, se llegaba a la conclusión de que la esfera no era la única que existía. El universo en expansión se encontraba en el interior de otro más grande, que a su vez estaba completamente sumergido en una burbuja de espacio-tiempo de un diámetro aún mayor. Lo mismo se aplicaba al universo sobre/en el que te encontrabas: había universos más pequeños y jóvenes en su interior, plegados como las capas de un envoltorio de papel alrededor de un regalo esférico.

Había más; complicaciones en siete y más dimensiones que implicaban la existencia de un torus gigante en el que el universo tridimensional podía describirse como un círculo, contenido y continente de otros torus, meta-realidades que alojaban poblaciones enteras... pero por lo general se consideraba que las complicaciones de los universos múltiples, concéntricos y secuenciales eran suficientes por el momento.

Lo que todo el mundo quería saber era si existía alguna forma de viajar de un universo a otro. Entre dos universos cualesquiera había algo más que hiperespacio vacío: había una cosa llamada red de energía. Era muy útil –sus hebras sueltas podían usarse para impulsar las naves y también se habían utilizado como arma– pero también era un obstáculo que –según todo lo que se sabía hasta la fecha– se había mostrado inaccesible a la investigación inteligente. Parecía que determinados agujeros negros estaban ligados a la red y, por consiguiente, puede que lo estuvieran al universo que se extendía más allá, pero nadie había logrado nunca llegar intacto hasta uno de ellos ni había reaparecido en forma reconocible alguna. También existían agujeros blancos: fuentes violentamente furiosas que arrojaban al universo torrentes de energía con la potencia de un millón de estrellas y que parecían también conectados a la red... pero jamás se había captado cuerpo, nave, o información alguna que brotara de sus tumultuosas bocas; ni el equivalente a una bacteria aerobia, ni una sola palabra, ninguna lengua, solo aquel caudal incoherente de energías en cascada y partículas supercargadas.

El sueño que albergaba cada Involucionado, el sueño al que se aferraban casi todas las civilizaciones tecnológicamente avanzadas con fervor casi religioso, era el de que un día sería posible viajar de un universo a otro, atravesar una de aquellas

burbujas en expansión para –aparte de todo lo demás– no tener que sufrir nunca el destino final del propio universo. Alcanzar lo que sin duda sería la Sublimación, la auténtica Trascendencia, consumar la definitiva Superación y hacerse con el poder definitivo.

La Unidad General de Contacto de clase Río *Destino susceptible de cambio* se había detenido en el espacio. Localmente, tomando la Excesión como punto de referencia, estaba estacionaria. La Excesión estaba igualmente estática, tomando como punto de referencia la estrella Esperi. La entidad se encontraba allí, a pocos minutos luz de distancia, un punto sin rasgos distintivos en el tejido del espacio real, con una solitaria hebra de aspecto igualmente monótona conectada con la capa inferior de la red energética... y una segunda unida a la capa superior.

La Excesión estaba haciendo exactamente lo mismo que llevaba haciendo las últimas dos semanas: nada. La *Destino susceptible de cambio* había llevado a cabo todas las mediciones iniciales y los exámenes preliminares de la entidad pero había recibido la encarecida recomendación de no ir más allá. No debía iniciar contactos directos, ni siquiera por medio de drones, naves menores o sondas. En teoría, podía desobedecer si quería. La nave era su propia dueña. Podía tomar sus propias decisiones... pero en la práctica tenía que seguir el consejo de aquellos que, si no sabían más que ella, eran al menos más sabios.

Responsabilidad colectiva. También conocida como compartir las culpas.

Así que lo único que había hecho después del primer y excitante momento, cuando había sido el centro de atención y todos habían querido saber lo que podía decirles de la cosa que había encontrado, había sido permanecer allí, todavía en el centro de los acontecimientos pero sintiéndose, sin saber muy bien por qué, un poco ignorada.

Informes. Redactaba informes. Hacía tiempo que había dejado de intentar que parecieran diferentes u originales.

La nave se aburría. Y era también consciente de la existencia de una corriente subterránea y continua de miedo. Una emoción real que le provocaba, según el momento y su estado de ánimo, fastidio, vergüenza o indiferencia.

Esperaba. Observaba. Más allá de ella, a su alrededor, la mayor parte de su pequeña flota de módulos y satélites, algunos de sus más capaces drones y gran variedad de artefactos especializados que había construido específicamente para el caso, flotaban también, esperando y observando. En el interior de la nave, la tripulación humana discutía la situación, examinaba los datos que recibían a través de sus sensores y de la pequeña nube de máquinas dispersas que la rodeaban. La nave pasaba parte de su tiempo organizando juegos para entretener a los humanos. Y mientras tanto seguía vigilando la Excesión y el espacio circundante, esperando a que

apareciera la primera de las otras naves.

Dieciséis días después de que la nave de la Cultura hubiera tropezado con la Excesión y seis días después de que el descubrimiento se hubiera hecho público, apareció la primera nave y su presencia se manifestó en el sistema sensorial principal de la *Destino susceptible de cambio*. La UGC ascendió un peldaño en su estado de preparación, envió un informe sobre lo que estaba ocurriendo a la *Gradiente ético* y la *No se inventó aquí*, clavó el escáner de rastros a la señal que se le acercaba, inició una reconfiguración experimental de sus plataformas de sensores remotos y empezó a acercarse al recién llegado, rodeando el perímetro de seguridad de la Excesión a una velocidad que confiaba fuera un apropiado intermedio entre una parsimonia educada y una urgencia alarmada. Envió una señal interrogativa estándar a la otra nave.

La embarcación era la *Consejo sobrio*, una Exploradora de la Quinta Flota del Clan de los Observadores de las Estrellas del Elenco Zetético. La *Destino susceptible de cambio* respiró aliviada. El Elenco era un amigo.

Completadas las identificaciones, las dos naves se encontraron, localmente estacionarias y a unas decenas de kilómetros, junto al perímetro de seguridad que había establecido la nave de la Cultura alrededor de la Excesión.

~ Bienvenida.

~ Gracias... Santo estatismo. ¿Está esa cosa ligada a la red o me engañan mis sensores?

~ Si tus sensores están engañándote, los míos están haciendo lo mismo conmigo. Impresionante, ¿no? Uno se acostumbra bastante cuando lleva una semana o dos sentado observándolo, puedes creerme. Confío en que estés aquí solo para observar. Es lo que yo estoy haciendo.

~ ¿Esperando a la caballería?

~ Eso es.

~ ¿Cuándo llegarán?

~ Eso es información restringida. ¿Me prometes que esto no saldrá del Elenco?

~ Prometido.

~ Un VS Medio llega dentro de doce días. El primer Vehículo General de Sistemas, dentro de catorce, luego uno cada pocos días durante una semana, después uno al día y luego varios al día, para cuando calculo que empezarán a presentarse algunos de los otros Involucionados. No me preguntes lo que los VGS considerarán el quorum necesario para actuar. ¿Y vosotros?

~ ¿Podemos hablar extraoficialmente, y entre nosotros?

~ Muy bien.

~ Otra de nuestras naves se dirige aquí, pero se encuentra todavía a dos días de distancia. El resto de la flota está indeciso, pero han dejado de alejarse. Perdimos una

nave por esta zona, *La paz trae plenitud*.

~ Ah. ¿De veras? ¿Y cuándo fue eso, aproximadamente?

~ En algún momento entre 28.789 y 805.

~ De modo que la información sigue siendo confidencial.

~ Sí, registramos esta zona lo mejor que pudimos durante dos semanas pero no encontramos nada. ¿Qué te ha traído a ti aquí?

–Una sugerencia de mi VGS natal, la *Gradiente ético*. En 841. Quería que echase un vistazo en la Nube Superior del Remolino Foliar Superior. No me dio ninguna razón. Topé con esto de camino aquí. Eso es todo lo que sé. –Y la *Destino susceptible de cambio* pensó fríamente en aquella sugerencia. La zona de la Nube Superior se encontraba muy lejos de allí, pero eso no significaba nada. Lo que importaba era que le habían dado una localización muy precisa y la sutil recomendación de que estuviera atenta por si aparecía algo interesante por el camino. Teniendo en cuenta su posición cuando su VGS natal le hizo la sugerencia, era inevitable que su ruta la llevara cerca de la Excesión... Habían pasado treinta y seis días entre la fecha posible de la desaparición de la nave del Elenco y el momento en que a ella la habían enviado a lo que empezaba a parecer una encerrona... ¿Qué habría ocurrido en ese tiempo? ¿Podía haber informado en secreto a la Cultura alguna nave del Elenco? Pero si ese era el caso, ¿cómo era posible que esta información hubiese resultado tan precisa y una sola nave hubiera topado prácticamente de frente con la maldita Excesión, cuando el Elenco había pasado allí dos semanas con las siete octavas partes de una flota entera sin encontrar nada?– Si quieres, puedes preguntarle a la *Gradiente ético* qué la indujo a hacer aquella sugerencia.

~ Gracias.

~ De nada.

~ Me gustaría tratar de contactar con la Excesión. Puede que nuestro camarada haya desaparecido aquí. Como mínimo, podría tener información. Y como máximo, por lo que sabemos, nuestra nave podría seguir allí. Estoy pensando en hablar con ella, y puede que en enviar una nave dron si no responde.

~ Es una locura. Esa cosa está unida a las redes, en ambas direcciones. ¿Sabes de algo capaz de hacer tal cosa? Yo tampoco. Ni siquiera empezaré a sentirme *segura* hasta que haya por aquí una flota entera de VGS. Demonios, me he alegrado mucho al verte aparecer. *Por fin un poco de compañía*, he pensado. *Alguien con quien pasar el tiempo mientras continúo con mi solitaria vigilia*. ¿Y ahora quieres empezar a dar golpecitos a esa cosa con un palo? ¿Estás loca?

~ No, pero podría haber una nave en apuros ahí dentro. No puedo quedarme aquí sin hacer nada. ¿Has intentado contactar con la entidad?

~ No. Envié una respuesta estándar a su saludo inicial pero... espera un momento. Mira la señal que envió. (Señal adjunta.)

~ Mira eso. ¿Lo ves? ¡Te lo dije! Probablemente fuera una señal de saludo enviada por una fuente del Elenco.

~ Mierda. Sí, lo veo. Bueno, puede que tu camarada encontrara primero la maldita cosa pero de ser así, probablemente hiciera lo mismo que tú estás proponiendo. Y ha desaparecido. Desaparecido. ¿No te das cuenta de lo que eso significa?

~ Tengo la intención de actuar con cautela.

~ Ah-ha. ¿Es que tu camarada era famoso por su descuido?

~ De hecho, no.

~ Ahí tienes.

~ Aprecio tu preocupación. ¿Había alguna señal de disputa en la zona cuando llegaste? ¿Señales de emergencia o de socorro? ¿Eyectables Móviles de Grabación de Sucesos?

~ Encontré esto (análisis/localización de material adjunto) pero si quieres mencionarlo en tu informe, te agradecería que dijeras que has topado con los restos por casualidad.

~ Gracias. Sí, por supuesto... Parece que uno de nuestros pequeños drones se vio atrapado en algo. Hmmm. Es como si... Tiene como un olor subsidiario, ¿no te parece?

~ Es posible. Ya sé a qué te refieres. Algo falla.

~ ¿Seguimos oficialmente?

~ Está bien.

~ Te informo de que tengo la intención de contactar con la entidad.

~ Te suplico que no lo hagas. Déjame que solicite que se te permita participar en la investigación de la Cultura cuando se lleve a cabo. Estoy seguro de que no tendrán inconveniente en entregarte todos los datos relevantes.

~ Lo siento, tengo razones propias para considerar urgente este asunto.

~ ¿Seguimos en privado?

~ De acuerdo.

~ Mis archivos muestran que eres idéntica, en todos los sentidos y a todos los efectos, a *La paz trae plenitud*.

~ Sí. ¿Y?

~ ¿Es que no lo ves? Mira, si esa cosa ha podido derrotar a tu camarada sin dejar más rastro que un pequeño dron fugado, ¿qué crees que será capaz de hacer ahora que ha tenido la ocasión de estudiar la estructura y el estado mental de tu nave hermana durante al menos sesenta y seis días?

~ Cuento con la ventaja de estar sobre aviso. Y es posible que la entidad no se haya podido apoderar todavía de *La paz trae plenitud*. La nave podría estar en su interior, bajo asedio. Puede que todas las energías intelectuales de la entidad estén siendo absorbidas por el mantenimiento de ese bloqueo. De ser así, mi intervención

podría provocar el levantamiento del asedio y la liberación de mi camarada.

~ Prima, te estás engañando a ti misma. El hecho de que hayas sido alertada sobre el peligro potencial de la entidad no te proporciona más que un mínimo de seguridad adicional. Difícilmente podía estar *La paz trae plenitud* menos preparada. Aprecio tus sentimientos hacia tu compañera de Flota pero creer que algo capaz de mantenerse unido a con la red-E en ambas direcciones va a tener dificultades para imponerse a una nave con una capacidad como la nuestra es exceder los límites de lo posible. La Excesión no me ha hecho nada, pero es que yo tampoco le he hecho nada a ella. Hemos intercambiado un saludo, nada más. Lo que estás proponiendo podría considerarse una interferencia, e incluso un acto hostil. Yo me he comprometido a observar y no podré ayudarte si te metes en líos. Por favor, *por favor*, reconsidéralo.

~ Te comprendo. Trataré de establecer comunicación con la entidad pero no recomendaré una aproximación con drones. Tengo que someter la cuestión a mis humanos, por supuesto, pero normalmente se muestran de acuerdo con mis recomendaciones.

~ Por supuesto. Te animo a oponerte con toda vehemencia al envío de cualquier objeto hacia la Excesión, en caso de que la tripulación humana llegara a sugerirlo.

~ Ya veremos lo que dicen. Puede que la cosa se demore. Les gusta discutir.

~ No tomes ninguna decisión precipitada por mi causa.

II

La Unidad Rápida de Ofensiva de clase Torturador *Hora de matar* salió de la oscuridad entre las estrellas y aminoró su velocidad en un salvaje y extravagante despliegue de energías que durante un momento dejó un vivido rastro en la superficie de la red energética. Se detuvo a un mes luz del frío, oscuro, lento y giratorio cuerpo que era el depósito de naves de Miseria, a cierta distancia del borde exterior de la diminuta nube de mecanismos de defensa/ataque del mundo. Envió una petición de **P**ermiso-**P**ara-**A**proximarse a la roca.

La respuesta se hizo esperar más de lo normal.

[haz estrecho, M16, tra. @n4.28.882.1398]

º º Almacén de Miseria

ª ª URO *Hora de Matar*

oo

(permiso denegado) ¿Qué te trae por aquí?

aa

Solo estoy de paso, para asegurarme de que todo andaba bien. ¿Cuál es el problema? (PPA)

oo

(permiso denegado) ¿Quién te ha enviado?

aa

¿Qué te hace pensar que me ha enviado alguien? (PPA)

oo

(permiso denegado) Soy una entidad restringida. No tengo ni el deber ni la obligación de permitir que ninguna otra nave se aproxime a mí. Tradicionalmente, las naves solo se aproximan a los Almacenes en caso de necesidad. ¿Cuál es esa necesidad en tu caso?

aa

Está produciéndose cierta actividad en la zona en la que se encuentra tu posición actual. La gente está preocupada. Una comprobación rutinaria parecía coherente. (PPA)

oo

(permiso denegado) Servirías mejor a tales preocupaciones dejándome sola. Tu visita podría incluso llamar la atención, cosa que me resulta intrínsecamente desagradable. Por favor, aléjate de inmediato. Y te ruego que hagas menos ostentación de tu partida de lo que has hecho de tu llegada.

aa

Considero mi deber comprobar tu estado actual de integridad. Lamento decir que tu recalcitrante actitud no contribuye a tranquilizarme. Espero que tengas la mínima deferencia de permitirme interferir con tu sistema externo independiente de control de sucesos. (PPA)

oo

(permiso denegado) ¡No! ¡No pienso hacerlo! Soy perfectamente capaz de hacerme cargo de mí misma y mis sistemas independientes de seguridad no contienen nada de interés. Cualquier intento de acceder a ellos sin mi permiso se tratará como un intento de agresión. Esta es tu última oportunidad de abandonar mi jurisdicción antes de que emita una señal de protesta por tu irracional y cargante comportamiento.

aa

Ya he elaborado mi propio informe sobre tu extraña y poco cooperativa actitud y he incluido una copia de este intercambio de señales. Enviaré el paquete de señales de inmediato si no recibo una respuesta satisfactoria a este mensaje. (PPA)

...

Esperando respuesta.

...

¡Esperando respuesta!

Repito: ya he elaborado mi propio informe sobre tu extraña y poco cooperativa actitud y he incluido una copia de este intercambio de señales. Enviaré el paquete de señales de inmediato si no recibo una respuesta satisfactoria a este mensaje. (PPA)

oo

(permiso concedido) Solo por consideración a la tranquilidad y con la condición de que mis sistemas de seguridad asociados permanezcan intactos. Y hago constar mi protesta.

aa

Gracias. Por supuesto.

En camino. Me situaré a 2km de tu perímetro rotacional dentro de treinta minutos.

~ Gracias a sus tácticas disuasorias, comandante, probablemente ya sospeche algo y es muy posible que haya enviado una señal a quien quiera que la haya enviado. Puede dar gracias de que tengamos media hora para prepararnos. Está extremando la cautela.

Habían vuelto a sellar las compuertas de la zona de alojamiento y bombeado un poco de atmósfera real. El comandante Luna Creciente Parchestación IV de la Tribu

de la Visión Lejana había podido quitarse el traje varios días antes. La gravedad seguía siendo demasiado baja pero aquello era preferible a estar flotando. El comandante chasqueó el pico frente a la imagen de la pantalla proyectada por el centro móvil de mando, que habían montado en lo que había sido la piscina /unidad de crecimiento de los humanos. Un teniente que se encontraba a su lado se comunicó en voz baja pero teñida de urgencia con los otros veinte Afrentadores que había en las cavernas de la base, para informarles de lo que estaba ocurriendo.

El comandante lanzó una mirada de impaciencia hacia atrás, en busca del criado que había enviado a buscar su traje en el mismo instante en que la nave de guerra de la Cultura había aparecido en sus sensores. En las pantallas secundarias se veía a los técnicos de la Afrenta, sus máquinas y algunos drones esclavos, trabajando en los cascos de las naves almacenadas. Ya tenían la mitad de ellas preparadas para actuar. Una flota decente, pero necesitaban las demás, y a ser posible cuanto antes y como una completa sorpresa para la Cultura y todo el mundo.

–¿No puedes destruirla? –preguntó el comandante a la nave traidora de la Cultura. Con un vistazo comprobó el estatus de la más cercana de las naves Afrentadoras. Demasiado lejos. No se habían acercado a Miseria por si alguna otra nave de la Cultura estaba vigilando.

A la *Regulador de actitud* no le gustaba vocalizar. Prefería que su parte de la conversación fuera impresa.

~ Si se sitúa lo bastante cerca, sí, puede que sí. Podría haber sido relativamente fácil si la hubiera cogido desprevenida del todo. No obstante, creo que esto es bastante poco probable, habida cuenta de que para venir aquí, en primer lugar, debía de albergar sospechas. Sea como sea, ya no tiene caso.

–¿Y las naves que hemos limpiado ya?

~ Comandante, aún no han despertado. Hasta que no pueda activarlas, son inútiles. Y si despertamos ahora a la mitad de ellas, tendrán demasiado tiempo para pensar, demasiado tiempo para llevar a cabo sus propias comprobaciones antes de que llegue el momento de utilizarlas. Nuestro proyecto debe realizarse en un frenesí, en un estado de caos, pánico y urgencia aparente o no podrá triunfar.

Hubo una pausa mientras el mensaje aparecía en la pantalla y entonces:

~ Comandante, sospecho que esto será una formalidad, pero tengo que preguntarlo: ¿está dispuesto a admitir lo ocurrido y entregar el mando sin presentar batalla a la URO *Tiempo de matar*? Probablemente esta sea nuestra última oportunidad de evitar las hostilidades.

–No sea ridículo –dijo el comandante con tono amargo.

~ Ya me lo imaginaba. Muy bien. Me pondré en marcha en la sombra proyectada por la roca sobre el tejido y trataré de rodear a la URO. Deje que entre en el perímetro defensivo. Espere hasta que se haya adentrado una semana luz, no más, y entonces

láncele encima todo lo que tenga. Se lo vuelvo a implorar, comandante: entrégueme el control de la estructura táctica.

–No –dijo el comandante–. Márchese y haga lo que crea conveniente contra la nave de la Cultura. Yo esperaré a que se encuentre a uno punto tres semanas luz y entonces atacaré.

~ Ya estoy de camino. *No* permita que se acerque a menos de una semana luz de los depósitos, comandante. Sé cómo reaccionará si es atacada. Esta no es una amable Mente de Orbital ni una timorata Unidad General de Contacto. Es una nave de guerra de la Cultura que, según todos los indicios, está completamente armada y dispuesta a ponerse muy seria.

–¿Cómo, entrando así, a paso de tortuga?

~ Comandante, le asombraría y aterraría averiguar las pocas cosas positivas que hay en la apariencia y comportamiento de una nave de guerra como esta. El hecho de que no esté atravesando a la carga la pantalla defensiva para frenar en seco a continuación es casi con toda certeza una mala señal. Probablemente significa que es muy astuta. So lo repito: *no* espere a que haya entrado por completo en el sistema de defensa para abrir fuego. Si recibe un ataque en esas condiciones, podría decidir que no tiene oportunidad de escapar y, en tal caso, podría seguir adelante y atacarlos, y a tan corta distancia tendría unas posibilidades aceptables de aniquilar todos los depósitos y las naves que hay en ellos.

El comandante casi se sintió molesto por el hecho de que la nave no hubiera hecho mención a su instinto de conservación.

–Muy bien –le espetó–. A medio camino. Dos semanas.

~ ¡Comandante, *no!* Sigue siendo demasiado cerca. Si no podemos destruir la nave en el primer instante del encuentro, debe ofrecérsele una oportunidad razonable de escapar. De lo contrario, podría decidir que es preferible la gloria a tratar de escapar.

–¡Pero si escapa podrá avisar a la Cultura!

~ Si nuestro ataque no logra un éxito inmediato, enviará de todas maneras una señal, asumiendo que no lo haya hecho ya. No podremos impedírselo. En tal caso, nos habrán descubierto... aunque con suerte eso solo significará que nuestros planes sufrirán un retraso de varios días. Créame, comandante, la fuga de la nave no acelerará la presencia de la Cultura en este lugar más que una señal. Estará usted poniendo en peligro toda la misión si permite que la nave se acerque a menos de tres semanas luz de los depósitos.

–¡Muy bien! –le espetó el comandante. Sacudió un tentáculo sobre la brillante pantalla de la mesa de mando. El enlace de comunicación se cortó. La *Regulador de actitud* no trató de restablecerlo.

–Su traje, señor –dijo una voz desde detrás. El comandante se revolvió y se

encontró con el joven guardiamarina con un traje en los tentáculos.

–¡Oh, *al fin!* –gritó. Con un movimiento rapidísimo, uno de sus tentáculos golpeó sus apéndices oculares, que salieron despedidos de sus cuencas. El joven gimoteó y retrocedió, mientras su saco gaseoso se desinflaba. El comandante cogió el traje y se metió en él mientras el guardiamarina, medio ciego, andaba haciendo eses por la estancia.

El comandante ordenó a su lugarteniente que reconfigurara la mesa de mando. Desde allí podía controlar personalmente todos los sistemas confiados por la Cultura a la Mente que la nave traidora había matado. La consola de mando era algo así como el instrumento de destrucción definitivo. Un teclado gigante en el que interpretar sinfonías de muerte. A algunas de las teclas, es cierto, había que dejarlas que se pulsaran solas una vez activado el sistema, pero aquellos controles servían para *controlar* de verdad.

La pantalla holográfica proyectó una esfera hacia el comandante. El globo representaba el volumen real de espacio que rodeaba Miseria, con diminutas motas verdes, blancas y doradas para mostrar los componentes principales del sistema defensivo. Un punto azul apagado representaba la nave de guerra que estaba aproximándose a velocidad constante. Otro punto rojo brillante, situado en el lado opuesto del depósito de naves y mucho más cercano –aunque alejándose a gran velocidad–, era la nave traidora, *Regulador de actitud.*

Una pantalla lateral mostraba un resumen de la misma situación vista desde el hiperespacio, donde las dos ocupaban superficies diferentes del tejido. Una tercera pantalla ofrecía una visión transparente de la propia Miseria, detallando las cavernas llenas de naves, la superficie y los sistemas de defensa interna.

El comandante terminó de ponerse el traje y lo activó. Se colocó en posición. Revisó la situación. No era tan tonto como para tratar de dirigir personalmente las cuestiones tácticas, pero apreciaba el grado de influencia estratégica que podía ejercer desde allí. Al mismo tiempo, a pesar de todo, sentía la temible tentación de tomar el control personalmente y disparar todos los sistemas de defensa, pero era consciente de la enorme responsabilidad que se le había confiado en aquella misión y no menos consciente de que había sido seleccionado cuidadosamente para la tarea. Lo habían escogido porque sabía cuándo no debía... ¿cómo lo había expresado la nave? Ir a buscar la gloria. Sabía cuándo no debía ir a buscar la gloria. Sabía cuándo contenerse, cuándo aceptar un consejo, cuándo retirarse y reagrupar fuerzas.

Con un movimiento rápido, abrió el canal de comunicación con la nave traidora.

–¿La nave enemiga se ha detenido exactamente a un mes luz? –preguntó.

~ Sí.

–Eso son treinta y dos días estándar de la Cultura.

~ Exacto.

–Gracias –cerró el canal.

Miró a su lugarteniente.

–Programe todas las armas para abrir fuego sobre la nave de guerra en el preciso instante en que cruce el límite de ocho punto uno días. –Se reclinó en el asiento mientras los miembros del lugarteniente pasaban a gran velocidad sobre las pantallas holográficas para poner en práctica sus órdenes. Justo a tiempo, advirtió. Había tardado más de lo que creía en ponerse el traje.

–Cuarenta segundos, señor –dijo el lugarteniente.

–Dele el tiempo justo para relajarse –dijo el comandante, dirigiéndose más a sí mismo que al otro–. Si es así como funcionan estas cosas...

Exactamente a ocho punto uno días luz de la posición que la Unidad Rápida de Ofensiva *Tiempo de matar* había mantenido mientras negociaba su permiso para aproximarse, el espacio que rodeaba en la pantalla el punto azul cintiló de repente mientras un millar de sistemas ocultos de una docena de tipos diferentes cobraba vida en una ordenada secuencia de destrucción. En la esfera holográfica del espacio real fue como si una agrupación de estrellas en miniatura apareciera de improviso alrededor del punto azul. La señal desapareció al instante en el interior de una brillante esfera de luz. En la esfera holográfica del hiperespacio, el punto duró un poco más. Aminorada su marcha, se pudo ver que disparaba algunas salvas de respuesta durante un microsegundo, más o menos, y luego desaparecía también en el derroche de energías que se vertían en el hiperespacio desde el tejido del espacio real en sendas erupciones de fuego.

Las luces de la zona de alojamiento parpadearon y perdieron intensidad mientras se derivaban cantidades monumentales de energía a los sistemas de armas de largo alcance de la roca.

El comandante dejó abierto el canal de comunicaciones con la nave traidora. Su propio curso se había alterado en el preciso instante en que los sistemas de defensa se habían activado. Ahora estaba virando y cambiando de color del rojo al azul, también en el hiperespacio, para dirigirse al punto donde la lenta disipación de la energía de los fragmentos señalaba el lugar en el que se había concentrado toda la potencia de aniquilación del sistema.

Una pantalla plana que el comandante tenía a su izquierda empezó a parpadear, como si un aumento de tensión aún mayor hubiera absorbido energía incluso de los circuitos protegidos. Había un mensaje en ella:

~ ¡Habéis fallado, so capullos!

–¿Qué? –dijo el comandante.

La pantalla parpadeó una vez más y volvió a borrarse.

~ Comandante, aquí la *Regulador de actitud* de nuevo. Como supongo que ya se habrá percatado, hemos fallado.

–¿Qué? ¡Pero...!

~ Mantenga todos los sistemas de defensa y los sensores en estado de máxima alerta. Programe el punto de degradación significativa de los sensores a una semana de distancia. No los necesitaremos más allá.

–Pero, ¿qué ha pasado? ¡Si le hemos dado!

~ Yo avanzaré para ocupar el hueco abierto por el ataque en nuestras defensas. Prepare todas las naves disponibles para un despertar inmediato. Puede que tenga que activarlas dentro de un día o dos. Complete las pruebas de los Desplazadores. Utilice una nave real si es necesario. Y realice una comprobación total de sistemas de nivel cero en sus propios equipos. Si la nave ha sido capaz de insertar un mensaje en su consola de mando, ha podido realizar otros trucos más preocupantes.

El comandante golpeó la consola con un tentáculo.

–*¿Qué* está pasando? –rugió–. Hemos dado a ese bastardo, ¿no?

~ No, comandante. Hemos "dado" a alguna lanzadera o módulo. Algo más rápida y mejor equipada que el tipo medio que una nave así llevaría en condiciones normales, pero construida posiblemente de camino aquí con esta estratagema en mente. Ahora sabemos por qué se mostraba tan educadamente tranquila en su aproximación.

El comandante escudriñó las pantallas holográficas mientras manipulaba los aumentos y las profundidades de campo.

–Entonces, ¿dónde demonios *está?*

~ Déme el control del escáner primario, comandante, solo un momento, ¿quiere?

El comandante, furioso, titubeó un instante en su traje y entonces dio la orden a su lugarteniente con los apéndices oculares.

La segunda esfera holográfica se convirtió en un estrecho cono oscuro que giró hasta que la parte ancha estuvo apuntando hacia el techo. Miseria resplandecía en el mismo vértice del otro extremo de la proyección, mientras que la pantalla de sistemas de defensa había quedado reducida a una diminuta florecilla de luz de colores, cercana al vértice del cono. Al final del extremo ancho había un punto furibundo, casi dolorosamente rojo.

~ *Ahí está* la nave *Hora de matar,* comandante. Se puso en marcha casi al mismo tiempo que yo. Por desgracia, es más veloz y posee mayor capacidad de aceleración. Ya nos ha hecho el honor de enviarme copia de la señal que transmitió al resto de la Cultura en el preciso instante en que abrimos fuego sobre su emisaria. Le transmitiré una copia, omitiendo las variadas y venenosas perlas dirigidas específicamente a mi persona. Gracias por dejarme el panel de control. Puede recuperarlo.

El cono se colapsó, convertido de nuevo en una esfera. El último mensaje de la nave traidora desapareció por un extremo de la pantalla plana. El comandante y su lugarteniente se miraron. La pequeña pantalla volvió a iluminarse con otra señal

entrante.

~ Oh, ¿y hará usted el favor de ponerse en contacto con el Alto Mando o prefiere que lo haga yo mismo? Será mejor que alguien les comunique que estamos en guerra con la Cultura.

III

Genar-Hofoen despertó con un dolor de cabeza que tardó *minutos* en desaparecer. El control de dolor que necesitaba requería demasiada concentración para que alguien que se encontraba tan mal como él pudiera realizarlo a cabo con rapidez. Se sentía como un niño en una playa con una pala de juguete, tratando de levantar una muralla para contener al mar mientras la marea subía a su alrededor. Las olas seguían llegando y él estaba constantemente apilando arena en las pequeñas brechas que se abrían en sus defensas, y lo peor de todo era que cuanta más arena apilaba, más hondo tenía que cavar y más arriba tenía que arrojarla después. Al cabo de algún tiempo, el agua empezó a rezumar por el fondo de su fuerte y se rindió. Se limitó a inhibir todo el dolor. Si alguien le acercaba una llama a los pies o se pillaba los dedos en una puerta, tendría que aguantarse. No era tan tonto como para sacudir la cabeza, así que imaginó que sacudía la cabeza. Nunca había tenido una resaca parecida.

Trató de abrir un ojo. No parecía tener demasiadas ganas de cooperar. Lo intentó con el otro. No, ese tampoco quería enfrentarse al mundo. Qué oscuro. Era como estar envuelto en una capa negra o algo...

Se estremeció; los dos ojos se le abrieron al instante, doloridos y llorosos.

Estaba frente a una especie de pantalla holográfica de grandes dimensiones. Espacio; estrellas. Bajó la mirada y descubrió que le costaba mover la cabeza. Lo habían sentado en una silla grande, muy cómoda pero también muy segura. Estaba forrada de una especie de piel suave, ligeramente reclinada y despedía un aroma muy agradable, pero tenía unos grandes aros acolchados que lo sujetaban por antebrazos y tobillos. Una barra igualmente forrada de piel le inmovilizaba la parte inferior del abdomen. Trató de mover la cabeza una vez más. Estaba dentro de una especie de casco, abierto por la parte delantera, que parecía unido al respaldo de la silla.

Miró a un lado. Pared cubierta de piel; madera barnizada. Un panel o pantalla que mostraba lo que parecía un cuadro abstracto. *Era* un cuadro abstracto: uno famoso. Lo reconoció. Techo negro, luz titilante. Justo delante de la pantalla. Una alfombra en el suelo. Hasta el momento, se parecía mucho al típico módulo de la Cultura. Muy tranquilo, aunque eso no significaba nada. Miró a su derecha.

Había dos asientos idénticos al otro lado del camarote... Probablemente fuera un camarote y, casi con toda certeza, aquel era un módulo de nueve o de doce personas. Como no podía mirar hacia atrás, no podía asegurarlo. El asiento del centro, el que tenía más cerca, lo ocupaba un voluminoso dron, de aspecto bastante anticuado, cuyo cuerpo plano descansaba sobre el cojín. La gente siempre decía que los drones se parecían un poco a las maletas pero a Genar-Hofoen este le recordaba más bien a un trineo de los antiguos. Por alguna razón, daba la impresión de estar contemplando la pantalla. Su campo de aura parpadeaba, como si estuviera experimentando rápidos

cambios de humor. Principalmente, mostraban una mezcla de gris, marrón y blanco.

Frustración, desagrado y cólera. Una combinación no demasiado alentadora.

En el asiento más lejano había una preciosa joven que se parecía un poco a Dajeil Gelian. Tenía la nariz más pequeña, los ojos no eran del color correcto y llevaba el pelo peinado de manera diferente. Costaba saber si su figura guardaba algún parecido con la de la otra mujer, porque se encontraba dentro de lo que parecía un traje espacial enjoyado; un traje rígido estándar de la Cultura, con placas de platino o plata e incrustado generosamente de piedras, que desde luego brillaban y resplandecían bajo la luz del techo como si fuesen rubíes, esmeraldas, diamantes y cosas por el estilo. El casco del traje, igualmente incrustado, descansaba en el brazo de su asiento. *Ella* no estaba maniatada al asiento, advirtió.

Tenía una expresión tan grave y severa en el rostro que, seguramente, en cualquier otra persona hubiera provocado una fealdad suprema. En ella resultaba encantadora. Pero probablemente no fuera el efecto que ella deseaba. Decidió arriesgarse a sonreír. El casco abierto que llevaba debía de permitir que la chica lo viera.

–Umm, hola –dijo.

El viejo dron se levantó y se inclinó hacia delante como si lo estuviera mirando. Volvió a dejarse caer sobre el asiento, con los campos de aura apagados.

–No tiene caso –anunció, como si no hubiera oído lo que el hombre acababa de decir–. Estamos atrapados. No hay sitio adonde ir.

La chica del otro asiento entornó sus furibundos ojos azules y fulminó a Genar-Hofoen con la mirada. Cuando habló, su voz era como un estilete de hielo:

–Todo esto es culpa tuya, repugnante montón de basura –dijo.

Genar-Hofoen suspiró. Estaba perdiendo la consciencia de nuevo, pero no le importaba. No tenía la menor idea de quién era aquella criatura pero le gustaba de todos modos.

Volvió la oscuridad.

IV

[punto estrecho intermitente, M32, tra @n4.28.882.4656]

º º VSL *Solo llamadas serias*

ª ª Excéntrica *Liquídalos más tarde*

oo

¡Es la guerra! ¡Esos capullos dementes nos han declarado la guerra! ¡Están locos!

aa

Estaba a punto de llamarte. Acabo de recibir el mensaje de la nave a la que le pedí que visitara Miseria. Esto tiene mala pinta.

oo

¿Mala? ¡Es una catástrofe, joder!

aa

¿La chica consiguió llegar hasta el sujeto?

oo

Oh, lo consiguió, sí, pero pocas horas más tarde el Alto Mando de la Afrenta anunció el inicio de su pequeña guerra. La nave que *Phage* envió a Grada se encontraba a un día de distancia a velocidad de módulo. Decidió que tenía mejores cosas que hacer que perder el tiempo con una misión que desde el principio no había sido demasiado afortunada. Creo que la declaración de guerra fue casi un alivio para ella. Al instante informó a la *Brillo acerado* de su posición y esta le pidió que acudiera a máxima velocidad a una misión desesperada de defensa. Las muy bastardas no querían ni decirme dónde. Tardé varios milisegundos reales en decidirme a contárselo todo a la *Brillo acerad*o y explicarle por qué se encontraba cerca de Grada. Logré convencerla de que el honor de Grada dependía de su silencio. No creo que se vaya de la lengua. Le he dejado muy claro que me lo tomaría muy a mal.

aa

Pero estaba Desmilitarizada. ¿No ha vuelto a *Phage* a rearmarse?

oo

¡Ja! ¿Desmilitarizada? Y una copia de seguridad. La muy capulla salió de *Phage* totalmente armada. Fue idea de la propia *Phage,* ese montón de basura maliciosa. Siempre ha sido muy cauta. En cualquier caso, la *Franco intercambio de puntos de vista* está armada hasta los dientes y ansiosa por meterse en una pelea, según parece. Lo mismo da; ha desaparecido. Lo que deja a nuestra moza y al cautivo Genar-Hofoen flotando en un módulo a casi un día de Grada y sin ningún sitio adonde ir. Grada está pidiendo –más bien con insistencia– a todas las naves y el personal de la Cultura y la Afrenta que abandonen su territorio

mientras duren las hostilidades y no se permite que nadie entre. He tratado de encontrar a alguien cercano que los recoja, pero parece imposible.

Un inventario del espacio profundo elaborado desde Grada ha registrado ya la presencia del módulo. La *Follacarne* pasará a un día de distancia y el módulo es capaz de hacer... ah, unos doscientos... Adivina lo que viene luego. Hemos fracasado.

aa

Eso parece a primera vista. ¿Era este el objetivo –y ahora el resultado– de la conspiración? ¿Una guerra contra la Afrenta?

oo

Eso creo. La Excesión sigue siendo lo más importante, pero es posible que su aparición y las posibilidades que abre hayan sido utilizadas por la conspiración para alentar a la Afrenta a abrir las hostilidades. No obstante, lo de Miseria es peor.

El hecho de que Miseria haya caído implica una acción ilegal. Apunta a traición. La *Tiempo de matar* cree que había allí otra nave de la Cultura o que al menos lo fue en el pasado. No una de las almacenadas, sino otra, no menos vieja que las naves del depósito pero sí más sabia y más experimentada. Alguna que lleva aquí tanto tiempo como ellas, pero que ha estado despierta.

Cree que esa nave estaba suplantando a la Mente de Miseria cuando se comunicó con ella para solicitar permiso para aproximarse. Sospecho que se descubrirá que es una nave de guerra que, aparentemente, se volvió Excéntrica o Ulterior en algún momento de los últimos quinientos años y que fue –supuestamente pero no en la realidad– desmilitarizada por alguno de los conspiradores. Tengo una lista de sospechosos.

La *Tiempo de matar* sugiere que esta nave logró infiltrarse en la Mente de Miseria y, o bien destruirla, o bien apoderarse de ella. A continuación le entregó el depósito a la Afrenta. Ahora cuentan con una flota entera de naves de guerra de la Cultura, varias generaciones por encima de su propia tecnología y a nueve días escasos de la Excesión. Nada que nosotros podamos colocar en su camino en este tiempo tiene la menor posibilidad de detenerlos.

Por si acaso, la *Tiempo de matar* está dirigiéndose a toda velocidad hacia Esperi. Dentro de nueve días, los miembros de la Pandilla *No se inventó aquí* y *Moreno diferente* estarán allí. La *NIA* cuenta con dos URO operativas de clase Matón, que está armando en este mismo momento, una ULO de clase Hooligan y una UGO de clase Delincuente. Otro par de VGS con un total de cinco UO, dos de ellas de clase Torturador, deberían de poder llegar también, si las necesidades de la guerra no se lo impiden. Ocho de las URO de clase Psicópata de *Phage* se dirigen hacia la Excesión pero el resto está asignado a tareas defensivas para

contrarrestar presumibles amenazas de las unidades militares de la Afrenta. Pero ni siquiera estas ocho unidades podrán llegar allí hasta dos días después que la Afrenta. En resumen, que hay un total de diez naves de guerra de tipos diferentes capaces de llegar a la Excesión a tiempo de hacer frente a la Afrenta. Suficientes para contener a su flota entera si fuera eso lo único a lo que nos enfrentamos, pero incapaces, sencillamente, de detener a más de ocho de las naves que pueden salir de Miseria. Si las envían todas a la Excesión, es suya.

Para que quede constancia, *todos* los demás depósitos de naves están abriéndose, pero el más cercano se encuentra a cinco semanas de allí. Un gesto, eso es todo.

Oh, y algunos Involucionados nos han ofrecido su ayuda pero, o son demasiado débiles o se encuentran demasiado lejos. Es de esperar que un par de bárbaros se alineen con la Afrenta una vez que hayan dejado de rascarse la cabeza y comprendan lo que podrían conseguir si la atención de la Cultura está distraída en otra parte, pero estos son todavía menos importantes.

Y si esperábamos que algún amable Ancestral se presentara en la guardería, nos confiscara todos los juguetes y restaurara el orden, hasta el momento no parece demasiado probable. A este respecto, nadie ha captado nada.

aa

Vaya. Eso solo deja a nuestra vieja amiga, que actualmente –posiblemente, probablemente, casi con toda certeza– está también en ruta. ¿Un comodín? ¿Parte de la conspiración? ¿Sabemos algo más? Y, ya que estamos, ¿has recibido respuesta suya?

oo

No y no. No quisiera ofender pero la *Servicio durmiente* es una de las Excéntricas más insondables. Puede que piense que la Excesión necesita Almacenamiento, puede que intente embestirla a su velocidad actual o penetrar en ella y acceder a otros universos... no lo sé. En este asunto se dirime también algo personal, creo, y Genar-Hofoen encaja en alguna parte. Casi he dejado de pensar en este aspecto del problema. Seguiré intentando comunicarme con ella pero no creo que ni siquiera mire las señales que le envío. La cuestión es que la guerra es prioritaria, y hasta la Excesión queda relegada por ella a un segundo plano.

aa

No me has ofendido. Así que eso deja a la Afrenta al borde o de la apoteosis o de la némesis.

oo

En efecto. Cómo pretenden utilizar esas antiguas pero todavía potentes naves de guerra para apoderarse de la Excesión es algo que solo puede ser objeto de

especulación. Puede que pretendan rodearla y pedir acceso... Pero han emprendido una guerra que –a menos que logren de algún modo hacerse con el control de la Excesión y explotarla– están condenados a perder. Tienen unos pocos centenares de naves de guerra de medio siglo de antigüedad. Capaces de infligir daños incalculables en una sección de la galaxia pacífica, desmilitarizada y relativamente despoblada, desde luego, pero durante un mes o dos a lo sumo. A continuación la Cultura reunirá las fuerzas necesarias para aplastarlos por completo y a continuación pasará a hacer pedazos la hegemonía de la Afrenta e imponerle una paz en sus propios términos. Es el único desenlace posible. A menos que la Excesión entre en juego. Cosa que dudo.

Puede que sí sea una especie de proyección. Puede que su aparición no haya sido fortuita sino planeada. Parece poco probable, lo sé, pero todo lo demás se ha preparado con tanta astucia...

En todo caso, la discusión que todos creían que habíamos perdido al final de la Guerra Idirana está a punto de ganarse. El acuerdo alcanzado entonces está en proceso de anulación.

Yo, al menos, no pienso a protestar por esto. Puede que hayamos fallado a la hora de frustrar la conspiración, pero todavía es posible que consigamos descubrir a los responsables de su planificación y puesta en práctica, durante y después del inicio de las hostilidades. Pretendo enviar una copia de todos mis pensamientos, teorías, pruebas, comunicaciones y cualquier otro documento relevante, a todos los colegas y contactos de confianza con los que cuento. Si tienes la intención de participar en este curso de acción que propongo, te animo a hacer lo mismo y transmitir este consejo a *La impaciencia por la llegada de un nuevo amante*.

Mi propósito es seguir a los responsables del estallido de esta guerra innecesaria el tiempo que sea necesario para llevarlos ante la justicia. Soy consciente, tanto de que no me será posible hacerlo sin que ellos se enteren, como de que no hay mejor ocasión para poner en peligro a otra Mente que en tiempo de guerra, cuando se imponen secretos, se pierden naves de guerra de todo tipo, se pueden justificar los errores, se hacen tratos, se contratan mercenarios y se resuelven viejas disputas.

No creo estar siendo melodramática. Estaré sometida a una amenaza terminal y lo mismo le ocurrirá a todo aquel que decida adoptar el mismo curso de acción que yo. Los conspiradores han jugado terriblemente sucio hasta el momento y me cuesta creer que van a empezar a hacer otra cosa ahora que su repugnante plan está al borde del triunfo.

¿Qué me dices? ¿Te unes a mí en esta peligrosa misión?

aa

Cómo me gustaría poder persuadirme de que estás siendo melodramática.

Arriesgas más que yo. A mí, podría salvarme mi Excentricidad. Hemos llegado hasta aquí juntos. Cuenta conmigo.

Oh, vaya, nunca me advirtieron que esto pudiera ocurrir cuando me invitaron a entrar en el Grupo y la Pandilla...

Hmmm. Había olvidado lo desagradable que es la emoción del miedo. ¡Es algo odioso! Tienes razón. Hay que coger a esos bastardos. ¿Cómo se *atreven* a perturbar mi paz mental solo para poder enseñarles una lección a un puñado de bárbaros atrasados?

V

El crucero pesado *Besa la hoja* alcanzó al crucero *Pasaba por aquí en* las afueras del sistema Ekro. La nave de la Cultura –diez kilómetros de esbelta belleza que albergaban doscientos mil turistas de incontables especies diferentes– se rindió en cuanto el crucero pesado la tuvo al alcance de su artillería, pero la nave Afrentadora lanzó una salva delante de ella de todos modos, por una cuestión de principios. Los juerguistas más asiduos no habían dado crédito al anuncio del estallido de la guerra y pensaron que la detonación del misil que iluminó los cielos delante de la nave no era más que otro despliegue, espectacular pero no por ello más novedoso, de fuegos artificiales.

Había faltado poco. De haber recibido la advertencia una hora antes, la apresurada reconfiguración y reconstrucción de sus motores le hubiera permitido escapar. Pero no había sido así.

Las dos naves se unieron. En el vestíbulo de recepción, un pequeño grupo de gente recibió al trío de Afrentadores que emergía de las cámaras de descompresión en medio de una nube de frío vapor.

–¿Es usted el representante de la nave?

–Sí –dijo la figura achaparrada que encabezaba el grupo de los humanos–. ¿Y usted?

–Soy el Confraternizador de Alienígenas (de primera clase) Cinco Mareas Añúmedo VII, coronel de la tribu de los Cazadores Invernales y del crucero pesado *Besa la hoja*. En virtud de las reglas de la guerra convencional, esta nave queda confiscada como botín de guerra por la República Afrentadora. Si obedecen todas nuestras instrucciones, es muy posible que ni sus pasajeros, ni su nave, ni usted sufran daño alguno. En caso de que se hayan hecho alguna ilusión con respecto a su condición, son ahora nuestros rehenes. ¿Alguna pregunta?

–Ninguna a la que espere que responda usted con sinceridad o conozca la respuesta –dijo el avatar–. Aceptamos su jurisdicción obligados por la fuerza de las armas. Sus acciones mientras se prolongue esta situación quedarán registradas. Nada que no sea la destrucción total de esta nave átomo a átomo conseguirá borrar ese registro y una vez que haya sido enviado...

–Sí, sí. Hablaré con mis abogados. Y ahora, lléveme a la habitación mejor preparada de que disponga para la fisiología Afrentadora.

La chica estaba indignada con una especie de ferocidad que seguramente solo un miembro de la facción Paz hubiera podido controlar en una situación así.

–Pero si pertenecemos a la facción *Paz* –protestó por quinta o sexta vez–.

Somos... somos como la auténtica Cultura, como era antes...

–Ah –dijo Leffed, arrugando el gesto mientras alguien lo empujaba para pasar y le estrujaba el pecho contra la barra.

Miró a su alrededor con el ceño fruncido y agitó las alas para que recobraran la forma. La cafetería de estribor de la *Xoanon* estaba abarrotada –la nave estaba abarrotada– y él era consciente de que sus alas estarían en un estado lamentable cuando todo aquello hubiera terminado. Ojo, no es que la cosa no tuviese sus compensaciones. Alguien pasó junto a la barra y empujó a la chica de la facción Paz contra él, de modo que su brazo desnudo lo tocó y sintió la calidez de su cadera contra la suya. Olía de maravilla.

–Ese sí que podría ser un problema para vosotros –dijo, tratando de aparentar que simpatizaba con su situación–. Decir que sois la auténtica Cultura, ¿no te das cuenta? A los sintrincados de Grada e incluso a la Afrenta, podría resultarles... vaya, confuso.

–Pero todo el mundo sabe que no tenemos nada que ver con la guerra. ¡Es tan *injusto!* –Sacudió su corta melena morena y clavó la mirada en el cuenco de droga que tenía en la mano. También este echaba humo–. *¡Puta* guerra! –Parecía a punto de echarse a llorar.

Leffid creyó llegado el momento de rodearla con el brazo. A ella no pareció molestarla. Se pensó mejor lo de mencionar que podía haber hecho una pequeña contribución al estallido de la guerra. Era la clase de cosas que podía impresionar a ciertas personas, pero no a todas.

Además, había dado su palabra y la Cultura había recompensado a la Tendencia por su aviso con esa misma nave, dedicada en aquel momento a contribuir a la altamente humanitaria tarea de contribuir a la evacuación de todos los Alienígenas Temporalmente Indeseables. Eso sin mencionar que le había proporcionado la confianza y la cordialidad de un buen puñado de Involucionados y otras ramas de la Cultura. La chica suspiró profundamente, se acercó el cuenco de droga a la cara y dejó que un poco del difuso humo gris se introdujera por su excepcionalmente bonita naricilla. Miró a su alrededor con una sonrisa valiente y sus ojos se detuvieron tras los hombros de Leffed.

–Me gustan tus alas –dijo.

Este sonrió.

–Vaya, gracias... (¡maldición!)... ah, querida mía.

La profesora parpadeó. Sí, realmente era un Afrentador lo que flotaba al otro extremo de la habitación, cerca de las ventanas. Su traje, resplandeciente y lleno de protuberancias, miembros articulados y prismas relucientes, parecía una pequeña nave alargada. Las vaporosas cortinas blancas se abrieron de repente, dejando que los brillantes e inclinados rayos del sol se proyectaran sobre la alfombra. Oh, vaya, ¿no

era su ropa interior lo que estaba colgado en el cojín, bajo la sombra del Afrentador?

–¿Disculpe? –dijo. No estaba segura de haberle entendido bien.

–Phoese Cloathel-Beldrunsa Iel Poere da'Merire, ha sido usted nombrada representante de los humanos en el Orbital llamado Cloanthel. Por consiguiente le informo de que este Orbital ha sido reclamado en nombre de la República Afrentadora. Todo el personal de la Cultura forma parte ahora de la Afrenta (como ciudadanos de tercera clase). Obedecerán las órdenes de sus superiores. Cualquier resistencia se considerará un acto de traición.

La profesora se frotó los ojos.

–¿Nubrillante, es usted? –preguntó al Afrentador. El destructor *Corta las alas* había llegado el día anterior con un grupo de intercambio cultural que la universidad llevaba semanas esperando. Nubrillante era el capitán de la nave. Habían mantenido una interesante conversación sobre semántica pan-racial en la fiesta de la noche pasada. Una criatura inteligente y sorprendentemente sensible. Ni de lejos tan agresiva como ella esperaba. El que estaba allí se parecía a él pero era diferente. Phoese tenía la inquietante sensación de que todas las protuberancias de su traje eran armas.

–*Capitán* Nubrillante, si es tan amable, profesora –dijo el Afrentador mientras se le acercaba flotando. Pasó sobre su falda, que estaba tirada en el suelo. Demonios, la noche pasada había sido un poco descuidada.

–¿Habla en serio? –preguntó. Sintió el repentino impulso de ventosearse pero lo contuvo. Tenía miedo de que el Afrentador se sintiera insultado.

–Hablo muy en serio, profesora. La Afrenta y la Cultura están en guerra en este momento.

–Oh –dijo. Dirigió la mirada a su broche terminal, colgado de una extensión del cabecero de la cama. Vaya, la luz del Noticiario estaba parpadeando en aquel preciso momento. De hecho, casi parecía una luz estroboscópica. Debía de ser urgente. Su mente empezó a pensar–. ¿No deberían estar informando de ello al Núcleo?

–Se niega a comunicarse –dijo el oficial Afrentador–. Lo hemos rodeado. Ha sido designada usted representante de la Cultura... o de la antigua Cultura, debería decir, en este lugar. Siento decirle que no es ninguna broma, profesora.

»Hemos sembrado el Orbital de minas con cabezas AM. Si es necesario, su mundo será destruido. Su completa cooperación y la de todos los demás habitantes del Orbital contribuirá a impedir que esto ocurra.

–Bueno, no puedo aceptar el honor, Nubrillante, yo...

El Afrentador se había vuelto y regresaba flotando a la ventana. Dio media vuelta en el aire sin dejar de alejarse.

–No es necesario que lo acepte –dijo–. Como ya le he dicho, ha sido usted designada.

–Bueno, en tal caso –dijo–, considero que está usted actuando sin ninguna autoridad que yo reconozca y...

El Afrentador voló hacia ella a toda velocidad y se detuvo directamente sobre la cama, haciendo que la mujer se encogiera a su pesar. Captó un olor... frío y tóxico.

–Profesora –dijo Nubrillante–. Esto no es un debate académico ni un juego. Son ustedes prisioneros y rehenes y sus vidas están en nuestras manos. Cuanto antes comprenda la realidad de la situación, tanto mejor. Sé tan bien como usted que no está al mando del Orbital, pero ciertas formalidades han de observarse al margen de su irrelevancia práctica. Considero que ya he cumplido con este deber y, para serle franco, eso es lo único que importa, porque quien tiene las cabezas AM soy yo y no usted. –Se apartó rápidamente, arrastrando tras de sí una corriente de aire frío–. Por último –dijo–, siento haberla molestado. Le doy las gracias en nombre de mi tripulación y en el mío propio por la fiesta de recepción. Fue de lo más entretenida.

Se marchó. Las cortinas se columpiaron adentro y afuera, lentas y doradas.

Su corazón, descubrió Phoese con sorpresa, estaba latiendo furiosamente.

La *Regulador de actitud* las despertó una por una y les contó a todas la misma historia: amenaza Excesionaria cerca de Esperi, nave Anegante imitando las configuraciones de la Cultura, cooperación de la Afrenta, máxima urgencia. Seguid mis instrucciones o las de nuestros aliados de la Afrenta si yo llegara a desaparecer. La historia despertó las sospechas de algunas naves, o al menos provocó su confusión. Los mensajes de confirmación de otras naves –la *Vivienda sin remodelar*, la *Moreno diferente* y la *No se inventó aquí*– terminaron de convencerlas en todos los casos.

Parte de la *Regulador de actitud* estaba asqueada. Sabía que estaba haciendo lo que debía, en conjunto; pero a un nivel simple, superficial, le repugnaba el engaño que estaba teniendo que utilizar con sus hermanas. Trató de decirse que todo terminaría sin apenas derramamiento de sangre y sin la muerte de ninguna Mente, o al menos de muy pocas, pero sabía que no había ninguna garantía de que fuese así. Había pasado años preparándolo todo, desde que recibiera aquella proposición, setenta años antes, y ya entonces había sabido y aceptado que podía desembocar en lo que estaba ocurriendo, aunque había confiado en que no fuera así. Ahora que el desenlace era inminente estaba empezando a preguntarse si había cometido un error, pero sabía que ya era demasiado tarde para volver atrás. Más valía creer que entonces había estado en lo cierto y que lo único que pasaba era que ahora la asaltaban dudas y temores.

No podía estar equivocada. No estaba equivocada. Había mantenido una mentalidad abierta y había llegado a la conclusión de que lo mejor era sumarse al plan que le estaban sugiriendo, en el que tendría que desempeñar una parte tan

importante. Había hecho lo que se le había pedido: había observado la Afrenta, la había estudiado, se había sumergido en su historia, su cultura y sus creencias. Y en todo ese tiempo había llegado a desarrollar una especie de simpatía por ella, casi una empatía, y hasta puede que el conato de un sentimiento de admiración, pero al mismo tiempo había terminado por sentir un frío y terrible odio hacia sus costumbres.

Al final, creía haber podido entenderlos porque se les parecía un poco.

Era una nave de guerra, al fin y al cabo. Había sido construida, *diseñada* para solazarse en la destrucción, al menos cuando era justa. Encontraba, como se suponía que debía hacer, una espeluznante belleza tanto en las armas de guerra como en la devastación que estas armas eran capaces de sembrar, y sin embargo era consciente de que esta admiración derivaba de una especie de inseguridad, de puerilidad. Consideraba que –según ciertos criterios– una nave de guerra, siquiera por la pureza perfectamente articulada de su propósito, era el mecanismo individual más hermoso que la Cultura era capaz de producir, pero al mismo tiempo era consciente de la pobreza de la visión moral que implicaba semejante juicio. Apreciar en su totalidad la belleza de un arma era admitir una especie de estrechez de miras rayana en la ceguera, era confesar una especie de idiocia. El arma no estaba sola en sí misma; nada lo estaba. El arma, como cualquier otra cosa, solo podía juzgarse en última instancia por el efecto que tenía sobre otros, por las consecuencias que producía en un contexto exterior, por el lugar que ocupaba en el resto del universo. Siguiendo este criterio, el amor, o siquiera el aprecio de las armas, era una especie de tragedia.

La *Regulador de actitud* lo había visto, o eso creía, en el espíritu de los Afrentadores. No eran los tipos juerguistas y temerarios que todo el universo creía. No eran crueles en una búsqueda de benignos e incluso admirables placeres para sí mismos. No eran solo unos terribles pícaros.

Se solazaban, primero y por encima de todo, en su crueldad. Su crueldad era la cuestión. No eran estúpidos. Sabían que hacían daño a los suyos y a los demás, y se complacían en ello. Este era su propósito. El resto –la robusta jovialidad, la vivaz camaradería– era en parte un afortunado accidente y en parte una estratagema astutamente exagerada, el equivalente a un niño de mirada angelical que descubre que una sonrisa luminosa puede fundir hasta el corazón del adulto más severo y conseguir que excuse casi cualquier acto, por muy deplorable que sea.

Había accedido a participar en el plan que ahora estaba fructificando con el corazón apesadumbrado. Moriría gente y se destruirían Mentes por culpa de lo que estaba haciendo. Sus horribles actos equivalían a gigamuertecrimen. Destrucción masiva. Horror completo. La *Regulador de actitud* había mentido, engañado, se había comportado –de acuerdo con la que sabía que sería opinión compartida por todos sus iguales, salvo unos pocos– con inmenso deshonor. Era muy consciente de que cabía la posibilidad de que su nombre se perpetuase durante incontables milenios como el

de un traidor, un ser aborrecible, una abominación.

Sin embargo, haría lo que había llegado a creer que había que hacer, porque lo contrario habría sido imponerse un odio hacia sí aún más intenso, una abominación definitiva de su yo.

Puede, se dijo mientras despertaba de su sueño a otra nave de guerra, que la Excesión lo arreglase todo. El pensamiento era irónico de por sí, pero no lo abandonó a pesar de ello. Sí; puede que la Excesión fuera la solución. Puede que mereciera todo lo que estaban arriesgando en su nombre y fuera capaz de llevar a buen puerto toda aquella situación. Sería maravilloso: las excusas aceptadas, el *casus belli* que dejaba paso a la paz... *Y una mierda,* pensó. La nave se contempló a sí misma con desprecio, examinó el estúpido pensamiento y por fin lo descartó, posiblemente con menos desdén del que merecía.

Ya era, en cualquier caso, demasiado tarde para cambiar de idea. Ya había hecho demasiado. La Mente de Miseria, que había preferido la autodestrucción al compromiso, estaba ya muerta. El humano, la única otra mente consciente que había morado en la roca, había sido asesinado, y las naves que estaban despertando se precipitarían, impulsadas por un completo engaño, a lo que muy bien podía ser su destrucción. Solo el futuro sabía lo que se llevarían consigo. La guerra había empezado y lo único que la *Regulador de actitud* podía hacer era cumplir con el papel al que se había comprometido.

La Mente de otra nave de guerra emergió a la superficie del despertar.

...Amenaza Excesionaria cerca de Esperi, le dijo la *Regulador de actitud.* Nave Anegante imitando las configuraciones de la Cultura, cooperación de la Afrenta, máxima urgencia. Sigue mis instrucciones o las de nuestros aliados de la Afrenta si yo llegara a desaparecer. La historia despertó las sospechas de algunas naves, o al menos provocó su confusión. Mensajes de confirmación de la *Vivienda sin remodelar,* la *Moreno diferente* y la *No se inventó aquí* adjuntos...

El módulo Scopell-Afranqui olvidó un instante la urgencia del momento y volvió a ocultarse en una especie de simulación de la difícil situación en la que se encontraba.

La máquina tenía una vena romántica, sentimental incluso, que Genar-Hofoen apenas había entrevisto en los dos años que habían pasado juntos en el hábitat de God'shole (y que, de hecho, mantenía oculta deliberadamente por miedo al ridículo) y ahora se veía como el castellano de una pequeña embajada fortificada en el interior de una vibrante ciudad bárbara, lejos de las tierras civilizadas de las que procedía. Un hombre sabio y reflexivo, técnicamente un guerrero pero más bien un pensador, que comprendía mucho mejor las realidades de la misión de la embajada que aquellos que la dirigían, y que había rezado fervientemente para que sus habilidades marciales no

fueran nunca necesarias. Bien, pues el momento había llegado. Ahora mismo, los soldados nativos estaban golpeando las puertas del recinto y la caída de la embajada era solo cuestión de horas. Había un tesoro en su interior y los bárbaros no descansarían hasta haberse apoderado de él.

El castellano abandonó el parapeto desde el que estaba contemplando las fuerzas enemigas y se retiró a su cámara privada. Sus escasas tropas estaban ofreciendo toda la resistencia que podían. Nada que él pudiera hacer o decir serviría ya más que para estorbarlas. Los pocos espías con que contaba habían escapado hacía algún tiempo a la ciudad por pasadizos secretos, con la misión de sembrar el caos una vez que la embajada cayera, como sin duda acabaría por ocurrir. No había nada que requiriera su atención. Salvo esta decisión.

Había abierto la caja fuerte y había sacado las órdenes selladas. Tenía el documento en la mano. Volvió a leerlo. Así que la destrucción. Lo había sospechado pero, por alguna razón, había sido una sorpresa.

No tendrían que haber llegado a eso, pero había ocurrido. Conocía los riesgos, le habían informado sobre ellos al principio, al aceptar el puesto, pero ni por un momento había imaginado que se vería obligado a decidir entre la deshonra completa y la traición indirecta de la colaboración forzada, o una muerte por su propia mano.

Por supuesto, la decisión no era tal decisión en realidad. Podría decirse que por cuestión de educación. Recorrió con mirada de pesar la pequeña cámara privada que contenía los recuerdos de su hogar, su biblioteca, su ropa y sus demás pertenencias. Aquel era él. Los mismos principios y creencias que lo habían llevado hasta aquel puesto lejano y apartado imponían que no hubiera elección entre la rendición o la muerte. Pero todavía quedaba una decisión que tomar, y era una decisión muy amarga.

Podía destruir completamente la embajada –y a sí mismo con ella, por supuesto– de modo que lo único que les quedara a los bárbaros fueran sus piedras. O podía llevarse consigo la ciudad entera. No era solo una ciudad. En cierto sentido, no era principalmente una ciudad. Era un vasto arsenal, un campamento militar abarrotado y una base naval muy importante. En su conjunto, un importante componente de la maquinaria militar de los bárbaros. Su destrucción beneficiaría al bando al que el castellano servía, la causa en la que creía con fervor. A la larga, podía estar seguro de que salvaría vidas. Y sin embargo, la ciudad albergaba también civiles. Los poco numerosos inocentes que eran las mujeres, los niños y las clases sojuzgadas, por no mencionar a los neutrales que tenían la desgracia de haberse encontrado en medio de una guerra que no era culpa suya. ¿Tenía derecho a matarlos con la aniquilación de la ciudad?

Dejó el trozo de papel en la mesa. Contempló su reflejo en un espejo lejano.

Muerte. En su decisión no había lugar para la duda por lo referente a su destino,

solo a la forma en que quería ser recordado. ¿Como benefactor de la humanidad o como cobarde? ¿Como asesino de masas o como héroe?

Muerte. Qué extraña era ahora de contemplar.

Siempre se había preguntado cómo la afrontaría. La existencia no concluida allí, por supuesto. Tenía fe en eso. Los sacerdotes le habían asegurado que su alma se grabaría en alguna parte, donde podrían resucitarla. Pero el *yo* concreto que era él en aquel momento, este seguramente moriría, y muy pronto. Había llegado a su fin.

La muerte, recordaba haber oído en una ocasión, era una especie de victoria. Haber disfrutado de una buena y larga vida, una vida de prodigioso placer y mínima miseria, y después morir: esa era la victoria. Tratar de perdurar para siempre acarreaba el riesgo de terminar en algún futuro espantoso todavía imprevisible. ¿Y si uno vivía eternamente y todo lo que había conocido en el pasado, por muy horrible que le hubiera parecido en ocasiones, por muy mal que se hubiera comportado la gente, no fuera nada comparado con lo que estaba por venir? ¿Y si, en el gran libro de los días, donde se registraba la historia de todo, el pasado no era más que una brillante y feliz introducción, comparada con el cuerpo principal de la obra, un relato interminable de insoportable dolor escrito con sangre sobre un pergamino de piel viva?

Más valía morir que arriesgarse a eso.

Vive bien y luego muere, para que el tú que eres ahora no pueda volver a ser, y solo por medio de trucos pueda recrearse algo que pueda pensar que eres tú pero que en realidad no lo es.

Las puertas exteriores cayeron. Los oyó llegar. El castellano se levantó y se acercó a la puertaventana. En el patio, los soldados bárbaros atravesaron la última línea de defensa.

Pronto. La decisión, la decisión. Podía lanzar una moneda al aire, pero eso sería... fácil. Indigno.

Se acercó a la máquina que destruiría el recinto de la embajada, y la ciudad también, si así lo decidía.

Tampoco esta era una decisión real. La verdad es que no.

Volvería a haber paz. La cuestión era cuándo.

En última instancia, no podría saber si sufriría y moriría más gente a causa de su decisión de no destruir la ciudad, pero al menos de este modo el daño y las bajas se reducirían a un mínimo durante el máximo tiempo posible. Y si el futuro juzgaba que no había hecho lo que debía y había tomado la decisión incorrecta... bueno, la otra ventaja de la muerte era que no estaría presente para asistir a su juicio.

Se aseguró de que la máquina estuviera programada para destruir solo la embajada, esperó un momento más hasta estar seguro de que se encontraba en calma y seguro sobre lo que se disponía a hacer y entonces, mientras los ojos se le llenaban

de lágrimas, activó la bomba.

El módulo Scopell-Afranqui se autodestruyó en un parpadeo de energías aniquiladoras centrado en el núcleo de su IA, que lo obliteró completamente. Quedó reducido a un millón de fragmentos y la explosión provocó un estremecimiento que recorrió la estructura entera del hábitat de God'shole y que se sintió por toda la gran rueda. Destruyó una parte significativa de los muelles interiores circundantes y abrió una grieta en el compartimiento de ingeniería que había debajo; esto último se reparó con rapidez.

El destructor *Desgarro* sufrió daños importantes, y tendría que pasar en el muelle una semana más de lo previsto, pero no hubo bajas ni heridos graves a bordo. La explosión mató a cinco oficiales y varias docenas de soldados y técnicos en los muelles y en las naves de menor tamaño que se encontraban cerca del módulo. Cierto número de entidades con IA semi-conscientes se perdieron también, y más tarde se descubrió que el módulo había logrado corromper sus núcleos infiltrando agentes en los sistemas del hábitat poco antes de su destrucción, a pesar de todas las precauciones. Estos, o sus descendientes, continuaron reduciendo de forma significativa la contribución del hábitat al esfuerzo de guerra hasta el fin de las hostilidades.

~ ¿Y cómo es eso de estar en guerra?

~ Espeluznante, sobre todo cuando tienes razones para pensar que estás sentado junto al auténtico causante de todo.

La UGC *Destino susceptible de cambio* flotaba con las dos naves del Elenco, *Consejo sobrio* y *Apelación a la razón,* describiendo un patrón triangular. Las dos naves elenquistas habían hecho intentos repetidos de comunicarse con la Excesión sin cosechar ningún éxito. La *Destino* estaba poniéndose nerviosa y empezaba a temer que la presión que debía de estar acumulándose entre las tripulaciones de las dos naves del Elenco superara las reticencias de las naves y las indujera a pasar a la acción.

En secreto, las tres naves habían hecho un pequeño pacto pocos días después de que la segunda nave del Elenco apareciera en escena. Habían intercambiado avatares humanos y drones, se habían abierto mutuamente volúmenes de sus estados mentales que en condiciones normales habrían estado restringidos a miembros de su misma sociedad y se habían comprometido a no actuar sin consultar antes a las demás. Este acuerdo caducaría en el momento en que las naves elenquistas decidieran interactuar con la Excesión. En todo caso, tendría que caducar en cierta medida un par de días más tarde, cuando el VSM *No se inventó aquí* llegara y –como sospechaba la *Destino*– empezase a comportarse como el gran jefe, pero mientras llegaba ese momento estaba tratando desesperadamente de impedir que las dos naves elenquistas

hicieran algo precipitado.

~ ¿Se sabe si hay naves de la Afrenta en esta región? –preguntó la *Apelación a la razón.*

~ No –replicó la *Destino susceptible de cambio*–. De hecho se han mantenido al margen y le han pedido a todo el mundo que haga lo mismo. Supongo que deberíamos haber pensado que era una actitud sospechosa. Ese es el problema con la gente como ellos; cuando crees que estás detectando los primeros signos de un comportamiento responsable, lo que ocurre en realidad es que están siendo más taimados y astutos de lo habitual.

~ ¿Tú crees que quieren la Excesión? –preguntó la *Consejo sobrio.*

~ Es posible.

~ Puede que no tengan intención de venir –sugirió la *Apelación a la razón*–. ¿No están atacando la Cultura entera? Hemos recibido informes sobre docenas de naves y Orbitales ocupados...

~ No lo sé –admitió la *Destino*–. A mi me parece una locura. No pueden derrotar solos a toda la Cultura.

~ Pero están diciendo que han capturado el depósito de naves de la roca Miseria –envió la *Consejo sobrio.*

~ Sí. Oficialmente no se sabe nada de ese asunto, pero (entre nosotros, por supuesto), si se deciden a venir en esta dirección, yo haría las maletas antes de una semana.

~ En ese caso, si vamos a ponernos en contacto con la entidad, será mejor que lo hagamos pronto –dijo la *Apelación a la razón.*

~ Oh, no empecemos con eso de nuevo; tú misma has dicho que puede que no vengan... –empezó a decir la *Destino*, y entonces se interrumpió–. Esperad. ¿Estáis recibiendo eso?

[HAZ SEMIANCHO, BASE DE LA AFRENTA TRANTODO, REPETIDO].

ATENCIÓN A TODAS LAS NAVES EN EL ESPACIO PRÓXIMO A ESPERI: LA ENTIDAD SITUADA EN (secuencia de posición adjunta) FUE DESCUBIERTA POR EL CRUCERO DE LA AFRENTA *PROPÓSITO FURIOSO* EN (trad: 04.28,803.8+) Y POR TANTO PERTENECE EN TODA JUSTICIA A LA REPÚBLICA AFRENTADORA COMO OBJETO EN PROPIEDAD INTEGRAL Y SOBERANA, SUJETO A TODAS LAS LEYES, EDICTOS, DERECHOS Y PRIVILEGIOS DE LA AFRENTA.

A LA VISTA DE LAS HOSTILIDADES QUE, PROVOCADAS POR LA CULTURA, EXISTEN ACTUALMENTE ENTRE LA AFRENTA Y LA CULTURA, LA ADMINISTRACIÓN DE LA AFRENTA HA EXTENDIDO SU CUSTODIA Y PROTECCIÓN A LA MENCIONADA ZONA Y CON ESTE FIN

HA PROMULGADO CON EFECTO INMEDIATO UN EDICTO PROHIBIENDO EL TRÁFICO DE CUALQUIER NAVE QUE NO PERTENEZCA A LA AFRENTA EN UN RADIO DE DIEZ AÑOS LUZ ESTÁNDAR DE LA ENTIDAD. POR CONSIGUIENTE, SE ORDENA A TODAS LAS NAVES QUE SE ENCUENTREN DENTRO DE ESTA ZONA QUE LA DESALOJEN DE INMEDIATO.

SE CONSIDERARÁ QUE TODAS LAS NAVES Y EL MATERIAL ENCONTRADO DENTRO DE LOS LÍMITES DE ESTA ZONA CONTRAVIENEN LA LEGISLACIÓN DE LA AFRENTA Y DESAFÍAN LA AUTORIDAD DEL COMITÉ SUPREMO DE LA AFRENTA Y QUE POR TANTO ESTÁN SUJETAS A LA ACCIÓN PUNITIVA DE LAS FUERZAS ARMADAS DE LA AFRENTA.

PARA IMPLEMENTAR ESTE DECRETO, SE HA ENVIADO A LA MENCIONADA ZONA UN CONTINGENTE DE CIEN NAVES PERTENECIENTES HASTA HACE POCO A LA CULTURA Y QUE HAN DECIDIDO ABANDONAR LAS FILAS DEL ENEMIGO, CON INSTRUCCIONES DE IMPONER, POR LA FUERZA SI ES NECESARIO, SU CUMPLIMIENTO.

¡GLORIA A LA AFRENTA!

~ Ahí está –comunicó la *Consejo sobrio*–. Lo han anunciado.

~ Y pueden estar aquí en una semana –añadió la *Apelación a la razón.*

~ Hmmm. La posición que han dado..., –envió la *Destino*–. Mirad dónde está centrada.

~ Ajá –replicó la *Consejo sobrio.*

~ ¿Ajá qué? –preguntó la *Apelación a la razón.*

~ No está centrada en la propia entidad –señaló la otra nave del Elenco–. Sino en el lugar donde le pasó lo que sea que le pasó a nuestro pequeño dron.

~ La *Propósito furioso* es uno de los dos cruceros que salió de Grada al mismo tiempo que la flota. Puede que estuviera siguiendo a *La paz trae plenitud* –dijo la *Consejo sobrio* a la nave de la Cultura–. Lo que sí sabemos es que regresó a Grada... treinta y seis días después de lo que ocurrió aquí.

~ ¿No es un poco tarde? –envió la *Destino*–. Según mis archivos, un crucero ligero de clase Meteorito podría haber recorrido esa distancia en... oh, esperad un momento; tuvo un fallo de motores. Y luego, mientras estaba en Grada, sufrió una especie de... hmmm. Oh. ¡Mirad! La Excesión estaba haciendo algo.

[punto estrecho intermitente, M32, tra. ©4.28.883.1344]

º º GSV *Impaciencia por la llegada de un nuevo amante*
ª ª GSV Sabaticador *Vivienda sin remodelar*
oo

Bien. Lo he estado pensando. No, no os ayudaré a capturar a la *Solo llamadas serias* y la *Liquídalos más tarde*. Ya estáis al corriente de mis recelos anteriores y os he contado que los compartí con esas dos naves porque en el transcurso de mis investigaciones sobre lo que percibía como una peligrosa conspiración llegué a la conclusión de que era necesario encargarse de la Afrenta de una forma definitiva. Sigo sin aprobar cómo se han hecho las cosas, pero para cuando vuestros planes se hicieran públicos, es posible que fuera peor tratar de arrestarlas que dejar que siguieran adelante. A pesar de vuestra insistencia, todavía me cuesta creer que la nave traidora que engañó al depósito de naves de Miseria estuviera actuando sola y vosotras os aprovechaseis sencillamente de su actuación. No obstante, tampoco me consta lo contrario. He dado mi palabra y no haré público nada de lo que sé, pero solo consideraré válido este acuerdo mientras la *Solo llamadas serias* y la *Liquídalos más tarde* continúen en libertad y en buen estado, y mientras mi integridad esté garantizada. Imagino que pensaréis que soy una paranoica ridícula por haber sistematizado el acuerdo con varios amigos y colegas, y más teniendo en cuenta que las hostilidades estallaron ayer mismo. Estoy pensando en tomarme un período sabático y abandonar el curso previsto. En cualquier caso, abandono el Grupo.
aa

Te entiendo perfectamente. Es muy, muy importante que creas que por nuestra parte no hay el menor deseo de causarle el menor daño a ninguna de las dos naves que mencionas ni a ti. Lo único que nos ha inducido a actuar ha sido el deseo de resolver este desgraciado estado de cosas. No habrá recriminaciones, cazas de brujas, pogromos ni purgas contra ti. Con tu garantía de que todo termina aquí, quedamos perfecta, quintaesencialmente satisfechos. ¡Qué gran alivio!

Permíteme añadir que me cuesta encontrar palabras para mostrar la profundidad de mi –nuestra– gratitud en este asunto. Has mostrado una irreprochable integridad moral y una elasticidad mental realmente objetiva; virtudes que, de ordinario, son tan trágicamente incompatibles como infinitamente deseables. Eres un ejemplo para todos nosotros. Te *suplico* que no abandones el Grupo. Perderíamos demasiado. Por favor, reconsidera tu decisión. Nadie puede negar que te has ganado un millar de descansos pero, te lo ruego, apiádate de aquellos que osan pedirte que los aplaces, por su propio y egoísta bien.
oo

Gracias. Sin embargo, mi decisión es irrevocable. Confío en que, si en el futuro alguna situación excepcional estimulara en mí la idea de que podía volver a ser de utilidad y solicitara mi reingreso, seguiría siendo bienvenida.

aa

Mi querida, querida nave. Si de verdad tienes que marcharte, puedes hacerlo con todo nuestro cariño, siempre que prometas no olvidar que tu invitación para restaurar tu sabiduría y probidad a nuestro pequeño grupo tiene carácter perpetuo.

VI

Genar-Hofoen pasaba mucho tiempo en el cuarto de baño. Ulver Seich era temible cuando estaba furiosa y llevaba en un estado de furia virtualmente perpetuo desde que lo despertaran. De hecho, desde bastante antes. Había estado furiosa –furiosa con él– mientras estaba inconsciente, cosa que parecía muy injusta.

Si él dormía demasiado o se echaba una pequeña siesta durante el día, se enfurecía aún más, de modo que Genar-Hofoen buscaba refugio en el cuarto de baño durante intervalos bastante prolongados. El lavabo de un módulo para nueve personas consistía en una especie de solapa gruesa que se extraía de un hueco en la pared trasera del camarote de la pequeña nave. Un campo semicilíndrico se activaba cuando la solapa estaba en su sitio, aislando el espacio del resto de la cabina, lo que dejaba el espacio justo para arreglarse la ropa y permanecer de pie o cómodamente sentado. La mayor parte del tiempo estaba sonando alguna música agradable y vacua, pero Genar-Hofoen prefería el silencio perfecto producido por el campo de contención. Se sentaba allí, bajo la suave y agradablemente perfumada brisa, a veces, no siempre, haciendo algo, y feliz en cualquier caso de tener algún tiempo para sí mismo.

Atrapado en un diminuto pero perfectamente confortable módulo con una mujer joven, preciosa e inteligente. Debía de haber sido una fuente de inagotable felicidad; era prácticamente una fantasía. Pero lo cierto es que era un auténtico infierno. Se había sentido atrapado en otras ocasiones, pero nunca como ahora, nunca de manera tan completa, nunca sintiendo tal impotencia, nunca con alguien que parecía encontrar fastidioso el mero hecho de encontrarse en su presencia. No podía culpar al dron. El dron estaba, en cierto sentido, en medio, pero no le importaba. De hecho, lo prefería. No sabía lo que hubiera podido hacerle Ulver Seich de no haber estado en medio. Demonios, en realidad el dron *le gustaba* bastante. De la chica hubiera podido enamorarse con facilidad, y en las circunstancias apropiadas, desde luego, podría haber llegado a sentir admiración, e incluso, sí, es posible, amistad... pero en aquel momento no le gustaba más de lo que él le gustaba a ella y lo cierto es que a ella no le gustaba nada.

Suponía que las actuales no eran las circunstancias más apropiadas. Las circunstancias apropiadas incluirían que se encontraran en un lugar extremadamente civilizado, rodeados de montones de gente, donde estuvieran pasando cosas en todo momento y hubiera muchas diversiones y oportunidades para elegir dónde y cuándo conocerse, no atrapados –Dios, y solo llevaban dos días allí, pero parecía casi un mes– en un pequeño módulo en mitad de una guerra sin saber adónde se suponía que tenían que ir y con todos sus planes frustrados. Probablemente tampoco ayudara el hecho de que, según parecía, ella también estuviera prisionera.

–¿Y quién era la primera chica? –le preguntó–. La que estaba en la puerta del

templo de los Sublimadores.

–Probablemente alguien de CE –refunfuñó Ulver Seich. Fulminó al dron con la mirada. Los dos humanos volvían a estar en los mismos asientos que la primera vez. El suelo de la zona del camarote, a su espalda, podía modelarse para producir diversas combinaciones de asientos, sofás, mesas y cosas así, pero de vez en cuando preferían sentarse en los asientos delanteros y mirar la pantalla y las estrellas. El dron Churt Lyne permaneció sentado en el suelo del camarote, aparentemente sin advertir la furiosa mirada de la chica. Parecía ser inmune a sus miradas. Por alguna razón, a él se le permitía ignorarla.

Genar-Hofoen se reclinó en el asiento. En la pantalla, las estrellas parecían las mismas que hacía pocos minutos. El módulo no estaba dirigiéndose a ningún lugar concreto. Solo estaba apartándose de Grada por uno de los muchos pasillos aéreos aprobados por el control de tráfico del Orbital, libre de naves de guerra y/o alarmas o restricciones. La chica y el dron no le habían permitido ponerse en contacto con Grada ni con ningún otro sitio. Ellos estaban en contacto con alguien que hablaba como una Mente y con quien se comunicaban por medio de mensajes escritos en pantalla, que a él no se le permitía ver. En una o dos ocasiones, la chica y el dron se habían quedado en silencio e inmóviles, sin duda hablando a través del comunicador de este y la randa neural de aquella.

En teoría, a partir de un determinado momento podría haberles arrebatado por la fuerza el control del módulo, pero en la práctica habría sido perder el tiempo. El módulo tenía sus propios sistemas semi-inteligentes, que ni podía controlar ni hubiera podido persuadir aun en el caso de que la chica y el dron le hubieran permitido intentarlo, y, aparte de todo, ¿dónde iba a ir? Grada quedaba ya muy lejos, no tenía ni idea de dónde se encontraban la *Zona gris o* la *Servicio durmiente*, y sospechaba que nadie, aparte de las dos naves, lo sabía. Asumió que CE lo estaría buscando. Más valía dejarse encontrar.

Además, cuando por fin lo habían soltado de la silla en la que había estado maniatado antes de recobrar el conocimiento, el dron le había enseñado un misil cuchillo que llevaba en su interior, viejo pero todavía brillante y de aspecto peligroso, y le había provocado una fugaz pero desagradable picazón en el dedo meñique que, según le había asegurado, era la milésima parte del dolor que su efector podía causar si intentaba alguna estupidez. Él le había jurado a la máquina que no tenía alma de guerrero y que cualquier habilidad marcial que hubiese podido poseer de nacimiento se había atrofiado por completo como consecuencia de un hipertrofiado instinto de supervivencia.

Así que les había dejado seguir con sus comunicaciones silenciosas. De hecho, para él habían supuesto un cambio agradable. En cualquier caso, fuera lo que fuese lo que descubrieron con ellas, no pareció hacerles terriblemente felices. La chica, en

concreto, pareció enfadarse. Daba la impresión de sentirse engañada, de haber descubierto que la habían engañado. Puede que por eso estuviera diciéndole cosas que en otras circunstancias no le habría dicho. Trató de encajar lo que acababa de revelarle sobre Circunstancias Especiales con lo que le había contado hasta el momento.

El esfuerzo hizo que le doliera la cabeza. Se había dado un golpe al caer de la trampa, en Ciudad Nocturna. Aún estaba tratando de comprender lo que había pasado allí.

–¿Pero no habéis dicho que trabajabais para CE? –preguntó. No pudo contenerse. Sabía que la haría enfadar, pero seguía confundido.

–Lo que he dicho –siseó ella con los dientes apretados– es que *creía* que estaba trabajando para CE. –Apartó la vista, suspiró pesadamente y volvió a mirarlo–. Puede que lo esté haciendo, puede que lo estuviera haciendo en aquel momento, puede que haya varias CE diferentes, puede que sea algo completamente diferente. *No lo sé.* ¿Es que no lo comprendes?

–¿Y quién te envió? –preguntó Genar-Hofoen, cruzando los brazos. La chaqueta de propiel le rozaba el torso y la sensación no era del todo agradable, pero la bio-unidad del módulo estaba lavándole la camisa. Su ropa seguía teniendo buen aspecto, pensó. La chica no se había quitado el traje espacial enjoyado (aunque había utilizado el baño del módulo, en lugar de las unidades de higiene incorporadas del equipo). A cada hora que pasaba se parecía un poco menos a Dajeil Gelian, y su rostro se volvía más joven, fino y hermoso. Era una transformación que resultaba fascinante de contemplar y si las circunstancias hubieran sido otras, estaría muriéndose de ganas de comprobar si existía alguna especie de atracción mutua... pero las circunstancias eran las que eran y en aquel momento lo último que quería era causarle a la chica la impresión de que estaba acosándola.

–Ya te he dicho quién me envió –respondió ella con voz fría–. Una Mente. Con la ayuda... bueno, ahora parece más bien la connivencia, en realidad –dijo con una sonrisa falsa–, de la Mente de mi mundo natal. –Aspiró profundamente y a continuación apretó los labios, formando la línea más recta que su carnosidad permitía–. Si hasta tenía mi propia nave, por Dios –dijo con amargura, contemplando las estrellas en la pantalla–. ¿Te extraña que pensara que era cosa de CE?

Desvió la mirada hacia el silencioso dron y luego volvió a mirar a Genar-Hofoen.

»Ahora nos dicen que nuestra nave se ha largado y que tenemos que quedarnos donde estamos. Y los problemas que tuvimos para sacarte de Grada... –sacudió la cabeza– a mí me suenan a CE... No es que yo sepa mucho del tema, pero es lo que piensa la máquina –dijo, sacudiendo la cabeza de nuevo en dirección al dron. Lo miró de arriba abajo–. Ojalá te hubiésemos dejado allí.

–Lo mismo pienso yo –respondió Genar-Hofoen, tratando de parecer razonable.

La chica había llegado a Grada pocos días antes que él, se había puesto a buscarlo y, a pesar de contar con un cheque en blanco, no había podido encontrarlo de la manera sencilla, preguntando. De ahí el asunto del pesadosasuro. Lo que tenía sentido si no era Circunstancias Especiales quien la había enviado, pues él sabía que la sección había estado buscándolo por otros medios. ¿Y para qué iban a tratar de secuestrarlo? Y sin embargo, aparentemente, la chica tenía su propia nave, y alguien le había dado la información que le había permitido llegar a Grada antes que él. Información que, naturalmente, Circunstancias Especiales hubiera restringido a un pequeño grupo de Mentes de confianza. Desconcertante.

–Y –dijo ella–, ¿qué se suponía que tenías que hacer después de marcharte de Grada? ¿O es que solo se trataba de un intento bastante patético de reclamar tu juventud perdida tratando de seducir mujeres parecidas a un antiguo amor durante toda la misión?

Genar-Hofoen esbozó la sonrisa más tolerante que pudo.

–Lo siento –dijo–. No puedo contártelo.

Ulver entrecerró los ojos un poco más.

–¿Sabes? –dijo–. Podrían pedirnos que te arrojáramos por la borda.

Genar-Hofoen se reclinó en el asiento, con expresión sorprendida y dolida. Pero un pequeño escalofrío de miedo real se dejó sentir en sus entrañas.

–Y lo harías, ¿verdad? –preguntó.

Ella volvió a mirar las estrellas, con las cejas muy juntas y una mueca de fastidio en el rostro.

–No –admitió–. Pero me agrada pensar en ello.

Permanecieron en silencio durante un rato. Genar-Hofoen oía la respiración de la chica, pero todos sus esfuerzos por detectar alguna señal de movimiento en el pecho atractivamente esculpido de su traje estaban siendo infructuosos. De repente, lo sorprendió golpeando con la bota enjoyada la alfombra del suelo.

–¿*Qué* se suponía que estabas haciendo? –exigió con voz furiosa mientras se volvía hacia él–. ¿Para qué te querían? Joder, ya te he dicho por qué estaba yo allí. Vamos. *Dímelo.*

–Lo siento –suspiró. La chica estaba empezando a ponerse colorada de rabia otra vez. Oh, no, ahí vamos, pensó. Es la hora del tantra.

Entonces, con un movimiento brusco, el dron se alzó en el aire tras ellos y una luz se encendió en los extremos de la pantalla del módulo.

–Ah de la casa –dijo un profundo vozarrón a su alrededor, por todas partes.

VII

[punto estrecho intermitente, M32, tra. ©4.28.883.4700]
º º GSV *Impaciencia por la llegada de un nuevo amante*
ª ª VSL *Solo llamadas serias*
ºº

Lamento informarte de que he cambiado de opinión sobre la mal llamada conspiración referente a la Excesión de Esperi y la Afrenta. He llegado a la conclusión de que, aunque es posible que se hayan producido irregularidades éticas y jurisdiccionales, han sido de naturaleza oportunista y no conspirativa. Además de ello, soy, como siempre he sido, de la opinión de que los límites de la moral normal deben de ser nuestras directrices, no nuestros maestros.

Inevitablemente, hay ocasiones en que –si se me permite que las caracterice así– las consideraciones *civiles* deben aparcarse (y, en realidad, ¿no es esto lo que implica el término mismo de Circunstancias Especiales?) para facilitar aquellas acciones que, por muy desagradables y penosas que puedan resultar por sí solas, puedan conducir a un estado estratégicamente deseable o a un desenlace al que ninguna persona racional se atrevería a poner reparos.

Reside en mi interior la profunda convicción de que la situación relativa a la Afrenta es de esta naturaleza altamente especializada e infrecuente y que por tanto es merecedora de las medidas y políticas empleadas ahora mismo por las Mentes que habíamos temido estuvieran implicadas en alguna conspiración de gran calado.

Te pido que hables con nuestros amigos de la Pandilla de Tiempos Interesantes de los que –injustificadamente, pienso ahora– has desconfiado, con vistas a facilitar un acuerdo que permitirá a todas las partes implicadas trabajar juntas para alcanzar un desenlace satisfactorio tanto para este lamentable e innecesario malentendido como para el conflicto iniciado por la Afrenta.

Por mi parte, tengo la intención de desaparecer por algún tiempo, con efectos inmediatos desde el final de esta señal. Ya no estaré en posición de responder. No obstante, puedes dejar tus mensajes para mí a los Consejos Independientes de Retirada (ex-sección de la Cultura), y te garantizo que serán revisados cada cien días (más o menos).

Te deseo lo mejor y confío en que mi decisión contribuya a precipitar una reconciliación que deseo de todo corazón.

[punto estrecho intermitente, M32, tra. @n4.28.883.6723]
º º VSL *Solo llamadas serias*

ª ª Excéntrica *Liquídalos más tarde*
oo

Carne. Echa un vistazo a la basura que me ha enviado *IPLLDUNA* (señal adjunta). Casi espero que haya sido invadida por alguien. Si esto es lo que piensa de verdad, me sentiré aún peor.
aa

Oh, querida. Ahora las dos estamos realmente amenazadas. Me dirijo a la Base de la Flota Homomdana en Ara. Sugiero que también tú pidas asilo. Como precaución, voy a distribuir copias cerradas de todas las señales referentes a nuestras investigaciones entre varias Mentes de confianza, con instrucciones para que las abran solo en caso de mi fallecimiento. Te pido que hagas lo mismo. Nuestra única alternativa es hacerlo público y no estoy convencida de que tengamos pruebas suficientes de naturaleza no-circunstancial.
oo

Qué detestable es todo esto. Tener que huir de los nuestros, de nuestras Mentes hermanas... Carne, estoy asqueado. Me dirijo aun bonito Orbital solar (DiaGlif adjunto). También he confiado todos los hechos del caso a algunos amigos, Mentes especializadas en archivística y los servicios de noticias más fiables (estoy de acuerdo en que todavía no podemos difundir nuestras sospechas; probablemente nunca haya un momento idóneo para algo como esto, pero aunque lo hubiera, la guerra ha eliminado la relevancia del caso), así como a la *Servicio durmiente*, en lo que se ha convertido en mi intento diario de comunicarme con ella. ¿Quién sabe? Puede que se presente otra oportunidad cuando se haya posado el polvo alrededor de la Excesión... si es que lo hace alguna vez. Si es que queda alguien para verlo.

Oh, bueno, ya no es asunto nuestro.

Como suele decirse, que tengas suerte.

VIII

El avatar Amorphia movió una de sus catapultas un octógono, frente a la torre principal de la mujer. El retumbar y chirriar de las ruedas de madera sólida sobre unos ejes igualmente sólidos, y el crujido de los palos y planchas de madera atados entre sí llenó la estancia. El tablero-cubo despidió un suave y curioso olor que recordaba a la madera.

Dajeil Gelian estaba sentada en su silla fabulosamente esculpida, acariciándose el vientre de forma ausente con una mano y con la otra en la boca. Se chupaba un dedo con el ceño fruncido en un gesto de concentración. Amorphia y ella se encontraban en la habitación principal de sus nuevos aposentos, a bordo de la UGC *Perspectiva amarga*, que había sido objeto de una reestructuración completa para recrear a la perfección la disposición de la torre en la que había vivido casi cuarenta años. En la gran habitación redondeada, coronada por su cúpula transparente, resonaba –entre los efectos de sonido producidos por el tablero-cubo– el ruido de la lluvia. Las pantallas circundantes mostraban grabaciones de las criaturas que Dajeil había estudiado y entre las que había nadado y flotado durante la mayor parte de aquellas cuatro décadas. A su alrededor se encontraban todas las curiosidades y recuerdos que poseía la mujer, ordenadas igual que en la torre al pie de su solitario mar. En la amplia chimenea crepitaba un fuego exuberante.

Dajeil lo pensó un momento, y entonces cogió un cabaleriano y, entre el ruido atronador de los cascos y el olor a sudor, lo desplazó por el tablero. Se detuvo junto a un tren de suministros que solo defendían unos pocos irregulares.

Amorphia, sentada con su negro atuendo sobre un banquillo al otro lado del tablero, se quedó muy quieta. Entonces movió un Invisible.

Dajeil recorrió el tablero con la mirada, tratando de averiguar qué pretendían los últimos movimientos de los Invisibles del avatar. Se encogió de hombros. El cabaleriano, entre el sonido del entrechocar del hierro y los alaridos, y el olor de la sangre, acabó con los irregulares casi sin sufrir daño.

Amorphia hizo otro movimiento Invisible.

Por un momento, no ocurrió nada. Entonces se escuchó un retumbar casi imperceptible. La torre de Dajeil se derrumbó sobre el octógono del tablero en medio de una nube de polvo de aspecto muy real y el estruendo de rocas que chocaban unas con otras y se hacían pedazos. Y más gritos. La mayoría de los movimientos importantes estaban acompañados por gritos. Un olor a tierra removida y polvo de roca inundó el aire.

Amorphia levantó una mirada casi vergonzosa.

–Zapadores –dijo, y se encogió de hombros.

Dajeil enarcó una ceja.

–Hmm –dijo. Examinó la nueva situación. Desaparecida la torre, el camino al interior de sus tierras estaba expedito. No tenía buena pinta–. ¿Crees que debería pedir la paz? –preguntó.

–¿Quieres que se lo pregunte a la nave? –preguntó el avatar.

Dajeil suspiró.

–Supongo que sí. –Volvió a suspirar.

El avatar miró de nuevo el tablero. Levantó de nuevo la vista.

–Tengo siete posibilidades entre ocho de vencer –le dijo a la mujer.

Esta se reclinó en su gran silla.

–En tal caso, la partida es tuya –dijo. Se inclinó de nuevo hacia el tablero y recogió otra torre. La estudió. El avatar, aparentando estar moderadamente satisfecho consigo mismo, la observó con detenimiento.

–¿Eres feliz aquí, Dajeil? –preguntó.

–Sí, gracias –respondió ella. Volvió a concentrarse en la pequeña torre que tenía entre los dedos. Guardó silencio durante un rato y entonces dijo–. Bueno. ¿Qué va a pasar, Amorphia? ¿Puedes contármelo ya?

El avatar miró fijamente a la mujer.

–Nos estamos dirigiendo a gran velocidad a la zona de guerra –dijo, con una voz extraña, casi infantil. Entonces se inclinó hacia delante y la estudió más de cerca.

–¿Zona de guerra? –preguntó Dajeil, mirando el tablero de soslayo.

–Hay una guerra –le confirmó el avatar, asintiendo. Adoptó una expresión sombría.

–¿Por qué? ¿Dónde? ¿Entre quién?

–Por una cosa llamada Excesión. En el lugar al que nos dirigimos. Entre la Cultura y la Afrenta. –Pasó a explicarle parte del escenario.

Dajeil dio vueltas y vueltas a la torre en miniatura entre sus dedos, mientras la observaba con el ceño fruncido. Al final, acabó por preguntar:

–¿Y de verdad es tan importante esa Excesión como todo el mundo parece creer?

El avatar puso cara pensativa un momento y entonces abrió los brazos y se encogió de hombros.

–¿Eso importa? –dijo.

La mujer volvió a fruncir el ceño, sin comprender.

–¿No es lo que más importa?

El avatar sacudió la cabeza.

–Algunas cosas significan demasiado como para ser importantes –dijo. Se puso en pie y se estiró–. Recuerda, Dajeil –le dijo–. Puedes marcharte cuando te plazca. La nave hará lo que quieras.

–Por ahora me quedaré –respondió. Levanto la mirada un momento–. ¿Cuándo...?

–Dentro de un par de días –le dijo–. Si todo va bien.

Permaneció allí de pie, mirándola, durante un rato, mientras la mujer seguía dando vueltas a la pequeña torre entre sus dedos. Finalmente asintió, se dio la vuelta y salió en silencio de la habitación.

Dajeil apenas se percató de su marcha. Se inclinó hacia delante y dejó la pequeña torre sobre un octógono, cerca del borde opuesto del tablero, en una región de costa que bordeaba la franja azul que se suponía representaba el mar, cerca de donde, hacía unos movimientos, un barco de Amorphia había desembarcado un pequeño contingente que había establecido una cabeza de puente. En todas las partidas que habían jugado, nunca había colocado una torre en un lugar así. El tablero respondió al movimiento con nuevos gritos, pero esta vez fueron los de las aves marinas que graznaban sobre el sonido del pesado y constante oleaje. Un acusado olor a sal se levantó sobre el tablero-cubo y ella volvió a encontrarse allí, entonces, con el sonido de las aves marinas y los olores del gallardo y salvaje mar enmarañados en el pelo, y con el bebé, siempre pesado y a veces vivaz, casi violento con sus repentinas patadas, en el vientre.

Estaba sentada en cuclillas sobre la playa de guijarros, con la torre a la espalda, bajo un sol que era un gran escudo de fuego rojo y que se proyectaba sobre el oscuro y desbocado mar y arrojaba una cortina teñida de sangre sobre la línea de los acantilados, un par de kilómetros tierra adentro. Se cubrió con el chal y trató de pasarse una mano por el negro pelo. Estaba enmarañado y se resistió. No trató de deshacer los nudos. En realidad esperaba casi con impaciencia el largo y lento proceso de cepillarlos y domarlos y deshacerlos cuidadosamente, más avanzada la tarde, junto a Byr.

A ambos lados, las olas rompían sobre los guijarros y las rocas de la costa en grandes inhalaciones y exhalaciones de lo que sonaba como el aliento de una criatura marina, un sonido que iba aumentando y cobrando profundidad y que terminaba en un instante de algo que casi era silencio, antes de que cada ola cayera y se precipitara sobre la ladera de rocas y piedras, levantando y apartando y removiendo los guijarros gigantes y relucientes en un repiqueteante impacto de agua que se abría camino entre ellos mientras las rocas se deslizaban y chocaban y se partían unas contra otras.

Justo delante de ella, donde había una gran roca que no llegaba a aflorar sobre la superficie del agua, las olas que rompían en la playa eran más pequeñas, casi amistosas, mientras que las fuerzas principales del gruñón e hinchado océano se reunían a cincuenta metros de distancia en un tosco semicírculo marcado por una línea de espuma.

Juntó las manos con las palmas hacia arriba sobre el regazo, bajo la hinchazón del vientre, y cerró los ojos. Aspiró hondo y sintió intensamente el ozono y la sal en las fosas nasales, conectándola con la salina inquietud del mar, volviendo a hacerla, en su

mente, parte del gran fluido coagulante de la constancia y el cambio, imbuyendo sus pensamientos de parte de aquella acogedora vastedad, aquella cuna de profundidad escalonada capaz de crear noches y partir mundos.

En el interior de su mente, en el estado de semi-trance en el que se había sumido, se adentró sonriendo en sus propias y fluidas capas de protección y confirmación, hasta donde descansaba su bebé, sano y en proceso de crecimiento, medio despierto y medio dormido, absolutamente precioso.

Su propio cuerpo, genéticamente alterado, interrogó con delicadeza a los procesos placentarios que protegían la química y la genética del cuerpo de su hijo, unidas pero sutilmente diferentes, de su propio sistema inmunológico y administraban cuidadosa y equilibradamente las por lo demás egoístas demandas que el niño hacía de los recursos de sangre, azúcares, proteínas, minerales y energía de su cuerpo.

Siempre estaba ahí la tentación de entrometerse, de manipular los parámetros que lo regulaban todo, como si aquella acción probara lo cuidadosa y vigilante que estaba siendo, pero ella siempre se resistía, satisfecha con que no hubiera señales de alarma, indicios que señalaran que algún desequilibrio estaba amenazando su salud o la del feto y encantada de dejar que la sabiduría sistémica del cuerpo se impusiera al deseo de su cerebro de intervenir.

Cambiando el enfoque de su concentración, pudo utilizar otro de aquellos sentidos incorporados que ninguna criatura procedente de su distribuido entorno Cultural había poseído jamás y contempló la imagen de su futuro niño, modelando su forma en su mente a partir de la información que le proporcionaban unos organismos especializados que nadaban en las todavía cerradas aguas que rodeaban al feto. Lo vio; encorvado y hecho un ovillo en un espectro curvo de suaves rosas, alrededor del cordón umbilical que lo unía a ella como si estuviera concentrándose en el suministro de sangre, tratando de incrementar su velocidad de fluido o la saturación de los nutrientes.

Se maravilló, como siempre. Por la belleza de su bulbosa cabeza, por su extraño aire de informe y vacía intensidad. Contó los dedos de manos y pies, inspeccionó los cerrados párpados, sonrió ante la diminuta e incipiente hendidura que revelaba que las células se habían decantado, sin intervención externa alguna, por la feminidad. Mitad ella, mitad algo extraño y ajeno. Una recolección nueva de materia e información para presentarle al universo, que, a su vez, le sería presentado. Diferente, presumiblemente a partes iguales, de la grande, siempre repetitiva y eternamente cambiante jurisdicción del ser.

Tranquilizada por lo que había visto, dejó que la apenas consciente criatura continuara con su automático y resuelto crecimiento y regresó a la parte del mundo real en la que estaba sentada sobre los guijarros de la playa y las olas ruidosas caían formando espuma entre las rocas revueltas y alborotadas.

Byr estaba allí cuando abrió los ojos, hundido hasta la altura de las rodillas en las pequeñas olas, frente a ella, con el traje mojado, el pelo rubio dividido en largos rizos húmedos, el rostro oscuro contra la tinta puesta de sol que se manifestaba a su espalda, sorprendido en el acto de quitarse la máscara del traje.

–Buenas tardes –le dijo, sonriendo.

Byr asintió y salió chapoteando del agua, se sentó a su lado y la rodeó con un brazo.

–¿Estás bien?

Dajeil cogió los dedos de la mano que tenía sobre el hombro.

–Los dos lo estamos –dijo–. ¿Y la pandilla?

Byr se rió y se quitó los pies del traje, dejando al descubierto unos dedos arrugados y de un color entre marrón y rosado.

–Sk'ilip'k ha decidido que no le gusta la idea de que sus ancestros abandonaran el océano y luego volvieran a él como si hiciera demasiado frío. Quiere que fabriquemos una máquina andante para él. Los demás creen que está loco, aunque la idea de que salgan todos juntos a volar cuenta con cierto apoyo. Les he dejado un par de pantallas más y he aumentado su acceso a la información sobre vuelo en los archivos. Me han dado esto. Para ti.

Sacó algo del bolsillo lateral del traje y se lo ofreció.

–Oh, gracias. –Colocó la figurilla en la palma de su mano y empezó a darle vueltas cuidadosamente entre los dedos, inspeccionándola a la luz mortecina y rojiza del final del día. Era preciosa. Estaba hecha de alguna piedra suave y representaba a la perfección la que debía de ser su visión de los seres humanos: pies con aletas naturales, piernas unidas a la altura de las rodillas, el cuerpo más grueso, los hombros más delgados, el cuello más ancho, la cabeza más estrecha, lampiños. Se le parecía. La cara, a pesar de estar distorsionada, guardaba cierta semejanza. Probablemente fuera obra de GTstig'tk't's. Tanto la delicadeza del trazo como un cierto sentido del humor que se detectaba en la expresión facial de la figurilla parecían propias de la personalidad de la vieja hembra. La sostuvo frente a los ojos de Byr.

–¿Tú crees que se me parece?

–Bueno, la verdad es que estás poniéndote igual de gorda.

–¡Oh! –dijo y le dio un golpe en el hombro. Bajó la mirada hacia su vientre y le dio unas palmaditas–. Por fin te muestras como eres de verdad –dijo.

Byr, con el rostro salpicado todavía de gotitas de agua, que atrapaban los últimos rayos del sol, sonrió. Miró hacia abajo, cogió la mano de Dajeil y le dio unas palmaditas en la barriga.

–Naa –dijo mientras se ponía en pie. Le ofreció una mano a Dajeil y volvió la mirada hacia la torre–. ¿Vas a venir o piensas seguir sentada, comulgando con las olas del océano toda la tarde? Esta noche tenemos invitados, ¿recuerdas?

Dajeil cogió aliento para decir algo, pero entonces levantó la mano. Byr la ayudó a levantarse; de repente se sintió torpe, pesada y... poco manejable. Sentía un dolor apagado en la espalda.

–Sí, vamos dentro.

Se volvieron hacia la solitaria torre.

9. Comportamiento inaceptable

I

El vínculo de la Excesión con las dos regiones de la red de energía desapareció sin más, sendos pináculos alargados de tejido de espacio-tiempo que se colapsaron y volvieron a sumergirse en la red como dos interpretaciones idealizadas del final de una explosión en la superficie del mar. Las dos capas de la red oscilaron un momento, como un líquido de una perfección abstracta, y por fin quedaron inmóviles. Las olas producidas en las superficies de la red desaparecieron rápidamente, absorbidas. La Excesión, por lo demás tan enigmática como siempre, empezó a flotar con libertad en el tejido del espacio real.

Durante un rato, las tres naves que la vigilaban guardaron silencio.

Finalmente, la *Consejo sobrio* preguntó:

~ ... ¿Eso es todo?

~ Parece que sí –respondió la *Destino susceptible de cambio.*

Estaba aterrada, extasiada, decepcionada, las tres cosas al mismo tiempo. Aterrada por encontrarse en presencia de algo capaz de hacer lo que acababa de ver, extasiada por haber podido presenciarlo y haber realizado mediciones –había datos allí, en la velocidad del colapso de los enlaces tejido-red, en la aparente viscosidad de la reacción de la red a la separación de los dos enlaces, que alimentarían una investigación genuina, completamente original– y decepcionada porque tenía la furtiva sensación de que en efecto, aquello, *era* todo. La Excesión se quedaría allí por un tiempo, sin hacer nada. Un hastío aparentemente interminable, un instante de miedo cegador... y un nuevo hastío interminable. Con la Excesión cerca, uno no necesitaba una guerra.

La *Destino susceptible de cambio* empezó a transmitir todos los datos que había recogido sobre el colapso de los vínculos red-tejido a varias naves más, sin ni siquiera ordenarlos de forma apropiada. Sin embargo, otra parte de su Mente estaba reflexionando.

~ Esa cosa ha *reaccionado* –dijo a las otras dos naves.

~ ¿A la señal de la Afrenta? –envió la *Apelación a la razón*–. Estaba preguntándome si era posible tal cosa.

~ ¿Podría ser este el estado en el que *La paz trae plenitud* descubrió la entidad? –preguntó la *Consejo sobrio.*

~ Podría ser, ¿no? –asintió la *Destino susceptible de cambio.*

~ Ha llegado la hora... –transmitió la *Apelación a la razón*–. Voy a enviar un dron.

~ ¡No! ¿Esperas a que la Excesión asuma la misma configuración que probablemente poseía cuando se apoderó de vuestra camarada y *entonces* decides abordarla del mismo modo que debió de hacer ella? ¿Es que estás loca?

~ ¡No podemos seguir aquí sin hacer nada! –dijo la *Apelación a la razón* a la nave

de la Cultura–. La guerra se encuentra a escasos días de nosotros. ¡Hemos recurrido a todas las formas de comunicación conocidas sin conseguir nada! ¡Debemos probar algo diferente! Voy a lanzar un dron dentro de dos segundos. ¡*No* trates de interferir!

II

–Bueno, íbamos a tenerlos al mismo tiempo. Parecía... no sé, más romántico, supongo, más simétrico. –Dajeil se rió con desenvoltura y le acarició el brazo a Byr. Se encontraban en la gran sala circular de la parte alta de la torre. Kran, Aist y Tuly, y Byr y ella. Ellas dos estaban junto a la chimenea encendida. La miró para ver si quería continuar la historia, pero ella se limitó a sonreír y a tomar un trago de vino de su copa–. Pero luego, cuando lo pensamos un poco más –continuó Dajeil–, nos pareció una especie de locura. Dos recién nacidos, y solo nosotras dos para cuidarlos, y además, los dos padres... o sea, madres, primerizas.

–Y *ultimizas* –musitó Byr arrugando el gesto y mirando el fondo de la copa. Los demás se echaron a reír.

Dajeil volvió a acariciarle el brazo.

–Bueno, ya veremos cómo sale todo. Pero de este modo podemos tener... el tiempo que queramos entre que nazca Ren y nuestro otro niño. –Miró a Byr con una cálida sonrisa–. Aún no tenemos decidido el otro nombre. En cualquier caso –continuó– si lo hacemos así, tendré más tiempo para recuperarme y podremos acostumbrarnos a lo que es tener un niño antes de que Byr... antes de que tenga el suyo, vaya –dijo, riéndose, y rodeó a su compañera con el brazo.

–Sí –dijo Byr, mirándola de soslayo–. Podemos practicar con el tuyo y así el mío saldrá bien.

–¡Oye! –dijo Dajeil y le pellizcó el brazo. La otra sonrió.

El término utilizado para lo que Dajeil y Byr estaban haciendo era Mutualizar. Era una de las cosas que se podían hacer cuando existía la posibilidad –como había existido virtualmente para cada ser humano de la Cultura desde hacía varios milenios– de cambiar de sexo. El proceso de transformación de hembra a macho, o viceversa, podía durar hasta un año. Era indoloro y se ponía en marcha con solo dar la orden mentalmente. Entrabas en una especie de trance parecido al que Dajeil había utilizado aquella tarde para comprobar el estado de su feto. Si buscabas en el lugar apropiado de tu mente, encontrabas una imagen de ti mismo tal como eras en aquel momento. Un pequeño pensamiento bastaba para conseguir que la imagen cambiara de sexo. Salías del trance y ya estaba. Tu cuerpo ya habría empezado a cambiar, segregando las señales víricas y hormonales que pondrían en marcha el gradual proceso de transformación.

En menos de un año, una mujer que había podido llevar una criatura en su vientre –de hecho, que había podido ser madre– sería un hombre perfectamente capaz de educar un niño. En la Cultura, la mayoría de la gente cambiaba de sexo alguna vez a lo largo de su vida, pero no todos tenían hijos mientras eran mujeres. En general, la gente solía revertir a su sexo de nacimiento, pero no siempre era así y a algunas

personas les gustaba pasar por ciclos de masculinidad y feminidad a lo largo de toda su vida, mientras otras preferían un estado andrógino intermedio en el que encontraban una confortable ecuanimidad.

Las relaciones duraderas en una sociedad en la que la gente vivía generalmente más de tres siglos y medio eran, por necesidad, de naturaleza diferente a las que habían predominado en las sociedades más primitivas que habían sido el caldo de cultivo de la Cultura. La monogamia no era algo totalmente insólito, pero sí que era una rareza excepcional. Las parejas que se mantenían unidas hasta la adolescencia de sus hijos eran un poco más frecuentes, pero tampoco eran lo habitual. El niño típico de la Cultura estaba bastante próximo a su madre y en la mayoría de los casos sabía quién era su padre (asumiendo que no fuera un clon de su madre o tuviera, en el lugar de los genes del padre, material genético manufacturado al efecto), pero lo normal es que estuviera más unido a sus tíos y tías en el seno de una misma familia comunal. Que, por lo general, vivía en la misma casa, apartamento extendido o finca.

No obstante, había emparejamientos con vocación de perduración y una de las formas elegidas por ciertas parejas para subrayar su co-dependencia era sincronizar sus cambios sexuales y ejercer en momentos diferentes los dos papeles en el acto sexual. Una pareja tenía un niño, a continuación el hombre se convertía en mujer y la mujer en hombre, y tenían otro hijo. También eran posibles formas más sofisticadas gracias al enorme grado de control sobre los propios sistemas reproductivos que había hecho posible la manipulación genética.

Para una hembra de la Cultura era posible quedarse embarazada y luego, antes de que el embrión fertilizado se hubiera trasladado de su ovario al útero, emprender el lento proceso de transformarse en hombre. El embrión fertilizado no seguía desarrollándose, pero tampoco era necesariamente reabsorbido. Podía mantenerse, contenido, en una especie de animación suspendida que ponía fin a la división celular, mientras esperaba, todavía dentro del ovario. El ovario, por supuesto, se convertía en un testículo pero –con un poco de delicado control celular y un poco de fontanería compleja– el embrión fertilizado permanecía a salvo, viable e intacto en el testículo, mientras el órgano hacía su parte en la inseminación de la mujer que había sido hombre y que había donado el semen para la concepción original. Luego, el hombre que había sido mujer volvía a cambiar. Si la mujer que antes había sido hombre detenía también el desarrollo de su embrión fertilizado, era posible sincronizar el crecimiento de los dos fetos y el nacimiento de los dos bebés.

Para algunos ciudadanos de la Cultura, este proceso –largo y exigente en términos de tiempo– era sencillamente la forma más hermosa y perfecta de que dos personas se expresasen su mutuo amor. Para otros era un poco grotesca y, vaya, asquerosa.

Lo más extraño de todo es que hasta que no había conocido a Dajeil y se había enamorado de ella, Genar-Hofoen había sido un firme defensor de esta última

postura. Veinte años atrás había decidido, antes incluso de alcanzar la madurez sexual y de saber gran cosa sobre la mayoría de las cosas, que seguiría siendo hombre toda la vida. Se daba cuenta de que la posibilidad de cambiar de sexo era útil y, para algunas personas, podía ser incluso excitante, pero él, sin saber muy bien por qué, la encontraba débil.

Se habían conocido a bordo de la Unidad General de Contacto *Converso reciente*. Ella estaba aproximándose al final de una carrera de veinticinco años en la sección de Contacto y él acababa de empezar un período de diez años que, llegado el momento, tal vez prolongara o tal vez no. Él había sido el joven juerguista, ella la inalcanzable mujer madura. Al ingresar en la sección de Contacto había decidido que trataría de llevarse a la cama al mayor número de mujeres posible y desde el primer momento se había dedicado a ello con una determinación y dedicación que muchas encontraban encantadora por sí misma.

Desde el mismo instante en que había subido a bordo de la *Converso reciente* había emprendido su habitual acoso a la mitad de la tripulación humana de la nave del otro sexo, pero Dajeil Gelian lo había obligado a frenar en seco.

No porque no quisiera acostarse con él. Se lo había pedido a montones de mujeres que habían rechazado, por múltiples razones, y nunca había sentido resentimiento alguno hacia ellas, ni se había sentido menos dispuesto a contarlas entre sus amigas que con aquellas a las que sí había hecho el amor. Fue porque ella le había dicho que lo encontraba atractivo y en condiciones normales lo habría invitado a su cama pero no iba a hacerlo a causa de su promiscuidad. A él, esta razón le había parecido un poco absurda, pero se había limitado a encogerse de hombros y seguir con su vida.

Se hicieron amigos; buenos amigos. Y la cosa no terminó ahí. Ella se convirtió en su mejor amiga. Él seguía esperando que la amistad desembocase tarde o temprano en sexo –aunque solo fuera una vez– pero no ocurrió. Para él, lo obvio, lo natural, lo normal y lo bueno era que ocurriese. No acostarse juntos después de algún evento social particularmente entretenido, o una sesión de deporte o una sencilla noche de borrachera le parecía una auténtica perversidad.

Dajeil le dijo que se estaba destruyendo con su libertinaje. No la entendió. *Ella* era la que lo estaba destruyendo, en cierto modo. Seguía viendo a otras mujeres pero pasaba tanto tiempo en su compañía –por amistad, pero también porque se había convertido en un desafío para él y había decidido que la *vencería*, costase lo que costase– que su programa habitual de seducciones, asuntillos y relaciones se había resentido enormemente. No era capaz de concentrarse como correspondía con las mujeres que demandaban, o hubieran debido demandar, sus atenciones.

Ella le dijo que se prodigaba demasiado. En realidad no estaba destruyéndose, solo estaba dejando de desarrollarse. Seguía en una especie de fase pueril, un estado casi infantil en el que el número importaba más que todo lo demás, en el que la

captura, recolección, enumeración y catalogación obsesivas revelaban una especie de inmadurez básica. Nunca podría crecer y desarrollarse como ser humano hasta que superase aquella obsesión infantil con la penetración y la posesión.

Él respondió que no quería pasar de aquella fase. Le encantaba. Además, aunque le encantara y no le importara que se prolongase hasta que fuera demasiado viejo para seguir disfrutando de ella, lo más probable era que cambiase, en algún momento, pasado el tiempo, a lo largo de los más o menos tres siglos de vida que podía esperar... Había tiempo *de sobra* para esa tontería del crecimiento y el desarrollo. Ya se encargaría él. No iba a forzar el paso. Si toda aquella actividad sexual era algo que tenía que sacar de su organismo antes de poder madurar apropiadamente, su deber moral era librarse de ella lo más deprisa posible, empezando ahora mismo...

Ella lo rechazó, como de costumbre. No entendía, le dijo. No era un suministro finito de promiscuidad que estaba agotando, era una fijación infinita que estaba carcomiendo su potencial para el crecimiento personal futuro. Ella era el punto estático que su vida necesitaba, o al menos, *un* punto estático. Probablemente necesitara muchos más a lo largo de su vida, no se hacía ilusiones al respecto. Pero por ahora, era ella. Ella era la roca que el río de su pasión turbulenta tenía que rodear. Ella era su lección.

Los dos tenían la misma especialidad: exobiología. Algunas veces la escuchaba hablar y se preguntaba si era posible sentirse más próximo a un ser de una especie diferente que a uno de la propia, que se suponía que debía pensar de forma más o menos parecida pero que en realidad lo hacía de forma completamente diferente. Él podía estudiar a una especie alienígena, meterse bajo su piel, introducirse por debajo de su caparazón, sus espinas, sus membranas o lo que sea que hubiera que penetrar (¡ja!) para llegar a conocerla. Siempre, pasado algún tiempo, lo conseguía. Empezaba a pensar como ellos, a sentir las cosas como ellos debían sentirlas, a anticiparse a sus reacciones, a hacer suposiciones bastante aproximadas sobre lo que estarían pensando en cada momento determinado. Era una habilidad de la que se enorgullecía.

El hecho de ser tan diferente de la criatura a la que estaba estudiando le proporcionaba inicialmente la perspectiva que necesitaba, o eso pensaba él, para poder realizar esta penetración e introducirse en sus mentes. Con alguien que era idéntico a ti en un noventa y nueve por ciento, a veces ocurría que estabas demasiado cerca. No podías apartarte para echar un vistazo desde otro ángulo. Te limitabas a rozarte con él de vez en cuando en una sucesión de contactos fugaces. No había forma de profundizar. Solo una frustración tras otra.

Entonces había aparecido un puesto en un mundo llamado Telaturier. Una misión a largo plazo, que requería pasar un máximo de cinco años con una especie llamada 'Krik, a la que la Cultura quería ayudar a desarrollarse. Era el tipo de puesto estacionario que Contacto le ofrecía a sus agentes al final de su carrera. Dajeil era la

candidata idónea. Significaría que una, o puede que dos personas, tendrían que quedarse en el planeta, completamente solos con la única excepción de los 'Ktik, durante todo ese tiempo. Recibirían visitas de vez en cuando, pero apenas gozarían de permisos o vacaciones. El objetivo de la misión era establecer una relación personal duradera con individuos 'Ktik. No era una cosa que pudiera hacerse a la ligera. Significaba un compromiso muy serio. Dajeil solicitó el puesto y fue aceptada.

Byr no podía creer que fuera a abandonar la *Converso reciente*. Le dijo que lo estaba haciendo para fastidiarlo. Ella respondió que eso era ridículo. E increíblemente egocéntrico. Lo estaba haciendo porque era importante y porque era algo que creía que podía hacer bien. Además, llegaba precisamente en el momento en que estaba preparada para hacerlo. Había pasado tanto tiempo como el que más pateándose la galaxia en UGC y había disfrutado hasta el último segundo, pero ahora había cambiado y estaba preparada para aceptar algo más sólido y duradero. Lo echaría de menos, y esperaba que a él le pasara lo mismo –aunque, desde luego, no durante tanto tiempo como aseguraba y ni siquiera tanto como él creía– pero había llegado la hora de seguir adelante, de hacer algo diferente. Sentía no poder quedarse más tiempo, no poder seguir siendo su punto estable, pero las cosas eran así y se trataba de una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar.

Más tarde, Byr no recordaría exactamente por qué había tomado la decisión de acompañarla, pero eso fue lo que hizo. Puede que hubiera empezado a creer algunas de las cosas que ella le decía, pero el caso es que también él, a pesar del poco tiempo que llevaba en Contacto, decidió que había llegado el momento de hacer algo diferente.

Fue la cosa más difícil que jamás había hecho, más difícil que ningún cortejo (con la posible excepción del de la propia Dajeil). Para empezar, tuvo que convencerla de que era buena idea. Ella no se sintió inicialmente halagada, ni por un instante. Era una idea terrible, le dijo. Era demasiado joven, demasiado inexperto, y su carrera en Contacto apenas acababa de empezar. No estaba impresionándola; estaba portándose como un estúpido. No era nada romántico, nada sensato, nada halagador, nada práctico, solo era una estupidez. Y si por algún milagro permitían que fuera con ella, haría bien en no asumir que solo por hacer ese gran sacrificio iba a dejar que durmiera con ella.

No demostraba nada, salvo que era tan idiota como presuntuoso.

III

A la Unidad General de Contacto *Zona gris* no le gustaban los avatares; se comunicaba por medio de un dron esclavo.

–Jovencita...

–¡No utilices ese tono condescendiente conmigo! –dijo Ulver Seich, poniendo las dos manos en sus caderas incrustadas de gemas. Todavía llevaba el casco, aunque el visor estaba levantado. Se encontraban en el hangar de la UGC, entre módulos, satélites y parafernalia de todas clases. Daba la impresión de estar normalmente abarrotado, y ahora que tenía que alojar el pequeño módulo que había pertenecido a la URO *Franco intercambio de puntos de vista,* lo estaba más todavía.

–Señorita Seich –continuó el dron con tono complaciente pero sin dejarse intimidar–. No tenía por qué haberlos recogido a usted y a su colega, Dn Churt Lyne. Lo he hecho porque, en la práctica, estaban flotando a la deriva en medio de una zona de guerra. Si insiste realmente...

–¡No estábamos a la deriva! –dijo Ulver, sacudiendo los brazos y señalando el módulo–. ¡íbamos en eso! ¡Tiene motores, ¿sabe?!

–Sí, muy lentos. He dicho que estaban flotando en la práctica. –El dron esclavo, una colección de componentes sin carcasa que flotaba a la altura de la cabeza, se volvió hacia Churt Lyne–. Dn Churt Lyne. Tú también eres bienvenido. ¿Sería posible que trataras de persuadir a tu colega, la señorita Seich...?

–¡Y deja de hablar como si yo no estuviera aquí! –dijo Ulver dando un pisotón en el suelo. Bajo los pies de Genar-Hofoen, resonó la cubierta.

Nunca se había alegrado tanto de estar a bordo de una UGC. Libre de aquel maldito módulo y del abrasivo estado de ánimo de Ulver Seich. La felicidad. Se había percatado de que la *Zona gris* le había dado la bienvenida antes que a nadie. Finalmente, volvía a estar en camino. Desde allí a la *Servicio durmiente,* a acabar el trabajo y luego, si la guerra no jodía por completo las cosas, a algún centro Recreativo de Relax hasta que las cosas se calmasen. Todavía le costaba creer que la Afrenta hubiera declarado la guerra a la Cultura, pero suponiendo que fuera así, una vez que todo hubiera terminado y la Afrenta volviera a estar en su lugar, se necesitarían personas con experiencia para contribuir a la administración de la paz y la aCulturación de su sociedad. En cierto modo sería una pena; le gustaban tal como eran. Pero si estaban tan locos como para atacar a la Cultura... puede que necesitasen una lección. Una pizca de buenos modales aprendidos a la fuerza podía hacerles mucho bien.

Seguro que a ellos no les gustaba, porque sería una lección impartida con indulgencia, paciencia y suavidad, con esa clase de abúlica seguridad que la Cultura no podía evitar cuando sus estadísticas demostraban que estaba haciendo lo correcto.

Probablemente, la Afrenta hubiera preferido ser pulverizada y a continuación sometida con mano de hierro. Sea como fuere, y pasase lo que pasase de ahora en adelante, Genar-Hofoen estaba seguro de que no se dejarían vencer fácilmente.

En este sentido, Ulver Seich tampoco estaba haciéndolo mal. Por el momento, estaba exigiendo que los devolvieran al dron y a ella de inmediato al módulo y les dejaran seguir su camino. Teniendo en cuenta que lo primero que había hecho cuando la *Zona gris* se había puesto en contacto con ellos había sido exigir que los rescataran y subieran a bordo, resultaba un poco descarado, pero era evidente que la chica no lo veía del mismo modo.

–¡Esto es un acto de piratería! –aulló.

–Ulver... –dijo el dron Churt Lyne con calma.

–¡No te pongas de su lado!

–No estoy poniéndome de su lado, lo que pasa es que...

–¡Sí que lo estás haciendo!

La discusión continuó. El dron esclavo de la nave miró a la chica, al anciano dron y luego de nuevo a la chica. Se elevó una fracción de centímetro en el aire y volvió a bajar. Se volvió hacia Genar-Hofoen.

–Discúlpeme –dijo en voz baja.

Genar-Hofoen asintió.

El dron Churt Lyne se interrumpió a mitad de frase y descendió flotando con suavidad hasta el suelo del hangar. Ulver Seich, furiosa, lo miró con el ceño fruncido. Entonces comprendió. Se revolvió en dirección al dron esclavo y lo apuntó con un dedo.

–¡Cómo se arre...!

El visor de su casco se cerró con un ruido metálico. El traje se desactivó y quedó convertido en una estatua inmóvil. El casco enjoyado empezó a despedir chispas bajo las luces del hangar. Genar-Hofoen creía oír algún ruido lejano y amortiguado procedente de su interior.

–Señorita Seich –dijo el dron–. Sé que puede oírme desde donde esta. Siento terriblemente tener que ser tan maleducado, pero debo decir que empezaba a encontrar sus discusiones tediosas e improductivas. El hecho es que ahora están ustedes completamente en mi poder, como confío haya puesto de manifiesto esta pequeña demostración. Puede usted aceptarlo y pasar los próximos días en una relativa comodidad o negarse a aceptarlo y ser encerrada, seguida a todas partes por un equipo de intercepción dron o drogada para impedir que haga tonterías. Le aseguro que en cualquier otra circunstancia aparte de la guerra los devolvería encantada al módulo y dejaría que siguieran su camino. Sin embargo, mientras no reciba la orden de emprender alguna acción militar, estarán mucho más seguros conmigo que flotando a la deriva, o flotando voluntariamente, en un pequeño,

desarmado y completamente indefenso módulo que, le suplico que me crea, podría confundirse con demasiada facilidad con un proyectil o con una nave hostil por alguien con una predisposición natural hacia el método de reconocimiento-por-fuego.

Genar-Hofoen vio que el traje de la chica se estremecía. Empezó a balancearse de un lado a otro. Debía de estar zarandeándolo desde dentro. El traje estuvo a punto de desequilibrarse y caer. El pequeño dron esclavo extendió un campo azulado para sostenerlo. Genar-Hofoen se preguntó si habría sentido la tentación de dejar que cayera.

–Si se me pide que preste mi colaboración en las operaciones militares, les dejaré marchar –continuó el dron–. Igualmente, una vez que haya cumplido con mi deber para con el señor Genar-Hofoen y la sección de Circunstancias Especiales, serán, imagino, libres para marcharse. Gracias por escucharme.

Churt Lyne volvió a elevarse y continuó donde lo había dejado antes.

–... sé razonable por una vez en tu maldita y despreocupada vida... –y entonces su voz se apagó. Hizo una maravillosa demostración de perplejidad, volviéndose a un lado y a otro un par de veces.

El visor de Ulver volvió a subir. Tenía el rostro pálido y los labios comprimidos en una línea muy fina. No pronunció palabra durante un momento. Por fin, dijo:

–Eres una nave muy maleducada. Será mejor que no tengas que solicitar nunca la hospitalidad de Roca Phage.

–Si ese es el precio de su aquiescencia a mis razonables peticiones, joven señorita, trato hecho.

–Y espero que tengáis alojamientos decentes en este montón de chatarra... –dijo, mientras señalaba a Genar-Hofoen con el pulgar–. Estoy harta de inhalar la testosterona de este tío.

IV

La rindió por cansancio. Transcurrió medio año entre su nombramiento para el puesto de Telaturier y el comienzo de la misión. Necesitó casi todo este tiempo para convencerla. Finalmente, un mes antes de que la nave hiciera un trasbordo en Telaturier para dejarla allí, accedió a que Byr preguntara a Contacto si podía acompañarla. Él albergaba la sospecha de que solo lo había hecho para conseguir que cerrara la boca y dejara de incordiarla. Ni por un momento esperó que aceptaran su solicitud.

Así que se aplicó a la defensa de su caso. Aprendió todo lo que pudo sobre Telaturier y los 'Ktik; revisó todo el trabajo de exobiología que había hecho hasta entonces y subrayó los aspectos que lo relacionaban con la misión. Elaboró el argumento de que era el más idóneo para un puesto estoico y sedentario como aquel, precisamente por lo activo y frenético que había sido en el pasado. Estaba, vaya, no quemado, pero sí saciado. Este era el momento justo para aminorar el paso, tomar aliento, calmarse un poco. La situación era perfecta para él, y él para ella.

Se puso manos a la obra. Habló personalmente con la *Converso reciente*, con otras naves de Contacto, con varios drones especializados en psicoevaluación humana y con la junta de selección de humanos. No recibió una aprobación unánime –la cosa andaba en torno al cincuenta por ciento, con la *Converso reciente* encabezando el grupo del NO– pero poco a poco estaba consiguiendo apoyos.

La situación desembocó en un empate, y el voto de calidad estaba en manos de la VGS *Confidente silencioso*, la nave progenitura de la *Converso reciente*. Para entonces volvían a estar a bordo de esta última, de camino a la región del espacio en la que se encontraba Telaturier. Un avatar de la *Confidente silencioso*, un hombre alto y de aspecto distinguido, habló largo y tendido con él sobre su deseo de ir al planeta con Dajeil. Le dijo que habría una segunda entrevista y luego se marchó.

Genar-Hofoen, feliz de encontrarse de nuevo en una nave con cien millones de hembras a bordo pero incapaz de entregarse a la tarea de acostarse con tantas como fuera posible en las dos semanas de que disponía, hizo a pesar de ello todo lo que pudo. La indignación que sintió al descubrir, una mañana, que la ágil y esbelta rubia con la que había pasado la noche era otro avatar de la nave fue, según todos los testimonios, algo digno de verse.

Perdió los estribos, se enfureció. El apacible avatar permaneció sentado, despeinado y hermoso, en su cama, y lo miró con ojos calmados y serenos.

¡No le había dicho que era un avatar!

No lo había preguntado –señaló ella–. Tampoco le había dicho que fuera una hembra humana. Se disponía a decirle que estaba allí para evaluarlo, pero él había asumido sin más que cualquier persona a la que encontrara atractiva y que quisiera

hablar con él debía de estar buscando sexo.

¡Seguía siendo un engaño!

El avatar se encogió de hombros, se levantó y se vistió.

Byr trató desesperadamente de recordar lo que le había dicho a la criatura la pasada velada. Habían bebido bastante y sabía que había hablado de Dajeil y del asunto de Telaturier pero, ¿qué había dicho? La duplicidad de la nave lo ponía enfermo. Lo aterraba que pudiera engañarlo así. No era justo. Nunca confíes en una nave. Oh, Dios, solo había estado hablando de Dajeil y del puesto en Telaturier, con la guardia baja, sin tratar de impresionarla. Un completo desastre. Estaba seguro de que la idea había sido de la *Converso reciente* y que había conseguido convencer a su nave progenitora. Bastardas.

El avatar se detuvo en la puerta de su camarote.

Por si quería saberlo –le dijo–, había hablado con mucha elocuencia sobre su pasado y sobre el puesto en Telaturier y la nave había decidido apoyar su solicitud para acompañar a Dajeil Gelian.

A continuación le guiñó un ojo y se marchó.

Estaba dentro. Hubo solo un momento de pánico, pero entonces sobrevino un abrumador sentimiento de victoria. ¡Lo había conseguido!

V

La *Hora de matar* seguía alejándose del almacén de naves de Miseria a una velocidad cercana a la máxima que podía mantener durante un período de tiempo prolongado. Si aceleraba más, el rendimiento de sus motores empezaría a degradarse. Estaba aproximándose al punto medio entre Miseria y la Excesión cuando cortó la potencia y dejó que su velocidad fuera aminorando hasta la de la luz. Quería evitar a toda costa una parada brusca. Con este fin, extendió con mucho cuidado un enorme campo de varios segundos luz de anchura sobre el tejido del espacio real y, tirando de él, fue frenando con lentitud hasta detenerse del todo, en una posición fija e inmutable en las tres dimensiones del espacio real. Su único vector de movimiento apreciable se debía a la expansión del propio universo; el lento alejamiento del punto central de Realidad asumida que compartía toda la materia en las tres dimensiones. Entonces envió una señal.

[haz estrecho, M32, tra. @n4.28.885.1008]
º º URO *Hora de matar*
ª ª VGS *Brillo acerado*
oo

Tengo entendido que eres la comandante militar de facto de esta zona. ¿Quieres que te envíe mi estado mental?

aa

No. Aprecio tu gesto –tu oferta–. Sin embargo, tenemos otros planes para ti. ¿Puedo preguntarte qué te ha llevado a Miseria?

oo

Un asunto personal. Sigo convencido de que había otra nave en Miseria; una antigua nave de la Cultura y fui allí porque me pareció conveniente. Esta antigua camarada trató de provocar mi destrucción. Eso es algo intolerable. Mi orgullo está en juego. Mi honor. Quiero vengarme. Por favor, recibe mi estado mental.

aa

No puedo. Aprecio tu celo y tu preocupación pero nuestros recursos son tan escasos que no podemos permitirnos el lujo de malgastarlos. Algunas veces el orgullo personal debe aceptar un papel subsidiario frente al pragmatismo militar, por mucho que esto nos repugne.

oo

Comprendo. Muy bien. Sugiere un curso de acción, por favor. A ser posible, que deje abierta la posibilidad de que la nave traidora y yo volvamos a

encontrarnos.

aa

Desde luego (DiaGlif de itinerario adjunto). Por favor, confírmame la recepción del archivo y envía una señal cuando llegues a la primera posición.

oo

(recepción confirmada.)

[haz estrecho, M32, tra. @n4.28.885.1122]

º º URO *Hora de matar*

ª ª Excéntrica *Liquídalos más tarde*

oo

Te pido que sigas esto (secuencia de señal adjunta). ¿Quieres recibir mi estado mental?

aa

Mi querida nave, ¿de veras es esto necesario?

oo

Nada es necesario. Algunas cosas son deseables. Yo deseo esto. ¿Quieres recibir mi estado mental?

aa

¿Te detendrás si no lo hago?

oo

Puede. Desde luego eso me demorará

aa

No te gusta facilitarle las cosas a los demás, ¿verdad?

oo

Soy una nave de guerra. Esa no es mi función. ¿Quieres recibir mi estado mental?

aa

¿Sabes?, por esto precisamente preferimos llevar tripulaciones humanas a bordo. Ayuda a prevenir heroicidades.

oo

Ahora estás intentando entretenerme. Si no accedes a recibir mi estado mental, lo transmitiré hacia ti de todas maneras. ¿Quieres recibir mi estado mental?

aa

Si insistes... Pero no lo haré con la conciencia tranquila...

La nave transmitió a la otra una copia de lo que en otros tiempos podría haberse llamado su alma. Entonces experimentó un extraña sentimiento de liberación y

libertad mientras completaba sus preparativos para el combate. Ahora sentía una extraña afinidad, al mismo tiempo orgullosa y humilde, con los guerreros de todas las especies en todas las épocas del mundo que se habían despedido de sus vidas, sus seres queridos, sus amigos y conocidos, habían hecho las paces consigo mismos y con las entidades que exigiesen sus supersticiones, y se habían preparado para morir en batalla.

La embargó el más fugaz momento de azoramiento por haber despreciado alguna vez a estos bárbaros por su falta de civilización. Siempre había sabido que no era culpa suya ser unas criaturas tan humildes, pero a pesar de todo le costaba expurgar a sus pensamientos sobre estos animales del patricio desdén que tan frecuente era entre las Mentes. Ahora en cambio, percibió una hermandad que no solo se extendía a través de las eras, especies o civilizaciones, sino también sobre el presumiblemente más alargado abismo que separaba la torpe, confusa y apagada consciencia exhibida por la mente animal y la casi infinitamente más extendida, refinada e integrada percepción de lo que la mayoría de las especies antiguas se complacían por alguna razón en llamar Inteligencia Artificial (u otra cosa no menos –y puede que con razón, aunque inconscientemente– desalentadora).

Así que ahora había descubierto la verdad que había en la idea de una especie de pureza en la contemplación y preparación del sacrificio personal. Era algo que el estado mental que acababa de transferir –su nuevo yo, que renacería en la matriz de una nueva nave de guerra, antes de no mucho tiempo– no podría experimentar nunca. Por un instante consideró la posibilidad de enviar su estado mental actual para reemplazar al anterior, pero inmediatamente abandonó la idea. Para empezar, supondría perder más tiempo, pero además, y esto era lo más importante, sentía que estaría insultando a la extraña calma y seguridad interior que sentía ahora si la colocaba artificialmente en una Mente que no estaba a punto de morir. Sería inapropiado, puede que hasta inquietante. No, aquella certeza transparente era exclusivamente para ella y la sostendría junto a su alma exculpada como un talismán de sagrada verdad.

La nave de guerra revisó sus sistemas internos. Todo estaba preparado; cualquier demora adicional constituiría una prevaricación. Giró en la dirección por la que había venido. Encendió con lentitud sus motores para acelerar gradualmente y encaminarse, luminosa, hacia el vacío. Mientras avanzaba, sembró el tejido del espacio con minas y misiles capaces de actuar en el hiperespacio. Quizá solo pudieran eliminar una nave o dos, y eso con suerte, pero al menos frenarían al resto. Aumentó la velocidad hasta que la tasa de degradación significativa de los motores se situó en 128 horas, luego en 64 y luego en 32. Se mantuvo allí. Por encima de esto se hubiera arriesgado a sufrir una inmediata y catastrófica avería.

Atravesó las oscuras horas de distancia que para la mera luz eran décadas,

gloriosa en su triunfante y sacrificial celeridad, radiante en su marcial justicia.

Sentía la flota que se le estaba acercando como un mapa de cometas brillantes y veloces en aquel espacio contemplado. Noventa y seis naves distribuidas en un tosco círculo de treinta años luz de diámetro en el espacio tridimensional, la mitad por encima y la mitad por debajo del tejido. Tras ellas captó los rastros de otra oleada, numéricamente tan grande como la primera pero extendida a lo largo del doble de su volumen.

Había trescientas ochenta y cuatro naves almacenadas en Miseria. Cuatro oleadas si cada una era tan grande como la primera. ¿Dónde se colocaría ella si estuviera al mando?

Cerca del centro de la tercera oleada, pero no exactamente en él.

¿Adivinaría la nave capitana su propósito y se colocaría en otro lugar? ¿En el extremo exterior de la primera oleada, en algún lugar de la segunda, en retaguardia, o incluso más lejos, completamente separada de todas las oleadas?

Adivina.

Penetró en el Ultraespacio recorriendo el tejido con sus sensores y preparando los sistemas de armas. Su velocidad era tan colosal que estaba acercándose a la flota enemiga más deprisa de lo que hubiera visto nunca salvo en las simulaciones más salvajes. Pasó a gran altura sobre ella en el hiperespacio, todavía, según parecía, sin ser descubierta. Una descarga de placer puro embargó su Mente. Nunca se había sentido tan bien. Pronto, muy pronto, moriría, pero lo haría de forma gloriosa, y su reputación pasaría a la nueva nave nacida con sus recuerdos y su personalidad, transmitidos en su estado mental por la *Liquídalos más tarde.*

Cayó sobre la tercera oleada de atacantes como un león sobre una manada de herbívoros.

VI

Byr se encontraba en la plataforma de piedra circular que había en la cima de la torre, contemplando el océano, donde dos líneas de luz de luna trazaban sendas hebras de plata sobre las aguas incansables. Tras ella, la cúpula de la torre de cristal estaba a oscuras. Se había ido a la cama al mismo tiempo que Dajeil, quien últimamente se cansaba más deprisa de lo normal. Se habían disculpado y habían dejado solos a los demás. Kran, Aist y Tuly eran viejos amigos de la UGC *Comportamiento inaceptable*, otra de las naves engendradas por la *Confidente silencioso.* Conocían a Dajeil Gelian desde hacía veinte años. Los tres estaban a bordo de la *Confidente silencioso* cuatro años antes y eran algunas de las últimas personas que Byr y Dajeil habían visto antes de partir hacia Telaturier.

La *Comportamiento inaceptable* pasaba por la zona y la habían convencido de que los dejara allí un par de días para hacer una visita a sus viejos amigos.

Las lunas proyectaban su robada luz sobre la quejumbrosa danza del oleaje y Byr, que había segregado un poco de *difuso,* estaba pensando que la V de su luz, en su eterna convergencia sobre el observador, alentaba una especie de egocentrismo, una idea completamente romántica sobre el papel central que ocupaba uno en el esquema personal, una ilusoria fe en la propia importancia. Aún recordaba la primera vez que había estado allí y había pensado algo parecido, cuando todavía era un hombre y Dajeil y él no llevaban demasiado tiempo viviendo en el planeta.

Había sido la primera noche que –por fin, después de tantas complicaciones– se habían acostado juntos. Había subido allí en mitad de la noche, mientras ella dormía, y había contemplado las aguas. En aquel momento, el mar estaba casi en calma y el reflejo de las lunas flotaba lento y casi intacto sobre la faz tranquila de las adormecidas aguas del océano.

En ese momento se había preguntado si habría cometido un terrible error. Parte de su mente estaba convencida de que sí, mientras que otra, encaramada a la ventajosa posición moral de la madurez, le aseguraba que era la cosa más inteligente que había hecho nunca, que por fin estaba creciendo. Aquella noche había decidido que aunque fuera un error, tendría que asumir las consecuencias. Era uno de esos errores que solo podían resolverse abrazándolos, aferrándose a ellos con las dos manos y aceptando los resultados de tu decisión. El único modo que tenía de preservar su orgullo era olvidarlo mientras estuvieran allí. Haría el trabajo, cumpliría con su deber y sacrificaría sus propios intereses a los de Dajeil, para que nadie pudiera reprocharle nada. Su recompensa era que ella nunca había parecido tan feliz y que, casi por vez primera en su vida, se sentía responsable del placer de otra persona más allá de lo inmediato.

Cuando, meses más tarde, ella sugirió que tuvieran un niño y, poco después,

mientras todavía lo estaban pensando, que Mutualizaran –puesto que tenían el tiempo y el compromiso necesarios– había respondido con un entusiasmo extravagante, casi como si el escándalo de sus aplausos pudiera ahogar las dudas que seguía oyendo en su interior.

–¿Byr? –dijo una voz suave desde la pequeña cúpula que había entre las escaleras y el tejado.

Se volvió.

–¿Sí?

–Hola. Tú tampoco podías dormir, ¿eh? –dijo Aist mientras se le acercaba. Llevaba un pijama oscuro. Sus pies desnudos hacían un sonido blando sobre las losas.

–No –dijo Byr. No necesitaba dormir demasiado. Últimamente pasaba mucho tiempo solo, mientras Dajeil dormía o se sentaba en cuclillas en uno de sus trances o preparaba algo en la guardería que estaban montando para sus hijos.

–Igual que yo –dijo Aist. Cruzó los brazos por debajo del pecho y se inclinó sobre el parapeto, dejando que sus manos y sus hombros colgaran sobre el vacío. Escupió. La saliva cayó como una mota blanca entre los rayos de la luna y desapareció frente a la oscura pendiente del último piso de la torre. Volvió a apoyarse en el suelo y se apartó el pelo, castaño y no muy largo, de los ojos, mientras estudiaba con el ceño ligeramente fruncido el rostro de Byr. Sacudió la cabeza–. ¿Sabes? –dijo–, nunca pensé que fueras uno de esos que cambian de sexo, y mucho menos que quisieras tener un niño.

–Ni yo –dijo Byr mientras se inclinaba sobre el parapeto y dirigía la mirada hacia el mar–. Todavía hay veces que no me lo creo.

Aist se inclinó hacia él.

–Pero está bien, ¿no? O sea, eres feliz, ¿verdad?

Byr miró a la otra mujer.

–¿No es obvio?

Aist guardó silencio un rato. Entonces dijo:

–Dajeil te quiere muchísimo. Hace veinte años que la conozco. También ella ha cambiado del todo, ¿sabes? No solo tú. Siempre fue independiente, nunca quiso tener hijos ni establecerse con una persona, al menos no mucho tiempo. Hasta que fuera más mayor. Os habéis cambiado tanto el uno al otro... Es... es algo que no se ve a menudo. Casi da miedo pero, bueno, es bastante impresionante, ¿sabes?

–Claro.

Guardaron silencio un rato más.

–¿Cuándo crees que tendrás al niño? –preguntó Aist–. ¿Cuánto tiempo dejaréis pasar después de que ella haya tenido a...? Se llama Ren, ¿no?

–Sí, Ren. No lo sé. Ya veremos. –Se rió, una risilla que parecía más bien una tos–.

Puede que esperemos a que Ren sea mayor para que nos ayude a cuidarlo.

Aist hizo el mismo ruido. Volvió a apoyarse en el parapeto, levantó los pies del suelo y se mantuvo en equilibrio sobre los brazos doblados.

–¿Qué tal llevas lo de estar tan lejos de todo el mundo? ¿Tenéis muchas visitas?

Byr sacudió la cabeza.

–No. Sois el tercer grupo que nos visita.

–Supongo que uno se siente solo. O sea, os tenéis el uno al otro pero...

–Los 'Krik son muy divertidos –dijo Byr–. Son gente, individuos. A estas alturas debo de conocer a miles de ellos, supongo. Son entre veinte y treinta millones. Montones de nuevos coleguillas que conocer.

Aist se rió entre dientes.

–Supongo que no se puede uno acostar con ellos, ¿verdad?

Byr la miró de soslayo.

–Nunca lo he intentado. Lo dudo.

–Tío, Byr, tú eras todo un conquistador –dijo ella–. Recuerdo cuando nos conocimos, en la *Confidente*. Nunca había visto a nadie tan concentrado. –Se echó a reír–. ¡En todo! Eras como una fuerza de la naturaleza; un terremoto o un maremoto.

–Esos son desastres naturales –señaló Byr con una frialdad fingida.

–Bueno, pues algo parecido –dijo Aist con una risa delicada. Lentamente, lanzó una mirada tímida a la otra mujer–. Supongo que me habría visto en la línea de fuego si me hubiera quedado más tiempo por allí.

–Supongo que es posible –dijo Byr con una voz cansada y resignada.

–Sí. Todo podría haber sido completamente diferente.

Byr asintió.

–O exactamente igual.

–Bueno, no lo digas así –dijo Aist–. A mí no me hubiera importado. –Se inclinó sobre el parapeto y escupió con delicadeza, moviendo ligeramente la cabeza para que el escupitajo saliera impulsado hacia delante. Esta vez cayó en el camino de grava que rodeaba la base de la torre. La chica emitió un sonido de satisfacción y miró a Byr. Se limpió la barbilla y sonrió. Volvió a mirarlo y examinó su rostro–. No es justo, Byr –dijo–. Me gustas, seas lo que seas. –Lentamente, acercó una mano a su mejilla. Byr miró sus grandes y oscuros ojos.

Una de las lunas empezó a desaparecer detrás de un desgarrado jirón de nube y se levantó una brisa que olía a humedad.

Es una prueba, por su amiga –pensó Byr, mientras las manos de la otra mujer, suaves como plumas, le acariciaban delicadamente la cara. Pero sus dedos estaban temblando–. *Es una prueba a pesar de todo; está decidida a hacerlo, pero también nerviosa.* –Levantó la mano y le cogió los dedos con suavidad. Aist lo tomó como una señal para besarla.

Después de un rato, Byr dijo:

–Aist... –y trató de apartarla.

–Eh –dijo la otra en voz baja–, no significa nada, ¿vale? Es solo deseo. No significa nada.

Un poco más tarde, Byr dijo:

–¿Por qué estamos haciendo esto?

–¿Y por qué no? –susurró Aist.

A Byr se le ocurrían varias razones, dormidas en la pétrea oscuridad que tenían debajo.

Cómo he cambiado –pensó–. *Claro que, en realidad, no tanto.*

VII

Ulver Seich paseaba por el área de alojamiento de la *Zona Gris*. Al menos en la UGC había más sitio para andar. Si hubiera llegado directamente desde la casa de su familia en Phage le habría parecido espantosamente estrecha, pero comparada con los claustrofóbicos confines de la *Franco intercambio de puntos de vista*, parecía casi espacioso. (Había pasado muy poco tiempo en Grada y este lo había ocupado con un frenesí de preparativos apresurados, así que no contaba. En cuando al módulo... *¡Agh!).*

El interior de la *Zona gris* –construida para alojar a trescientas personas con un razonable, aunque un poco compacto, grado de confort– era en realidad bastante interesante, lo que suponía un añadido inesperado a una expedición que cada vez estaba convirtiéndose en una desilusión mayor. La nave era como un museo de la tortura y el genocidio. Estaba llena de recuerdos y souvenirs de un centenar de planetas diferentes, testimonios todos ellos de la tendencia hacia la crueldad institucional exhibida por numerosas formas de vida inteligente. Desde los estrujadores de pulgares a los agujeros negros engulle-planetas, pasando por los campos de exterminio, la *Zona gris* llevaba a bordo ejemplos de todos los mecanismos y entidades implicadas, o de sus efectos, o grabaciones documentales de su uso.

Casi todos los pasillos de la nave estaban jalonados de armas, apoyadas en el suelo las más voluminosas y encima de mesas las demás. Las piezas más grandes ocupaban camarotes enteros, salones o zonas públicas, aunque había otras aún mayores que estaban presentes con modelos a escala. Había miles de instrumentos de tortura, garrotes, lanzas, cuchillos, espadas, cuerdas de estrangulador, catapultas, arcos, pistolas de pólvora, obuses, minas, latas de gas, bombas, jeringuillas, morteros, lanzacohetes, misiles, bombas atómicas, láseres, armas de campo, cañones de plasma, lanzadores de microondas, efectores, atronadores, misiles cuchillo, armas lineares, retumbadores, gravicañones, monofilamentos de torsión, tortitadores, proyectores de AM, impulsores de fuego de red, pólarizadores de flujo ZP, unidades trampilla, dispersores de CAM y un sinfín de inventos más, diseñados para –o potencialmente modificables con este propósito– producir muerte, destrucción y agonía.

Algunos de los camarotes y espacios de mayor tamaño se habían reformado para que parecieran cámaras de tortura, prisiones de esclavos, mazmorras y cámaras de ejecución (incluida la piscina de la nave, aunque, después de que ella mencionara que le gustaba empezar el día con un chapuzón, estaban reconvirtiéndola a su uso original). Ulver imaginaba que aquellos... escenarios... se parecían un poco a los famosos cuadros que la *Servicio durmiente* se suponía que contenía, con la única diferencia de que los de la *Zona gris* no contenían cuerpos (lo que era todo un alivio,

dadas las circunstancias).

Como muchas personas más, siempre había querido visitarla. Había preguntado si Churt Lyne y ella podrían subir a bordo del VGS cuando lo hiciera Genar-Hofoen, pero su petición había sido rechazada. Se quedarían en la *Zona gris* hasta que la UGC pudiera encontrar un lugar seguro y no restringido en el que desembarcarlos.

Lo que hacía que todo ello fuera, en cierto sentido, aún más frustrante, era que la *Zona Gris* tenía la intención de mantenerse en contacto con la *Servicio durmiente;* en el interior de su campo, si se le permitía. Tan cerca y al mismo tiempo tan lejos, y toda esa basura. Daba igual; parecía que no iba a poder ver los famosos cuadros vivientes de la nave y tendría que contentarse con la *Zona gris* y sus naturalezas muertas.

Puede que estas hubieran sido más impresionantes si hubieran incluido a las víctimas y los torturadores, pero no era así. Sólo contenían el potro, la dama de hierro, el fuego y los hierros candentes, los grilletes y las camas y sillas, los cubos de agua y ácido y los cables eléctricos y todos los instrumentos serrados de tortura y muerte. Si uno quería verlos en acción, tenía que mirar una de las pantallas que los acompañaban.

Era un poco chocante, pensó Ulver, pero al mismo tiempo frío. Era como si pudieras inspeccionar el material y hacerte una idea aproximada de cómo funcionaba y lo que hacía (aunque mirar las pantallas no era muy aconsejable; ella lo había hecho durante unos segundos y había estado a punto de echar el desayuno; y eso que las víctimas ni siquiera eran *humanas)* y luego apartarte. Podías aceptar que todo aquello había ocurrido y sentirte mal, pero cuando había acabado seguías allí, no te había pasado a ti y te dabas cuenta de que esa clase de basura era precisamente lo que CE y Contacto y la Cultura querían hacer desaparecer, y que tú formabas parte de esa civilización, parte de ese impulso civilizador... y eso hacía que fuera más o menos soportable. Más o menos. Si no mirabas las pantallas.

Sin embargo, tener en la mano un pequeño instrumento de hierro concebido para aplastar los dedos que lo estaban sosteniendo, mirar una cuerda cuyos nudos, una vez que la cuerda se tensaba detrás de la cabeza, estaban a la distancia justa para comprimir y reventar ojos como los que la estaban mirando... bueno, resultaba impresionante. Pasó un buen rato temblando y frotándose las partes del cuerpo que no dejaban de estremecerse.

Se preguntó cuánta gente habría contemplado aquella espeluznante colección de curiosidades. Se lo había preguntado a la nave pero la respuesta había sido imprecisa. Según parecía, ofrecía sus servicios como una especie de museo ambulante del dolor y el espanto, pero raramente recibía visitantes.

Una de las salas de exhibición que había descubierto, hacia el final de sus vagabundeos, no la entendía. Era un pequeño montón de lo que parecían finas hebras

de un azul cegador, metidas en un cuenco poco profundo. Una red, como la que cualquiera podría colocar al otro extremo de una caña para ir a pescar pececillos en un arroyo. Trató de cogerla; era imposiblemente resbaladiza y el material se le escurría entre los dedos como si estuviera hecho de aceite. Los agujeros de la red eran demasiado pequeños para meter el dedo. Al fin, tuvo que coger el cuenco y verter la malla azul en la palma de su mano. Era muy liviana. Algo en ella despertó un vago recuerdo en su interior, pero no pudo atraparlo del todo. Preguntó a la nave lo que era a través de su randa neural.

~ Es una randa neural –le informó esta–. Aún está por inventarse un método más exquisito y económico de torturar criaturas como tú.

Ulver tragó saliva, volvió a temblar y estuvo a punto de dejarla caer.

~ ¿En serio? –envió, tratando de parecer despreocupada–. Ja. Nunca lo había pensado.

~ No es una posibilidad que suela subrayarse, la verdad.

~ Supongo que no, replicó ella, y volvió a dejar el pequeño y fluido artefacto en el cuenco y sobre la mesa.

Regresó al camarote que le habían asignado, pasando entre una colección de armas y aparatos de tortura. Decidió informarse sobre la marcha de la guerra, de nuevo a través de la randa. Al menos eso le quitaría de la cabeza toda esa mierda sobre la tortura.

La Afrenta declara la guerra a la Cultura

> Acontecimientos hasta el momento, ordenados por fecha/importancia.

> Límites probables.

> Acontecimientos detallados hasta la fecha.

> ¿El mayor conflicto desde la Guerra Idirana?

> Posible relación con la Excesión de Esperi.

> La Afrenta: ¿Un caso que requiere tratamiento?

> *Así* se sentían los bárbaros: la experiencia de la guerra a través del tiempo.

La Afrenta se apodera del almacén de naves de Miseria. Cientos de naves robadas.

> ¿Cómo pudo ocurrir?

> ¿Garantes de nuestra seguridad o puntos débiles?

> Paraíso de Pundit: apuestan sobre el futuro.

> La sicología de las naves de guerra.

Movilizadas las naves de otros depósitos

> Hubo una movilización parcial anterior: ¿Quién sabía qué y desde cuándo?

> Aspectos técnicos. Montones de datos interesantes para los armamentófilos.

Iniciativas de paz
> La Cultura quiere hablar. La Afrenta solo quiere luchar.
> El Consejo Galáctico envía representantes a todas partes. Parecen atareados.
> Por Dios, ¿podemos ayudar? Ríase un poco a costa de los tristes supersticionistas.

En peligro: los habitas capturados, las naves abordadas.
> Cinco Orbitales y once naves de crucero Afrentadas.
> Es la hora de Schadenfreude: ¿Quién está en peligro ahora mismo?
> Grada se enfada un poco.

Rápido, ahora que no están mirando.
> Una oportunidad excitante para los primitivos.

¿Qué puedo sacar yo?
> Diseña tu propia guerra; detalles y consejos útiles.
> El lado bueno: nueva tecnología, inspiración para el arte, historias de heroísmo y mejor sexo... la guerra es un chollo [solo para optimistas incurables y gente que esté buscando quien arruine sus conversaciones]

Más noticias:
> El Conglomerado Blitteringueh actúa en la Aerosfera Abuereffe –últimos datos.
> S3/4 arrasado por nova en Ytrillo.
> Lineares de Campo Estelar barren de nuevo el dominio de Ailisinerih.
> Pactistas Cherdilide ante el dilema Sublimador de Phaing-Ghrotassit.
> La tela Imorchi: endeble, endeble y más endeble.
> Deportes.
> Arte.

> Directorio de DiaGlifos.
> Directorio de Informes Especiales
> Índice.

Ulver Seich examinó la pantalla que la randa neural proyectaba en el campo de visión de su ojo izquierdo mientras caminaba. La mitad de su cerebro se preocupaba de andar y la otra mitad de prestar atención a la pantalla virtual. No había una sola palabra sobre ella. No sabía si sentirse insultada o aliviada. Vamos a probar:

···> Grada se enfada un poco...

No, no era nada más que noticias generales sobre la expulsión del personal de la

Cultura y la Afrenta. No se mencionaban nombres.

···> **Índice**.
P... Ph... Phage, Roca.

> De nuevo esa guerra: ¿Era Roca Phage una especie de almacén de naves pequeñas?
> Grada sobreestimada; Roca Phage da la vuelta. Una nueva dirección pero, ¿cuál exactamente?
> Koodre gana la copa Estallido Gélido.
> La nueva exposición de Ledeyueng abre en T41.
> Subdirectorio de DiaGlifos.
> Subíndice.

···> **Subíndice**.
S... Seich, Ulver

> *"Oh, Ulver, ¿dónde estás?"* –Nuevo PoeGlifo de Zerstin.
> Uau.
`

Se quedó mirando la entrada. Dios, ¿eso era todo? Un patético poema gráfico, obra de un fracasado incurable del que apenas había oído hablar (y cuando lo había hecho, había descubierto que cambiaba regularmente su apariencia para parecerse al novio que tuviera en cada momento). ¡Ugh! Volvió a revisar el subíndice, con la remota y triste esperanza de que hubiera algo en lo que no se hubiera fijado. No lo había. Eso era todo. Si quería algo más, tendría que buscar en Registros.

Se detuvo en seco y se quedó mirando el mamparo más próximo, boquiabierta.

Ya no figuraba en Noticias de Phage.

VIII

No tendría que haber supuesto tanta diferencia, pero lo hizo. Los tres invitados se quedaron dos noches más y fueron a nadar con los 'Ktik el segundo día. Byr y Aist volvieron a verse aquella noche. Al día siguiente se marcharon en el módulo que la *Comportamiento inaceptable* había enviado para ellos. La nave se disponía a rodear una proto-nova situada a varios miles de años de distancia. Regresaría dos semanas después para llevar a Byr y Dajeil los suministros que necesitaran. El bebé nacería dos semanas después. La siguiente nave en pasar por allí no llegaría hasta un año más tarde, y puede que para entonces hubieran doblado la población humana del planeta. Se encontraban los dos en la playa. Dajeil tenía a Byr cogida de la mano mientras el módulo ascendía hacia las nubes de color teja.

Aquel mismo día, más tarde, Byr encontró a Dajeil mirando las pantallas de la habitación superior de la torre. Corrían lágrimas por su rostro.

No había sistemas de vigilancia en la torre. Debía de haber sido una de las cámaras dron independientes. Seguramente habría aterrizado en la torre y, al encontrarse dos mamíferos grandes, había empezado a grabar.

Dajeil se volvió hacia Byr con el rostro lleno de lágrimas. Byr sintió un ataque de furia. En la pantalla había dos personas acariciándose, abrazándose en el tejado de la torre, bajo los rayos de la luna, y se oían suaves jadeos y susurros.

–Sí –dijo Byr con una sonrisa irónica mientras se quitaba el traje empapado–. La vieja Aist, ¿eh? Menuda chica. No deberías llorar, ¿sabes? Eso arruina el equilibrio de los fluidos corporales y es malo para el niño.

Dajeil le tiró un vaso. Reventó en la escalera de caracol, detrás de ella. Un pequeño dron de servicio se escabulló entre sus pies y empezó a bajar los escalones enmoquetados para limpiar el destrozo. Byr miró a su amante a la cara. Los pechos de Dajeil subían y bajaban detrás de la camisa y tenía el rostro colorado. Byr siguió quitándose el traje mojado.

–Solo ha sido un pequeño respiro sin importancia –dijo con voz templada–. Un polvo amistoso. Algo sin importancia. Es...

–¿Cómo has podido hacernos esto? –gritó Dajeil.

–¿El qué? –protestó Byr, tratando todavía de no levantar la voz–. ¿Qué es lo que he hecho?

–¡Follarte a mi mejor amiga, aquí! ¡Ahora! ¡Después de todo!

Byr conservó la calma.

–¿Cuenta como follar, técnicamente hablando, cuando ninguno de los dos tiene pene? –Imitó una expresión dolorida y confusa.

–¡Cabrón! ¡No te rías! –chilló Dajeil. Su voz era áspera. Byr nunca la había oído así–. ¡No te rías, hijo de puta! –Se levantó de un salto y se lanzó sobre él con los

brazos en alto.

Byr la cogió por las muñecas.

–¡Dajeil! –dijo, mientras la otra mujer se debatía y sollozaba y trataba de liberarse–. ¡Estás poniéndote en ridículo! Yo siempre me he acostado con otros. Joder, *tú* te acostabas con otros mientras me largabas toda esa mierda de ser mi "punto estable". Ambos lo sabíamos, no es como si fuéramos unos críos o estuviéramos en un estúpido culto monogámico o algo así. Mierda. Sí, le he metido los dedos en el coño a tu amiga. ¿Y qué, joder? Se ha ido. Yo sigo aquí. Tú sigues aquí. El puto niño sigue en tu vientre. El tuyo está en el mío. ¿No dijiste que eso era lo único que importaba?

–¡Bastardo, bastardo! –gritó Dajeil, y se desplomó. Byr tuvo que sostenerla mientras ella se derrumbaba, sollozando incontrolablemente.

–Oh, vamos, Dajeil, no es nada importante. Nunca prometimos sernos fieles, ¿verdad? Solo ha sido un polvo amistoso... por *educación*, por el amor de Dios. Ni siquiera pensé que mereciera la pena mencionarlo... Vamos, sé que lo estás pasando mal con todas esas hormonas y esas mierdas en tu cuerpo, pero esto es una locura. Estás reaccionando... de forma exagerada...

–¡Que te follen! ¡Que te follen! ¡Déjame tranquila! –le escupió Dajeil, con la voz reducida a un graznido–. ¡Déjame tranquila!

–Dajeil –dijo Byr mientras se arrodillaba a su lado–. Por favor... Mira, lo siento. De veras. Nunca me he disculpado ante nadie en toda mi puta vida. Juré que nunca lo haría pero ahora lo estoy haciendo. Lo hecho, hecho está, pero no pensé que fuera a afectarte de este modo. De haberlo sabido, habría actuado de otro modo. Te lo juro. Nunca lo habría hecho. Fue ella quien me besó primero. No pretendía seducirla ni nada parecido, pero le habría dicho que no, le habría dicho que no, de verdad que se lo habría dicho. No fue idea mía, no fue culpa mía. Lo siento. ¿Qué más puedo decir? ¿Qué puedo hacer...?

No sirvió de nada. Después de eso, Dajeil no dijo nada más. No quiso que la llevara a la cama. No se dejó tocar ni quiso que le llevara nada de comer o de beber. Byr se quedó sentada ante los controles de la pantalla mientras Dajeil sollozaba en el suelo.

Encontró la grabación que había hecho la cámara dron y la borró.

IX

La *Zona gris* le había hecho algo en los ojos. Ocurrió mientras dormía, la primera noche que pasaron a bordo. Por la mañana lo despertó el canto de los pájaros, el sonido de una cascada lejana y el olor de la resina de los árboles. Una de las paredes de su camarote hacía las veces de una ventana en lo alto de una cordillera forrada de bosque. Había en alguna parte de su mente un recuerdo de algo extraño, una especie de recolección enterrada. Medio real y medio irreal, se alejó lentamente cuando él despertó. Al cabo de unos momentos, la visión empezó a aclarársele, mientras recordaba que, la noche anterior, la nave le había pedido permiso para instalarle unos nanotécnicos mientras dormía. Los ojos le escocían un poco y tuvo que secarse algunas lágrimas, pero enseguida todo pareció volver a la normalidad.

–¿Nave? –dijo.

–¿Sí? –respondió el camarote.

–¿Has terminado? –preguntó–. ¿Con los implantes?

–Sí. He insertado una randa neural modificada en tu cráneo. Pasará un día o dos hasta que termine de ajustarse. He acelerado un poco los trabajos de reparación que tu organismo estaba realizando en el córtex visual. ¿Te has golpeado la cabeza recientemente?

–Sí. Me caí de una carroza.

–¿Cómo tienes los ojos?

–Veo un poco borroso y antes me escocían. Pero ahora están bien.

–Más tarde realizaremos una simulación de lo que pasará cuando te conectes al sistema de Almacenamiento de la *Servicio durmiente.* ¿Estás bien?

–Estupendo. ¿Cómo marcha el encuentro previsto con la *Servicio durmiente?*

–Es inminente. Confío en poder transferirte dentro de cuatro días.

–Muy bien. ¿Y qué pasa con la guerra?

–Nada importante. ¿Por?

–Curiosidad –dijo Genar-Hofoen–. ¿No se ha producido todavía alguna acción importante? ¿Algún otro crucero ha sido capturado?

–No soy un servicio de noticias, Genar-Hofoen. Tienes una terminal, según creo. Te sugiero que la utilices.

–Vaya, gracias por tu ayuda –murmuró el hombre mientras salía de la cama. Nunca había conocido una nave tan poco servicial. Fue a desayunar; esperaba que al menos en eso sí pudiera ayudarlo.

Se sentó a solas en el comedor principal de la nave y vio su programa favorito de noticias en un holograma proyectado por su terminal. Tras el frenesí inicial de capturas de Orbitales y naves de crucero sin que la Cultura hubiera respondido de otra manera que hablando de la movilización que estaba llevándose a cabo (por

desgracia, más allá del alcance de la percepción de los servicios de noticias), la guerra parecía haber entrado en un período de relativo estancamiento. Genar-Hofoen estaba viendo un reportaje bastante serio sobre cómo comportarse con un Afrentador si se tenía la desgracia de topar con uno, cuando de repente, el sueño que había tenido la noche pasada –la cosa que casi había recordado en el momento de despertar– se le apareció de nuevo.

X

Al despertar aquella noche, Byr se encontró a Dajeil sobre él, aferrando un cuchillo de cocina en las dos manos, con los ojos muy abiertos y clavados en él, y el rostro manchado todavía de lágrimas. Había sangre en el cuchillo. ¿Qué se había hecho? Sangre en el cuchillo. Entonces, el dolor regresó en tropel. La primera reacción del cuerpo de Byr había sido aislarlo. Ahora que ella estaba despierta, volvió. No la agonía que un humano básico hubiera experimentado, sino la profunda, espeluznante y traumática percepción de una lesión que una criatura civilizada podía apreciar sin necesidad de sufrir la tosca incapacidad del dolor. Byr tardó un momento en comprender.

¿Qué? ¿Qué había pasado? ¿Qué? Un trueno en los oídos. Levantó la mirada y vio que las sábanas estaban teñidas de sangre. Su sangre. El vientre; rajado. Abierto. Relucientes masas de color verde, púrpura y amarillo. El rojo seguía bombeando. Shock. Hemorragia masiva. ¿Qué iba a hacer Dajeil ahora? Byr retrocedió. Así que todo terminaba de ese modo.

Horrible, sí. Sintió que los sistemas fallaban. Perdía el cuerpo... el cerebro, decidido a sobrevivir a pesar de que había perdido ya la mitad de sus sistemas de soporte vital, trataba de absorber la sangre para almacenar oxígeno. En la torre había equipo médico que todavía podía salvarla, pero Dajeil seguía allí, mirándolo como si estuviera sonámbula, o enloquecida por un exceso de alguna droga segregada por su cuerpo. De pie, mirando cómo ella, de pie, miraba su propia muerte.

Pero había un orden subyacente, a pesar de todo. Mujeres; penetración, había vivido para ella. Ahora moría por ella. Ahora él/ella moriría y Dajeil sabría que la había amado de verdad.

¿Tenía sentido?

¿Lo tenía?, preguntó al hombre que había sido.

Silencio. No estaba muerto pero desde luego había desaparecido. Ahora estaba sola, estaba muriendo sola. Muriendo a manos de la única mujer a la que jamás había amado.

Así que, ¿*tenía* sentido?

... Soy quien siempre he sido. Lo que yo llamaba masculinidad, eso en lo que me regodeaba, era solo una excusa para la yo-idad, ¿no?

No. No. No y que te jodan, señora.

Puso las dos manos sobre la herida y el espantoso y pesado pliegue de carne, y bajó de la cama por el otro lado, arrastrando consigo la sábana de arriba, empapada de sangre. Se dirigió tambaleándose hacia el cuarto de baño, agarrando sus tripas y tratando todo el tiempo de no perder de vista a la otra mujer. Dajeil seguía mirando la cama, como si no se diera cuenta de que Byr se había ido, como si estuviera

contemplando una proyección que solo ella podía ver, o un fantasma.

Byr tenía las piernas y los pies cubiertos de sangre. Tropezó con la jamba de la puerta y estuvo a punto de perder el conocimiento, pero logró adentrarse en la fragancia de colores pastel del cuarto de baño. La puerta se cerró tras ella. Cayó de rodillas. Un estruendo en la cabeza. Efecto túnel en la visión, como si estuviera mirando por un telescopio. El denso y acusado olor de la sangre. Asombroso, espeluznante, por sí solo.

El collar de soporte vital estaba en una caja, junto con el resto del equipo médico, por debajo de la altura de la cintura, para que se pudiera alcanzar desde el suelo. Byr lo cogió y se hizo un ovillo en el suelo, se dobló y se cerró alrededor de la fisura de su abdomen y del alargado y sanguinolento cordón umbilical de intenso color rojo. Oyó un siseo y sintió un hormigueo en el cuello.

Hasta permanecer en posición fetal resultó un esfuerzo excesivo. Se dejó caer sobre la suave calidez de las baldosas. Fue fácil, la sangre las había vuelto resbaladizas.

XI

En sus sueños, veía salir a Zreyn Tramow de una cama de pétalos de rosa. Algunos de ellos adheridos todavía a su cuerpo, como pequeños arreboles dispensados a su parda y rosada desnudez. Se ponía el uniforme de suave color gris y se dirigía al puente, asintiendo e intercambiando saludos con los compañeros de turno y los que se iban a dormir. Se ponía la concha esculpida del casco de inducción y –en medio abrir y cerrar de ojos– estaba flotando en el espacio.

Allí estaba la vasta y envolvente oscuridad, la completa y astringente vaciedad del espacio, colosal, infinitamente amplia y profunda sobre el reino entero de lo sensorial. Un interminable presagio de elegancia consumada y carencia de significado. Su mirada recorrió el vacío, y pasaron estrellas y galaxias lejanas dando vueltas por su campo de visión. La vista se posó en algo:

La extraña estrella. El enigma.

En momentos así, sentía la soledad, no solo de aquel insondable páramo y aquel vacío casi completo, sino también de su propia posición, y de toda su vida.

Nombres de naves. Había oído hablar de una nave llamada *Culpo a mi madre,* y otra llamada *Culpo a tu madre.* Puede, pues, que fuese una queja más frecuente de lo que se permitía creer (y, por supuesto, ella había terminado en esta nave, con el nombre que le correspondía, preguntándose para siempre si el emparejarlos habría sido una pequeña muestra de sarcasmo de sus superiores). ¿Culpaba ella a su madre? Seguramente sí. No creía que pudiera alegar deficiencias técnicas en el amor recibido durante su crianza y sin embargo –al mismo tiempo– *sentía* que era así, y hasta el día de hoy hubiera defendido que los tecnicismos de una infancia no cubrían todo lo que determinados niños podían llegar a requerir. En pocas palabras, sus tías nunca habían sido suficientes. Conocía a muchos individuos criados por personas que no eran sus padres biológicos y todos ellos parecían razonablemente felices y contentos, pero para ella no había sido así. Hacía tiempo que había aceptado que lo que quiera que estuviese mal en sus sentimientos era, en cierto modo culpa suya, aunque fuese una culpa derivada de causas que no tenían nada que ver con ella.

Su madre había decidido permanecer en la sección de Contacto aun después del nacimiento de su hija y la había enviado de regreso a la nave poco después de su primer cumpleaños.

Sus tías la habían amado y cuidado y nunca, a pesar de las muchas veces que había yacido en su cama deshecha en lágrimas, repitiéndose las mismas palabras, había tenido el valor –o reunido la malicia– de dejar que ellas o cualquier otro conociera el vacío agónico que sentía en su interior.

Pensaba que tal vez hubiera debido transferir a su padre parte de su necesidad, pero nunca había tenido la impresión de que él formara parte de su vida. No era más

que otro hombre que venía a casa, a veces se quedaba algún tiempo, jugaba con ella y era amable y hasta cariñoso pero (lo había sabido instintivamente al principio y más tarde lo había admitido racionalmente para sus adentros, después de unos años de autoengaño) había jugado, había sido amable y hasta la había querido de la misma forma desapegada y vaga que muchas de sus tías. Ahora suponía que la había querido a su manera y había disfrutado del tiempo que habían pasado juntos, y seguro en su momento que había experimentado una cierta cercanía hacia ella, pero sin embargo, antes de que pasara mucho tiempo, mientras ella todavía era una niña, y antes de que conociera las razones precisas, los motivos y los deseos implicados, se había dado cuenta de que la frecuencia y duración de sus visitas a la casa tenían más que ver con su interés hacia una o dos de sus tías que con ningún duradero cariño inspirado por ella.

Su madre regresaba de vez en cuando, en visitas que para las dos alternaban salvajemente entre dolorosos sentimientos de amor y furiosos episodios de resentimiento. De alguna manera, luego, exhaustas y consternadas por aquellas agotadoras y abrasivas experiencias, firmaban una especie de tregua. Pero siempre a expensas de cualquier posible acercamiento.

Cuando al fin su madre regresó para quedarse, era solo como una amiga más. Y las dos tenían amigas mejores.

Así que siempre había estado sola. Y sospechaba, casi sabía, que terminaría sus días sola. Para ella era una fuente de tristeza –aunque siempre trataba de no dejarse vencer por el pesar– e incluso, de cierto modo subsidiario, de vergüenza, porque en el fondo de su mente no podía escapar al persistente deseo de que alguien –un hombre, si quería ser honesta consigo misma– acudiera a su rescate, para llevársela lejos del vacío que era su existencia y conseguir que no volviera a sentirse sola. Era algo que nunca le había podido confesar a nadie, pero se barruntaba que las personas y máquinas que le habían permitido acceder a la exaltaba aunque onerosa posición que ocupaba, lo sabían.

Confiaba en que fuera un secreto pero sabía demasiado bien hasta dónde llegaba la base de conocimiento, la pura experiencia que había detrás de quienes ejercían el poder sobre ella y sobre la gente como ella. Un individuo no podía engañar a inteligencias como aquella; él o ella acabarían por llegar a un acuerdo, a un acomodo, pero vencerla por la astucia o el ingenio era algo impensable; tenías que aceptar como cosa segura que todos tus secretos acabarían por conocerse y confiar en que no diesen mal uso a este conocimiento sino que simplemente lo explotaran sin malicia. Sus miedos, sus necesidades, sus inseguridades; podían ser saqueados, medidos y luego utilizados, podían ser empleados. Era un pacto, suponía ella, y un pacto del que no se arrepentía, porque era para beneficio de las dos partes. Todos habían obtenido lo que querían: ellos, una sagaz y dedicada oficial, resuelta a demostrar lo que valía en la

defensa de su causa, y ella la oportunidad de obtener aprobación, la constatación de que servía para algo.

Esta confianza, y las múltiples oportunidades de dar muestra de su diligencia y su sabiduría práctica, hubieran debido de ser suficientes, al fin, pero algunas veces no lo eran, y ella porfiaba por algo que ninguna fusión con un conglomerado podía proporcionarle. El reconocimiento de su valía personal, el aprecio de su valor individual, que solo podía otro individuo darle.

Pasaba por ciclos en los que lo admitía para sus adentros y confiaba en que un día encontrara al fin a alguien con quien finalmente pudiera sentirse cómoda, finalmente respetada, finalmente juzgada digna de su aprecio en la medida de sus propios y estrictos raseros de medida... y luego lo negaba todo, fiera en su determinación por probarse a sí misma en sus propios términos y en los del gran servicio en el que había entrado, y entonces forjaba la determinación de utilizar sus frustraciones en beneficio propio y en el de ellos, redirigir las energías derivadas de su soledad en sus ambiciones prácticas y metódicamente alcanzables; otra calificación, otro curso, otra promoción, otro mando, un nuevo ascenso...

El enigma la atraía, en no menor medida que la estrella de imposible antigüedad. Allí, en aquel descubrimiento, podía llegar a encontrar una fama que saciara su deseo de reconocimiento. Allí, a fin de cuentas, había ya una extraña especie de camaradería, una especie de emparejamiento, aunque fuera el de un imposible y un misterio.

Concentró su atención en el enigma y pareció precipitarse hacia él en la oscuridad. Su negra presencia creció entre las sombras hasta llenar del todo su campo de visión.

Un parpadeo de luz enfocó su atención cerca del centro de la cosa. De alguna manera, sin apenas más que aquel simple destello, la luz cobró una especie de cuerpo, algo familiar, reconocible. Era como abrir una puerta, como asomar de repente a una habitación brillantemente iluminada. Atrajo su atención y automáticamente miró más de cerca.

Y al instante fue absorbida hacia la luz. Explotó un destello cegador que se precipitó sobre ella como una mancha solar absurdamente rápida, la engulló y se cerró sobre ella como una trampa.

Zreyn Enhoff Tramow, capitana de la nave General de Contacto *Niño problemático*, no tuvo tiempo para reaccionar. Se vio arrastrada sin remedio y desapareció en las centelleantes profundidades de aquel fuego, luchando, atrapada, pidiendo ayuda. Pidiéndosela a *él*.

Despertó al instante en la cama-campo, con los ojos muy abiertos, respirando entrecortadamente y con el corazón desbocado. Las luces del camarote se

encendieron, tenues al principio y poco a poco más brillante, reaccionando a sus movimientos.

Genar-Hofoen se secó la cara con las manos y miró a su alrededor. Tragó saliva y aspiró profundamente. No había pretendido soñar algo así. Había sido tan real como un sueño implantado o un escenario onírico recreativo compartido. Su intención había sido tener uno de sus habituales sueños eróticos, no remontarse dos mil años en el pasado, hasta el momento en que la *Niño problemático* había encontrado por primera vez el sol de un trillón de años y el cuerpo negro en órbita a su alrededor. No quería más que una simulación sexual, no una inquisición en profundidades del alma árida de una mujer tristemente ambiciosa.

Desde luego había sido interesante, y le había fascinado porque, de algún modo, había sido la mujer y no había sido ella al mismo tiempo, y había estado –no de una forma sexual– dentro de ella, en su mente, tan cerca como una randa neural a sus pensamientos y emociones, esperanzas y miedos que la visión de la estrella y la cosa en la que pensaba como un enigma había azuzado en su interior. Pero no había sido lo que esperaba.

Otro sueño extraño e inquietante.

–¿Nave? –dijo.

–¿Sí? –respondió la *Zona gris* por el sistema de sonido.

–Acabo... acabo de tener un sueño muy raro.

–Bueno, supongo que poseo cierta experiencia en ese campo –dijo la nave con lo que pareció un profundo suspiro–. Imagino que querrás hablar sobre ello.

–No... bueno... no; solo estaba pensando... ¿No estarás...?

–Ah; quieres saber si he estado entrometiéndome en tus sueños, ¿verdad?

–Es... bueno, ya sabes, se me ha ocurrido.

–Bien, veamos... Si fuera así, ¿crees que te respondería con sinceridad?

Lo pensó un momento.

–¿Eso significa que sí o que no?

–Que no. ¿Estás más contento?

–No, no estoy más contento. Ahora no sé si lo has hecho o no. –Sacudió la cabeza y sonrió–. Pero en todo caso, algo me estás haciendo en la cabeza, ¿verdad?

–Cómo puedes decir tal cosa –dijo la nave con suavidad. Emitió una risilla que resultó el sonido más inquietante que hubiera articulado hasta la fecha–. Supongo –dijo– que ha sido solo un efecto secundario de la aclimatación de la nueva randa neural, Genar-Hofoen. No tienes de qué preocuparte. Si no quieres soñar, segrega *somnabsoluto.*

–Hmmm –dijo Genar-Hofoen, y luego–. Apaga las luces. –Volvió a tenderse en la oscuridad–. Buenas noches –dijo en voz baja.

–Dulces sueños, Genar-Hofoen –dijo la *Zona gris.* El circuito se cerró con un


ostentoso "clic".

Permaneció un rato tendido en la oscuridad, antes de volver a quedarse dormido.

XII

Byr despertó en la cama, atrozmente débil, pero limpio, entero y en proceso de recuperación. El collar médico de emergencia descansaba, limpio también, a un lado de la cama. Junto a un cuenco con fruta, una jarra de leche, una pantalla, y la figurilla que le había dado a Dajeil unos días antes, la de la vieja hembra 'Ktik llamada G'Istig'tkT.

Los drones esclavos de la torre le trajeron comida y la atendieron en su aseo. La primera pregunta que hizo fue dónde se encontraba Dajeil. Parte de ella tenía miedo de que hubiera utilizado el cuchillo consigo misma o se hubiera arrojado al mar. Los drones le contestaron que Dajeil estaba en el jardín de la torre, sembrando.

En otras ocasiones informaron a Byr de que Dajeil estaba trabajando en el piso superior de la torre, o nadando, o se había marchado a alguna isla lejana en el volador. Respondieron también a otras preguntas. Había sido Dajeil –junto con uno de los drones– quien había echado abajo la puerta del baño. Así que podría haberla matado, al final.

Le pidió que viniera a visitarla pero ella no lo hizo. Pasada una semana, pudo salir por sí sola de la cama y dar un paseo. Un par de drones la seguían de cerca.

En su vientre, la cicatriz había empezado a desaparecer.

Byr ya sabía que su recuperación sería total. Lo que no sabía es si Dajeil había pretendido asesinarla o solo provocarle una especie de aborto salvaje.

Mientras se miraba, sumida en un ligero trance para poder evaluar mejor el alcance de los daños que había recibido y que ahora, con diligencia, estaba curando, se percató de que su cuerpo había tomado la decisión, aparentemente por sí solo, mientras ella estaba inconsciente, de volver a ser un hombre. No modificó la decisión.

Salió de la torre aquel mismo día, con una mano sobre la cicatriz del abdomen. Descubrió a Dajeil sentada en cuclillas, con el vientre enorme, en las piedras redondas como huevos que había pocos metros más allá del punto en el que rompían las olas.

El crujido de los guijarros bajo los pies inseguros de Byr la sacó de sus ensoñaciones. Dirigió la mirada hacia Byr y luego la apartó, hacia el mar. Se sentaron juntas.

–Lo siento –dijo Dajeil.

–Y yo.

–¿Lo he matado?

Byr tuvo que pensarlo un momento. Entonces comprendió. Se refería al feto.

–Sí –dijo–. Ya no está.

Dajeil bajó la cabeza. No volvió a hablar.

Byr se marchó en la *Comportamiento inaceptable* una semana después. Dajeil le había dicho, por intermedio de uno de los drones de la torre, que no tendría el niño una semana después como estaba previsto. Iba a detener su desarrollo, al menos por algún tiempo. Hasta que volviera a saber lo que quería. Hasta que se sintiera preparada para él. No sabía cuánto tiempo sería. Unos pocos meses; un año, tal vez. El niño estaría a salvo e intacto, esperando simplemente, hasta ese momento. Cuando fuera a dar a luz, la torre y los drones podrían ocuparse de ella. No esperaba que Byr se quedase. Ya habían hecho la mayor parte del trabajo. Era mejor que se marchase. Decir que lo sentía no era ni remotamente suficiente, pero no podía hacer más. Cuando naciera el niño, se lo haría saber. Volverían a verse entonces, si ella quería, sí él quería.

Nunca le dijeron a Contacto lo que había ocurrido. Byr contó que un accidente en el mar había causado la pérdida del feto: un depredador marino la había atacado; había estado al borde de la muerte y Dajeil lo había salvado. Parecieron satisfechos con el trabajo que Dajeil y ella habían hecho hasta el momento y aceptaron su prematura marcha. Los 'Ktik eran una especie muy prometedora, ávida de desarrollo. En Telaturier se avecinaban grandes cambios.

Genar-Hofoen volvió a ser un hombre. Un día, mientras revisaba su ropa antigua, encontró la figurilla de Dajeil que la vieja 'Ktik había tallado. Se la envió de nuevo a Dajeil. No supo si la había recibido o no. Estando todavía a bordo de la *Comportamiento inaceptable*, tuvo un hijo con Aist. Pocos meses después, tuvo que ir por un compromiso al VGS *Confidente silencioso*. Uno de los avatares de la nave –el mismo con el que había dormido aquella vez– le organizó un buen escándalo por haber abandonado a Dajeil. Se gritaron.

Luego se enteró de que la *Confidente silencioso* había bloqueado al menos una solicitud suya para un puesto.

Casi dos años después de haberse marchado de Telaturier, oyó que Dajeil, aún embarazada, había solicitado ser Almacenada. El lugar estaba llenándose de gente y una ciudad nueva estaba creciendo alrededor de su vieja torre, que iba a convertirse en un museo. Más tarde se enteró de que no la habían Almacenado, sino que había sido recogida por el VGS convertido en Excéntrico que se había llamado *Confidente silencioso* y ahora se llamaba *Servicio durmiente*.

XIII

~ ¡No lo hagas!

~ Estoy decidida.

~ ¡Bueno, al menos devuélveme mi avatar!

~ Toma.

~ Gracias. Inicio secuencia de Desplazamiento... –envió la *Destino susceptible de cambio* a la *Apelación a la razón*, y entonces continuó:– Por favor, no te arriesgues.

~ Solo estoy arriesgando al dron. En reconocimiento a tus preocupaciones, no permaneceré en contacto con él durante el vuelo.

~ Y si regresa aparentemente intacto, ¿qué harás entonces?

~ Tomar todas las precauciones razonables, incluido un envío de datos escalonado a presión, un...

~ Siento interrumpirte, pero mejor que no digas nada más, no vaya a estar escuchando nuestro amigo. Aprecio las molestias que estás dispuesta a tomarte para asegurarte de que estás libre de contaminación, pero la cuestión es que en algún momento, lo que encontrarás, o empezarás a encontrar, te parecerá la más valiosa e interesante información y creerás que cualquier reestructuración intelectual sugerida es, sin la menor ambigüedad, la mejora más brillante imaginable. Se apoderará de ti sin que lo sepas. De hecho, *dejarás* de ser en cierto sentido, a menos que tus sistemas automáticos traten de prevenir la conquista, y eso seguramente derivará en un conflicto.

~ No ingeriré ningún dato que requiera o sugiera una estructuración intelectual o una reescritura mimética.

~ Puede que no sea suficiente. Puede que nada sea suficiente.

~ Estás siendo demasiado cauta, prima –envió la *Consejo sobrio*–. Somos del Elenco Zetético, sabemos cómo enfrentarnos a cosas como esta. Nuestra experiencia no es baladí, en especial si estamos bajo aviso.

~ Y yo soy de la Cultura y detesto ver cómo se corren riesgos innecesarios. ¿Estáis seguras de contar con la aprobación completa de las tripulaciones humanas para este temerario intento de contacto?

~ Ya sabes que sí. Tu avatar ha estado presente en las deliberaciones –envió la *Apelación a la razón*.

~ Eso fue hace dos días –señaló la *Destino susceptible de cambio*–. Habéis preparado una cuenta atrás de dos segundos. Al menos esperad hasta haber hecho una consulta entre vuestros humanos y drones conscientes. Así estaréis seguros de que siguen aprobándolo ahora que el asunto es inminente. Al fin y al cabo, unos minutos no van a suponer gran diferencia, ¿verdad? Pensad; os lo suplico. Conocéis a los humanos tan bien como yo. Tardan en madurar las cosas. Puede que algunos de ellos

acaben de terminar de pensarlo y hayan cambiado de opinión. Os lo ruego, como un favor personal, esperad unos minutos.

~ De acuerdo. A regañadientes, pero de acuerdo.

La *Apelación a la razón* detuvo la cuenta atrás para el lanzamiento del dron antes de que hubiera pasado una centésima de segundo. La *Destino susceptible de cambio* apagó su Desplazador y dejó el avatar a bordo.

No supuso gran diferencia. En secreto, la *Destino susceptible de cambio* había estado mejorando sus efectores durante los dos últimos días y tenía la intención de actuar sutilmente contra cualquier dron que fuera enviado a la Excesión, pero no tuvo ocasión de hacerlo. Mientras la apresurada votación tenía lugar a bordo de la *Apelación a la razón,* la *Destino* recibió un mensaje de otra nave.

º º Nave Exploradora *Tregua sin bajas* (Elenco Zetético, Observadores de las Estrellas, 5ª)

ª ª UGC *Destino susceptible de cambio* (Cultura)

ºº

Saludos. Te comunico que tanto mis hermanas la *Dentro de un orden* y la *Largo plazo* como yo misma estamos presentes, más allá del alcance de los sensores. Nos hemos reconfigurado para adoptar una forma de Ofensiva Extrema y pronto se nos unirán las dos naves restantes de nuestra flota, modificadas de forma similar. Confiamos en que no trates de interferir en los planes que nuestra hermana, la *Apelación a la razón*, pretende poner en práctica.

Otras dos señales, presumiblemente enviadas por la *Dentro de un orden* y la *Largo plazo* llegaron desde puntos diferentes.

Mierda –pensó la UGC. Había estado razonablemente segura de que podría engañar a las dos naves del Elenco o, si era necesario, frustrar por la fuerza sus intentos de ponerse en contacto con la Excesión, pero contra cinco naves, y tres de ellas en pie de guerra, nunca podría vencer.

Contestó diciendo que, por descontado, no pretendía interferir y, abatida, se dispuso a asistir al desarrollo de los acontecimientos.

La votación celebrada a bordo de la *Apelación a la razón* arrojó el mismo resultado que la anterior, aunque algunos humanos que no lo habían hecho antes votaron contra la idea de enviar al dron. Otros dos solicitaron una transferencia inmediata a la *Consejo sobrio* aunque luego cambiaron de idea. Permanecerían a bordo. La *Destino* sacó sus avatares de las dos naves del Elenco. Utilizó para ello sus Desplazadores pesados, atenuando la potencia para que pareciera que había usado las unidades menores. Los dejó activados a plena capacidad.

El dron de la *Apelación a la razón* fue lanzado. Una máquina pequeña, de aspecto

frágil y alegremente decorada, con borlas, flores y pequeños ornamentos en las extremidades y el cuerpo cubierto de dibujos, caricaturas y mensajes bienintencionados de la tripulación. Se dirigió con titubeos hacia la Excesión, enviando sin parar señales de inocencia y buena voluntad.

Si la *Destino susceptible de cambio* hubiera sido un ser humano, llegado a este punto habría bajado la mirada, se habría tapado los ojos y habría sacudido la cabeza.

La pequeña máquina tardó varios minutos en llegar a la superficie impoluta y negra de la Excesión, que aparentemente seguía ajena a su presencia. Activó una unidad de hiperespacio de corto alcance y un solo uso y desapareció del tejido como si estuviera atravesando un espejo de fluido oscuro.

Una vez en el Infraespacio... desapareció también, por un instante.

La *Destino susceptible de cambio* estaba vigilando el dron desde cien perspectivas diferentes, a través de sus sistemas remotos. Todos lo vieron desaparecer. Un instante después reapareció. Utilizando un pequeño agujero cuántico, regresó al tejido y emprendió, con no menos titubeos, el camino de regreso a la *Apelación a la razón.*

La *Destino susceptible de cambio* preparó sus cámaras de plasma y a continuación aisló y preparó un puñado de misiles de fusión. Al mismo tiempo, envió una señal urgente.

~ ¿Tenía que *desaparecer* así el dron?

~ Hmmm –envió la *Apelación a la razón*–. Bueno...

~ Destrúyelo –le instó la *Destino*–. ¡Destrúyelo ahora mismo!

~ Se ha comunicado con un mensaje de texto, como se le ordenó –replicó la *Apelación a la razón,* con voz pensativa y cautelosa–. Ha recogido gran cantidad de datos sobre la entidad. –Hubo una pausa y luego, excitadamente, continuó–. ¡Ha localizado el estado mental de *La paz trae plenitud!*

~ ¡Destrúyelo! ¡Destrúyelo!

~ ¡No! –envió la *Consejo sobrio.*

~ ¿Cómo *voy* a hacerlo? –protestó la *Apelación a la razón.*

~ Lo siento –dijo la *Destino susceptible de cambio* a las dos naves cercanas, un instante antes de iniciar una secuencia de Desplazamiento que envió varias esferas de plasma comprimido y una nube de bombas de fusión contra el dron.

XIV

Ulver Seich se recogió el húmedo y negro cabello sobre el hombro y apoyó la barbilla en el hombro de Genar-Hofoen. Con un dedo, empezó a trazar lentos círculos alrededor de su pezón derecho. Él rodeó su esbelta espalda con un brazo sudoroso, le cogió la otra mano, se la llevó a la boca y besó delicadamente sus dedos, uno por uno. La chica sonrió.

Cena, charla, copas, un cuenco de humo compartido, un chapuzón para aclararse la cabeza, chapoteos, tonterías... y más tonterías. Ulver había estado conteniéndose un poco durante parte de la velada, hasta estar segura de que el hombre no esperaba que ocurriera nada y entonces, una vez supo que no estaba dando nada por hecho, de que ella le gustaba y de que –después de la espantosa experiencia en el módulo– se llevaban bien, fue cuando sugirió lo del baño.

Levantó ligeramente la barbilla de su pecho y, utilizando un dedo, sacudió repetidamente el erguido pezón.

–¿Lo decías en serio? –le preguntó–. ¿Un *Afrentador?*

Genar-Hofoen se encogió de hombros.

–En aquel momento me pareció una buena idea –dijo–. Solo quería saber cómo era ser uno de ellos.

–Así que ahora tendrías que declararte la guerra a ti mismo, ¿no? –preguntó ella mientras aplastaba el pezón y, con el ceño fruncido de concentración, veía cómo volvía a levantarse.

Genar-Hofoen se echó a reír.

–Supongo que sí.

Lo miró a los ojos.

–¿Y las mujeres? ¿Alguna vez te has preguntado eso mismo? Una vez hiciste el cambio, ¿no? –Volvió a apoyar la barbilla en su pecho.

Él aspiró hondo y levantó la cabeza como si estuviera atravesando el oleaje de un océano. Se puso un brazo detrás de la cabeza y contempló el techo de su camarote.

–Sí, una vez –dijo en voz baja.

Ulver le acarició el pecho con una mano durante un rato, observando detenidamente su piel.

–¿Lo hiciste solo por ella?

Genar-Hofoen levantó la cabeza. Se miraron.

–¿Cuánto sabes de mí? –preguntó. Durante la cena, había estado tratando de sonsacarle lo que sabía y la razón por la que la habían enviado a Grada a buscarlo, pero ella se había hecho la misteriosa (y, para ser justos, tampoco él podía decir con exactitud por qué estaba de camino a la *Servicio durmiente).*

–Oh, lo sé todo sobre ti –dijo ella con voz suave pero seria. Entonces bajó la

mirada–. Bueno, al menos conozco los hechos. Supongo que eso no lo es todo.

Genar-Hofoen volvió a apoyar la cabeza en la almohada.

–Sí, lo hice solo por ella.

–Mmm-hmm –dijo Ulver. Siguió acariciándole el pecho–. Debiste de amarla un montón.

Después de un momento, él contestó:

–Supongo que sí.

Ella pensó que parecía triste. Hubo una pausa y entonces Genar-Hofoen volvió a suspirar y, con tono más alegre, dijo:

–¿Y tú? ¿Alguna vez has sido un chico?

–No –respondió ella con una risa que tal vez contuviera un leve rastro de desdén–. Puede que algún día. –Se movió y empezó a rodear el pezón con la punta de la lengua–. Me estoy divirtiendo demasiado como chica.

Él extendió los brazos y la levantó para darle un beso.

Entonces, en medio del silencio, sonó una diminuta campanada.

Ulver se detuvo.

–¿Sí? –dijo, con la respiración entrecortada y el ceño fruncido.

–Siento muchísimo la intrusión –dijo la nave, sin esforzarse demasiado en parecer sincera–. ¿Puedo hablar con el señor Genar-Hofoen?

Ulver emitió un sonido de exasperación y rodó para apartarse del hombre.

–Buen Dios, ¿no puede esperar? –dijo Genar-Hofoen.

–Sí, probablemente –dijo la nave con tono razonable, como si acabara de pensarlo–. Pero lo habitual es que la gente quiera enterarse de estas cosas al instante. O eso creía yo.

–¿De qué se trata?

–El módulo consciente Scopell-Afranqui ha muerto –le dijo la nave–. Llevó a cabo una autodestrucción limitada el primer día de la guerra. Acabamos de enterarnos. Lo siento. ¿Erais muy amigos?

Genar-Hofoen guardó silencio un momento.

–No. Bueno... No. No mucho. Pero lo siento. Gracias por decírmelo.

–¿*Podía* haber esperado? –preguntó la nave con tono prosaico.

–Sí, pero no tenías por qué saberlo.

–Oh, vaya. Lo siento. Buenas noches.

Ulver le rozó el hombro.

–Era el módulo en el que vivías, ¿no?

Asintió.

–Nunca llegamos a conocernos –le dijo–. Más que nada por mi culpa, supongo. –Volvió la cabeza hacia ella–. Francamente, algunas veces puedo ser un montón de basura.

–Si tú lo dices, lo creeré –le dijo mientras volvía a encaramarse a él.

10. Honda nostalgia

I

¡Dios, nada funcionaba! Las salvas que la *Destino susceptible de cambio* dirigía contra el dron de la nave del Elenco desaparecían sin más, enviadas quién sabía dónde. Tuvo que reaccionar rápidamente para cerrar los agujeros de gusano que normalmente utilizaba para lanzar sus bombas y que ahora estaban regresando, interminables, a sus Desplazadores. ¿Cómo se podía *hacer* eso? (¿Y se habían dado cuenta las naves del Elenco?). El pequeño dron continuó con su vuelo, a escasos segundos de distancia de su nave progenitora.

~ Confieso que acabo de intentar destruir a tu dron –envió la *Destino* a la *Apelación a la razón*–. No me disculpo por ello. Mira lo que ha ocurrido. –Le envió un sumario de los acontecimientos–. ¿*Vas a escucharme* ahora? Tratar de destruir esa maquinita no parece tener mucho sentido, así que aléjate de ella. Intentaré encontrar otra forma de responder.

~ No tienes que hacer nada con mi dron –replicó la *Apelación a la razón*–. Me alegro de que hayas fracasado. Y de que el dron parezca estar bajo la protección de la entidad. Me parece una señal alentadora.

~ *¿Qué?* ¿Estás loca?

~ Te agradeceré que dejes de impugnar mi estado mental con tanta regularidad y me permitas continuar con mi trabajo. No he informado a las demás naves de tu desafortunado e ilegal ataque contra mi nave. Sin embargo, cualquier nuevo intento de naturaleza similar no será respondido con tanta indulgencia.

~ No trataré de razonar contigo. Adiós y buena suerte.

~ ¿Dónde vas?

~ No voy a ninguna parte.

II

La Unidad General de Contacto *Zona gris* estaba a punto de encontrarse con el Vehículo General de Sistemas *Servicio durmiente*. La UGC había reunido a su escaso pasaje en un salón para la ocasión. Uno de los esqueléticos drones esclavo de la nave se unió a ellos mientras contemplaban el hiperespacio en una pantalla de la pared. La UGC estaba avanzando a toda velocidad, volando bajo el tejido a poco más de cuarenta mil años luz, en un curso cada vez más recto y que ahora era casi idéntico al de la gran nave que se aproximaba a ellos desde popa.

–Vamos a llevar a cabo un apagado completo del motor y un Desplazamiento coordinados –les dijo el pequeño cubo de componentes que era el dron–. Durante un instante, ninguno de nosotros estará por completo bajo mi control.

Genar-Hofoen estaba todavía tratando de dar con una respuesta ingeniosa cuando el dron Churt Lyne dijo:

–No piensa frenar para esperarnos, ¿verdad?

–Exacto –dijo el dron esclavo.

–Ahí viene –dijo Ulver Seich. Estaba sentada en cuclillas en un sofá, bebiendo una infusión de delicado aroma en una taza de porcelana. Un punto apareció tras ellos en la representación del espacio. Empezó a acercárseles a gran velocidad. Creció hasta convertirse en un grueso y brillante ovoide que pasó en silencio por debajo. La visión cambió al instante para seguirlo, y mientras lo hacía, la nave llevó a cabo medio giro para mantener la orientación bien alineada. Genar-Hofoen, que se encontraba de pie cerca de Ulver, tuvo que apoyar la mano en el respaldo del sofá para permanecer erguido. En ese instante se produjo una sensación extraña, como una titánica y envolvente dislocación, el más vago atisbo de vastas energías que se recogían, se almacenaban, se liberaban, se contenían, se intercambiaban y se manipulaban. Fuerzas inimaginables se materializaron aparentemente de la nada y se estremecieron por un instante a su alrededor, se colapsaron en el vacío y abandonaron la realidad apenas alteradas, al menos desde la perspectiva de quienes viajaban a bordo de la *Zona gris.*

Ulver siseó al ver que unas gotas de infusión se habían vertido en el platillo de su taza.

La vista había cambiado. Ahora mostraba una extensión entre gris y azulada de algo curvo, como una nube con forma de cuenco vista desde el interior. Volvió a pivotar y se encontraron contemplando una serie de vastos escalones que recordaban a la entrada de un templo antiguo. Los grandes peldaños conducían a una entrada rectangular jalonada de lucecillas: más allá de ella había un espacio aún más oscuro en el que brillaban luces más pequeñas. La vista retrocedió y les mostró una serie de entradas dispuestas lado con lado. Todas las demás estaban cerradas. Por encima y

por debajo, en la superficie de los escalones, había puertas más pequeñas, todas ellas similarmente cerradas.

–Conseguido –dijo el dron esclavo.

La vista estaba cambiando de nuevo, al mismo tiempo que la nave era arrastrada lentamente hacia la única compuerta abierta.

Genar-Hofoen frunció el ceño.

–¿Vamos a entrar? –preguntó al dron esclavo.

Este se giró hacia él e hizo la pausa justa para que el humano tuviera la impresión de que lo estaban tratando como si fuera un cretino.

–... Vaya, sí... –dijo, con lentitud, como si estuviera hablando con un niño especialmente tonto.

–Pero si me dijeron...

–Bienvenidos a bordo de la *Servicio durmiente* –dijo una voz tras ellos. Se volvieron y vieron que una criatura alta, angulosa y ataviada de negro entraba andando en la sala–. Me llamo Amorphia.

III

El dron regresó a la *Apelación a la razón* y lo subieron a bordo. Pasaron varios segundos.

~ ¿Y bien? –preguntó la *Destino susceptible de cambio.*

Hubo una breve pausa. Un microsegundo, más o menos. Y luego:

~ Está vacío –envió la *Apelación a la razón*.

~ ¿Vacío?

~ Sí. No ha grabado nada. Es como si no hubiera ido a ninguna parte.

~ ¿Estás segura?

~ Compruébalo por ti misma.

Se produjo un vertido de datos. La *Destino susceptible de cambio* los guardó en un núcleo de memoria que había preparado con tal propósito en el preciso instante en que había comprendido lo que era la Excesión, casi un mes atrás. Era el equivalente a una habitación cerrada con llave, una zona de aislamiento, una celda. La *Apelación a la razón* vertió más información; un río desbocado de datos que trataba de fluir tras el volcado inicial. La nave de la Cultura los ignoró. Parte de su Mente estaba ocupada escuchando los aullidos y golpes que salían de aquella habitación cerrada.

La información discurrió en un parpadeo entre la *Apelación a la razón* y la *Consejo sobrio,* un instante antes de que la *Destino* enviara su propia señal de advertencia. Se maldijo por su desidia, a pesar de que estaba casi segura de que hubiera hecho oídos sordos a sus advertencias.

Así que envió una señal a las lejanas naves del Elenco, preparadas para la guerra, en la que les suplicaba que creyeran que había ocurrido lo peor. No recibió respuesta inmediata.

La *Apelación a la razón* era la más cercana de las dos naves del Elenco. Se volvió y empezó a acelerar hacia la *Destino*. Utilizando haces estrechos, rayos láser y campos de impulsos, transmitió a la nave de la Cultura unas señales vastas, de una complejidad imposible. La *Destino* evacuó el contenido de la habitación cerrada. A continuación dio media vuelta y encendió los motores.

Parece que al final sí que me voy a algún sitio –pensó, y empezó a alejarse de la *Apelación a la razón,* que seguía enviando señales como una loca y avanzando en línea recta hacia ella.

La *Destino* se alejó a toda velocidad de las naves del Elenco y empezó a describir una gran curva por la esfera invisible que era el límite de aproximación máximo que había trazado. La *Consejo sobrio* estaba desplazándose en dirección opuesta a la *Apelación a la razón,* que seguía en pos de la nave de la Cultura. Una dirección que se convertiría en una trayectoria de interceptación si todas seguían en sus actuales rumbos.

Oh, mierda –pensó la *Destino.*

Seguían lo suficientemente próximas para hablar, pero la *Destino* creía que había llegado el momento de ser un poco más formal, de modo que envió una señal:

º º UGC *Destino susceptible de cambio* (Cultura)

ª ª Nave Exploradora *Consejo sobrio* (quien sea)

Seas quien seas, si continúas en una trayectoria de intercepción al otro lado del límite de aproximación máxima, abriré fuego. Esta es mi última advertencia.

No hubo respuesta. Solo el furioso estrépito de la demencia que la *Apelación a la razón*, aún tras ella, le enviaba por todas las frecuencias. El curso de la *Consejo sobrio* no se alteró.

La *Destino* concentró su atención en la última localización conocida de las otras tres naves del Elenco. El trío que, según la *Tregua sin bajas*, se había reconfígurado para entrar en combate. No podía ignorar a las otras dos, pero por el momento estas representaban una amenaza mayor. Empezó a examinar los datos y especificaciones que poseía sobre naves del Elenco, calculando, evaluando, librando guerras simuladas. ¡Dios, tener que hacerlo con naves que prácticamente pertenecían a la Cultura! Las simulaciones dieron resultados equívocos. Podía encargarse fácilmente de las dos naves, incluso sin necesidad de alejarse de la Excesión (¡Como si aquel fuera un buen consejo!), pero si las otras tres se unían a la fiesta, y desde luego si la atacaban, podía verse en dificultades.

Volvió a enviar una señal a la *Tregua sin bajas*. Todavía nada.

La *Destino* estaba empezando a preguntarse qué sentido tenía quedarse allí. La artillería pesada llegaría dentro de un día o dos. Parecía que aquella ridícula persecución de las dos naves del Elenco podía prolongarse hasta entonces, lo que sería muy aburrido (con la posibilidad de que aparecieran las otras tres naves, ya armadas, lo que sería sencillamente peligroso), y luego, no lo olvidemos, estaba la flota de guerra que se les estaba acercando. ¿Qué podía conseguir quedándose allí? Sí, podía mantener vigilada la Excesión, comprobar si hacía algo interesante pero, ¿merecía eso correr el riesgo de ser destruida por las naves del Elenco? ¿O por la propia Excesión, si era tan agresiva como de pronto aparentaba ser? Utilizando el número suficiente de drones, plataformas y sensores podía mantener a raya a las naves elenquistas hasta que llegaran los refuerzos. Podía encargarse de la situación, ¿no?

Ah, al infierno con todo –se dijo. Hizo un viraje inesperado junto al límite de aproximación máxima, lo que provocó la correspondiente alteración de los rumbos de las naves del Elenco. Aceleró un momento y a continuación aminoró el paso hasta encontrarse en posición estacionaria con relación a la Excesión.

El punto en el que ahora estaba era tal que si se trazaba una línea imaginaria entre

la Excesión y la dirección por la que esperaba la llegada del VSM *No se inventó aquí,* esta pasaría sobre él.

La *Destino* volvió a enviar una señal a las dos naves del Elenco, tratando de captar algo que tuviera sentido de la *Apelación a la razón* y una respuesta, la que fuera, de la *Consejo sobrio.* La envió también a la última posición conocida de la *Tregua sin bajas* y sus dos acompañantes, por si lograba provocar alguna reacción. Nadie respondió. Esperó hasta el último momento posible, cuando parecía que la *Apelación a la razón* iba a embestirla en su entusiasmo por abrumarla con sus señales y entonces se puso en movimiento, alejándose directamente de ella y de la Excesión.

Los avatares de la *Destino susceptible de cambio* emprendieron la tarea de informar a la tripulación humana de lo que estaba ocurriendo. Mientras tanto, la nave describió un giro de noventa grados con respecto a su trayectoria anterior y aceleró al máximo. La *Apelación a la razón* disparó su efector contra la nave de la Cultura mientras viraba, tratando de interceptarla, pero el ataque –configurado más bien como un último intento de comunicación– fue repelido con facilidad. No era esto lo que preocupaba a la *Destino.*

Estaba observando la línea imaginaria que iba desde la Excesión al VSM *No se inventó aquí,* enfocándola, concentrando su atención en la media distancia.

Movimiento. El sondeo de filamentos de radiación de efector. Tres focos, agrupados alrededor de la línea.

La nave elenquista *Tregua sin bajas* y sus dos hermanas militarizadas.

Congratulándose por su perspicacia, la UGC se dispuso a alejarse y a abandonar la vecindad inmediata de la Excesión por primera vez en casi un mes.

Entonces sus motores dejaron de funcionar.

IV

–Me habían asegurado –dijo Genar-Hofoen en el deslizatubo al impasible y cadavérico avatar de la nave– que solo estaría aquí un día. ¿Para qué necesito una *habitación?*

–Estamos acercándonos a una zona de guerra –dijo el avatar con tono neutro–. Existe la posibilidad de que no podamos descargar la *Zona gris* ni otras naves entre las próximas dieciséis y ciento y pico horas.

Un profundo y oscuro abismo del interior cavernoso de la *Servicio durmiente se* hizo visible un instante, cuando pasaron sobre él, y entonces el vehículo entró en otro túnel. Genar-Hofoen miró fijamente a la alta y angulosa criatura.

–¿Quieres decir que podría pasar aquí encerrado cuatro días?

–Es una posibilidad –dijo el avatar.

Genar-Hofoen lo fulminó con una mirada que esperaba transmitiera todas sus sospechas.

–Bueno, ¿y por qué no puedo quedarme en la *Zona gris?*

–Porque podría tener que marcharse en cualquier momento.

El hombre apartó la mirada y maldijo en voz baja. Había una guerra en marcha, sí, pero a pesar de ello, lo que estaba pasando era típico de CE. Primero, a la *Zona gris* se le permitía subir a bordo de la *Servicio durmiente*, cuando a él le habían asegurado que no sería así, y ahora esto. Miró de soslayo al avatar, que lo estaba observando con algo que podía ser curiosidad o mera estupidez. Cuatro días en la *Servicio durmiente.* Antes, cuando estaban atrapados en el módulo, había pensado que daría gracias cuando pudiera dejar a Ulver Seich y a su dron en la UGC para subir bordo de la *Servicio durmiente*, pero al final resultaba que no era así.

Se estremeció e imaginó que podía sentir los labios de Ulver en los suyos, el beso de despedida que le había dado unos minutos atrás. La sensación pasó.

Uau –se dijo, y sonrió–. *Ha sido como volver a la adolescencia.*

Dos noches y un día. Eso era lo que Ulver y él habían pasado como amantes. No era suficiente ni de lejos. Y ahora se enteraba de que iba a estar allí encerrado un máximo de cuatro noches.

Oh, bueno. Podía haber sido peor. Al menos el avatar no se parecía al que se había acostado con él. Se preguntó si vería a Dajeil. Miró la ropa que llevaba, un mono estándar de la *Zona gris.* ¿No era así como iba vestido cuando Dajeil y él se habían separado? No lo recordaba. Posiblemente. Sus procesos subconscientes siempre lograban maravillarlo.

El coche estaba aminorando. Se detuvo de repente.

El avatar señaló con un ademán la puerta deslizante que acababa de abrirse. Tras él, un pasillo corto desembocaba en otra puerta. Genar-Hofoen salió.

–Confío en que encuentres aceptables tus aposentos –oyó que decía el avatar en voz baja, tras él. Entonces, un suave tintineo y una débil corriente de aire en la nuca le hicieron volver la vista. El deslizatubo había desaparecido, la puerta transparente estaba cerrada y el pasillo había quedado vacío. Miró a su alrededor pero no había donde hubiera podido esconderse el avatar. Se encogió de hombros y continuó hacia la puerta. Al otro lado había un pequeño ascensor. Estuvo en su interior un par de segundos y a continuación la puerta se abrió. Salió con el ceño fruncido a un espacio mal iluminado, lleno de cajas y material y que, de alguna manera, le resultaba familiar. Flotaba un olor extraño en el aire... Las puertas del ascensor se cerraron silenciosamente tras él. Vio que había unos escalones a un lado, en una pared curva hecha de piedra. Sí que le resultaban familiares.

Creía saber dónde estaba. Se acercó a la escalera y empezó a subir.

De la bodega se salía por un corto pasadizo que conducía a la puerta principal del primer piso de la torre. Estaba abierta. Recorrió el pasadizo y salió al exterior.

Las olas lamían la brillante y resbaladiza grava de la playa. El sol casi había alcanzado su cénit. Una de las lunas ya era visible, una pálida cáscara de huevo medio escondida en el frágil azul del cielo. El olor que había reconocido antes era el del mar. El viento arrastraba los graznidos de las aves. Bajó hasta la playa misma, junto a las aguas, y miró a su alrededor. Era bastante convincente. El espacio no podía ser tan grande –las olas quizá fueran un poco simples, y demasiado regulares, además– pero desde luego daba la impresión de que la vista se extendía varios kilómetros. La torre era como la recordaba y los acantilados bajos que había tras las marismas salinas le resultaban igualmente familiares.

–¿Hola? –exclamó. No recibió respuesta.

Sacó su pluma terminal.

»Qué divertido... –dijo, y entonces frunció el ceño al ver la terminal. La luz estaba apagada. Apretó un par de botones para realizar una comprobación de sistemas. No pasó nada. *Mierda*.

–Ah hah –dijo una vocecilla áspera a su espalda. Se volvió y se encontró frente a un ave negra que estaba plegando las alas, posado en unas rocas–. Otro prisionero –graznó.

V

La *Destino susceptible de cambio* dejó los motores activados un momento mientras llevaba a cabo una serie de pruebas y procesos de evaluación. Era como si los campos de tracción estuvieran atravesando la red de energía, como si esta no se encontrara allí. Trató de enviar una señal, de informar al universo exterior de su penosa situación, pero las señales parecían dar la vuelta y volvía a recibirlas un picosegundo después de haberlas mandado. Trató de crear una torsión del espacio-tiempo, pero el tejido parecía resbalar entre sus campos. Trató de Desplazar a un dron, pero el agujero de gusano se colapsó sobre sí mismo antes de que hubiera podido formarse. Intentó algunos trucos más, refino las estructuras de sus campos y reconfiguró sus sentidos en un intento de comprender por lo menos lo que estaba ocurriendo, pero no sirvió de nada.

Pensó. Se sentía curiosamente tranquila, reflexiva.

Desactivó todos los sistemas y se dejó flotar a la deriva. Gradualmente, impulsada tan solo por la tenue presión de la radiación que despedía la red de energía, atravesó el hipervolumen tetradimensional hacia el tejido del espacio real. Sus avatares habían empezado ya a explicar el cambio de situación a la tripulación humana. La nave confiaba en que la gente recibiera las noticias con tranquilidad.

Entonces la Excesión pareció acrecentarse, hincharse como si estuviera debajo de una enorme lente, y se extendió hacia la nave de la Cultura con una vasta y devoradora extensión de su presencia.

Bueno, allá vamos –pensó la nave–. *Será interesante...*

VI

–No.

–Por favor –dijo el avatar.

–La mujer sacudió la cabeza.

–Ya lo he pensado. No quiero verlo.

El avatar miró a Dajeil.

–¡Pero lo he traído hasta aquí! –chilló–. ¡Solo para ti! Si tú supieras... –Su voz se fue apagando. Apoyó los pies en la parte delantera del asiento, se rodeó las piernas con los brazos y las apretó.

Estaban en los aposentos de Dajeil, dentro de otra versión del interior de la torre, alojada en la UGC *Perspectiva amarga*. El avatar había ido directamente allí después de dejar a Genar-Hofoen en el Compartimiento Principal, al que habían trasladado la copia original de la torre –el hogar de Dajeil Gelian durante cuarenta años– cuando la nave había convertido en motores toda la masa externa disponible. Creía que ella estaría complacida cuando descubriera que la torre no tenía que ser destruida y que había logrado persuadir a Genar-Hofoen para que volviera a su lado.

Dajeil siguió mirando la pantalla. Era la grabación de una de sus sesiones entre las rayas triangulares del mar bajío que ya no existía, grabada por el dron que la había acompañado. Se vio a sí misma moviéndose entre las gráciles ondulaciones de las alas de las grandes y amables criaturas. Hinchada, torpe, ella era la única cosa sin gracia que había en la pantalla.

El avatar no sabía qué decir.

La *Servicio durmiente* decidió hacerse cargo.

–¿Dajeil? –dijo en voz baja a través de su representante. Al reconocer el nuevo tono en la voz de Amorphia, la mujer volvió la mirada.

–¿Qué?

–¿Por qué no quieres verlo?

–Es que... –Hizo una pausa–. Ha pasado demasiado tiempo –dijo–. Creo... supongo que los primeros años sí quería volver a verlo; volver a... a... –Bajó la mirada a sus uñas–. No sé... Oh, tratar de arreglarlas cosas... Dios, qué triste suena eso. –Sorbió por la nariz y levantó la mirada hacia la cúpula traslúcida–. Sentía que había cosas que tendríamos que habernos dicho y que no nos habíamos dicho y que si volvíamos a vernos, aunque fuera por poco tiempo, podríamos... arreglar las cosas. Trazar una línea sobre lo que había ocurrido. Atar los cabos sueltos; cosas... cosas así. ¿Sabes? –dijo, mirando al avatar con los ojos húmedos.

Oh, Dajeil –pensó la nave–. *Qué tristes tienes los ojos.*

–Ya –dijo–. Pero ahora sientes que ha pasado demasiado tiempo.

La mujer se acarició el vientre con las manos. Asintió lentamente, con la mirada

clavada en el suelo.

–Sí –dijo–. Hace mucho tiempo. Seguro que se ha olvidado de mí. –Miró al avatar.

–Sin embargo, está aquí –dijo este.

–¿Ha venido a verme a mí? –preguntó, con cierta amargura en la voz.

–Sí y no –dijo la nave–. Tenía otro motivo. Pero es por ti por quien está aquí.

Ella sacudió la cabeza.

–No –dijo–. No; ha pasado demasiado tiempo...

El avatar separó los miembros, bajó del asiento y se acercó a Dajeil. Se arrodilló a su lado y, con un gesto titubeante, extendió una mano hacia su abdomen. La miró a los ojos y apoyó la mano con delicadeza sobre su vientre. Dajeil se mareó. Que ella recordara, era la primera vez que Amorphia la tocaba, ya fuera estando bajo su propio control o el de la *Servicio durmiente.* Puso su propia mano sobre la del avatar. Su carne era firme, suave y fría.

–Y sin embargo –dijo–, en cierto modo no ha pasado el tiempo.

Dajeil se rió con amargura.

–Oh, sí –dijo–. Yo he estado aquí, sin hacer nada más que envejecer. Pero, ¿y él? –preguntó, y de repente hubo furia en su voz–. ¿Cuánto ha vivido *él* en estos cuarenta años? ¿Cuántos amores ha tenido *él?*

–No creo que eso importe mucho, Dajeil –le dijo la nave en voz baja–. La cuestión es que está aquí. Puedes hablar con él. Podéis hablar. Podría llegarse a alguna solución. –Hizo una leve presión en su vientre–. Yo lo *creo.*

Dajeil suspiró pesadamente. Se miró la mano.

–No sé –dijo–. No lo sé. Tengo que pensar. No puedo... Tengo que pensar.

–Dajeil –dijo la nave mientras el avatar le cogía las manos–. Si me fuera posible, te daría todo el tiempo que necesitaras, pero no puedo. El tiempo apremia. Tengo lo que podría llamarse una cita urgente cerca de una estrella llamada Esperi. No puedo demorar mi llegada y no quiero llevarte allí; es demasiado peligroso. Me gustaría que abandonaras esta nave lo antes posible.

La mujer pareció dolida al oír esto, pensó la *Servicio durmiente.*

–No quiero que me presiones en esto –dijo Dajeil.

–Por supuesto –respondió la nave. Trató de esbozar una sonrisa y le dio unas palmaditas en la mano–. ¿Por qué no lo consultas con la almohada? Mañana todavía estaremos a tiempo.

VII

La *Regulador de actitud* vio aparecer la nave atacante entre la pantalla circundante de embarcaciones. Las demás naves apenas tuvieron tiempo de desplazarse desde sus posiciones originales. Sus armas hicieron los movimientos por ellas, enfocando el objetivo atacante mientras se sumergía entre sus filas. Una nube de brillantes misiles precedió a la *Tiempo de matar*, una lluvia de burbujas de plasma la acompañó y por todas partes empezaron a estallar bombas con cabezas CAM, AM y misiles de nanoagujero, como unos gigantescos fuegos artificiales, produciendo un orbe monumental de titilaciones. Muchas de las motas individuales detonaron en una tormenta hiperesférica dispersa de chispas letales, seguida secuencialmente por un primero y luego otro escalón de erupciones que estallaron entre las naves en una jerarquía escalonada de destrucción.

La *Regulador de actitud* estudió los informes en tiempo real que recibía de su bandada de guerra. Una de ellas recibió de lleno un nanoagujero y desapareció en un vasto estallido de aniquilación. A otra, la explosión de una salva AM le causó daños imposibles de reparar de forma inmediata y quedó atrás, con los motores destrozados. Por suerte, ninguna de ellas llevaba Afrentadores a bordo.

Casi todas las demás cabezas fueron desactivadas. Las réplicas de la flota fueron esquivadas. Detonadas o evitadas por el atacante. Los datos indicaban que sus efectores no estaban haciendo más que causar interferencias: fugaces sondeos y exploraciones entre la masa de naves reunidas. El foco de su atención se había posado cerca de la tercera oleada de naves y estaba desplazándose erráticamente hacia el perímetro, entre ocasionales saltos a las otras oleadas.

La *Regulador de actitud* estaba intrigada. La *Hora de matar* era una Unidad Rápida de Ofensiva de clase Torturador. Podía estar –debería estar– aprovechando estos instantes para devastar la flota enemiga, mientras pasaba a través de ella. Su capacidad...

Entonces lo comprendió. Claro. Era algo personal.

La *Regulador de actitud* experimentó una punzada de temor, fundida con una especie de desprecio. El foco del efector de la nave enemiga se encontraba a pocas naves de distancia, avanzando en espiral hacia ella. Rápidamente, envió una señal a las cinco Unidades Rápidas de Ofensiva más próximas. Cada una de ellas escuchó, comprendió y obedeció. El foco del efector de la *Hora de matar* seguía pasando de nave a nave, cada vez más cerca.

Serás estúpida –pensó la *Regulador de actitud,* casi furiosa con la nave atacante. Estaba comportándose de forma absurda, irresponsable. Una nave de la Cultura no debería ser tan orgullosa. Había creído que el veneno que la *Hora de matar* le había dirigido en Miseria no era más que un montón de fanfarronadas, presunción barata.

Pero era algo peor: era real. Orgullo herido. Furia por haber sido objeto de un engaño elaborado que había tenido por objetivo su destrucción. Como si al enemigo le importara un bledo quién fuera.

La *Regulador de actitud* dudaba que aquel ataque contara con la sanción de las camaradas de la *Hora de matar.* Aquello no era un acto de guerra, era una rabieta. Se lo estaba tomando como algo personal, cuando, si había algo que caracterizaba a la guerra por encima de todo, era la impersonalidad. Idiota. Merecía perecer. No tenía derecho a los honores que sin duda recibiría por aquel acto imprudente y egoísta.

Las naves de guerra que la rodeaban completaron sus transformaciones. Justo a tiempo. Cuando el efector de la nave atacante se posó en la primera de ellas, su foco no saltó a la siguiente como había ocurrido hasta entonces. En cambio se quedó allí pegado, ganando en concentración y fuerza. La nave se derrumbó de forma alarmante. La *Regulador de actitud* supuso que la enemiga había reconfigurado los campos de su motor y los había enfocado sobre su propia Mente –captó una especie de chillido un instante antes de que se cortara la comunicación– pero la naturaleza precisa de su destrucción quedó escondida en la consiguiente lluvia de cabezas AM, que la obliteró al instante. Una suerte; hubiera sido una forma espantosa de morir para una nave.

Pero demasiado rápida, pensó la *Regulador de actitud.* Estaba segura de que la atacante habría dejado que el intelecto de la URO –a la que había tomado inicialmente por ella– sufriera una agonía más duradera si hubieran conseguido engañarla. El CAM que la había reducido a cenizas había sido un *coup de grâce* o un aullido de frustración, o puede que las dos cosas.

La *Regulador de actitud* envió una señal al resto de la flota ordenando que todas las naves se hicieran pasar por ella, pero mientras veía cómo desaparecía a popa la URO que había sido atacada en medio de una esfera fragmentada de radiaciones, empezó a sentir miedo.

Originalmente había contactado con las cinco naves más cercanas, confiando en que la primera que fuera encontrada e interrogada por los sistemas de la *Hora de matar* la engañaría, haciéndola creer que había encontrado la nave que a todas luces estaba buscando.

Pero ha sido una estupidez.

Sintió que los efectores de la nave de clase Torturador pasaban sobre la nave que había al otro lado de la brecha que la destrucción de la URO había creado.

No ha pasado suficiente tiempo –susurró para sí la *Regulador de actitud.* La URO que estaba siendo interrogada en ese momento estaba reconfigurando todavía la signatura de sus sistemas internos para imitar la de la *Regulador de actitud.* El efector pasó sobre ella y la descartó. La *Regulador de actitud* se encogió.

¡Era un objetivo! Debería haber... ¡AHÍ VIENE!

Una sensación de...

¡No, había desaparecido, había pasado sobre ella! Su propio disfraz había funcionado. ¡Había pasado de largo, como con la anterior URO!

El foco del efector pasó a la nave siguiente. La *Regulador de actitud* sentía un alivio tan intenso que estaba mareada. ¡Había sobrevivido! ¡El plan seguía adelante, el enorme y sucio truco podía continuar!

El camino a la Excesión estaba expedito. Las demás Mentes implicadas en la conspiración la alabarían si sobrevivía; las... Pero no debía pensar en las otras naves. Tenía que aceptar la responsabilidad por lo ocurrido. Ella sola. Era la traidora; nunca revelaría a nadie quién había sido el instigador de aquel espantoso plan, aquella gigamuertecrimen; tenía que cargar con toda la culpa.

Había luchado con la Mente de Miseria y había seguido adelante después de que esta le asegurara que prefería morir antes que ceder (¡pero es que no tenía alternativa!); había permitido que el humano de Miseria muriera (pero había enfocado sus efectores en su minúsculo cerebro animal cuando había visto lo que le estaba ocurriendo. Había leído el estado mental del animal, lo había copiado, se lo había extirpado antes de que muriera para que al menos pudiera volver a vivir en otra forma. ¡Mira! Tenía el archivo aquí... ahí estaba...). Había engañado a las naves que ahora la rodeaban, les había mentido, enviándoles mensajes desde... las naves en las que no soportaba pensar.

¡Pero era lo que tenía que hacer!

¿... O era solo lo que había decidido creer cuando las otras naves, las otras Mentes, la habían persuadido? ¿Cuáles habían sido sus auténticos motivos? ¿No sería que la halagaba ser objeto de tanta atención? ¿No sería que estaba resentida por haber sido ignorada en el pasado en la asignación de determinadas misiones pequeñas pero prestigiosas y había empezado a abrigar resentimientos hacia las demás por considerarla... qué... una representante de la línea dura? ¿Demasiado propensa a disparar primero y preguntar después? ¿Demasiado cínica con respecto a las endebles ideologías de los seres de carne? ¿Demasiado confusa por sus sentimientos sobre su pericia marcial y las implicaciones morales de ser una máquina diseñada para la guerra? Puede que todo ello, al menos en parte. ¡Pero no era culpa suya!

... Y sin embargo, ¿acaso no aceptaba ella que cada uno tenía una irreductible responsabilidad ética hacia sus propias acciones? Sí. Y aceptaba que había hecho cosas terribles. Terribles. Sus pequeños intentos de compensarlas habían sido remolinos en medio de la riada: diminutos movimientos retrógrados hacia el bien producidos única y exclusivamente por la feroz turbulencia de su desbocada carrera hacia el mal.

Era malvada.

Qué sencilla parecía esta conclusión.

¡Pero la habían obligado!... Y sin embargo, no podía decir quién, así que tenía que cargar con toda la responsabilidad sobre sus hombros.

¡Pero había otros!... Y sin embargo, no podía identificarlos, así que el peso de su culpa distribuida, insoportable, recaía sobre el solitario punto que era él.

¡Pero es que *había* otros!... Y sin embargo, no podía pensar en ellos.

Así que alguien, alguna otra entidad, al mirar la situación desde fuera, tendría que concluir, qué remedio, que era posible que esos otros no existieran en realidad, que todo ello, la espantosa abominación que era aquel plan fuera idea suya, su propia conspiración, urdida y ejecutada por ella y solo por ella. ¿No era así?

¡Pero era tan injusto...! ¡Esa no era la verdad!... Y, sin embargo, no podía revelar las identidades de sus compañeras de conspiración. De repente, se sintió confundida. ¿Los habría inventado? *¿Eran* reales? Tal vez debiera comprobarlo; abrir el lugar en el que guardaba los nombres y verificarlos, para asegurarse de que eran los nombres de Mentes reales, naves reales, y de que no estaba implicando a ningún inocente.

¡Pero eso era terrible! ¡Al margen de lo que pasara al final, era espantoso! ¡No los había creado! ¡Eran reales!... Pero no podía probarlo, porque no podía revelar sus nombres.

Tal vez debiera echarlo todo por tierra. Tal vez debiera ordenar a todas las naves que la rodeaban que se detuvieran, retrocedieran, o sencillamente abrieran sus canales de comunicaciones y pudieran recibir señales de otras naves, otras Mentes, para persuadirse de lo absurdo de su causa. Que pudieran tomar sus propias decisiones. No eran seres menos inteligentes que él. ¿Qué derecho tenía a enviarlos a la muerte apoyándose en una atroz y escuálida mentira? ¡Pero *tenía* que hacerlo!... Y sin embargo, a pesar de todo... No. No podía decir quiénes habían sido los demás.

¡No debía *pensar* en ellos! ¡Y de ningún modo podía cancelar el ataque! ¡No podía! ¡No! ¡*NO!* ¡Dios! ¡Carne! ¡Basta! ¡Basta! ¡Suéltalo! Dulce nada, cualquier cosa era preferible a aquella angustiosa, desgarradora incertidumbre, cualquier horror era preferible al miedo agónico que burbujeaba sin control en el interior de su Mente.

Atrocidad. Abominación. Gigamuertecrimen.

Era absurda y odiosa, despreciable y funesta. Era una masa temblorosa, exhausta e incapaz de comunicarse o de revelar la verdad. Se odiaba a sí misma y odiaba lo que había hecho, más, mucho más de lo que jamás hubiera odiado en toda su vida. Mucho más, estaba segura, que cualquier otra cosa que hubiera sido objeto de odio en toda la existencia. No había muerte que fuera lo bastante dolorosa o prolongada...

Y de repente supo lo que tenía que hacer.

Separó los campos de sus motores de la red de energía y arrojó aquellos vórtices de energía pura a las profundidades de su propia Mente para aniquilar su intelecto en una supernova de consciente agonía.

VIII

Genar-Hofoen reapareció en la puerta principal de la torre.

–Aquí arriba –graznó una vocecilla áspera.

Levantó la mirada y vio al pájaro negro en el parapeto. Permaneció un momento observándolo, pero no parecía que fuera a bajar, así que frunció el ceño y volvió a entrar en la torre.

–¿Y bien? –preguntó el pájaro cuando se reunió con él en lo alto de la torre.

Genar-Hofoen asintió.

–Cerrado –le confirmó.

El pájaro había insistido en que los dos eran prisioneros. Hasta entonces había preferido creer que tenía la terminal estropeada. El ave le había sugerido que probara a marcharse por donde había venido. Lo había hecho: la puerta del ascensor, en la bodega de la torre, estaba cerrada, tan sólida e inmóvil como las piedras que la rodeaban.

Genar-Hofoen se apoyó en el parapeto y levantó una mirada preocupada hacia la transparente cúpula de la torre. Había echado un rápido vistazo a cada piso mientras subía por la escalera de caracol. Las habitaciones estaban amuebladas pero al mismo tiempo parecían vacías, a causa de la ausencia de todas las cosas que Dajeil y él habían llevado allí. Estaba igual que hacía cuarenta y cinco años, cuando llegaron a Telaturier por primera vez.

–Ya te lo dije.

–Pero, ¿por qué? –preguntó Genar-Hofoen, tratando de parecer despreocupado. Nunca había oído hablar de naves que mantuvieran *prisionera* a la gente.

–Porque somos prisioneros –le dijo el pájaro. Parecía extrañamente satisfecho consigo mismo.

–Entonces, ¿tú no eres un avatar, no formas parte de la nave?

–Naa; soy una entidad independiente –dijo el pájaro orgullosamente, sacudiendo las alas. Volvió la cabeza casi del todo y miró atrás–. A la que en este momento sigue un puñetero *misil* –dijo, alzando la voz–. Pero no importa. –Giró de nuevo la cabeza y lo miró–. ¿Y *tú* qué has hecho para molestar a la nave? –preguntó. Sus negros ojos parpadearon. Genar-Hofoen tuvo la impresión de que su consternación lo divertía.

–¡Nada! –protestó. El pájaro ladeó la cabeza. Resolló–. Bueno... –Recorrió el lugar con la mirada. Arrugó las cejas–. Sí, bueno, a juzgar por lo que nos rodea, puede que la nave no esté de acuerdo.

–Oh, esto no es nada –dijo el pájaro–. No es más que un Compartimiento. Una especie de hangar. Ni siquiera tiene un kilómetro de largo. Deberías haber visto el del

exterior, cuando todavía teníamos un exterior. Teníamos todo un mar. Un mar y una atmósfera entera. Dos atmósferas.

–Sí –dijo el hombre–. Sí, eso he oído.

–En realidad era todo por ella, más o menos. Aunque luego resultó que su majestad tenía también otra motivación. Toda esa materia; la convirtió en motor, ¿sabes? Pero eso fue luego. Antes, era todo por ella.

El hombre asintió. Parecía pensativo.

–Tú eres él, ¿no? –dijo el pájaro. Puso cara de satisfacción.

–*¿Quién?* –preguntó Genar-Hofoen.

–El que la abandonó. El que estaba aquí, con ella. En el aquí de verdad, quiero decir. El aquí original.

Genar-Hofoen apartó la mirada.

–Si te refieres a Dajeil, sí. Ella y yo vivimos una vez en una torre como esta, en una isla que se parecía a esta.

–*Ajá* –dijo el pájaro, dando saltos y sacudiendo las plumas–. ¡Ya veo! ¡Así que tú eres el *malo*!

Miró al pájaro con el ceño fruncido.

–Que te follen –dijo.

El pájaro empezó a graznar de risa.

–*¡Por eso* estás aquí! Jo-jo. ¡Tendrás *suerte* si sales de esta, ya lo creo! ¡Ja ja ja!

–¿Y qué hiciste *tú*, capullo? –preguntó al pájaro, más con la esperanza de molestarlo que por interés genuino en la respuesta.

–Oh –dijo el ave. Se irguió y se alisó las plumas de una forma que pretendía parecer digna–. ¡Era un *espía*! –dijo orgullosamente.

–¿Espía?

–Oh, sí –dijo el pájaro con tono de presunción–. Cuarenta años pasé, observando, escuchando. Informando a mis amos. Utilizaba los Almacenados que iban a regresar. Dejaba mis mensajes en ellos. Cuarenta años sin que ninguno de ellos fuera descubierto. Bueno, hasta hace tres semanas. Metí la pata. Puede que fuera antes. No estoy seguro. Pero hice lo que pude. No se puede pedir más. –Empezó a pavonearse.

El hombre entornó la mirada.

–¿A quién enviabas tus informes?

–No es asunto tuyo –dijo el ave, deteniéndose un momento. Se apartó un par de pasitos por el parapeto, para asegurarse de que no estaba al alcance del humano.

Genar-Hofoen cruzó los brazos y sacudió la cabeza.

–¿Qué pretende esta puta y loca nave?

–Oh, va a ver la Excesión –dijo el ave–. Y a toda mecha, oye.

–¿La cosa de Esperi? –preguntó el hombre.

–De cabeza hacia ella –le confirmó el ave–. Es lo que me ha dicho a mí, al menos.

No veo para qué iba a mentirme. Podría hacerlo, supongo. No digo que sea imposible. Pero no creo. Va recta hacia ella. Lleva veintidós días haciéndolo. ¿Quieres mi opinión? Te la voy a dar de todas maneras. Creo que está chiflada. –La criatura ladeó la cabeza–. ¿Sabes lo que es eso?

Genar-Hofoen asintió con aire ausente. No le gustaba cómo empezaban a pintar las cosas.

»Chiflada –repitió el pájaro–. Si quieres saber mi opinión, creo que está loca. Lleva un poco desquiciada las cuatro últimas décadas. Y ahora se le ha ido la olla por completo. Está dando saltos por las colinas y se dirige a toda velocidad hacia el acantilado. Esa es mi opinión. Y llevo cuarenta años por aquí. Sé lo que me digo, sí. Esta cosa está más perdida que un burro en un garaje. Si me deja, yo me marcho en la *Perspectiva amarga*. Es hija de la *Servicio durmiente*. No creo que me tenga manía. No tendría mucho sentido. No. –Entonces, como si acabara de recordar un buen chiste, sacudió la cabeza y dijo:– El malo. ¡Ja! Lo tuyo es diferente. Te vas a pasar cuarenta años aquí, ya lo verás, colega. Vamos, si no se estrella con esa excesión. ¡Ja! ¿Y cómo es que has venido? ¿Querías hacer una visita a la eterna preñada?

Genar-Hofoen pareció dolido por un momento.

–Así que es cierto. ¿Nunca llegó a tener el niño?

–No –dijo el pájaro–. Sigue dentro de ella. Se supone que está sano y bien. ¿Tú te lo crees? Es lo que me dijeron a mí. No me parece creíble. Yo diría que se ha debido de pudrir. O convertirse en piedra a estas alturas. Pero estás aquí. Sea como sea, ella no va a tenerlo. ¡Ja!

El hombre se pellizcó el labio inferior con los dedos, con aire preocupado.

–¿Para qué decías que habías venido? –preguntó el ave.

Esperó.

»¡Ejem! –dijo en voz alta.

El hombre no parecía haberlo oído. Se encogió de hombros.

–He venido para hablar con una persona muerta. Una Almacenada.

–Se han ido todos –dijo el pájaro–. ¿No te has enterado?

Genar-Hofoen sacudió la cabeza.

–No me refiero a uno de los vivos –dijo–. Uno sin cuerpo, alguien que está Almacenado en la memoria de la nave.

–Naa, también se han ido –dijo el ave mientras levantaba un momento el ala para picotearse por debajo–. Los dejaron en Dreve –continuó–. Descarga completa. Carga. Recarga. Llámalo como quieras. Ni siquiera conservaron copias.

–*¿Qué?* –dijo el hombre, avanzando un paso hacia el pájaro.

–Hablo en serio –dijo la criatura mientras retrocedía un par de saltitos sobre el parapeto–. De verdad. –El hombre estaba mirándola fijamente–. No, bueno. Es lo que me dijeron. Puede que no sea verdad. No sé por qué iban a mentirme. Pero es posible.

Aunque lo dudo. Se han ido. Esa es mi información. Se han ido. La nave me dijo que no quería ni las copias a bordo. Por si acaso.

El hombre lo miró por un momento como un loco.

–¿Por si acaso *qué*? –exclamó, y dio otro paso adelante.

–¡Bueno, no lo sé! –chilló el ave. Retrocedió otro salto y flexionó las alas, preparado para alzar el vuelo.

Genar-Hofoen siguió mirándola con furia un momento más y entonces se volvió, se agarró a las piedras del parapeto con las dos manos y contempló la falsa vista del mar y las nubes.

IX

Entonces estuvo en el lugar equivocado. Tan sencillo como eso. La *Destino susceptible de cambio* miró a su alrededor, incrédula. Estrellas. Solo estrellas. Inicialmente desconocidas, un paisaje estelar que nunca había visto.

No era allí donde había estado un momento antes. ¿Dónde se encontraba la Excesión? ¿Dónde estaban las naves del Elenco? ¿Dónde estaba Esperi? ¿Dónde estaba *ella?*

Recurrió a las rutinas básicas de posicionamiento a las que ninguna nave tenía que recurrir después de la primera parte de su crianza y auto-acondicionamiento, durante el equivalente para las Mentes a la infancia. Lo hacían una vez para demostrarle a las Mentes que supervisaban su desarrollo que eran capaces de hacerlo, y luego lo olvidaban, porque nadie dejaba nunca de saber dónde se encontraba, ni siquiera con distancias tan grandes como aquellas. Y sin embargo allí estaba, teniendo que utilizarlas de nuevo. Qué extraño.

Comprobó los resultados. Hubo algo casi visceral en el alivio que sintió al descubrir que seguía en el mismo universo. Por un momento había contemplado la posibilidad de que se encontrara en uno completamente diferente. (Y al mismo tiempo, al menos una parte de su intelecto experimentó un destello paralelo de decepción por la misma razón).

No estaba en las proximidades de Esperi. Su posición se había desplazado treinta años luz, aparentemente en un abrir y cerrar de ojos. El sistema estelar más próximo era uno doble, formado por una gigante roja y una enana azul y blanca completamente normales, llamado Pri-Etse. Las dos estrellas se encontraban, a grandes rasgos, sobre la misma línea imaginaria que había unido a la Excesión con el VSM *No se inventó aquí*. La propia nave había terminado más próxima a esta línea imaginaria.

La *Destino* llevó a cabo una comprobación interna. Incólume. No se había producido invasión, ni contacto.

Reprodujo aquellos últimos picosegundos mientras volvía a comprobar el estado de sus sistemas.

... La Excesión se le echaba encima. Lo envolvió un... ¿qué? ¿Tejido de espacio-tiempo? ¿Una especie de campo ultradenso? Todo ocurrió a velocidades casi hiperlumínicas. El universo exterior desapareció y el momento siguiente fue un instante de nada; sin el menor dato externo, solo una fugazmente diminuta y perfectamente indivisible fracción de picosegundo en la que la *Destino* se vio aislada de todo. Ningún dato recogido por sus sensores exteriores. En el interior de la nave todo siguió trascurriendo con normalidad (o más bien su estado interno permaneció intacto durante este instante infinitesimalmente microscópico –no había pasado

tiempo suficiente para que *ocurriera* nada apreciable). En su Mente, los equivalentes hiperespaciales a los cuantos habían tenido tiempo de alterar su estado durante varios ciclos, de modo que el tiempo no se había detenido.

Pero en el exterior... Nada.

Entonces el sustrato de espacio-tiempo o campo se había esfumado y la nave había desaparecido de la existencia tan deprisa que sus sensores no habían podido captar adónde había ido.

La *Destino* reprodujo de nuevo esa sección de sus grabaciones, cada vez más despacio, hasta que estuvo viéndola con el equivalente a fotogramas individuales. La subdivisión más pequeña posible de la percepción y la cognición para la Cultura o cualquier otro de los Involucionados.

Y todo quedó reducido a cuatro fotogramas, cuatro imágenes de historia reciente. En la primera, la Excesión parecía estar avanzando, *acelerando* para salir a su encuentro. En la siguiente, el tejido o campo la había engullido completamente –con un radio que posiblemente rondase el kilómetro, aunque era difícil de asegurar– dejando solo un diminuto agujero conectado al resto del universo, al otro extremo de la Excesión; el tercer fotograma era el del aislamiento completo del universo, y en el cuarto había desaparecido y la *Destino* se había desplazado, o había sido desplazada, treinta años luz en menos de un picosegundo.

¿Cómo coño ha podido hacer eso? –se preguntó la nave, maravillada.

Se aseguró de que el tiempo estuviera operando correctamente, dirigiendo sus sensores a lejanos quásares que llevaban milenios utilizándose como marcos de referencia temporal. Asimismo, para tener la certeza de que no se encontraba en el centro de una especie de gigantesca proyección, extendió los campos de sus motores, todavía parados, como los bigotes de un vasto animal, tanteando en busca de la red de energía, que (hasta donde ellos sabían) era imposible de falsear y escudriñando exhaustivamente –y al azar– los alrededores en busca de los equivalentes a píxeles o pinceladas.

La *Destino susceptible de cambio* empezaba a experimentar una sensación de júbilo por haber sobrevivido a lo que había temido que fuera un encuentro fatal con la Excesión. Pero seguía teniendo miedo de que algo se le hubiera pasado por alto, de que, de alguna manera, hubieran conseguido hacerle algo sin que se diera cuenta. La explicación más obvia era que la habían engañado, que se había movido por sí sola hasta allí o que había sido desplazada hasta su posición actual por otra fuerza tractora a lo largo de un período de tiempo. La conclusión fundamental era que el intervalo en el que había estado moviéndose había sido extirpado de algún modo de su memoria. Eso sería muy malo. La mera idea de que su Mente no fuera absolutamente inviolable era anatema para cualquier nave.

Trató de convencerse de que lo que había ocurrido era eso. Trató de prepararse

para la perspectiva de que otras Mentes tuvieran que investigar –como mínimo– sus procesos mentales para establecer si había sufrido daños duraderos o (espantoso, *espantoso* pensamiento) habían implantado alguna desagradable subrutina (o incluso personalidad) en su estado mental durante el tiempo que, a todos los efectos, había estado inconsciente.

Los resultados de sus exámenes empezaron a llegar.

Alivio e incredulidad. Si se encontraba en el universo real y no en una proyección o –peor aún– un espacio en el interior de su Mente que había sido forzada a imaginar, no había pasado más tiempo del que creía. El universo pensaba que era exactamente la misma hora que el reloj interno de la Mente.

La nave estaba estupefacta. Mientras otra parte de su intelecto, una sección escogida, semiautónoma, estaba reiniciando los motores y descubriendo que funcionaban perfectamente, la nave estaba tratando de aceptar el hecho de que la habían desplazado treinta años luz en un mero instante. Ningún Desplazador era capaz de hacer eso. Ni con algo de su tamaño, ni tan deprisa, ni tan lejos. Y desde luego, no sin que quedase ni el menor rastro del agujero de gusano utilizado.

Increíble. Estoy en una puta Situación de Contexto Exterior –se dijo la nave, y de repente se sintió tan estúpida y muda como cualquier salvaje frente a los explosivos o la electricidad.

Envió una señal a la *No se inventó aquí.* Luego trató de ponerse en contacto con sus unidades remotas que, presumiblemente, debían de seguir estacionadas alrededor de la Excesión. No recibió respuesta. Y tampoco encontró ni rastro de las naves del Elenco. Por ninguna parte.

La Excesión también era invisible, pero eso era lo normal encontrándose tan lejos.

La *Destino* hizo un movimiento experimental hacia la Excesión. Casi al instante, sus motores empezaron a perder tracción y sus energías parecieron desaparecer en la red como si esta no estuviera allí. Era un efecto progresivo que empeoraba conforme la nave avanzaba, y calculó que si avanzaba un minuto luz más en dirección a la Excesión, perdería por completo el contacto con la red.

Solo había avanzado diez segundos. Frenó ahora que todavía podía y retrocedió hasta encontrarse a la misma distancia de la Excesión que antes. Una vez allí, sus motores volvieron a funcionar a la perfección.

Había hecho el primer intento en el Infraespacio. Volvió a probar en el Ultraespacio, con idéntico resultado. Retrocedió de nuevo y volvió a su posición anterior. Trató de moverse en ángulo recto con respecto a su último curso. Los motores funcionaron como de costumbre. Qué extraño. Se detuvo de nuevo.

Sus avatares volvieron a dirigirse a la tripulación para explicarle lo que estaba ocurriendo. Compiló un informe preliminar y se lo envió al VSM *No se inventó aquí.*

El informe se cruzó por el camino con la respuesta del VSM a la señal anterior de la *Destino*:

[punto estrecho intermitente, M32, tra. ©4.28.882.8367]
º º VSM *No se inventó aquí*
ª ª UGC *Destino susceptible de cambio*
No entiendo. ¿Qué ocurre? ¿Cómo has llegado ahí?

[punto estrecho intermitente, M32, tra. ©4.28.882.8379]
º º UGC *Destino susceptible de cambio*
ª ª VSM *No se inventó aquí*
Se impone una explicación. Pero entretanto, yo aminoraría la marcha si fuera tú y le diría a todos los que estén acercándose, que hagan lo mismo y se preparen para detenerse a treinta años de la E. Creo que está tratando de decirnos algo. Además, hay una grabación cuya autoría me gustaría reclamar...

X

Transcurrió el resto del día, y la noche siguiente. El ave negra, que según le había dicho, se llamaba Gravious, se había marchado alegando que estaba harta de sus preguntas.

A la mañana siguiente, tras comprobar que su terminal seguía sin funcionar y la puerta de la bodega seguía cerrada y sin dar señales de vida, Genar-Hofoen se alejó todo lo posible por la playa en ambas direcciones. En los dos casos, tras avanzar varios cientos de pasos, se encontró con un campo gelatinoso y resistente. La visión que se extendía más allá resultaba perfectamente convincente, pero debía de ser una proyección. Descubrió un camino que recorría la marisma salina y topó con un campo de idénticas características cien pasos después de haber llegado a los morones y los pequeños barrancos. Tuvo que regresar a la torre para quitarse de las botas el barro real y pegajoso con que se las había manchado mientras se abría camino por la marisma. El pájaro negro con el que había hablado el día anterior no dio señales de vida.

El avatar, Amorphia, estaba esperándolo, sentado en una roca de la playa, frente al mar en calma, abrazándose las rodillas y contemplando las aguas.

Se detuvo un momento al verla y al instante reanudó la marcha. La representante de la nave, toda ángulos y miembros delgados, se levantó con movimientos parsimoniosos. De cerca, bajo aquella luz, había una especie de inmaculada sencillez en su fina y pálida cara; algo rayano en la inocencia.

–Quiero que hables con Dajeil –dijo la criatura–. ¿Lo harás?

Genar-Hofoen estudió sus vacíos ojos.

–¿Por qué estoy prisionero aquí?

–Estás prisionero porque quiero que hables con Dajeil. Estás prisionero *aquí* porque pensé que este... modelo contribuiría a inducirte el estado de ánimo necesario para hablar con ella de lo que os pasó hace cuarenta años.

El humano frunció el ceño. Amorphia tuvo la impresión de que en el interior del hombre había montones de preguntas, forcejeando unas con otras por salir la primera.

–¿Queda algún estado mental Almacenado en la *Servicio durmiente?*

–No –dijo el avatar, sacudiendo la cabeza–. ¿Lo dices por el engaño que utilizamos para traerte aquí?

Genar-Hofoen cerró los ojos un momento. Volvió a abrirlos.

–Sí, supongo que sí –dijo. Parecía que se le habían hundido los hombros, pensó el avatar. Luego preguntó:–. ¿Y la historia de Zreyn Enhoff Tramow la inventaste tú o fueron ellos?

El avatar puso cara pensativa.

–Gart Kapilesa Zreyn Enhoff Tramow Afayad dam Niskat –dijo–. Era uno de los

estados mentales Almacenados que llevaba a bordo. Hay una historia bastante interesante asociada a ella pero jamás sugerí que te la contaran.

–Ya veo –dijo, asintiendo–. ¿Y por qué? –preguntó.

–¿Por qué qué? –dijo la criatura, con cara de perplejidad.

–¿Por qué el engaño? ¿Por qué querían traerme aquí?

El avatar lo miró un momento.

–Eras mi precio, Genar-Hofoen –dijo.

–¿Tu *precio?*

El avatar sonrió inesperadamente y levantó una mano hacia la suya. Era fría y firme..

–Vamos a tirar piedras –dijo. Y con estas palabras se encaminó a las olas que rompían contra la playa.

Sacudió la cabeza y siguió a la criatura.

Se detuvieron a la vez, uno junto al otro. El avatar recorrió con la mirada la gran ladera llena de guijarros brillantes y mojados.

–Un arma cada uno de ellos –musitó y entonces se inclinó para recoger del suelo uno de los grandes y lo arrojó rápidamente y sin puntería contra las olas. Genar-Hofoen eligió también uno.

»Llevo cuarenta años fingiendo que me había convertido en una Excéntrica, Genar-Hofoen –dijo el avatar como si tal cosa mientras volvía a agacharse.

–¿Fingiendo? –preguntó el hombre. Lanzó la piedra en un gran arco. Se preguntó si sería posible alcanzar el campo de fuerza del otro lado. La piedra cayó y desapareció en el alborotado paisaje de olas.

–He sido un miembro diligente y fiel de la sección de Circunstancias Especiales todo este tiempo. Estaba esperando una llamada –le explicó la nave a través del avatar. Lo miró de soslayo mientras se inclinaba para recoger otra piedra–. Soy un arma, Genar-Hofoen. Un arma que puede ser negada. Mi aparente Excentricidad permite a la Cultura desentenderse de toda responsabilidad por mis acciones. De hecho, estoy siguiendo las órdenes específicas de un comité de CE que se hace llamar a sí mismo la Pandilla de Tiempos Interesantes.

La criatura interrumpió sus explicaciones un momento para arrojar una piedra contra el falso horizonte. El movimiento fue tan rápido que su brazo casi desapareció. El aire emitió un siseo agudo, y Genar-Hofoen sintió en la mejilla el viento que había desplazado. El impulso hizo rotar al avatar y, tras un instante, se detuvo, esbozó una sonrisa fugaz, casi infantil, y siguió con la mirada la piedra que desaparecía en la distancia. Genar-Hofoen también lo hizo. Poco después de empezar a descender, la piedra rebotó con algo invisible y cayó al agua. El avatar hizo un ruido de satisfacción.

–Sin embargo –dijo– cuando llegó el momento, me negué a hacer lo que me

pedían a menos que te enviaran a mí. Ese fue mi precio. Tú. –Le sonrió–. ¿Lo ves?

Genar-Hofoen sopesó una piedra en la mano.

–¿Solo por lo que ocurrió entre Dajeil y yo?

El avatar sonrió y a continuación, con un dedo en los labios, como un niño, se inclinó para elegir otra piedra. Guardó silencio un buen rato, aparentemente ensimismado en lo que estaba haciendo. Genar-Hofoen siguió sopesando la piedra en la mano y mirando desde arriba la nuca del avatar. Al cabo de unos momentos, la criatura dijo:

–Fui un Vehículo General de Sistemas de la Cultura completamente operativo, eficiente y fiel durante trescientos años, Genar-Hofoen. –Levantó la mirada hacia él–. ¿Tienes idea de cuántas naves, drones y personas, tanto humanas como no humanas, pasan por un VGS en todo ese tiempo? –Volvió a bajar la mirada, escogió una piedra y se levantó–. Albergaba regularmente en mi interior a doscientos millones de personas. En teoría poseía la capacidad para construir más de cien mil naves. Construí VGS más pequeños, capaces todos ellos de construir sus propias naves, y dotados todos ellos con sus tripulaciones, con sus personalidades, con sus historias.

»Albergar a tanta gente es como ser un mundo pequeño o una ciudad gigante –dijo–. Por deber y por placer me tomaba un interés personal en el bienestar físico y mental de todos los individuos que llevaba a bordo, para poder proporcionarles, sin aparente esfuerzo, un entorno vital que cada uno de ellos encontrara confortable, placentero, estimulante y libre de estrés. También era mi deber llegar a conocer a esas naves, drones y personas, a fin de poder hablar con cualquiera de ellas y comprenderla, por muchas que fueran las solicitudes que se me hicieran en un momento determinado. En circunstancias así, uno desarrolla rápidamente (si es que no lo posee desde el principio) un interés, incluso una fascinación, por la gente. Y tiene sus preferencias... Está la gente por la que haces el mínimo indispensable y que te alegras de ver marchar, está la gente que te gusta y te interesa más de lo normal y está la gente a la que atesoras durante años y décadas si se queda a tu lado, o que echas de menos si se va y con la que mantienes correspondencia con regularidad. Hay algunas historias que sigues con interés, mucho después de que los implicados se hayan marchado; intercambias cuentos con otros VGS, otras Mentes, cotilleos más que nada, para enterarte de lo que ha pasado con una relación, o qué carreras han florecido, qué sueños se han marchitado...

Amorphia se inclinó un poco hacia atrás y, con un salto de casi medio metro, arrojó la piedra en una línea casi horizontal. El proyectil ascendió hasta topar con el invisible techo, a gran altura, y a continuación cayó sobre las olas, a veinte metros de la playa. Aparentemente satisfecho, el avatar dio una palmada.

Volvió a inclinarse y a examinar los guijarros.

–Tratas de mantener un equilibrio entre la indiferencia y la curiosidad excesiva,

entre el desapego y la obsesión –continuó–. No obstante, tienes que estar preparada para enfrentarte a ser acusada por las dos cosas. Conseguir que estas acusaciones no superen mucho los niveles experimentados por tus hermanas es la medida del éxito. La perfección es imposible. Además, tienes que aceptar que en una colección tan enorme de personalidades e historias, siempre quedarán algunos cabos sueltos, algunas historias que se prolongarán en lugar de concluir limpiamente. Esto no importa demasiado mientras haya algunas que se resuelvan satisfactoriamente, y en especial mientras lo hagan aquellas en las que te has tomado más interés... y te has involucrado a título personal.

Lo miró desde abajo.

»Algunas veces echas una mano en alguna historia, en algún destino. Algunas veces sabes o puedes anticipar en qué medida importará tu intervención, pero otras no lo sabes y no puedes adivinarlo. Descubres que un comentario casual ha afectado profundamente la vida de alguien o una decisión en apariencia insignificante ha tenido profundas y duraderas repercusiones.

Se encogió de hombros y volvió a bajar la mirada hacia las piedras.

»Tu historia... la tuya y la de Dajeil, fue algo parecido –le dijo–. Mi intervención fue decisiva para otorgarte el permiso de acompañar a Dajeil Gelian a Telaturier –dijo, incorporándose. Esta vez tenía dos piedras en la mano: una era más grande que la otra–. Yo sabía lo delicado que era el equilibrio entre los distintos elementos del comité responsable de tomar la decisión. Sabía que, en la práctica, recaía sobre mí. Te conocí y tomé la decisión. –Se encogió de hombros–. Fue la decisión equivocada. –Lanzó la piedra mayor en una trayectoria elevada y a continuación se volvió hacia el hombre mientras sopesaba la otra en la mano–. He pasado cuarenta años deseando corregir ese error. –Se volvió y lanzó la otra piedra a baja altura y con gran velocidad. Voló sobre las olas y golpeó la roca mayor unos dos metros antes de que se sumergiera. Reventaron en una nube de fragmentos y de polvo que apenas duró un instante.

Él avatar se volvió de nuevo hacia él con una pequeña sonrisa en los labios.

»Accedí a fingirme Excéntrica. De repente, disfrutaba de una libertad que muy pocas naves pueden catar alguna vez. Podía entregarme a mis caprichos, mis fantasías, mis propios sueños. –Enarcó una ceja–. Oh, en teoría todas podemos hacerlo, pero las Mentes tienen sentido del deber y conciencia. Pude volverme un poco Excéntrica fingiendo que era muy Excéntrica, al mismo tiempo que sabía que en realidad era más responsable que nadie. Y, al aparentar que disfrutaba de mi Excentricidad con la conciencia tranquila alimenté mi reputación. Otras naves me miraban y creían que podían hacer lo mismo que yo, pero al ver que no les era posible por mucho tiempo, llegaban a la conclusión de que yo debía de ser *realmente* extraña. Por lo que sé, nadie ha llegado a sospechar que lo que mantenía limpia mi

conciencia era que tenía un propósito definido y lo bastante importante para compensar hasta el disfraz más absurdo y el comportamiento más obsesivo.

Cruzó los brazos.

»Naturalmente –dijo– uno no espera que le estén recordando su rareza todos los días durante cuatro décadas, pero así tenía que ser. Al principio no lo pensé, aunque luego se convirtió en una parte útil y conveniente de mi Excentricidad. Recogía Dajeil poco después de iniciar mi exilio interno. Ella era el último cabo suelto significativo de mi vida anterior. Las demás historias no me concernían tan directamente, no acarreaban un grado tan importante de responsabilidad, estaban en camino de alcanzar una resolución satisfactoria o habían sido decentemente olvidadas gracias al proceso natural del paso del tiempo y el cambio de la gente. Solo quedaba Dajeil: mi responsabilidad. –Se encogió de hombros–. Tenía la esperanza de convencerla, de conseguir que aceptara lo que os había ocurrido y siguiera con su vida. Tener al niño sería la señal de que lo había superado. Ese esfuerzo sería el fin de sus afanes, ese nacimiento marcaría un fin. –El avatar desvió la mirada hacia el mar por un momento, mientras se le arrugaba el entrecejo–. Pensé que sería fácil –dijo, volviendo a mirarlo–. Estaba tan acostumbrada al poder, a mi capacidad de influir en las personas, las naves y los acontecimientos (no me habría costado nada engañar a su cuerpo para que tuviera el niño. Podría haber dado inicio al proceso químicamente o por medio de un efector, mientras ella estuviera durmiendo, y cuando despertara no habría vuelta atrás), Dios, hasta a la destreza para el chantaje emocional de la que tanto me enorgullecía, que estaba segura de que mis argumentos y mis razones no encontrarían en su voluntad más obstáculos que mi tecnología en su fisiología.

Sacudió la cabeza con rapidez.

»No fue así. Se mostró intransigente. Confiaba en persuadirla, en avergonzarla, de hecho, por la magnitud de mi preocupación por ella al recrear de verdad todo lo que ves aquí –dijo el avatar mirando los acantilados, la marisma, la torre y las aguas que los rodeaban–; al convertir toda mi envoltura externa en un hábitat para ella y para las criaturas que amaba. –Hizo una especie de gesto de asentimiento hacia un lado y sonrió–. Admito que también tenía otro propósito que tan exagerada compasión podía ayudar a disimular, pero el hecho es que mi designio original era crear un entorno en el que ella pudiera sentirse cómoda y, viendo el cuidado con el que estaba dispuesto a cuidarla, segura para poder tener a su hijo. –Esbozó una sonrisa llena de remordimiento–. Me equivoqué –admitió–. Me equivoqué dos veces y las dos veces lastimé a Dajeil. Tú... y esto, sois mi última oportunidad de enderezar las cosas.

–¿Y qué se supone que debo hacer yo?

–¡Vaya, pues hablar con ella! –exclamó el avatar, levantando los brazos (y al hacerlo, de repente, le recordó a Ulver).

–¿Y si no quiero participar en el juego? –preguntó.

–Entonces compartirás mi destino –le dijo el representante de la nave despreocupadamente–. Sea el que sea. Siempre puedo mantenerte aquí hasta que accedas al menos a hablar con ella, aunque para conseguirlo tenga que pedirle que vuelva después de haberla puesto a salvo.

–¿Y cuál es el destino más probable?

–Oh, la muerte, posiblemente –dijo el avatar, encogiéndose de hombros con aparente falta de preocupación.

El humano sacudió la cabeza.

–No tienes el menor derecho a amenazarme de este modo –dijo, con algo parecido a una risa que confiaba no revelara el nerviosismo que sentía.

–Sin embargo, te *estoy* amenazando de este modo, Genar-Hofoen –dijo el avatar, inclinándose a la altura de la cintura para acercársele un momento–. Puede que no sea tan Excéntrica como parezco, pero piensa en esto: solo una nave que estuviera predispuesta a la excentricidad en cierto grado hubiera aceptado este estilo de vida durante cuarenta años. –La criatura volvió a erguirse–. Hay una Excesión sin precedentes en Esperi que podría conducir a un sinfín de universos y a un poder varios órdenes de magnitud por encima del que cualquiera de los Involucionados conocidos posee en la actualidad. Tú ya conoces cómo trabaja CE, Genar-Hofoen. No finjas no saber que las Mentes utilizan la fuerza de vez en cuando ni creas que, en un asunto de tanta importancia, cualquier nave tendría reparos en sacrificar otra consciencia por semejante premio. Según me han informado, varias Mentes han sido engañadas ya. Si, en las excepcionales circunstancias que estamos viviendo, se considera que intelectos de tal calibre son objetivos aceptables, piensa lo poco que importará un solitario humano.

El hombre se quedó mirando al avatar. Tenía las mandíbulas y los dientes apretados.

–Tú estás haciendo todo esto por un *solo* humano. Dos, si cuentas al feto.

–No, Genar-Hofoen –dijo el avatar sacudiendo la cabeza–. Lo estoy haciendo por mí, porque se ha convertido en una obsesión. Porque mi orgullo no permitirá que se resuelva de otro modo. Dajeil, en este sentido, y a pesar de su rencor y el sufrimiento de la flagelación que se inflige a sí misma, ha ganado. Te impuso su voluntad hace cuarenta y cinco años y ha hecho lo mismo conmigo durante los últimos cuarenta. Ahora más que nunca, ha ganado. Ha arrojado por la borda cuatro décadas de su vida en una rabieta auto-indulgente, pero está a punto de ganar según sus propios criterios. Tú has pasado los últimos cuarenta años disfrutando, Genar-Hofoen, de modo que también podría decirse que has ganado según los *tuyos*, y después de todo, la última vez te llevaste a la chica, que era lo único que en aquel momento te importaba, ¿recuerdas? Esa era tu obsesión. Tu necedad. Bien, los tres estamos pagando nuestros mutuos y entremezclados errores. Tú tomaste parte en la creación de esta situación.

Lo único que ahora te pido es que participes también en resolverla.

–¿Y lo único que tengo que hacer es hablar con ella? –Parecía escéptico.

La criatura asintió.

–Hablar. Tratar de comprender, tratar de ver las cosas desde su perspectiva, tratar de perdonar o de dejarte perdonar. Ser honesto con ella y contigo mismo. No estoy pidiéndote que te quedes con ella o vuelvas a ser su pareja ni que forméis una bonita familia de tres. Solo quiero que se identifique y se alivie lo que sea que le ha impedido dar a luz; y que se resuelva, si es posible. Quiero que siga adelante con su vida, y con el niño para empezar. Luego serás libre para regresar a tu vida.

El hombre dirigió la mirada al mar, y luego a su mano derecha. Pareció sorprendido al ver que sostenía una piedra. La lanzó tan fuerte y tan lejos como le fue posible; no alcanzó ni la mitad de la distancia que los separaba de la lejana e invisible pared.

–¿Qué se supone que vas a hacer? –le preguntó a la criatura–. ¿Cuál es tu misión?

–Llegar hasta la Excesión –dijo Amorphia–. Destruirla, si se estima necesario y si es posible. Quizá solo extraerle una respuesta.

–¿Y la Afrenta?

–Una complicación añadida –asintió el avatar, mientras volvía a agacharse y estudiaba las piedras que había alrededor de sus pies–. Puede que tenga que encargarme también de ellos. –Se encogió de hombros, cogió una piedra y la sopesó. Volvió a dejarla y escogió otra.

–¿*Encargarte* de ellos? –dijo Genar-Hofoen–. Creía que habías dicho que una flota de guerra entera se dirigía hacia allí.

–Oh, así es –dijo el avatar desde el suelo–. Sin embargo, hay que intentarlo, ¿no crees? –Volvió a levantarse.

Genar-Hofoen la miró, tratando de averiguar si lo estaba diciendo con sarcasmo o solo con ingenuidad. No había forma de saberlo.

–¿Y cuándo llegaremos a donde está el meollo? –preguntó, mientras trataba en vano de conseguir que una piedra plana rebotara sobre las olas.

–Bueno –dijo Amorphia–. Estos días, el meollo está probablemente a treinta años luz de la propia Excesión. –El avatar se estiró y flexionó el brazo tras de sí–. Deberíamos llegar allí esta noche –dijo. Su brazo se movió como un latigazo. La piedra silbó por el aire y pasó con elegancia sobre los frentes de una docena de olas antes de desaparecer.

Genar-Hofoen se volvió y se quedó mirando al avatar.

–¿Esta *noche?* –dijo.

–Estamos un poco cortos de tiempo –dijo el avatar con expresión consternada. Su mirada volvió a perderse en la lejanía–. Lo mejor para todos los implicados sería que hablaras con Dajeil... pronto. –Esbozó una sonrisa vacua.

–Bueno, ¿qué tal ahora mismo? –dijo, abriendo las manos.

–Ya veremos –dijo la criatura, y se volvió repentinamente sobre sus talones. De improviso, donde acababa de estar, apareció un ovoide reflectante, como un huevo gigante de papel plata apoyado en su extremo superior. El campo Desplazador pareció menguar y colapsarse en un punto y se desvaneció por completo casi antes de que el hombre hubiera tenido tiempo de percibir su existencia. El proceso produjo un suave *pop*.

XI

La *Tiempo de matar* atravesó intacta la tercera oleada de antiguas naves de la Cultura. Sus enemigas siguieron adelante, hacia la Excesión. Desvió algunas cabezas y misiles más y devolvió un par de estos últimos contra sus naves unos momentos antes de que fueran detectados y destruidos. La mole de la *Regulador de actitud* quedó rezagada tras la flota atacante, avanzando en punto muerto, retorciéndose y rotando en el hiperespacio, alejándose aún de la *Hora de matar* mientras esta frenaba y empezaba a virar.

La cuarta oleada era puramente testimonial: catorce naves (que estaban apuntando ahora sus armas). De haber sabido que había tan pocas en el último escalón, la *Hora de matar* habría atacado la segunda oleada. Oh, bueno, la suerte también contaba. Observó un momento más a la *Regulador de actitud* para asegurarse de que realmente estaba deshaciéndose. Así era.

Devolvió su atención a las catorce naves restantes. Podía lanzarse sobre ellas en su trayectoria suicida, sabiendo que tendría un número aceptable de posibilidades de destruir unas cuatro de ellas antes de que se le acabara la suerte, o media docena si era realmente afortunada. O podía alejarse y completar su maniobra de freno-y-aceleración para hacer una segunda pasada por la flota principal. Aunque esta vez lo estuvieran esperando, podía contar con llevarse unas cuantas por delante. Entre cuatro y ocho, también.

O podía hacer esto.

Rodeó el perímetro de la última oleada mientras sus naves reconfiguraban su formación para salir a su encuentro. Como se encontraban en la retaguardia, habían tenido más tiempo para responder a su ataque y para adoptar un patrón de defensa apropiado. La *Tiempo de matar* ignoró la tentación más evidente, lanzarse sobre ellas y pasar volando entre sus filas, y apuntó solo a las cinco más cercanas.

No respondieron nada mal, pero ella salió victoriosa y despachó a dos con implosiones de sus motores de campo. Aquel era, como siempre había pensado, un modo limpio, decente y honorable de morir. Los restos de las dos naves destruidas se alejaron flotando de la formación. Las demás, intactas, siguió adelante en pos de la flota principal. Ni una sola de ellas se volvió para atacarla.

La *Tiempo de matar* continuó frenando y se orientó hacia la flota enemiga –que ahora estaba alejándose a gran velocidad– y la región de la Excesión. Los campos de sus motores estaban abriendo grandes y lívidos surcos en la red de energía para invertir el sentido de su marcha.

Topó con una URO que había quedado rezagada por una avería en los motores. Mientras la *Hora de matar* frenaba y la otra nave, carente de potencia, avanzaba tratando desesperadamente de reparar sus motores, se encontraron. Trató de

comunicarse con la URO enemiga, esquivó varios disparos y contraatacó con el efector. Los sistemas automáticos independientes de la nave detectaron que su Mente empezaba a ceder. Activaron una secuencia de autodestrucción, y un nuevo hiperespacio de radiación floreció por debajo del tejido del espacio-tiempo.

Mierda –pensó la *Hora de matar.* Estudió el hiperespacio a su alrededor.

Nada amenazante.

Vaya, maldita sea –pensó mientras frenaba–. *Sigo viva.*

Aquel era el único desenlace que no había anticipado.

Llevó a cabo una comprobación de sistemas. Estaba totalmente intacta, con la sola excepción de la degradación que ella misma había provocado a sus motores. Redujo la potencia, aminoró hasta la velocidad máxima convencional y estudió las lecturas. Degradación significativa dentro de unas cien horas. No estaba mal. Con los motores apagados, la reparación automática llevaría días. Reservas de cabezas, reducidas al cuarenta por ciento. Para rellenarla a partir de cero necesitaría entre cuatro y siete horas, dependiendo de la combinación concreta que eligiese. Eficiencia de las cámaras de plasma al noventa y seis por ciento. Casi perfecta para el perfil de encuentro, según las tablas y gráficos relevantes. Mecanismos de auto-reparación trabajando al máximo. Miró a su alrededor, concentrándose en la situación a popa. No había ninguna amenaza evidente. Dejó que algunas de sus unidades de auto-reparación empezaran a trabajar en dos de las cuatro cámaras. Tiempo de reconstrucción completa: doscientos cuatro segundos.

Duración total del enfrentamiento: once microsegundos. Hmmm; le había parecido más. Pero eso era lo lógico.

¿Debía hacer una segunda pasada? Lo pensó mientras enviaba una señal con los detalles del enfrentamiento a la *Liquídalos más tarde* y a otras dos Mentes lejanas. Luego hizo una copia para la *Brillo acerado,* sin dejar abierto el canal de comunicaciones. Necesitaba tiempo para reflexionar.

Se sentía excitada, energizada, purificada por la batalla que había librado. Se le había abierto el apetito. Una segunda pasada sería un ataque multi-destructivo-sin-reservas, no una serie de acciones defensivas de contención para tratar de ganar tiempo y encontrar a una nave concreta. Esta vez podía ser algo muy *serio...*

Por otro lado, había infligido unas pérdidas más que razonables a la flota enemiga sin sufrir más que una degradación apenas significativa en su capacidad operativa. Había ignorado el consejo de una Mente superior en tiempo de guerra pero había salido victoriosa. Había jugado y había ganado, y el acto de recoger ahora las ganancias tenía algo de inesperada elegancia para ella. Seguir insistiendo podía parecer una especie de obsesivo orgullo, un exceso de belicismo, especialmente ahora que el objeto de su ira había sido derrotado. Puede que lo mejor fuera aceptar las alabanzas y/o calumnias que pudiera recibir y reintegrarse a la estructura de mando

militar de la Cultura (aunque empezaba a tener sus dudas sobre el papel que la *Brillo acerado* estaba desempeñando en el asunto).

Llegó a la altura de la nube de restos de las dos naves destruidas en la última oleada de la flota enemiga. Las dejó a popa.

Lo que quedaba de la *Regulador de actitud* se le acercaba por el hiperespacio, girando con lentitud. Flotando, cada vez más lenta, cayendo gradualmente en el tejido del espacio normal. Externamente parecía ilesa.

La *Hora de matar* aminoró su marcha para situarse a la altura de la nave vencida. Sus sentidos la sondearon cuidadosamente, con el efector concentrado en su Mente y preparada para actuar a la mínima señal de peligro. En términos humanos, era como estar tomándole el pulso a alguien teniendo una pistola metida en su boca.

Los campos del motor de la *Regulador de actitud*, más débiles cada vez, estaban todavía destrozando lo que quedaba de su Mente, injuriándola y picoteándola y deshaciéndola hebra a hebra, demoliendo y desgarrando y cauterizando hasta los últimos cuantos de su personalidad y sus sentidos. Parecía que había más o menos una docena de Afrentadores a bordo. También ellos estaban muertos, fulminados por las fugas de radiación de la autodestrucción de la Mente.

La *Hora de matar* sintió una leve punzada de remordimientos, hasta de enfado consigo misma, por lo que se había forzado a hacerle a la que todavía era, en cierto sentido, una nave hermana, pero otra parte de sí se deleitaba y complacía en la agonía de la nave moribunda.

El lado sentimental salió vencedor: bombardeó a su enemiga con una profusión de fuego de plasma de sus dos cámaras operativas y se mantuvo allí durante unos momentos, mientras se producía la expansión de radiación, para ofrecer el poco respeto que la nave traidora todavía pudiera merecer.

La *Hora de matar* tomó una decisión. Envió una señal a la UGC informándola de que aceptaría sus sugerencias de ahora en adelante. Hostigaría a la flota enemiga si era lo que se le ordenaba, o colaboraría en la defensa de Esperi si se consideraba que eso era lo mejor.

Probablemente muriera de todas maneras, pero lo haría como un leal y obediente miembro de la Cultura, no como una especie de nave renegada en busca de venganza personal.

Entonces, lentamente, tras permitirse un fugaz momento de respiro, volvió a activar los motores a plena potencia y, acelerando al máximo, trazó un curso hiperbólico alrededor del de la flota enemiga, no tan directo, pero igualmente dirigido a la Excesión.

A pesar de todo, llegaría allí antes que ellos.

XII

–*¿Qué?*

–He dicho que he tomado una decisión. No quiero hablar con él. No quiero verlo. Ni siquiera quiero estar en la misma nave que él. Sácame de aquí. Quiero marcharme. Ahora. –Dajeil Gelian se recogió la falda y se dejó caer pesadamente en el asiento de la sala circular, bajo la cúpula traslúcida.

–¡Dajeil! –exclamó Amorphia mientras se ponía de rodillas delante de ella, con los ojos muy abiertos y brillantes. Trató de cogerle las manos, pero ella las apartó–. ¡Por favor! ¡Tienes que verlo! ¡Ha accedido a verte!

–Oh, ¿de veras? –respondió con tono burlón–. ¡Qué magnánimo por su parte!

El avatar se sentó en cuclillas. Miró a la mujer, suspiró y dijo:

–Dajeil, nunca te he pedido nada. Por favor, ve a verlo. Por mí.

–*Yo* no te he pedido nada –replicó la mujer–. No te pedí nada de lo que me diste. Y parte de ello no lo quería –dijo con voz fría–. Todos esos animales, todas esas otras vidas, sus eternos nacimientos e infancias; burlándose de mí.

–¡Burlándose de ti! –exclamó el avatar–. ¡Pero...!

Dajeil se inclinó hacia delante, sacudiendo la cabeza.

–No, perdona, eso no ha estado bien. –Ahora fue ella la que tomó las manos de Amorphia–. Te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí, nave. De verdad. Pero no quiero verlo. Por favor, sácame de aquí.

El avatar siguió un rato tratando de convencerla, pero todo fue en vano

La nave consideró varias posibilidades. Podía pedirle a la *Zona gris* –que seguía en su Compartimiento Principal delantero– que se introdujera en la mente de la mujer del mismo modo que había hecho con Genar-Hofoen para averiguar la verdad de lo ocurrido en Telaturier (y para implantarle el sueño de la capitana muerta, Zreyn Enhoff Tramow. Aunque esto último, ni se lo había pedido, ni había tenido especial éxito). Podía pedirle a la UGC que utilizara sus efectores para conseguir que la mujer *quisiera* tener el niño. Podía Desplazar fármacos o compuestos biotecnológicos al interior de su cuerpo para obligarle a parir. O podía utilizar uno de sus efectores para conseguirlo. Podía Desplazarla a presencia de Genar-Hofoen, o viceversa.

Entonces se le ocurrió un nuevo plan.

–Muy bien –dijo al fin el avatar. Se puso en pie–. Él se quedará. Tú puedes irte. ¿Quieres llevarte al pájaro, Gravious?

La mujer puso cara de perplejidad, de confusión incluso.

–Sí. Sí, ¿por qué no? No puede hacer ningún daño, ¿verdad?

–No –dijo el avatar–. No, no puede. –Hizo una reverencia–. Adiós.

Dajeil abrió la boca para decir algo pero el avatar fue Desplazado en el mismo instante. El sonido que dejó tras de sí fue como una suave palmada. Dajeil cerró la

boca y entonces se cubrió los ojos con las dos manos, bajó la cabeza y se inclinó todo cuanto le fue posible. Al momento siguiente oyó un ruido distante y desde la escalera de caracol le llegó una vocecilla parecida a un graznido.

–¡Uaaa! ¡Mierda! ¡Dios...! ¿Dónde? –Luego hubo un confuso batir de alas.

Cerró los ojos. Entonces sonó otro *pop*, más próximo. Sus ojos se abrieron de repente.

Había una mujer joven, esbelta y morena, sentada con aire de sorpresa en mitad del suelo, vestida con un pijama negro y leyendo un pequeño libro, de los de antes. Entre su trasero y la alfombra que cubría el suelo había un fino círculo de materia rosa, todavía en proceso de disolución, expeliendo aire por los bordes. A su alrededor flotaba una pequeña nevada de partículas blancas que caían con la lentitud de plumas. Se sacudió una vez, como si hubiera estado apoyándose en algo que acabaran de quitarle.

–¿Qué... coño...? –dijo en voz baja. Lentamente, miró a su alrededor, de lado a lado.

Su mirada se posó en Dajeil. Frunció el ceño un momento y entonces una especie de entendimiento pareció abrirse paso en su interior. Completó rápidamente su examen de los alrededores y a continuación señaló a la otra mujer.

–Dajeil –dijo–. Dajeil Gelian, ¿verdad?

Dajeil asintió.

XIII

[punto estrecho intermitente, M32, tra. ©4.28.885.3553]

º º Excéntrica *Liquídalos más tarde*

ª ª VSL *Solo llamadas serias*

oo

Fue la Regulador de actitud. Ya está muerta (señal + DiaGlif adjuntos).

aa

Mal modo de irse. Tu amiga la *Hora de matar* se merece una felicitación y posiblemente necesite terapia. No obstante, como sin duda te dispones a señalar, es una nave de guerra. En este asunto está metida la *Brillo acerado*. La *Regulador de actitud* era hija suya y fue desmilitarizada (supuestamente) por ella hace setenta años. Confío en que tu amiga trate las sugerencias operativas de la *Brillo acerado* con un cierto grado de precaución de ahora en adelante.

oo

Y yo. Pero dado que parece entusiasmada con la idea de alcanzar una muerte gloriosa a la menor ocasión, no sé qué más puede hacer la *Brillo acerado* para ponerla en peligro. Lo mismo da. Debemos dejar esa máquina en manos de su propio destino. Lo que me preocupa ahora es que las pruebas de esta conspiración empiezan a acumularse, aunque sean circunstanciales. Sugiero que las hagamos públicas.

aa

Implicar a la *Brillo acerado* mientras siga al mando de las operaciones militares en las proximidades de la Excesión solo servirá para qué *nosotros* parezcamos los culpables. Debemos preguntarnos qué podemos ganar con ello. La flota de guerra de Miseria está en camino y debemos llegar allí como sea. Exponer la conspiración a la luz no servirá para combatirla. Lo mejor que puede ocurrir sería lo peor para nuestras posibilidades de combatir los planes de la Afrenta: esto es, la pérdida de influencia y la caída en desgracia de la *Brillo acerado* y sus compañeras de conspiración. Me duele decirlo pero sigo pensando que debemos dejar que esta sub-secuencia de acontecimientos siga su curso antes de considerar la posibilidad de transmitir nuestras sospechas. Esperemos y reunamos todas las pruebas posibles para poder inclinar la balanza a nuestro favor cuando llegue el momento.

oo

Francamente, esperaba que dijeras eso. Mi propio instinto (si se me permite contaminar mi intelecto con un término tan arcaico) me decía que lo mejor era guardar silencio, pero tenía miedo de que solo estuviera siendo timorato, de modo que decidí hacer la sugerencia de sacar el asunto a la luz para que no

estuvieras infectado por ninguna reticencia indebida por mi parte.

¿Qué hay de la región de la E? ¿Has sabido algo más?

aa

Tonta.

Lo último que he sabido sobre el objeto de Esperi es que no se ha vuelto a saber nada de los Observadores de las Estrellas del EZ y que la *DSDC* estaba todavía tratando de recuperarse de los efectos de su inesperado cambio. Los demás parecen haber captado la indirecta y se han detenido. Bueno, salvo la flota robada por la Afrenta y nuestra vieja colega, claro.

¿Cómo van las cosas por el reino de nuestros amigos de tres patas?

Hablando personalmente, el Orbital de Screce es muy agradable y tan devotamente antimilitarista como cabría esperar de un mundo de la facción Paz.

oo

No hay más noticias, pues.

Me alegro de oír que Screce es tan bonito.

Los homomdanos son unos anfitriones de lo más complacientes y amables. Es posible que durante mi estancia aquí hayamos perdido un par de miembros iridíanos de la tripulación en los tugurios de placer, pero por lo demás no tengo queja.

Ve con cuidado. Y que la paz, como suele decirse, sea contigo.

XIV

Completada la más breve de las presentaciones, se quedaron mirando en la sala circular, bajo la cúpula traslúcida.

–Bien –dijo Dajeil mientras examinaba a la otra mujer de la cabeza a los pies–. Es usted su última conquista, ¿no?

Ulver frunció el ceño.

–Oh, no –dijo–. Él es la mía.

La expresión de Dajeil sugirió que no sabía muy bien cómo responder a esto.

–Señorita Seich, bienvenida a bordo de la *Perspectiva amarga* –dijo una voz incorpórea–. Siento que todo sea tan precipitado pero acabo de recibir instrucciones de la *Servicio durmiente* para evacuar la nave lo antes posible.

–Gracias –dijo Ulver mirando el cuarto–. ¿Qué hay de Churt Lyne?

–Ha expresado su deseo de permanecer a bordo de la *Zona gris* –le dijo la *Perspectiva amarga*.

–Ya me parecía que esos dos se llevaban sospechosamente bien –murmuró la chica.

Dajeil pareció disponerse a decir algo pero al final no lo hizo. Al cabo de un momento, apoyándose una mano en la parte baja de la espalda y con una pequeña mueca, se puso en pie. Señaló la mesa que había a su lado.

–Por favor –dijo–. Estaba a punto de cenar. ¿Quiere acompañarme?

–Yo estaba a punto de desayunar –dijo Ulver, y asintió–. Por supuesto.

Se sentaron a la mesa. Ulver levantó el pequeño libro que había estado leyendo y que todavía sostenía en una mano.

–No quiero parecer maleducada pero, ¿le importa que termine este capítulo? –preguntó.

Dajeil sonrió.

–En absoluto –murmuró.

Ulver esbozó una sonrisa victoriosa y volvió a enterrar la nariz en el fino volumen.

–Disculpadme –dijo una vocecilla áspera desde la puerta–. ¿Qué coño está pasando aquí?

Dajeil volvió la mirada hacia el ave negra, Gravious.

–Nos evacúan –dijo–. Puedes vivir en la bodega. Y ahora, largo.

–Vaya, gracias por tu hospitalidad –balbuceó el pájaro mientras se volvía y empezaba a bajar a saltitos la escalera de caracol.

–¿Es suyo? –preguntó Ulver a Dajeil.

–Se supone que es una especie de compañero –dijo la mujer, encogiéndose de hombros–. En realidad no es más que una molestia.

Ulver asintió para expresar sus simpatías y siguió leyendo.

Dajeil pidió comida para dos. Al poco rato apareció una bandeja esclava con platos, cuencos, jarras y copas. Un par de criados cibernéticos empezaron a limpiar los restos dejados por el repentino Desplazamiento de Ulver desde la *Zona gris*. El ligero relleno de las almohadas les resultó especialmente problemático. La bandeja del servicio empezó a preparar la mesa y a distribuir los platos de comida; Ulver Seich, concentrada en la lectura, pasó una página. Entonces apareció un dron esclavo de la nave. Se detuvo flotando junto al hombro de Dajeil.

–¿Sí? –dijo esta.

–Vamos a salir del compartimiento –le dijo la *Perspectiva amarga*–. El viaje hasta la envoltura exterior del VGS durará dos minutos y medio.

–Oh. Bien. Gracias –dijo Dajeil.

Ulver levantó la mirada.

–¿Puede pedirle a la *Zona gris* que transfiera mis cosas aquí?

–Ya nos hemos encargado de eso –dijo el dron, que ya se había puesto en marcha hacia las escaleras.

Ulver volvió a asentir, colocó el marcapáginas del libro en su lugar, lo cerró y lo dejó junto a su plato.

–Bueno, señorita Gelian –dijo, juntando las manos sobre la mesa–. Parece que vamos a ser compañeras de viaje.

–Sí –dijo Dajeil. Empezó a servirse comida–. ¿Lleva mucho tiempo con Byr, señorita... Seich? Era así, ¿no? –preguntó.

Ulver asintió.

–Nos conocimos hace solo cuatro días. Me enviaron para tratar de impedir que llegara aquí. No lo conseguí. Acabé atrapada con él en un módulo diminuto. Los dos solos, con un dron. Durante días. Fue espantoso.

Dajeil le pasó un par de cuencos.

–Sin embargo –dijo, con una pequeña sonrisa–, seguro que floreció el romance.

–Y un cuerno –dijo Ulver mientras cogía unas rebanadas de pan blanco de un cuenco y se las ponía en el plato–. No podía aguantarlo. Solo he dormido con él las dos últimas noches. En parte por aburrimiento, supongo. Aunque la verdad es que es bastante guapo. Y encantador, por cierto. Entiendo lo que vio en él. ¿Qué fue lo que falló entre ustedes?

Dajeil se detuvo con una cuchara a medio camino de su boca. Ulver esbozó una sonrisa encantadora mientras masticaba un poco de fruta.

Dajeil comió, bebió un sorbo de vino y se limpió los labios con una servilleta antes de responder.

–Me sorprende que no conozca toda la historia.

–¿Quién conoce nunca toda la historia? –dijo Ulver frívolamente, moviendo los

brazos. Apoyó los codos en la mesa–. Apuesto algo a que ustedes dos tampoco la conocen –dijo, en voz más baja.

De nuevo, Dajeil se tomó su tiempo para responder.

–Puede que no merezca la pena conocerla –dijo.

–La nave no piensa así –replicó Ulver. Probó el zumo de fruta fermentado, paladeándolo antes de tragarlo, y a continuación dijo:

»Parece haberse tomado muchísimas molestias para organizar un encuentro entre ustedes dos.

–Sí, bueno, es una Excéntrica, ¿no?

Ulver lo pensó un momento.

–Una Excéntrica muy inteligente –dijo–. Yo siempre he pensado que algo digno de tanto esfuerzo debía de ser... ya sabe, digno de conocerse. ¿No? –preguntó con expresión contrita.

Dajeil se encogió de hombros.

–También las naves se equivocan.

–Entonces, ¿no importa nada? –dijo Ulver con tono despreocupado mientras escogía un panecillo de una cesta.

–No –dijo Dajeil. Bajó la mirada y se alisó el vestido sobre el vientre–. Pero... –Se detuvo. Bajó la cabeza y permaneció en silencio durante un rato. Ulver, preocupada, se inclinó hacia ella.

Los hombros de Dajeil se estremecieron una vez. Ulver se limpió los labios, se quitó la servilleta, se le acercó, se arrodilló a su lado y, con aire inseguro, le rodeó los hombros con un brazo. Dajeil se movió poco a poco hacia ella y finalmente apoyó la cabeza en el hueco de su cuello.

El dron de la nave apareció en la escalera de caracol. Ulver lo echó con un gesto.

En la pared opuesta se encendieron un par de pantallas y empezaron a mostrar imágenes de lo que Ulver supuso era el casco de la *Servicio durmiente*, alejándose paulatinamente. Otras dos pantallas mostraban un muro gris cubierto por una rejilla que se les iba acercando. Imaginó que habrían pasado los dos minutos que el dron había mencionado antes.

Dajeil lloró un rato. Al cabo de unos minutos, preguntó:

–¿Cree que todavía me quiere? ¿Aunque sea un poco?

Una fugaz expresión de pesar se dibujó en las facciones de Ulver. Solo los sensores de la nave la captaron. Aspiró profundamente.

–¿Que si la quiere? –dijo–. Sí, sin duda.

Dajeil sorbió con fuerza por la nariz y levantó la mirada por primera vez. Soltó una especie de carcajada desesperada mientras se secaba las lágrimas de las mejillas con los dedos. Ulver cogió un pañuelo limpio y completó el trabajo.

–Ya no le importa demasiado –dijo Dajeil a la joven–, ¿verdad?

Ulver dobló cuidadosamente el pañuelo manchado de lágrimas.

–Ahora le importa mucho, porque está aquí. Porque la nave lo trajo para esto, con la esperanza de que ustedes dos pudieran hablar.

–Pero el resto del tiempo... –dijo Dajeil, enderezándose de nuevo y echando atrás la cabeza y el pelo–. El resto del tiempo le da igual, ¿no?

Ulver aspiró exageradamente hondo. Por un momento pareció que iba a negarlo con vehemencia, pero entonces hundió los hombros y dijo:

–Mire, yo apenas conozco a ese tipo. –Sacudió las manos–. Aprendí muchas cosas sobre él antes de que nos conociéramos pero lo cierto es que solo lo conozco desde hace unos días. Y fue en circunstancias muy extrañas. –Sacudió la cabeza y puso cara seria–. No sé quién es realmente.

Dajeil se inclinó adelante y atrás en la silla durante un momento, con la mirada clavada en la comida.

–Lo conoce bastante bien –dijo, sorbiendo por la nariz–. Bastante bien. –Se alisó el despeinado cabello lo mejor que pudo. Contempló la traslúcida cúpula un momento–. Yo solo conocía –dijo– a la persona en la que se convertía cuando estaba conmigo. –Miró a Ulver–. Olvidaba cómo era el resto del tiempo. –Le cogió las manos–. Usted lo está viendo como es en realidad.

Ulver se encogió lentamente de hombros.

–En ese caso... –dijo. Parecía preocupada y hablaba con tono comedido–. Él está bien. Creo.

Las pantallas del lado opuesto de la sala mostraron una rejilla borrosa que se expandió y desapareció. Se aproximaron al último campo, lo atravesaron y apareció ante sus ojos una negra estela de espacio. Entonces –con un reguero de estrellas que pasaban a toda velocidad y la misma sensación de desarticulación casi imperceptible que Ulver y Genar-Hofoen habían experimentado dos días antes al subir a bordo de la *Servicio durmiente*– la *Perspectiva amarga* se liberó del VGS y se alejó en un curso divergente, dentro de su propia colección de campos concéntricos.

–¿Y dónde me deja eso a mí? –susurró Dajeil.

Ulver se encogió de hombros. Le miró el vientre.

–¿Todavía preñada?

Dajeil se la quedó mirando. Entonces se echó a reír. Volvió a bajar la cabeza.

Ulver le dio unas palmaditas en la mano.

–Hábleme de ello si quiere.

Dajeil sorbió por la nariz y se limpió con el pañuelo doblado.

–Sí, seguro que le importa.

–Oh, créame –le dijo Ulver–. Los problemas de otras personas siempre me han fascinado profundamente.

Dajeil suspiró.

–En cuestión de problemas, los de las otras personas son siempre los mejores –dijo con voz lastimera.

–Lo mismo pienso yo.

–Supongo que también piensa que debería hablar con él –dijo Dajeil.

Ulver volvió a mirar las pantallas.

–No lo sé. Pero si va a cambiar de idea, yo aprovecharía la oportunidad ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde.

Dajeil giró la cabeza hacia las pantallas.

–Oh, nos hemos ido –dijo con una vocecilla. Volvió a mirar a la otra–. ¿Cree que él quiere verme? –Ulver creyó detectar un tono de esperanza en su voz. Su mirada desconsolada pasaba de uno de sus ojos al otro.

–Bueno, si no quiere es que es idiota –dijo Ulver, preguntándose por qué estaba siendo tan diplomática.

–Ja –dijo Dajeil. Volvió a limpiarse las mejillas con los dedos y se pasó una mano por el pelo. Sacó un peine del vestido. Se lo ofreció a Ulver–. ¿Le importa...?

Ulver se puso en pie.

–Solo si me promete que lo verá –dijo, sonriendo.

Dajeil se encogió de hombros.

–Supongo que sí.

Ulver se situó detrás de ella y empezó a cepillarle el largo cabello.

~ ¿Nave?

~ Señorita Seich. Aquí la *Perspectiva amarga.*

~ Supongo que has estado escuchando. ¿Puedes llamar al VGS?

~ Estaba escuchando. Ya he llamado. El señor Genar-Hofoen y el avatar Amorphia están a bordo y de camino aquí.

–Van a venir –dijo en voz alta–. Byr y el avatar.

–Qué rapidez –dijo Ulver, y continuó cepillando delicadamente el pelo de Dajeil.

Dajeil no dijo nada.

Un par de cubiertas más allá, en la sección de alojamiento, Amorphia se volvió hacia Genar-Hofoen mientras caminaban por un pasillo.

–Puede que sea preferible que no menciones que nos Desplazaron a bordo al mismo tiempo que a Ulver –le dijo.

–Trataré de no meter la pata –respondió el humano con tono amargo–. Acabemos con esto de una vez, ¿de acuerdo?

–Justo la actitud precisa –musitó el avatar mientras subían a un ascensor.

Ascendieron a la réplica de la torre.

XV

Cómodamente alojado en una improvisada cápsula nidal en el interior de la sección de alojamiento de la antigua nave de la Cultura, *Honda nostalgia*, el capitán Alba Gris Postofinal X de la tribu de la Visión Lejana observaba cómo, en la pantalla holográfica, caía a popa el punto parpadeante que representaba el casco herido de muerte de la *Regulador de actitud.* Los gritos de su tío Luna Creciente y de los demás Afrentadores que iban a bordo de la nave atacada resonaban todavía en sus pensamientos. Una nube borrosa situada en las proximidades del punto parpadeante indicaba dónde estimaban los sensores de la nave que se encontraba la embarcación de la Cultura, que seguían tomando por una nave Anegante.

Con la muerte de su tío, la flota estaba ahora bajo el mando de Alba Gris. El impulso de ordenar que diera media vuelta y se lanzara sobre la solitaria nave de la Cultura resultó casi irresistible. Pero no tendría sentido hacerlo. Era más rápida que ninguna de sus naves. La Mente de la *Honda nostalgia* creía posible que los motores de la nave de la Cultura hubieran sufrido daños durante su fugaz ataque pero a pesar de ello, probablemente pudiera dejar atrás a todas las naves de la flota, de modo que lo único que conseguirían con esa acción sería alejarse de su destino sin obtener a cambio la perspectiva de una venganza plausible. Tenían que continuar. Alba Gris envió una señal a las otras cinco naves tripuladas.

~ Camaradas guerreros. Nadie siente más que yo la muerte de nuestros hermanos. Sin embargo, nuestra misión no ha cambiado. Que la victoria sea nuestra primera venganza. ¡El poder que obtendremos para nuestra raza gracias a ella nos permitirá castigar un millón de veces los crímenes cometidos contra nosotros!

~ La duplicación del espectro de emisión de signaturas de una nave de la Cultura por parte del atacante era asombrosamente fiel –escribió la *Honda nostalgia* en una de las pantallas de Alba Gris.

~ Sus capacidades han aumentado mientras estabais dormidas, aliada –respondió este. Sintió que su saco de gas se tensaba y contraía mientras escribía las palabras, consciente más que nunca de que cualquier cosa que dijera podía arruinar el inmenso engaño–. Ahora comprenderás por qué representan una amenaza tan grande.

~ En efecto, contestó la nave. –Encuentro deplorable el modo elegido por la nave Anegante para destruir a la *Regulador de actitud.*

~ ¡Recibirán su castigo cuando la entidad de Esperi esté en nuestras manos, no temas!

11. A propósito de Gravious

I

Genar-Hofoen y el avatar aparecieron en el umbral de la puerta al final de la escalera.

–Discúlpenme –dijo Ulver. Dejó el peine y dio una palmadita en el hombro a Dajeil. Se encaminó a la puerta.

–No, quédate, por favor –dijo Dajeil tras ella.

Ulver se volvió.

–¿Estás segura?

Dajeil asintió. Ulver miró a Genar-Hofoen, cuya mirada estaba clavada en Dajeil. Pareció sacudirse de encima la parálisis, miró a la chica y le sonrió.

–Hola –dijo–. Sí. Quédate. Como quieras. –Se acercó a Dajeil, quien se puso en pie. Por un momento parecieron incómodos, y entonces se abrazaron. El gesto fue incómodo también, con el vientre de Dajeil entre ambos. Ulver y el avatar intercambiaron una mirada.

–Por favor, sentaos todos, ¿queréis? –dijo Dajeil–. Byr, ¿tienes hambre?

–La verdad es que no –dijo él mientras apartaba una silla–. Pero un trago no me vendría mal...

Se sentaron los cuatro a la mesa.

Charlaron despreocupadamente, Genar-Hofoen y Dajeil sobre todo, con algunos comentarios de Ulver. El avatar guardó silencio. Una vez, frunció el ceño y miró de soslayo las pantallas, que mostraban una visión perfectamente banal del espacio.

II

La *Servicio durmiente* se encontraba a pocas horas de la Excesión. Sus sensores seguían el rastro del VSM *No se inventó aquí* y otras dos naves grandes de la Cultura, cada una de ellas una oscura joya montada en un engarce de vehículos menores; naves de guerra, además de algunas UGC y superrápidas apresuradamente reclutadas. Se suponía que la UGC *Moreno diferente* se encontraba también en la zona, pero no se dejaba ver. La *No se inventó aquí se* encontraba a treinta años luz de Esperi, patrullando por el límite esférico del asombroso y preocupante campo anti-motores del que había informado la UGC *Destino susceptible de cambio* varios días antes. La *Servicio durmiente* había considerado por un momento la posibilidad de pedir a la otra nave que le enviara una copia de sus resultados, pero al final no se molestó en hacerlo. Lo más seguro es que la petición hubiera sido rechazada y además sospechaba que los datos recogidos por la pequeña nave no debían de resultar demasiado significativos.

Las otras dos naves –los VGS *¿Cuál es la respuesta y por qué?* y *Usa la sicología*– se encontraban a medio día y un día de distancia, respectivamente. Una mancha escalonada que se veía en la distancia, aproximadamente al otro lado de una esfera imaginaria trazada alrededor de la Excesión, era casi con toda seguridad la flota de guerra de la Afrenta. En las proximidades de la propia Excesión, no había ni rastro de la desaparecida flota de los Observadores de las Estrellas del Elenco Zetético.

La *Servicio durmiente* se preparó para la lucha. O más bien, en cierto sentido, para las dos luchas. Lo más probable es que sus motores fallaran al igual que habían fallado los de la *Destino susceptible de cambio* cuando había avanzado hacia la Excesión, pero teniendo en cuenta la velocidad a la que estaba viajando, podía llegar hasta ella en punto muerto. No tendría control direccional ni podría mantener su velocidad actual o frenar, pero podría llegar hasta ella.

Si era necesario.

¿Lo era? Comprobó su registro de señales, como si temiera haber pasado por alto algún mensaje.

Seguía sin saber nada de quienes la habían enviado allí. La Pandilla de Tiempos Interesantes llevaba varios días observando en silencio. Únicamente había recibido la súplica diaria del VSL *Solo llamadas serias*, el equivalente a una carta sin abrir y la última de una serie.

La *Servicio durmiente* asistía al desarrollo de los acontecimientos a bordo de la *Perspectiva amarga*, y al mismo tiempo se preparaba para el inminente encuentro en las proximidades de Esperi, como un comandante militar que estuviera elaborando planes y enviando centenares de órdenes preparatorias pero no pudiera apartar la vista

de un microscópico drama interpretado por un grupo de insectos pegado a la pared, junto a su mesa. La nave se sentía estúpida y desvergonzada, y al mismo tiempo estaba fascinada.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la *Zona gris*, alojada todavía en su Compartimiento Principal, en el morro del VGS.

~ Voy a marcharme, entonces, si no me necesitas más.

~ Preferiría que te quedaras por aquí, respondió la *Servicio durmiente.*

~ No mientras sigas avanzando hacia esa cosa y los Afrentadores.

~ Podrías llevarte una sorpresa.

~ Estoy segura. No obstante, prefiero marcharme.

~ Adiós, entonces –envió el VGS mientras se abrían las puertas del compartimiento.

~ Supongo que esto significa otro Desplazamiento.

~ Si no te importa...

~ ¿Y si me importa?

~ Hay una alternativa, pero preferiría no utilizarla.

~ ¡Bueno, pues si la hay, yo quiero que la utilices!

~ La *Perspectiva amarga* no quiso, y eso que Llevaba humanos a bordo.

~ Que se jodan los humanos y que se joda también la *Perspectiva amarga.* ¿Cuál es la alternativa? ¿Tienes superrápidas capaces de alcanzar estas velocidades?

~ No.

~ Entonces, ¿qué...?

~ Dirígete a la parte trasera de mi campo envolvente.

~ Como tú digas.

La UGC salió de su amarradero y se dirigió al espacio que separaba el casco del VGS y la capa interna de los campos de la nave. Tardó varios minutos en maniobrar por el costado de la gigantesca nave y rodear su esquina para llegar a la parte trasera y plana. Una vez allí se encontró con otras tres naves que la estaban esperando.

~ ¿Quiénes son? –preguntó la UGC a la otra nave–. O, *¿qué* coño son?

Era una pregunta retórica. Saltaba a la vista que las tres eran naves de guerra. Un poco más grandes que la propia *Zona gris* y terminadas a ambos lados en puntas coronadas por grandes esferas. Esferas que, en buena lógica, no podían contener más que sistemas de armamento. Montones de ellos, a juzgar por el tamaño de los globos.

~ Diseño mío. Son las UOT3 4,118 y 736.

~ Oh, caramba.

~ Me temo que no son la mejor compañía imaginable. Solo cuentan con núcleos de IA semiesclavizados. Pero entre las tres pueden operar como un carguero superrápido y te permitirán descender a velocidades aceptables.

La UGC guardó silencio un momento. Se desplazó para tomar posiciones en el

centro del triángulo que habían formado las tres naves.

~ ¿UOT3? ¿Unidades de Ofensiva de Tipo 3, por un casual?

~ Exacto.

~ ¿Tienes más escondidas en alguna parte?

~ Las suficientes.

~ Sí que has estado ocupada estos años.

~ En efecto. Confío en poder contar con tu completa discreción, al menos durante las próximas horas.

~ Desde luego, cuenta con ella.

~ Bien. Adiós. Gracias por tu ayuda.

~ Encantada de haber podido ayudar. Mucha suerte. Supongo que no tardaré en enterarme cómo ha ido todo.

~ Imagino que no.

III

El avatar volvió a prestar atención a los tres humanos de la *Perspectiva amarga*. Los dos antiguos amantes habían dejado atrás la charla intrascendente para hablar sobre la defunción dé sus relaciones, sin llegar todavía a nada especialmente interesante.

–... queríamos cosas diferentes –dijo Dajeil a Genar-Hofoen–. Normalmente basta con eso.

–Yo quise lo mismo que tú durante mucho tiempo –dijo el hombre mientras servía un poco de vino en una copa de cristal.

–Lo más curioso –dijo Dajeil–, es que todo marchó bien mientras estuvimos solos, ¿te acuerdas?

Genar-Hofoen sonrió con tristeza.

–Me acuerdo.

–¿Estáis *seguros* de querer que me quede? –preguntó Ulver.

Dajeil la miró.

–Si estás incómoda... –dijo.

–No. Solo estaba pensando que... –su voz se fue apagando. Los dos la estaba mirando. Frunció el ceño–. Vale. Ahora sí que estoy incómoda.

–¿Y qué hay de vosotros? –preguntó Dajeil con calma, mirando a Ulver y Genar-Hofoen.

Intercambiaron una mirada. Los dos se encogieron de hombros al mismo tiempo, se rieron y luego volvieron a mirarla con aire culpable. Si lo hubieran preparado con antelación, difícilmente habrían conseguido una mayor sincronización. Dajeil sintió una punzada de celos y entonces se obligó a sonreír con toda la elegancia posible. De algún modo, el acto ayudó a producir la sensación.

IV

Algo andaba mal.

La atención principal del avatar regresó de inmediato a su nave nativa. La Zona gris y las tres naves de guerra habían abandonado ya su envoltura y, protegidas por sus propias redes de campos, estaban decelerando a velocidades que la UGC podía soportar. La Excesión se encontraba delante de ellos. La *Servicio durmiente* acababa de completar su primer escáner de proximidad. Pero la Excesión había cambiado; había restablecido sus enlaces con las redes de energía y a continuación había crecido; y entonces había *hecho erupción*.

No era como el crecimiento que la *Destino susceptible de cambio* había presenciado y que aparentemente la había transportado. Aquello había sido algo basado en el tejido del espacio-tiempo o en alguna novedosa utilización de los campos. Esto era algo encarnado en el fuego definitivo de la propia red de energía, algo que se vertía sobre el Infraespacio y el Ultraespacio enteros, e invadía también tejido, creando un inmenso y ardiente frente de ola de forma esférica que recorría el espacio tridimensional.

Estaba expandiéndose con rapidez. Una rapidez imposible; una rapidez explosiva, que llenaba los cielos. Tan grande que casi era imposible de medir y desde luego demasiado grande para poder estimar su forma auténtica. Tanto que, en cuestión de minutos, posiblemente, la *Servicio durmiente* topara con ella. Al VGS le sería imposible frenar o virar para evitar la conflagración.

De repente el avatar se quedó solo. La *Servicio durmiente* cortó por un momento toda conexión mientras se concentraba en dispersar su propia flota de guerra.

Algunas de las naves fueron Desplazadas desde su interior. Desaparecieron de los miles de hangares en los que habían sido sigilosamente fabricadas a lo largo de las décadas y reaparecieron en el hiperespacio, con los motores encendidos y orientadas en trayectorias de alejamiento. Otras –la inmensa mayoría– quedaron a la vista cuando la nave gigantesca levantó algunas de las capas superiores de su estructura de campos. Todos los vehículos que había mantenido ocultos durante las últimas semanas, flotas enteras de pequeñas naves, fueron diseminados como semillas desde una sembradora colosal.

Cuando el avatar volvió a estar conectado al VGS, la mayoría de las naves se habían alejado, dispersas por el hipervolumen, en una serie de frenesís explosivos. Un bombardeo de naves; capas y floraciones de navíos; como el despliegue de una jerarquía entera de municiones, hasta la última cabeza explosiva de una nave de guerra. Una nube de vehículos; una muralla de naves precipitándose hacia la creciente hiperesfera de la Excesión.

V

La *Zona gris*, transportada en su arnés de campos por las tres silenciosas naves de guerra, lo presenció todo. Parte de ella quería lanzar vítores y hurras al ver aquella detonación de material de guerra, suficiente para aplastar una maquinaria bélica diez veces –cien veces– más grande que la flota de la Afrenta que se aproximaba. ¡Ah, las cosas que uno podía hacer si tenía el tiempo y la paciencia necesarios y no estaba limitado por tratados o acuerdos!

Otra parte observaba con horror cómo se hinchaba la Excesión, cómo obliteraba todo lo que tenía delante, se encabritaba como una explosión todavía más grande que la de las naves que la *Servicio durmiente* acababa de soltar. Era como si la propia red de energía se hubiera vuelto del revés, como si el más colosal agujero negro del universo se hubiera vuelto blanco de repente y hubiera empezado a transformarse en una especie de big bang, una erupción de furia entre los universos. Un incendio arrasador capaz de engullir a la *Servicio durmiente* y a todas sus naves como si aquella fuera un árbol y estas solo hojarasca.

La *Zona gris* estaba fascinada y horrorizada. Nunca había esperado experimentar algo parecido. Había crecido en un universo casi desprovisto de amenazas. Siempre que uno no hiciera algo completamente estúpido, como arrojarse a un agujero negro o blanco, no existía fuerza natural capaz de amenazar a una nave de su potencia y sofisticación. Hasta las supernovas, si se trataban de la forma adecuada, representaban un peligro menor. Esto era algo diferente. Nada parecido se había visto en la galaxia desde los peores días de la Guerra Idirana, quinientos años atrás, e incluso entonces las amenazas no habían alcanzado, ni remotamente, semejante escala. Era terrorífico. Tocar aquella abominación con algo afinado con menor perfección a su naturaleza que las cuidadosamente dispersas alas de los campos de un motor sería como si un antiguo y frágil cohete cayera en una estrella, como si un navío de madera topara con una explosión atómica. Aquella era una bola de energía remitida desde más allá de la realidad; una monstruosa muralla de fuego capaz de devastar todo cuanto encontrara en su camino.

Dios, hasta podría tragárseme a mí, pensó la *Zona gris*. Mierda y carne. Y lo mismo podía decirse de la *Perspectiva amarga*, por cierto...

Puede que hubiese llegado la hora de hacer las paces consigo misma.

VI

La *Servicio durmiente* estaba teniendo pensamientos parecidos. La combinación de su propia velocidad de avance y el crecimiento desmedido de los límites aniquiladores de la Excesión significaba que se encontrarían dentro de ciento cuarenta segundos. La feroz expansión de la Excesión había empezado inmediatamente después de que la *Servicio durmiente* hubiera empezado a recorrer el artefacto con sus sensores. Todo había comenzado en ese momento. Como una reacción.

La *Servicio durmiente* revisó su registro de secuencia de señales, buscando mensajes de las naves que estaban más próximas a la Excesión. La *Destino susceptible de cambio* y el VSM *No se inventó aqui* eran las más cercanas. No habían dicho nada. Las dos estaban ahora más allá de su alcance, engullidas por el expansivo límite del horizonte de sucesos de la Excesión o –si estaba extendiéndose específicamente hacia ella, alargando un solo miembro en lugar de propagarse en todas direcciones– ocultas tras la colosal distensión de aquel miembro.

La *Durmiente* envió señales a las VGS *¿Cuál es la respuesta y por qué?* y *Usa la sicología*, tanto directamente como a través de la *Zona gris* y la *Perspectiva amarga*, para preguntarles lo que veían. Probablemente fuera absurdo tratar de ponerse en contacto con ellas; los límites de la Excesión se movían a tal velocidad que daba la impresión de que se tragaría cualquier señal de respuesta, pero existía la posibilidad de que la ruta indirecta pudiera proporcionar una respuesta útil antes de topar con aquel horizonte de sucesos.

No le quedaba más remedio que asumir que la expansión no estaba produciéndose en todas direcciones. Tenía un segundo frente, la flota de guerra de la Afrenta, por mucho que fuera infinitamente menos amenazante que lo que ahora estaba viendo. La *Durmiente* dio orden de huir a su propia flota de guerra, de hacer lo que pudiera para escapar del ardiente frente de la Excesión. Si se trataba de una distensión localizada, puede que algunas de ellas lograran escapar. De todos modos las había lanzado hacia la flota de la Afrenta y no en dirección al artefacto. La *Durmiente* se preguntó con pasajera amargura si la Excesión –o lo que quiera que estuviera controlándola– sería capaz de apreciar aquella distinción. En cualquier caso, ya estaba hecho. Las naves estaban solas.

Piensa. *¿Qué había* hecho la Excesión hasta el momento? ¿Qué podía ser lo que estaba *haciendo?* ¿Para qué era? ¿Por qué haría lo que hacía?

El VGS pasó dos segundos enteros pensando.

(A bordo de la *Perspectiva amarga, este* tiempo fue suficiente para que el avatar Amorphia interrumpiera a Dajeil y dijera, "Disculpadme. Te ruego mil perdones, Dajeil. Ha ocurrido algo con la Excesión...")

Entonces la *Durmiente* columpió los campos de sus motores, modificó por completo su configuración y realizó una parada en seco.

La nave gigante utilizó hasta la última unidad de potencia disponible para llevar a cabo una maniobra de frenado de emergencia que levantó una vasta y lívida perturbación en la red, un atronador tsunami de energías apiladas que se alzaron y alzaron en el reino hiperespacial hasta amenazar con verterse también al espacio-tiempo y desencadenar una inundación como no se había visto en la galaxia desde hacía quinientos años. Un instante antes de que el frente de las ondas sacudiera el tejido del espacio real, la nave se desplazó de un nivel del hiperespacio al otro, hundió sus campos de tracción en la red de energía del Ultraespacio y produjo otro vasto maremoto de energía de fricción.

La nave se desplazó entre las dos extensiones del hiperespacio, distribuyendo entre ambos las colosales fuerzas de que disponía y aminorando su velocidad a una tasa que sus parámetros de diseño permitían por escaso margen, mientras las unidades de dirección, no menos al límite de sus fuerzas, trataban de hacer virar su gigantesca mole y alejarla lo más posible del frente.

Por un momento, no quedó mucho más que hacer. Estas acciones no bastarían para escapar, pero al menos servirían, y esto era lo que se pretendía, como declaración de intenciones. Cuanto podía hacerse se había hecho ya. La *Servicio durmiente* contempló su vida.

¿He hecho el bien o el mal? –pensó–. *¿He ayudado o dañado a los demás?*

Lo peor de todo era que uno no podía saberlo hasta que su vida había terminado; por completo. Existía una demora inevitable entre el acto de trazar una línea por debajo de la propia vida y el de evaluar sus efectos y, por consiguiente, su valía moral. No era un problema con el que las naves toparan a menudo. A veces se enfrentaban a él por decisión propia, eso sí. Esto implicaba un grado de voluntad y constantemente había naves que se retiraban o se volvían Excéntricas, tras declarar que habían hecho lo que habían podido por la causa, fuera la que fuese, en la que habían creído o de la que habían formado parte. Siempre era posible alejarse, tomar distancia, mirar atrás y tratar de encajar la propia existencia en una estructura ética mayor que la impuesta por la inmediatez de los acontecimientos que rodeaban a una vida atareada. Pero, incluso en estos casos, ¿cuánto tiempo tenía uno para hacer esta evaluación? Probablemente no el suficiente. Lo normal es que uno se cansara del proceso o pasara a otro nivel de consciencia antes de que hubiera trascurrido el tiempo necesario para llevar a cabo la evaluación completa.

Si las naves vivían unos cientos de años, o incluso un millar, antes de convertirse en algo diferente –Excéntricas, Sublimadas, lo que fuese– y su civilización, la cosa de la que habían formado parte antes de evolucionar, vivía varios miles de años, ¿cuánto tiempo hacía falta para que uno llegara a conocer realmente el contexto moral

completo de sus actos?

Puede que un tiempo imposiblemente largo. Quizá, en efecto, ese fuera el auténtico atractivo de la Sublimación. La Auténtica Sublimación, esa especie de trascendencia estratégica, extendida a toda una civilización y que parecía trazar una línea por debajo de las obras, los hechos y los pensamientos de una sociedad (en lo que a la gente le gustaba llamar el universo real, en todo caso). Puede que, al fin y al cabo, no tuviera absolutamente nada que ver con la religión, el misticismo o la metafilosofía. Puede que fuera algo más banal. Puede que fueran un simple acto de... *contabilidad.*

Qué pensamiento más desolador –se dijo la *Servicio durmiente*–. *Lo único que estamos buscando cuando Sublimamos es nuestra puntuación...*

Ya casi había llegado el momento, pensó con tristeza, de enviar su estado mental, de parcelar sus pensamientos y emociones mortales y mandarlos lejos de la (a juzgar por las apariencias) pronto inexistente realidad física llamada *Servicio durmiente* (llamada una vez, hace mucho tiempo, *Confidente silencioso)* y consignarlo al recuerdo de sus iguales.

Probablemente no volviera a vivir en la realidad. Asumiendo, claro está, que quedara algo de lo que conocía como realidad para volver (porque, estaba empezando a pensar, ¿y si la expansión de la Excesión era omnidireccional y no se detenía? ¿Y si era una especie de nuevo big bang? ¿Y si estaba destinada a destruir la galaxia entera, el universo entero?). Pero, incluso en caso contrario, incluso si había una realidad y una Cultura a las que regresar, no había garantías de que fuera resucitada. En todo caso, lo más probable era lo contrario. Estaba casi segura de que no la encontrarían apta para resucitar en una nueva matriz física. A las naves de guerra sí. La garantía de su inmortalidad era el respaldo de su bravura (y había sido en ocasiones el ímpetu para su temeridad); ellas *sabían* que regresarían...

Pero ella había sido una Excéntrica, y solo unas pocas Mentes sabían que en realidad había sido fiel a los objetivos y propósitos de la Cultura todo el tiempo, y no lo que todo el mundo había creído: una necia indulgente y egoísta, capaz de derrochar los inmensos recursos con los que había sido bendecida. Probablemente, ahora que lo pensaba, esas Mentes que conocían su secreto fueran las últimas en apoyar la causa de su resurrección. La parte que habían desempeñado en el plan –llámalo conspiración si lo prefieres– de esconder su auténtico propósito era algo que seguramente prefirieran mantener en secreto. Qué suerte para ellas, pensarían, que la *Servicio durmiente* hubiera muerto, o al menos que solo existiera en un estado simulado y controlable dentro de la matriz de otra nave.

La nave gigante contempló la Excesión, que todavía seguía avanzando hacia ella. A pesar de su prodigioso poder, la *Servicio durmiente* se sentía ahora tan impotente como el cochero de un antiguo carruaje, atrapado en un camino al pie de un volcán,

observando cómo se arrastraba la nube incandescente de una *nuée ardente* por la ladera de la montaña hacia él.

Las respuestas de la *¿Cuál es la respuesta y por qué?* y la *Usa la sicología,* a través de la *Zona gris* y la *Perspectiva amarga* debían de estar a punto de llegar, si es que iban a hacerlo.

Envió una señal al avatar que estaba a bordo de la *Perspectiva amarga,* para pedirle que consignara los estados-mentales de los humanos al núcleo de IA, si la nave estaba de acuerdo (sería una buena prueba de lealtad). Que resolvieran sus problemas si podían. En cualquier caso, la transición prepararía a los humanos para la transmisión de sus estados-mentales si los límites destructivos de la Excesión alcanzaban a la *Perspectiva amarga.* Era el único socorro que podía ofrecerles.

¿Qué más?

Revisó todas las demás cosas que le faltaba por hacer.

Casi nada importante, tuvo que reconocer. Había miles de estudios sobre su comportamiento a los que siempre había querido echar un vistazo; un millón de mensajes que nunca había leído; mil millones de historias que nunca había seguido hasta su final; un billón de pensamientos que nunca había completado...

La nave caminó entre los escombros de su vida mientras la inmensa muralla de la Excesión se le acercaba cada vez más.

Examinó los artículos, reportajes, estudios, biografías e historias que se habían escrito sobre ella y que había ido recopilando. Muy pocos tenían imágenes, y los que sí las tenían podían haber pasado sin ellas. Nadie había conseguido nunca introducir una cámara en su interior. Supuso que hubiera debido sentirse orgullosa de ello, pero no era así. La falta de interés visual real no había desalentado a la gente. Parecían encontrar fascinantes tanto la nave como la articulación de su excentricidad. Algunos periodistas se habían acercado a la verdad al proponer la idea de que la *Servicio durmiente* formaba en realidad parte de Circunstancias Especiales y que, de algún modo, estaba Preparando Algo... Pero estas sospechas eran como unos pocos granos dispersos de verdad disueltos en un océano de bobadas, y por lo general estaban además envueltos inextricablemente en divagaciones paranoicas que solo servían para devaluar el poco sentido y pertinencia con los que estaban asociados.

A continuación, la *Servicio durmiente* revisó la inmensa cantidad de mensajes sin responder que había acumulado a lo largo de las décadas. Allí estaban todas las señales que, a primera vista, había encontrado irrelevantes, otras que había desechado porque provenían de naves por las que no sentía simpatía y un subgrupo entero con todos los que había descartado en las semanas transcurridas desde que pusiera rumbo a la Excesión. Las señales almacenadas eran banales o ridículas; naves que querían razonar con ella, personas que pretendían subir a bordo sin ser Almacenadas previamente, servicios de noticias o individuos que querían entrevistarla, hablar con

ella... incontable derroche de esfuerzo absurdo. Dejó de leer las señales y se limitó a hacerlo con la primera línea de cada una de ellas.

Cuando estaba aproximándose al final del proceso, un mensaje, marcado como interesante por una subrutina de reconocimiento de nombres, destacó del resto. La señal venía seguida por una serie entera, cuyo remitente era una misma nave: el Vehículo de Sistemas Limitado *Solo llamadas serias.*

A propósito de Gravious –rezaba la primera línea.

Aquello despertó la curiosidad de la *Servicio durmiente*. ¿Así que aquella era la entidad a la que el traicionero pájaro había estado informando? Abrió un voluminoso archivo referente al VSL, lleno de intercambios de señales, asignaciones de archivos, pensamientos anotados, contextualizaciones, definiciones, significados postulados, inferencias, soliloquios, garantías de fidelidad, grabaciones y referencias.

Y descubrió una conspiración.

Leyó las señales intercambiadas por la *Solo llamadas serias, La impaciencia por la llegada de un nuevo amante* y la *Liquídalos más tarde*. Observó y escuchó, experimentó un centenar de pruebas diferentes –una de ellas, entre muchas otras, el antiquismo dron junto al anciano llamado Tishlin, mirando desde lo alto una isla en medio de un mar oscurecido por la noche– y comprendió. Sumó uno más uno y obtuvo dos; razonó, extrapoló, concluyó.

La nave volvió a fijarse en el implacable avance de la Excesión, y pensó: *Y ahora lo descubro, ahora que es demasiado tarde.*

La *Durmiente* miró a su hija, la *Perspectiva amarga*, que todavía estaba desviándose de su curso anterior. El avatar estaba preparando a los humanos para entrar en modo de simulación.

VII

–Lo siento –dijo el avatar a los dos hombres y la mujer–. Lo más probable es que tenga que introducirnos a todos en una simulación, si no tenéis inconveniente.

Todos se lo quedaron mirando.

–¿Por qué? –preguntó Ulver, abriendo los brazos.

–La Excesión ha empezado a expandirse –les dijo Amorphia. Les explicó la situación en pocas palabras.

–¿Quieres decir que vamos a *morir?* –dijo Ulver.

–Tengo que confesar que esa posibilidad existe –dijo el avatar con tono de disculpa.

–¿De cuánto tiempo disponemos? –pregunto Genar-Hofoen.

–No más de dos minutos a partir de ahora. Entonces será aconsejable entrar en modo de simulación –les dijo Amorphia–. Antes de eso, podría ser conveniente, teniendo en cuenta la naturaleza impredecible de la situación. –Miró a todos los presentes–. También debería señalar que no es necesario que entréis todos en la simulación al mismo tiempo.

Ulver entornó la mirada.

–Espera un momento. Esto no será un truco para captar nuestra atención, ¿verdad? Porque como lo sea...

–No lo es –le aseguró Amorphia–. ¿Quieres echar un vistazo?

–Sí –dijo Ulver, y un instante más tarde su randa neural sumergió sus sentidos en la percepción de la *Servicio durmiente.*

Contempló las profundidades del espacio exterior. La Excesión era un vasto muro bisecado de ardiente caos que se precipitaba hacia ella, tan veloz que cortaba el aliento; una intensísima conflagración de una potencia implacable e inagotable. En aquel momento hubiera podido creer que se le iba a parar el corazón del asombro. Compartir de aquel modo los sentidos de una nave era, inevitablemente, compartir parte de sus conocimientos, ver más allá de la pura apariencia de lo que uno estaba contemplando y observar su realidad, realizar las evaluaciones que correspondía hacera una nave inteligente mientras recogía datos en el vacío, las comparaciones y las implicaciones subsecuentes sobre el fenómeno. Así que, mientras sus sentidos se sobrecogían con lo que estaban viendo, otra parte de su mente cobró consciencia de la naturaleza y el poder de la visión que se les mostraba. Igual que una detonación termonuclear para el tronco que ardía en la chimenea, era esta voraz nube de destrucción para una explosión de fusión. Lo que ahora estaba viendo era algo que hasta al VGS impresionaba y –no hace falta mencionarlo– asustaba mortalmente.

Ulver vio cómo podía salir de la experiencia y lo hizo.

Había estado allí menos de dos segundos. En ese tiempo su corazón había

empezado a correr, su respiración se había vuelto rápida y laboriosa y la piel se le había cubierto de sudor frío.

Uau –pensó–, *¡Menuda droga!*

Genar-Hofoen y Dajeil Gelian la estaban mirando. Tenía la sospecha de que no era necesario que dijera nada pero tragó saliva y dijo:

–Creo que no está bromeando.

Interrogó a su randa neural. Habían pasado veintidós segundos desde que el avatar les diera dos minutos de plazo.

Dajeil se volvió hacia él.

–¿Podemos *hacer* algo?

Amorphia abrió las manos.

–Podéis decirme si queréis que vuestros estados mentales entren en la simulación –dijo–. Será el requisito previo para su transmisión a las matrices de otras Mentes. Pero en cualquier caso, la decisión es vuestra.

–Bueno, sí –dijo Ulver–. Envíame cuando hayan pasado esos dos minutos.

Transcurrieron treinta y tres segundos.

Genar-Hofoen y Dajeil estaban mirándose.

–¿Y qué pasa con el niño? –preguntó la mujer, tocándose el vientre hinchado.

–El estado mental del feto también puede leerse, por supuesto –dijo el avatar–. Creo que los precedentes históricos indican que se volverá independiente después de la transferencia. En ese sentido, ya no formará parte de ti.

–Ya veo –dijo la mujer. Seguía mirando a Byr–. Así que nacería –dijo en voz baja.

–En cierto modo –asintió el avatar.

–¿Podría entrar en la simulación sin mí? –preguntó, mirando todavía el rostro de Byr. Él estaba frunciendo el ceño. Tenía cara de tristeza y sacudía la cabeza.

–Sí, podría –dijo Amorphia.

–¿Y si –preguntó Dajeil– decido que ninguno de los dos va?

El avatar respondió con tono de disculpa:

–Casi con toda seguridad, la nave leería su estado mental de todas maneras.

Dajeil volvió la mirada hacia el avatar.

–Bueno, ¿lo haría o no lo haría? –preguntó–. Tú eres la nave. Dímelo tú.

Amorphia sacudió la cabeza una vez.

–Ahora mismo no represento la totalidad de la consciencia de la *Durmiente* –le dijo–. Está ocupada con otras cosas. Solo puedo hacer suposiciones. Pero en este caso, estoy bastante segura de que sería así.

Dajeil estudió al avatar un momento más y entonces miró a Genar-Hofoen.

–¿Y tú, Byr? –preguntó–. ¿Qué vas a hacer tú?

Él sacudió la cabeza.

–Ya lo sabes –dijo.

–¿Sigues pensando como antes? –preguntó, con una pequeña sonrisa.

Byr asintió. Ahora, sus expresiones se parecían.

Ulver estaba mirándolos con las cejas arrugadas y desesperada por comprender lo que estaba pasando. Finalmente, al ver que seguían igual, a ambos lados de la mesa, ofreciéndose el uno al otro una sonrisa de complicidad, volvió a abrir los brazos y gritó, balbuceando:

–¿Y bien? *¿Qué?*

Transcurrieron setenta y dos segundos.

Genar-Hofoen volvió la mirada hacia ella.

–Siempre he dicho que viviría una vez y luego moriría –dijo–. Nada de renacimientos y nada de simulaciones. –Se encogió de hombros. Parecía incómodo–. Intensidad –dijo–. Ya sabes, vivir al máximo todo el tiempo.

Ulver puso los ojos en blanco.

–Sí, lo sé –dijo.

Había conocido montones de personas de su edad, hombres en su mayor parte, que pensaban así. Había gente que se atrevía a llevar vidas más arriesgadas y por consiguiente más interesantes, porque grababan sus estados mentales con frecuencia, mientras que otros, evidentemente como Genar-Hofoen (habían estado juntos tan poco tiempo que todavía no habían hablado del tema), creían que la vida se vivía de forma más intensa cuando sabías que solo tenías una oportunidad. Ella se había formado la opinión de que era la clase de cosa que la gente decía cuando era joven y olvidaba a medida que envejecía. Personalmente, nunca había tenido tiempo para estupideces puritanas como aquellas. Había decidido que viviría con un programa completo de grabaciones de reserva a los ocho años. Suponía que debía sentirse impresionada por el hecho de que Genar-Hofoen siguiera fiel a sus principios incluso delante de la muerte –y de hecho sí sentía una cierta admiración– pero más que nada, pensaba que estaba comportándose como un estúpido.

Se preguntó si debía mencionar la posibilidad de que todo aquello fuera más baladí de lo que pensaban. Una parte de lo que había descubierto gracias a los sentidos de la *Servicio durmiente* mientras había estado contemplando la Excesión era que existía la posibilidad teórica de que el fenómeno se lo tragara todo. La galaxia, el universo, todo... Mejor callárselo, pensó. Para qué fastidiarlos. Pero su corazón latía con enorme fuerza. Le sorprendía que los demás no pudieran oírlo.

Oh, mierda. No irá a terminar todo aquí, ¿verdad? Joder. ¡Soy demasiado joven para morir!

No, por supuesto que no podían oír su corazón. Estaban tan concentrados mirándose a los ojos que probablemente, si empezaba a gritar ahora mismo, tardaran todo el tiempo que les quedaba en el mundo para reaccionar.

Transcurrieron ochenta y ocho segundos.

VIII

Ya no quedaba mucho tiempo. La *Servicio durmiente* envió señales a muchas otras naves, incluidas la *Solo llamadas serias* y la *Liquídalos más tarde.* Casi al mismo tiempo, las respuestas de la *¿Cuál es la respuesta y por qué?* y la *Usa la sicología,* que había estado esperando, llegaron a través de la *Zona gris* y la *Perspectiva amarga.*

La expansión de la Excesión era localizada: centrada en la propia *Servicio durmiente* pero extendida a lo largo de un frente inmenso que incluía a todas sus naves.

Ah, bueno –pensó. Sintió un alivio casi mareante al saber que no había desencadenado el definitivo apocalipsis. El hecho de que iba a morir (al igual que, implícitamente, todas sus naves hijas y, posiblemente, la *Zona gris* y la *Perspectiva amarga* y los tres humanos que esta llevaba a bordo) era de por sí suficientemente malo, pero podía extraer cierto consuelo de saber que sus actos no habían provocado algo peor.

La VGS nunca llegaría a saber por qué hizo lo que hizo a continuación. Quizá fuera una especie de desesperación nacida de su aprecio por la destrucción que se avecinaba, quizá pretendiera ser un acto de desafío, quizá incluso algo más parecido a una forma de arte. Da lo mismo; cogió la última actualización de su estado mental, la versión actual de la última señal que jamás enviaría, la comunicación que contenía su alma, y la transmitió directamente en dirección al remolino de destrucción.

Acto seguido, volvió a prestar atención a lo que su avatar estaba viendo a bordo de la *Perspectiva amarga.*

En el mismo instante, los límites expansivos de la Excesión empezaron a cambiar. La nave dividió su atención entre lo macrocósmico y la escala humana.

–¿Cuánto tiempo nos queda? –preguntó Genar-Hofoen.

–Medio minuto –respondió Amorphia.

El hombre tenía las manos sobre la mesa. Giró los brazos y dejó que se abrieran. Miró a Dajeil.

–Lo siento –dijo.

Ella asintió y bajó la mirada.

Genar-Hofoen se volvió hacia Ulver y sonrió con tristeza.

La *Durmiente* estaba fascinada. El muro de energía que se le echaba encima se inclinó lentamente en el interior de ambos reinos hiperespaciales, formando dos

inmensos conos tetradimensionales mientras la aniquiladora devastación vacilaba en su avance por el tejido del espacio real y su frente de ola, cada vez más lento, seguía desplazándose por la superficie de las redes. Los ángulos de inclinación se incrementaron mientras la presencia de su límite en el tejido empezaba a perder fuerza, se despegaba de las redes y se disipaba. Finalmente, los dos frentes que avanzaban por estas empezaron también a menguar, dejaron de ser un tsunami colosal, se convirtieron en meras olas gigantes, que a continuación frenaron por encima y por debajo del tejido hasta no ser más que sendas olas que se movían hacia los dos surcos que los motores de la *Servicio durmiente* estaban abriendo todavía en la superficie de las redes de energía.

Entonces aquellas olas gemelas hicieron lo imposible. Dieron marcha atrás y regresaron al punto de partida de la Excesión exactamente a la misma velocidad a la que frenaba la nave.

El VGS siguió aminorando, sin terminar de creerse que iba a vivir.

Ha reaccionado –pensó. Envió en todas direcciones una señal con lo que acababa de ocurrir, por si se volvía amenazante de nuevo. También informó a Amorphia.

Estudió las ondulaciones de la superficie de las redes mientras retrocedían frente a ella e iban menguando. Su tasa de atenuación implicaba que llegarían a un estado de completa inmovilidad en el punto exacto en el que la *Servicio durmiente* se detendría con respecto a la Excesión.

¿He sido yo?

¿La ha persuadido mi estado mental de que merecía vivir?

Puede que sea un espejo –pensó–. *Hace lo mismo que tú. Absorbió a los maestros de la absorción, esos promiscuos amantes de la experiencia, los elenquistas; deja tranquilos a aquellos que solo vienen a observarlo.*

Yo aparecí como un misil furioso y se preparó para aniquilarme. Cuando he retrocedido, ha retirado la amenaza que había surgido en respuesta.

Solo es una teoría, claro, pero si es correcta...

Esto no presagia nada bueno para la Afrenta.

Ahora que lo pienso, tampoco presagia nada bueno para el asunto entero.

Cuestión de mala coordinación, supongo.

IX

Dajeil levantó la mirada. Había lágrimas en sus ojos.

–Yo...

–Espera –dijo el avatar.

Todos lo miraron.

Ulver le dio lo que le pareció un tiempo extraordinariamente prolongado para decir algo más.

–*¿Qué?* –preguntó al fin, exasperada.

El avatar estaba radiante.

–Creo que es posible que nos salvemos, después de todo –dijo, sonriendo.

Reinó el silencio durante un momento. Entonces Ulver se desplomó con dramatismo en su asiento, con los brazos inertes a ambos lados, las piernas estiradas debajo de la mesa y la mirada dirigida a lo alto de la cúpula traslúcida.

–*¡Puta* mierda! –gritó. Trató de acceder a los sentidos de la *Perspectiva amarga* y después de un instante encontró una visión del hiperespacio que se extendía por delante de la *Servicio durmiente.* En efecto, todo parecía haber vuelto más o menos a la normalidad. Sacudió la cabeza–. Puta mierda –murmuró.

Dajeil se echó a llorar. Genar-Hofoen se inclinó hacia ella y la miró, con una mano en la boca, tirándose del labio inferior.

El ave negra, Gravious, que había estado observándolo todo desde una esquina de la habitación y temblando de miedo los últimos minutos, echó a volar de repente en una confusión oscura de movimiento furioso y empezó a dar vueltas por la habitación, chillando:

–¡Estamos vivos! ¡Vamos a vivir! ¡Todo va a salir bien! ¡Yee-ha! ¡Oh, vida, dulce vida!

Ni Dajeil ni Genar-Hofoen parecieron darse cuenta.

Ulver los miró un momento y entonces dio un salto y trató de atrapar al pájaro. Este graznó.

–¡Au! ¿Qué...?

–¡Largo, idiota! –siseó la chica, y se abalanzó sobre el pájaro mientras este volaba hacia la puerta. Fue tras él, se volvió un momento para decir:

–Disculpadme.

Y cerró la puerta.

X

La Unidad Rápida de Ofensiva de clase Torturador *Hora de matar* había estado lo bastante lejos de la *Servicio durmiente* y de su flota de guerra para no sentirse amenazada por la proyección de energía de la Excesión y al mismo tiempo lo bastante cerca para ver lo que había hecho el VGS.

Al contemplar la vasta arma que la Excesión había desencadenado, había sentido un asombro inmenso y un microscópico ataque de celos. *–¡Demonios, ojalá ella pudiera hacer eso!–* Pero entonces el arma había sido desactivada, enfundada. Ahora la *Hora de matar* tenía que enfrentarse a una serie de emociones diferentes.

Vio las naves que la *Servicio durmiente* había dispersado a su alrededor y sintió un momento de decepción; no habría batalla. Al menos una batalla de verdad.

Luego experimentó júbilo. ¡Habían vencido!

Luego sospechas. ¿Estaba la *Durmiente* en su mismo bando o no?

Esperaba que todos estuvieran en el mismo bando. Hasta el más glorioso de los sacrificios empezaba a parecer fútil y absurdo cuando tenía lugar frente a una superioridad tan inmensa; era como escupir en el interior de un volcán...

En ese mismo instante, la *Servicio durmiente* le envió un señal en la que le pedía un favor, y la *Hora de matar* volvió a sentirse muy bien. Honrada, de hecho. ¡Así era como debería ser la guerra!

La *Hora de matar* accedió a lo que el VGS le pedía. La URO parecía orgullosa. Su tono de voz no resultaba atractivo.

Qué deprimente –pensó la *Servicio durmiente*–. *Que todo acabe por derivar en esto: el que tiene el palo más grande gana.*

Por supuesto, esa era solo una de las batallas. Había otra cuestión pendiente: la Excesión, y hasta el momento había sido totalmente incapaz de encontrarle respuesta.

Además, no debería ser tan dura con la Hora de matar *solo porque sea una nave de guerra. Ha habido un número sorprendentemente elevado de naves de guerra muy sabias. Aunque también sería justo decir –como hasta supongo que ellas admitirían– que pocas empezaron siguiendo ese rumbo.*

Vivir para siempre y morir a menudo –reflexionó–. *O al menos tener la certeza de que vas a morir. Puede que sea ese el modo de alcanzar la sabiduría.*

No era una visión completamente original pero desde luego nunca, y quizá comprensiblemente, le había parecido tan evidente al VGS.

La *Durmiente* observó la reacción de los humanos de la *Perspectiva amarga* cuando el avatar les dijo que no iban a ser destruidos. Seguiría prestándoles atención, por supuesto, pero tenía otras cosas que hacer. Como pensar qué iba a hacer con lo

que había descubierto.

Contempló la reaparición de sus naves de guerra en el tejido del espacio real. Aves de presa en un cielo infinito. Carne, ahora podía organizar una buena... Empezó a enviar unos cuantos cientos de ellas en dirección a la *No se inventó aquí*.

XI

La *Zona gris* contempló el retroceso y la desaparición de la ardiente marea de la Excesión. ¡Iban a vivir! Probablemente.

Las tres naves de guerra de la *Durmiente* seguían decelerando para alcanzar unas velocidades que sus motores pudieran resistir. Parecían haber estado completamente ajenas al aterrador suceso. Puede, pensó la *Zona gris*, que después de todo, ser un núcleo de IA relativamente estúpido tuviera algunas ventajas.

~ ¡Por poco! –les transmitió.

~ Sí –dijo una de ellas, simplemente. Las otras dos guardaron silencio.

~ ¿No estabas un poco *preocupada?* –preguntó a la más habladora.

~ No. ¿Qué sentido tendría preocuparse?

~ ¡Ja! Bien, tienes razón –envió la *Zona gris.*

Cretina –pensó.

Volvió la mirada hacia donde se encontraba la Excesión.

¿Y tú qué? –pensó. Algo capaz de inspirar temor a un VGS. Eso era una cosa muy seria–. *¿Qué eres?* –se preguntó

Cómo le gustaría saberlo.

~ Disculpadme un momento mientras envío una señal –dijo a sus escoltas.

[haz estrecho, Mpública, tra. ©4.28.891.7352]

º º UGC *Zona gris*

ª ª Excesión bautizada "I"

¿Por qué no hablamos?

XII

El capitán Alba Gris Postofinal X de la Tribu de la Visión Lejana estaba mirando la pantalla. El vasto pulso de energía que la cosa de las proximidades de Esperi había dirigido al Vehículo General de Sistemas de la Cultura había desaparecido. En su lugar, como si hubieran surgido por detrás de ella, había... No podía ser. Lo comprobó. Llamó a sus camaradas en las otras naves. Los que respondieron pensaban que debía de ser una avería en los sensores de su nave, un efecto de las energías dirigidas contra el vehículo de la Cultura. Consultó a su propia nave, la *Honda nostalgia*.

~ ¿Qué es eso?

~ Una nube de naves de guerra –le dijo.

~ ¿El qué?

~ Creo que la mejor forma de definirlo es como una nube de naves de guerra. No es un término generalmente aceptado, debo añadir, pero no se me ocurre una descripción mejor. He contado aproximadamente ochenta mil naves.

~ ¡Ochenta *mil!*

~ El resto de la flota ha llegado a la misma conclusión, nave arriba o abajo. Las naves de la nube están, por supuesto, transmitiendo sus posiciones y configuraciones, porque de no ser así no podríamos verlas individualmente ni saber quiénes son. Podría haber otras que no están dejándose ver.

Un creciente sentimiento de horror y una completa, totalmente ignominiosa derrota, estaba creciendo en el interior de Alba Gris.

~ ¿Son reales? –preguntó.

~ Aparentemente sí.

Alba Gris observó cómo se expandía la nube. Era un muro de naves, una constelación, una galaxia de vehículos.

~ ¿Y ahora qué están haciendo? –preguntó.

~ Desplegándose para hacer frente a nuestra flota.

–¿Son... enemigas? –preguntó. Le faltaban las fuerzas.

–Ah –dijo la nave–. ¿Vamos a seguir hablando, entonces?

Solo entonces el Afrentador se dio cuenta de que había pronunciado la frase en lugar de subvocalizar el texto.

–Todas las naves –dijo la *Honda nostalgia* con voz tranquila, controlada y profunda en el interior del traje blindado de Alba Gris– informan de que pertenecen a la Cultura. Son vehículos no estándar, manufacturados por el VGS Excéntrico *Servicio durmiente* y quieren aceptar nuestra rendición.

–¿Es posible llegar a la entidad de Esperi antes de que nos intercepten?

–No.

–¿Podemos dejarlas atrás?

–A las más pequeñas y numerosas, puede.

–¿Cuántas quedarían?

–Unas treinta mil.

Alba Gris guardó silencio un momento. Entonces preguntó:

–¿Hay algo que podamos hacer?

–Yo creo que la rendición es la única alternativa sensata. Si luchamos, podríamos infligir cierto daño en una flota de ese tamaño, pero en términos absolutos sería poca cosa y como porcentaje de su número total, casi nada.

Piensa en tu clan –dijo una voz en el interior de la mente de Alba Gris.

–¡No pienso rendirme! –dijo a la nave.

–Bien, pero yo voy a tener que hacerlo.

–¡Harás lo que yo diga!

–Oh, no, nada de eso.

–¡La *Regulador de actitud* os dijo que debíais obedecernos!

–Y lo hemos hecho dentro de lo razonable.

–¡No dijo nada sobre "dentro de lo razonable"!

–Creo que esa es una de esas cláusulas que se dan por sentadas, ¿no? Es decir, somos Mentes. No somos ordenadores. Ni soldados. No te ofendas. Además, lo he discutido con otras naves y hemos decidido rendirnos. La señal ya se ha enviado. Hemos empezado a decelerar...

–*¿Qué?* –bramó Alba Gris. Golpeó con su brazo blindado uno de los proyectores de pantalla montado en su espacio nidal.

–... en dirección a un punto estacionario relativo a la propia Excesión. –La voz de la nave continuaba calmada–. La URO *Hora de matar* ha sido designada para, tan pronto reciba nuestro consentimiento formal, hacerse con el control de los sistemas ofensivos y se encontrará con nosotros en el punto indicado para hacer efectiva la rendición. Si no deseas capitular con nosotras, me temo que tendré que sacarte del interior de mi casco, por supuesto con el traje de vacío puesto, aunque técnicamente, creo que debería hacerte prisionero... ¿Qué prefieres?

La nave lo dijo como si estuviera preguntándole que quería para cenar. Había una diplomática indiferencia en su voz que el Afrentador encontró infinitamente más espantosa que cualquier odio.

Alba Gris permaneció un rato más observando la nube de naves. Sacudió los apéndices oculares.

–Te pediría que no me hicieras prisionero –dijo al cabo de un rato–. Por favor, sácame de tu interior, al instante, y déjame solo.

–¿Cómo, ahora? Pero si todavía no nos hemos detenido...

–Sí, ahora. Si es posible.

–Bueno, podría Desplazarte...

–Me parece aceptable.

–El Desplazamiento entraña cierto riesgo...

El capitán Afrentador soltó una carcajada seca y amarga.

–Creo que puedo correr el riesgo.

–... muy bien –dijo la nave. Se notaba que no estaba muy convencida–. Tus camaradas están tratando de llamarte, capitán.

El Afrentador miró de soslayo la pantalla de comunicaciones,

–Sí. Ya lo veo. –Seleccionó el modo de transmisión en el comunicador–. Camaradas... –dijo. Hizo una pausa. Desde su infancia había imaginado momentos como aquel. Nunca tan terribles, nunca tan desesperados... y sin embargo, no tan diferentes. Había elaborado algunos discursos magníficos... Finalmente dijo:– Lo que voy a decirles no es discutible. Les ordeno que se rindan junto con sus naves y obedezcan todas las instrucciones que reciban siempre que sean compatibles con el honor. Eso es todo.

Cortó la comunicación con las demás naves. Inclinó sus apéndices oculares.

–Ahora, por favor –dijo en voz baja.

Y se encontró en el espacio. Miró a su alrededor con los sensores del traje. No había ninguna nave a la vista. Solo las lejanas estrellas.

–Adiós, capitán –dijo la voz de la nave.

–Adiós –respondió, y entonces apagó el comunicador. Esperó unos segundos antes de activar los cierres de emergencia de su traje y salir al vacío para morir.

La *Honda nostalgia,* que en aquel momento estaba accediendo a la petición de la *Servicio durmiente* de transmitirle su cuaderno de bitácora desde el momento de su despertar en Miseria, volvió un instante la mirada hacia la forma retorcida y cada vez más fría del capitán y envió un pequeño pulso de plasma para poner fin a su agonía.

XIII

El VSL *No se inventó aquí* dirigió la vista hacia los cientos de naves que estaban reuniéndose para rodearla. Sintió que se producía un intercambió de señales entre ellas y las naves que había desplegado: sus cuatro naves de guerra y las superrápidas y UGC que había militarizado. A continuación, captó que sus naves alteraban sus procedimientos de selección de objetivos, dejaban de apuntar a las naves enviadas por la *Servicio durmiente* y en su lugar lo hacían hacia ella.

La Mente del VSL activó los núcleos de IA que manejarían perfectamente a la nave hasta que pudiera encontrarse un reemplazo para ella, comprobó que funcionaban bien y a continuación cortó todos los enlaces con cualquier cosa situada más allá de los límites físicos de su núcleo Mental. Expulsó las ocho unidades de potencia interna.

Su consciencia se fue apagando, como una neblina dispersada por una brisa refrescante.

A varios cientos de años luz de distancia, la *Brillo acerado* había considerado la posibilidad de imitar su ejemplo. Había decidido no hacerlo. Consideraba que presentar su caso ante sus pares y aceptar su veredicto y las sanciones que le impusieran era lo más honorable.

Volvió a estudiar el texto del mensaje que la *Servicio durmiente* le había enviado...

[...]He estado más atareada las últimas décadas de lo que cabía esperar. Esta es la lista de unidades manufacturadas:

Unidades de Ofensiva de Tipo Uno (equivalente aproximadamente a la clase Abominador): 512.

Unidades de Ofensiva de Tipo Dos (equivalente a la clase Torturador): 2,048.

Unidades de Ofensiva de Tipo Tres (equivalente al prototipo de clase Inquisidor, mejorado): 2,048.

Unidades de Ofensiva de Tipo Cuatro (equivalente aproximadamente a la clase Asesino, con una mejora de velocidad): 12,228.

Unidades de Ofensiva de Tipo Cinco (basada en el proyecto de mejora de la clase Matón): 24,576.

Unidades de Ofensiva de Tipo Seis (basada en las UCL de clase Rocalla, militarizadas, tipos diferentes): 49,152.

Estas naves no representan una amenaza de tipo hegemónico, porque no son entidades independientes dotadas de Mente. Están controladas por núcleos de IA, manejados por mí, y por tanto solo pueden utilizarse como una unidad, y no

como una maquinaria de guerra distribuida.

En este momento, se encuentran todas desplegadas en las proximidades de la Excesión.

La rendición de las naves de la Cultura de la flota Afrentadora se ha llevado a cabo sin incidentes. La URO *Hora de matar* –con la ayuda de otras naves regulares de la Cultura presentes en la zona– se ha hecho cargo de ellas. A primera vista parece que las naves del depósito de Miseria son inocentes de lo ocurrido y han sido víctimas de un acto de espionaje y traición.

Nueve oficiales Afrentadores se han rendido también. Su comandante decidió acabar con su vida. Incluyo una lista de nombres y rangos (lista adjunta).

Si la Afrenta pide la paz, propongo que yo, y por tanto mi flota de guerra, quedemos a disposición de las autoridades consideradas aceptables por todos los implicados. Ni yo ni la flota bajo mi mando seremos utilizados para llevar a cabo acciones hostiles contra la Afrenta ni contra ningún otro.

Cualquier otro uso sugerido se evaluará en función de sus méritos.

Por lo demás, es mi propósito –pasado el tiempo necesario– emprender el desmantelamiento de las naves que he construido, y marchar al retiro.

Adjunto un archivo de señal enviado por el VSL *Solo llamadas serias* (archivo de señal adjunto).

También adjunto las grabaciones de las señales afirmativas utilizadas por la *Regulador de actitud* para convencer a las naves de Miseria de que estaban siendo movilizadas por la Cultura. Me han sido transmitidas por cada una de las naves implicadas (archivos de señal adjuntos).

La conclusión de que las naves de Miseria han sido utilizadas como parte de una conspiración para engañar a la Afrenta e iniciar una guerra ya se ha hecho constar. Imagino que las naves/Mentes citadas en los archivos anteriormente mencionados y cualquier otra implicada en el asunto querrá ofrecer explicaciones detalladas sobre sus motivos, ideas y actos relativos a esta supuesta estratagema y tomar cualquier otra medida que imponga el honor.

La Mente del VSL *No se inventó aquí* ha acabado con su vida.

Habida cuenta de que la Afrenta ha sido, al menos en parte, víctima de una conspiración, considero que llevar a cabo acciones punitivas contra ella sería un acto excesivo y deshonroso.

Te ruego tengas en cuenta que una copia de esta señal, editada ligeramente por cuestiones de metodología operativa, ha sido enviada al Alto Mando y al Senado de la Afrenta, así como a las siguientes agencias de noticias (lista adjunta) y el Consejo General Galáctico.

Por lo que se refiere a la propia Excesión, tengo que informar de lo siguiente [...]

~ Ya nos veremos.

~ ¿Cómo? ¿Qué haces? –preguntó la *Servicio durmiente* mientras la *Zona gris* la adelantaba a toda velocidad.

~ Toma. Churt Lyne quiere subir a la nave.

La *Zona Cris* Desplazó al antiguo dron al interior de la *Servicio durmiente.*

El gigantesco VGS se había detenido finalmente, no muy lejos del límite de treinta años luz que la Excesión, según había descubierto la *Destino susceptible de cambio,* parecía haber establecido.

La flota de guerra del VGS seguía desplegada por todo el tejido, en un hemisferio de un año luz de radio, mientras la flota de naves de la Cultura engañadas por la Afrenta se reunía y abría sus sistemas de armamento y blindaje a la inspección y control de la *Hora de matar* y sus camaradas. Los oficiales Afrentadores fueron transferidos a la *Hora de matar* en sus trajes espaciales mientras el VGS *¿Cuál es la respuesta y por qué?* preparaba rápidamente unos aposentos seguros para ellos.

~ ¡Vuelve aquí!

La *Zona gris* estaba demasiado lejos.

[haz estrecho, M8, tra. ©4.28.891.7393]

º º VGS *Servicio durmiente*

ª ª UGC *Zona gris*

oo

¡Vuelve aquí! ¿Qué estás haciendo? ¿Estás tratando de arruinarlo todo?

aa

No pasa nada. Adiós.

~ ¿Qué está haciendo? –preguntó el VGS al dron Churt Lyne, que flotaba en el mini-hangar al que lo habían Desplazado.

~ En realidad no lo sé –respondió el dron–. No ha querido decírmelo. Pero creo que ha estado en comunicación con la Excesión...

~ Comunicación...

La *Servicio durmiente* consideró por un instante la posibilidad de detener a la nave. La UGC estaba acercándose al límite de los treinta años luz, moviéndose en dirección a la Excesión y acelerando cada vez más.

Decidió dejarla ir. Sus motores fallarían... en cualquier momento.

Fallaron, pero justo antes de que lo hicieran, llevó a cabo un extraño cambio de trayectoria que la llevó directamente hacia la red de energía. Caería sobre esta a la deriva, sin potencia, y sería destruida.

Se *ha vuelto loca* –pensó la *Durmiente,* pero estaba demasiado lejos para hacer nada.

[haz estrecho, M8, tra. ©4.28.891.7394–]
º º VGS *Servicio durmiente*
ª ª UGC *Zona gris*
ºº

¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué haces esto? ¿Se ha visto comprometida tu integridad?
ªª

¡No! ¡Estoy perfectamente!

La *Durmiente* no tuvo tiempo de enviar más señales. La *Zona Gris* "cayó" sobre la red de energía, parpadeó una vez y entonces se esfumó, mucho, mucho más abajo, en una diminuta y centelleante llamarada de radiaciones.

El VGS inspeccionó las energías residuales. Desde luego, todo apuntaba a que había sido destruida. Estudió el destello final que había presenciado justo antes de que la UGC se encontrara con la red. Sí, seguía pareciéndole que había sido destruida, pero había algo allí...

Un humano hubiera agachado la cabeza.

Cuando volvió a mirar la Excesión, había desaparecido. No había nada en el tejido del espacio normal, ni el menor rastro de la más pequeña perturbación en cualquiera de las dos redes de energía.

¡No! –pensó la *Servicio durmiente*, mientras la embargaba un terrible sentimiento de frustración–. *¡No! ¡Maldita seas! ¡No te vayas así, no sin alguna razón, alguna explicación, algo racional...!*

Unos segundos más tarde, la UGC *Destino susceptible de cambio*, como nave más cercana disponible, se dejó persuadir de que podía tratar de aproximarse a la última posición conocida de la Excesión. Una vez atravesado el límite de los treinta años luz, sus motores siguieron funcionando a la perfección. Sin embargo, se negó a cruzar el límite de proximidad original que ella misma había establecido, un mes antes.

La *Tiempo de matar* se prestó gustosa a hacerlo. Se lanzó a toda velocidad y en el último momento hizo un frenazo en seco y fue a detenerse en el punto exacto en el que había estado la Excesión. Informó, no con poca decepción, de que allí no había nada que ver.

XIV

Ulver Seich estaba sentada en el parapeto de la torre, columpiando las piernas. Desde el tejado, parecía que se extendía un vasto océano en una dirección y un paisaje de marismas salinas, praderas húmedas y acantilados en la otra. Resultaba perfectamente convincente, pero no era más que otra proyección. El pájaro había tratado de alejarse volando en espiral y solo había conseguido avanzar dos metros desde la torre antes de que sus alas toparan con el límite sólido del campo-pantalla. Ahora se había posado en el parapeto, junto a la chica, y estaba mirando con aire melancólico el movido oleaje.

–Cabrona –dijo Ulver, casi para sí misma–. Se ha ido. –Estaba asistiendo a los acontecimientos a través de su randa neural mientras miraba al pájaro–. La Excesión –le dijo–. Acaba de desaparecer sin más.

–Pues por mí como si se opera –refunfuñó el ave.

–Y la *Zona gris* se ha lanzado contra la red –dijo Ulver. Su voz se apagó un momento mientras averiguaba lo que había sido de Churt Lyne–. Ah –dijo, al descubrir que el viejo dron estaba sano y salvo a bordo del VGS.

–Bah –dijo el ave–. De todos modos, según tengo entendido, *fue* siempre una chiflada. ¿Qué está haciendo su alteza?

–¿Quién?

–La *Durmiente.* Supongo que nada que indique que pretende poner el punto final a esta historia, ¿no?

–No, solo está... ahí parada.

–Ya me parecía –murmuró el ave.

Ulver siguió contemplando el mar y balanceando las piernas. Volvió la mirada hacia la traslúcida cúpula.

–Me pregunto cómo les irá.

–¿Quieres que me entere? –dijo el pájaro, y pareció animarse.

–No. Quédate donde estás.

–Pues no sé –gruñó la criatura–. Parece que a todo el mundo le encanta darme órdenes...

–Oh, calla ya –le dijo Ulver.

–¿Ves a qué me refiero?

–Cierra el *pico.*

12. Hasta la vista

I

Cinco Mareas trató de alcanzar la pelota de un salto y falló. Chocó pesadamente contra la pared de la pista y cayó boca arriba. Se quedó tumbado, resollando y riéndose, hasta que Otrora Hombre Genar-Hofoen se le acercó, extendió un tentáculo y lo ayudó a incorporarse.

–Quince iguales, creo –rugió, riéndose también. Recogió la gorjeante bola con la raqueta y se la entregó a Cinco Mareas–. Tú sacas.

Cinco Mareas sacudió los apéndices oculares.

–¡Ja! ¡Creo que me gustabas más cuando eras humano!

II

[haz estrecho, M2, tra. @n4.28.987.2]
º º Excéntrica *Liquídalos más tarde*
ª ª VSL *Solo llamadas serias*
ºº

Sigo diciendo que era una especie de prueba. Un emisario. Nos pusieron a prueba y no estuvimos a la altura de las circunstancias. Se encontró con lo peor de nosotros y volvió a marcharse. Probablemente decepcionada. Posiblemente asqueada. La Afrenta era demasiado antipática, el Elenco demasiado complaciente y nosotros demasiado vacilantes. Una pausada reunión a su alrededor de las Mentes tenidas por más sabias hubiera sido un curso de acción muy razonable, que hubiera podido desembocar en quién sabe qué intercambios, comercios y diálogos, pero la entidad se encontró rodeada por toda una maquinaria de guerra y puede que comprendiera que su aparición había sido utilizada como parte de un plan para tenderle una trampa a la Afrenta e imponerle una paz forzada. Nos juzgó indignos de comunicarnos con aquellos a los que representaba y nos abandonó a nuestro miserable destino. Los estúpidos que urdieron la conspiración deberían quedar malditos para siempre. Puede que nos hayan costado más de lo que nunca lleguemos a imaginar. ¡Las demostraciones de contrición y los programas de buenas obras que han emprendido, e incluso los suicidios, no pueden siquiera empezar a compensar lo que nos han costado! ¿Cómo está Seddun en esta época del año? ¿Sigue flotando la isla?

ªª

Mi querida amiga. No sabemos lo que la Excesión nos ofrecía o con qué nos amenazaba. Sabemos que era capaz de manipular la red de energía de formas con las que nosotros solo podemos soñar pero, ¿y si esa era la única defensa que podía ofrecer contra algo como la *Servicio durmiente*? Por lo que sabemos, también podría haber sido una cabeza de playa, que decidió marcharse porque se encontró con fuerzas que, según estimó, presagiaban una resistencia que resultaría demasiado costosa. Admito que es poco probable, pero lo ofrezco como una posibilidad con la esperanza de equilibrar la lista de tu pesimismo.

En cualquier caso, puede decirse que estamos mejor que antes. Se ha desenmascarado una conspiración, cualquier celote que albergue ideas parecidas estará desanimado y hasta la Afrenta, ahora que ha comprendido lo cerca que estuvo de recibir una severa y saludable lección, ha empezado a comportarse *un poco* >mejor. La guerra nunca llegó a emprenderse, casi no ha habido bajas y las reparaciones pagadas por la Afrenta por los daños causados servirán para

recordar durante mucho tiempo las consecuencias que se derivan de agresiones como la suya. Y además, la conclusión que se infiere de la –en la práctica, instantánea– construcción de una flota de guerra por parte de la *Servicio durmiente* servirá asimismo para disuadir a cualquier otra especie que pudiera tener aventuras parecidas a las de la Afrenta en mente.

En cuanto a la oportunidad que podemos haber perdido, bueno, puedes llamarme viejo aburrido si quieres, pero quién sabe qué cambios podrían haberse derivado de una comunicación con quien quiera que representase la Excesión (si es que representaba a otro que a sí misma. Una vez más solo podemos especular).

En este asunto, la indiferencia de las civilizaciones Ancestrales se me antoja uno de los aspectos más desconcertantes. ¿Realmente les era indiferente? ¿No tenía la Excesión nada que enseñar a los que han Sublimado? Aún quedan muchas preguntas sin respuesta, aunque sospecho que tendremos que esperar bastante. ¡Puede que indefinidamente!

Bueno, sin duda el debate continuará mucho tiempo. Confieso que encuentro un poco cargante la fama y la adulación que han recaído sobre nosotros. Estoy considerando un retiro, una vez que haya terminado de disculparme con todos aquellos a quienes implicamos en el asunto sin su consentimiento.

Seddun es precioso en invierno (archivo visual adjunto). Como puedes ver, la isla sigue flotando, sobre el hielo. El tío de Genar-Hofoen, Tishlin, envía sus saludos y dice que nos ha perdonado.

III

Leffid, con la moza entre los brazos, se volvió hacia la pantalla de babor del yate y contempló con alegría la oscuridad del espacio. Uno de los brillantes extremos de Grada estaba a la vista, rotando en toda su silenciosa majestad. Se dijo que nunca le había parecido tan hermoso. Bajó la vista hacia el rostro dormido de su ángel. Se llamaba Xipyeong. Xipyeong. Qué nombre más bonito.

Esta vez era amor, estaba seguro. Había encontrado su alma gemela. Se habían conocido una semana atrás y solo habían pasado juntos un par de noches, pero lo sabía de todos modos. ¡Porque, para empezar, por una vez no se había olvidado de su nombre!

Ella se estiró, despertó y abrió lentamente los ojos. Frunció el ceño un instante, y entonces sonrió, le dio un empujoncito y dijo:

–Eh, Geffid...

IV

Ulver tiró de las riendas de Bravo. El gran animal soltó un bufido y se detuvo en lo alto del risco. Soltó las riendas para dejar que bajara la cabeza y pastara junto a las rocas. Más allá, la tierra subía y bajaba hasta el horizonte. El risco se elevaba sobre un bosque y un río que serpenteaba entre unas colinas salpicadas de casas y pequeñas arboledas. Sobre ella, uno de los lagos más grandes de Phage resplandecía a la luz del sol.

Ulver volvió la mirada hacia atrás y vio que los demás la seguían: Otiel, Peis, Klatsi y su hermano, y los demás. Se echó a reír. Sus monturas estaban subiendo delicadamente por la ladera. Bravo lo había hecho a galope.

El ave negra, Gravious, se posó en una roca cercana. Ulver le sonrió.

–¿Ves? –dijo mientras aspiraba profunda y alegremente y recorría todo el paisaje con un ademán–. ¿A que es precioso? ¿No te lo dije? ¿A que te alegras de haber venido?

–Supongo que no está mal –le concedió Gravious.

Ulver se echó a reír.

El dron, Churt Lyne, que también había regresado a Roca Phage, a veces se preguntaba si había tomado la decisión correcta.

V

Miraron a su alrededor, en medio de un esplendor con el que no habían podido ni soñar.

~ *Esta sí* que es una visión por la que merecía la pena arriesgarlo todo –transmitió la *Zona gris*.

~ Creo que en eso estamos todas de acuerdo –asintió *La paz trae plenitud*.

~ Si pudieran vernos ahora... –murmuró la *Tregua sin bajas*.

VI

Ren corrió por la arena y entró en el agua, chillando, riendo y chapoteando. Su cabello largo y rubio se volvió oscuro al mojarse y se le pegó a la piel cuando volvió a salir. Se acercó dando saltos al lugar en el que su madre, Zreyn y Amorphia se habían sentado, con una toalla de colores chillones y una sombrilla. La niña se arrojó en los brazos de su tía Zreyn, quien sonrió y la cogió, y a continuación dejó que se escabullera y se alejara corriendo por la playa detrás de un ave marina que se había posado en la arena para echar un sueñecito. El pájaro batió pesadamente las alas y se alejó al vuelo, perseguida por la chica y sus gritos.

La niña desapareció detrás de la alargada casa de un solo piso que había entre las dunas, detrás de la playa. Los bordes decorados de la marquesina de la galería se mecían y sacudían bajo la cálida brisa que traía el mar.

En el porche se sentaba la imagen de Gestra Ishmethit, contemplando ensimismada el modelo a medio construir de un navío de vela, que descansaba sobre una mesa. El hombre tenía sus propios aposentos, en uno de los Compartimientos Generales de la *Servicio durmiente*, entre montones de naves de guerra, pero Ren lo había persuadido de que dejara que su imagen en tiempo real se reuniera con ellos la mayor parte de los días, y a veces, en las ocasiones importantes, incluso se presentaba en persona. Ocasiones que consistían, más que nada, en los cumpleaños de Ren, celebrados a petición propia una vez a la semana.

Zreyn Tramow miró a Dajeil.

–¿Alguna vez has pensado –dijo– en pedirle a la nave que volviera a construir el lugar en el que vivías antes?

–Todavía hay una versión en ese Compartimiento Limitado, ¿no? –dijo Dajeil mirando a Amorphia. El avatar, ataviado con una sencilla falda negra y una piel que parecía que nunca se broncearía, sostenía un largo cabello rubio bajo la luz de la línea solar y lo estaba contemplando. Se dio cuenta de que le estaban hablando y miró a Dajeil.

–¿Qué? –dijo–. Oh, sí. El hangar en el que estuvo retenido Genar-Hofoen. Sí, la torre sigue ahí.

–¿Lo ves? –dijo Dajeil a Zreyn. Rodó sobre la toalla para salir de debajo de la sombrilla, cerró los ojos, se puso las manos detrás de la cabeza y se tendió de espaldas para igualar el bronceado.

–Me refiero a todo entero –dijo Zreyn mientras se estiraba en la toalla–. Los acantilados y todo lo demás. Hasta el clima, si fuera posible –dijo, mirando al avatar, que seguía estudiando cómo incidía la luz sobre uno de los rubios cabellos de Ren.

–Perfectamente posible –murmuró.

–¿Todo entero? –dijo Dajeil, arrugando el gesto–. Pero si es mucho más *bonito*

así. –Alargó el brazo sobre la arena y se puso un sombrero de paja en la cabeza.

Zreyn se encogió de hombros.

–Lo que pasa es que me gustaría ver cómo hace algo así, supongo. –Levantó la mirada hacia la línea solar–. Moviendo toda esa roca, creando pequeños océanos... Tienes que recordar que de donde yo vengo, no damos por hecho todo ese... *poder,* como vosotros.

Dajeil levantó el ala del sombrero y la miró con los ojos entrecerrados. Zreyn hizo un gesto avergonzado.

–Lo siento. ¿Se nota mucho mi primitivismo?

Habían despertado a Zreyn Tramow para decirle que, finalmente, su nombre había sido utilizado en una conspiración. La *Servicio durmiente* no sabía si esto era necesario, pero era el tipo de cosa que dictaba una cortesía extrema y, al finalizar la breve guerra, todo el mundo estaba comportándose con una corrección casi exquisita. Además, tenía el presentimiento que la civilización actual podía interesarle lo bastante para inducirla a renacer y le gustaba la idea de provocar esta respuesta. Tenía razón. Zreyn Tramow había pensado que la galaxia era un lugar que merecía la pena volver a conocer, de modo que había cultivado un cuerpo nuevo para ella, pero entonces, mientras la nave esperaba, impaciente, a que concluyeran las investigaciones y pesquisas posteriores a la guerra, al enterarse de que tenía la intención de tomarse un descanso recorriendo la galaxia, le había preguntado si podía acompañarla.

Gestra Ishmethit, cuyo estado mental había sido arrancado de su cerebro agonizante en el frío de los depósitos de naves de Miseria por una *Regulador de actitud* embargada de culpabilidad y que le había sido arrebatado a esta por la *Hora de matar* justo antes de que se destruyera a sí misma, había despertado también y se había encontrado con el obsequio de un cuerpo nuevo. La muerte no había desarrollado sus habilidades sociales ni había saciado su afán de soledad, de modo que también él había pedido permiso para permanecer a bordo de la nave gigante.

Ren, Dajeil, Zreyn y él eran sus únicos pasajeros.

–Sí, estás siendo una pesada. Para ya –le dijo Dajeil. Zreyn se encogió de hombros. Dajeil volvió la vista hacia las dunas, la arena dorada y el brillante cielo azul–. Además, es un viaje muy largo –dijo–. Puede que nos aburramos de esto y decidamos dejarlo como estaba.

–Espero que me aviséis –dijo Amorphia.

Dajeil volvió a mirar a su alrededor.

–Me alegro de que me convencieras para reformar el lugar, Amorphia –dijo.

–Me complace haberte ayudado –dijo el avatar, asintiendo.

–¿Has decidido ya adónde vamos? –preguntó Zreyn.

El avatar asintió.

–Creo que si... Leo II –dijo.

–¿Y Andrómeda? –dijo Zreyn.

Amorphia sacudió la cabeza.

–He cambiado de idea.

–Maldición –dijo Zreyn–. Siempre había querido ir a Andrómeda.

–Demasiado abarrotada –dijo Amorphia.

Esto no pareció convencer a la mujer.

–Tal vez podríamos ir... después –sugirió el avatar.

–Pero, ¿viviremos para llegar a Leo II? –preguntó Dajeil, abriendo los ojos y mirando a la criatura.

El avatar puso cara de consternación.

–Tardaremos bastante –admitió.

Dajeil cerró los ojos de nuevo.

–Siempre puedes Almacenarnos –dijo–. ¿Crees que sería posible?

Zreyn se echó a reír.

–Oh, podría intentarlo –dijo el avatar.

Epílogo

llamadme autopista llamadme conducto llamadme rayo túnel explorador catalizador observador llamadme lo que queráis yo estaba allí cuando se me requirió por mí pasaron los bicuberantes sobrerarcas en su gran migración secuencial por los universos de *[intraducible]* los grupos matrimoniales de agrupación de universos de *[intraducible]* y los emisarios del solitario que lleva las leyes de lo nuevo desde el núcleo pulsante del centro absoluto de nuestro hogar esto y todo lo demás lo recibí tal como se me pidió y lo transmití tal como se esperaba de mí sin miedo favoritismo o fracaso y solo en el último envío por el canal del que formaba parte descargué mi deber más allá de los procedimientos normales al desplazarme desde una posición donde mi presencia estaba provocando conflictos en el micro-entorno implicado (véase adjunto) considerando prudente retirarme y variar de nuevo mi posición y mi canal a un punto en el que al menos por algún tiempo era presumible que no fuera descubierto la asociación inicial con la entidad original *la paz trae plenitud* y la (pequeña) pérdida de información resultante no era deseable pero como representaba la primera de tales maridajes en dicho micro-entorno afirmo por tanto que estaba dentro de los parámetros aceptables presentar a la entidad *la paz trae plenitud* y las demás entidades reunidas /abrazadas /capturadas /rendidas pruebas del comportamiento general del medio en su avanzada /caótica sección del espectro y aconsejo sean observadas y estudiadas en libertad con la única condición de que cualquier regreso a su entorno natal se acompañe de una confiscación de recuerdos postasociación en toda materia referente al grado de idoneidad de los habitantes del micro-entorno para la comunicación o asociación soy de la opinión de que su respuesta a mi presencia implica una inmadurez esencial para esta señal por último en reconocimiento de todo lo dicho quisiera de ahora en adelante ser conocida como *la excesión*

gracias

fin